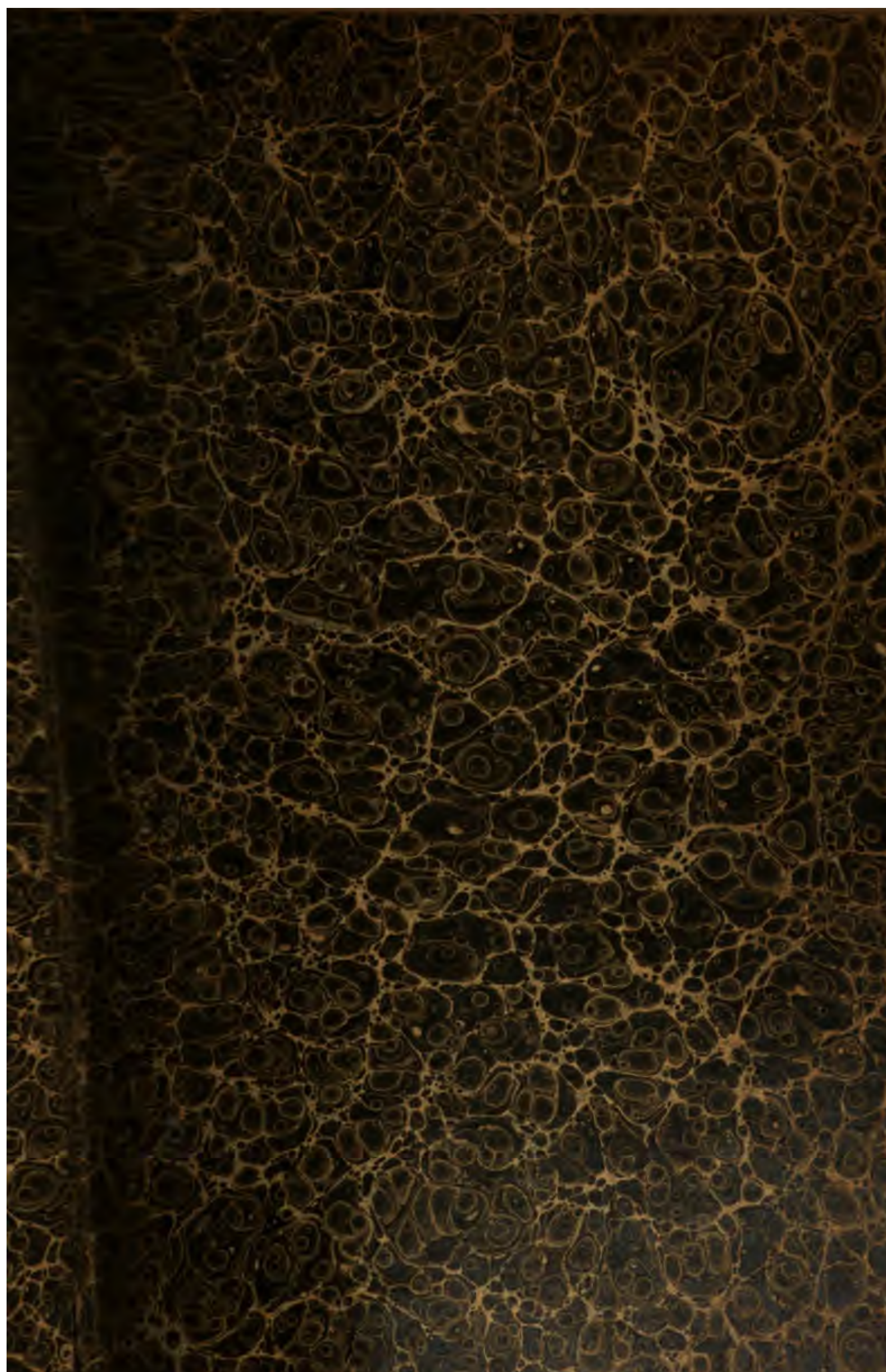

3 2044 103 162 475





# GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

# GUERRA
# DE LA INDEPENDENCIA.

HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA

DE 1808 Á 1814,

POR EL GENERAL

D. JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE Y MORO,

Ayudante de Campo, que ha sido, de S. M. el Rey é Indivíduo
de número de la Real Academia de la Historia.

CON UN PRÓLOGO

ESCRITO POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR TENIENTE GENERAL

D. EDUARDO FERNANDEZ SAN ROMAN.

---

TOMO IV.

---

MADRID.
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA.
1881.

# ERRATAS IMPORTANTES.

1.ª En la nota de la página 319, se anuncia un estado de fuerza de las tropas de Zaragoza como primero del apéndice núm. 13, y se ha suprimido despues porque el del apéndice núm. 14 que Belmas estampa en su obra, es, como de Alcaide tambien, una repeticion casi del prometido.

Queda, pues, como único del apéndice núm. 13, el que hemos formado por los documentos del duque de Zaragoza.

2.ª En la página 380, último renglon, donde dice «apéndice núm. 21,» léase «apéndice núm. 20.»

# CAPÍTULO I.

## La Coruña.

**Pensamientos de Napoleon.—Ejército español del Centro.—Destitucion de Castaños.—Toma el mando Infantado.—Desórdenes en el ejército.—Se establece en Cuenca.—Llámas y Alacha.—Ejércitos de Extremadura y Reserva.—Asesinato de San Juan.—Disposiciones de Napoleon.—Su conducta en Madrid.—Ejército inglés.—Sir John Moore.—Sus proyectos.—Su marcha á España.—Dificultades de su posicion.—Resuelve la concentracion de sus tropas.—Decide retirarse.—Vuelve á tomar la ofensiva.—Su plan de campaña.—Comienza el movimiento.—Combate de Rueda.—Carta interceptada de Berthier á Soult.—Cambia de plan Jhon Moore.—Nuevo combate de caballería en Sahagun.—Retirada definitiva del ejército inglés.—Ejército de la Izquierda.—Conducta patriótica del marqués de la Romana.—Ordenes y operaciones de Napoleon.—Paso de Guadarrama.—Situacion de Moore y de Romana.—Idea en Moore de defender las entradas de Galicia.—Accion de Castro Gonzalo.—Conducta de los ingleses.—Toro y Zamora.—Moore desiste de la idea de defender el Vierzo.—Y continúa su retirada.—Napoleon se detiene en Astorga.—Retrocede á Valladolid.—Su conducta allí.—M. Pradt y la comision de Madrid.—Marcha de Napoleon á París.—Instrucciones que deja.—Operaciones de Soult.—Accion de Cacabelos.—Muerte de Colbert.—Continúa la retirada de los ingleses.—Se detienen en Lugo.—Prosiguen á la Coruña.—Campo de batalla.—Posiciones de los ingleses.—Voladura de polvorin del Peñasquedo.—Preséntase la escuadra.—Preparativos de embarque.—Muévense los franceces.—Posicion rectificada de los ingleses.—Posiciones francesas.—Atacan Elviña los franceses.—John Moore es herido.—Ataque de la extrema derecha inglesa.—Lo rechaza Lord Paget.—Ataque de la izquierda inglesa.—Fin de la batalla.—Pérdidas.—Se embarcan los ingleses.—Entrega de la Coruña.—Entrega de Ferrol.—Ultimas consideraciones.**

**Pensamientos de Napoleon.**

Lanzar á los ingleses á las ondas del Océano, su único imperio indisputable en el viejo continente europeo, era, como hemos dicho en el capítulo anterior, la pesadilla de Napoleon despues de su entrada en Madrid.

Pero era, para eso, necesario ántes, sofocar las resistencias que pudieran organizarse en las provincias próximas á la capital, donde los ejércitos del Centro y Extremadura campeaban todavía, aunque rotos y desmoralizados. A su sombra cabria reunirse á los dispersos, crear cuerpos nuevos que las excitaciones de la Junta Central y, sobre todo, el entusiasmo, no apagado aún, de los pueblos cubririan de gente superabundantemente, y retroceder al aislamiento, á las incomunicaciones de que hacia pocos meses se lamentaba tanto su prudente hermano. Y áun cuando Napoleon no daba gran importancia á las observaciones que no dejaria José de hacerle, las noticias diarias que le llegaban de los excesos cometidos por las tropas españolas en sus cantones de Cuenca y Talavera, le hacian presumir la exacerbacion que en ellas y el país todo causaba la presencia de los franceses en el centro de la Península.

Lo que más urgia, pues, era poner la reciente conquista á cubierto de invasiones y asaltos que pudieran comprometerla y turbar, de consiguiente, la meditada y grandiosa maniobra que iba á emprender contra el ejército británico de John Moore.

Ejército español del Centro.

El español del Centro se estaba preparando á una reorganizacion que hacian indispensable los reveses sufridos y la desmoralizacion por ellos producida. Desde el dia de Tudela no habia tenido más que dos de reposo, acosado por su espalda y flancos de enemigos que veian en su destruccion la seguridad necesaria para sus operaciones ulteriores sobre Zaragoza y Madrid. Las divisiones O'Neille y Saint-March, que debian formar parte del ejército del Cen-

tro, se hallaban ya en Zaragoza, habiéndose separado de él en la Almunia el dia 24, dos ántes de recibirse en Calatayud las tardías órdenes del gobierno que así lo disponian. Y si en los primeros momentos la dispersion de Tudela habia desorientado algo á los franceses, llevándolos por caminos divergentes y con las precauciones y la lentitud naturales en la diseminacion á que les obligaba la marcha de los españoles, bien pronto la noticia de que se aproximaba el cuerpo de Ney por el flanco derecho, introdujo el desórden en las filas de nuestros compatriotas.

Dos dias despues del de su salida de Calatayud, el 29 de Noviembre, la retaguardia habia tenido que sostener una vigorosa embestida de los enemigos cerca de Bubierca. El general Venegas, que habia recibido el encargo de cubrir los desfiladeros del Frasno con 5.000 infantes, alguna caballería y varias piezas, fué alcanzado en su retirada en pós del ejército por el francés Maurice-Mathieu que regia una fuerza muy superior, casi doble que la suya. El combate fué rudo, sosteniéndose los españoles desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde en sus posiciones; y si bien hubieron de retirarse en algun desórden, más que por resultado de la accion, fué por seguir el movimiento general á que obedecian (1). La prueba está en que los franceses abandonaron la persecucion desde aquella jornada, dejando á los españoles

---

(1) De Schépeler dice que habia delante posicion mejor, en la entrada de los desfiladeros, sin pensar en que Venegas habia tenido que abandonar la del Frasno, á que sin duda alude, para seguir el movimiento general de retirada del ejército.

continuar las suyas sucesivas á Sigüenza y Guadalajara (1).

Destitucion de Castaños.

Pero en Arcos ya el general en jefe, se recibió aquel mismo dia su destitucion del mando del ejército, cohonestándola con la absoluta necesidad que tenia de sus luces y conocimientos militares la Junta general militar destinada á ocuparse incesantemente en combinar planes de campaña «que son, decia la ór»den de la Central, los que deciden de la suerte de las »armas cuando se ejecutan con prudencia y discerni»miento.»

Si establecido en un país tan feraz como la Rioja, el ejército habia encontrado dificultades, y no pequeñas, para su racionamiento, ¿qué no sucederia en su retirada, tan pricipitada y azarosa, especialmente desde su salida de Calatayud? Sóbrio, sin embargo, y sufrido el soldado español, hasta el punto de haber hecho la fama esta cualidad característica en él, no hubiera roto en la indisciplina á que los reveses generalmente impelen sin el abandono en que hallaba los pueblos, la desercion de los empleados y sirvientes administrativos, y las especies que los cobardes ó traidores comenzaron á propalar en sus filas.

(1) En el *Diccionario biográfico y bibliográfico de la Isla de Cádiz*, por D. Nicolás María de Cambiaso y Verdes, al referirse á Don Rafael Menacho, se lee lo siguiente: «Este alto de las tropas defen»dió el paso del camino real, y dió tiempo y lugar á la retirada de »las otras divisiones, en cuyo intermedio se distinguió batiéndose »hasta no tener Campo Mayor (que mandaba Menacho) ni un car»tucho, y logró lo que se habia propuesto, que era el que verifica»se su marcha retrógrada el ejército, á quien siguió cubriendo. »Esta accion en Bubierca, quizá la más sangrienta en su clase, fué »gloriosísima para las armas españolas, especialmente para aque»llos oficiales y soldados que bizarramente pelearon allí.»

El desórden, iniciado en Calatayud, donde fué preciso que pasara una revista el general Castaños, acusado de desercion, aumentó en la marcha, y se hizo irremediable en Sigüenza al conocerse el dia 30, la destitucion de aquel mismo general que, despues de todo, habia conducido hasta allí el ejército sin perder una sola pieza de su artillería entre tantos obstáculos como se le habian opuesto y tan dilatado trayecto como el recorrido desde el fatal campo de Tudela (1).

El general Castaños, despues de haber entregado el mando al conde de Cartaojal, siguió con el ejército á Guadalajara, San Torcaz y Huete, donde le veremos emprender su peregrinacion en busca de la Junta Central hasta que, sabiendo que ésta trasladaba su asiento á Andalucía, dejó el camino de Trujillo, que habia tomado, por el de Sevilla, no sin sufrir en tan dilatada marcha todo género de bochornos y correr toda suerte de riesgos y aventuras. Habíase hecho circular por el país la voz de su traicion, tal cual la entienden los pueblos de quienes se aparta la

(1) El general Venegas, en una Memoria publicada en contestacion al Manifiesto del duque del Infantado, dice á propósito de aquella retirada: «Esta relacion prueba que la retirada de Tudela, »aunque larga y penosa, como sienta el Duque en el fólio 17, no »fué desordenada, como añade con ofensa del general que la dirigió »y de los que la executaron; debiéndose por el contrario, atendidas »las circunstancias que la motivaron é intervinieron en su pro»greso, considerar como una de las más gloriosas que puedan ci»tarse en la historia militar.»

No pequeña parte de esa gloria cupo, con efecto, á Venegas por su accion en Bubierca, pero lo del desórden de la marcha está confirmado por el general Castaños en su Memoria de 1809 sobre aquellos sucesos.

fortuna y que el ilustre patricio explicaba despues con su aticismo de siempre.

«La voz de *traycion,* decia en su Memoria justifi»cativa, ya no significa lo que hasta ahora hemos en»tendido: traydor es un General que no ataca cuando »se le antoja á un soldado ó á un cualquiera que está »á doscientas leguas del enemigo: traydor si retira el »Exército que va á ser envuelto y sacrificado sin re»curso y sin utilidad para la Patria (el haber sacrifica»do así el del Centro en Calahorra, sí que hubiera sido »una traycion y una pérdida irreparable para Espa»ña); *traycion* se dice si alguna vez falta el socorro ó »el pan al soldado; *traycion* si el enemigo ataca, por»que se supone ha sido avisado por el General para »entregarle el Exército, y traydores todos los Jefes »si por desgracia se pierde una accion. Por este »mismo estilo son traydores los Alcaldes, las Justi»cias, los Magistrados y el Gobierno en general, si »se opone ó no coadyuba al capricho de cualquiera »que por malicia, enemistad ó venganza levanta »esta voz contra otro. Pero no se llaman traydores »los emisarios de Napoleon; aquellos que sórdida»mente fomentan la desunion y alborotos de los pue»blos contra el Gobierno y contra todos los que man»dan, que es lo que desean y procuran los franceses »con la intriga, el dinero y las sugestiones más in»fames. Estos son los pasos hasta ahora desconoci»dos, que decia la *Gazeta* de Victoria haber descu»bierto los franceses en las montañas, que podrian »serles de la mayor utilidad; y estos mismos los da»tos en que se fundaba Moncey quando dixo en Ta»falla: *Castaños está reuniendo tropas; pero trabaja*

*»en vano por que yo sé que se le dispersarán pron-»to, así como las de los demás Exércitos.»* (1)

Aún cuando haya, pues, alguna exageracion en el manifiesto del duque del Infantado, el de Castaños viene á confirmar en parte sus aserciones respecto á cómo decia haber encontrado el ejército del Centro.

**Toma el mando Infantado.**

Una circunstancia abona, con todo, las de Venegas y esa muy importante, la de la moral de las clases superiores de aquel ejército en situacion tan crítica. Los generales aceptarón sin vacilar el mando del Duque, áun cuando consideraran como muy problemático y hasta infundado su derecho á él. No existia, para que se le confiriese, órden alguna de la Junta Central, única autoridad legítima de la nacion; sus poderes procedian de la Junta de defensa de Madrid y se limitaban á facilitar por todos los medios que le dictase su prudencia, los de socorrer aquella villa en las circunstancias apuradas en que se hallaba; y, sin embargo, no sólo le obedecian las tropas, sino que los generales reunidos en Alcázar de Huete, le elegian el 9 de Diciembre general en jefe del ejército, sin que uno solo de los de las divisiones y brigadas se opusiera á su nombramiento.

Se consiguió aún más. Los desórdenes en la marcha, resultado de la desgracia, las escaseces y el cansancio, habian dado orígen á gérmenes perniciosísimos de indisciplina en las tropas. Del disgusto pasaron éstas muy pronto á las murmuraciones y á la insubordinacion, por fin, descarada; pretextándo-

(1) ¡Rara coincidencia con las noticias recibidas por Palafox en la ocasion del combate de Epila!

la con no continuarse la marcha á Madrid al saberse su capitulacion en el ejército.

Desórdenes en el ejército.

Y como si no tuvieran aquellos pocos soldados hambrientos y desnudos más que presentarse á las puertas de la capital para que el Emperador la evacuase y repasara, huyendo, la cordillera de Guadarrama, rompieron el 7, á mitad de su jornada de Belinchon á Yebra, en una sublevacion abierta, negándose á continuar la marcha y pidiendo unos que se les dirigiese al enemigo para batirlo y otros á Despeñaperros para cubrir las entradas de Andalucía.

Manejaba á los amotinados un oficial de artillería, el teniente D. José Santiago, quien, situando sus piezas en el camino al apoyo de la brigada de carabineros reales, sublevada tambien, y cuando las 1.ª y 4.ª divisiones del ejército salian ya de Mondéjar, las amenazó con ametrallarlas si no regresaban á la poblacion y seguian sus inspiraciones.

El saber que las piezas estaban cargadas á metralla y que el Santiago era capaz de llevar á ejecucion sus amenazas; simpatías quizás por la rebeldía, disfrazada con el traje de un patriotismo exagerado, muy propio de la ocasion en sentir de los que olvidaban su primer deber, el de la disciplina, hicieron el que sin oposicion alguna volvieran las tropas á Mondéjar, con lo que su general el conde de Villariezo, hubo de detener tambien la marcha. Celebrado consejo con los jefes de cuerpo y arengadas en su consecuencia las tropas, parecia que iban á volver á la antigua obediencia; más no sucedió así por el pronto, hasta que nuevas órdenes del general Lapeña consiguieron que la infantería,

pasando por el vado y la barca de Maquilon, se trasladase á Illana con Villariezo, y la caballería y la artillería, con Ordenes-militares y el provincial de Lorca, se dirigieran á Tarancon á las órdenes del brigadier D. Andrés de Mendoza, cruzando el Tajo tambien por Extremera.

Aún se temieron la noche siguiente desórdenes parecidos á los de Mondéjar, y Mendoza comunicó sus recelos que, por fin, resultaron ser aprensiones tan sólo, aunque no del todo infundadas; y celebrada al dia siguiente la Junta magna de generales, á que hace muy poco nos hemos referido, y nombrado en ella el duque del Infantado general en jefe del ejército del Centro, pudo éste ser conducido á Cuenca, donde se alojaba el dia 10 con casi el completo de su fuerza.

No contribuyó poco á aquel satisfactorio resultado la conducta, más que enérgica, afortunada del conde de Miranda, jefe de los carabineros reales, quien, hecho cargo en Tarancon del mando que le ofreció el brigadier Mendoza, logró, contemporizando con sus subordinados y con los de la brigada de artillería, retener á su lado al teniente Santiago, el cual, con un sargento y un cabo de su cuerpo, era pasado por las armas el 12 ante el ejército establecido ya sólida y tranquilamente en Cuenca (1).

(1) El Conde de Miranda parece que se mostró sumamente débil en los primeros momentos, oyendo de los carabineros expresiones irrespetuosas y hasta ofensivas; Santiago debió unirse á él como para vigilarle é impedir que recobrara el ascendiente natural sobre sus subordinados; pero, contra lo que acerca de este punto aseguran algunos escritores, existe el hecho irrecusable de que se varió la direccion que los amotinados trataban de imponer, y que el rebelde oficial de Artillería, de general y triunfador, como ya se consideraba, paró en prisionero y condenado á muerte.

Pero como la miseria era extrema por la desnudez de las tropas y la falta de fondos y de víveres, fuéle á Infantado necesario recurrir, cuando no bastaban las recomendaciones y áun las súplicas, á la dureza y hasta la violencia, procurando por todos esos medios á sus soldados el alimento, el vestuario y la holgura posibles en situacion tan precaria.

Se establece en Cuenca.

Así pudo ir reponiéndose, aunque imperfectamente, el ejército, á cuya seguridad atendió el duque estableciendo la caballería en puntos inmediatos, con el encargo de lanzar á su frente partidas que vigilasen el país á una distancia de tres ó cuatro leguas. El regimiento de la Reina se situó en Villar de Olalla, á legua y media de Cuenca; el de Calatrava, en Arcas y Villar de Arcas; Sagunto, en Fuentes; España, en Mariana y Sótos; Olivenza, en Palomera; y Farnesio, por fin, en Valera de Arriba. De modo que todo el territorio próximo á Cuenca, en dos ó tres leguas, y las avenidas más importantes, en otras tantas ó más, quedaron vigiladas y el ejército pudo dedicarse á su reorganizacion tranquilamente.

Llamas y Alacha.

Contribuyó tambien al levantamiento de su moral, como habia contribuido á dar fuerza al conde de Miranda, primero, y despues, á Infantado, la incorporacion del general Llámas que, si hubo de abandonar Aranjuez, de la guarda de cuyos puentes estaba encargado, por la llegada á su frente de algunas tropas enemigas, fué á reforzar con las pocas suyas y su personal influjo el ejército del Centro. Pero aún lo ejerció superior en las á la sazon desordenadas y apénas repuestas en Cuenca, la aparicion de una parte de la division castellana que, despues de la

pérdida de Logroño, habia quedado, como de vanguardia, en Sierra de Cameros á las órdenes del conde de Cartaojal. Establecida, cual recordarán nuestros lectores, á la izquierda del ejército, en la línea del Quéiles, para observar el camino de Ágreda, por donde se esperaba al cuerpo de Ney, quedó la division fraccionada al acogerse el 23 de Noviembre á Borja y Calatayud. Una de las fracciones continuó la retirada con el ejército; pero la otra, que había quedado en Nalda con el brigadier conde de Alacha, viéndose cortada en su movimiento retrógrado despues de la batalla de Tudela, se habia enriscado por las asperezas del Moncayo, esperando reunirse al grueso del ejército en el camino que, con razon, calculaba habria éste de seguir al centro de la Península. Tenia que contar con peligros muy graves, habiendo de deslizarse por entre las tropas de Ney y las que, tan numerosas, habian combatido en Tudela, todas ellas dirigidas á perseguir y á cortar á las españolas fugitivas; y lo hizo con tal energía y con habilidad tan grande por parte de su jefe que, cruzando aquellos valientes la cordillera ibérica por terrenos asperísimos, desiertos é inhospitalarios, combatiendo frecuentemente, cuando la necesidad les hacia bajar á los habitados y con ventaja casi siempre, contra los cuerpos franceses destacados en su persecucion, «descalzos y casi desnudos, como dice el conde de »Toreno, en estacion cruda, apénas con alimento, »desprovistos de todo consuelo, consiguieron, ven»ciendo obstáculos para otros insuperables, llegar á »Cuenca conformes y áun contentos de presentarse »no sólo salvos, sino con el trofeo de algunos prisio-

»neros franceses. Tanta es, añade el insigne histo»riador, la constancia, sobriedad é intrepidez del »soldado español bien capitaneado.» (1)

Ejércitos de Extremadura y de Reserva.

Por otro lado, las tropas del ejército de Extremadura se habian puesto tambien á salvo del alcance de los franceses. Situadas en Segovia, habian visto llegar á su inmediacion las de Sepúlveda pertenecientes al llamado «Ejército de reserva entre Madrid y los Puertos,» batido en Somosierra, y con ellas se habian dirigido en auxilio de Madrid. En el Escorial, donde se celebró un consejo de guerra, tan inútil como el reunido en Segovia el dia anterior, los generales San Juan y Heredia, decidieron continuar la marcha por Brunete y Boadilla del Monte para burlar la vigilancia de los franceses, algunas de cuyas avanzadas se decia haberse visto desde Galapagar en la carretera de Madrid. El vizconde de Gante que, segun dijimos en el capítulo precedente, salió el 3 de la córte en busca del ejército, y otros oficiales tambien fugitivos, lo encontraron aquel dia mismo entre los dos puntos anteriormente citados, y dieron á los generales noticias contradictorias de la situacion de los madrileños en aquellos momentos. Miéntras un nuevo consejo de jefes deliberaba en el alojamiento de Heredia, los soldados, influidos por algunos paisanos que les ofrecian la seguridad de que el 4 continuaria el fuego en Madrid, exigian con gritos descompasa-

(1) Componíase la division de los batallones de línea; Cantábria, Granaderos del general y provincial de Leon; de los ligeros, Voluntarios de Cataluña y Tiradores de Castilla y una seccion de caballería del regimiento de la Reina.

Véase el apéndice núm 1, con los detalles de aquella marcha admirable.

dos y las amenazas más groseras la prosecucion del movimiento, pidiendo la destitucion de los generales que no accediesen á sus deseos. Parte de la tropa se desbandó por los campos, y otra se puso á las órdenes del coronel Alvarez Guerra, del batallon de Zafra, quien no halló otro medio de conservar la disciplina y de garantir la vida á Heredia que el de aconsejarle que se pusiese inmediatamente á la cabeza de sus soldados para asegurarles de su lealtad y patriotismo.

Siguió la marcha el 4 por la mañana con la ilusion, frecuente en españoles, de pesar todavía con aquellas escasas y desorganizadas fuerzas en los destinos de una poblacion sitiada por ejército en tantos conceptos formidable. Pero en situaciones como las de aquellas verdaderas reliquias de ejército, sin cohesion ni moral, el pánico se despierta pronto, cunde rápidamente y, como el rayo tambien, causa los más devastadores efectos. Llegó en el camino la noticia de la capitulacion de Madrid; y como si ya no quedara otro recurso de salvacion, sin ser atacadas, sin ver siquiera una descubierta francesa ni oir un sólo disparo, rompiéronse las filas y, desoyendo la voz de los jefes y áun la misma de Heredia, se entregaron á la dispersion más vergonzosa. Los artilleros y brigadistas abandonaron sus piezas y carruajes; hubo infantes y ginetes que, sin saber á dónde se dirigian, llegaron á las inmediaciones de Madrid y áun penetraron hasta la plaza de la Cebada y la Puerta del Sol, para despues contramarchar, dando las acostumbradas voces de traicion y cobardía; y todos, por caminos diferentes y cometiendo los mayores desafueros en campos y poblados, trataron de buscar léjos, muy léjos

del enemigo, un reparo á su indisciplina y á su miedo.

Así los vió llegar á su recinto la ciudad de Talavera, que muy pronto comenzó á experimentar los efectos de aquella vandálica invasion y ser teatro de la catástrofe más espantosa y abominable.

Asesinato de San Juan.

Huian los soldados de San Juan con el pretexto de que se trataba, al llevarlos á Madrid, de obligarles á deponer las armas, y con él se negaban á reunirse, á entrar en disciplina, á obedecer ni áun la órden más insignificante de sus jefes. Una vez en Talavera gran parte de las tropas, hasta el número de 7 ú 8.000 hombres, San Juan y Heredia procuraron reorganizar el ejército, por si todavía les era dado prestar algun servicio defendiendo las avenidas de las provincias de Extremadura que la Junta Central habia elegido para su residencia y refugio.

No eran, á lo visto, de esa opinion las tropas; porque la mañana del dia 7, rompiendo en abierta rebelion de nuevo, se dieron á buscar de alojamiento en alojamiento á sus principales jefes para bárbaramente asesinarlos. Pudieron escapar algunos, huyendo de la ciudad ó escondiéndose en las casas de los vecinos que se negaban á tomar parte en hazaña tan salvaje; pero San Juan fué hallado, muerto al quererse salvar por una ventana y suspendido luego de un olmo jigantesco que entónces y hasta mucho despues se veia entre la poblacion y el Alberche.

Como tantas otras veces en aquellos dias de turbacion, un fraile, seguido de algunos paisanos, dirigia á los revoltosos; y quedaron ineficaces los buenos oficios de los centralistas señores Calvo y Quintanilla

que habian quedado en Talavera para reunir tropas y esforzar á los generales á que acudiesen al socorro de Madrid. Fueron desoidas sus exhortaciones y sin fruto alguno sus generosos intentos en favor del infortunado general, no logrando se dispersara la multitud de los asesinos hasta que su mismo crímen, quizás, ó la voz de que se aproximaban los enemigos, los condujeron á las filas de sus regimientos.

El abanderado de uno de los cuerpos formados en Andalucía, D. Pablo Morillo, sargento ántes de nuestra marina y general despues de los más beneméritos y distinguidos, haciendo un llamamiento al honor militar y dispertando el instinto de la propia salvacion en los amotinados, consiguió que se reunieran; y ayudado por Calvo y por el Ministro de Gracia y Justicia que, retardando su salida de Toledo, atravesaba en aquellos momentos Talavera, devolvió la confianza á las tropas y la autoridad á los oficiales (1).

**Disposiciones de Napoleon.**

No era verdad lo de la aproximacion de los franceses, muy distraidos todavía en asegurar la tranquilidad y su ocupacion militar en Madrid. Y no es que Napoleon descuidara la vigilancia y la persecucion de las tropas españolas que observaba en sus flancos, así por la parte de Alcalá y Guadalajara donde habian aparecido las del ejército del Centro, como por la de Guadarrama y del Escorial á que veia acogerse las de Extremadura y de Reserva batidas en Búrgos y Somosierra: es que, hasta la terminacion del sitio de

(1) Véanse en el apéndice núm. 2 la proclama y la órden publicadas por la Central en Aranjuez y Trujillo por los atropellos y asesinatos cometidos por las tropas en ocasiones anteriores y en aquella vergonzosísima de Talavera.

Madrid, le era absolutamente imposible distraer de él fuerzas en número suficiente para que se hiciese decisiva su accion contra aquellos ejércitos. Las que habia dirigido en observacion del ya desorganizado del Centro hácia las orillas del Henares, eran avanzadas de la caballería de Bessiéres; y en su deseo de imponerse en el país y de reconocerlo, acometieron la entrada en las poblaciones más importantes, por lo que una de las partidas de lanceros fué rudamente escarmentada en Guadalajara. Creeria el jefe que bastaba la presencia de unos cuantos jinetes, como representacion del grande ejército, para que los vecinos de una ciudad, siquier fuera de las ménos considerables, se sometiera á la autoridad del Emperador ya que no á sus propios caprichos. Lo que habria visto en otras partes recientemente conquistadas, y lo que el mundo presenciaria más adelante con asombro en aquella misma Francia, entónces tan prepotente y siempre tan orgullosa, no seria en España espectáculo frecuente, sino tan extraordinario que serviria de ejemplo de abominacion en el país el de un pueblo qué recibiera pasivo la primera visita de una avanzada ó partida enemiga, sometiéndose sin resistencia á sus mandatos.

Es verdad que en pós de aquellos jinetes descubridores habia sido destacada la division Ruffin, del cuerpo de Víctor, con un número tambien considerable, de dragones que se dedicaron á la persecucion de los últimos rezagos del ejército del Centro en su retirada á Cuenca; pero hubo de retroceder para oponerse á las fuerzas que el duque de Osuna y el conde del Montijo, escapados de Madrid, habian conseguido reunir en Madridejos, en marcha ya para apoyar al

general Llámas ántes de saber que habia abandonado sus posiciones de Aranjuez.

Esto era ya el 6 de Diciembre; y el 8 recibia Ruffin la órden de reconocer el curso del Tajo hasta Toledo, miéntras daba reposo á sus tropas y adquiria noticias de los españoles, que era de suponer se habrian retirado hácia Huete y San Clemente. Aquel mismo dia se daba tambien en Chamartin la órden para reforzar la division Lasalle con un tercer regimiento, el 5.° de Cazadores, á fin de que con la de Milhaud, compuesta de otros tres, se dirigiese á Talavera en persecucion del ejército de Extremadura.

Cuando esa caballería llegó á su destino, los españoles habian cruzado el Tajo; y, falta de infantería, no pudo apoderarse del puente de Almaraz, donde se habian establecido resueltos á defenderlo energicamente.

Tan preocupado se hallaba Napoleon, cual ántes se ha dicho, con el pensamienio de asegurar la ocupacion de Madrid y de disponer su campaña contra los ingleses, que en vez de distraer fuerzas, de importancia por supuesto, de entre las que tenia á la mano, dictaba órdenes y órdenes para aumentarlas. La brigada Lorge del cuerpo de Morthier tuvo que encaminarse á Búrgos y no á Zaragoza, á donde se dirigia el Mariscal; los regimientos de la division Leval, dispersos por Vizcaya, se concentraron en Madrid, lo mismo que la division Valence del mismo 4.° cuerpo; el 6.°, de Ney, que, áun cuando detenido en Bubierca, observaba de cerca al ejército del Centro, recibió la órden de acercarse á Madrid, con el fin de lanzarlo en pós de los ingleses, considerándolo, igual-

mente que á su jefe, como los más propios para una accion todo lo enérgica que se necesitaba; el mariscal Lefebvre hubo tambien de trasladarse á Segovia y, cruzando Guadarrama, ir á formar la derecha del ejército imperial en el camino de Extremadura; agregáronse á estos cuerpos todos los de caballería, dragones, cazadores y lanceros polacos que operaban dispersos en persecucion de los españoles por las provincias castellanas; y se hizo, por fin, que todas las divisiones afectas al cuartel general completasen su dotacion de artillería y el personal de su Administracion.

De modo que se disponia para asestar uno de aquellos rudísimos golpes que estaba Napoleon acostumbrado á descargar sobre sus enemigos la enorme masa de los cuerpos de Víctor, Lefebvre, y Ney, la guardia imperial y el sin número de jinetes de todos los institutos que hemos designado al describir su entrada en España. No satisfecho aún, y como si fuese á combatir uno de aquellos grandes ejércitos que habia anodado en Alemania y Polonia, llamó á Castilla y con el objeto de hacer frente y entretener á los ingleses, el cuerpo de Soult que, segun dijimos, habia penetrado en Santander y Astúrias, y lo hizo apoyar por el de Junot, cuyas divisiones Delaborde y Heudelet asomaban ya por Vitoria é Irun.

Su conducta en Madrid.

Antes, sin embargo, de emprender sus proyectadas operaciones, parece que Napoleon debia pensar en el establecimiento, lo más sólido posible, de su hermano en el trono de España: las dificultades que hasta entónces habia opuesto tenian que producir un resultado completamente contrario al que buscaba,

alejando los ánimos de los españoles de quien aparecia sin autoridad ni respeto ante los que se intentaba fuesen súbditos humildes y amorosos suyos. Los discursos anteriormente citados, de Napoleon á los negociadores de la capitulacion; los que despues dirigió al Municipio de Madrid, y los desaires á José, puestos bien de manifiesto con su retraimiento en el Pardo, áun considerados como sólo amenazas indignas de un hombre de su talla y fuste, resultaban severidades encaminadas á tener á la nacion y al soberano en baja y perpétua tutela. Nadie, pues, se acercaba al monarca, relegado tan imprudentemente al vecino Sitio, y no debió extrañar el Emperador que ni de los pueblos inmediatos y mucho ménos de los no visitados por los franceses, acudieran autoridades ni comisiones á rendir pleito homenage á quien, más que rey, parecia juguete y, á lo más, vil instrumento del conquistador. Napoleon mismo lo decia en su proclama del 7 de Diciembre: «A los derechos que me »fueron cedidos por los príncipes de la última dinas»tía, habeis querido que añadiese yo el de la con»quista» (1). ¿Cómo, así, haciendo absolutamente suyo el derecho en todos conceptos y proclamándolo á todas horas, habia de asentar el de su hermano sobre bases sólidas y permanentes?

Es verdad que dos dias despues, en su discurso al corregidor de Madrid, dulcificaba el estilo y despues de disculpar sus anteriores decretos con los be-

(1) La *Gaceta* decia. «Mas habeis querido que á los derechos que me habian cedido los Príncipes de la última dinastía añadiese los de la guerra.»

neficios que habian de producir, ofrecia á los españoles el restablecimiento de José en el trono y *la dulce tarea de conducirse con ellos como amigo leal y sincero;* pero ¡con qué palabras y bajo qué condiciones! «Seríame fácil, le dijo entre otras cosas, y áun »me veria obligado á gobernar la España, estable»ciendo tantos vireinatos como provincias tiene. Sin »embargo, no rehusaré ceder mis derechos de con»quista al rey ni el establecerlo en Madrid cuando »los 30.000 ciudadanos que encierra esta capital, »eclesiásticos, nobles, comerciantes y hombres de »ley, hagan públicos sus sentimientos de lealtad, dén »ejemplo á las provincias, ilustren al pueblo y ma»nifiesten á la nacion que su existencia y su felici»dad dependen de un rey y de una constitucion li»beral, favorable á los pueblos y solamente opuesta »al egoismo y al orgullo de los grandes.»

Y á renglon seguido exigia el juramento de los madrileños ante la Santa Forma, tal como lo indicamos en el capítulo anterior, para desarmar su cólera y conseguir el restablecimiento de José en el trono.

¡Rasgos de aquella grandiosidad oriental que se deleitaba en imprimir á todos sus actos, creyendo así fascinar á los pueblos que ya por su vencimiento debian, en concepto del omnipotente César, considerarse súbditos, ya que no esclavos humildes suyos!

Aquella oferta y el cumplimiento por parte de un gran número de los madrileños de las condiciones con que se hacia, no bastaron, sin embargo, para aplacar la irritacion y satisfacer las rencorosas exigencias del Emperador. ¿Sospecharia que áun hecho

ante el Santo Sacramento del altar, que estuvo por varios dias manifiesto, el juramento no podia tomarse si no como prestado á la fuerza, ó quiso hacer sentir á su hermano todo el peso de su soberanía, el de su disgusto, quizás, por el que José habia revelado en Chamartin y seguia mostrando en el Pardo? Porque lo cierto es que pasaron muchos dias sin que las pruebas que ya daba Madrid de desear un soberano ménos áspero y ménos despótico que el que en los pocos dias de su permanencia anterior habíase al fin justificado como prudente y conciliador y sin que las reclamaciones y el retraimiento de ese hombre, que era su hermano y hermano mayor, ablandasen, ni áun conmoviesen su corazon, todo empapado en altivos y rencorosos sentimientos. Miéntras Napoleon permaneció en Chamartin, no hubo medio que no se empleara por los madrileños para que José ocupase el palacio real y á eso, más que á otro ningun cálculo, obedeció la prestacion de un juramento que, de no pronunciarse con toda solemnidad, hubiera sobre la poblacion y sobre la nacion entera acarreado las iras del conquistador.

Para que José entrara en Madrid, fué necesario que partiese de sus inmediaciones el Emperador á su grande empresa de arrojar los ingleses al mar, como él solia decir.

Emprendió con ese objeto la marcha, el 22 de Diciembre, despues de haber el 19 pasado una gran revista al ejército, compuesto de unos 70.000 hombres de todas armas, perfectamente organizados y más que de sobra apercibidos á una accion que, despues de todo, entrañaba muchas ménos dificultades que

las que el rumor general y los cálculos de Napoleon hacian suponer.

Ejército inglés.

Porque el ejército inglés, ni era lo numeroso que pregonaba la fama, ni iba en condiciones de medirse con el formidable que se proponia destruirlo; el ánimo sereno y la habilidad militar de su jefe podian tan sólo libertarle de la catástrofe que Napoleon se ocupaba tiempo hacia en prepararle. Llamados á Inglaterra los generales Dalrymple y Wellesley para dar cuenta del convenio de Cintra, tan mal recibido por sus compatriotas, las fuerzas británicas habíanse puesto de nuevo á las órdenes de aquel Sir Harry Burrard que, sin atreverse á gobernarlas en Vimeiro, habia sin embargo impedídolas despues de proseguir y acabar brillantemente la victoria. Pero el concepto no favorable de que gozaba y su salud poco robusta para soportar las fatigas de una campaña como la que se preveia en el interior de la Península, hicieron que desde el primer instante corriera en el ejército el rumor de su inmediato relevo.

John Moore.

Y no era sin fundamento, pues á los pocos dias y por licencia concedida á Burrard, fué conferido el mando á uno, «dice el marqués de Londonderry, que, como »á Sir Arturo Wellesley, respetaban y querian más »las tropas, al teniente general Sir John Moore.» (1)

No podia ser más acertada la eleccion. Sin ser de los de primera línea en la série siempre limitada de los génios militares, era John Moore un excelente

(1) Dice Napier que Burrard volvió á Inglaterra para defenderse de las voces las más humillantes y ultrajantes que hubiesen jamás excitado las falsedades de los más viles folicularios.

general, dotado de talentos que nadie hasta entónces habia revelado en el ejército inglés, de la experiencia que casi á todos faltaba, y de un carácter tan generoso como enérgico que, si en ocasiones, como la de aquella su última campaña, se mostró excesivamente vidrioso y duro, le habia en las anteriores valido el entusiasmo de sus subordinados y hasta la respetuosa consideracion de sus enemigos.

La órden de su nombramiento, fechada el 25 de Setiembre, llegó á Lisboa el 6 de Octubre de aquel año de 1808, y el 9, al dar parte de haberla recibido con la mayor gratitud, comunicaba ya á Lord Castlereagh, el plan que, á consecuencia de sus instrucciones, habia ideado para la marcha del ejército á la frontera española.

Queria el gobierno inglés reunir en las provincias septentrionales de España un cuerpo de 30.000 infantes y 5.000 caballos, que ayudase á nuestros ejércitos en la tarea, tan gloriosamente por éstos comenzada, de arrojar á los franceses de la Península. De las fuerzas existentes en Portugal se destacarian 20.000 infantes con dos regimientos de dragones y la dotacion correspondiente de artillería, á los que se unirian luégo otros 10.000 hombres que se estaban organizando en Falmouth y la caballería cuyo embarque en Inglaterra tendria lugar tan pronto como regresaran del Tajo los trasportes convenientes allí detenidos. Y como para que una fuerza tan considerable pudiera mantener el campo y presentarse al enemigo unida y en estado de hacerle frente, se necesitarian preparativos costosos y tiempo, las tropas procedentes de Inglaterra se dirigirian á la Coruña,

con preferencia á otro puerto más avanzado hácia el teatro de la guerra. El general Moore calcularia qué punto de Galicia ó de Leon seria el más conveniente para el de asamblea del ejército y desde el que pudiera operar ventajosamente y segun las circunstancias, así como si era preferible enviar algunas de las tropas de Lisboa por mar ó dirigirlas todas por tierra al lugar elegido para su concentracion. La caballería y las piezas irian, de todos modos, por tierra desde Portugal, y el comisario general Mr. Erskine procuraria los caballos y mulas necesarias para hacer fáciles y desembarazados los movimientos del ejército, no confiando, por supuesto, en hallarlos en Galicia, exhausta, como debia hallarse, de recursos por haberlos facilitado á las tropas del general Blake. El comisario Assiotti y el coronel Hamilton, en Astúrias, y el mismo Mr. Frere en las provincias centrales, ayudarian á proporcionar los caballos y trasportes que les fuera posible. Se procurarian, además, vituallas para tres meses, sin contar con las existentes en los depósitos del ejército y las con que pudiera éste hacerse en sus operaciones. En cuanto al plan que en éstas hubiera de seguirse, podria estudiarse ínterin se hacian los preparativos, concertándolas con los jefes de los ejércitos españoles; y áun cuando el del mando de John Moore seria independiente del de Portugal, deberia tambien su general ir de acuerdo con el que quedaba en Lisboa para el mejor servicio de Inglaterra en la Península.

Al describir los proyectos de los españoles en aquella segunda campaña, indicamos el puesto que el Consejo de generales celebrado en Aranjuez desig-

nó al ejército inglés, destinado á, con el de Extremadura, ligar las operaciones de los del Centro y de la Izquierda. Pero John Moore, al contestar el despacho de Lord Castlereagh dando las gracias por su nombramiento, indicaba las dificultades que oponia á su marcha á España la carencia absoluta de recursos en víveres y trasportes. Pensaba formar en Almeida un gran depósito de material y municiones de boca y guerra, así como elegir, para cuanto se le enviase de Inglaterra con la expedicion de Sir David Baird, otro distinto en la línea que hubiera éste de seguir desde la Coruña. Y contestando á otra carta del 30 de Setiembre del mismo ministro en que le enviaba copia de las instrucciones dadas al general Baird, copia de cuanto habia escrito á Lord Bentinck y la de un papel del marqués de la Romana sobre la línea que más convenia seguir hácia Castilla, John Moore le informaba de sus proyectos. Consistian éstos, por entónces, en llevar todas sus tropas de Portugal por tierra y por varios caminos tan pronto como se lo permitiese el abastecimiento que le era necesario de recursos y trasportes, y trasladarse él en persona á Almeida para allí determinar los movimientos sucesivos. Esta comunicacion era la oficial, pero con la misma fecha, la del 18 de Octubre, el general inglés escribia particularmente y en reserva al mismo Castlereagh sobre la desconfianza que le inspiraba la administracion del ejército, la dificultad de formar depósitos de material de guerra y víveres, la escasez principalmente de dinero y calzado y la conveniencia de no autorizar los ascensos que el gobierno y los generales españoles concedian á oficiales ingleses incorporados á sus ejér-

Sus proyectos.

citos, atrayendo así á los que interesaba mucho no se separasen de los británicos y desempeñaran en ellos su servicio. Nueve dias despues, el 27, circunstanciaba, por fin, sus planes, manifestando que mandaba al general Hope con 6.000 hombres, la artillería y la caballería, por el camino de Badajoz á Madrid; que Sir David Baird, que habia desembarcado el 21 en la Coruña, se dirigiria á Astorga y que él, con la infantería que marchaba directamente á Almeida y Ciudad-Rodrigo, avanzaria á Salamanca cuando supiese que Baird se hallaba en Astorga y Hope en el Espinar, donde hallaria éste carretera para continuar su marcha á Valladolid y Búrgos. El último párrafo de tan importante despacho, indicaba un temor de que tantas veces nos hemos hecho intérpretes en los capítulos anteriores: Decia así: «Tengo la intencion de »ir á Madrid unos dias tan pronto como se lleven á »efecto las disposiciones necesarias para las tropas »de Almeida y Ciudad-Rodrigo. No se ha nombrado »general en jefe y me espantan las consecuencias; »no vayan los franceses, reforzados, á ponerse en »aptitud de tomar la ofensiva miéntras los ejércitos »españoles continúen siendo dirigidos por el Consejo »que reside en Madrid (1).»

**Su marcha á España.** John Moore dió con efecto comienzo á sus operaciones en los primeros dias de Octubre. El ejército de Portugal constaba de 18.531 hombres, de los que 912 eran de caballería y 686 artilleros, y fué organizado para la marcha en cuatro columnas, mandadas

(1) Despachos de Lord Castlereagh, de 25 y 30 de Setiembre, y de John Moore, de 9, 18 y 27 de Octubre de 1808.

respectivamente por los tenientes generales Hope y Fraser y los mayores generales Paget y Beresford. La artillería tenia seis brigadas ó baterías de campaña y la caballería dos regimientos, de los que uno pertenecia, como dos batallones de la infantería, á la despues tan célebre Legion Real alemana (1).

Cinco brigadas de artillería, la caballeria y cuatro regimientos de infantería, en todo unos 6.000 hombres, emprendieron, segun ya indicaba John Moore, el camino de Elvas y Badajoz para, por el puente de Almaráz y Talavera, acercarse á Madrid. Salió de Portugal con esa fuerza el general Hope, y Paget, con dos brigadas, dejó casi en los mismos dias la plaza primeramente nombrada para penetrar por Alcántara en España. Otras dos brigadas, con el general Beresford, se dirigieron á Coimbra y Almeida, á cuyo punto fronterizo fueron otras tres por Abrantes, acompañadas de una batería de á seis que halló mil dificultades para su paso por el territorio de Castello Branco.

La marcha, á pesar de los obstáculos que las diferentes columnas pudieran encontrar en los caminos, por difíciles ó por largos, se hizo con toda regularidad; sucediéndose los cuerpos en ella para no estorbarse ni esquilmar el país que atravesaban. La ignorancia de esos caminos, que no lograron neutralizar con sus noticias los guías portugueses ni el coronel español Lopez, destinado al cuartel general con ese objeto, ni los reconocimientos prévios de los oficiales

(1) Despues se introdujo alguna ligera alteracion, relevándose el 3.er regimiento de infantería, que quedó en la frontera de Portugal, con el 82.° y una compañía de aquel mismo cuerpo que se unieron al ejército en Sahagun. (V. el apéndice núm. 3.)

del Estado Mayor inglés, la lluvia, en fin, cayendo á torrentes, fueron bastantes á impedir la llegada de las tropas á Almeida los dias señaládoles en sus respectivos itinerarios. «Las tropas, decia John Moore »en un despacho, han verificado su marcha bien, á »despecho del mal tiempo y de los caminos peores »que he visto jamás. Su aspecto es bueno y su apti»tud para el servicio mejor que cuando dejaron á »Lisboa. Su conducta en la marcha hasta la llegada á »esta poblacion ha sido ejemplar. Todo esto se debe »al honor, y marca notablemente el cuidado de los »generales y oficiales que han dirigido las marchas »y tienen el mando inmediato de las tropas.» (1)

Las columnas que se dirigian por Almeida siguieron despues á Salamanca, donde se encontraron reunidas el 23 de Noviembre con su general en jefe que, habiéndolas alcanzado el 8 en la plaza portuguesa, penetró con ellas en España. Entre tanto, el general Hope, que si no halló en la marcha los obstácu-

---

(1) En un libro inglés que trata de aquellos sucesos, *Letters from Portugal and Spain, written during the march of the british troops under Sir John Moore, By an Offiicer*, se observa la sorpresa que causaba á los insulares la lluvia abundantísima de nuestro país, sorpresa que tambien se refleja en las obras de Napier y Londonderry. Dice así el libro: «No es aquí la lluvia como entre nos»otros. Ahí, la más abundante desciende, comparada con ésta, co»mo un rocío: pero aquí (y la he experimentado dos ó tres veces), »la lluvia cae á torrentes como los de una catarata. Tremendos, sin »embargo, cual son estos diluvios, constituyen la salud de la ciudad »(el autor escribe desde Lisboa,) porque en el espacio de una hora »arrastran toda la inmundicia al inmenso lecho del Tajo.»

Pero en cuanto á la disciplina del ejército inglés que tanto elogia John Moore, habremos de decir que el dia mismo en que cruzaba la frontera portuguesa, se vió en la precision de imponer castigos severísimos y de dar una órden general, la de 11 de Noviembre, que desmienten por completo sus halagueñas aseveraciones al Gobierno.

los que sus colegas por la calidad del camino, hubo, por lo largo, de hacerla muy pausadamente, llegaba con su vanguardia á Arévalo, donde recibió la órden de detenerse; y el general Baird, que habia desembarcado en la Coruña en los últimos dias del mes anterior, se situaba en Astorga desde el 19 de Noviembre, esperando reunir allí toda su fuerza á principios del mes siguiente, dispuesta á operar su reunion con todo el ejército.

Dificultades de su posicion.

En aquel momento y en la vasta zona en que asientan las diferentes poblaciones castellanas que acabamos de citar, region central del Duero que, por su importancia estratégica, háse atraido siempre los furores de la guerra, es cuando y donde empezó John Moore á sentir las dificultades, no pequeñas, de su posicion en aquella última campaña.

La direccion que habia impuesto á la marcha, áun dándola tan excéntrica á la division del general Hope, obligada á pasar junto á las tápias, puede decirse de Madrid, tenia su disculpa en lo difícil de los caminos y lo pobre del país que debian recorrer las columnas inglesas, en la creencia, sobre todo, de que tardarian los ejércitos franceses en cruzar el Ebro más tiempo del que ellas iban á necesitar para establecerse en la línea general de batalla. Esos cálculos eran, sin embargo, muy aventurados refiriéndose á enemigos tan activos y audaces como los franceses; y no es de extrañar por eso, que John Moore, áun sufriendo muerte tan gloriosa, se llevara consigo á la tumba no pocas críticas y reprobaciones de sus mismos compatriotas. Porque lo avanzado del movimiento de aquella columna, además de atraerle la, para él, enojo-

sa complicacion de que fuese reclamada su fuerza para atenciones de un servicio distinto del entónces especial suyo, podia, aislada como iba, comprometerla en una accion prematura y peligrosa. Podria tambien obligarle á buscar su concentracion en puntos excesivamente avanzados, á la vista quizás y al alcance de los ejércitos franceses, maniobra que el arte y experiencias repetidas han condenado y á que podria verse expuesto en atencion á lo largo de la marcha exigiendo un tiempo en que cabian muchos, variados y trascendentales acontecimientos. El mismo John Moore los temia y trató de conjurarlos enviando á Hope la órden de variar de camino, arrepentido de haberle encomendado casi toda la artillería del ejército. «Si sucede algo desagradable, le escribia, no po»dré invocar la necesidad por excusa; el camino que »seguimos por Villa Velha y Guarda, es practicable »para la artillería. La brigada del mando de Wilmot »ha llegado ya á Guarda; y por lo que yo alcanzo á »ver, el camino presenta pocos obstáculos y éstos »fáciles de superar. A nuestros oficiales es, de todos »modos, á quienes debemos el conocimiento de las »localidades, pues cuando la brigada estaba en Cas»tello Branco se ignoraba si podria continuar avan»zando.» En seguida, y aconsejándole que no se fiase de noticias, le rogaba que tomase la línea más corta de Salamanca por Plasencia y la cordillera.

Y ¿quién duda de que el movimiento de Hope fué el que obligó á los demás sucesivos del ejército inglés y causó la desgracia de su general en jefe? Ya puede Napier, en su apasionada descripcion de los planes del general, su compatriota, atribuirle el de, para se-

cundar la accion de los españoles, unirse á aquel de sus ejércitos que ofreciera más esperanzas de una resistencia afortunada; ya, con esa disculpa, puede, segun van llegando á Moore las noticias de los desastres de Espinosa y Búrgos, mostrarle inclinado á acudir al socorro de Castaños y Palafox, gravemente comprometidos ante fuerzas, en todos conceptos, muy superiores, sobre las márgenes del Ebro y del Queiles: siempre aparecerá la division Hope marchando decididamente por el Escorial y Guadarrama sin atender á los ruegos de los madrileños y en obedecimiento siempre á las órdenes de su general en jefe.

Ni, ¿cómo John Moore habia de pensar en marcha tan larga despues de la interminable que estaba verificando desde Lisboa con las tropas siempre escalonadas para la satisfaccion insaciable de sus necesidades? Cuando los despachos de Sir David Baird le ponian de manifiesto la imposibilidad de su concentracion inmediata en Astorga por falta de trasportes, de raciones y de dinero sobre todo, ¿cómo habia de aspirar á movimiento tan rápido cual el que quiere suponérsele á cerca de 80 leguas de la que ya consideraba como base de sus operaciones en la parte española de la Península? (1) Es verdad que en los despachos citados por el historiador inglés aparece, aunque siem-

(1) En todas las obras inglesas que recuerdan la campaña de Moore resaltan la falta de dinero en las tropas de su nacion y una abundancia en las nuestras que verdaderamente admira. El gobierno de la Gran Bretaña, acumulando fondos en los puertos españoles para, como dicen sus historiadores, permanecer allí sin destino siquiera, y negándolos á sus soldados, ofrece un ejemplo de desprendimiento que no presenta otro inconveniente que el de que con dificultad será creido por nadie y quedará, de consiguiente, sin la recompensa merecida de gratitud por parte de los españoles.

pre envuelta en dudas, la idea á que se refiere y que acabamos de enunciar, pero siempre tambien apoyada en el espíritu del pueblo español creyéndolo inclinado á un levantamiento en masa contra los franceses. En uno de esos despachos, sin embargo, en el de 13 de Enero de 1809, se leen estas palabras que echan por tierra asi la sinceridad del general inglés como la buéna fé de Napier, nuestro severísimo censor. Escribia John Moore á Castlereagh: «Estaba yo »convencido, (en Salamanca), por la índole del go»bierno (español) y por la disposicion de los ha»bitantes, que no harian ningun esfuerzo para ayu»darnos ni para favorecer la causa en que se han »comprometido.» Y, entónces, ¿á qué los despachos anteriores de Moore, y á qué las interminables suposiciones de planes sin justificacion fundada y las acerbas y contínuas diatribas para disculpar la imprudencia de ellos y su falta de ejecucion?

Si el, no por eso ménos ilustre, general, hubiera marchado, ya que no con mayor velocidad por ser casi imposible en las condiciones de su ejército, con las tropas algo más concentradas y por caminos ménos separados, y si, imponiendo órden semejante á las de Sir David Baird, hubiera hecho más fácil y expedita su reunion, no le habrian sorprendido, cual le aconteció, los sucesos de la campaña, ni éstos le obligaran á las operaciones sucesivas causa de su ruina. Sólidamente establecido en Salamanca hubiera hecho respetable su posicion, pues que tenia fuerza para ello; y, en todo caso, hallaba caminos, conocidos ya como expeditos, para retirarse, los mismos por donde habia avanzado el cuerpo principal y que dos años

despues recorria en circunstancias muy parecidas y con tanta gloria Lord Wellington, su antiguo compañero de armas.

Y nada justificaria más estas observaciones que las del historiador al llamar la atencion sobre los proyectos que entónces se atribuian al emperador de los franceses. «Las disposiciones, dice, que tomaba Na»poleon, indicaban un vasto plan de operaciones. Pa»rece que proyectaba la invasion de Galicia, de Anda»lucía y Valencia por sus tenientes y llevar, él en per»sona, sus armas á Lisboa. El 6.° cuerpo, la guardia »y la reserva fueron situados el 20 de Diciembre bajo »su inspeccion inmediata. El 1.° fué establecido en »Toledo; la caballería ligera de aquel cuerpo limpió »los caminos que conducen á Andalucía hasta el pié »de Sierra morena. El 4.° cuerpo estaba en Talavera »sobre el camino de la frontera de Portugal. El 2.° »cuerpo ocupaba el rio Carrion, pronto á avanzar á »Galicia. Las divisiones que componian el 8.° cuerpo, »recibieron la órden de reunirse al 2.°; y Junot, que »mandaba éste, pasó al 3.° en reemplazo del maris»cal Moncey, llamado á Madrid para un servicio espe»cial, probablemente para una expedicion á Valencia. »El 5.° cuerpo, que habia llegado á Vitoria, fué des»tinado á reforzar el 3.°, empleado entónces contra »Zaragoza. El 7.° seguia en Cataluña.»

Por vasto que parezca ese plan de campaña, creia Napier que no sobrepujaba á los medios del emperador Napoleon. Creia, y así lo manifiesta en su obra, que el ejército francés constaba de más de 330.000 hombres, más de 60.000 caballos y 200 piezas de artillería con otras tantas de reserva.

Pero como no era, ni con mucho, tan numeroso aquel ejército, de ser exactas las suposiciones de Napier, Napoleon caia en el error mismo de la primera campaña, en el de abarcar en sus planes la invasion general y simultánea de la Península. En tal caso, el ejército inglés no hallaria á su frente una fuerza enemiga tan considerable que no le permitiera operar una accion eficaz y útil y, cuando nó, una retirada tranquila hasta posiciones del litoral en que no tuviera que preocuparse de su suerte.

Pero, ya lo hemos dicho, siendo de primera necesidad, en el estado de los asuntos militares á fines de Noviembre, el concentrarse, John Moore no debió pensar en las expediciones lejanas y aventuradas que Napier le supone acogiendo con excesiva sinceridad frases casi sueltas de su ilustre compatriota, sino que se dedicó tan sólo á recoger la division Hope y darse la mano con la de Sir David Baird. (1) Cuan-

(1) El mismo Napier dice que John Moore desconfiaba de las noticias que sobre el entusiasmo de los madrileños y la fuerza de los ejércitos del Centro y de Extremadura le enviaba Mr. Frére con Mr. Charmilly, aventurero francés, denunciado despues en el Parlamento como uno de los autores de las matanzas de Santo Domingo, banquero quebrado, más tarde, en Lóndres, y hombre, sin embargo, que habia sabido ganarse la confianza del enviado inglés en España para que se le encargase de mision tan delicada como la de gestionar con John Moore las operaciones que hubiera de llevar á cabo el ejército de su mando en circunstancias tan difíciles. Cuando falta la razon, es inútil esforzarse en atraerla á un campo; siempre se va al de la verdad. Por manifestar que John Moore abrigaba proyectos que la poltronería y poco entusiasmo de los españoles le impidieron realizar, divaga y comete las mismas contradicciones Napier que su antagonista Thiers para disculpar los desastres de los franceses. «Sir John Moore, dice Napier, descon»fiaba de aquel hombre (Charmilly) á quien habia visto ántes: lo

tas noticias fidedignas y rumores llegaban á sus oidos, le revelaban el peligro de su situacion.

Resuelve la concentracion de sus tropas.

Contra las instancias de la Junta central y los mensajes del ministro británico, estaban, para inspirarle los mayores recelos, la idea, que en él comenzaba á fijarse, de las fuerzas napoleónicas, y la presencia de una parte considerable de ellas en los valles del Carrion y del Pisuerga (1). Y como, por otra parte, su correspondencia con Lord Bentinck, Mr. Stuart, el general Leith y el coronel Graham, le impelía á una gran desconfianza respecto á la conducta del gobierno y á las fuerzas y al talento de los generales españoles, el inglés, vacilando á veces entre tan encontradas corrientes, se decidió por el partido más prudente, el de reunir el ejército ántes de aventurarse á operacion alguna ofensiva contra los enemigos.

No era la operacion tan fácil como á primera vista parece, pues el cuerpo de Hope, lo mismo que el de

»que le contaba del patriotismo y de la energía desplegados por los »madrileños fué escuchado con una frialdad que burló la penetra»cion del aventurero; y Charmilly salió persuadido de que se em»prenderia la retirada.» Si habia de escribir ésto, ¿á qué tanto argumentar ántes en contrario?

Charmilly publicó despues (en 1810), un folleto sobre sus pasos con Moore para que le admitiese como voluntario en su ejército; y en todo su relato se vé que no le recibió con afecto, negándose á sus instancias á pesar de las cartas de recomendacion que llevaba para los generales divisionarios.

(1) Sir David Baird creia el 23 de Noviembre que Mayorga estaba ocupado por los franceses, y el marqués de la Romana y el general Blake escribian aquel mismo dia y el siguiente á John Moore, que habia en Rioseco y sus inmediaciones basta 14.000 infantes y 4.000 caballos. (A Narrative of the campaign of the british army in Spain, conmanded by his Excellency Lieut-general sir John Moore..... By James Moore, Esq.)

Baird, marchaban en un fraccionamiento que apénas puede concebirse. El segundo de aquellos generales habia llegado á Astorga el 19 con una parte de la infantería; y el 23 escribia á su general en jefe que hasta el 4 de Diciembre no tendría toda su division reunida: tales eran las dificultades que encontraba por el camino en cuanto á víveres y trasportes. (1) Respecto al general Hope y á las fuerzas de su mando, si las dificultades no eran tantas, el peligro era mayor. Iba del mismo modo fraccionada su tropa, pues cuando la cabeza entró en el Escorial, la retaguardia quedaba en Talavera; pero si no es verdad que, como dice Thiers, corriera riesgo de verse cortada por la caballería de Lasalle, teniendo que salvarse en la cordillera, pues lo desmienten las fechas en que unos y otros, franceses é ingleses, maniobraron en el valle del Tajo, lo es que en el del Duero estuvo expuesta á uno muy grave y trascendental. Si Napoleon, en vez de dirigir todas sus fuerzas unas trás de otras y por el mismo

(1) «Sir David Baird, dice el libro inglés citado en la nota ante»rior, en su marcha desde la Coruña tuvo que luchar con dificul»tades de un género totalmente nuevo para él. Este general se ha»bia distinguido en varias campañas en la India, donde el ejército »inglés iba siempre acompañade de un tren tan numeroso de es»clavos, sirvientes y cantineros, caballos, bueyes y elefantes, que »las tropas no tan sólo estaban abundantemente provistas de lo »necesario, sino que tambien de muchas cosas de puro lujo. Pero »allí (en España) Sir David encontró mil faltas; tropezó con mu»chos y variados obstáculos para su movimiento y recibió muy »poca ayuda de los españoles en él. Para procurarse las suficientes »raciones y hallarse en disposicion de hacer avanzar sus bagajes »se vió obligado á dividir su corto cuerpo de ejercito en destaca»mentos muy pequeños, siguiéndose uno á otro á distancias con»siderables.»

Así los historiadores ingleses, el mismo Napier, como los franceses, convienen en que las poblaciones del tránsito entre la Coruña y Astorga carecian de todo desde la formacion del ejército de la Izquierda.

camino de Somosierra ó en persecucion del ejército de la Izquierda enriscado ya en las Peñas de Europa, hubiera hecho una punta á Valladolid, no con destacamentos de caballería, como la hizo, sino con un cuerpo entero de los varios que regia, la division Hope estaba perdida ó, cuando ménos, hubiera permanecido mucho tiempo separada de su cuerpo principal. Para dar el golpe decisivo que se proponia el Emperador asestar á la sublevacion española en Madrid, importábale mucho tener ocupado en fuerza un punto en que confluyen todas las comunicaciones de Astúrias, Galicia y Portugal hácia el centro de la Península. Pero llevado siempre de la idea de que era en la capital donde se herian mortalmente el espíritu de independencia, la arrogancia y las esperanzas de nuestros compatriotas, y sin darse por aleccionado con la campaña anterior, maniobró en una sola direccion, la del camino más corto, y dejó escapársele de entre las manos una victoria que quizás le hubiera dado mayores resultados. Por que el ejército inglés, sorprendido en la diseminacion en que se dirigia al punto de asamblea, y cortado, quizás, alguno de sus destacamentos, el del general Hope, regularmente, que no podria retirar su artillería por caminos tan largos como los por donde se acercaba, no hubiera tenido ocasion de demostrar cuán eficaz y útil podria, en otras, ser la cooperacion de soldados tan robustos, sólidos y tenaces como los suyos (1).

(1) Dice James Moore: «Era evidente que si Bonaparte se de»cidia, como era de esperar, á arrojar sus cuerpos avanzados so»bre él (Moore), la union de éste con el general Hope seria muy »dudosa y la de Sir David Baird imposible.»

Decide retirarse.

Afortunadamente para John Moore, la marcha del Emperador á Somosierra y la estancia de los mariscales Lefevbre y Soult en Santander y Astúrias, dieron tiempo para que el general Hope pudiera incorporársele. Ya en la confusion de las noticias contradictorias que le llegaban, habia ordenado la retirada de Baird por el camino mismo de la Coruña que habia en sentido inverso recorrido, y dispuesto la suya á Portugal tan pronto como reuniera del todo las fuerzas procedentes de aquel reino de cuya frontera temia tanto separarse. La nueva de lo ocurrido en Tudela, comunicada por Stuart, le habia decidido á, contra los deseos que manifestaba siempre de no retirarse sin hacer algo en favor de los españoles, abandonar un país en que no veía sino peligros para la causa que venia á ayudar y peligros para la de la nacion británica, su pátria.

Aquel movimiento, á la fecha en que se decidia, no solamente era prematuro sino impropio del valor y del talento de general tan ilustre como John Moore. Resistia Madrid, atacado por el Emperador en persona á la cabeza de la casi totalidad de las tropas con que habia emprendido la campaña, y miéntras no se supiera su rendicion, el ejército inglés no tenia que temer nada en region tan distante y comunicando libremente con Portugal y la Coruña, sus puntos de partida.

Si John Moore no se formuló estas observaciones al disponer la retirada, los despachos que recibia de la Junta central y los del ministro inglés, sobre todo, las debieron dispertar en su mente, porque el 5 de Diciembre dirigia á Sir David Baird órdenes en

contrario de las que le habia dictado ocho dias ántes.

Nuestros lectores se aturdirán de las fechas que vamos trayendo á su memoria, fechas que representan más que las vacilaciones del general, la manera de sér del ejército de su mando. Aparecia John Moore el 8 de Noviembre en Almeida y no tenia reunidas hasta el 23 en Salamanca las tropas con que habia salido de Lisboa; Sir David Baird, que llegaba el 19 á Astorga, no tenia el 29, ni esperaba hasta el 5 de Diciembre, tener las suyas en estado de operar contra el enemigo; y el general Hope andaba el 30 maniobrando con sus ginetes de Avila á Peñaranda y Salamanca, para cubrir los movimientos de su artillería. Sólo así se comprende la dificultad de reunirse el ejército, teniendo las alas tan próximas y sin más que partidas enemigas á su frente; y así y atendida la ignorancia de las posiciones que iba ocupando Napoleon y de los sucesos que tenian lugar en las distintas provincias fronterizas, se conciben los temores de los tres generales ingleses en su, en distintas condiciones, aterradora diseminacion.

Rara vez sucede que las dificultades que se hallan, las vacilaciones que se sienten y los errores que se cometen en tales casos, no se achaquen por los generales á los diplomáticos y por los diplomáticos á los generales, cuando del acuerdo de unos y otros han de depender la fuerza, la resolucion y el acierto en las operaciones de los ejércitos. Lord Bentinck, comisario del gobierno inglés junto á la Central, y Stuart represéntante del mismo y encargado de negocios, instaban en sus correspondencias con John Moore por una accion inmediata y enérgica, haciendo de-

pender de ella la suerte de la campaña en un principio, y, despues, la salvacion de Madrid. Conociendo los sucesos por el órgano, generalmente, de la Junta, é inmediatos al foco á que iban y de que irradiaban las noticias de la guerra, todas exageradas por el estado de efervescencia en que se veia la nacion, y animados del deseo, muy natural por razon de sus respectivos cargos, de ser útiles, sufrian en sus relaciones con el general Moore de esas alternativas, reflejo de las que la misma Junta y sus vocales experimentaban en circunstancias tan azarosas y difíciles, sólo trasparentes para hombres dotados de un talento superior y libres en su accion, así militar como política (1). El que asume el mando en jefe y en él cuenta con sus recursos de todo género exentos de intervencion agena, siempre embarazosa y debilitante, marcha en sus operaciones con una energía que descarga notablemente, ya que no exima de la responsabilidad para quienes las estudian desde punto más alto que el de los procedimientos jurídicos.

Pero la Junta, por un lado, y sus emisarios; Stuart

---

(1) Para que se vea el espíritu de imparcialidad en que tratamos de inspirarnos, nos decidimos á arrostrar la responsabilidad de este juicio, áun en contradiccion con el manifiesto de la Junta Central, en cuya página 18 se lee lo siguiente: «No tuvo el gobier»no comunicaciones con este general (John Moore), es verdad; pero »las tuvo con los ministros de su nacion; y tan francas, que no »sólo sabian lo mismo que el gobierno sus fuerzas, sus ventajas, »sus derrotas, sus planes y disposiciones, sino que nada se trata»ba sin su asistencia y conocimiento; y para que por parte del go»bierno no hubiera jamás la más pequeña detencion, al Lord Ben»ting ya citado, se le dijo se entendiera con la Junta militar para »arreglar con ella las combinaciones que conviniesen.»

(Exposicion que hacen á las Córtes generales y extraordinarias de la nacion española, los individuos qne compusieron la Junta Central suprema... etc.)

por otro, y luego Frere que le sucedió en sus funciones diplomáticas; y el general Blake por fin, y la Romana al tomar el mando del ejército de la Izquierda, de tal manera confundian con sus noticias, consejos y reclamaciones al caudillo británico, que nada tienen de extraño sus perplejidades é inaccion de aquellos dias. Es verdad que le importaban muy poco los ruegos y las quejas de la Junta, á la que trataba de imbécil, ni las observaciones de los generales, á quienes, como á aquella, manifestaba despreciar en sus cartas á los diplomáticos, sus compatriotas (1). Ni era tampoco muy grande el caso que de éstos hacia, porque lo cierto es que tanto Lord Bentinck como Stuart y Frere, manifestaban un interés por el socorro de nuestros ejércitos y el de Madrid, sobre todo, que nunca les agradecerá bastante la nacion española. Se vé tambien en John Moore deseo de ser útil á ésta y lo proclama en todos sus despachos oficiales, pero subordinándolo siempre á los intereses del ejército de su mando y achacando su inaccion y sus vacilaciones á nuestros compatriotas cuyo patriotismo y esfuerzos

(1) Decia en una: «La imbecilidad del gobierno español excede »lo creible. La buena voluntad de los habitantes, si es que existe, »es ineficaz mientras no se la utilice con habilidad.» Despues se quejaba de su falta de comunicacion con nuestros ejércitos, y cuando no de la destitucion de Castaños, de la ausencia de Romana, de cuanto se hacia ó dejaba de hacerse en España.

La Junta Central decia: «Si estos indivíduos de su nacion no »le dieron aviso de cuanto sabian, que era todo lo que sabia el go»bierno, no es un cargo para nosotros, que arreglamos además »nuestra conducta al estilo establecido de no entenderse el go»bierno sino con los agentes diplomáticos, que por haber faltado »despues, teniendo presente esta respuesta del Sr. Canning, cuan»do mandaba las tropas inglesas Lord Wellington, recibió dos avi»sos, uno de éste y otro del marqués de Wellesley, para que estas »comunicaciones se hicieran por conducto del Embajador y no di»rectamente.»

niega casi por sistema, sin el exámen debido de los hechos, en cuyos infelices resultados no tenian poca culpa las dilaciones de su gobierno y las suyas propias.

Las noticias que recibió á fines de Noviembre, le movieron, como ya hemos dicho, á disponer su retirada á Portugal y la de Baird á la Coruña. Su plan, él mismo lo manifiesta en las correspondencias publicadas, era el de cubrir Lisboa todo el tiempo que le fuera posible, haciendo que las fuerzas de Baird se embarcasen en Galicia para incorporársele en aquella capital; y, como para dar un consuelo á los españoles en el abandono en que los dejaba, aconsejaba su retirada á Andalucía donde, al abrigo de las plazas de Cádiz y Gibraltar, podrian prolongar la resistencia con fortuna. «Si los españoles, dice su hermano y »panegirista, tienen constancia para sostenerse y »fortaleza de ánimo para continuar la lucha, se les «proporciona una oportunidad. En el Sur pueden des»plegar toda su energía y el ejército inglés puede allí »ofrecerles una ayuda eficaz. Y áun cuando fuesen »vencidos en ese esfuerzo, Cádiz y Gibraltar les ofre»cerian retirada segura.»

Vuelve á tomar la ofensiva.

Pero más tranquilo ya, el 5 de Diciembre, con habérsele incorporado el general Hope por Peñaranda y Alba de Tormes, recibe un despacho de Mr. Frere, fechado el 3 en Talavera, en que, despues de pintarle el espíritu de que se hallan animados y la resolucion de los madrileños, le manifiesta su opinion de que la suerte de España dependia por entónces y absolutamente del partido que él adoptase. A esto se unen las instancias del coronel Charmilly, portador del des-

pacho y testigo presencial de la conducta de los habitantes de Madrid, y las representaciones que, por conducto de los generales Escalante y Bueno, le dirige la Junta central y, le envian por otro, Castelfranco y Morla para que una sus fuerzas á las de los ejércitos que se retiran en auxilio de la capital, y John Moore da la órden á Baird para que suspenda su marcha retrógrada hasta que reciba nuevas disposiciones suyas, y para que las tome, por su parte, á fin de volver á Astorga, si fuese necesario. Y el mismo dia, el 6, escribe tambien al marqués de la Romana comunicándole las noticias que habia recibido, la órden que acababa de dar á Baird y el deseo de unirse á él y de emprender con él las operaciones que juzgase más conducentes al socorro de Madrid y al vencimiento del enemigo.

Habíale escrito el Márques con fecha 30 del mes anterior manifestándole la conveniencia de aprovechar la ocasion de hallarse á su frente fuerzas, no considerables, enemigas, destacadas, sin duda, del grande ejército que Napoleon dirigia en persona sobre Madrid; y la carta de John Moore era contestacion á sus proposiciones que, sin citarlas, parecía tomar en cuenta. (1) Porque desde el instante en que el Marqués tomó el mando del ejército no descansó en la tarea de reorganizarlo y de buscar, por su concentracion en los puntos estratégicos de mayor importancia, la manera de cerrar al enemigo los caminos

(1) Por más señas que John Moore le decia: «Generalmente escribiré á V. en francés, como lo desea; mas espero que me dispense que le dirija ésta en inglés porque en estos momentos ando »muy precipitado.» Lo cual prueba que él mismo escribia su correspondencia.

de Astúrias y Galicia. Y como el número de sus tropas se hallaba reducido á una mínima expresion por los reveses anteriores y por la marcha, sobre todo, desastrosísima que acababa de verificar á través de las montañas más inhospitalarias de la cordillera, y se encontraba sin armas ni municiones, pudiendo tan sólo servirse de unos 5.000 hombres para las operaciones sucesivas, pero inmediatas, de una nueva campaña, requería sin descanso á Baird y á Moore para que tomasen desde luégo parte activa en ellas. Abandonado á sus solas fuerzas, era imposible una accion eficaz contra enemigo tan poderoso, estando desorganizadas, sin recursos ni moral; pero, en combinacion con las de los aliados, esperaba poderla desplegar á la altura de las circunstancias, por difíciles que le pareciesen. Y no es que tratara el Marqués de encomendar la tarea más peligrosa á los auxiliares que la suerte le habia deparado á su inmediacion, porque no hay un sólo despacho de su correspondencia de aquellos dias en que no pida el puesto de mayor riesgo y el de responsabilidad más grave para sí y sus hambrientos y haraposos soldados. Podría el ofrecimiento ser más ó ménos jactancioso, pero que el propósito era levantado, es indudable, como lo es que revelaba esa constancia en los reveses y ese arrogante desenfado con que al dia siguiente de una derrota se ofrecen los españoles á nuevas y más rudas y penosas pruebas. (1)

---

(1) «Yo le ofrecí, dice el marqués de la Romana en un despa»cho que luégo copiaremos íntegro, atacarlo (al enemigo) por el »frente de sus posiciones, que era lo más árduo de la empresa...» ¿Por qué James Moore no ha publicado, entre tantas como contiene su libro, la carta de Romana?

Con la carta, recientemente trascrita, de Mr. Frere, llevaba el coronel Charmilly otra de la más grave trascendencia y una comision que no se sabe cómo calificar y que no pueden dejarse desatendidas en una historia como la presente.

La carta decía: «Diciembre, 3, 1808.—Señor.—En »el caso, que yo no quiero suponer, de que continueis »con el propósito que ántes de ahora me anunciásteis »de retiraros con el ejército de vuestro mando, debo »rogaros que el coronel Charmilly, portador de ésta »y á cuya inteligencia me he referido anteriormente, »sea préviamente examinado ante un consejo de »guerra.—Tengo, etc., etc...—J. H. Frere.»

La carta era lacónica; y, áun siendo inspirada por el deseo, bien ardiente por cierto, de favorecer la causa española, nuestra imparcialidad no puede dejar de encontrarla asaz imperativa y ultrajante.

John Moore, sorprendido de tal escrito, pero más indignado aún que de su contexto de que se confiasen á hombre cual Charmilly los secretos de sus correspondencias con el ministro inglés, no profirió ni una sílaba que diera á conocer la menor indicacion de sus proyectos al coronel francés, y, por medio de su ayudante-general, le dió la órden de abandonar Salamanca. Pero reflexionando sobre el caso y comprendiendo la inmensa responsabilidad que echaría sobre sí de romper con el enviado británico en tales momentos, contestó á su carta con una muy cortés y reservada, mas en el fondo enérgica y terminante respecto á su mision y atribuciones. «Poseido, cual me »hallo, de estos sentimientos, me abstengo, le decía, »de hacer observacion alguna sobre las dos cartas

»que me habeis dirigido y me han sido entregadas »ayer noche y esta mañana por el coronel Charmilly, »ni sobre el mensaje que las acompañaba. Cierto que »me he resentido y he manifestado la indignacion »más viva porque persona como él sirviera de inter»mediario entre nosotros; pero esos sentimientos se »hán apagado y os puedo asegurar que no volverán »á reproducirse para con vos.» Ya le decía tambien en párrafo anterior que en las cuestiones puramente militares se consideraba él como el mejor juez; pero con la satisfaccion que acabamos de señalar á nuestros lectores y con darle parte de las disposiciones que ya llevaba dictadas para que Baird volviera á Artorga y de sus preparativos para abrir la campaña, creyó, y con razon, que no se interrumpirían sus buenas relaciones con el agente diplomático, su excelente compatriota. (1)

John Moore tenía, sin embargo, que desahogar su cólera y, ya que no contra Mr. Frere, la descargó contra los dos generales que la Junta central le había dirigido con el mismo objeto de hacerle avanzar en socorro suyo. Dice de ellos en otra carta de la misma fecha del 6, que le han parecido dos viejos débiles, ó más bien, dos mujeres, con quienes le es imposible concertar ninguna operacion militar, por muy inclinado que se encuentre á ello; y, áun cuando manifiesta

(1) Napier da á entender en este punto que la órden de John Moore á Baird para que volviese á Astorga, fué posterior al recibo de las cartas de Mr. Frere; así, al ménos, puede conjeturarse por lo oscuro de su escrito; pero en la obra de James Moore se vé con toda claridad que aquella disposicion habia precedido en un dia á las cartas del ministro inglés y al mensaje de Charmilly. Esta aclaracion parece de importancia para la memoria de John Moore.

despues que las personas con quien conviene entenderse son los generales que mandan los ejércitos, llega hasta á suplicarle que le evite tales visitas que le son muy penosas. (1)

Más humano se mostró con Castelfranco y Morla, á los que dirigió una carta explicándoles sus proyectos de avanzar, en cuanto se lo permitieran su mision, sus fuerzas y las noticias que recibiese del ejército francés; carta que debía presentarles el coronel Graham, enviado con el objeto aparente de comunicarles particularidades de su situacion y con el real, confesado por Napier, de que le informara de cuanto pasaba en Madrid, de donde no recibía noticia alguna.

Todo ello, sin embargo, la órden de avanzar de nuevo expedida á Baird, la conducta con Escalante y Bueno, tan grosera como habia sido altiva la observada para con Charmilly, todo, repetimos era consecuencia de las contrariedades que le ofrecian, no sólo su situacion verdaderamente difícil, sino el espíritu y las murmuraciones de las mismas tropas que mandaba. Porque está perfectamente averiguado que el pensamiento de retirarse fué muy mal recibido é interpretado al saberse en el ejército inglés. Londonderry emplea ocho páginas enteras de su obra para poner de manifiesto el disgusto y la sorpresa que causaron disposiciones tan contrarias á la mision que todo el mundo suponía traian los ingleses á España.

(1) Recordamos estos detalles para que el lector vaya preparando su ánimo y pueda luégo formar juicio exacto sobre la conducta de John Moore en la campaña bajo cuantos puntos de vista haya de considerarse.

Johon Moore le anunció la retirada, acusando, para fundarla, al gobierno español y á la nacion en general, á la imposibilidad de entenderse con nuestros caudillos y á lo absurdo de los movimientos por ellos ejecutados para ser batidos en detall; le expresó su sentimiento de que no hubiesen maniobrado para reunírsele cuando él penetraba en España, y el de encontrarse así sin apoyo alguno la poca fuerza de que hasta entónces podia él disponer, y concluyó por decirle que no tomaba tal resolucion sin pena, pero que la consideracion de salvar al ejército de su mando estaba por encima de todo. Amontonáronse en la imaginacion del noble oficial mil observaciones, la de la ruina de España, de Portugal y de la Europa entera que quedaría á los piés de Napoleon, la del chasco que se daría al pueblo inglés que tanto esperaba de aquella empresa, y cien otras que no se atrevió á expresar en tal momento, ya porque supuso que tal medida sería dictada por una extrema necesidad, ya por miedo á las consecuencias que pudiera tener para su causa.

La idea, por otra parte, que tenia el ejército de su fuerza; la de su facilidad de concentrarse detrás del Duero, y las noticias que por aquellos dias llegaban de la resolucion de los madrileños, servían á los oficiales y áun á la tropa de argumentos poderosísimos, todos contrarios á la resolucion de su general. Llegáronse á proyectar subrepticiamente planes trascendentalísimos de campaña, el de unirse á Castaños, por ejemplo, ó el de amenazar la retaguardia de los invasores; y hasta se expresaron en alta voz, haciéndose casi unánime la opinion de que era preferible la pérdida de la

mitad del ejército al abandono, en su concepto injustificado, de la causa española. (1)

Por el pronto nada de esto influyó en el ánimo del general Moore; pero ántes de lo que supone el escritor á que nos vamos refiriendo, y ántes de presentarse el coronel Graham de vuelta de su expedicion, en los dias y con las noticias que hemos señalado precedentemente en esta relacion, decidió el regreso de Baird á Astorga con gran contento de sus subordinados que, ante la perspectiva de no retirarse, comenzaron á disculpar los motivos á que hubiera podido obedecer la anterior resolucion de su jefe. Tenia con todo, éste que dar satisfaccion á sus propios sentimientos, heridos tan rudamente por los que tan sólo debian pensar en obedecerle y secundarle, y no halló otra mejor que la de descargar toda la amargura de su corazon sobre la Junta central, los generales por ella comisionados y los españoles todos.

Cuando llegó el coronel Graham á Salamanca, es-

(1) En el apéndice núm. 4 traducimos esta parte de la obra de Londonderry, sumamente interesante y que pinta el estado del ejército inglés en aquellos dias.

Nápier, con opiniones opuestas y escribiendo despues, se expresa en este punto así: «El ridículo echado, de mucho ántes, sobre el nombre sólo de una expedicion inglesa, daba á las cabezas más acaloradas del ejército uno como derecho á censurar la conducta del general con olvido de la subordinacion. Así habia sucedido en Egipto, donde llegó á formarse un complot para quitar el mando á Hutchinson, y lo mismo en Buenos Aires, en Ferrol y Portugal. El ejército de Moore ofrecia un nuevo ejemplo; y ya se verá en el curso de esta obra que los talentos superiores, la energía y la fortuna del duque de Wellington no lograron ponerle al abrigo de tal injuria. Los tres generales que mandaban las divisiones del ejército inglés y que, por consiguiente, conocian todas las circunstancias del momento, estaban de acuerdo sobre la necesidad de la retirada; pero las murmuraciones más indecentes estallaron entre los oficiales, hasta el extremo de provocar sobre ellos las reprensiones de sus jefes.»

to es, el 9 de Diciembre, llevando la noticia de haberse apoderado Napoleon del Retiro sin conseguir empero quebrantar la resolucion heroica de los madrileños: John Moore estaba completamente entregado á un nuevo plan de operaciones, propio de las circunstancias diferentes en que se veía.

Su plan de campaña.

Los pasos de la cordillera en Somo-sierra y Guadarrama, el último de los cuales habria de serle absolutamente necesario para comunicar con Madrid, estaban ocupados por el enemigo, y érale, por tanto, imposible la empresa de marchar directamente á aquella capital y salvarla. Impedíaselo tambien la idea del tiempo que exigiria la reunion de las fuerzas de Baird con las suyas, más que sobrado para hacer tardía su accion en la cuenca del Tajo, pues que no podria aquella verificarse hasta el 12, por lo ménos, del mes. Y como sabia que Zaragoza estaba resuelta á repetir el ejemplo dado en su primer sitio, Toledo le ofrecia sepultarse en sus ruinas ántes que someterse, se le daban noticias de que las provincias meridionales preparaban nuevos levantamientos y el marqués de la Romana le escribia prometiéndole ayudarle con 20.000 hombres, comprendió que el camino mejor para detener á Napoleon en sus proyectos de invasion era el que le cortase las comunicaciones con el Imperio y, de consiguiente, con los refuerzos que debia esperar y los depósitos que tendria para el armamento, equipo y subsistencia de sus tropas. Su carta del 12 á Baird lo dice bien claro, pues que se extiende á manifestar que desde Valladolid continuaria á Palencia y Búrgos, para así hacer una diversion en favor de Madrid y Zaragoza ó algun movimiento que

pudieran utilizar los españoles para la reorganizacion y concentracion de sus ejércitos en las provincias meridionales ó el valle del Tajo.

No era aquel seguramente modo de librar á Madrid que, por mucho que del patriotismo de sus habitantes esperara el general inglés, no podria resistir todo el tiempo que él necesitaba para una operacion tan larga; mas no, por eso, dejaba esa de ser hábil, aunque atrevida y hasta aventurada. Alguno de sus compatriotas la elogia como procedimiento político y como militar, fundándola en consideraciones de un órden verdaderamente muy elevado; pero no sabemos hasta qué punto fuese oportuna y práctica.

Dice Nápier: «Suponiendo que Napoleon tuviese »más priesa de asestar un rudo golpe á los ingleses »y de cerrarles la España que de someter alguna pro»vincia ó de apoderarse de alguna ciudad de la Penín»sula, sir John Moore resolvió lanzarse sobre las co»municaciones del ejército francés, con la esperanza, »si la fortuna le sonreia, de hacer experimentar gra»ves pérdidas á las tropas encargadas de conservar »aquellas comunicaciones ántes de que pudieran ser »socorridas. Si, suspendiendo sus operaciones en el »Mediodía, el Emperador destacaba una fuerza consi»derable para defender su línea, seria socorrido Ma»drid; y si no lo hacia, los ingleses podrian conservar »su posicion. Sir John Moore sabia perfectamente que »en caso semejante un gran capitan no dejaria de re»unir todo su ejército para caer sobre las tropas que se »atreviesen á cruzársele en su línea de operaciones: »así, á fin de socorrer á los españoles en un momen»to crítico y de dar á las provincias del Sur el tiempo

»necesario para organizar su defensa y recobrar su »valor, queria atraerse la masa toda del enemigo. Com»prendia que, obrando de aquel modo, comprometia »la seguridad de su ejército, sería como andar por el »borde del precipicio y atravesar un profundo bar»ranco por una tabla medio apolillada; pero tambien co»nocia el valor aguerrido de sus soldados; tenia con»fianza en su génio; y, siendo digna la ocasion de in»tentarse, se atrevió á hácerlo contra Napoleon.»

Era, en primer lugar, de un optimismo que no está de acuerdo con las preocupaciones anteriores de John Moore sobre la constancia militar de los españoles, lo de creer que una poblacion tan numerosa, heterogénea y completamente abierta, sin defensa alguna permanente ó sólida, como Madrid, fuera á resistir un sitio prolongado ante el formidable ejército del emperador Napoleon. No lo era ménos lo de que tropas desmoralizadas por reveses tan recientes y trascendentales como los sufridos por las españolas que operaban en el Ebro, sin dinero, además, sin armamento, vestuario ni áun víveres, fueran á reorganizarse en tan corto tiempo, acosadas, cual se veian sin cesar, por enemigos tan diligentes y enérgicos.

Pensar, por otro lado, en extender su accion hasta zonas tan apartadas de su base de operaciones como Zaragoza un ejército cuya fuerza nunca podria pasar de la de 30.000 hombres, sin esperanza de refuerzos, pues que no podia su mismo gobierno disponer de ellos (1) y hácia las fronteras de donde podian

(1) Mr. Canning escribia aquellos dias á Mr. Frere: «Recorda»reis (al gobierno español) que el ejército destinado por S. M. á la »defensa de España y Portugal, no es, tan sólo, una parte conside-

llegarle tantos al enemigo, lo creemos, más aún que atrevido, temerario en demasía y fatal.

El dia en que cayera Madrid, la situacion de John Moore se hacia comprometidísima; y, para cuando lo supiera, le estarian cortadas sus comunicaciones con Portugal y á punto de serlo las de Galicia, pues era el 12 de Diciembre é ignoraba lo que habia pasado el 4 en Madrid. Y por oscuras que fuesen la noticias que tuviera de los ejércitos enemigos, debia saber, por habérselo advertido Blake y Romana, que hácia Santander y Astúrias, hasta por el valle alto del Carrion y del Pisuerga, operaban cuerpos respetables de tropas enemigas, y que las reservas del grande ejército francés, reservas sin las que nunca hacia Napoleon la guerra, debian estar en el camino, si no en Vitoria ya ó en Búrgos.

¿Cuál seria, entónces, su posicion, sin más reservas en el camino de su retirada que las que podia ofrecerle el marqués de la Romana, con quien apénas tenia relaciones, reservas de que obtendria el dia 15 las noticias más tristes por el vehículo del Teniente Coronel Symes, de la division Baird, enviado á Leon para proporcionárselas?

Y la prueba de que estas consideraciones, áun tan ligeramente enunciadas, se apoyan en fundamentos no fáciles de destruir, está en que si la Junta central y el Ministro inglés, así como, en su nombre, el general Escalante, de un lado, y Charmilly de otro le em-

»rable de la fuerza disponible de este país; es todo el ejército in»glés. La gran Bretaña no tiene más tropas disponibles; puede, por »un grande esfuerzo, aumentar el ejército si el objeto es propor»cionado al sacrificio, pero no tiene otro que enviar.»

pujaba á mover sus tropas hácia Madrid, Romana, más enterado naturalmente de lo que pasaba á su frente y sobre su flanco izquierdo, le instaba por dar un golpe rudo y decisivo á los cuerpos franceses que entreveia á su inmediacion, como preliminar de la campaña general que despues podria emprenderse contra Napoleon. Y, por más que se tengan por fáciles los juicios formados largo tiempo despues de ocurridos los sucesos á que se refieren, los subsiguientes, inmediatos, de aquella campaña vinieron á justificar los razonamientos que debió hacerse el general Moore, si es que no se los hizo en efecto, ocultándolos hasta el momento oportuno, para así disfrazar mejor sus ideas de retraimiento y aparecer satisfaciendo al gobierno español y á los representantes del suyo. (1)

Comienza el movimiento.

Ya, al parecer, resuelto á operar ofensivamente, John Moore hizo que marchasen á Toro la reserva y la brigada Beresford para que se uniesen á la parte principal de la caballería, mandada por Lord Paget que ya se habia dirigido á aquella poblacion ribereña del Duero. Las divisiones debian, saliendo de sus cantones de Alba de Tormes, Salamanca y Ledesma,

(1) James Moore dice. «No obstante sus dudas, el general se consideró obligado á hacer un esfuerzo, el que estuviera en su poder, para librar á Madrid, y, por eso, avanzó desde Salamanca.»

El oficial inglés cuyas cartas hemos citado anteriormente al tratar de la lluvia en la marcha del ejército de Lisboa á España, exclama en este punto: «¡No se trata ya de retirarnos sino de avanzar! Hé ahí la órden que hubiéramos alegremente obedecido semanas hace: pero más vale tarde que nunca, y como ha tenido lugar un cambio tan grande en las operaciones, el sentimiento general es el de que alguna ventaja, no imaginada por los que no están en el secreto, deben esperar los que han dispuesto el movimiento de avance. Grande, con efecto, necesita ser para autorizar el acto de que un ejército, tan inferior como el nuestro, haga frente

establecerse en una línea á lo largo del rio mencionado entre Toro, donde se apoyaria la izquierda, y Tordesillas donde la derecha, miéntras el centro se estableceria en Alaejos con el cuartel general. Era el proyecto, por el pronto y como paso preventivo de cualquier accidente, el de reunir en Tordesillas las tropas que habian salido de Portugal y la caballería de Baird, para lo que Moore salió de Salamanca en direccion de Alaejos donde se hallaba el dia 14. En esos movimientos le tocó á la brigada de húsares que mandaba el entónces coronel Cárlos William Vane, Lord Londonderry, á quien llevamos citado como autor de una historia de aquella guerra, distribuirse entre Palacios Rubios, Madrigal, Nava del Rey y Pollos, y á uno de sus escuadrones el tropezar con un destacamento de los franceses en Rueda, villa situada, como deben saber nuestros lectores, entre Nava y Tordesillas. Las noticias eran de que permanecian allí bastantes caballos é infantes acantonados; y, al ir á reconocerlos y comprendiendo el Lord que ignoraban su proximidad, decidió atacarlos por sorpresa, si le era posible y, si no, paladinamente. Con tal fin,

Combate de Rueda.

á las victoriosas y numerosas legiones de la Francia. Tal es la conversacion entre nosotros; pero en mi opinion particular no puedo distinguir de dónde ha de venirnos tal ventaja. Comprendo que ninguna puede procurarnos España cual ahora está de vencida y humillada; y esperar que el enemigo nos ofrezca alguna, es una ilusion tan extravagante como el encuentro de D. Quijote con los molinos de viento.»

Y no es que le faltara espíritu al autor, porque despues de pesar las ventajas y peligros de tal empresa, añade: «Pero, aún cuan»do nos suceda lo peor, el que nos abandonen los españoles, ¿es »que no somos una falange de soldados británicos? La mar está »delante de nosotros, y tenemos espadas con que abrirnos paso »hasta nuestro propio elemento.»

penetró en la poblacion la noche del 12; y, encontrándose inobservado, los acometió arrebatadamente sable en mano, poniéndolos en la mayor confusion. Muchos de los franceses quedaron muertos en el sitio y varios fueron hechos prisioneros; escapándose muy pocos á Valladolid, donde estaba el general Franceschi con un cuerpo numeroso de caballería.

En Alaejos recibió John Moore una carta del marqués de la Romana sin otro contenido que el de su aprobacion por los movimientos nuevamente ordenados (1). Llegáronle tambien allí, y el mismo dia, varios pliegos interceptados por el paisanaje de Guadarrama á un oficial francés portador de ellos. El más interesante y que tanto influyó en la marcha sucesiva de las operaciones del ejército inglés, era del mariscal Berthier que lo dirigia el 10 y desde el campo imperial de Chamartin al duque de Dalmacia. Es un do-

Carta interceptada de Berthier á Soult.

(1) James Moore, sin fijar su atencion en las fechas, supone que en esa carta el Marqués aprobaba la retirada anteriormente resuelta por el general inglés. Hé aquí lo que dice: «El Marqués »expresa terminantemente (distinctly) en ella una aprobacion per»fecta de las razones para la retirada que ántes (before) habia »John Moore proyectado, sin añadir, por precaucion, ni una pala»bra respecto á los movimientos de avance, por si caia su carta en »manos del enemigo.»

Pero es el caso que la del Marqués, dice lo siguiente:

«Veo por las dos cartas de V. E. de 6 y 8 del corriente, la causa de los movimientos retrógrados que habia prescrito á los cuerpos de ejército de su mando, y la encuentro muy fundada y justa. Temiendo aventurar una respuesta á los artículos que abrazan las dos cartas, me reservo hacerlo por el conducto de un oficial que despacharé mañana á vuestro encuentro en Zamora, miéntras me preparo á verificar la union tan deseada con V. E.»

Y como el 6 y el 8 son los dias en que Moore decidió sus nuevos movimientos, claro es que son los que él llama retrógrados porque eran de regreso, de vuelta á Astorga y retrógrados hácia Leon donde se encontraba Romana. Es una equivocacion sobre la que no ha meditado su autor, apologista, naturalmente exagerado, del insigne general británico.

cumento tanto más importante cuanto que no se halla, no sabemos por qué motivo, en la extensísima correspondencia de Napoleon.

Despues de aprobar el Emperador cuanto el mariscal lleva ejecutado, y de poner á sus órdenes las brigadas de caballería Belle y Franceschi, le supone con fuerza suficiente para que nada se le resista, pues que cuenta, además, con las divisiones Merle y Mouton de su cuerpo de ejército. Le aconseja luégo que se apodere de Leon, rechace al enemigo á Galicia y penetre en Benavente y Zamora, pues no deben oponérsele los ingleses, que todo hace creer se hallan en plena retirada. En cuanto esté seguro de ello, debe avanzar sin cuidado, porque entre los españoles no hay quien haga frente á sus dos divisiones, á las que debe procurar en Leon, Santander y Palencia cuanto necesiten, como á la division de dragones del general Miller que quizás le sea agregada, áun cuando no estará en España ántes de quince dias. Y áun cuando á la distancia en que se encuentra no debe considerar aquellas instrucciones sino como de una direccion general, cree el Emperador que Soult tomará las medidas adecuadas para someter el país entre el Duero, Galicia y Astúrias, conservando siempre y como objeto del mayor interés á Santander.

Le anuncia luégo que el 5.° cuerpo, de Mortier, tiene órden de ir á Zaragoza, y el 8.°, de Junot, cuya primera division deberia llegar el 12 á Vitoria, la recibirá para reunirse en Búrgos; que la tienen tambien de trasladarse á Santander gabarras y buques de todas especies para cargar mercancías inglesas apresadas, y algodon, lana y artillería que trasportarán á

Francia; y le manda, por fin, que someta á Valladolid y Zamora, poblaciones, las dos, muy importantes.

Termina noticiándole que las cinco divisiones de Castaños han sido derrotadas más fácilmente aún que las que él venció del ejército de Andalucía (querrá decir de Extremadura) en Búrgos, y que sus restos van perseguidos por el mariscal Bessiéres hácia Valencia; que el Emperador tiene su cuartel general en Chamartin; que Madrid está tranquilo, con sus tiendas y sus teatros abiertos, no conociéndose que las primeras negociaciones (las de la capitulacion) hubiesen sido apoyadas por cuatro mil cañonazos (1).

Esta carta rompió las tinieblas en que se hallaba envuelto John Moore y decidió de su conducta ulterior. Conocida la situacion de la mayor parte de las tropas francesas, las intenciones del Emperador, las desgracias de los españoles, y la última, la más importante para él, de Madrid, no le quedaba otra satisfaccion que la de que ignorasen los enemigos su estado suponiéndole en completa retirada hácia Lisboa. Tenia, pues, tiempo para variar sus planes, áun cuando no podia desperdiciarlo porque, siendo el cuerpo de Soult más numeroso de lo que se le habia representado, no era prudente la marcha á Valladolid, pudiendo Sir David Baird ser atacado ántes de verificar su union con él.

Cambia de plan John Moore.

John Moore creyó preferible correrse á Toro, así para no aventurarse demasiado en el camino de los franceses, como para acercase á Baird, segun se lo manifestó en carta ó despacho de aquel mismo dia 14

(1) Véase el apendice núm. 5.

de Diciembre. «Mi objeto ahora, le decia, es reunir el »ejército lo ántes posible: el cuerpo del mando de V. »en Benavente y el del mio en Toro; de cuyos puntos, »partiendo por un movimiento avanzando ó de flanco, »pueden juntarse los dos. Yo dirigiré todo mi mate»rial á Zamora para que sea expedido inmediatamente »á Benavente.» Y, con efecto, John Moore continuó á Toro, donde se establecia el 16, resuelto á proseguir su marcha á Villalpando y Valderas, puntos en que pensaba unirse á Baird; no verificándolo, sin embargo, hasta el 20 en Mayorga. Allí encontró á su subalterno con los guardias y la brigada del general Manningham, y consiguió la, por tanto tiempo deseada, concentracion del ejército de su mando, consistente en aquellos momentos y sin contar con los destacamentos dejados por varios puntos, en 23.000 infantes, 50 piezas de diferentes calibres y 2.200 ó 2.300 caballos, avanzados estos con la artillería á caballo hácia Sahagun, donde se decia haber sobre 700 enemigos, tambien de caballería.

Era la ocasion sumamente propicia para asestar á los franceses otro golpe tanto ó más rudo que el de Rueda, y no la desperdició Lord Paget, incansable en proporcionar descanso y seguridad al ejército con la caballería de su mando. Los escritores franceses apénas si la citan; pero nosotros, atentos á la verdad y á ofrecer narraciones instructivas á nuestros lectores militares, vamos á traducir la que Londonderry, como testigo y actor, da en su obra de aquel brillante hecho de armas. «El Monasterio y Melgar de abajo, »dice, distan unas tres leguas de Sahagun, donde se »supo se hallaba alojado un cuerpo de 700 franceses

Nuevo combate de caballería en Sahagun.

»de caballería. Como estaban á alguna distancia del »cuerpo principal del ejército francés, se creyó poder»los cortar de él, y Lord Paget determinó aventurar»se á intentarlo. Al efecto se puso á la cabeza de los »regimientos números 10 y 15 de húsares, y á la mi»tad de una fria noche de invierno y estando la tierra »cubierta de nieve, partió para su empresa. A un »tercio del camino, Lord Paget dividió su fuerza; y »deseando el general Slade, con el 10.° seguir el curso »del Cea y entrar la ciudad por aquel lado, él continuó »con el 15.°, conversando para acercarse á ella por »distinto camino. No pasó mucho tiempo sin que la »fuerza de Su Señoría arrollara un piquete del enemi»go que fué instantáneamente cargado, y cuantos lo »formaban, excepto uno, fueron derribados ó hechos »prisioneros. Pero la fuga de uno era en tales circuns»tancias tan perjudicial como la de la totalidad, por»que dió el alarma y ántes de que el 15.° se acercase »á la poblacion, el enemigo estaba preparado á reci»birle. Ya amanecia y, cuando nuestras tropas se »acercaron, se vió á los franceses formando en sitio »que parecia llano y abierto á no gran distancia de la »ciudad. El 15.° formó al instante en batalla; y, como »no habia tiempo que perder, siguió á su jefe á trote »largo con la intencion de cargar; pero, cuando ya estaba á cincuenta yardas (varas) del enemigo, en»contró un barranco profundo que de él le separaba »y que los franceses habian aprovechado como otras »desigualdades del terreno en que, cuando se está »léjos, no se repara. Fué necesario hacer entónces »una páusa, pero bastó un instante para que todo »volviera á ponerse en movimiento. El regimiento,

»conversando por su izquierda, halló pronto sitio por »donde pasar; y, áun cuando el enemigo maniobró »rápidamente para estorbar su formacion, tornó á »ponerse en línea para la carga á los cinco minutos »de haberla interrumpido. Volvieron á presentarse »algunos accidentes del terreno segun que cada »cuerpo se esforzaba por ganar el flanco del otro, »pero fueron pocos. La caballería británica alcanzó su »objeto; y entónces, lanzándose á todo escape sobre »sus contrarios, aunque preparados á recibir el cho»que, los arrolló en un instante. Muchos fueron muer»tos en el sitio, muchos más desmontados y 157 he»chos prisioneros, inclusos dos tenientes coroneles. »En esta ocasion, la caballería inglesa consistia en »sólo 400 hombres, miéntras que la de los franceses »no contaba con ménos de 700.» (1)

**Retirada definitiva del ejército inglés.**

John Moore ocupó al dia siguiente, 21, á Sahagun, pero sumamente preocupado y revelando el desaliento que Toreno dice «le advertian y causaba, segun los mismos ingleses, disgusto y murmuraciones en su ejército.» Las noticias que habia recibido de los franceses; los excesos que iban cometiendo sus soldados por los pueblos del tránsito, y la certidumbre, que inmediatamente se le hizo palpable, de que se le frustraba su intento de batir á Soult y que, por

(1) Hay, sin embargo, que considerar que los franceses sabrian quizás el movimiento envolvente que en aquellos momentos estaban verificando los húsares del 10.°

Thiers no dice más que lo siguiente: «El 21 se dirigió (Moore) »á Sahagun, donde Lord Paget cogió algunos hombres de un des»tacamento de dragones de Lorge.» *Victoires et Conquêtes* no dice una palabra. Schépeler, sí; y da cuenta de las mismas bajas que enumeran Londonderry y Napier.

el contrario, no hallaria otro camino de salvacion que el de una pronta y rápida retirada, eran, sin duda, motivos, más que sobrados, de tristeza y hasta de la amargura que, tan á las claras, mostró en los pocos dias que trascurrieron hasta el de su gloriosa muerte.

Ejército de la Izquierda.

En el camino, y al reunírsele Baird, habia el general Moore sufrido varias decepciones que no sabemos por qué han demostrado despues algunos de sus compatriotas haberle sorprendido. Entre las diferentes comunicaciones que recibió en Toro de la Junta central y de Mr. Frere, todas fechadas en Trujillo el 8 de Diciembre é incitándole á operar enérgicamente, tuvo una, trasladada por Baird, en que el coronel Symes representaba el ejército español en un estado lamentable, considerándolo, por consiguiente, comó incapaz de una accion cual lo exigian las circunstancias gravísimas del momento. Decia que la artillería que habia encontrado en su camino de Bembibre y Leon, destinada, á lo que se decia, á defender los pasos de la cordillera entre Leon y Galicia, iba con excasísima escolta, y era sumamente defectuosa, así en las piezas como en sus municiones; la infantería, consistente en cinco Regimientos de línea y Milicias con unos 4.000 hombres, estaba miserablemente equipada, con armas en su mayor parte inútiles y muchas hasta sin bayoneta; las municiones mojándose y los soldados descalzos, sin órden ni disciplina, aunque jóvenes, robustos y no del todo turbulentos y feroces ni embriagados. Al llegar á Leon, habia visto al marqués de la Romana, ignorante todavía de la capitulacion de Madrid, quien le habia

hablado poco de moverse y, esperando reforzar su ejército con los fugitivos que iban llegando, indicádole contar con 22.000 infantes y 300 caballos, áun cuando sin oficiales suficientes para su organizacion en cinco divisiones, por lo que proyectaba constituirlos en alas, una á las órdenes del general Blake y otra á las suyas propias. Que, Romana esperaba tendrian los ingleses tropas ligeras que oponer á las muy expertas de los franceses, y que él estaba organizando 6.000 hombres para ese servicio. Que, apremiado para que se uniese al general Moore, se retraia de dar otra cosa que vagas seguridades, pensando que la fuerza de los enemigos en el Norte no pasaba de 10.000 hombres, insuficiente para invadir las Astúrias. Que recomendaba la ruptura de los puentes del Duero que eran cinco entre Toro y Aranda; que se fortificase Zamora haciéndola plaza de depósito, y se establecieran almacenes en Astorga y Villafranca; lamentándose por fin, de falta de caballería, pidiendo fusiles y calzado ingleses, y manifestando la imposibilidad de proporcionar mulas de tiro para el cuerpo de Sir David Baird.

Añadia Mr. Symes que en una revista que Romana pasó á las tropas, iban éstas en tres columnas, como de unos 2.500 hombres cada una, que formaron en líneas, cuya ala derecha estaba muy mal armada y peor vestida, y mejor la izquierda por tener generalmente fusiles ingleses, y un cuerpo ligero, que podia llamarse bastante respetable y de hasta 1.000 hombres. Las maniobras le habian parecido confusas, la oficialidad inferior á la tropa; no habia visto más que una brigada (batería) de artillería de cam-

paña y dudaba que hubiese más en Leon, ni carro alguno de municiones. (1)

En suma, creía, por lo que habia observado, el coronel Symes que Romana no tenia intencion de avanzar á reunirse con los ingleses y, por el contrario, intentaba asegurar su retirada á Galicia á ménos que las cosas fueran á mejor, en cuyo caso dudaba que su ayuda ofreciese utilidad esencial. Sus razones para creerlo así, eran: Que el Marqués no pensaria en avanzar cuando retiraba su artillería y no fijaba dia para moverse, sabiendo cuándo Moore se estableceria en Benavente, y áun cuando ignoraba lo que habia escrito á Baird y á Jhon Moore, á él no le habia dado motivo para suponer que pensase en operar en combinacion con ellos; que el ayuda de los españoles no seria de importancia por el estado de su ejército, insuficiente y sin disciplina: siendo moralmente imposible que pudieran sostenerse ante una línea de la infantería francesa, así, tambien, por el estado de su armamento, útil á lo más en sus dos terceras partes, como por su falta de confianza, áun siendo valerosos, y la facilidad de dispersarse, á pesar de que luégo volvieran á sus banderas, como entónces sucedia despues de las batallas del Norte en que aseguraba el

(1) Por aquellos dias tenia el ejército de la Izquierda en los hospitales de Leon, 1.624 enfermos; en Astorga, 386 y en Oviedo más de 1.000; habia destacado á Astúrias los regimientos de Aragon y Toledo para que con el provincial de Laredo operasen con el general D. Francisco Ballesteros por los límites de la provincia con la de Santander, regimientos, los tres, que despues reclamó: y, por fin, su artillería consistia en 4 cañones de á 8, 6 de á 4 y 2 obuses de 7 pulgadas con 112.800 cartuchos de fusil, 895 de cañon y 116 de obús pero sin proyectiles. La junta de Astúrias le envió 203 caballos y algunas, muy pocas, ropas de abrigo. (Archivo del marqués de la Romana.)

Marqués no haber sus compatriotas perdido más de 1.000 hombres, prueba, no de la poca energía de los franceses, sino de la incapacidad de los españoles para resistirlos.

Al terminar decia Mr. Symes: «Con la repeticion »de tales dispersiones y asambleas, los españoles »pueden al fin llegar á ser soldados y hacer mucho »daño á los franceses; pero como nosotros no hemos »de seguir ese sistema de guerra, no se debe espe»rar que nos ofrezcan utilidad en un dia de batalla, »cuando hayamos de vencer ó de ser destruidos.»

El mismo dia 14 en que Symes escribia á Baird la carta que acabamos de extractar, el marqués de la Romana dirigió á John Moore otra, si no tan detallada sobre los elementos militares que tenia á la mano en los momentos críticos de la reorganizacion del ejército de su mando, bastante explícita, sin embargo, en cuanto á sus proyectos, carta que vamos á traducir íntegra para mayor explanacion de aquellos importantes sucesos.

Decíale Romana: «Viendo los movimientos de »avance que ejecuta el ejército del mando de V. E., »tomo el partido de dirigirle mi ayudante de campo »Sr. O'Niell con la presente carta que le instruirá del »destino de mi ejército y de mis proyectos. Me hallo »con 20.000 hombres presentes en banderas que he »principiado á vestir y á poner en condiciones de »operar; pero aún me falta mucho para lograrlo por »completo, y falta una tercera parte, por lo ménos, »que tiene necesidad de quedar habilitada de nuevo y »enteramente. Casi todo el ejército está sin mochilas, »sin cartucheras y calzado y, á pesar de mi activi-

»dad, no he podido conseguir su reposicion por los po»cos recursos que para ello ofrece este país. Espero »todos esos objetos de un dia á otro, pero la distancia »á que se encuentran retarda la ejecucion de mis ór»denes. Si las provincias desplegasen algun mayor »celo, no dudo que el ejército se hallaria ya en estado »de operar en combinacion con el de V. E. Esto en cuan»to á la situacion de mis tropas: voy ahora á exponer »á V. E. mis designios. Si no tuviera enemigos al fren»te, yo no vacilaria un instante en reunir mis fuerzas á »las de V. E. y concertar un ataque decisivo contra las »que sitian á Madrid en estos momentos; pero, segun »las noticias más fidedignas, hay un cuerpo de 8 »á 10.000 hombres extendido de *Sahagun* á *Alman»za,* cuyo objeto, á lo que pienso, es el de tener en »jaque mi ejército y el de conservar, á la vez, las co»municaciones con las montañas de Santander. Su »posicion es á lo largo del pequeño rio *Cea,* y ocupa »los lugares de *Sahagun,* en que apoya su izquierda, »*Saldaña,* donde se halla su cuerpo principal, y *Cea* »y *Almanza* puntos de sus avanzadas. Desde este úl»timo extiende sus reconocimientos hasta Pedrosa, á »la entrada de *Valdeburon,* y pretende incomodar mi »izquierda. Miéntras ese cuerpo esté en tal posicion, »yo no puedo abandonar la mia, tanto para no dejar »á descubierto ni abandonar el país de donde saco »muchos víveres, como porque dejaria libre y desem»barazada al enemigo su entrada en las Astúrias de »que se apoderaria al momento, amenazando despues »con la invasion de Galicia. Cuando me halle en es»tado de maniobrar, cuento con acometer al cuerpo »que tengo al frente, pudiendo, á la vez, mostrar Sir

»David Baird las cabezas de sus columnas avanzando »desde Benavente por el camino de Palencia. Este mo»vimiento combinado obligaria al cuerpo enemigo á »replegarse sobre Reinosa ó sobre el mismo Búrgos: »y, una vez desembarazado por esa parte, no encuen»tro que fuese difícil á V. E. el venir á reunirse »con nuestros cuerpos, tanto con el de Sir David »Baird como con el de mi mando. Quisiera tener »una entrevista con V. E.; allanaríamos muchas di»ficultades; y, si puedo conseguirlo sin hacer falta »aquí, me trasladaré á Tordesillas lo más pron»to que me sea posible, no dejando de advertíroslo »ántes.»

El contenido de esta carta debia aumentar las desconfianzas que la de Symes hubiera podido crear en el ánimo del general Moore, así en la parte referente al estado del ejército de la Izquierda como en la que concernia á los pensamientos y planes de su general en jefe. La ignorancia de las posiciones que ocupaba el cuerpo de ejército de Soult podria hacer sospechosa la conducta del prócer español, sujeto con la necesidad de reorganizar su ejército en Leon, pero más sujeto aún con la de atender á los movimientos del enemigo que parecia dirigirse á tenerle en jaque, por lo ménos, é impedir su avance en combinacion con los ingleses.

Conducta patriótica del marqués de la Romana.

Pero todas estas noticias, lo mismo que las que John Moore tuvo en Toro y Mayorga de los diplomáticos ingleses y del gobierno español, por escrito ó por medio de comisarios especiales, eran, como de lejana procedencia, atrasadas y tardías, inútiles en el estado presente de las cosas para accion alguna

militar fructuosa (1). Claro es, de consiguiente, que John Moore no habia, por ellas, de variar sus planes últimos, ni habrian de afectar para nada en la marcha emprendida con el objeto de dar un golpe al cuerpo de Soult sin comprometer la reunion de las tropas inglesas y áun de las españolas en una direccion, la de Galicia, libre de todo peligro.

El dia en que John Moore llegaba á Castro nuevo, el 18, Baird habia entrado en Benavente, y el 20, segun ya hemos dicho, se verificaba en Mayorga la tan deseada concentracion de los ingleses; pudiéndose estos considerar en estado de, ántes de emprender una retirada imprescindible ya, conseguir sobre el enemigo más próximo alguna ventaja que los hiciese aparecer como auxiliares efectivamente útiles á la causa española.

Importaba, además, figurar que en aquel movimiento, quizás por lo expuesto, sospechoso de una ficcion no muy inverosímil, calculando por los proyectos anteriores tan combatidos por la opinion, así entre los españoles como entre los ingleses mismos, diplomáticos y del ejército; importaba, repetimos, hacer como gala de una accion verdadera y enérgica y, para conseguirlo, aparentar que se necesitaba la cooperacion de todo los recursos disponibles y, entre ellos, la de las fuerzas del marqués de la Romana, á pesar de sa-

(1) Un despacho de Garay á Mr. Frere, enviado á John Moore con un comisario de la Central á quien acompañaba Mr. Stuart, procedia de Trujillo y llevaba la fecha del 8. El de Frere era de la misma y escrito tambien en Trujillo, cuando aún se ignoraba allí la rendicion de Madrid y se suponia á John Moore en plena retirada á Portugal. Se habia, entre tanto, acometido una marcha ofensiva extremadamente aventurada y habíase luégo retrocedido á operaciones más prudentes y ménos peligrosas.

berse su estado de una manera, para un inglés auténtica, por el coronel Symes y áun por el mismo general que las mandaba. Y en Castro nuevo escribia John Moore á Romana manifestándole la necesidad de que le apoyase en su plan de atacar á Soult, y la de que le dejara expedito el camino de la Coruña, en el caso de verse obligado á retirarse, sosteniendo su flanco izquierdo desde las montañas de Astúrias.

Pero llega á Sahagun el general inglés; dá allí á sus tropas un dia de descanso, necesario, en su sentir, despues de las marchas que acababan de verificar (1), y cuando, apoyado por Romana desde Mansilla con 7.000 hombres, se disponia á atacar al mariscal Soult, establecido con el grueso de sus fuerzas en Saldaña, las noticias que recibe, las más auténticas de aquel nuestro ilustre compatriota su aliado, le deciden por tercera vez, y ésta definitiva, á emprender la retirada al litoral de Galicia. (2)

Habíale escrito Romana el 19 que si pensó en retirarse fué cuando él, John Moore, le habia hecho saber que iba, por su parte, á hacerlo; que deseaba cooperar al movimiento que iba á emprender sobre Sahagun; que dirigiria un cuerpo de tropas ligeras á lo largo de las montañas de Leon á Guardo, miéntras el principal marcharia á Almanza y, por la ribera del Cea, caeria sobre Saldaña, donde se suponia hallarse el

(1) De Salamanca á Sahagun hay 239 kilómetros; tardó nueve dias en recorrerlos; luego las marchas, por término medio, fueron de 4,7 leguas por dia. No nos parecen extraordinarias: es verdad que en la obra de su hermano se dice que «el tiempo era riguroso «(severe) y los caminos estaban muy malos y cubiertos de nieve.»

(2) Son interesantes y de importancia tal para la historia española las cartas de Romana en aquellos dias, que las estampamos íntegras en el apéndice núm. 6.

cuerpo de ejército del mariscal Soult. Y, despues de darle noticia de las posiciones del enemigo, le decia: «Si V. E. abriga otros proyectos espero que tendrá á »bien comunicármelos, persuadido de que no deseo »otra cosa que el combinar todas mis operaciones con »las de V. E. y apoyarle como mejor pueda en todas »sus empresas. Creo que por el momento no debe tra»tarse de retirada, sino de tantear al enemigo y obli»garle á alejarse de la capital (1). Si V. E. lo creyere »conveniente, podríamos tener una entrevista en Be»navente y quizás seria más fácil entónces establecer »un plan de operaciones.»

John Moore, que recibió esta carta el 20 por la mañana cuando montaba á caballo para trasladarse á Sahagun, contestó desde esta poblacion el 22 que al dia siguiente marcharia á atacar á Soult en Saldaña. «Si V. E., añadia, puede hacer algun movimiento en »favor de este ataque ó aprovechar en algo el éxito »que yo alcance, estoy persuadido de que lo hará. »Pero el tiempo es para mí lo más precioso, y no pue»do dilatar el movimiento.» Mas para entónces ya lo habia vuelto á escribir el Marqués, dándole á conocer que Soult no debia tener á la mano más de 8 ó 9.000 infantes, unos 1.000 caballos y 8 ó 10 piezas de artillería; que era, pues, el momento de envolverlo y destruirlo ántes de que Napoleon pudiera enviarle refuerzos; y que él, deseoso de cooperar á aquella empresa, se moveria con 9 ó 10.000 hombres, que era cuanto podria reunir mejor vestido y con armas pues que el

(1) El 19 de Diciembre ignoraba Romana todavía la rendicion de Madrid. «Le peuple tient encore bon á Madrid,» le decia á John Moore.

resto de su ejército se encontraba casi desnudo y mal equipado.

John Moore contestó el 23 que aquella noche saldria para Carrion, donde creia estaban reunidos algunos de los enemigos, y que á la mañana siguiente iria sobre Saldaña. «Si V. E., continuaba, marchase »de Mansilla, sea directamente á Saldaña ó á pasar »el rio un poco por encima miéntras yo me dirijo á »Carrion, creo que distraeria la atencion del enemigo »y ayudaria de una manera muy importante mi ata»que.» A la fecha en que John Moore escribia esto, el Marqués se hallaba ya en Mansilla con 7.000 hombres de infantería, 120 caballos y 8 piezas, de los que una parte habia avanzado legua y cuarto hácia Saldaña y otra, bastante considerable, hasta Villamuñio, tres leguas cortas de Cea y otras tantas de Sahagun. Romana esperaba las órdenes de John Moore para continuar la marcha.

El general inglés manifestaba entre tanto lo agradecido que estaba á las noticias que el Marqués le comunicaba y cuya verdad habia confirmado por las suyas; y, despues de repetirle cuáles eran sus intenciones al emprender el movimiento que estaba efectuando, dirigido á dar tiempo á las provincias meridionales para apercibirse á la defensa, le anunciaba su resolucion de contramarchar inmediatamente y retirarse á Astorga, para establecerse en punto en que no se viera cortado y donde esperaria los refuerzos que debian llegarle de Inglaterra.

Firmada ya la carta, que era tambien del 23, y como por posdata, le decia John Moore:

«Agradezco mucho á V. E. el celo y la actividad

»que ha desplegado apresurándose así á ayudarme, »pero, por las razones expuestas en la parte anterior »de esta carta, creo que no es prudente ya el »ataque.»

Quizás fatiguemos demasiado á nuestros lectores con tantos pormenores; pero nos son necesarios para poner de manifiesto las inexactitudes de tanto y tanto historiador extranjero como se empeña en achacar al marqués de la Romana falta de celo en aquella ocasion é ingratitud, sobre todo, en demasia á los que acababan de salvarle de las garras de los franceses en Dinamarca. La carta, pues, del coronel Symes y las aseveraciones de su compatriota y camarada Napier, siempre dispuesto á ultrajar á los españoles y á ocultar sus servicios, quedan, á nuestro entender, bastante neutralizadas con demostrar que si nuestro ejército carecia de recursos, no de lealtad ni de buen deseo en todos sus indivíduos, soldados ó generales.

La empresa á que parecia John Moore entregarse con tanto ánimo y hasta entusiasmo, era, ya lo hemos dicho ántes, extremadamente aventurada y la fundaba en cálculos de todo punto inexactos. Así es que, no bien la habia acometido, hubo de desistir de ella y con peligro de que sólo pudieron sacarle una gran diligencia y la entereza de que tantas pruebas dió en aquellos sus últimos dias.

Era ya, con efecto, tiempo de que volviera en sí el ilustre general británico; dos dias más de dilacion, y estaba perdido con todo su ejército.

Ordenes y operaciones de Napoleon

El emperador Napoleon, á quien dejamos hace poco emprendiendo la marcha hácia Castilla la Vieja,

tenía ya las cabezas de sus columnas muy cerca de la retaguardia inglesa.

Habian cambiado las noticias que le hacian suponer á John Moore en retirada para Portugal; y el 19 de Diciembre averiguaba que, por el contrario, el general inglés habia abandonado Salamanca para dirigirse á Valladolid. Adivinó, además, el objeto de aquel movimiento, regocijándose naturalmente de que, en vez de huirle, iban así los ingleses á ponerse á su alcance, cuando ya veia perdidas las esperanzas, para él tan halagüeñas, de ahogarlos entre sus manos ántes de que lograran avistar el Occéano, su ciudadela más segura é inexpugnable. Y temblando se le escapara ocasion tan propicia por exceso de confianza de su parte ó alarde de fuerza de la del mariscal Soult, que era el amenazado inmediatamente, ordenó á éste, lo mismo que á los generales Delaborde y Lorge, que no avanzasen del valle del Carrion y del Pisuerga, donde debian concentrarse todas sus fuerzas; atrayendo, por el contrario, á sus enemigos, con apariencia de temer su encuentro. De ese modo ganaria el tiempo que consideraba necesario para verificar una de aquellas grandes maniobras favoritas suyas, la marcha envolvente con que creia sorprender y aniquilar el ejército inglés. El mariscal Ney, en consecuencia, tomó el 20 el camino de Guadarrama con dos divisiones de su cuerpo de ejército, á las que, cruzada la cordillera, se unirian las de Dessoles y Lapisse, del de Víctor, y los dragones de Lahoussaye. Y confirmándose más y más las noticias que habia recibido el 19, hizo marchar el 21 por la misma ruta á toda la Guardia imperial de infantería y caballería

con una reserva inmensa de artillería. La guarda de Madrid fué confiada al mariscal Víctor con las divisiones Ruffin, Villatte y Leval y los dragones de Latour-Maubourg; y se encomendó á Lefebvre, establecido, cual saben nuestros lectores, en Talavera, la mision de avanzar con la division Sebastiani y la caballería de Lasalle y Milhaud al puente de Almaraz, para, una vez aventados de allí los españoles, cruzar la cordillera carpetana en direccion de Ciudad-Rodrigo ó retroceder á Toledo ó Madrid segun las circunstancias.

La siguiente carta dirigida en forma de notas á su hermano José revela, mejor que otra alguna observacion, las medidas tomadas por el Emperador para dejar asegurada la dominacion francesa en la capital y las provincias centrales inmediatas. La traduciremos en la parte que á este objeto se refiere.

«El sólo objeto esencial del Rey debe ser el de »guardar Madrid; lo demás tiene poca importancia. »Las reliquias de los ejércitos españoles no pueden ni »áun hacer frente á los 8.000 caballos que se han de»jado al Rey. En la posicion que ocupa el ejército de »Madrid, guarda éste el Tajo, con la derecha apoya»da en Talavera y la izquierda hácia las fuentes de »aquel rio á vanguardia de Guadalajara. El enemigo »no puede acercarse sino por la parte de Extremadu»ra; y el duque de Danzig tiene doble fuerza que la »que necesita para oponérsele. Si, segun la órden que »he dado, le bate el 24 y lo dispersa, su cuerpo que»dará completamente disponible. Despues de la ac»cion, debe construir una cabeza de puente en Al»maraz, dejar allí la division Lasalle y algunas com»pañías de cazadores y volver con su infantería á Ta-

»lavera para ayudar á los movimientos generales »que disponga el Emperador sobre Avila y Ciudad-»Rodrigo, ó bien dirigirse á Toledo ó Madrid, por las »órdenes del Rey para venir al socorro de la capital. »El enemigo puede venir de Andalucía. Nuestros »puestos avanzados han estado en Manzanares. La »llanura está desierta y puede todo limitarse á repa-»sar Sierra Morena. A lo peor, el mariscal Víctor con »la caballería de Latour Maubourg y las divisiones »Ruffin y Villatte tienen con que hacer frente á cuan-»to pueda suceder, sea por la parte de Andalucía, sea »por la de Tarancon ó Cuenca. Parece que hay más »tropas por ese lado y hay establecida en las monta-»ñas de Cuenca una division que cubre á Valencia. »Es de creer que el mariscal Víctor dé algunas com-»pañías de cazadores á la brigada de caballería que »hay en Tarancon. La posicion de Aranjuez es muy »buena, es el verdadero punto para oponerse á lo »que venga, ya sea de Cuenca, ya de Andalucía. No »seria prudente dejar Madrid con sólo la division Le-»val; y si la division Ruffin se dirige á sostener al »mariscal Víctor, será necesario que el cuerpo del »duque de Danzig retroceda dos marchas sobre Ma-»drid; y áun para despues del combate que va á dar »se le hubiera comunicado esta órden, si no se hu-»biese pensado, por una parte, que habria tiempo y »que los sucesos que van á tener lugar en el espacio »de algunos dias cambiarán el aspecto de las cosas, »y, por otra, que un movimiento retrógrado es siem-»pre de mal efecto. Si se evacuase Talavera y el »enemigo volviera á ocuparla, seria indudablemente »de mal efecto. Esta consideracion no deberia, sin

»embargo, servir de obstáculo si hubiese necesidad »de hacerlo, pero no existirá ésta miéntras el Emperador mantenga esas fuerzas en Madrid. En cuanto »á Madrid, habiendo cinco piezas cortas con cureña, »hay que ponerlas en batería. Se ha trabajado en las »fortificaciones y es necesario que se siga trabajan»do con actividad en ellas. Es preciso situar los esta»blecimientos militares y los almacenes en la fábrica »de porcelana, impulsar la construccion del vestuario »y cuidar de que el Retiro esté preparado para sos»tener de 4 á 5.000 hombres por un mes. Si los inge»nieros cumplen con su deber y se les secunda, en »diez dias los 3.000 alemanes con un jefe de firmeza, »deben poderse establecer en la fábrica de porcelana »en estado de sostenerse otros diez, hasta que sean »socorridos, contra todas las fuerzas reunidas de Es»paña. El Rey, pasando desde el Pardo por las afue»ras de la villa, hará bien en ir á ver los almacenes; »y dos ó tres dias, podrá ir á ver el palacio, siempre »por las afueras de la poblacion.»

Y despues de proveer á otras atenciones, administrativas en su mayor parte, continuan así las notas:

«Hay un depósito de caballería en Leganés y es »necesario reunir en él cuantos destacamentos del »arma vengan al ejército. Antes de ocho dias llega»rán más de 1.000 caballos de los que pertenecen á »las divisiones Latour Maubourg, Milhaud, Lasalle y »Lahoussaye: se les hará descansar, se les revistará »y se tomarán mis órdenes para su destino, no de»jándolos marchar sin ellas. Si el Rey sitúa allí uno »de sus ayudantes de campo para retenerlos y re»unirlos en el depósito, se proporcionará en pocos

»dias un recurso de 1.200 caballos. Respecto á los »hombres sueltos, hay en el Retiro cinco depósitos. »Cuanto corresponda al mariscal Soult, sea de infan»tería ó de caballería, se dirigirá á Segovia. Llegan »muchos generales y su destino va adjunto. Es ne»cesario cuidar de que ningun destacamento salga »ni para el cuerpo del duque de Danzig, ni para »Aranjuez, ni para cuerpo alguno distinto. Por ese »medio habrá en el Retiro 2.000 hombres en poco »tiempo: se enviará el estado de su fuerza al Mayor »general y, recibida la órden del Emperador, se les »hará marchar, excepto los que pertenezcan á la di»vision Ruffin; teniendo cuidado de que estén bien »vestidos, armados, equipados y que lleven sus »cincuenta cartuchos por plaza.» (1)

Con esas instrucciones, Napoleon dió á su hermano la autoridad de Lugar teniente suyo sobre el ejército que dejaba á sus órdenes. Así y llamándole aparte en su última entrevista y mostrándole despachos del duque de Vincenza en que iban detalles muy importantes y halagüeños para José sobre el recibimiento hecho por el emperador Alejandro á los dos embajadores de España y Nápoles, creia Napoleon dejarle satisfecho y contento. Y sin embargo, no podía quedar más por el suelo la autoridad del Intruso. El Emperador dejaba á Belliard como gobernador de Madrid, pero en su nombre sólo y, en gran parte, independiente de José; y nadie más que el embajador de Francia, al frente de comisiones puramente fran-

(1) Despacho núm. 14.609 de la Correspondencia de Napoleon. ¡Bonita página para la historia del Intruso!

cesas, quedó encargado de seguir el cobro de las confiscaciones dictadas anteriormente y en beneficio del tesoro imperial.

Débil José en demasía con su altanero hermano y, áun cuando picado del triste papel que hasta entónces se le había hecho representar, creyendo sin duda recuperar su prestigio cuando se hallara sólo en Madrid, se avino á todo. Y con un tiempo hermoso, la salud perfecta, y recomendando la tranquilidad de espíritu á aquella Josefina que muy pronto haria descender del trono que con él compartia, abandonaba Napoleon Madrid para, como la decia en su carta del 22, «dar un repelon, (manœuvrer) á los ingle»ses, que parecian haber recibido refuerzos y querer »echársela de calaveras.»

Paso de Guadarrama.

Pero no todo habia de ser á medida de sus caprichos; y el tiempo, que se presentaba magnífico por la mañana en Madrid, era perverso en Guadarrama. «La fortuna, dice su panegirista Thiers, cambiaba »para Napoleon; porque, despues de haberle enviado »el sol de Austerlitz, le mandaba ahora el huracan de »Guadarrama en circunstancias en que le era nece»sario no perder un instante para alcanzar á los in»gleses. ¿Estaba, pues, escrito que, felices siempre »contra la Europa coligada, no habíamos de serlo ni »una vez sola contra la implacable Inglaterra?»

Esta es, sin embargo, una de tantas exclamaciones como lanza el célebre historiador cuando tiene que describir algun contratiempo ó se prepara á la pérdida de una ilusion halagüeña, favorita suya ó de su ídolo. Porque si es verdad que Napoleon halló en la cordillera el frio y la ventisca, naturales, por otra

parte, en últimos de Diciembre y á alturas como la de Guadarrama, tambien lo es que al dia siguiente llegaba á Villacastin y el 24 á Arévalo, distante 128 kilómetros de Madrid.

Y áun cuando las tropas que halló al pié meridional de la sierra no pudieran seguir su paso, consta que en Arévalo, donde se detuvo dos dias, dejó la guardia imperial y las divisiones Dessoles y Lapisse que iban con él.

¿Dónde está, pues, ese gran retraso que le impedia triunfar como en las llanuras de Moravia? (1)

El dia 25, llegó Napoleon á Tordesillas donde ya estaba Ney con dos divisiones de infantería y los dragones de Lahoussaye que formaban la vanguardia. Habia tambien fuerzas en Toro, en Valladolid y hasta en Medina de Rioseco; la caballería ligera habia hecho prisioneros algunos ingleses extraviados, pero se

---

(1) Nos cansamos de poner de manifiesto las contradicciones en que incurre Thiers, contra el que habrá quien diga desatamos nuestras iras. En la misma página en que se lamenta de los obstáculos que opuso á los franceses el tiempo, dice lo siguiente. «Napoleon, viendo la infantería de su guardia arremolinarse á la entrada del desfiladero, donde se iban á amontonar tambien los carros de la artillería, lanzó el caballo á galope y alcanzó la cabeza de la columna que encontró detenida por el huracan. Los aldeanos decian que era imposible pasar sin exponerse á los mayores peligros. No habia, sin embargo, allí cosa que detuviese al vencedor de los Alpes. Hizo echar pie á tierra á los cazadores de la Guardia y les mandó avanzar los primeros, en columna cerrada y conducidos por los guías. Aquellos bravos cazadores, marchando en cabeza y pisoteando la nieve con sus piés y los de sus caballos, allanaban el camino á los que les seguian. Napoleon mismo subió la montaña á pié y entre los cazadores de su guardia; apoyándose, cuando se sentia cansado, en el brazo del general Savary. El frio, que era tan riguroso como en Eylau, no le impidió atravesar Guadarrama con su guardia.»

¿A qué, entónces, las exclamaciones anteriores?

Hemos trascrito este párrafo de Thiers, para recordar tambien la manera hábil con que se facilitó el tránsito de la cordillera.

ignoraba la posicion de su ejército y se suponia tan sólo que se estaba retirando á la Coruña. «Esperamos »alcanzarlo,» decia un despacho del cuartel imperial. «Todo va bien y estamos en un país abundante de »pan y de vino.»

El resto de las tropas que habian salido de Madrid seguia de cerca á Ney, entorpecida su marcha por la lluvia que en las faldas de la cordillera habia sustituido á la nieve de las cumbres y tenia el camino hecho un barrizal, pero tratando de compensar aquel retardo con el anhelo, siempre ardiente en los franceses, de alcanzar á sus seculares enemigos.

La situacion, por fin, del ejército de Soult, era la siguiente: el Mariscal con dos de sus divisiones estaba en Carrion; la division Delaborde en Paredes; la de caballería de Lorge, en Frechilla, y el general Franceschi en Cardeñosa.

Este era, pues, el momento de poner en accion, pero inmediata, rápida, el plan de Napoleon. Creia él seguro el éxito y así lo escribió á París y Madrid, mandando lanzar al público *Gacetas y Boletines* que lo dieran por infalible y hasta por obtenido ya con inmensos resultados que deberian anunciarse y festejarse con ceremonias ruidosas. Y lo hubiera alcanzado, con efecto, sin la lealtad castellana, que anunció con tiempo á los ingleses el huracan de que estaban amenazados, y sin la diligencia y la energía del general que los mandaba.

**Situacion de Moore y de Romana.** Aquel dia, 27 de Diciembre, en que Napoleon dictaba sus últimas disposiciones para envolver las alas del ejército inglés que suponia extendido al frente del de Soult, colocado á espaldas del Carrion entre Car-

rion y Saldaña, John Moore tenia su cuartel general en Benavente, punto en que, además de recoger la *impedimenta* que se habia quedado muy á retaguardia, creia poder tomar el camino de su retirada sin embarazo alguno. Porque es verdad que retrasaba considerablemente su marcha descendiendo con el Esla hasta el puente de Castro-Gonzalo, cuando tenia mucho más cerca el de Mansilla y la barca de Valencia de Don Juan por donde llegaria ántes y sin peligro á Astorga; pero el deseo de no dejar sin custodia sus bagajes á la inmediacion del enemigo, y su repugnancia á mezclar las tropas inglesas con las de Romana, de que tan malos informes le daba el coronel Symes, le aconsejaron el movimiento sobre Benavente que pudo costarle muy bien el honor suyo y la salud del ejército. No veia que dejaba á Soult, cuyo aumento de fuerzas observaba hacia dias, expedito el camino más breve á Leon y Astorga que no debia pensar le cerrara largo tiempo el ejército español, puesto que tan mala idea tenia de él. De seguirlos el duque de Dalmacia resuelta y ejecutivamente con el grueso de sus tropas, no le quedaba á John Moore sino el de la Puebla de Sanábria, todo él de flanco, malísimo y sin recursos de ningun género. ¿Cómo el general británico podia suponer asegurado su flanco lo bastante para acortar la distancia que le separaba de un Napoleon, cuando ya esa distancia era tan pequeña y eran los momentos tan preciosos? La fortuna, tan sólo, y la ignorancia en que la lealtad de nuestros compatriotas tuvo á los franceses respecto á la direccion que tomaba el grueso del ejército inglés, lo salvaron de una catástrofe, de otro modo, irremediable.

Empezó la retirada el general Hope con dos divisiones pasando por Mayorga; Baird se dirigió á cruzar el Esla por Valencia de Don Juan, y John More con la reserva y las brigadas ligeras se movió un dia despues, esto es, el 25, en la misma direccion que Hope, por Mayorga, tambien, y por Valderas. El general Baird estaba el 26 en la derecha del Esla á pesar de la pequeñez de la barca y de lo encajonado é impetuoso del rio; pero cuando las divisiones de John Moore salvaban la corriente por el puente de Castro-Gonzalo, ya iba la retaguardia acosada inmediata y violentamente de la caballería ligera de la vanguardia francesa.

La inglesa que, como ya hemos heco ver anteriormente, tomó una parte tan gloriosa en aquella campaña, se encargó de mostrar á los franceses de Napoleon lo que ya habia demostrado á los de Soult, que no bastaba la furia ingénita suya para arrollar en la marcha, áun siendo retrógrada, á los sólidos batallones de la Gran Bretaña. El ejército inglés, devorado por el descontento y la indisciplina, se mostró, sin embargo, fiero leon cuya marcha es peligroso y hasta imprudente turbar sin grandes y exquisitas precauciones.

En el espacio que media entre Mayorga y Castroso Gonzalo, las avanzadas y descubiertas francesas que, además de buscar la union con sus camaradas de Soult ó de Ney respectivamente, trataban de sorprender los cuerpos de la retaguardia inglesa que cubrian la marcha de las divisiones ó custodiaban los bagajes, tropezaron con la caballería de Lord Paget que las escarmentó rudamente. Al verla un destacamento

francés de los del general Ney, hizo alto en una meseta de donde podia observar la marcha de los ingleses y áun amenazaba su desfile; pero el Lord lanzó sobre él dos escuadrones del 10 de húsares que, en su carga á la inglesa, le hicieron bajas considerables; la de 20 muertos y 100 prisioneros, segun la mayor parte de los historiadores de aquellos sucesos.

Más cerca ya del Esla, la retaguardia inglesa tuvo que escaramucear incesantemente con las avanzadas enemigas que, reforzándose á cada paso y segun aquella descendia al puente é iba, de consiguiente, aproximándose á los cuerpos franceses, acudian á galope anhelantes por acosarla y hacer presa en sus equipajes. El regimiento núm. 18 de dragones ingleses tuvo que combatir hasta seis veces en aquel dia eminentemente crítico; y cargó las seis con tal energía y tanta fortuna, que las divisiones pudieron llegar con alguna tranquilidad á Benavente. Una de las brigadas ligeras, la del general Crawfurd, parte de la caballería y la artillería á caballo, lograron tambien sostenerse al frente de Castro-Gonzalo hasta la mañana del 27, en que, cruzado el Esla por todo el ejército, se procedió á la rotura del puente, por cuyos arcos, momentáneamente cubiertos de tablas, pasaron el 28 los últimos destacamentos ingleses á la márgen derecha del Esla.

La marcha habia sido penosa; en primer lugar, por lo expuesta, y en segundo por la nieve y el barro que cubrian el campo: y los ingleses, irritados por la idea de retirarse, la mancharon con excesos que no podemos ménos de calificar de abominables. Llega-

ron á tal punto en lo crueles y repugnantes para con los inocentes é indefensos pueblos del tránsito, que el general John Moore, áun achacándolos á inepcia en las autoridades españolas y á mala voluntad en los habitantes, tuvo que anatematizarlos en una órden general, ya que en su posicion delicada no se atreviera á castigarlos como debia (1).

A pesar de hallarse separado de los franceses por un rio cuyo caudal en Diciembre lo hace de tránsito no fácil y más con masa tan considerable de tropas como la con que se habia recogido á Benavente, John Moore tenia que preocuparse mucho con su posicion, muy peligrosa todavía, particularmente en su flanco izquierdo. Y áun cuando el general Baird lo cubria en parte desde Valencia de Don Juan, por donde hemos dicho que habia pasado el Esla, era de temer quedara descubierto en Mansilla, cuya ocupacion por el enemigo traeria las consecuencias más tristes.

Sabemos que guardaba su puente fuerza del marqués de la Romana, quien se disponia á ayudar á los ingleses en su marcha ofensiva sobre la línea francesa de Soult, cuando supo la resolucion de Jhon Moore de retirarse á Astorga. ¿Cuál debia ser la suya? Porque el general inglés se habia satisfecho con anunciarle la que las circunstancias le obligaban á tomar, no cuidándose de dictarle órden alguna ni consejo acerca de las posiciones que debia mantener ni de los movimientos ú operaciones que más le con-

(1) Su hermano se decide á confesar que una de las causas de aquellos desórdenes, fué *indudablemente* el carácter independiente de los Bretones que siempre se someten á la disciplina militar con gran repugnancia.

vendrian, para no ser el ejército inglés atacado por su flanco, ni envuelto en su marcha á Astorga. En la correspondencia de oficio y en la confidencial que mantenian los dos generales entre sí, sólo se descubre, aunque muy embozada, en el inglés la idea de que pudiera convenir que los españoles ocuparan la cordillera de Astúrias; pero con recordar la época del año y las condiciones de elevacion y escabrosidad de aquellos montes; sabiendo cuál se cubre de nieve el único camino que podia seguirse, el del puerto de Pajares, y el esmero que Romana habria de poner en la conservacion de la poca artillería que quedaba de las derrotas de Vizcaya y Santander, se comprenderá con cuánta razon el general español resistia un movimiento que acabaria de desmoralizar el ejército de su mando, convirtiéndolo en una masa informe, sin elementos algunos auxiliares, y obligado, para vivir además, á desparramarse á lo largo de la cordillera. Y entónces, ¿qué servicios podria prestar? ¿cómo hacerse temible á los enemigos y detenerlos en su marcha á Galicia en pós de los ingleses?

Y despues, blanco de los esfuerzos que debia suponer desplegaria inmediatamente el mariscal Soult, que estaba á su frente, para arrollar cuantos obstáculos se le opusieran hasta encontrarse con los ingleses, ¿cómo habia de presumir el resistirle con alguna, aunque fuese remota, probabilidad de éxito? El pensamiento que primeramente debió asaltarle fué el de emprender la retirada al mismo tiempo que sus aliados; y si dejó en el puente de Mansilla un fuerte destacamento, más seria para su propia seguridad que para la de un ejército cuyo general en jefe

no le daba noticias de sus movimientos, instrucciones ni órdenes de ningun género. De él no sabia el Marqués sino que se retiraba á Astorga.

**Idea en Moore de defender las entradas de Galicia.**

Decimos mal; supo tambien, pero esto despues del 27, que el general inglés se proponia defender las entradas de Galicia y sostenerse en las montañas, en que se hallan, el tiempo suficiente para que, moviéndose los demás ejércitos españoles, llamaran hácia sí la atencion del emperador de los franceses hasta distraerle de la invasion en aquel apartado país, que él procuraria hacer base de las operaciones sucesivas apoyadas por la nacion británica, de la que esperaba prontos y poderosos refuerzos. Y esto no era por meras conjeturas que pudieran ocurrírsele al Marqués, sino por un despacho oficial del mismo John Moore, del que vamos á traducir los párrafos más importantes, para poner en su lugar la verdad y la reputacion de nuestro compatriota: «Continuaré mi »marcha á Astorga. Allí ó á sus espaldas es donde »daremos una batalla á lo más. Si el enemigo sigue »tan adelante, dejará campo abierto á las operaciones »del Sur. Mi opinion es que una batalla es lo que in»teresa á Bonaparte, no á nosotros. Tomaremos, si »nos sigue, posiciones defensivas en las montañas »donde no pueda utilizar su caballería; y allí, cuanto »más se comprometa en choques desiguales con nos»otros, más se verá obligado á emplear un cuerpo »considerable para observarnos, ó á retirarse sobre »Madrid, en cuyo último caso volveremos á avanzar »por el llano. De este modo daremos tiempo á que »lleguen los refuerzos de Inglaterra, á que vuestro »ejército se reorganice y equipe, y á que se adelan-

»te por el Sur. En pocas palabras; el triunfo de Es»paña y de Inglaterra, que siempre será uno mismo, »estriba en distraer y en ganar tiempo, y no en, si »puede evitarse, arriesgar el todo al azar de una ba»talla. (1)

Ni una palabra, pues, en concreto sobre las posiciones que Romana debe conservar en el Esla para cubrir el flanco de los ingleses; y nuestro compatriota interpretó rectamente el sentido de esta carta, al retroceder en busca de las montañas que separan á Galicia de Leon. Allí esperaba unir sus esfuerzos á los de los aliados para resguardar aquel antiguo reino de la invasion francesa y contribuir al éxito del plan que se le comunicaba sin corolarios ni instrucciones, más que para que instase á las autoridades españolas á permanecer en sus localidades y acudir al aprovisionamiento del ejército inglés. Sólo en una comunicacion, de que muy pronto hemos de dar cuenta, dirigida el 18 de Enero siguiente al ministro de la Guerra, manifiesta el marqués de la Romana que Moore le pidió, pero despues de haberse replegado á Benavente, «que mandase destruir el puente de Mansilla de las mulas,» única prevencion que se halla en la correspondencia que, por aquellos dias, medió entre los dos generales en jefe de los ejércitos inglés y español que operaban en el reino de Leon.

Un cargo de los hechos al marqués de la Romana, es el que se ha repetido con más insistencia por

(1) Carta de John Moore al marqués de la Romana el 27 de Diciembre desde Benavente.

sus acusadores en aquella campaña: el de que, ya que no cortara el puente de Mansilla, no se decidiese á mantener Leon que, fortificada, podria con una resistencia persistente, á la española, paralizar el movimiento de los franceses. Dícese que recibió órden para ello, la cual no parece por ninguna parte, y que el pueblo se prestaba á un sacrificio que, despues de todo, á ningun resultado grandioso conducia.

Leon es punto de paso preciso para Astúrias, y es tambien de la mayor importancia su conservacion en caso de dirigirse á aquella provincia la gran masa de los enemigos. Pero éstos no pensaban en semejante cosa, siendo su anhelo el de batir á los ingleses allí donde lograran alcanzarlos. Tomando John-Moore el camino de Galicia, sólo el mariscal Soult visitaria Leon, y esto siguiendo por Mansilla y no por Valencia de Don Juan: y áun en el caso de encontrar aquella capital ocupada y en tren de defenderse largamente, podia continuar su marcha destacando un pequeño cuerpo para que la observara, seguro de no dejar á su espalda peligro alguno grave. El golpe de los franceses iba con Napoleon por la carretera general y directa de Madrid á Galicia, y para nada le estorbaba Leon ni necesitaba ocuparla.

Ese argumento, pues, no tiene fuerza ni exige respuesta más detenida.

Dos caminos podia tomar el ejército inglés desde Benavente: uno de ellos, el de la Puebla de Sanábria, por el que lo mismo podia trasladarse á Vigo que á Portugal, ya hemos dicho que ofrecia por su direccion el peligro de una marcha de flanco al frente de un enemigo sumamente activo y ya muy próximo.

No era tampoco lo practicable que habrian de necesitar el considerable material de artillería y los innumerables bagajes que seguian á los cuerpos. No habia, pues, que pensar en él. El otro; esto es, la carreterra general de Galicia, reunia á la circunstancia de conducir a los mismos lugares que acabamos de mencionar, la de que la bifurcacion se verificaba muy á retaguardia y sin peligro de flanqueo posible por parte del enemigo, la de dirigir tambien a los puertos del Ferrol y la Coruña, y la más importante entónces de poderse defender, con no pocas probabilidades de fortuna, los pasos que á ellos conducen en las dos sierras paralelas que forman el Vierzo, sumamente empinadas y abruptas.

La primera de estas sierras es uno de los estribos más importantes de la cordillera pirenáica, perpendicular á ella en su arranque y consintiendo el paso al valle del Sil, cuya vertiente superior forma en la márgen izquierda, por dos puertos tan sólo, el de Manzanal, por donde cruza la carretera general, y el de Fuencebadon con mal camino de herradura para Ponferrada y Orense.

La segunda sierra, la que forma la orilla derecha del Sil, es la cordillera misma de los Pirineos oceánicos que en el pico de Miravalles, al esparcirse en varios ramales formando lo que los geógrafos suelen llamar *pata de ganso*, dirige el más importante al S. O. para constituir la importante cuenca del Miño en su region meridional. En ese estribo que, repetimos, es la cordillera misma, la divisoria general de aguas que señalan los Pirineos españoles en sus términos occidentales, se encuentra sólo un paso prac-

ticable para los ejércitos, el de Piedrafita, por donde se vá á Lugo y á los puertos gallegos arriba mencionados: «punto de union, como decimos en otro libro, »de Castilla con Galicia por el que se han mantenido »las relaciones, así comerciales y políticas como mili»tares, de ambas provincias desde el tiempo de los »romanos que hicieron pasar por él una de sus vías »más importantes.»

Con decir que en Piedrafita se encuentran 1.122 metros de altura sobre el nivel del mar y en Manzanal 1.100, se comprenderá cuán escabrosos serán los montes en que se hallan aquellos pasos y el de Fuencebadon, y cuán variado y rico en accidentes topográficos el valle del Sil, que forman, todos muy propios para una defensa larga tenaz y afortunada.

Por eso hacia muy bien en querer utilizarlos el general Moore, esperando mantenerse en ellos el tiempo que consideraba suficiente para el levantamiento en armas de las demás provincias españolas y la llegada de los refuerzos que se le prometian de Inglaterra. Por eso, tambien corria á aquellos montes el marqués de la Romana, comprendiendo que, fortificados con obras de campaña y guarnecidos con artillería suficiente, el ejército inglés podria mantenerlos, ayudado del suyo, que, áun cuando débil por su organizacion y áun por su falta de armamento, podria allí sostener su reputacion de valeroso, tenaz en la resistencia y útil para la guerra de montaña.

Era, pues, el de detenerse en las del Vierzo, un pensamiento que todos creían feliz, por lo honroso y conveniente en aquellas circunstancias. Los ingleses. descontentísimos con su general en jefe desde que

por primera vez manifestó propósitos de retirarse en Salamanca, se resignaban á hacerlo con tal de que no se retrocediera hasta el mar, y los españoles creian de ese modo salvadas de la invasion las provincias gallegas.

Luégo veremos por qué se desistió de ese plan á que tan resuelto se mostraba entónces el general John Moore.

Accion de Castro-Gonzalo.

No era posible que el grueso del ejército francés siguiera á la caballería de vanguardia tan de cerca que, al avistar ésta á los ingleses, se hallase en fuerza suficiente para trabar con ellos un combate formal y de consecuencias trascendentales. Las avanzadas que intentaron atacar la retaguardia inglesa ántes de su paso á la orilla derecha del Esla, fueron, por eso, rechazadas fácilmente, segun hemos dicho poco ántes, y John Moore pudo tambien mantenerse en Benavente hasta el 29 al amanecer.

El 28 salieron para la Bañeza los generales Hope y Fraser con sus divisiones, miéntras sir David Baird con la suya pasaba de Valencia de Don Juan á Astorga, punto donde habian de reunirse todas. Al despuntar la aurora del dia siguiente, emprendió John Moore la marcha con la reserva, protegida, en su retaguardia, por la caballería de Lord Paget, encargado, como ántes de aventar las descubiertas francesas, de contenerlas ahora en los que, debian esperarse, ataques bruscos y repetidos de ellas.

No se hizo esperar mucho uno de los más imprudentes y rudos de la caballería francesa en aquella campaña. Serian las nueve de la mañana, ántes de que el egregio general inglés que acabamos de citar

se pusiese en movimiento para seguir el de su jefe, cuando se observó el paso de un cuerpo considerable de la caballería enemiga por un vado del Esla próximo al puente roto de Castro-Gonzalo. Eran, con efecto, de 500 á 600 cazadores de la Guardia imperial francesa que inmediatamente se lanzaron á galope hácia Benavente, llevando á su cabeza al bravo é impetuoso general Lefebvre Desnoettes, tan conocido de nuestros lectores por su triste campaña de Zaragoza (1). Las partidas inglesas, destinadas á vigilar los demás vados inmediatos, trataron de reunirse inmediatamente; y, aunque con dificultad y no sin riesgo, pudo el coronel Otway, que las mandaba, retirarse con unos 220 caballos que bravamente y por pulgadas disputaron el terreno al enemigo. Las cargas se sucedian con la frecuencia y la energía que hacia necesario el ímpetu de los franceses; y los escuadrones británicos, reforzados por una parte, aunque pequeña, del 3.° de dragones de la legion alemana, cargaron una vez con tal furia, que el de cabeza rompió la línea enemiga y se vió un breve rato envuelto y arrollado por el escuadron francés de retaguardia. No desmayaron, sin embargo, los ingleses, sino que por cargas sucesivas en sentido contrario al en que acababan de darlas, lograron desenvolverse y reunirse á los escuadrones que no se habian dejado llevar de tan exagerado é imprudente ardor.

No tardó en llegar lord Paget al campo de la accion con el brigadier Stuart que se puso á la cabeza

(1) «L' impétueux Lefebvre-Desnoettes, lequel était habitué à »fondre sur les Espagnols sans les compter, et à leur passer sur le »corps quel que fût leur nombre.» (Thiers.)

de los escuadrones ingleses, los cuales volvieron á mezclarse con los de Lefebvre, dando tiempo con tan récia escaramuza á que entrase en línea el 10 de húsares que estaba formando á alguna distancia. Queria tambien lord Paget entretener un rato á los franceses léjos del vado por donde habian atravesado el Esla para más rudamente escarmentarlos. Y áun cuando no se escapó esta idea á la sagacidad de Lefebvre, y, viéndose léjos del ejército y observando cómo aumentaba el número de sus enemigos, trató de recogerse á la izquierda del Esla, no fué tan pronto que, alcanzándole los ingleses ántes de su paso, no le hicieran, además de 55 muertos, 70 prisioneros, entre los que él mismo quedó por no poder cruzar el rio su caballo, herido en la refriega.

Los que ganaron la orilla opuesta, azotados muy luégo por la artillería inglesa que llegó á galope, tuvieron que retirarse; dejando á sus enemigos continuar al anochecer su marcha tranquilamente, cubiertos de laureles y ébrios de entusiasmo con demostrar que, si retrocedian por la desproporcion de fuerzas y la prudencia, en su concepto exagerada, del general en jefe, no por falta de una gallardía que á cada paso iban revelando con escarmiento manifiesto de sus contrarios. (1)

---

(1) El oficial autor de las cartas otras veces citadas, dice que el número de los franceses prisioneros fué de 100 y el de los ingleses heridos de 30, incluso un oficial aleman, único de los de su clase entre ellos. Milburne, que los anduvo curando, dice que fué considerable el de los prisioneros y que, además de Lefebvre, habia entre ellos dos capitanes. Nápier, refiriéndose á los partes de la Sanidad, lo eleva á 54 muertos ó heridos en el campo y 70 prisioneros, sin otros 70 que lograron ganar la izquierda del Esla. Thiers

Conducta de los ingleses.

La retirada de los ingleses presentaba, sin embargo, un espectáculo, si doloroso para los valientes que la ejecutaban, cruel, odioso, además, y hasta repugnante, para los españoles. No es posible dar ni aún idea de los otropellos de que se vieron hechos víctimas los infelices habitantes de la comarca que el ejército inglés atravesaba en su movimiento retrógrado á Galicia. Los ejecutados en tierra de Salamanca y en Valderas, mencionados ya y que fueron causa de dos órdenes generales que servirán de padron eterno de ignominia para sus perpetradores, no tuvieron, ni con mucho, la importancia ni ofrecieron el carácter vandálico que los cometidos desde Benavente.

Sin aducir otros datos, porque los procedentes de los pueblos del tránsito, puede decirse con el vulgo que chorrean sangre, vamos á trasladar aquí los que nos proporciona una correspondencia oficial del marqués de la Romana, apasionado de los ingleses y de su alianza. Despues de decir en un párrafo de su oficio de 18 de Enero á la Junta Central que los ingleses iban en su fuga «dejando el camino sembrado de

supone que la pérdida de los franceses onsistió en una treintena entre muertos y prisioneros.

El general Lefebvre fué tratado con la mayor galantería por John Moore que le compensó la pérdida de su sable, que le habia arrebatado el soldado inglés que le hizo prisionero, con otro magnífico que él traia de la India.

Napoleon escribia á Josefina: «Lefebvre ha caido prisionero. Me »hizo una calaverada con 300 cazadores: estos malos cabezas han »pasado un rio á nado y se han ido á echar en medio de la caba»llería inglesa. Han muerto á muchos, pero, en cambio, Lefebvre, »cuyo caballo estaba herido, se ahogaba: la corriente le ha condu»cido á la orilla en que estaban los ingleses y ha caido prisionero. »Consuela á su mujer.»

»caballos muertos, caxones de fusiles, correajes, »municiones y multitud de efectos, saqueando é in»cendiando los pueblos, violentando mujeres, come»tiendo asesinatos y todo género de crímenes,» añade en otro: «Los ingleses se han apoderado á la fuer»za de las acémilas destinadas á nuestro exército, de »las mulas de tiro que arrastraban la artillería y mu»niciones, de los bueyes que tiraban los carros de »equipajes, han robado todas las mulas de los labrado»res y vecinos de Benavente y pueblo de Campos, »dexando multitud de carros abandonados en los cami»nos, unos despeñados, y otros hechos pedazos, de »intento: han matado y consumido sin necesidad los »bueyes de los carros, y no han pagado su importe. »Nos han asesinado tres alcaldes y otros vecinos; han »derramado el vino de las bodegas, sin pagar el que »han bebido; no han satisfecho los carros y caballe»rías que han empleado en trasportar sus inmensos »equipajes y sus mujeres. Los comisarios se han ne»gado á dar en varios pueblos recibos de los víveres »que les han suministrado las justicias; á otras les »han rebaxado arbitrariamente las cantidades que han »querido; y, en una palabra, los franceses mismos no »podian haber destinado agentes más poderosos para »concitar el ódio á los ingleses que el exército del man»do del general Moore. Como yo estoy penetrado de »que semejante conducta no es conforme á las inten»ciones de su gobierno, ni de la nacion inglesa, he »procurado compensar á mis tropas y á los vecinos »las infinitas desgracias que de otro modo hubieran »resultado. Así lo manifesté al general Sir John Moore »en Astorga, pidiéndole que remediase los desórde-

»nes de sus tropas; pero mis oficios han sido inúti-
»les.» (1)

Si no era posible la pugna de pueblos inermes con un ejército como el poderoso que tan rudamente los trataba amparándose del pretexto de una alianza que él era el primero en desconocer, tampoco debia esperarse le ayudaran ellos en su accion con la abnegacion y el entusiasmo que le hubiera atraido una conducta medianamente generosa. Y, sin embargo, hubo poblacion en aquella tierra clásica de la lealtad que, á pesar de las injurias recibidas, llevada tan sólo del patriotismo innato en sus habitantes, creyó poder con su sacrificio, pues que no esperaria otro éxito, moderar el impulso de los franceses aliviando así á sus aliados de la ponderosa pesadumbre que iba á descargar sobre ellos. No se habia extinguido el espiritu público en España como John Moore queria hacer creer para excusar sus vacilaciones y, por fin, su retirada.

Toro y Zamora.

En el movimiento arrebatado que Napoleon habia impreso á su ejército, y en la extension que le dió á éste para flanquear ó envolver los dos de sus enemigos, preocupado con la idea de que, á favor de las confidencias con que debian contar y la proteccion de la tierra, pudieran escapar á sus siempre admirables

(1) Para que se vea que no exageraba Romana, allá va copia de un párrafo de la carta de Napoleon á su hermano José, escrita el 31 de aquel mes y en los sitios mismos de aquellas fechorías de los ingleses. «Los ingleses se han llevado todo, bueyes, colchones, man»tas y por cima de todo esto han maltratado y apaleado á todo el »mundo. No puede haber mejor calmante para España que en»viarla un ejército inglés.»

Los excesos de nuestros aliados inspiran la misma idea á un general español y al emperador de los franceses. ¡Si serian grandes!

combinaciones, el ala izquierda tropezó con Toro, y luego con Zamora que la detuvieron largo tiempo. La primera de aquellas ciudades no podia resistir mucho al general Maupetit que avanzaba hácia ella con su brigada de dragones y dos piezas de campaña; así es que no tardaron en dispersarse los paisanos que trataban de oponérsele, conducidos por un oficial inglés, de los rezagados del ejército y que quedó prisionero de los franceses. Pero los zamoranos, en mayor número y mejor armados que los de Toro, tuvieron en un principio mejor fortuna y alcanzaron una gloria que despues creció con la de su patriótico sacrificio defendiendo las murallas de su ciudad.

Abandonada del ejército inglés y sin un sólo soldado, pues los que habia levantado para formar un batallon de Voluntarios que llevaba su nombre y otro de Nacionales, agregados, despues de la campaña de Cabezon, á los regimientos de Órdenes y Chinchilla, se encontraban léjos en el ejército del Centro, convocó á todos los hombres de armas tomar de las márgenes del Duero, libres de la presencia del enemigo. Bien pronto se reunieron los que, diestros en el manejo de la escopeta, único armamento dable en tales circunstancias, podian ofrecer alguna utilidad para la defensa de la plaza, abandonada completamente de todo elemento verdaderamente militar con hallarse todos concentrados en los ejércitos de operaciones. Pero no satisfechos los paisanos con la idea de limitar su accion á la defensa de las murallas, á la primera noticia que se tuvo de que los enemigos se dirigian á Zamora, salieron en su busca, teniendo la fortuna de sorprender un gran destacamento francés que se

habia adelantado á Monfaracinos y arrebatarle las dos únicas piezas de artillería que llevaba.

Esto era ya el 5 de Enero de 1809, y hasta el 10, en que, rechazada otra salida de los zamoranos en Villagodio y Santa Cristina á media legua escasa de su ciudad y con muerte de unos 130 de ellos, se presentó el general Lapisse con fuerza de su division y la brigada Maupetit, permanecieron allí los franceses sin poder concurrir á la campaña que, entre tanto, iba Napoleon ejecutando contra el ejército inglés. Aquel último dia y despues de escarmiento tan rudo para los de Zamora, fué asaltada la ciudad por haberse negado á toda capitulacion, y asaltada con el cortejo acostumbrado de asesinatos, violaciones, robos é incendios que suele acompañar á tales actos en tierra enemiga.

Si Zamora hubiera sido puesta convenientemente en estado de defensa, guarnecida con fuerzas proporcionadas del ejército y con la ayuda de los paisanos, habria detenido largo tiempo á Lapisse al pié de sus muros. Consiguió, sin embargo, que aquel general no concurriese á la campaña de Galicia ni pudiera, inmediatamente despues, dirigirse á Ciudad-Rodrigo, entretenido, como estuvo largo tiempo, con la toma de aquella importante poblacion y el cuidado de dejarla asegurada y organizar recursos para los ejércitos franceses en tierra tan fecunda en ellos.

**Moore desiste de la idea de defender el Vierzo.**

Pero John Moore pudo, mejor que en las comarcas llanas y ya inundadas de enemigos, utilizar el patriotismo de los españoles en la montuosa y verdaderamente estratégica á que se abocaba el 30 de Diciembre.

Las dos sierras próximamente paralelas en que se hallan abiertos los puertos de Manzanal y Fuencebadon, primero, y el de Piedrafita despues, encerrando, segun ya hemos dicho, el valle superior del Sil, asiento del pintoresco y rico territorio del Vierzo, le ofrecian posiciones que, apoyadas por un ejército como el suyo, podian considerarse de muy difícil y costosa, ya que no imposible, conquista. Para su flanqueo por el ala derecha inglesa, se hacia necesaria una operacion lentísima y con fuerzas que nunca podrian ir acompañadas de artillería y caballería, por ser completamente impracticables las sierras de Guiana y Negra por donde, en caso, habria de dirigirse la operacion. La izquierda está cubierta por el Pirineo océanico, todo él nevado ya, asperísimo siempre y sin caminos que pudieran utilizar las tropas y mucho ménos las enemigas; de modo que, con fortificar en lo posible Astorga, plaza cuyas condiciones defensivas se pusieron tan gloriosamente de manifiesto poco despues, y guarneciéndola con una parte, la más sólida, del ejército español de la Izquierda, el inglés, situado en las montañas, no sólo lograria acalorar la resistencia de la plaza que desde ellas observaba tan de cerca, sino interceptar, acaso para siempre, los caminos del reino de Galicia que tanto le interesaba mantener libre de la ocupacion francesa. Tenia á su espalda un país de donde obtener víveres y refuerzos; y, áun arrojado de sus primeras posiciones, podria ocupar las de Piedrafita, tanto ó más fuertes, y, de todos modos, se hallaba expedito el camino que ahora tan prematura y apresuradamente iba á emprender en su retirada.

Pero cuando el marqués de la Romana, noticioso de la direccion que tomaba el ejército inglés y dejando la fuerza que consideró suficiente para la guardia del puente de Mansilla, entraba en Astorga, donde por las comunicaciones anteriores con John Moore creia iba á establecerse la base de las operaciones futuras, encontró las tropas inglesas en tren y con la apariencia toda de abandonar el país definitivamente y por completo. Supo tambien al llegar que ya habia algunas en Villafranca y hácia Lugo, y, al avistarse con el general en jefe inglés, su resolucion irrevocable de retirarse á Galicia.

Y ¿por qué? *Porque sus tropas necesitaban descanso* (1).

¿Qué habia pasado para que en espacio tan corto de tiempo se abandonara un plan tan meditado y prudente?

Los panegiristas de John Moore no lo determinan con claridad suficiente para formar juicio exacto y discutir las razones que hubiera para ello, y á los generales españoles no se les dió otra que la que acabamos de comunicar á nuestros lectores; la de que las tropas inglesas necesitaban descansar. El general Moore en Astorga no quiso atender á las varias reflexiones que le hizo el marqués de la Romana sobre las dificultades de sostenerse dentro ya de Galicia y las ventajas de conservar las posiciones de Manzanal y Fuencebadon, teniendo depósitos de víveres y material, más que sobrado, de artillería y municiones en

(1) Correspondencia del marqués de la Romana con la Junta Central.

Astorga y Villafranca, ni sobre la conveniencia, en fin, de conservar, por estas y otras muchas causas, el Vierzo. El Inglés se encerró en su resolucion de retirarse y exigió, además, se le dejara libre la carreterra de cuya defensa prometió encargarse, pudiendo Romana tomar el camino de Fuencebadon y Orense (1).

Mas no vaya por eso á creerse que lo dejó libre; porque, al tomarlo Romana con el dolor de ver frustados sus cálculos militares y el de tener que abandonar su artillería y la mayor parte de los bagajes, lo halló tambien interceptado por la brigada ligera de Crawfurd, á quien destacó John Moore en aquella direccion para cubrir el camino de Vigo y evitar el flanqueo, áun cuando lejano, de que se creia amenazado en su marcha á Lugo y la Coruña.

Desde aquel momento las tropas españolas que en Astorga habian repuesto su armamento y se ponian precisamente en condiciones de prestar servicio útil encastilladas en los montes á cuya defensa creian marchar un dia ántes, emprendieron una peregrinacion de las más lastimosas á la provincia de Orense, «para subsistir allí, como decia su ilustre jefe, y descansar de la extraordinaria fatiga, hambres y trabajos que habian padecido.» Llevaban por

(1) Napier lo compone todo, á falta de razones, con la siguiente sarta de falsedades é injurias. «Los recursos, dice, con que se con»taba para rehacer sus tropas (las inglesas) se les hicieron perju»diciales y contribuyeron á ponerlas enfermas en vez de alimen»tarlas; y se tuvo, además, el disgusto de oir á Romana, causa prin»cipal de aquella insubordinacion, proponer (con un ejército inca»paz de resistir á 1.000 hombres de tropas ligeras), operaciones »ofensivas, en comparacion de las cuales parecen prudentes las »ilusiones de Don Quijote.» No deja de tener gracia, despues de todo, lo de atribuir á la presencia de los españoles en Astorga los cólicos y la insubordinacion de los ingleses.

delante la brigada Crawfurd que, segun ya hemos dicho, habia sido destacada para impedir cualquier operacion envolvente ó de flanqueo de los franceses y que siguió la marcha hasta Vigo para allí embarcarse. Y como iba saqueando los pueblos y cometiendo todo género de atropellos, los 6.000 hombres que llevaba Romana se vieron privados de todo recurso, hasta del preciso para su subsistencia, causa del estado miserable en que acabamos de dejarlos, reponiéndose entre el puente de Domingo Flores y Orense, donde se situó, por entónces, el cuartel general suyo.

Y continua su retirada.

John Moore continuó el 31 con la reserva y la caballería de lord Paget el movimiento que el 30 habia emprendido el grueso del ejército á Villafranca del Vierzo. El dia siguiente, 1.° de Enero de 1809, miéntras la retaguardia inglesa se acercaba á Bembibre, 30 kilómetros de Astorga, el mariscal Soult aparecía en Puente de Órbigo y Bessiéres pernoctaba en la Bañeza; pero las descubiertas francesas avanzaban tanto y de tal manera cubrian las inglesas la retirada de su ejército, que se avistaban recíprocamente y á veces se chocaban, aunque sin resultados dignos aquí de mencion especial.

Napoleon se detiene en Astorga.

Entre la Bañeza y Astorga le fué anunciado al Emperador el próximo alcance de un correo con despachos importantes para él. Impaciente por conocerlos y temeroso de su contenido, que debia presumir si se atiende á despachos suyos de dias anteriores y áun á precauciones militares dictadas á sus ministros de París, se detuvo en medio del campo, abrigándose de la nieve con una grande hoguera que hizo encender á falta de techo ó caserío próximo. Allí reci-

bió la nueva de los preparativos que hacia el Austria para una nueva y formidable campaña en la primavera siguiente; y, áun cuando creia él tener fuerza suficiente en el Rhin y no consideraba tan inmediata la lucha que exigiese su regreso instantáneo á Francia, comprendió tambien que no debia alejarse demasiado y sí tomar una posicion central donde recibir oportunamente noticias y atender á cuanto pudiera suceder.

Por más que fuera hombre á quien gustasen esos accidentes, para otros pavorosos, de la vida política, de cuyos sacudimientos puede depender hasta la existencia de las grandes naciones conmoviéndolas hondamente al ménos; por más que su naturaleza de hierro, así la moral como la física, resistiese á las impresiones más rudas y no con la resignacion de la inocencia ó de la necesidad del que las huye sino con la altanería y hasta la soberbia de quien las provoca por más que, aún no satisfechas sus ambiciones, á cada instante más y más punzantes, caminara todavía hácia un poder en las edades modernas inasequible, el dominio universal, está fuera de toda duda que la noticia de los armamentos del Austria le impresionó; dolorosamente. Vengada y todo á su presencia la afrenta recibida por las armas francesas en España cuando él se hallaba léjos y podia con esto mismo pretextarla, aún le quedaba por conquistar más de la otra mitad de la Península, la en que habia sufrido los mayores reveses, la en que se presentaba el espíritu de resistencia más levantado, la que podia, en fin, recibir con ménos embarazo los auxilios que, á no dudar, la enviarian los enemigos incansables de la

Francia. Si habia, pues, desaprovechado el Austria una ocasion tan propicia como la de la campaña del Vístula para ponerse del lado de los rusos y prusianos y aterrar al coloso, no era poco ventajosa, aunque algo tardía, la que ahora se proponia utilizar, anhelante por rehacerse de las pérdidas sufridas y levantar de nuevo la antigua opinion de imperio tan influyente en los destinos de Europa. Si ya no podia volver á los tiempos de Maximiliano y de Cárlos V, y si no era tan fácil el restablecimiento de su preponderancia como despues de la guerra de Treinta años y de la de mediados del siglo último con Federico el Grande, aún se atrevia á aspirar á su anterior importancia y al protectorado, sobre todo, de la mayor parte de las soberanías rhinianas.

Tambien la Rusia comenzaba á variar de sentimientos. Entre los que habian influido para la paz de Tilsit y los del año siguiente, podia observarse un gran vacío. La reciente derrota de Friedland; la impresion de aquellas entrevistas sobre el Niemen con el brillante y fascinador soberano de la Francia y las esperanzas de, á favor de la diplomácia, cambiar en ventajas importantísimas los reveses sufridos, se habian olvidado en parte ó, al ménos, enfriado bastante. El emperador Alejandro encontraba dificultades para la anexion de los principados danuvianos que se le habian ofrecido en Tilsit, ya que no le era dado atrapar todavía aquella tan codiciada presa de Constantinopla, sueño dorado de los Césares moscovitas. Y segun medía la distancia de su ambicion, dispierta siempre como heredada de sus antepasados, á la realidad que, áun cuando halagüeña, no llenaba

su fantasía, se entiviaba su cariño á Napoleon, su entusiasmo por el héroe y su gratitud al entónces árbitro de la Europa.

Todo eso lo sabia ó lo calculaba Napoleon que, por sí y sus agentes oficiales ó secretos, llevaba los hilos de las intrigas que se urdian en los gabinetes extranjeros; y contando con un factor constante, siempre contrario á sus intereses, la vigilante, poderosa é irreconciliable Inglaterra, temia ya que el dia ménos pensado, el que en otros tiempos pudiera parecerle obstáculo despreciable sirviera ahora á hacerle tropezar y caer rodando de la cumbre de su poderío y de su gloria. Si ya en Eylau, el espectáculo de aquel cuerpo de ejército de Augerau, destrozado en su marcha á través de la nieve por la metralla de los rusos, le habia inspirado sentimientos de humanidad y de cordura política, no dejarian éstos de asaltarle de nuevo cuando empresas, más que temerarias, le impulsaban á proyectos que ya rayaban en las fábulas de los legendarios conquistadores del Egipto y de la India. Junto á Astorga parece que, con efecto, sintió una impresion de despecho ó de desaliento, que es difícil averiguarlo, al recibir nuevas que le impedian acabar de una vez y por sí mismo con aquellos odiados insulares que siempre hallaba contrapuestos en su camino para que, á la gloria militar de un César, no pudiera añadir la política de un Augusto. Los circunstantes le notaron una turbacion nada comun en su semblante, sereno por lo general y hasta alegre en las circunstancias más difíciles. (1),

(1) Thiers dice: «Volvió á emprender muy pensativo el camino

Retrocede á Valladolid.

Por más que le costara abandonar á otros el acabamiento de una empresa cuyo éxito no podia ser dudoso ya y que coronaria su obra de conquista y dominacion en la Península, hubo de pensar en lo mucho que se alejaba del que le auguraban las noticias recibidas, teatro de nuevas y dudosas luchas. El Austria aparecia tan perseverante en frente de él como lo habia sido en todos los momentos históricos de su azarosa existencia; y, á la vez que sus artes diplomáticas, era preciso anticiparse á prevenir sus planes militares, madurados con la experiencia de los anteriores reveses en tres años de preparacion y de contínuo acecho de la ocasion más propicia. Resignándose, pues, á aquella nueva contrariedad, y pensando que por el pronto le bastaria, para resistirlas, con no alejarse más, resolvió trasladarse á Valladolid, de donde, al obtener noticias más detalladas y ya inequívocas, lo mismo podria atender á las operaciones que entónces abandonaba por sí y á las presumibles en el Oriente y mediodia de España, como á las contingencias que pudieran presentársele en el norte de Europa. La capital de Castilla la Vieja ocupaba en aquellos momentos una posicion tan política como estratégica (1).

»de Astorga. Su preocupacion se habia hecho visible hasta el pun»to de sorprender á los que le rodeaban.»

Todos los historiadores franceses están de acuerdo en esto. Schépeler dice que «los españoles contaban que el Emperador, al »recibir aquella noticia, arrojó al suelo una taza de café.»

(1) Decia despues desde Valladolid á su hermano José: «Me veo »obligado á permanecer en Valladolid para recibir los correos de »Paris en cinco dias. Los acontecimientos de Constantinopla, la si»tuacion actual de Europa, la nueva formacion de mis ejércitos de »Italia, de Turquía y del Rhin, exigen que no me aleje más. Bien á »disgusto he tenido que retroceder de Astorga.» (Despacho número 14.684, del 11 de Enero).

Era necesario, tambien, confiar la persecucion de los ingleses á uno de sus mariscales, y Napoleon se decidió por Soult, el más próximo á ellos en aquel momento. Al tener noticia de la retirada de los enemigos que tenia á su frente, habia, con efecto, avanzado el duque de Dalmacia; y, no hallando á nadie en Sahagun ni sus inmediaciones, prosiguió naturalmente por el camino más corto para alcanzar á los españoles ántes de que entraran en Galicia, á donde presumió se dirigian. La caballería de su vanguardia, regida por el general Franceschi, encontró en Mansilla á la segunda division española que Romana habia dejado para la guarda del puente, y la sorprendió á punto de que ni tiempo la dió para interceptarlo ni ménos para hacerlo volar. La carga además fué tan ejecutiva que, arrollados nuestros compatriotas de la izquierda del Esla, pasaron á una con ellos el puente: los jinetes franceses penetraron á galope en la poblacion é hicieron más de 1.500 prisioneros, huyendo muy pocos ó escondiéndose en los accidentes del terreno ó en los pueblos inmediatos.

Continúa Soult el dia 30 á Leon, abandonada la noche anterior por los soldados españoles y los vecinos más comprometidos ó ricos; y, segun ya hemos dicho, el 1.° de Enero se hallaba en Puente de Orbigo, reuniéndose en Astorga aquella misma noche su vanguardia con la del Emperador.

Las noticias recientemente llegadas al cuartel imperial exigian, además de la detencion del Emperador y su vuelta á Valladolid, una reforma en la composicion del ejército que permitiera atender á las nuevas necesidades que aquellas presuponian.

Iba cada dia alejándose más y más la gran masa de tropas que perseguia á los ingleses, y era ya de suponer que sólo el mar llegaria á detenerlas, quedando al fin de la jornada las francesas en el extremo occidental de la Península, esto es, en la region más apartada del continente europeo. Cualquiera excision, probable ya, en el centro ó en las comarcas septentrionales, encontraria libre por largo tiempo su accion contra los que sin prudencia bastante iban comprometiéndose en empresas tan vastas y remotas. Y calculando todo eso el Emperador y áun contrariado con la idea de no asestar á los ingleses un golpe tal que los escarmentara para siempre de intervenir con la fuerza en el continente, tuvo que ver cómo se moderaba la marcha, hasta entónces arrebatada, de su ejército, no sólo con no impulsarla él personalmente, sino con dirminuirlo á su vez en proporciones que la ocasion, más que otra cosa, hacia considerables.

La guardia imperial retrocedió con él á Benavente y Valladolid; el general Lapisse se estableció en la primera de aquellas poblaciones al frente de un cuerpo de observacion con dos brigadas de caballería, las de los generales D'Avenay y Maupetit, para someter las provincias de Zamora y Salamanca; y el mariscal Ney recibió la mision de formar en Astorga el cuerpo de reserva del de Soult y servir al mismo tiempo de lazo de union con los demás del centro de la Península para poder acudir á donde pudiera considerarse necesario, lo mismo en Galicia que en Castilla, que en Alemania, por último, si los acontecimientos exigian allí su presencia y su accion.

De ese modo, el mariscal Soult prosiguió su mar-

cha trás de los ingleses con las divisiones Merle, Mermet y Delaborde que ya tenia á la mano, la de Hendelet que se le uniria pronto, y la caballería de Lorge, Lahoussaye y Franceschi; unos 30.000 infantes y 4.000 caballos, con los que no podia realmente llenar la mision, que le confíaba su augusto y exigente amo.

Su conducta allí.

Ya en Valladolid el Emperador, cada dia más preocupado con las noticias que le llegaban de Austria, de Turquía y de Nápoles, á todo atendiendo, sin embargo, lo mismo que á los sucesos que tenian lugar á su inmediacion en la Península, señaló su estancia en la ciudad castellana con actos de destemplanza y de crueldad impropias de su talla y que sólo pueden explicar la mortificacion y la ira que debian producir en su ánimo los obstáculos que á cada paso se le presentaban en el camino de sus ambiciosos proyectos.

No habia acabado de instalarse en el palacio real la noche del 6 de Enero y, citados de antemano, se le presentaban el ayuntamiento, los prelados de los conventos, el cabildo eclesiástico y las autoridades todas sometidas á la suya. Y con aquel lenguaje homérico, que ya hemos hecho observar en él, habitual suyo cuando se hallaba dominado por la cólera y el despecho, los apostrofó rudamente y los amenazó con los castigos más bárbaros si no delataban y ponian á su alcance los españoles que hubieran asesinado algunos franceses, los cadáveres de dos de los cuales habian aparecido en un pozo del convento de Santo Domingo. No parecia sino que la única mision que le llevaba á Valladolid fuese la de castigar aquel

atentado, segun se empeñó en perseguirlo por los caminos ménos propios de su magnanimidad, irritándole la nobilísima conducta del ayuntamiento que, ántes de denunciar á ninguno de sus administrados, prefirió sufrir el martirio de cinco de sus indivíduos, amenazados de muerte por el número, sin duda, de los franceses asesinados. Y se hubiera llevado á ejecucion el decreto imperial, intimádoles por un emisario, reló en mano, y poco despues por D. José de Hervas que, á pesar de los buenos deseos que demostraba, no veia remedio á sus efectos, sin el expediente á que recurrió un Sr. Chamochin, corregidor interino que, con verdad ó sin ella, denunció á un adobador de pieles y sus dos criados como autores del crímen que se trataba de castigar.

Fueron ejecutados los sirvientes del adobador, salvándose éste, cuando se hallaba al pié del cadalso, por la intercesion de los benedictinos y de otras personas de consideracion en la ciudad, así como por la de algunos generales franceses, condolidos de las lágrimas de la mujer del sentenciado, extremadamente bélla y de honrada y apreciable familia.

Es un rasgo que no queremos nunca dejar desatendido el que ofrecieron en varias ocasiones no pocos oficiales franceses, interponiendo su influencia para calmar las iras de sus jefes en favor de personas inocentes ó aconsejadas por la ira patriótica que en ellas despertaba la invasion enemiga. El ejemplo que acabamos de aducir y el de Saint-Simon, citado en el capítulo VI. del tomo anterior, prueban, lo mismo que la conducta generosa de algunos franceses, la imparcialidad que nos guía en todas nuestras apre-

ciaciones. Pocos harán la justicia que nosotros al noble carácter del pueblo francés y al de los militares sobre todo, jactanciosos, quizás demasiado, de sus cualidades de humanidad y galantería; pero esto mismo nos da derecho para motejarlo en sus excesos.

Allí mismo, en Valladolid, el Emperador, tan magnánimo en ocasiones pero dejándose llevar de una ferocidad sin igual en las que creia pudieran impedir sus planes de ambicion, mostró tal sed de venganza ó cálculo tan erróneo de su sistema de represiones y amenazas que, de seguir en España ó con otro hermano que José, no sabemos á dónde hubiera llegado. Sin más antecedentes que los de unas breves instrucciones dadas al Intruso sobre movimientos que deberia dictar á los generales sometidos á su autoridad, con la mayor sangre fria y sin contestar á provocacion alguna que pudiera moverle á cólera, le escribia en carta de 11 de Enero el párrafo siguiente, que dejamos en francés para evitar toda tergiversacion: «Faites donc pendre une douzaine d'individus »á Madrid; il n' y manque point de mauvais sujets; »sans cela il n' y aura rien de fait.»

Es esto tanto más chocante cuanto que, al decir del arzobispo Pradt, había Napoleon recibido ya para entónces impresiones sumamente favorables sobre la hermosura de España y su importancia, renovando en él ideas anteriores de unirla al sistema imperial por medio de vireinatos vinculados en su familia (1).

(1) Pradt subraya las siguientes palabras del Emperador: «Yo »no tenia idea de la España: es un país mucho más hermoso de lo »que pensaba. A fé que he hecho á mi hermano un regalo magni»fico; pero verá V. como los españoles hacen pronto nuevas locu-

Es verdad que él en Francia habia apelado á parecido. sino tan terrible, ejemplo, para imponer tranquilidad en su derredor. En otro despacho, que no consta en la obra magna de la correspondencia de Napoleon pero sí en la de José, expedido el dia siguiente al del anteriormente citado, puede verse el párrafo siguiente que pone ese sistema bien de manifiesto: «Si no se »desembaraza, dice, á Madrid de un centenar de esos »bota-fuegos, »no se habrá hecho nada. De esos cien»to, haced ahorcar ó fusilar doce ó quince y enviad »los demás á Francia, á las galeras. *Yo no he tenido »tranquilidad en Francia ni he devuelto la con»fianza á las gentes honradas hasta haber hecho »prender doscientos bota-fuegos, asesinos de Setiem»bre, y enviarlos á las colonias. Desde entónces, el »espíritu de la capital ha cambiado como por un «silbido (comme par un coup de sifflet.)»* (1)

Iban condensándose, entre tanto, las noticias de Alemania, como nubes precursoras de nueva y ya muy próxima tempestad en el horizonte político de Europa. La alarma era grande en el ánimo de Napoleon y se revelaba, lo mismo que en las severidades á que se le veia apelar, en la actividad que imponia á todos los asuntos y operaciones militares de la Pe-

»ras y tendrá que volver á mis manos. Entónces lo dividiré en cin»co grandes vireinatos...»

(1) A los *bota-fuegos*, como él los llamaba, de París, Napoleon los desterraba á Ultramar; á los de Madrid, los hacia ahorcar. Esto nos recuerda una polémica, bastante popular entre nuestros compatriotas para que nos detengamos á especificarla, entre el célebre conde de España y el general Longa á presencia de Fernando VII y despues de la sublevacion de Cataluña, polémica en que el célebre guerrillero español disculpaba su humanidad, motejada por el antiguo emigrado francés, con tratarse de compatriotas suyos y no de los de su interlocutor.

nínsula, á fin de poder abandonarla sin peligro, al ménos inminente, ni preocupaciones por el tiempo absolutamente necesario para imponerse al Austria, en la cual creia infundir temor saludable con su sola presencia en París y la actitud de sus ejércitos del Rhin y de Italia y Dalmacia. Seria preciso hacer una monografía de la estancia del Emperador en Valladolid, áun habiendo sido tan sólo de diez dias, para que se comprendiesen bien todos sus recelos en ese punto, el despecho que en él provocaban y la extension de su génio para conjurarlos. Ordenes para el ejército que operaba contra los ingleses, su eterna pesadilla; órdenes para el inmediato á él, dispuesto, lo mismo que á quedarse en España, á marchar á Alemania; órdenes á los puestos á las de José; y siempre órdenes detalladas, precisas y terminantes; reconvenciones tambien ó quejas á generales y gobernadores, acres, duras, violentas, especialmente á su hermano; todo eso y cuanto puede rozarse, además, con la reorganizacion y administracion de un país aniquilado por la guerra y sin gobierno propio de ninguna clase. Todo eso, repetimos, aparece en los centenares de despachos, no todos publicados, de su correspondencia en aquella década tan fatal para España.

M. Pradt y la comision de Madrid.

Pero donde mejor se ponen de manifiesto los sentimientos que le embargaban y las vacilaciones que los asuntos de la Península y los de Alemania y de la Europa entera le hacian experimentar, es en la obra de su confidente entónces, el arzobispo Pradt. Presente á los sucesos que por aquellos dias tenian lugar en España, muestra un conocimiento de ellos y una imparcialidad en sus apreciaciones que dan á su tra-

bajo, ligero y todo como es, una importancia innegable. Siguiendo al Emperador en su marcha á Madrid, la describe con verdad y, contra lo que han hecho todos sus compatriotas, da al combate de Somosierra y al sitio de la Capital de España las proporciones que realmente tuvieron, no las que la fantasía y la adulacion hicieron ver á otros. Y esto es tanto más apreciable cuanto que alguna influencia deberia tener tambien en el ánimo de José para que le confiara cerca de su hermano misiones tan importantes como la que dió lugar á las observaciones de que en esta oportunidad nos estámos ocupando.

Apareció, con efecto, por Valladolid el famoso arzobispo de Malinas á la cabeza y como protector de una comision de madrileños, impuesta, como es de suponer, por el mismo Napoleon y dirigida á pedirle una resolucion definitiva sobre los destinos futuros de la pátria (1). No era que no la hubiese ya tomado el Emperador, pues todos sus despachos rebosan de instrucciones sobre la conducta que José habria de observar en el trono, hasta sobre el dia en que debia ocuparlo y la manera y forma de su entrada en Madrid. Queria, por lo visto, hacerse rogar para que en otra ocasion nadie extrañara que, siendo él árbitro inapelable de la suerte de España, la hiciese comun, una misma con la de su imperio, cuando creyera deberle dar las proporciones, con que siempre soñaba,

(1) En despacho de 7 de Enero decia Napoleon á su hermano José: «Haced que una diputacion de Madrid y de los Consejos me »traiga el proceso verbal del juramento prestado. Cuando la reci»ba, daré mi decision.» ¿Se quiere vasallaje más humillante? Ni respiraba el Intruso sin licencia de su hermano.

del de Carlo magno. En poco estuvo que no le alcanzara en Valladolid la comision, á la que recibió la noche anterior al dia de la salida suya para Francia, despues de conferenciar largamente con Pradt.

Algun historiador ha dicho que Napoleon recibió á los comisionados *con particular agasajo*. En la correspondencia recientemente publicada no existe despacho alguno que se refiera á aquella visita que en los anteriores aparece esperarse con impaciencia. En la de José hay uno, olvidado, sin duda, en la del Emperador, en que éste le dice que recibió la diputacion á las nueve de la noche del 16; en que manda se publiquen en los periódicos los discursos que los comisionados le han dirigido, que él (José) puede hacer ya su entrada en Madrid, y que aquellos señores están encargados de darle cuenta de lo que les ha contestado. Y nada más.

Qué discursos fueron los pronunciados no es fácil saberlo, porque José Napoleon no creyó conveniente publicarlos, ni la contestacion, tampoco, del Emperador. *La Gaceta de Madrid* sólo dijo lo siguiente en su número del 27 de Enero:

«Ayer 25 del corriente, tuvieron el honor de presentarse á S. M. los diputados del antiguo consejo de Estado, del de Guerra, Marina, Indias, Hacienda, Ordenes, y los de la sala de Alcaldes de Córte, de vuelta de su viaje hecho á Valladolid.—Llevó la palabra el Excmo. Sr. Conde Montarco, y en un discurso elocuente manifestó el buen acogimiento que habian experimentado en dicha ciudad de S. M. el Emperador de los franceses y Rey de Italia, el interés que habia mostrado en la mayor felicidad de esta

»monarquía, que estaba cierto la hacia su augusto »Hermano, como la habia hecho en el reino de Nápo»les, por su sabiduría, dulzura y prendas tan relevan»tes que le adornaban, y que á este fin, y conociéndo»lo así, se reuniesen todos los buenos españoles, y »destruyesen las semillas de la discordia, que des»graciadamente se habian sembrado.» Y nada más.

Thiers dice que Napoleon acogió aquella comision con ménos severidad que á la de Madrid en Diciembre, pero «que la declaró de una manera muy »precisa que si José se veia obligado otra vez á dejar »la capital, la haria sufrir la más cruel y la más terri»ble ejecucion militar.»

Quien precisa el discurso de Napoleon es el general Savary, presente á la recepcion; y aunque en distintos conceptos que los de Thiers, puede traducirse tambien en las mismas amenazas á los madrileños y á España toda (1).

Marcha de Napoleon á Paris.

Y el 17 por la mañana partia Napoleon á caballo hácia Búrgos y París, *con tanta prisa*, decia Pradt,

(1) Y, por cierto, que lo hace preceder de los párrafos siguientes que se avienen mal con alguno, que ya hemos trascrito, de la correspondencia de Napoleon. «El Emperador, dice el duque de »Róvigo, preguntó á la diputacion si era un paso libre y exento de »toda insinuacion el que daba en aquel momento, y añadió que si »aquella mision no era consecuencia de un arranque sincero de »su parte, no podria serle agradable y que les devolvia su libertad.»—«Hubiera sido preciso verlos á todos prosternarse y jurar »que habian ido por su propia voluntad, despues de haberse reuni»do en Madrid con la anuencia del Rey, cuya autorizacion tenian »para ir á manifestar sus deseos al Emperador.»

«Haced que una diputacion de Madrid y de los Consejos me »traiga el proceso verbal del juramento prestado.»

Muñoz Maldonado traduce el discurso y lo combina con las observaciones de Pradt, pero como dirigidas por Napoleon á sus generales cuando el Arzobispo dice que se las hizo á él mismo.

*por alejarse de allí, como los españoles de que se fuera.*

Instrucciones que deja.

Antes, sin embargo, de verificarlo, dictó sobre cuanto habria de hacerse en España durante su ausencia, que suponia muy corta (1), tantas órdenes é instrucciones, así para los generales franceses como para el rey José, que verdaderamente no les dejaba ni campo en que discurrir ni voluntad, tampoco, que ejercitar en las operaciones militares ni en la administracion y régimen del país. Encargaba el mando del ejército al rey, pero continuando Berthier dando órdenes los ocho ó diez dias que aún permaneciese en Valladolid. Si en aquel tiempo el duque de Dalmacia experimentase, lo que no era de esperar, algun revés á que no pudiera Ney poner remedio, el mayor general los apoyaria con la division Lapisse. No se publicaria la marcha del Emperador en la órden del ejército, pero se comunicaria directamente á los duques de Dalmacia, de Elchingen y de Montebello, encargándose al Rey que la mantuviese secreta diciendo que su hermano habia ido á Zaragoza.

Quedaria en Valladolid el general Lecamus con una seccion destacada del E. M. G. para entenderse con el Rey y su Jefe, el príncipe de Neuchatel. La guardia permaneceria á las órdenes de Bessiéres, no formando parte del ejército; y cuando ella marchara, lo haria con todos los equipajes y se publicaria la órden dejando el Emperador el mando de los ejércitos de España. Despues se extendian las instruc-

(1) En dos distintas cartas escribia á su hermano que le conservara la habitacion de Chamartin, tal como la habia dejado, por si el dia ménos pensado aparecia por allí.

ciones á Berthier sobre la manera de entenderse con Napoleon y con José, así como sobre las medidas que debian tomarse para que los generales que operaban en el N. y el NO. de la Península comunicasen entre sí y con las autoridades.

Estas instrucciones, otras varias esparcidas en diferentes despachos del Emperador y las verbales que dió á su mayor general, fueron por éste reasumidas en una extensa comunicacion que dirigió al Intruso y que copiamos inmediatamente porque, abrazando cuantos puntos interesaba á Napoleon dejar consignados, explica sus pensamientos militares y de gobierno en España y la posicion desairada de quien sólo con el nombre de soberano podia envanecerse, sin ser ni sombra de tal entre nosotros. La trasladamos íntegra no pudiendo dar noticia más exacta ni, sobre todo, más precisa, del estado de las cosas militares en aquellos dias, tan críticos para la pátria nuestra.

Dice así: «Instrucciones del Emperador. Valladolid 17 de Enero de 1809. Berthier á José.—Señor: »El Emperador me impone el honor de participar á »Vuestra Majestad que los acontecimientos políticos »le han decidido á trasladarse á París, contando con »volver á España en Mayo, si las circunstancias no »se lo impidieran. De todos modos, el Emperador con»fia á V. M. el mando de sus ejércitos de España. Yo »tengo la órden de permanecer aquí ocho ó diez dias »despues de la marcha del Emperador, es decir, has»ta el 25, cuando pueda estar seguro de que haya »V. M. recibido el presente despacho y de que tenga »conocimiento de la situacion de las cosas.»

«El Emperador ha dado, Señor, el mando de las »tres provincias de Vizcaya al general de division »Thiébault que residirá en Vitoria, teniendo á sus ór»denes al general Thouvenot que manda la plaza y la »provincia de San Sebastian, al general de brigada »Boyer que manda la plaza y la provincia de Vitoria, »y al general Avril que manda la villa y la provincia »de Bilbao. El general Darmagnac conservará el man»do de la provincia de Búrgos, mando que se extiende »hasta Aranda, donde se halla el general Treilhard »con un depósito de caballería.»

«El general Dufresse manda las provincias de »Valladolid y de Palencia, donde está el depósito de »caballería á las órdenes del general Cambacéres que »estaba en la Cartuja de Búrgos. El general Arnaud »manda la plaza y la provincia de Zamora; el general »Loison la ciudad y la provincia de Leon; el general »Bonnet la de Santander, con el general Soult á sus »órdenes que tiene el gobierno de aquella ciudad.»

»Estos mandos de provincias están subordinados »al del mariscal duque de Istria, y tienen sus jefes »instrucciones para comunicarse directamente con él, »independientemente de las correspondencias que con»servarán con el E. M. de V. M.»

«El Emperador ha confiado, Señor, al duque de »Istria el mando de todo lo que compone la guardia »imperial, la cual recibirá las órdenes directas del »Emperador, sin formar parte del ejército. La inten»cion de S. M. es que se halle reunida en Valladolid »y que descanse aquí para estar en condiciones de »trasladarse á otras fronteras.»

«El mariscal duque de Istria tiene, del mismo

»modo, bajo su mando, como formando parte del ejér»cito: 1.°—La division Lapisse, que está ahora en Za»mora y se compone del 16.° regimiento de infantería »ligera y de los 8.°, 45.°, y 54.° de línea: 2.°—La di»vision de dragones del general Kellermann, com»puesta de los 3.°, 6.°, 10.°, y 11.° regimientos de »dragones; 3.°—La division del general Heudelet, »compuesta del 4.° batallon del 15.° regimiento de »infantería ligera, del 2.° batallon del 32.° regimiento »de infantería ligera, de dos batallones del 26.° de »línea, de dos batallones del 66.°, de dos batallones »del 88.°, de un batallon de la legion del Mediodía, de »un batallon de la legion hannoveriana y de un bata»llon de la guardia de París. Esta division estará á las »órdenes del duque de Istria mientras se halle en As»torga y en las montañas de entre aquella ciudad y »Villafranca: 4.°—Sobre 1.500 hombres de infantería »que manda el general Loisson en Leon, procedentes »del 3.$^{er}$ batallon del 12.° regimiento de infantería »ligera, del 3$^{er}$. batallon del 58.° de línea, y el regi»miento de cazadores auxiliares del coronel Tascher; »5.°—La division Bonnet, compuesta de los 119° y 120° »regimientos de infantería que se encuentran en San»tander y San Vicente; 6.°—En fin, las tropas de la »guarnicion de Búrgos, compuestas del 3.$^{er}$ batallon »del 43.° regimiento de infantería, del 119° regi»miento de infantería, (1) del batallon prusiano, del »batallon irlandés y del escuadron de Nassau; de la »guarnicion de Vitoria, compuesta del batallon de

---

(1) Habrá aquí equivocacion porque el parrafo anterior aparece este regimiento como de la division Bonnet.

»guarnicion de Vitoria (?); de la de Aranda, compuesta »del depósito de caballería del general Treilhard y »del 3$^{er}$. batallon del 5.° regimiento de infantería li»gera; de la de Valladolid, compuesta del 3.$^{er}$ batallon »del 5.° regimiento, del batallon de Westphalia y de »un destacamento del 36.° de línea; de la de Soria, »compuesta de un batallon suplementario del 50.° »regimiento de infantería que S. M. destina á ser in»corporado en la guardia de V. M. desde el momento »en que pueda ser reemplazado en Sória; de la de »Segovia, compuesta de un batallon del regimiento de »Hesse-Darmstadt y del depósito de la caballería de »las divisiones Lasalle y Milhaud.»

«Uno á esta carta el estado de situacion de todos »los cuerpos del ejército, así como el de su movi»miento.»

«Galicia, Señor, se halla á las órdenes del duque »de Dalmacia que tiene á su retaguardia al duque de »Elchingen con las divisiones Marchand y Maurice »Mathieu.»

«El Emperador ha dado la órden al duque de Dal»macia de arrojar enteramente á los ingleses del con»tinente, y al duque de Elchingen la de sostenerle.»

«El 9 por la mañana el duque de Dalmacia entraba »en Lugo. El 10 debia estar en Pacios.»

«El duque de Elchingen se habia dirigido, como »verá V. M. por la copia do su última carta, hácia el »duque de Dalmacia.»

«Envio á V. M. copia de la carta del duque de Dal»macia al duque de Elchingen; en ella verá que los »ingleses se habian dividido y que el mariscal duque »de Elchingen tenia el proyecto de dirigirse á Vigo.

»Esta separacion de los ingleses;' los 4.000 hombres »de infantería que se han hecho prisioneros; probable»mente un número mayor de enfermos abandonados; »los 3.000 caballos que ellos han muerto; la pérdida »de cerca de 700 carros de bagaje y municiones; el »gran número de posiciones inexpugnables que han »evacuado; las noticias que dicen no quedarles á »lo más sino 20.000 hombres; en fin, las noticias de »Inglaterra anunciando que todos los convoyes que »estaban en bahía han desembarcado al saberse la »toma de Madrid, hacen creer que los ingleses han »evacuado, para estas horas, la España y yo espero »anunciarlo muy pronto á V. M. Entónces daré las úl»timas órdenes al duque de Dalmacia sobre sus opera»ciones ulteriores, y tendré cuidado de enviar á V. M. »copia de las que le dirija.»

«La intencion del Emperador es, Señor, la de que »una vez echados los ingleses, el duque de Dalmacia »marche sobre Oporto con sus cuatro divisiones, y »que el duque de Elchingen se quede para organizar »y pacificar la Galicia.»

«Las tropas con que marchará el duque de Dal»macia se componen, á saber, de: la division Merle, »compuesta de los 2.° y 4.° regimientos de infantería »ligera y de los 15.° y 36.° regimientos de infantería »de línea;—La division Mermet, compuesta del 31.° »regimiento de infantería ligera, de los 47.° y 122 »regimientos de línea, de dos batallones del 2.° regi»miento suizo y de un batallon del 3.er regimiento »suizo;—La division Delaborde, compuesta del 17.° »regimiento de infantería ligera, de los 70.° y 86.° »regimientos de línea y de un batallon del 4.° regi-

»miento suizo;—La division Heudelet está compuesta »del 4.° batallon de infantería ligera; del 2.° batallon »del 32.° regimiento de infantería ligera, de dos ba»tallones del 26.° de línea, de dos batallones del 66.° »de línea, de dos batallones del 82.° de un batallon »de la legion del Mediodía, de un batallon de la legion »hanoveriana y de un batallon de la guardia de Pa»rís;—La division de dragones de Lahoussaye, com»puesta de los 17.°, 18.°, 19.°, y 27.° regimientos de »dragones;—La division Lorge, compuesta de los »13.°, 15.°, 22.° y 26.° regimientos de dragones;— »Y la division Franceschi, compuesta del 1.er regi»miento de húsares, del 22.° de cazadores, del regi»miento de cazadores hanoverianos y del regimiento »de dragones, lo cual formará un total de doce regi»mientos de caballería. Pero el duque de Dalmacia »dejará dos regimientos al duque de Elchingen y le »quedarán diez que son más que suficientes. Así, »cuando se sepa que los ingleses se han embarcado, »se dará al general Loison, á los oficiales de ingenie»ros, de Estado Mayor y comisarios de guerra que »han formado parte del 8.° cuerpo y conocen el país, »la órden de unirse al duque de Dalmacia.»

«Estamos á 17; no es de presumir que el duque »de Dalmacia pueda estar en Oporto ántes del 1.° de »Febrero y en Lisboa ántes del 10. Hácia esta época, »en el momento en que el duque de Dalmacia estu»viese á punto de llegar á Lisboa, seria conveniente »que el cuerpo del duque de Bellune, compuesto de sus »tres divisiones, de la division Leval y de doce regi»mientos de caballería con un total de cerca de 30.000 »hombres, se trasladara á Mérida para verificar una

»diversion en favor de la marcha del duque de Dal»macia sobre Lisboa, dirigiendo una cabeza de co»lumna hácia Lisboa por si el duque de Dalmacia pu»diera, lo que no es de presumir, encontrar grandes »obstáculos en su empresa.»

«Inmediatamente despues que el duque de Dalma»cia haya entrado en Lisboa, el duque de Bellune irá »por Mérida á Sevilla, apoyado por la division Mer»met, seis regimientos de caballería y todos los obu»ses y piezas de á 12 del duque de Dalmacia; y si »éste se hallará tranquilo en Lisboa, podría enviar »aún otra division para sostener al duque de Bellune.»

«Podrían, así, tenerse en Andalucia más de 40.000 »hombres.»

«Hé dicho á V. M. que el duque de Bellune tenia »doce regimientos de caballería; hoy hay en Ma»drid:—Seis de la division Latour-Maubourg, á saber; »los 1.°, 2.°, 4.°, 14°, 20° y 26° regimientos de drago»nes;—Cuatro de la division Lasalle, á saber: los lan»ceros polacos, los 5.° y 10° de cazadores y el 9.° de »dragones;—Tres de la division Milhaud, á saber; »los 12°, 16° y 21° regimientos de dragones;—Tres que »estaban agregados al 4.° cuerpo, á saber, los húsa»res holandeses, los caballos-ligeros westphalianos »y el 5.° regimiento de dragones;—Dos que estaban »agregados al 1.er cuerpo, á saber: el 2.° regimiento »de húsares y el 26° de cazadores; en fin el 27° regi»miento de cazadores que se va á incorparar á él. Que»darán, pues, siete regimientos de guarnicion en Ma»drid y para contener las provincias de la Mancha, »de Toledo, Guadalajara y Extremadura.»

«Vuestra Magestad tendrá en infantería:—La di-

»vision Valence, compuesta de los regimientos 4.°, »7.° y 9.° de infantería polaca:—La divion Sebastiani, »compuesta de los 28°, 32°, 58° y 75° de infantería de »línea;—La division Dessolles, compuesta del regi»miento núm. 12 de infantería ligera y de los 43° y »55° de línea, formando once regimientos.»

«Debo, Señor, haceros observar, al decir que el »duque de Bellune marchará con sus tres divisiones, »que su tercera division es la del general Lapisse, que »deberá quedar hasta el último momento entre Zamo»ra y Salamanca, para cubrir los movimientos del »duque de Dalmacia, servir de reserva en la parte »alta de España y quedar hasta allí á las órdenes del »mariscal Bessiéres. Pero cuando el duque de Dalma»cia llegue á Oporto, V. M. hará dar la órden al ge»neral Lapisse, por el duque de Istria, de dirigirse »inmediatamente á Ciudad-Rodrigo y Abrántes, don»de se pondrá bajo el mando del duque de Bellune que »le mandará reunírsele en Mérida. Vuestra Magestad »mandará al mariscal Bessiéres que dé la órden al »general Lapisse, cuando se traslade á Ciudad-Ro»drigo, para que se lleve la brigada del general Mau»petit, compuesta del 5.° regimiento de dragones y »de una parte de los caballos-ligeros westphalianos. »Será, pues, necesario tener cuidado de conservar y »reunir los destacamentos de estos regimientos que »se hallan por la parte de Madrid, para unirlos al du»que de Bellune.»

«Todo hace creer que, para entónces, habrá sido »tomada Zaragoza, lo que hará todas las operaciones »fáciles y proporcionará un gran número de tropas »disponibles para la operacion sobre Valencia.

»Seria necesario que el duque de Bellune se lleva»se doce piezas de á 24 cortas y seis pequeños mor»teros, tres compañías de zapadores, una de minado»res y todos los oficiales de ingenieros que hayan es»tado en Andalucía. Una vez terminado el sitio de Za»ragoza, seria necesario dar, además, al duque de »Bellune dos compañías de zapadores y dos de mina»dores. Tambien convendria reunir las piezas de á 12 »y los obuses que pueda haber en Madrid para dár»selas al duque de Bellune. Se le enviarán el general »Pannetier, empleado en la division Lapisse, y los »oficiales que ahora están en Madrid y que pertene»cieron al ejército del general Dupont.»

«De aquí á que se verifique la operacion de Anda»lucía, es necesario ser dueños de Manzanares y de »todo el llano hasta el pié de Sierra-Morena y fortifi»car tres castillos desde Manzanares á Aranjuez, en »los cuales puedan mantenerse algunas compañías »de infantería y algunas piezas libres de los insur»gentes. Esto dará el resultado de amenazar á la Ca»rolina, hacer creer que es por allí por donde se pien»sa entrar en Andalucía y, cuando el enemigo vea »que se hace por Mérida, obligarle á dividir sus fuer»zas, porque los habitantes de la provincia de Jaen, »de Córdoba y Cranada, creyéndose amenazados, »querrán cubrir la Carolina, que es para ellos el ba»luarte de aquella provincia y de Andalucía. Esto »proporcionará la ventaja de tener á Madrid perfecta»tamente despejado.»

«Vuestra Majestad debe comprender la importan»cia de la fábrica de porcelana, así como la de las »obras principiadas en las alturas próximas á Pala-

»cio. No hay para qué decir que es necesario trabajar »con gran actividad en esas fortificaciones, pues que »proporcionarán el medio de maniobrar, no dejan»do más que 3.000 hombres en Madrid para guar»darlos almacenes y estar seguros de encontrar la »poblacion en el mismo estado cuando se vuelva »á ella.

«La intencion del Emperador es que la division »Leval sirva especialmente al duque de Bellune para »mantener sus comunicaciones con Madrid.»

«En fin, las circunstancias podrán indicar, en el »momento en que el duque de Bellune se traslade á »Mérida, si conviene hacer retroceder sobre Madrid »una de las divisiones del duque de Elchingen, así »como algunos regimientos de caballería empleados »actualmente en sujetar la parte alta de España.»

»Reasumiendo, Señor, ó el Emperador estará de »vuelta para el mes de Mayo, ó se acercará á Bayona »ó permanecerá en París. Su Majestad podrá siem»pre dictar órdenes y Vos dirigir las operaciones.»

«Vuestra Majestad verá que, de aquí al 10 de »Febrero, se debe emplear el tiempo en reunir y ha»cer descansar las tropas y desarmar todo el país »ocupado por los ejércitos, organizando bien el puesto »á las órdenes de V. M. El mariscal Bessiéres, que »queda en Valladolid y manda las provincias del Nor»te, es muy propio para esa operacion.»

«Es preciso, pues, Señor, ver lo que hacen los in»gleses. ¿Desembarcarán en Lisboa? ¿Désembarcarán »en Cádiz? Porque sólo ellos pueden crear obtáculos »en España y obligar á que se modifiquen estas ins»trucciones. Cuantos ejércitos españoles hay hoy, es-

»tán incapacitados de hacer frente á 10.000 fran»ceses.»

«La intencion del Emperador es la de que Vuestra »Majestad mande que se tengan provisiones en Ta»lavera de la Reyna y se elaboren en Madrid hasta »200.000 raciones de galleta.»

No puede darse introduccion más expresiva que este despacho para el estudio de los sucesos militares que vamos á poner inmediatamente á la vista de nuestros lectores, ni estado de situacion de los ejércitos franceses más propio para la inteligencia de las operaciones sucesivas.

El duque de Dalmacia, miéntras tanto, habia emprendido las operaciones que se le encomendaron contra los ingleses de John Moore y los españoles del marqués de la Romana. Desde el primer momento tropezó con grandes dificultades; con la energía, principalmente, de aquellos soldados británicos cuya retirada, desastrosa y todo, sus privaciones y disgusto nada quitaban al valor y solidez de que han dado siempre muestra elocuentísima, y con la frialdad, por el contrario, que se apoderó de los franceses desde que supieron la detencion del Emperador en Astorga, y su setroceso, despues, á Valladolid. El arranque de las operaciones fué terrible, como que nacia del inpulso que ya les habia dado Napoleon, para quien no eran nunca obstáculos el frio, la lluvia, el mal estado de los caminos, ni el hambre, en fin, y las privaciones más duras.

Imposible se hace el dar idea exacta del estado en que, á los pocos pasos de haber abandonado á Astorga, cayó aquel ejército inglés tan brillante y tan

sólido dias ántes. Los historiadores de su nacion lo pintan como el más lamentable; y Lord Londonderry, entre ellos, lo hace con colores tales, que Thiers no ha vacilado en usarlos, tomando los más sombríos para su narracion, calcada en gran parte de la del ilustre coronel británico.

John Moore salió el 31 de Diciembre de Astorga para Combarros con la reserva y la caballería del general Paget que siguió por la noche á Bembibre, poblacion situada en las faldas, occidentales ya, de la sierra y del puerto de Manzanal. Todas las partidas de retaguardia, apostadas para observar á la caballería de Napoleon, y las que desde Puente de Órbigo iban conteniendo á las avanzadas del mariscal Soult, siguieron el movimiento de la reserva que el 1.° de Enero, muy de mañana, entraba con ellas en Bembibre, miéntras las divisiones que la precedian en la marcha se dirigian á Villafranca, 73 kilómetros de Astorga. El malísimo estado del camino, donde los caballos, la artillería y los carros de municiones y equipajes, atascados los unos en el fango, rotos y caidos los otros y atropellándose todos en la oscuridad ó por la indisciplina, la embriaguez ó mala voluntad de los conductores, estorbaban el tránsito y hasta lo impedian á veces; el amontonamiento de toda aquella *impedimenta* en los pasos más difíciles de flanquear por los jinetes y peones que, al reunirse en ellos, ni podian entender las órdenes de sus jefes ni se prestaban tampoco á obedecerlas, tales eran la rábia, el disgusto ó el abatimiento á que se les veia entregados; la mezcla abigarrada, por fin, de soldados ingleses de todas armas, borrachos los más, aspeados ó

enfermos muchos, con los españoles del marqués de la Romana, cubiertos de harapos, hambrientos y maldiciendo de sus orgullosos y feroces aliados, y con la multitud de paisanos hombres, mujeres, ancianos y chiquillos que si sufrian de aquellos huéspedes, que al fin se llamaban amigos, tan crueles tratamientos, esperaban de los franceses además el saqueo, la esclavitud y regularmente la muerte; todo contribuia á que la marcha se retardara á punto de temerse á cada momento la presencia y el ataque de aquellos soldados de Napoleon que la fama pintaba como incontrastables. El ejército hacia su movimiento por divisiones, como es natural y de costumbre, y el cuerpo principal llevaba de delantera más de un dia á la reserva; pero, á pesar de eso, hallaba ésta el camino obstruido por tanto rezagado, caballos muertos y carros rotos que, desordenándola tambien, la impedian cuidar de la concentracion de las divisiones precedentes y de la defensa y sostén de su retaguardia.

Y bien los necesitaba, porque los dragones franceses, impelidos, segun ya hemos dicho, de la iniciativa que daba Napoleon á todas sus acciones, y llevados de su energía y ardimiento habituales, empujaban, acometian sin cesar y acuchillaban con frecuencia á las partidas inglesas de retaguardia, apoderándose de cuanto, hombres y material, se quedaba atrás ó se apartaba de las filas.

Mas áun cuando Soult con las divisiones Merle, Mermet y Delaborde y la caballería de Franceschi, de Lorge y Lahoussaye, arrancó de Astorga con el mayor ímpetu, la ausencia del Emperador y las dificultades del camino le impusieron una parsimonia que

poco despues habia de convertirse en prudencia exájerada, si no temor de un fracaso que sólo á él imputarian sus émulos y enemigos. Los dragones alcanzaron, segun acabamos de decir, á los rezagados ingleses; pero no llegaban en número suficiente para arrollar ejecutivamente á los que aún guardaban las filas formando la retaguardia del ejército. Así es que al acercarse á las aldeas de Cacabélos y Pieros, á unos 4 kilómetros ya de Villafranca del Vierzo, donde existe un desfiladero de fácil y eficaz defensa, se trabó una accion, primera algo formal de aquélla célebre retirada y en que comprendieron los franceses que no bastaban su valor y ardimiento geniales para destruir á sus seculares enemigos, sino que, además, necesitarian, para conseguirlo, número considerable y organizacion y disciplina en el combate.

**Accion de Cacabelos.**

El Cúa, un riachuelo torrentoso que, naciendo en el pico de Miravalles, baja á unirse al Sil al pié de la cordillera de Guiana, atraviesa Cacabelos que tiene un puente para el tránsito de la carretera general de Galicia. Muy estrecho el valle por donde corre el Cúa, ofrecen las alturas que lo forman posiciones excelentes; á vanguardia en una montaña que, además de cubrir el camino, observa perfectamente el de Fuencebadon y Ponferrada que habia usado el general Crawfurd y seguian entónces los españoles de la Romana; y á retaguardia, en el lomo divisorio con el Valcarce que riega la vega de Villafranca, cubierto de viñedos y con tápias de piedra seca que los separan y resguardan. En la montaña del frente quedaron sobre 400 ingleses, de los llamados *riflemen*, del regimiento núm. 95, y otros tantos caballos que contuvieran las

avanzadas francesas que asomasen por cualquiera de los dos caminos mencionados. En el lomo de retaguardia se apostaron 2.500 infantes que, con seis piezas de artillería, no sólo protegieran el pueblo de Cacabelos y el puente del Cúa, sino que sirviesen despues á cerrar por completo el paso á Villafranca, defendiéndose con la mayor energía para dar lugar á poner en órden las tropas que en aquella rica poblacion estaban cometiendo los desmanes más crueles y vergonzosos (1).

De tal naturaleza y tan repugnantes eran, y no queremos especificarlos para no repetir tanta relacion como de ellos vamos haciendo en este escrito, que John Moore que, como es natural, deseaba dirigir la accion que disponia en Cacabelos, hubo de acudir á Villafranca, imponerse á sus soldados embriagados con el vino y la sangre de los pobres habitantes, y hasta fusilar alguno de aquellos malvados para poder despues volverse al campo de la accion que supondria ya entablada.

Estábalo ya, con efecto: el general Colbert, tan celebrado en el ejército francés por su belleza, verdaderamente clásica, como por su brillante valor y su inteligencia militar, habia llegado al pié de la montaña que hemos dicho coronaban los *rifles* del 95°, y, observando que no alcanzaria á forzar tan áspera y bien

(1) Estos son los números que da Nápier al puntualizar las fuerzas que señalan James Moore y Londonderry como del regimiento núm 95 y parte de la division de reserva. *Victoires et Conquêtes* da á los ingleses en aquel combate 6.000 hombres de los que 700 de caballería, pero Thiers los reduce á 3.000 infantes, 600 caballos y una numerosa artillería. Nápier, pues, y Thiers, que tanto se acercan en sus cómputos, deben estar en lo exacto.

guarnecida posicion con sus jinetes, habia pedido refuerzos de infantería que le abriesen paso á terreno más despejado en que pudiera cargar. El general Merle tuvo, pues, que encargarse del ataque de la posicion, la cual, despues de muy bien disputada por los *rifles* y cuando recibieron la órden terminante de John Moore, hubieron los ingleses de abandonar al apoyo de los húsares que hemos dicho los sostenian en la izquierda del Cúa. Pero perseguidos de cerca por la caballería francesa, y creyéndola mucho más númerosa de lo que era, los húsares ingleses, en vez de proteger el paso del puente, que habian comenzado á verificar los infantes con el mayor órden, atropellaron las últimas compañías, de las que las dos últimas se vieron arrolladas y envueltas, cayendo prisioneros varios de los soldados que las componian.

Colbert pasó en seguida el Cúa y apareció inmediatamente al otro lado de Cacabelos empujando rudamente á los *rifles* y á los húsares que se retiraban. Mas, áun desmontando algunos de sus cazadores, que muy pronto entablaron con los fugitivos una fuerte escaramuza, se vió escarmentado por los rifles que esparcidos por las viñas los resistian victoriosamente, y tuvo otra vez que esperar la llegada de los infantes que más de cerca le seguian. Al pasar éstos el puente y presentarse en la falda del lomo escarpado que dijimos separa el Cúa del Valcarce, es cuando la reserva inglesa desplegó toda su energía, rechazándolos lo mismo por su frente que por los flancos que trataban de ganar desplegados en tiradores. Colbert avanzaba, sin embargo, al frente de sus cazadores y buscando en la derecha del Cúa lo que habia buscado y

Muerte de Colbert.

hallado en la izquierda, campo en que cargar, cuando una bala, hiriéndole en la cabeza, lo derribó en tierra para, despues de pronunciar algunas palabras que revelan su grandeza de ánimo, abandonar el mundo donde tan altos destinos parecian esperarle (1).

En esto aparecieron junto á Cacabelos, pero en la orilla izquierda del Cúa, las columnas del general Merle en tren de pasar el rio y acometer el ataque de las posiciones inglesas en número y con energía más que suficientes para ganarlas. La batería británica abrió un fuego muy violento, entónces, y tan certero como ha sido siempre en sus expertos artilleros, fuego que contuvo á los franceses en su movimiento el corto tiempo que faltaba para que las sombras de la noche hicieran cesar el combate de uno y otro lado.

Las dos partes se atribuyen la victoria y achacan á su enemigo las pérdidas más graves: de haber sido más largo el dia, las ventajas hubieran estado del lado de los franceses que veian aumentar sus medios de momento en momento; pero, conociendo á sus soldados John Moore, podia contar, y no le salieron fallidos sus cálculos, con que se necesitaban horas para quebrantar la solidez inglesa en posiciones tan bien elegidas. Las bajas fueron de unos 300 hombres en los dos campos. (2)

---

(1) Cuentan que dijo á los que le rodeaban: «Amigos; soy muy »jóven todavía para morir; pero mi muerte es digna de un soldado »del grande ejército, pues que, al espirar, veo huir á los últimos »y eternos enemigos de mi patria.»

(2) Napoleon escribia el 4 al general Clarke: «El general Col»bert ha sido muerto en un pequeño combate de retaguardia con »los ingleses, segun vereis en el *Boletin del ejército*: 3.000 escoce»ses que pretendian defender las gargantas de Pieros, cerca de Vi-

Continúa la retirada de los ingleses.

John Moore aprovechó la noche para continuar su retirada al apoyo de la reserva que tan enérgicamente acababa de batirse en las alturas de Pieros y que no abandonó Villafranca hasta las diez con su general en jefe. La caballería fué enviada por delante por no permitir su uso el terreno que, desde allí, se presenta siempre escarpado, cubierto de rocas ó de bosque, lleno de precipicios y, cuando no, con viñedos y setos infranqueables para aquella arma.

Si el general inglés se habia resistido á presentar batalla á los franceses en las magníficas posiciones que encontraba en su retirada, y especialmente en las de Cacabelos y Pieros, tan propias para una defensa obstinada y feliz, dícese que era porque se le habian recomendado las excelencias de otra próxima á Lugo, donde cabria poner á prueba la suerte de las armas, si fuese necesario, ántes de embarcarse el ejército. Tanto le acosaba el enemigo y tales eran los estragos que la pérdida de la moral hacia en las tropas inglesas, que su general pensaba, y con razon, que «seria más ventajoso pelear allí que ir sufriendo »los contínuos asaltos de que eran objeto en su mar»cha.» (1)

Pero, ¿se hallaba el ejército inglés en estado de reñir una gran batalla con sus terribles perseguido-

»llafranca, en Galicia, para dar tiempo al desfile de muchas cosas, »han sido arrollados; pero el general Colbert, impaciente por hacer »avanzar su caballería y animando á los tiradores de infantería pa»ra llegar á una llanura en que pudiese cargar, ha recibido en la »frente un balazo que lo ha muerto. Tomad las medidas convenien»tes para que esta noticia llegue á oidos de su mujer por otro con»ducto que el de los periódicos, y manifestadle la parte que yo »tomo en su dolor y el interés que me inspiraba tan buen oficial.»

(1) «A narrative of the campaign of the british army in Spain» by James Moore, Esq.

res? Parece imposible y, sin embargo, el tiempo demostró que sí, y vino á revelar las eminentes cualidades de carácter y el espíritu militar de los soldados de la Gran-Bretaña.

Iban por el camino destrozando cuanto hallaban, útil ó supérfluo, víveres y municiones, abandonando los bagajes y hasta piezas y carros de la artillería, desjarretando los caballos que los arrastraban, los mismos de montar, á veces. Con decir que la caja del ejército fué arrojada á un precipicio, de donde los franceses sacaron los fondos que contenia, reuniéndose, por encima de lo que lograron distraer en sus mochi as y bolsillos, 1.800.000 francos poco más ó ménos, se comprenderá á qué punto llegó en aquella ocasion la borrachera en las clases inferiores de las tropas y la incuria y el propio abandono de su autoridad en las superiores. Y no es que les faltara el alimento, ni los medios tampoco, ni el tiempo para proporcionárselo, porque está perfectamente averiguado que los franceses que iban detrás vivian de lo que los ingleses dejaban, «despues, dice uno de sus »historiadores, de haber robado y reducido á la des»esperacion á sus desgraciados aliados.» Y añadimos que no les acosaba el tiempo, porque, á pesar de la agilidad característica de sus enemigos, vehementes y arrebatados en todas ocasiones y especialmente en las parecidas á aquella tan solemne y decisiva, nunca se vieron alcanzados en cuerpo ó masa cuya destruccion influyera en el resultado que, de otro modo, era de temer, la total del ejército. (1)

(1) Thiers no encuentra para ello otra explicacion que la de

Por el contrario, el dia 5, al llegar á Lugo sin novedad importante, desfilando por un terreno tan áspero que los cronistas ingleses se han detenido á describirlo minuciosamente con el lápiz y la pluma, Jhon Moore, impaciente por restablecer la disciplina de las tropas y levantar su moral, ocupó las posiciones de la derecha del Miño y estableciendo su centro en aquella ciudad, tan fuerte por su situacion topográfica como por sus, aunque antiguas, robustas murallas, esperó tranquilamente á los franceses. Se detienen en Lugo.

No tratamos de constituirnos en apologistas de un ejército que, segun la expresion del marqués de la Romana, conforme en un todo con la del emperador Napoleon, procuró en Galicia más enemigos á la nacion británica que á la Francia misma; pero, no pudiéndole negar sus brillantes cualidades, vamos á ponerlas de manifiesto con la relacion tan sólo en que Mr. Thiers deja ver el respeto que imponia á sus compatriotas y á su hábil general el duque de Dalmácia.

«Los franceses, dice, al llegar el 5 por la tarde al »frente de Lugo, distinguian apénas al enemigo. De»tuviéronse en San Juan de Corbo en una posicion »igualmente fuerte en que, sin perder de vista á los »ingleses, podian esperar seguros la reunion de lo »que quedaba á retaguardia. El dia siguiente, 6, en-

---

«que no se podia avanzar con mayor presteza que los ingleses, »á pesar de la ventaja que los infantes franceses les llevaban bajo »el punto de vista de la marcha, por el estado de los caminos y la »dificultad de los trasportes de la artillería.» ¡Como si los ingleses no tuvieran que recorrer el mismo camino, no llevaran artillería tambien, muchos más bagajes y estuvieran, sobre todo, operando una retirada de las más desastrosas que conmemora su historia militar!

»traron en línea las divisiones Mermet y Delaborde, »que seguian á la de Merle; pero habian dejado atrás la mitad de su efectivo y, además de aquella masa de »rezagados, su artillería y sus convoyes de municio- »nes. No era estado aquel en que se debiera pensar »en combatir á los ingleses, porque habia respecto á »ellos una triple inferioridad, la del número (supone »á Jhon Moore unos 20.000 hombres), la de los re- »cursos materiales y la del terreno en que se trataba »de pelear. A cada instante, sin embargo, se incor- »poraban los rezagados y los convoyes de artillería, »y, al siguiente dia, 7, se encontraban ya los france- »ses más en estado de librar batalla. Pero ante la »fuerte posicion de los ingleses, inabordable por un »lado, pues que era el de la orilla cortada á pico del »Miño, y muy difícil de asaltar por el otro, cubierto »de tápias y setos, vaciló el mariscal Soult y decidió »dejarla para el dia siguiente, 8. En aquel, se halla- »ban reunidos la mayor parte de nuestros medios, »ménos una, sin embargo, de la artillería. Con todo, »preocupado siempre con las dificultades que ofrecia »aquella posicion, el mariscal Soult lo dejó aún para »el 9, con el fin de ejecutar por su derecha, y sobre »el flanco izquierdo del enemigo, un movimiento de su »caballería que pudiera conmoverlo.»

¿Se quiere confesion más explícita del respeto que infundian los ingleses áun en retirada tan desastrosa como la pintan todos, amigos y enemigos?

Continuan á la Coruña.

El 9, como supondrán nuestros lectores, Jhon Moore habia levantado el campo. No habia de esperar la concentracion de todo el ejército francés que iba en su seguimiento, una vez conseguido su prin-

cipal objeto al detenerse en Lugo, el de dar descanso á sus tropas, restablecer la disciplina y la moral en ellas y hacer que se adelantara en su marcha la *impedimenta* que le acompañaba. Y tornaron á ofrecerse, pero ya en escala menor y con distintos caracteres, las peripecias de la retirada hasta la cumbre de las alturas que separan la ria de Betanzos de la Coruña, cuyo puerto descubrieron por fin la tarde del 11 los ingleses, pero desierto de las naves cuya vista tanto tiempo hacia y tan ahincadamente buscaban. (1)

No habia llegado tarde á Vigo la noticia del cambio de direccion del ejército; pero vientos, por mucho

---

(1) Para más detalles, pero á fin, tambien, de hacer ver la dificultad de descubrir lo cierto en las distintas versiones que de cada suceso tiene siempre el historiador á la vista, vamos á trascribir párrafos encontrados de Thiers y Nápier sobre el de la retirada de Lugo á la Coruña. Dice Thiers: «El recobro de la disciplina, obte»nido por el general Moore, fué de corta duracion; porque de Lugo »á Betanzos, en las jornadas del 9, del 10 y del 11, se desbandaron »cuerpos enteros y nuestros dragones pudieron coger cerca de 2.000 »ingleses y un número considerable de bagajes.»

En confirmacion de la primera parte de este párrafo, dice Napier que el cuerpo principal del ejército llegó la noche del 9 á Betanzos en un estado que hacia muy poco honor á su disciplina; pero, pocos renglones despues, añade: «Felizmente, no avanzó el enemigo »hasta la noche y sólo con su caballería: de otro modo hubiera »caido una multitud de prisioneros en sus manos. Los rezagados »que la reserva no podia recoger á su paso, eran tantos, que se »reunieron en cuerpo cuando se vieron oprimidos por la caballería »enemiga, y la rechazaron.» Pero no tarda Nápier á contradecirse de nuevo, y á los diez y seis renglones exclama: «John Moore ha»bia perdido más gente de Lugo á Betanzos que en ninguna otra »marcha de su retirada y aún en los diversos combates que habia »tenido que sostener.»

Los franceses no pudieron, con efecto, caer sobre los rezagados hasta muy tarde, y Lord Paget los protegió con la caballería de su mando; pero que hubo desórden en la marcha, lo prueba el que John Moore prefirió, á continuarla el 10, el peligro de detenerse en Betanzos todo aquel dia.

tiempo contrarios, impidieron doblar el cabo de Finisterre al sin número de trasportes que eran necesarios en la Coruña para embarcar las tropas y su material y equipajes á distancias y á sitios hasta entónces ignorados.

Y aquí se nos presenta nueva ocasion de confirmarnos en el concepto, ántes expuesto, de que la parsimonia de Soult en aquella campaña llegó á degenerar en una prudencia que, no por hacer honor al ejército inglés, deja de ser excesiva, sino punible. Tres dias se tardaron en recorrer los 91 kilómetros que separan á Lugo de la Coruña, y uno de ellos lo pasó en Betanzos el ejército inglés; y el de Soult, reunido, segun hemos visto, al frente de Lugo, se encontró sin fuerzas ó sin ánimo para atacarle en su marcha ó en sus nuevas posiciones hasta el dia 16, último de aquella campaña.

El ejército inglés, por otra parte, iba de dia en dia disminuyendo en número y en consistencia, lo primero por las pérdidas qne experimentaba, lo segundo porque una retirada relaja siempre la moral de las tropas, y la que verificaban las de Jhon Moore era para acabar con el órden y la disciplina de las mejores del mundo.

Pero muy pronto vamos á ver que á ningunas cederian en cualidades tan necesarias las que iban á combatir en la Coruña, sin objeto ya militar alguno y sólo para sellar con su sangre más preciosa el pacto solemne hecho con la Nacion, de no permitir que se manchasen sus glorias militares con el deshonor de una fuga cobarde y sin venganza.

Campo de

Asienta la Coruña en una elevada península

cuyo istmo y extremo oriental cubren la ciudad antigua, aislada en éste por un frente de fortificacion, hoy casi totalmente destruido, que la daba el carácter y el nombre de una vasta ciudadela, y la llamada Pescaderia que ocupa toda la lengua de tierra, cortada por un sistema abaluartado que la defiende del lado del continente. En la parte oriental lamen ciudad y muelles las aguas de la bahía, obstruida en ese mismo lado por la isla de San Anton y la punta de San Diego de la montaña exterior de Valparaiso, fortificadas con dos castillos que sirven para impedir la entrada del puerto. En la occidental sirve á formar el istmo tambien otra bahía, llamada de Orzan, anchurosa, profunda, pero desabrigada y, por tanto, peligrosa, defendida, además, por algunas baterías que acaban de hacerla inservible para las operaciones marítimas. batalla.

Toda la masa central y septentrional de la península es alta, escabrosa é inabordable en sus abruptos y acantilados flancos, combatidos sin cesar por el Océano, siempre allí proceloso é imponente. Por la parte meridional comienzan casi desde el *glásis* mismo del frente de la Pescadería á elevarse gradualmente las tierras, formando un sistema de montañas separadas por arroyos que van á dar sus aguas al Puerto ó á la ria del Burgo, desembocadura del Mero que baja perpendicularmente á ellos y lamiendo el ya nombrado monte de Valparaiso que, con el castillo de San Anton y la ciudad antigua, hemos dicho cierra la bahía. Las primeras alturas, esto es, las más próximas á la plaza, conocidas con el nombre de altos de Santa Margarita, se ven muy luégo sobrepujadas

por el alto de Castrillon ó Valparaiso (1), y éste por el monte Mors, con sus faldas orientales cayendo á la ria del Burgo y las occidentales separadas de las de Santa Margarita por un arroyo y la carretera general que bajan á Santa Lucía, arrabal, muy inmediato á la Coruña y en la playa misma de su bahía. Más léjos aún, en frente del monte Moro y. separada de él por otro valle angosto en que, sin embargo, asientan la aldea de Elviña, al Occidente, y las de Palavéa, por Oriente, con infinidad de caseríos que va la carretera poniendo en comunicacion al separarse de la de Santiago de Compostela que se dirije desde allí rectamente al Sur; frente al Moro, repetimos, se alza una série no interrumpida de eminencias, más altas y abruptas que él, una con el nombre mismo del pueblo de Palavea, que está á su pié, y otra con el de altos de Peñasquedo, cubierta, como lo indica su denominacion, de rocas elevadas y escabrosas. La carretera, por fin, desde que cruza la ria en el Burgo por un largo puente, distante 6 kilómetros de la Coruña, y despues de faldear los altos que acabamos de describir junto á la ria, y hasta el Portazgo, en que arranca el camino de Santiago, continúa á Palavéa y gana el monte Moro, cuya divisoria cruza por un collado suave para descender despues á Oza y Santa Lucía en la bahía, segun ya dijimos, de la antigua Brigantium, hoy cabecera, y muy importante, de todo el reino de Galicia,

(1) Obtuvo este segundo nombre hácia 1589 en que los ingleses bombardearon desde sus faldas la ciudad y el puerto, siendo Capitan general de Galicia el Conde de Valparaiso, quien despues construyó en la cumbre una pequeña fortaleza, hace tiempo arruinada.

Posiciones de los ingleses.

Demasiado distantes de la Coruña las alturas de Palavéa y Peñasquedo, decidió John Moore abandonarlas al enemigo. Hacíase el embarque difícil de tan léjos y podian ser flanqueadas unas posiciones que, si bien se presentaban como las más eminentes y propias para la defensiva á que se veia reducido, hacian, una vez ganadas, sumamente peligrosa la retirada, é imposible si eran envueltas. Por otra parte, no eran las solas que ofrecieran ventajas manifiestas para un combate de las condiciones en que él se veia obligado á sostenerlo, pues la del monte Moro tenia además la inapreciable cualidad de conjurarse en ella los peligros, ya anunciados, á que se veria expuesto en las precedentes de Palavéa y Peñasquedo.

Eligióla, pues, y con gran acierto, el general inglés, para, ínterin llegaban los trasportes, cubrir la plaza de la Coruña, si fuerte para resistir algun tiempo un ataque, no para evitar el fuego que inmediatamente romperian los enemigos contra la escuadra surta en la bahía, donde era necesaria una gran seguridad para todas las operaciones del embarque. Y como la ruptura del puente del Burgo, que ordenó inmediatamente despues del paso del Mero, y, más aún, el desórden en que iban las tropas de su perseguidor, el mariscal Soult, le daban algun respiro, se dedicó á desembarazarse de cuanto pudiera estorbarle en personal y material, á mejorar en lo posible las fortificaciones de la plaza y á establecerse sólidamente en las posiciones donde se habia propuesto librar un último combate, salvador de su honra militar, tan rudamente atacada entre sus mismos subordinados.

La ruptura de los puentes del Burgo y de Cambria algunos kilómetros más arriba, habia detenido á los franceses en la derecha del Mero (1). El 12 cruzaron este rio dos leguas más arriba los escuadrones de Franceschi, así para interceptar las comunicaciones de los ingleses con Santiago, como para proteger la habilitacion de los puentes acabados de mencionar, únicos por donde habia de operar la gran masa de sus camaradas. En consecuencia de esto y de la amenaza constante de los franceses que aparecian ya reconcentrados en número considerable por toda la orilla derecha de la ría, la division Baird, alojada hasta entónces en la Coruña, se situó el 13 en las cumbres del monte Moro, á cuya espalda y en los altos de Castrillon estaba la division Hope que, así, quedó en segunda línea. La reserva se mantuvo en el valle que riega el arroyo que dijimos separa las faldas occidentales del nudo montañoso formado por los montes Moro y Castrillon de las de Santa Margarita, y que desde Elviña baja á Santa Lucía. Allí no sólo apoyaba la línea de batalla y cubria la carretera, sino que observaba el flanqueo que pudieran emprender los franceses por la extrema derecha inglesa y podia estorbarlo con la excelente caballería de Lord Paget que encontraria en su

(1) Dice Napier: «El puente del Burgo fué al momento destruido y se envió un ingeniero á volar el de Cambria, situado algunas millas más arriba sobre el Mero. Este oficial, disgustado del poco efecto de las tentativas anteriores, y queriendo llevar á cabo la comision que se le confiara, permaneció demasiado cerca de la mina y quedó muerto al verificarse la explosion. Habia, además, otro puente dos leguas más arriba, en Celas, que es por el que pasó el Mero el dia 12 la caballería de Franceschi, interceptó los convoyes procedentes de Santiago é hizo algunos prisioneros.»

accion el único terreno que por allí habia propio para el uso de aquella arma. A la division Frazer le tocaba servir de reserva general en aquel trance que podria llegar á ofrecer carácter tan grave que se necesitaran fuerza y energía extraordinarias para dar abrigo al cuerpo general del ejército y proteger su entrada en la Coruña en el caso, á todas luces probable, de un combate desgraciado. Situáronse, pues, las brigadas Beresford y Fane á retaguardia; la primera en la cima de Santa Margarita, próxima á las obras más adelantadas de la plaza y observando las avenidas todas terrestres; la segunda, algo más adelante, en las faldas y casi al pié de las mismas alturas, y dispuesta á apoyar los cuerpos de la reserva, si tenian que oponerse al movimiento de flanco que hemos dicho podian emprender los franceses contra la derecha inglesa.

Pero todos éstos no eran sino preparativos de una defensa que podria hacerse necesaria si los vientos, no variando de cuadrante, mantenian la escuadra al otro lado de Finisterre más dias de los necesarios á Soult para reunir sus fuerzas, porque el pensamiento de John Moore no era el de combatir, sino el de embarcarse. Le dolia, es verdad, no dar de sus talentos y de la energía de sus tropas una muestra que, además de poner en su lugar el honor de las armas británicas, acallase las censuras que estaba seguro habrian de dirigírsele. Su aspiracion más ardiente era la generosa de no abandonar la Península sin un combate general y reñido; pero el patriotismo que atesoraba su grande alma y la responsabilidad que sobre él pesaba, le impedian satifacer tan nobles

deseos y áun contener los de sus subordinados, impacientes por vengar los desastres y el bochorno de su retirada.

El 14 la artillería de la division Hope sostuvo un fuego sumamente vivo con las baterías francesas que, desde la derecha de la ría, apoyaban el paso de las tropas por el puente, ya recompuesto, del Burgo, haciéndolas callar al cabo de algunas horas y obligándolas á retirarse del alcance de los cañones ingleses, ménos en número y de menor calibre.

Voladura del polvorin de Peñasquedo

Pero el acontecimiento del dia fué el de la voladura de dos polvorines situados en las alturas de Peñasquedo que contenian sobre 4.000 barriles de pólvora procedente de Inglaterra, y que, dicen con razon los historiadores de aquel país, estaba en ellos acumulada y sin empleo cuando los ejércitos españoles andaban sin municiones de ninguna clase. Retirada á la Coruña la cantidad que la falta de carros y áun de mulas hizo fuese bien pequeña, John Moore mandó volar e resto. La explosion fué tremenda; tembló la tierra toda circunvecina como en un violento terremoto; se sintió el mar conmovido y zozobraron largo tiempo los buques del puerto; sobrecogiéronse de espanto los habitantes que sólo pudieron explicarse tal fenómeno á la vista de la ingente columna de humo que se remontaba á las nubes, y por las declaraciones de los de una aldea inmediata que habian recibido órden de alejarse de ella y la encontraron completamente arruinada al volver á sus hogares. Algunos perecieron por incrédulos ó temerarios, y no pocos fueron heridos por fragmentos de las rocas que, arrancadas de los montes y despues de elevarse á alturas pro-

digiosas, cayeron á distancias muy considerables con grande y horroroso estrago.

Aquel mismo dia, pero muy tarde ya, apareció en el horizonte la escuadra con general satisfaccion de los ingleses que, no sabemos por qué, suponian les serviria para trasportarse inmediatamente á su tierra natal (1).

**Preséntase la escuadra.**

Inmediatamente comenzaron las operaciones preliminares del embarque, llevando á bordo los enfermos y heridos, las mujeres y niños de los que seguian al ejército, las municiones, la caballería desmontada y algunos de los caballos, así como la mayor parte de la artillería. Porque, esperando evitar el combate y siendo el material de esta arma el obstáculo mayor para verificarlo con la rapidez que exigiria la inmediacion del enemigo, John Moore redujo la artillería del ejército á siete cañones de á 6 y un obús ingleses, y á cuatro cañones españoles, agregados á la reserva para dirigirlos al punto en que se considerasen útiles.

**Preparativos de embarque.**

Todo esto pudo hacerse con la mayor tranquilidad, estando aún lejos los franceses y ocupados en el paso del Mero y en establecerse en la cadena de montes de Pelavéa y Peñasquedo, de donde podian observar perfectamente y dominaban las posiciones inglesas. Durante aquel movimiento, encendióse una

---

(1) James Moore, dice: «Por la tarde se pusieron á la vista los »trasportes de Vigo, ofreciendo á las tropas la agradable perspec»tiva de estar de nuevo en situacion de volver á sus nativas pla»yas.»

Londonderry supone la presentacion de los trasportes á lo largo del mar el 15, «(On the 15.th, the fleet began to appear in the offing,)» pero, echadas bien las cuentas, debe estar equivocado, y con su mismo escrito podria demostrarse.

fuerte escaramuza con las avanzadas de la derecha, izquierda de los franceses, que se afanaban en subir algunas piezas de artillería á Peñasquedo; y el coronel Mackenzie, del 5.° de línea, que mandaba los puestos más adelantados por la izquierda suya, viendo no distantes dos cañones enemigos y esperando sorprender su escolta, avanzó gallardamente á cogérselos con algunas compañías de su regimiento. Al cruzar, sin embargo, un campo algo despejado, Mackenzie fué muerto, y los suyos se retiraron sin acabar la empresa, verdaderamente temeraria, en que los habia comprometido su intrépido coronel.

El resto del dia pasó sin novedad alguna y áun la mañana del siguiente, 16; con lo que John Moore llegó á abrigar la esperanza de embarcarse; esperanza tanto más halagüeña cuanto que por algunos de los jefes más caracterizados del ejército se le habia dado el consejo, por él terminantemente resistido, de intentar un armisticio que le permitiese hacerlo con toda tranquilidad (1).

Llegó á considerar repetimos, tan probable la realizacion de su proyecto en la noche del 16, que, por la mañana, dictó una órden general para que los

(1) En su último despacho á Lord Castlereagh le escribia John Moore: «Se me ha recomendado que haga al enemigo la proposi»cion de que nos permita embarcarnos tranquilamente, en cuyo »caso nos echa del país al momento y de esta plaza con todos sus »pertrechos que, de otra manera, teniéndola en nuestro poder, pue»de servirnos para una larga defensa que haria, sin embargo, se»gura la destruccion de la ciudad. Yo me opongo á tal proposicion »que dudo muchísimo obtuviera un buen resultado; pero, aunque »me resolviese á hacerla en tal concepto, espero que Vuestra Se»ñoría estará seguro de que no aceptaré ninguna condicion que »pueda comprometer en lo más mínimo la honra del Ejército ni de »la Nacion.» (Coruña 13 de Enero de 1809.)

jefes de Cuerpo, tan pronto como les fuese posible despues de su embarque, se informaran de los nombres de los buques de su destino y diesen estados exactos del personal, enfermos y convalecientes inclusive, con su número y el de los que hubieran quedado en los distintos puntos de su retirada (1). Dió, además, al coronel Anderson, que desempeñaba el cargo de Ayudante general por haber caido enfermo el Brigadier general Clinton, sus últimas instrucciones para el embarque, en el concepto de que, si los franceses no hacian demostracion alguna hostil, se comenzase á las cuatro de la tarde, por lo que á aquella hora deberian estar dispuestos todos los botes de la escuadra en la bahía y el puerto; y á la una, por fin, montó á caballo, con la mayor satisfaccion al parecer, y salió de la Coruña á visitar los puestos exteriores y poner todo su proyecto en conocimiento de los generales.

**Muévense los franceses.**

Pero no habia andado mucho cuando recibió un parte del general Hope, en que le manifestaba que la línea enemiga parecia ponerse sobre las armas, noticia que, muy pronto, se vió confirmada por un desertor que llegó en aquel mismo momento. «Sir John »Moore, dice su hermano, expresó, al oirla, la satis»faccion más viva, y sólo sintió que no hubiese ya »dia suficiente para aprovechar, cual era menester, »las ventajas que él suponia indudables.» Con eso espoleó al caballo y se presentó en el campo de la futura accion cuando, roto el fuego de la artillería, comenzaban los puestos avanzados á tirotearse con las

(1) Cuartel general, Coruña, 16 de Enero de 1809.

tropas ligeras del enemigo que iban descendiendo de las alturas opuestas al ala derecha de la línea inglesa. El ejército estaba ya en batalla en el órden mismo de hacia tres dias, lleno de ardimiento con la perspectiva de un combate formal; y John Moore, despues de examinar cuidadosamente el movimiento, que entónces se iniciaba, de los enemigos, despachó sus oficiales de Estado Mayor, unos en pós de otros, con las órdenes convenientes á todos los generales en los diferentes puntos que ocupaban.

En las cumbres de Monte Moro y en primera línea, se hallaba establecida, segun ya hemos dicho, la division Baird.

**Posicion rectificada de los ingleses.**

La presencia de los franceses en los altos opuestos, habia hecho necesario reforzar la línea con dos de las brigadas de la division Hope; y, para hacerla verdaderamente robusta, habia situado este general dos de sus brigadas á caballo sobre la carretera, ligada, una de ellas, á las de Baird y tocando la otra á la orilla de la ria en las faldas orientales de la montaña. De modo que la línea general estaba constituida por las brigadas Bentinck y Manningham, de Baird, ocupando la derecha y apoyadas por la de Warde, que formó en columna á retaguardia de la de Bentinck en el revés de Monte Moro, y por las brigadas Leith y Hill, de Hope, en la izquierda, con la de Crawfurd en una posicion más atrasada pero fuerte y de fácil comunicacion, la misma que en un principio señalamos á toda la division.

La reserva se mantuvo en las mismas posiciones que indicamos ántes, formada en columnas para trasladarse rápidamente á su punto principal de obser-

vacion que eran los altos que tambien dijimos flanqueaban la derecha de la línea por donde se podia pretender algun movimiento envolvente de la mayor gravedad para el ejército (1).

La division Frazer continuó en sus posiciones de Santa Margarita con la mision de recoger el ejército si era batido, é impedir la aproximacion de los franceses á la plaza, cuyas avenidas más próximas cubria perfectamente (2).

El total de aquellas fuerzas era de unos 14.500 hombres, muy inferior al de las enemigas que, segun los datos más fidedignos, ascendian á 20.000, poco más ó ménos, de todas armas. (3)

(1) «La caballería, dice Londonderry, despues de destruir el »resto de sus caballos, habia ido á bordo algo ántes; así es que na»da quedó entónces, excepto lo más necesario de la infantería, en »posicion.»

Milburne, un cirujano del ejército inglés que escribió sobre aquella campaña, dice á su vez: «... Y la caballería y la artillería »comenzaron su embarque, con excepcion de tres brigadas de ar»tillería y unos pocos dragones para los servicios de piquete...» Y añade luego: «Aquel dia (el 15) y el precedente, fueron muertos en »la plaza del arsenal de Santa Lucía, cerca de la Coruña, un gran »número de caballos y mulas que no podian utilizarse.»

Todos los historiadores hacen constar que los ingleses mataron muchísimos caballos para que despues no fueran utilizados por los franceses.

(2) V. el átlas del Depósito de la Guerra.

(3) Thiers dice que no teniendo Soult en los primeros dias sino unos 18.000 hombres, «se decidió á esperar á que sus filas se com»pletasen con los que iban detrás y, sobre todo, á que entrase en »línea toda su artillería.» Despues no se cuida de decirnos cuántos eran los soldados de Soult el 16, dia de la batalla.

Milburne exagera haciendo subir á más de 30.000 el número de los franceses.

Ya hemos dicho que Soult reunia al retirarse Napoleon de Astorga sobre 30.000 infantes en las cuatro divisiones del cuerpo de ejército de su mando, y 4.000 caballos. Descontando, pues, la division Heudelet que no se le habia incorporado y los rezagados de las otras tres, bien puede darse por probable la cifra que nosotros estampamos, acorde, además, con la de Nápier, con todos, ménos con los españoles, justo por lo regular, pero demasiado benévolo, sin embargo, con Soult.

Posiciones francesas.

Formaban éstas desde la tarde del 14 en una línea poco ondulada sobre las alturas de Pelavéa y Peñasquedo; ocupando las de su extrema izquierda la division Mermet, con una gran batería de doce cañones destinada á batir de flanco las posiciones inglesas; la division Merle las del centro, y la Delaborde los altos de la derecha y sus descendencias hasta casi tocar las aguas de la ria.

Habian, es verdad, llegado paulatinamente y en desórden á las márgenes del Mero que hasta el 14 no logró Soult cruzar con sus tres divisiones reunidas; pero, áun así y con establecerse sin oposicion en las alturas de Pelavéa y Peñasquedo que tanto dominaban las posiciones inglesas, no se resolvió á atacar éstas hasta observar que, á su misma vista y sin escarmiento alguno, se le iban á escapar sus aborrecidos enemigos. Los choques, ya recordados, de los dias 14 y 15, accidentes sin importancia alguna en la jornada, no pasaban de ser alardes ó provocaciones de los distintos destacamentos para encubrir sus propósitos y proteger el establecimiento del ejército en las alturas: para una accion decisiva, ó se consideraba Soult impotente, ó no se hallaban con ánimo sus tropas. Lo lento y desordenado de la persecucion, tratándose de soldados franceses, ágiles y ardientes cual ninguno en el avance, contra los que la fama proclama pausados en todos sus movimientos, sin importarles el peligro por grave ni inminente; la tardanza, nada ménos que de cuatro dias en Lugo y cinco en la Coruña, en reunir unas fuerzas que juntas habian arrancado de Astorga y se habian visto juntas en las márgenes del Miño á la mitad de su mar-

cha; aquel espectaculo, en fin, de un ejército presenciando inmóvil los preparativos del embarque general y áun el embarque mismo de cuanto podia estorbar la accion militar del enemigo, ¿qué acusan sino el pavor que éste infundia, pero principalmente la ausencia del que con sobrada razon se lamentaba de la parsimonia ó mala voluntad de sus tenientes allí donde no podia él personalmente dirigirlos ó castigarlos? En aquella misma campaña, ¡qué diferencia entre el primero de sus períodos del paso de Guadarrama y la marcha por las inundadas llanuras de Castilla y la que, ausente él, verificaron las divisiones del cuerpo de su ejército por el Vierzo y la Galicia!

Y no hay más que leer con detenimiento las relaciones francesas para observar esa diferencia, además, en sus causas y efectos. Cuando los jefes ingleses aconsejaban á Johon Moore un armisticio que le permitiera embarcarse sin sufrir el revés que tan probable se les hacia, en Soult dominaban ideas que, penetradas por Thiers, le hacen decir que el Mariscal hizo cesar el combate no atreviéndose á pedir á la fortuna favores excesivos contra un enemigo que estaba dispuesto á retirarse.

El escándalo, sin embargo, hubiera sido grande; las tropas se resistian á darlo y pedian el combate; y el duque de Dalmacia hubo de emprenderlo preparándolo con el fuego de la gran batería de su izquierda que lo rompió, segun ya hemos indicado, poco despues del medio dia del 16, con la mayor violencia.

El peligro mayor para los ingleses estaba en la ocupacion de la aldea de Elviña, desde la que, no sólo era fácil el asalto del Monte Moro por sus no escabrosas Atacan Elviña los franceses.

faldas en aquel lado, sino que podia envolverse por el valle que lo separa de los altos de Santa Margarita. Elviña fué, pues, el objetivo de tres columnas francesas que Mermet lanzó desde lo alto; la central, dirigida al ataque del pueblo; la de la derecha, á impedir la accion del centro enemigo dispuesto naturalmente á apoyar á sus amenazados camaradas; y la de la izquierda, á cerrar el paso á las reservas inglesas que pudieran acudir desde el revés de la montaña en que se habian establecido. El destacamento que ocupaba las casas, compuesto de tiradores, era impotente para resistir tal ataque; y, por más que se defendió con la tenacidad que caracteriza á los ingleses, tuvo que ceder al número y retirarse disputando las cercas y los setos de las heredades que cercaban el pueblo. Pero, al observarlo John Moore que acababa de llegar al campo de batalla y se establecia, segun su costumbre, en el puesto de mayor peligro (1), mandó avanzar la brigada Bentinck, apoyándola con los Guardias que formaban su reserva parcial y mandando que la general de Lord Paget se corriese á la derecha para impedir su flanqueo.

Los regimientos 4.°, 42.° y 50.° fueron, con efecto, á la carga y recobraron la aldea, pero despues de tres ataques, resistidos valientemente por los de Mermet que se habian parapetado en las casas y trás

(1) «Quizás Sir John Moore, dice su hermano, aprendió aque»lla doctrina en la práctica de uno de sus maestros en el arte de »la guerra, Sir Ralph Albercrombie, á cuyas órdenes mandaba la »reserva en Egipto; y aunque poseia toda su confianza, así lo dijo »al autor de este escrito, encontraba sin embargo á Sir Ralph á su »lado cuando el fuego aparécia más nutrido y mortífero.»
¡Cuán dificil es de señalar el puesto del General en jefe!

las tápias de los corrales y las huertas. Tan obstinada fué la lucha que hubo necesidad de reforzar á los ingleses con el regimiento de Guardias que, azotado en su descenso á Elviña por la batería francesa, sufrió, como los demás, pérdidas enormes.

Entónces fué gravemente herido el general Baird de un disparo de metralla que le destrozó el brazo izquierdo, obligándole á abandonar el campo. «La artillería francesa, dice un historiador inglés, nos abrumaba desde las alturas, y las dos líneas enemigas de infantería avanzaban una contra otra bajo una lluvia de balas.»

En aquel flujo y reflujo de los combatientes disputándose las tápias, los setos y las casas, alternativamente ganadas y perdidas, hubo trances y episodios que la historia no puede relegar al olvido. En lo más récio de la pelea, observando John Moore que un cuerpo de los que formaban la columna central enemiga se extendia por su izquierda con el objeto presumible de envolver la posicion inglesa, dió al regimiento núm. 4 que, como hemos dicho, se hallaba en primera línea, la órden de hacer un cambio de frente rehusando su ala derecha para inmediatamente despues romper el fuego. Y tan perfectamente hizo la maniobra formando sus dos mitades un ángulo obtuso cuyos lados daban frente al enemigo en las distintas direcciones que habia tomado, y tan vivo y tan nutrido era su fuego, que el general, al observarlo, prorumpió en estas palabras, «Esto es precisamente cuanto deseaba que se hiciese.»

«Entónces, dice James Moore, el general avanzó »hasta el regimiento núm. 50 que mandaban los ma-

»yores Napier y Stanhope que ganaron un cercado »á su frente cargando con la mayor bizarría. El ge»neral admirado de tanto valor, exclamó del mismo »modo; *¡Muy bien el 50! ¡Muy bien mis mayores!* »Ellos echaron al enemigo de la aldea de Elviña con »gran carnicería, pero en aquel trance el mayor Na»pier, por avanzar demasiado, fué herido en muchas »partes y hecho prisionero, y el mayor Stanhope re»cibió desgraciadamente una herida mortal (1).

«En seguida se trasladó al puesto del 42.° (en la »misma línea) y le dirigió esta frase, *¡Highlanders,* »*acordaos de Egipto!* Abalanzáronse ellos fieramen»te, echando por delante á los franceses hasta que »los detuvo un muro. Sir John los acompañó en la »carga y dijo á los soldados *que quedaba muy satis»fecho de su conducta.*»

No descuidaba tampoco Soult el sostener y reforzar á los suyos que disputaban palmo á palmo el terreno á los enemigos; y tanto llegó á oprimirlos con

(1) He aquí el fundamento de la benevolencia con que el historiador Napier, hermano menor del herido en la batalla de la Coruña, trata siempre al mariscal Soult en su obra. Oigámosle, que bien merece tenerse presente su relato para comprender las operaciones del ilustre duque de Dalmácia, con quien despues se halló en relaciones de amistad íntima y de quien obtuvo abundante cosecha de datos para su trabajo.

«Este oficial, dice, es el hermano mayor del autor, y fué saca»do de entre los muertos. Cuando los franceses intentaron recobrar »Elviña, él estaba con algunos soldados un poco delante de la aldea, »porque las tropas no podian mantenerse formadas en masa por »causa de las viñas y los setos. Sintiéndose herido, se esforzó por »retroceder; pero, llegando entónces el enemigo, recibió otras cinco »heridas y cayó en tierra. Parecia inevitable su muerte, cuando un »tambor francés le retiró de entre los enemigos y lo colocó detrás »de una tápia. Un soldado contra el que acababa de combatir, ir»ritado hasta el furor, se volvió para matarlo, pero se lo impidió »el tambor. La mañana siguiente, el duque de Dalmácia, al saber »la situacion del mayor Napier, lo hizo llevar á un buen alojamien-

las masas que sucesivamente bajaban de la sierra, que John Moore tuvo que dar la órden, ya citada, de que formase un batallon de guardias á la izquierda de los escoceses para apoyarlos en su ataque, impidiendo así, á la vez, el flanqueo con que la columna francesa amenazaba el centro de los ingleses. Llevó la órden el capitan Hardinge; y estaba, al volver, diciendo á John Moore que los guardias iban avanzando para cumplimentarla, cuando una bala de cañon hirió al general en el hombro izquierdo y lo arrojó por tierra.

John Moore es herido.

Alzóse por sí mismo hasta quedar como sentado en el suelo, con el semblante sin muestra de alteracion alguna y con la vista dirigida con fijeza hácia los escoceses que peleaban con el mayor ardimiento, pero comprometidos hasta lo sumo ante un enemigo inmensamente superior. Mas cuando el capitan Hardinge con un soldado del 42.° y el coronel Graham, arrojándose de los caballos, le cogieron en sus brazos

»to, y por una consideracion y una benevolencia poco comunes, »escribió á Napoleon para que su prisionero no fuese enviado á »Francia, lo cual hubiera sido perjudicial para su carrera por no »consentir el Emperador los canges. El Mariscal obtuvo tambien »para el tambor la Legion de honor. Algunos dias despues tuvo »Soult que abandonar la Coruña para continuar sus operaciones; »pero recomendó el mayor Napier al mariscal Ney, quien trató á »su prisionero más bien con la ternura de aliado que con el rigor »de enemigo, pues lo hizo trasladar á la casa del cónsul francés, »le proveyó de dinero, le convidó á su alojamiento en todas las »grandes ocasiones y retardó su envío á Francia. La benevolencia »del mariscal Ney no paró en eso: cuando llegó la bandera parla»mentaria y supo la situacion en que se hallaba la familia del ma»yor Napier, dejó á un lado todas las formalidades y en vez de res»ponder friamente que su cautivo existía, lo envió á Inglaterrá con »los demás prisioneros de aquella batalla, pidiendo tan sólo que »no sirviesen hasta ser cangeados con toda regularidad. . . . . » Alabamos el procedimiento . . . . . pero, ¿se usaba tan digno con nuestros compatriotas?

para retirarle junto á una tápia, y trataban de calmar su ansiedad con la noticia de que los regimientos de Lord Bentinck avanzaban victoriosamente, descubrieron lo horrible de la herida, de la cual salia la sangre á torrentes. La bala le habia llevado el hombro y parte de la clavícula, dejándole el brazo pendiente tan sólo de un pedazo de carne.

Los facultativos exigieron que fuese trasportado en una manta á retaguardia de la línea y, por fin, á la Coruña, á donde se le trasladó con soldados del 42.° y del regimiento de Guardias, no sin interrumpir varias veces la marcha por las infinitas preguntas que iba haciendo á los circunstantes sobre la marcha de la batalla, y por la fatiga que no podia ménos de producirle tan tremenda herida (1).

A pesar de que inmediatamente corrió por las filas inglesas la noticia fatal de la desgracia de John Moore, la batalla siguió el curso que ya la habia impreso aquel insigne caudillo, bajo la direccion de Sir John Hope que, como el más antiguo de los dos Tenientes generales que quedaban en pié, se encargó del mando del ejército.

**Ataque de la extrema derecha inglesa.**

Durante las tres horas largas en que tan rudamente se disputaban la posesion de Elviña y las faldas del Monte Moro, llave de las posiciones inglesas, así la columna de la izquierda francesa, lanzada á im-

(1) En el apéndice núm. 7, hallará el lector las relaciones suscritas por el capitan Hardinge y el coronel Andérson sobre la herida y muerte de John Moore. Recomendamos con el mayor encarecimiento su lectura que les impresionará vivamente, porque es imposible que hallemos palabras con que expresar tan lamentable suceso de la manera tierna y patética que usan aquellos dos bizarros amigos de tan ilustre como noble, caballeroso y entendido jefe, el general Sir John Moore.

pedir el acceso de las reservas enemigas en apoyo de la brigada Bentinck, como la caballería que formaba al costado izquierdo de la batería y cuyos dragones desmontados cubrian las alturas más occidentales del campo de batalla, se dirigieron al valle que ellas forman con la posicion de los ingleses.

Lo rechaza Lord Paget.

Lord Paget que, comprendiendo la gravedad de aquel movimiento, lo esperaba en el momento más crítico, lanzó contra los franceses más adelantados el regimiento de Rifles, el que tan bizarramente habia combatido en Cacabelos, con su coronel Beckwith á la cabeza. Y tan allá fué el regimiento inglés en su carga, que rechazados los dragones franceses, pudo llegar hasta una batería que los seguía, una de cuyas piezas estuvo ya en su poder. Cargando entónces la gran masa de la caballería y la columna francesas á la vez, hicieron cejar á los Rifles; pero Lord Paget maniobró tan enérgica y acertadamente con el 52.° (1) y alguna otra parte de la reserva de su mando, que jinetes y peones, cuanto encontró por delante, los arrolló hasta obligarlos á volver á sus primeras posiciones y ocultarse en los montes (2).

---

(1) Este regimiento, desde que lo mandó John Moore, *pasaba en el ejército por un modelo en punto á instruccion y disciplina*, dice Milburne.

(2) Es raro que sólo *Victoires et conquêtes* . . . mencionen la accion de la caballería francesa. Nadie puede dudar que asistió á la batalla, sabiendo que fué la primera que pasó el Mero por lo alto del camino de Santiago donde logró interceptar algunos convoyes; pero fuera de los dragones desmontados de Lahoussaye, no aparece ninguno de sus cuerpos mencionado en relacion alguna.

En *Victoires et conquêtes* . . . se lee. «El combate se hizo muy »vivo en toda la línea y se prolongó sin ventaja notable para los »franceses, cuyo principal esfuerzo se dirigia contra la derecha »del enemigo; pero las reservas que Sir John Moore habia estable-

Ataque de la izquierda inglesa.

Lo que pasaba en la izquierda inglesa no ofrecia caracteres de tanta gravedad. Los franceses conocian que el resultado de la batalla habria de buscarse en la derecha, allí donde la mayor accesibilidad del terreno y la comunicacion con la Coruña hicieran su accion más fácil y decisiva. Por eso la columna de la derecha de Mermet, más que en un ataque formal, se ocupó en tener en jaque las brigadas Manningham y Leith, que constituian el centro de la línea inglesa, para impedirlas apoyar inmediatamente á la de Lord Bentinck, á cuyo lado formaba la primera. Los ingleses, aprovechando lo favorable del terreno para el uso de su escasa artillería, la utilizaron como acostumbran y tuvieron á los franceses á distancia siempre respetable. No sucedió lo mismo en la extrema izquierda, donde los franceses, apoderándose de las casas de Piedralonga á media falda del monte, reunieron una fuerte columna que rompió el fuego contra la brigada del general Hill, cuyas posiciones amenazaba. Hope mandó contra ella el regimiento núm. 14 que ejecutó una carga á la bayoneta de las más brillantes. Sus pérdidas fueron graves, porque los franceses, cubiertos con las casas y los accidentes del terreno, lo mantuvieron largo rato bajo la accion de su fuego; mas todo lo venció al fin dirigido por su teniente coronel Nichols que los rechazó del pueblo y los hizo huir á lo bajo de la montaña y pié de la de Palavea.

Fin de la batalla.

Este último ataque tenia ya lugar á la caida de la

»cido en aquel punto, mucho más débil que su izquierda, detu»vieron los progresos de la infantería y paralizaron las bellas car»gas de la caballería del mariscal Soult.»

tarde; y á las seis habia cesado el fuego en toda la línea, quedando la inglesa algo más avanzada que al principiar el combate y, de consiguiente, victoriosa.

Algunos de los historiadores ingleses hubieran querido que sus compatriotas prosiguiesen la victoria, creyendo posible la destruccion del ejército francés, encerrado entre las bayonetas británicas y la corriente del Mero, por cuyos puentes se hacia muy difícil la retirada. Pero los franceses se hallaban en muy distinto estado del que esos historiadores se figuran; tenian una superioridad númerica incontestable, artillería abundante, posiciones excelentes y la seguridad de refuerzos inmediatos y de gran cuantía. La noche, además, era oscurísima, haciendo imposible el continuar la lucha; con lo que, y la consideracion de las observaciones anteriores, que él no dejaria de hacerse, el general Hope pensó, y muy sábiamente en nuestro concepto, mejor que en seguir al enemigo, en aprovechar la victoria y la noche en acogerse á la Coruña y embarcar sus tropas, segun el plan de su ilustre antecesor en el mando del ejército.

Las pérdidas de una y otra parte de los combatientes, son difíciles de especificar por la variedad de cifras estampadas en los partes y relaciones que parecen ofrecer mayor autoridad y garantia. Lo único que puede calcularse con alguna probabilidad de acierto, es que las de los franceses debieron ser superiores, pero no por otra razon que por la de ser los que atacaron y sin éxito (1). Pérdidas.

(1) Sir John Hope, en su parte, calcula las bajas del ejército inglés en 700 ú 800 muertos ó heridos, y en un doble las del ene-

Otra causa dicen que tambien hubo para la mayor pérdida por parte de los franceses, la de que, al llegar el ejército inglés á la Coruña, cambió su infantería el armamento, tan deteriorado por los temporales y los trabajos y falta de cuidado en la retirada, con el nuevo y excelente que se conservaba en aquella plaza del trasportado desde Inglaterra para las tropas españolas en los principios de la guerra (1).

La pérdida, sin embargo, de John Moore, valia por muchas de la de sus enemigos; no compensándola ni áun la victoria que permitia al ejército inglés embarcarse en su escuadra sin apresuramiento ni temor

migo; Londonderry da las mismas cifras, pero diciendo que las de los franceses son inciertas aunque probables; Milburne dice que no se puede asegurar nada, pero que las bajas de los ingleses no debieron llegar á 1.000 miéntras las de los franceses fueron el doble; Hamilton no las señala; Elliot da iguales guarismos, lo mismo que los demás historiadores compatriotas suyos. Los franceses andan más discordes. Thiers dice que Soult perdió de 300 á 400 entre muertos y heridos y los ingleses 1.200, «gracias, añade, á los efectos mortíferos de la artillería francesa;» *Victoires et Conquêtes*, eleva la pérdida de los ingleses á 2.500 hombres, muertos ó heridos, sin decir nada de la de los franceses; á Napoleon se le hizo creer que se habia encontrado al general Hope muerto entre los cadáveres de cinco ó seis coroneles y una centena de Oficiales, *dejándole la curiosidad de saber lo que dirian los ingleses de aquello*; Schépeler pone las bajas de la campaña pero no las de la batalla. Toreno, por fin, no recuerda más bajas que las de los ingleses computándolas en 800; Muñoz Maldonado no sabe decir sino que fueron muy considerables, «pues, además del General en jefe, dice, murieron otros dos generales de division (lo cual no es verdad) en el campo de batalla y un gran número de oficiales y soldados.»

(1) Napier dice: «Encontraránse en los almacenes españoles muchos miles de fusiles ingleses; los soldados cambiaron sus armas viejas y enmohecidas por aquellos, tuvieron municiones frescas y, de consiguiente, su fuego fué muy superior al de sus adversarios, con relacion al número.»

Todos los historiadores se hallan conformes en esto, y dos de ellos, Schépeler y Moore, al recordar la voladura de los polvorines, exclaman unísonos: «¡y entre tanto los españoles carecian de municiones!»

alguno. Las dotes que atesoraba y el gran concepto que sus eminentes servicios le habian valido en la opinion general, le constituian en esperanza, y muy fundada, de la pátria, tanto más necesitada de hombres de guerra cuanto que se las habia con el más hábil y terrible de los tiempos modernos. Las tropas que se hallaban á sus órdenes parecian estar tan orgullosas de su jefe que, aún mucho despues, se hacian distinguir por su espíritu de cuerpo, guardado entre ellas con religioso respeto para gloria de aquel nuevo Epaminondas cuyos ojos, aún turbados por las sombras de la muerte, vieron, como los del ilustre tebano, huir al enemigo. Un nuevo astro, inundando á todas las del ejército con su luz brillante y poderosa, las confundió, á todas tambien, en la admiracion á sus talentos y en el temor á sus severidades; pero la memoria del vencedor de la Coruña se conservó siempre grata y respetada entre los héroes que entónces comenzaban la carrera gloriosa que sólo terminaria en Waterlóo dando la paz al mundo (1).

(1) Napier termina así la relacion de su muerte: «Sir John »Moore, cuya poco comun capacidad se hallaba sostenida por la »virtud más pura y dirigida por un patriotismo más digno de los »tiempos antiguos que del siglo en que vivimos, Sir John Moore »terminó así su carrera. Su figura elegante y llena de gracia, sus »ojos negros y penetrantes, la expresion notabilisíma de su boca, »indicaban un noble carácter y una inteligencia cultivada. Los »sentimientos más delicados del honor, que le eran habituales, »junto á una imaginacion viva y animada, le daban en la conver»sacion un ascendiente que sabia conservarle la firmeza de sus »actos. La justicia tenia en él un defensor vehemente é intrépido. »Cada una de las transacciones importantes en que se le empleó, »aumentó su reputacion de hombre de talento y confirma la de que »era enemigo del vicio, amigo inquebrantable del mérito y fiel »servidor de su país. Las gentes honradas le amaban y los malos le »temian, porque, miéntras vivió, no los huyó nunca; los despre»ciaba y los maltrataba. Bien se lo devolvieron despues de su »muerte.»

Otra de las bajas que causó gran sensacion en el ejército inglés, fué la del general Baird, herido en un brazo que hubo de serle amputado á bordo de la Villa de París; y la produjo tambien hondísima la del general Anstruther, víctima de una dolencia adquirida en la marcha, tan grave que sucumbió de ella en la Coruña, siendo, como su jefe, sepultado en la muralla.

De modo que si á eso se añade el número considerable de oficiales ingleses que fueron muertos ó heridos llevando á la pelea á sus soldados, bien puede decirse que quedaron equilibradas las pérdidas de uno y otro ejército en aquel rudo y desigual combate de la Coruña, término de una de las campañas más memorables de la guerra de la Independencia.

---

«Soldado desde su primera juventud, Sir John Moore ambicio»naba los honores de su profesion; y sintiéndose digno de mandar »un ejército inglés, dió gracias á la fortuna que le ponia á la ca»beza de las tropas destinadas á secundar la accion de las españolas. »El tiempo, en su curso rápido, hizo desvanecer las esperanzas del »triunfo; pero dejó alcanzar la gloria austera que hace soportar los »sufrimientos. Moore vió sin conmoverse el severo destino que se »le habia reservado; y, confiando en la fuerza de su génio, despre»ció los clamores de una ignorancia presuntuosa; opuso proyectos »sensatos á las locuras que el embajador le prescribia tan insolen»temente, y dirigió una retirada larga y difícil con habilidad, inte»ligencia y valor. Ningun insulto logró turbarle; ninguna falsedad »le llegó á engañar ni representacion alguna torció sus resoluciones. »La fortuna, siempre contraria, no consiguió vencer su constancia. »La muerte le hirió, es verdad, pero su alma conservó toda su »energía, áun cuando no podia el cuerpo ofrecerla ya su asilo. »Habiendo hecho por los demás lo que la justicia ordenaba, re»clamó lo que á él mismo le debia. Ni el golpe mortal ni la lenti»tud de las horas crueles que precedieron á su fin, consiguieron »repremir su justo orgullo y el arranque de la noble conciencia de »su derecho al reconocimiento de la pátria á la que con tanto celo »habia servido.»

Estas últimas palabras de Napier deben referirse á las que Moore pronunció en sus postreros instantes. «¡Yo espero, dijo, »que el pueblo inglés quedará satisfecho! ¡Espero que mi país me »hará justicia!»

Se embarcan los ingleses.

Al terminar la batalla con la luz de aquel dia tan glorioso como infausto, el general Hope, sin vacilar un punto en sus resoluciones, conformes en un todo con el pensamiento y las providencias claramente manifiestas de John Moore, dispuso la retirada de las tropas al recinto de la Coruña y su embarque inmediato en la escuadra. El órden en que lo hicieron las tropas fué perfecto; retirándose á las diez de la noche sin tropiezo ni contratiempo alguno, al abrigo de fuertes avanzadas que, permaneciendo en la línea de batalla, cuidaron de mantener encendidas las fogatas y de observar al enemigo para dar parte de cualquiera movimiento que emprendiese. La noche era muy oscura y, á su favor, se deslizó el ejército inobservado, dejando en el exterior de las fortificaciones de la Pescadería al general Beresford con unos 2.000 hombres, y estableciendo la brigada Hill en el eminente promontorio que con la ciudad forma la Península.

Casi todo el ejército se embarcó seguidamente; y cuando, ya de dia, pudieron el 17 los franceses observar el movimiento del ejército inglés, no quedaba en tierra más que un fuerte destacamento de Beresford que permaneció en la ciudad antigua hasta el 18. Soult hizo establecer en las faldas de Valparaiso una batería, cuyo fuego causó desperfectos en varios buques ingleses, prematura é imprudentemente desamarrados y de los que alguno varó en la costa; pero sus tripulaciones pasaron á otros, y la escuadra pudo hacerse á la mar con todo el ejército á su bordo.

Entrega de la Coruña.

La Coruña mantuvo cerradas sus puertas entre tanto y sólo el 19, encontrándose sin fuerzas su gobernador el general Don Antonio Alcedo, con fortifi-

caciones que con el descuido natural en España, como dice el Conde de Toreno, y la confianza en la cooperacion inglesa, continuaban en el mismo abandono anterior, y viendo en salvo á los aliados, á quienes habia ofrecido no abrirlas ínterin no se alejasen, entregó á los franceses una plaza que le hubiera sido imposible defender largo tiempo,

Y aquí debemos hacer resaltar la conducta de los coruñeses respecto á sus aliados, tan leal y generosa como odiosa y cruel habia sido la que ellos observáran en su retirada desde Sahagun y Benavente. Y para conseguirlo sin que pueda dirigírsenos cargo alguno de parcialidad, siempre vituperable, áun siendo. como aquí, patriótica, vamos á dar á conocer las versiones, en nuestro concepto más autorizadas, de algunos de los ingleses que disfrutaron de la hospitalidad de los españoles en aquella ocasion.

«Los habitantes, dice Sir John Jones en su Historia de la guerra de España y Portugal, hombres, »mujeres y niños, ayudaban alegremente á la obra »(de las fortificaciones) sin que las medidas de pre»caucion que debian convencerles de la intencion, que »se tenia, de abandonar la plaza en cuanto llegasen »los barcos, disminuyeran en ellos nada de su celo y »su lealtad. Continuaron sus trabajos sin perder ánimo, »y la ciudad se halló muy pronto en estado de des»afiar á fuerzas que no fueran provistas de artillería »de grueso calibre.» Y luego añade: «Dos dias des»pues (el 19), los habitantes de la Coruña, cuando sus »aliados se hallaban á una gran distancia y los caño»nes de la plaza no podian, vueltos contra ellos, ofen»derles, no teniendo medio alguno de resistencia, se

»procuraron para sí las mejores condiciones posibles».

Londonderry, al describir la situacion de Beresford al pié de las murallas, dice: «Y los españoles, »hay que hacerles justicia, se mostraron resueltos á »proteger nuestras operaciones hasta el último límite »(to the utmost).»

El oficial que escribia las «Cartas sobre España y Portugal,» el á quien nos hemos referido otras veces, decia en la XXII, escrita en la Coruña momentos ántes de su embarque: «Sus actos de ahora (de los es»pañoles) para ayudar á nuestro embarque y su reso»lucion de defender la plaza hasta que nuestros buques »se hallen fuera del alcance de los proyectiles, son »realmente grandes y merecen nuestra gratitud y la »admiracion de todos. Hubiera desplegado toda Es»paña la sinceridad, el celo y la energía del pueblo »de la Coruña y no habría tenido que retirarse nuestro »ejército, y las enseñas de Fernando tremolarian »ahora desde la extrema frontera occidental hasta »las cumbres orientales del remoto Pirineo.»

Varias otras historias inglesas sobre la guerra de la Península, que tenemos á la vista, dicen lo mismo si recuerdan la conducta de los coruñeses en aquella ocasion; y Napier, por fin, el constante detractor de nuestros compatriotas, incansable en revelar su animosidad hácia ellos, no puede ménos de decir al terminar su relacion de la batalla á que nos vamos refiriendo: «Fieles á su palabra, los habitantes cerraron »sus puertas á los franceses, y la escuadra hizo velas »para Inglaterra.»

¿Se quiere demostracion más elocuente de la lealtad y de la gratitud de los españoles para con sus aliados?

Entrega de Ferrol.

A la entrada de los franceses en la Coruña el 20 de Enero, sucedió, como era de esperar, la expedicion del general Mermet á Ferrol, donde no existia la unidad de pensamiento que en la capital respecto á la conducta que habia de seguirse. El pueblo y los 300 soldados que guarnecian los fuertes se declararon por la resistencia; las autoridades, así militares como civiles, por capitular; y, áun cuando los primeros cuatro dias prevalecieron aquellos con su fuego á los de fuera y sus amenazas á los de de dentro, el espectáculo de la apertura de trincheras y de la ocupacion de dos de los castillos por los franceses, hizo el 27 inclinar á todos á una capitulacion no poco vergonzosa. Estipulóse en ella, cosa inusitada en las demás, inclusa la de Madrid, el reconocimimiento del Intruso y la entrega de los buques de guerra surtos en el puerto, entre ellos siete navíos y tres fragatas que debió cuidarse de poner en salvo desde el momento en que se supo la retirada de los ingleses: trato, repetimos, vergonzoso que provocó las iras de todo España y una declaracion de la Junta Central, calificada por alguno de excesivamente severa, justa, sin embargo, y necesaria en las tristes circunstancias por que pasaba la nacion en aquellos dias (1). Los que

(1) La *Gaceta de Madrid* del 5 de Febrero decia que los ingleses habian sentido no poder incendiar el puerto de Ferrol. «Sin du»da, añade, era ésta su intencion, cuando quince dias ántes pidie»ron enviar allí 7.000 hombres y parte de su escuadra para ocu»parlo. Los tribunales del Ferrol se acordaron de que eran ingleses »los que les hacian estas propuestas, y les hicieron saber que cual»quiera que fuese el número de gente con que se presentasen, se »batirian contra ellos, y estorbarian el que se estableciesen allí. »Los ingleses no se atrevieron á poner en execucion su proyecto.»

La narracion de la campaña demuestra que esto es, por lo ménos, excesivamente exagerado: no estaban los ingleses para desprenderse en su retirada de 7.000 hombres.

atribuyeron á traicion la entrega de fortaleza y arsenal tan importantes, no tenian, para formar su juicio, sino trasladarse al año de 1800 y evocar la memoria de aquella formidable expedicion inglesa tan valientemente rechazada por los pocos, pero animosos y leales, presidiarios que los guarnecian y con éxito tan brillante supieron defenderlos. «Pero no habia allí, dice »Schépeler, un jefe enérgico, y el 26 una capitulacion »aseguraba sus destinos á los generales y á las auto»ridades civiles. El enemigo halló en Ferrol 8 navíos »de línea, 3 fragatas y un buen número de corvetas, »bricks, 1.500 cañones y gran provision de municio»nes. Obregon fué nombrado jefe del departamento; »todos los traidores entraron al servicio de José y »castigaron de un modo sangriento á los que habian »tomado parte en la insurreccion, allí como en la Co»ruña, por su falta de no haberse puesto en salvo» (1).

Últimas consideraciones.

Así acabó la campaña del general sir Jhon Moore en Castilla y Galicia, la que tantos y tan apasionados juicios provocó entónces y ha sido despues objeto de los más contradictorios, áun estudiada ya bajo el punto de vista de la historia, tan sólo, y del arte de la guerra.

A muchas consideraciones da, con efecto, lugar una expedicion que en España despertó las esperanzas más halagüeñas y tuvo fijos sobre ella la atencion y los ojos de toda Europa. Sólo con reflexionar un poco sobre la situacion de la Península en aquellos

(1) Ya indicamos en el primer tomo que Obregon se habia opuesto á la sublevacion; desde entónces se hallaba como arrestado en Ferrol. En la Coruña quedó, despues de su rendicion, mandando la plaza el mismo general Alcedo que era su gobernador al embarcarse los ingleses.

dias, amenazada de una invasion que, á los caractéres de la acabada de rechazar tan ejecutivamente, habia de unir los de una fuerza muy superior, proporcionada al escarmiento ruidoso que acababan de sufrir las armas que hasta entónces se creian invencibles, los de las iras provocadas con él y los de la presencia, sobre todo, de quien no podia, en su endiosamiento, presumirlo; sólo con eso, repetimos, basta para comprender la importancia de aquel ejército auxiliar que venia como á echar el péso de la nacion potente que representaba y el de su nueva y explendorosa victoria en la balanza de los destinos de nuestra pátria, que eran, despues de todo, los destinos del continente entero. Ante la flor y el nérvio del *grande ejército* que acababa de asombrar al mundo con sus triunfos de Austerlitz, Jena y Friedland, produciendo el avasallamiento del Norte de Europa al imperio napoleónico, no habia en el Ebro sino cuerpos colecticios, envalentonados, es verdad, con la resistencia victoriosa que acababan de ofrecer, exageradamente arrogantes y jactanciosos, pero sin disciplina, desprovistos de todo y hasta sin el número que les concedia la fama, siempre hiperbólica entre los españoles. Esos cuerpos carecian de una direccion sola, sábia y enérgica, pues sus generales andaban desavenidos á punto de no entenderse entre sí y apénas con la hetereogénea comision militar de la Junta Suprema, dominados, además, por las muchedumbres que les acompañaban ó pesando muy poco en el ánimo levantisco de sus subordinados.

Hemos visto el resultado que dieron esos ejércitos, el que debian esperar los que conocieran sus con-

diciones militares: ¿qué esperanzas, pues, no habria de inspirar el único que se presentaba compacto, disciplinado y regido por quien de tan alto concepto disfrutaba?

Y la verdad es que no lo desmintió en su última campaña; pero la tardanza en llegar á la línea de batalla, señalada entónces por la corriente del Ebro, si no es la causa primordial de los reveses que los españoles sufrieron en aquella campaña, lo es de que éstos fueran lo ejecutivos y desastrosos que somos los primeros en reconocer. Porque, de haber llegado Johon Moore á Búrgos con el ejército de Extremadura, ni Napoleon hubiera avanzado tan rápidamente, ni hubiera hecho los destacamentos que hizo sobre sus alas, ni vencedor, por fin, en los campos de Gamonal, si es que le era allí presentada la batalla, hubiera podido despues avanzar en la direccion y las condiciones que le permitió el desastre de las tropas del conde de Belveder. Habria tenido que perseguir á John Moore con la preocupacion de lo que pudiera suceder sobre sus flancos; y quizás la vasta cuenca del Ebro hubiera sido hasta la primavera el único teatro de la campaña.

Pero sea de esto lo que se quisiere, lo cierto es que cuando el ejército inglés penetraba en España, la suerte de las armas estaba completamente decidida en favor de las francesas, sin que fuera ya posible su cambio; y por fuerte y bien organizado y dirigido que viniera aquel, ya no hallaria sino dificultades y tropiezos y el compromiso de honor de que, sólo á fuerza de una energía excepcional, logró salvarse.

Su entrada en España y sus operaciones dirigi-

das á dar un golpe decisivo al mariscal Soult, para despues cortar las comunicaciones de Napoleon con su imperio, han sido descritas y juzgadas en el lugar correspondiente. La entrada fué, segun tambien acabamos de exponer, sobradamente tardía; y los movimientos ejecutados desde Salamanca, como sugeridos por una idea falsa del estado de las cosas en España y de la fuerza y situacion de los ejércitos franceses, adolecian de una reserva, primero, y una temeridad despues, sólo explicables por esas causas; verdaderamente independientes de la buena voluntad que nos complacemos en reconocer en los generales ingleses.

Desde Sahagun, las dudas en que le ponian la vaguedad de las instrucciones de su gobierno, las encontradas noticias de los delegados ingleses cerca de la Junta Central, la ignorancia de los sucesos militares en las demás provincias y la actitud ofensiva de Napoleon, habian desaparecido. No le quedaba otro camino que el de la retirada y rápida é inmediata, si no queria verse envuelto y roto. La única vacilacion que cabia en su ánimo era la de si deberia limitar esa retirada á las montañas que cierran las entradas de Astúrias y Galicia ó extenderla hasta un puerto de mar en que pudiera reembarcar su ejército.

Tambien hemos discutido ese punto, y los sucesos posteriores no han hecho sino confirmarnos en la opinion expuesta de la conveniencia de haber hecho de los montes por donde se pasa á Galicia la base de operaciones de los ejércitos aliados, inglés y español. «Ninguna parte de España, dice Hamilton, ofrece ventajas iguales para la guerra defensiva. Su

»fuerza natural es muy grande, y ocupando juiciosa-»mente sus desfiladeros verdaderamente impractica-»bles, puede un ejército mantener el terreno contra »enemigos inmensamente superiores en número.»

Es imposible discurrir de otro modo teniendo el conocimienio de aquellas localidades, y es necesario dejarse llevar de una pasion exagerada por los talentos del general Moore para disculpar error tan craso como el de abandonarse á los peligros, bien manifiestos, de una retirada tan aventurada, ante el espectáculo de posiciones tan excelentes bajo todos los puntos de vista militar y política.

Defendíase Zaragoza con aquella rara tenacidad que habia de hacer inmortal su nombre, tenacidad, por otra parte, de que no podia dudar John Moore, dado el ejemplo del sitio anterior de la ciudad del Ebro; no se extendian los ejércitos franceses hácia las regiones de Valencia y Andalucía, focos principales de la insurreccion española y en que habian sufrido sus más importantes reveses; apénas si se atrevian á recorrer las tierras de Castilla la Nueva, dirigiendo á la Vieja las grandes masas de que aún podian disponer para tantas y tan graves atenciones como siempre ofrece la conquista de un país tan extenso y variado. Si llegaba, pues, á sostenerse el ejército inglés algun tiempo á la presencia de Napoleon, podria muy bien la Península levantarse de la postracion momentánea que en ella hubieran producido las recientes derrotas y verse el Emperador obligado á atender á la seguridad de su hermano y áun á la suya propia. Si las noticias, sobre todo, que le habian llegado sobre la actitud del Austria le ha-

cian retroceder á Valladolid y dar órdenes para la concentracion de sus mejores tropas, ¿qué hubiera sido á la probable de que Soult y Ney tenian que detenerse al frente de Astorga, ocupada por una fuerte guarnicion española y protegida por todo el ejército inglés situado en las inmediatas é inaccesibles posiciones de Manzanal y Fuencebadon? ¿No habia dicho en la campaña anterior que el menor revés que hubiere sufrido el mariscal Bessiéres habria comprometido la salud de los ejércitos franceses?

Muy distinta de la de John Moore era la opinion del general Baird, conforme en un todo con la ahora y ántes por nosotros expuesta; y, de seguir sus indicaciones, el general en jefe hubiera salvado su vida, tan preciosa, la honra, no poco expuesta á dudas, de sus armas, y, acaso, la causa española que venia á defender.

Una vez decidida la retirada al mar, John Moore se portó como quien era, un general valiente y entendido. Cacabelos, Lugo y la Coruña fueron testigos de aquel valor frio que le caracterizaba, de la energía que habia hecho su reputacion en el ejército inglés, cuyas clases se mostraron siempre orgullosas de haber servido á sus órdenes, y de un tino para elegir los campos de batalla que no conoció rival sino en su egrégio sucesor el duque de Wellington.

Es verdad que le ayudaban las tropas, las más sólidas del mundo en las operaciones defensivas, si desbordadas en su marcha y no respetando alianzas ni intereses hasta vitales para su mantenimiento en el teatro de la guerra, inquebrantables, en cambio, é inspirándose en los más altos deberes del honor y

de la disciplina en el campo de batalla. Los atropellos que cometieron, los robos y las violencias que ejecutaron, harán su memoria abominable para los españoles y contribuyeron no poco al resultado de aquella campaña, por el horror que causaban y el desvío y hasta el ódio que producian en el país recorrido por los soldados de la Gran-Bretaña. Pero, áun influidos por esos sentimientos, naturales en quienes veian escarnecidas sus ideas más respetables, en ruina sus intereses más caros, y manchados con sangre y deshonor, hogar, familia, cuanto constituye la vida del espíritu y de la materia, nadie, áun con tales prevenciones, repetimos, dejará de admirar el temple de aquellos soldados ni la habilidad de su caudillo que, si cometió errores, como hecho de esta pobre naturaleza nuestra, los lavó con la gloria de un combate para siempre glorioso y una muerte que lo elevó á las regiones más puras de la historia militar de su pátria.

# CAPÍTULO II.

Situacion de Cataluña.—En Barcelona.—Fuera de Barcelona.—Accion del 2 de Setiembre.—Duhesme se reduce á la defensiva.—Medidas que toma en la plaza.—Accion de San Culgat.—Elogio de Caldagués.—Negociaciones con los barceloneses.—Toma el mando el general Vives.—Organizacion del ejército.—Plan de operaciones contra Barcelona.—Accion del 8 de Noviembre.—Accion del 26.—Persistencia de Vives en sus operaciones contra Barcelona.—Gouvion.—Saint-Cyr.—Organizacion del Cuerpo de ejército de su mando.—Su plan de campaña.—Principia las operaciones.—Sitio de Rosas.—Descripcion de la plaza y sus defensas.—Primeras operaciones del sitio.—Asalto al fuerte de la Trinidad.—Trabajos de sitio.—Se rompe el fuego.—Siguen los trabajos.—Salida infructosa de los del fuerte.—Accion del Fluviá.—Continúa el sitio de Rosas.—Cambian de plan los sitiadores.—Ataque del pueblo.—Intimacion á la plaza.—Baterías de brecha.—Segundo asalto del fuerte de la Trinidad.—Salida de la plaza.—Capitulacion.—Marcha de Saint-Cyr á Barcelona.—Se dirije á La Bisbal.—Consejo de guerra en el campo español.—Sigue Saint-Cyr á Hostalrich.—Combate en San Celoni y Trentapasos.—Batalla de Llinás ó Cardedeu.—Formacion de los españoles.—Maniobras de la division Pino.—Es rechazada por los españoles.—Providencias de Saint-Cyr.—Su victoria.—Llega á Barcelona y se reune á Duhesme.—Consideraciones sobre aquella campaña.

La suerte de las armas era tan favorable á los enemigos de España en las regiones orientales de la frontera francesa como lo habia sido en las occiden- Situacion de Cataluña.

tales. Y es que, no nos cansaremos de repetirlo, recibian un solo impulso; y, siendo éste, como lo era, enérgico y hábil, tenia que dar en todas partes iguales y ventajosos resultados. Una vez, tambien, conocidas por Napoleon las causas de los reveses sufridos por sus generales en la campaña anterior, la dispersion de voluntades en los que sólo debian obedecer, la incapacidad para sujetarlas y dirigirlas en quien parece que tocaba hacerlo y el desconocimiento, además, del pueblo cuya dominacion se buscaba, el remedio habria de ser heróico, y lo aplicó el Emperador como lo acostumbraba en las ocasiones más críticas y solemnes. Tan duro é inexorable se mostró con su propio humilde hermano como con sus levantiscos y orgullosos tenientes, para darles, sin duda, la medida de sus rigores; reunió en su derredor fuerzas y fuerzas hasta considerarlas sobradas para la empresa que acometia; no perdonó gasto ni diligencia, astúcia ni energía que pudieran serle necesarias; y así vemos cómo le sonrió la fortuna, llevándole rápidamente al que, siempre engañado en sus cálculos y anhelo, creia término de sus aspiraciones por entónces. Habia ido dejando á su espalda Vitoria, Búrgos y Madrid sin un tropiezo que le hiciera detenerse un momento y venciendo sus generales en todas partes la, aunque arrogante, escasa resistencia de los españoles, lo mismo en el camino que seguia, que en los flancos que le iban aquellos despejando: y si no llegaba á ver hundirse en el Océano á los eternos enemigos de su pátria y de su dinastía, los consideraba ya impotentes para turbarle en el dominio que veia próximo, de la Europa continental.

Y la misma felicidad, repetimos, que en el Norte y el Occidente de España, alcanzaban sus armas en las regiones orientales de la izquierda del Ebro.

Consignamos en el capítulo VI del segundo tomo que el general Duhesme, escarmentado de los sitios tan desgraciadamente puestos á Geròna, sin fuerzas para resistir en su retirada el empuje de los soldados de Caldagués y de los migueletes que sin cesar le oprimian y acosaban, y desesperanzado de refuerzos inmediatos, habia resuelto encerrarse en Barcelona hasta que Napoleon, emprendiendo una nueva campaña, le proporcionara recursos con que tomar la ofensiva otra vez y restablecer el prestigio de sus armas en Cataluña. En Barcelona.

No era, sin embargo, ni podia ser su retraimiento militar tan absoluto que le mantuviera reducido á defender la plaza y el castillo de Barcelona desde sus murallas; y así estableció cantones en los pueblos más inmediatos, donde, protegidos unos por otros y por los fuertes exteriores, procurasen algun desahogo á la guarnicion y á la ciudad en los recursos de subsistencia y comercio que les eran necesarios. Todos los dias tambien se veian destacamentos, de los vélites generalmente de Lechi, extenderse por la llanura de Barcelona, unas veces hácia el Besós y otras hasta la márgen misma del Llobregat, en busca de mantenimientos, trabando fuertes escaramuzas con los migueletes que, observándolos desde las alturas, bajaban á impedir sus depredaciones ó á escarmentarlas. Unos dias, el 22, el 23 y el 24 de Agosto, por ejemplo, salian fuerzas considerables á Sarriá, Gracia y San Andrés, destinadas á castigar aquellos pueblos

cuya juventud, como la de los demás del llano, se habia armado contra los franceses; otros, como el 30, se dirigia una fuerte columna hácia el Besós; extendiéndose todas por la comarca para saquear tambien los pueblos y caseríos que encontraban á su paso. Los trofeos que mostraban á su regreso de tales expediciones eran colchones, muebles y toda clase de enseres y comestibles arrebatados á los campesinos; pero durante la noche se veian entrar por las puertas de la plaza carros y carros llenos de los heridos y estropeados de la jornada.

Entre tanto Duhesme no dejaba un instante en paz á las autoridades españolas de Barcelona con las exigencias que las necesidades, á veces, del servicio y, no pocas, el lujo de arbitrariedad y el capricho le sugerian. Ya Lechí se habia adelantado á arrestar las personas más influyentes de la Junta y de la ciudad hasta obtener las raciones y el dinero que decia necesitar para el abastecimiento de los fuertes y las pagas de sus guarniciones; medida que habia producido una grande irritacion en el vecindario y la fuga del Obispo, de varias personas notables y de los comerciantes más ricos de la ciudad. Duhesme no hubiera, quizas, desplegado tanto rigor por su situacion más elevada y mayor responsabilidad; pero, despues de una expedicion tan desastrosa como la de Gerona, le venia muy bien no tener que iniciar por sí unas medidas que encontraba ya tomadas por su teniente con encono exagerado, provechoso, sin embargo, para su porvenir, preñado de dificultades de todo género, así políticas como militares.

Con el fin, sin duda, de mostrarse conciliador,

menudeó las juntas de autoridades, de corporaciones municipales, consulares, colegios y gremios cuya cooperacion, como la de los próceres de la ciudad, solicitó ó exigió, segun los momentos, para que se le facilitasen comestibles y fondos, prometiendo su indemnizacion más ó ménos inmediata. Unas veces celebraba aquellas reuniones en el municipio ó en palacio, pero públicamente, mostrándose atento y aveniente, y otras en su despacho, con las puertas cerradas y usando de las amenazas más groseras y terribles. Y hallando casi siempre la resistencia del carácter catalán ó la de dificultades insuperables en la penuria y aislamiento á que la guerra tenia reducida á Barcelona, y temiendo no llegar á entenderse con los tantas veces y tan infructuosamente congregados, dictó los dias 23 y 29 de Agosto dos que, por atencion á las autoridadades españolas, no llamó decretos sino *declaraciones*, reglamentando la provision de raciones y dinero para las tropas de su mando.

En la primera exigia la entrega ó el depósito de abastos, por miles y centenares de quintales, de trigo, arroz, legumbres, sal, leña, vino, vinagre y aguardiente; una indemnizacion muy fuerte por la carne, imposible de suministrar, y, además de los 300.000 francos ya facilitados, otros 100.000 por vía de empréstito, garantizado con letras sobre Perpiñan.

En la segunda se imponia una contribucion extraordinaria á los barceloneses emigrados, á proporcion de su *buen estar* y papel que hacian entre los insurgentes, contribucion que debia hacer efectiva una comision encargada del secuestro, administracion ó

venta de los bienes, así muebles como inmuebles, de los contribuyentes.

La situacion de Barceloua, con todo eso, era de las más precáricas y aflictivas que pueden imaginarse. La fuga de las personas más pudientes; la estrechez á que tenian que sujetarse las que habian quedado, abrumadas de impuestos cuando se veian reducidas á lo que podian tener á la mano; la paralizacion del comercio y de toda industria para el exterior, y del trabajo, por consiguiente, para los menestrales; el retraimiento forzoso del clero en sus iglesias y cláustros, imposibilitado de repartir limosnas, destinadas ahora á las cargas que se le imponian; y la afluencia, mejor dicho, la invasion de tanto infeliz como los incendios, los saqueos y la falta de subsistencia llevaban á ciudad tan populosa, daban á ésta un carácter de miseria y de tristeza tan lamentable como extraordinario y sorprendente. Las calles y plazas estaban obstruidas de pobres que buscaban un pedazo de pan para ellos y sus familias; los hospitales llenos de enfermos, más que por falta de salud, por la de alimento que allí se les daba bien escaso y no muy sano; y hasta las comunidades de religiosas carecian de lo más necesario, privadas, como se veian, todas, de sus rentas, y, no pocas, de las limosnas que ya no les era dado recoger en las casas más espléndidas y generosas, cerradas, casi todas, por la emigracion ó el estado precario de sus dueños.

No vaya, con todo, á creerse que reinara el abatimiento en el pueblo barcelonés. Por el contrario, las violencias de los franceses; el estado humillante de las autoridades españolas, y el espectáculo de miseria

en el pueblo, producian ira patriótica que elevaba los ánimos de los habitantes de Barcelona y los provocaba á las manifestaciones más exageradas de su lealtad.

Dice el P. Ferrer en su *Barcelona cautiva*: «A »más de la heróica resistencia y firme denegacion de »los Colegios y Gremios á las demandas del general »Duhesme, acaba hoy el Gremio de sastres de poner »el sello á la fidelidad que aquellos con tanta lealtad »y firmeza sostuvieron en las Casas Consistoriales.— »Reunido hoy aquel Gremio ante su escribano, éste »les ha leido la solicitud del genencral francés Du- »hesme para proveer su Exército, y al punto le ha contestado con tanta serenidad como constancia en »estos términos: *Si Duhesme quiere sal, que vaya á »Cardona; si quiere leña, que vaya á los bosques de »Ordal cerca Villafranca; si quiere arroz, váya- »»se al Ampurdan.*—Creyendo el escribano que to- »do esto iba de chanza, les ha dicho: *Señores, el acto »es sério, y así conviene contextar sériamente.—Sé- »riamente contextamos*, han respondido los Sastres, »*y no tenga Vm. reparo en continuarlo* (consignar- »lo) *en el acta de Consejo, pues esta es nuestra re- »solucion.*»

Y no se crea que estas son exageraciones del vehemente patriota y sacerdote que nos legó el recuerdo de aquellos tristes pero gloriosos dias de Barcelona, porque el mismo Duhesme en sus Memorias pone de manifiesto el ódio que habian creado las medidas violentas de Lechí; las calumnias (así las llama él) á que habian dado lugar, la altanería que mostraban los barceloneses y la esperanza de verse pronto libres de la dominacion francesa.

A tal punto llegaron en la manifestacion de sus sentimientos y en la resistencia opuesta á las exigencias de Duhesme que, áun despues de una accion ventajosa conseguida el 2 de Setiembre sobre los españoles en las orillas del Llobregat y que luego narraremos, se vió obligado á declarar Barcelona en estado de sitio, asumiendo la autoridad toda para, así, ejercerla más expedita y desembarazadamente. La presencia de los migueletes en los altos que dominan el llano de la plaza; el contínuo pelear con ellos para abastecerse de granos en los pueblos próximos; la vista de los buques ingleses arrimándose siempre á la costa y cambiando señales con la gente de la montaña, y la oposicion del comercio á facilitar recursos, debieron producir aquella medida, nada extraña, hay que reconocerlo, en tales circunstancias. ¿Para qué le servian las autoridades que aún conservaba como representacion de un gobierno nacional con el que ni comunicacion alguna sostenian? Si por patriotismo, por no abandonar la administracion de pueblo tan importante á los enemigos, por mantener áun cuando no fuera más que una sombra de situacion española en la deshecha borrasca que corria la nacion, sacrificaban su independencia, su decoro, hasta su honor, ¿qué iban ganando con tamaño sacrificio ni ese mismo pueblo, ni los intereses generales que representaban, humillados, como se veian Ezpeleta y cuantos con él estaban ante la soberbia y el despotismo de sus tiranos?

El estado de sitio era, pues, lógico aunque entrañara un sistema de rigor que, despues de todo, se estaba llevando á cabo por la autoridad que nadie se

atreveria á negar, de los generales franceses. No tenia más defecto que el de haber dejado á los españoles el trabajo de la administracion civil y judicial sin ejercerla realmente con la independencia legal necesaria.

Si á esto se agrega la posicion equívoca de la fuerza militar que aún se conservaba en Barcelona, sujeta, como no podia ménos, á las órdenes de Duhesme y ostentando, sin embargo, los colores españoles y áun los de la dinastía legítima en sus banderas, fuerza cuyo núcleo formaba el batallon de guardias Wallonas que no habia encontrado medios ni ocasion para huir á la Montaña, se comprenderá que el general francés, reducido al mando de 8.400 infantes y unos 600 caballos para sujetar la poblacion y hacer frente á los soldados y voluntarios de todo Cataluña que le cercaban, tenia que reconcentrar la hasta entónces ambigua autoridad en sus manos. Lo extraño, ó por mejor decir, lo hipócrita, era no haberlo hecho ántes, pues el estado de alarma constante en que se hallaba el país lo exigia verdaderamente, por un lado, y se ejercitaba, de otro, sin escrúpulo ni contradiccion por los generales franceses desde el dia de la ocupacion de los fuertes. ¿Qué estado sino el de guerra, la más activa y cruenta, era aquel en que Barcelona se veia siempre bloqueada, se hacian las expediciones del Bruch, de Tarragona, de Mataró, del Vallés y de Gerona, y se practicaban las violencias, los saqueos y las ejecuciones qus hemos narrado en los volúmenes anteriores de esta obra?

Por eso decimos que no sólo era un hecho ya el estado de sitio, sino una hipocresía el no declararlo hasta el 13 de Setiembre.

En cuanto á la situacion puramente militar se puede decir que era todo lo hábilmente preparada que cabia en la fuerza y condiciones del cuerpo de ejército francés que, despues de tantos reveses, no podia tener otro nombre ni más concepto que el de la guarnicion de una gran plaza. Constaba, segun acabamos de decir, de unos 9.000 hombres; y habíanse establecido cuerdamente en observacion y custodia de Barcelona y su campo, de manera que, impidiendo los aproches del enemigo al recinto, mantuviesen en contínuo ejercicio el abastecimiento diario del ejército y de la ciudad. La division Chabran ocupaba las casas más adelantadas de San Andrés hácia el Besós y las alturas de Orta y Valvidrera. Sus últimos puestos de la izquierda se ligaban á los de la derecha de la division Lechí que campaba en las alturas de Sarriá y San Pedro mártir, extendiéndose despues hasta San Feliú, Cornellá y el Hospitalet. De modo que Barcelona y su llano podian considerarse como un campo atrincherado tocando con sus dos extremidades en el mar y adelantándose al interior de la tierra por todos los accidentes aprovechables para la defensa en un vasto semicírculo, en cuyo centro se mostraba la plaza que era como el reducto que defenderia en último término el ejército francés, si se veía obligado á abandonar todos los exteriores, pueblos y eminencias que marcaban tan vasta periferia.

Fuera de Barcelona.

Del otro lado del Llobregat y del Besós se ofrecia espectáculo muy distinto.

Las noticias que cada dia llegaban de la situacion de los franceses en su desastrosa retirada á la izquierda del Ebro; la de la marcha triunfal de los ejér-

citos españoles en pós de ellos y su entrada en Madrid; el llamamiento que se hacia á las provincias para la Junta central, donde todas iban á tener la representacion que por sus actos en aquella lucha heróica les fuera merecida; el eco de aquellos nombres de Bailén, de Valencia y Zaragoza que por toda España andaban de boca en boca y que llegaria á las extremidades del mundo con los del Bruch y Gerona, llenándolo de admiracion y dispertándolo del cobarde letargo en que lo tenia sumido el coloso de la Francia; todo eso levantaba en Cataluña los ánimos hasta el entusiasmo y el orgullo más exagerados. Todas las clases sociales, lo mismo las de las grandes poblaciones, sospechadas algunas de la corrupcion filosófica y política de los franceses, que las de los pueblos más escondidos en la montaña, inmutables en sus ideas de pátria, religion y monarquía, tan de antiguo adquiridas; todas rivalizaban en abnegacion y, lo que es más raro en tales circunstancias, en cordura y sensatez. El anhelo de la independencia era unánime, y se ponia de manifiesto en los catalanes con todos los caractéres de su manera de sér, tan práctica como entusiasta.

Ya dijimos que la Junta de Lérida se habia trasladado á Tarragona al saber el desembarco del marqués del Palacio en aquel puerto con las fuerzas de las islas Baleares. Al establecerse junto al general en jefe, fué ratificada en su personal y poderes por todos los corregimientos del Principado, á quienes dió aviso el obispo de Lérida, su presidente, de su traslacion al cuartel general, como el marqués del Palacio, que le sustituyó, lo dió de su instalacion y primera junta

celebradas el 6 de Agosto en la antigua metrópoli tarraconense (1).

La primera providencia de la Junta fué la de nombrar al del Palacio Capitan general del Principado, Inspector general del ejército y jefe del poder ejecutivo; con lo que, y con las demás que tomó para el restablecimiento del órden, la mejora de la administracion y la mayor disciplina de las tropas, adquirió un gran prestigio y mereció bien de sus gobernados y conciudadanos.

Como el Marqués tenia que llevar la cabeza del ejército y éste que mantener la línea del Llobregat, frontera, que pudiera llamarse, con los enemigos, aquel con toda la junta avanzó á Villafranca, á donde fueron tambien acudiendo de todas partes los tercios de Migueletes para organizarse y recibir los equipos y vestuarios que, casi por completo, necesitaban si habian de hacer, como pedian, el servicio con las tropas veteranas.

El entusiasmo era grande y lo aumentó muchísimo la victoria de los gerundenses, haciendo augurar la, por todos apetecida y, en su concepto, probable ya,

(1) Compusieron la Junta aquel dia: El marqués del Palacio; el arzobispo de Tarragona como vice-presidente; D. José de Eiola, oidor de la Audiencia de Mallorca y asesor del ejército; el marqués de Villel por Barcelona; D. José de Espiga y Gadea, presbítero por Lérida; el baron de Sabasona por Vich; D. Plácido Montoliu y Brû por Tarragona; el baron de Eroles por Talarn; D. Andres Oliér pos Gerona; D. Nicolás de Solanell por Puigcerdá; D. Manuel Torrenr por Manresa; D. Antonio Barata por Mataró; D. Juan Rodo, cura párroco, por Villafranca; el R. P. Fr. José Domingo Martin por Tortosa; D. Juan Guinart por Figueras; D. Joaquin Torrescasana por Cervera; D. Nicolás de Solanell, primer secretario de Estado y del despacho universal de la Provincia; D. Antonio Coma, secretario de Gobierno y vice-secretario de Estado; D. Ramon Banquells, secretario de la Guerra; D. Manuel Barba, secretario de Gracia y Justicia y D. Antonio Rodon, secretario de Hacienda y Archivero.

de la conquista de Barcelona. El clero, tan patriota en aquella ocasion y tan celoso por la prosperidad de las armas nacionales, se brindó para el servicio de los hospitales militares, así en lo espiritual y facultativo como en lo económico; los propietarios lo hicieron con grandes sumas de sus haberes, y el pueblo con su accion en las filas y en los ramos todos administrativos del ejército. Así se observó en Villafranca, que no pudo dar alojamiento á tanta gente como acudia á tomar parte en la guerra; teniendo una muy considerable fuerza que campar en las afueras ó establecerse en los pueblos inmediatos hasta su traslacion al Llobregat.

El 1.° de Setiembre habia en las orillas de aquel rio unos 4.800 hombres de tropas de línea y voluntarios á las órdenes del conde de Caldagués (1). Milans del Bosch se mantenia por aquel tiempo tambien en la márgen izquierda del Besós, espiando desde las alturas de San Jerónimo de la Murta á los franceses en sus salidas de Barcelona por el llano para, segun su

(1) El detall de estas fuerzas y su distribucion, era el siguiente, sacado de las obras del P. Ferrer y de Cavanes, completamente conformes:

| PUNTOS. | FUERZA. | CUERPOS. |
|---|---|---|
| Martorell..... | 200 | Soria. |
| San Andrés.... | 300 | Division de Arzú. |
| Pallejá........ | 600 | Division de Baget. |
| Puente....... | 800 | Borbon, Wimpffen, Migueletes. |
| San Vicens.... | 800 | Borbon, Migueletes de Berga. Este cuerpo formaba la reserva |
| Torre Salvana. | 1.100 | Soria, Migueletes de Manresa y de Igualada. |
| Samboy...... | 1.000 | Granada y Wimpffen. |
| TOTAL..... | 4.800 | |

número y las circunstancias del momento, arrojarse sobre ellos y escarmentarlos. Clarós, Rovira y Rivas campeaban por el Ampurdán en observacion de la division Reille y ocupados en interceptar los convoyes y las comunicaciones de Francia. Las poblaciones, por fin, más importantes estimulan el alistamiento de los voluntarios, acuden á su habilitacion y avivan el espíritu público, ya con *Gacetas*, como Manresa, que se esparcen por todo el Principado, ya con juntas de auxilios, como Reus, Tarragona, Lérida y las más importantes de la montaña.

Accion del 2 de Setiembre.

Tal era la situacion de Cataluña al comenzar Setiembre; y el general Duhesme debió creer la suya tan difícil, si no lograba por un golpe de fortuna mejorarla, que resolvió atacar á los españoles ántes de que aumentasen en número y perfeccionaran los atrincheramientos con que lo iban encerrando cada dia más estrechamente. «En vano, dice en sus Memorias, el ejército español ocupaba posiciones fuertes y atrincheradas en puntos dominantes del Llobregat; en vano se le objetó la superioridad del número y la necesidad de dejar una fuerza considerable para contener á los facciosos de la ciudad y á los guardias Walonas, cuya sublevacion se temia, y al populacho más amenazador aún: todo eso no hizo sino confirmarle en su proyecto, porque comprendia la imperiosa necesidad de levantar el espíritu del soldado con un triunfo y abatir las esperanzas de los insurgentes.».

La division española del conde de Caldagués, situada cual ya hemos dicho, en la orilla derecha del bajo Llobregat, ocupaba posiciones hábilmente escogidas.

Si la línea militar de aquel rio ha tenido siempre y conserva todavía una gran importancia estratégica que, aparte de consideraciones puramente técnicas de todos conocidas, está elocuentemente revelada en la historia de los mil sucesos ocurridos en sus tortuosas y *accidentadas* márgenes, éralo mayor entónces que tanto interesaba, además de precaver de la invasion francesa las regiones más feraces de Cataluña é impedir el tránsito recientemente intentado al interior de la Península, estrechar más y más la zona polémica de Barcelona, hasta reducirla á la de las murallas y lograr, despues, la rendicion de la plaza, único baluarte ya de los franceses en el interior del Principado. Dos eran los puntos que exigian mayor vigilancia y cuyo mantenimiento importaba más; el paso de San Boy y el puente de Molins de Rey. Por el primero cruzaba las aguas del Llobregat la carretera de Tarragona, y por el segundo la general de Lérida y Zaragoza, únicas por donde pudieran los franceses encaminar sus operaciones ofensivas. Y en San Boy construyeron los catalanes un campo con el nombre, pero sin las condiciones de atrincherado, con poca artillería, pues que estaba reducida á dos piezas, un cañon y un obús, los dos de campaña, y sin la guarnicion necesaria; y en Molins de Rey y su puente se estableció una fuerza casi igual con otras dos piezas de pequeño calibre. Esos dos puntos estaban unidos entre sí ó apoyados en sus flancos por el de San Vicens, que media su distancia, y los de Palleja, San Andrés y Martorell, todos ellos en una línea próximamente paralela al rio y guarnecidos por los destacamentos que ántes hemos enumerado. La reser-

va se situó en Torrellas, sitio eminente, equidistante de San Boy y del puente, pero retirado, quizás en demasía, para acudir con prontitud á cualquiera de las alas, por donde era de presumir el ataque de la línea. La extension era grande; el Llobregat vadeable por varias partes, la fuerza poco considerable, y el peligro, por consiguiente, no fácil de conjurar tratándose de un enemigo mucho más numeroso, hábil y emprendedor.

Duhesme hizo salir la fuerza expedicionaria de Barcelona á las doce de la noche del 1.° de Setiembre para que, al punto de amanecer, se hallaran las distintas columnas en que la fraccionó frente á los puntos de ataque, préviamente convenido con sus generales. Componian la columna principal doce compañías napolitanas y un escuadron tambien italiano que iban de vanguardia á las órdenes del coronel Rambourg; tres batallones italianos de los regimientos 2.° y 5.° de línea y el de Vélites reales, á las órdenes del general Milossewitz, formaban el cuerpo de batalla destinado á vadear el rio por la izquierda, frente á Santa Coloma, flanco izquierdo tambien del campo de San Boy; y el todo iba seguido y apoyado por el general Schwartz á la cabeza de los cazadores á caballo del Príncipe Real y un batallon francés del 93.° de línea. Hácia Molins del Rey se dirigió la columna de la derecha que mandaba el general Bessiéres, compuesta de dos batallones franceses del 7.° de línea y dos escuadrones del 3.° provisional, á las órdenes, aquellos, del coronel Ausenac, y, éstos, á las de M. Ledard, de la misma graduacion. De esta fuerza se desmembraron algunas compañías para for-

mar otras dos columnas que, apoyadas por unos 50 coraceros, simulasen atacar los vados del Llobregat para distraer la atencion de los españoles en lo más rudo de la refriega. Diez piezas, una de ellas de á 12, fueron repartidas en las dos columnas principales; y el general en jefe con su Estado Mayor y su escolta, siguió á la primera de aquellas, como destinada á la operacion más difícil y peligrosa.

Milossewitz esguazó el Llobregat por San Juan Despí; y, en su ímpetu, arrolló cuanto quiso oponérsele en su marcha. Llamada la atencion de los españoles por tantas partes, hubieron de dividirse, más aún de lo que ya lo estaban en línea tan extensa para la poca fuerza que la custodiaba. Una columna tan robusta no debia, pues, encontrar la resistencia necesaria para inutilizar sus esfuerzos; y Milossewitz, deslizándose por entre Santa Coloma, que tenia á su frente, y San Boy, que se proponia envolver, logró, despues de un combate poco mortífero, aventar hácia su derecha, esto es, hácia San Vicens, el batallon y los migueletes que se le opusieron en la márgen del rio. Variando, despues, de direccion á su izquierda, acometió la subida al campamento que cubria la derecha española; consiguiendo, á poco, asaltarlo, no sin resistencia de su guarnicion que, clavada la artillería, se retiró en desórden hácia Begas, en lo interior y más escabroso de las montañas que se elevan á retaguardia.

La victoria de los franceses en aquel lado fué fácil; no hay para qué negarlo. Era corta la fuerza que habia de disputarla y muy numerosa la enemiga; el tránsito del rio expedito y, con la no escasez de los

pasos practicables, se hallaba dividida la atencion de los españoles situados en la orilla derecha para observarlos; no mandaba allí, por fin, el conde de Caldagués, establecido junto á Molins de Rey y pensando que la corta duracion del fuego en San Boy significaba tanteo solamente ó fingimiento de un ataque por la parte del campo atrincherado inmediato á aquella poblacion.

Por circunstancias distintas y por la última, sobre todo, el combate del dia ofreció muy diferente aspecto en el puente de Molins de Rey. La columna enemiga tenia menor fuerza; y en eso estuvo el error de Duhesme, siendo aquel punto de más importancia por poderse desde él flanquear mejor las posiciones españolas y hasta envolver con más resultado las de la derecha, objetivo, á lo que parece, de los franceses para franquearse el paso al Panadés. ¿Cómo habia de internarse la columna que se apoderó del campo de San Boy por el camino de Villafranca, dejando en el de Martorell un cuerpo enemigo que sólo con mantener su puesto cortaba la comunicacion principal de los invasores?

El general Bessiéres emprendió el ataque de la izquierda española, con la misma energía é igual fortuna, al principio, que su camarada Milossewitz. Molins de Rey cayó en su poder inmediatamente, y en su carga por el puente parecia que aquella columna no iba á encontrar obstáculo que pudiera detenerlo. La obra de la caballería, que recorrió el puente despejándolo de los españoles, no fué, sin embargo, secundada con energía por las demás armas de la columna, y no pudo, por consiguiente, dar el resultado completo

que de ella se esperaba. Del cañon de á 12 y del obús que se establecieron en la plaza del Meson, el segundo quedó al instante desmontado, por habérsele roto á los primeros disparos una de las ruedas de la cureña; y la infantería, que iba en pós de los jinetes de Bessiéres, se satisfizo con parapetarse en los pretiles del puente y romper desde ellos un fuego nutrido contra los nuestros que lo hacian desde las sinuosidades de la orilla derecha del Llobregat y las colinas inmediatas. Notó Caldagués la circunspeccion de los franceses y, haciendo adelantar una pieza de corto calibre, 60 suizos de Wimpffen y una compañía de Borbon, rechazó á los franceses y los hizo desalojar el puente en el mayor desórden.

No habia de dejar las cosas así el general Bessiéres; y la caballería de su mando recibió la mision de despejar nuevamente el paso y continuar despues la victoria. Los jinetes cargaron, con efecto, y en su furia arrollaron á los soldados españoles y les cogieron el violento que llevaban, mal servido por los artilleros que se encontraron con la mecha apagada en el momento más crítico y sin prolonga para retirarlo á tiempo.

Al recoger Caldagués á los dispersos, debió apostrofarlos duramente y con tanto más efecto cuanto que los de Borbon eran, además de compatriotas suyos la mayor parte, soldados cuyo mando habia obtenido con el marqués de Saint-Simon y desempeñádole muchos años despues con gran crédito y autoridad (1).

(1) Borbon fué creado en 1796 con los emigrados franceses, adictos á la dinastía de Luis XVI, que combatieron en la guerra de

Tuvo tambien el acierto de hacer que los mismos que acababan de perder el puente y abandonar la pieza fueran los que con otra de igual calibre volviesen por la honra de sus regimientos respectivos; y tan bizarramente lo hicieron que, minutos despues, los franceses habian sido desalojados definitivamente con graves y sensibles pérdidas.

Se conoce que Bessiéres ó Duhesme, los dos á la vez, daban escasa importancia á su victoria en el flanco derecho; y acusa á éste último general la diferencia de fuerzas en las dos alas, segun ya hemos hecho notar, y al primero la poca insistencia que empleó para mantener la momentánea ocupacion, que por dos veces obtuvo, de la orilla derecha.

Escarmentado Bessiéres en el puente de Molins, se fué con una parte de la caballería y su cañon de á 12, que no cesó de hacer fuego en toda la mañana, al vado de Pallejá, extrema izquierda de los españoles. Atento Caldagués á sus movimientos, tambien allí los previno y con refuerzos, si pequeños, muy oportunos, rechazó á los jinetes franceses al intentar el paso del rio. Y no satisfecho con eso, hizo cruzar las aguas en seguimiento de los franceses á los catalanes de Baget apostados en Pallejá, quienes, despues de aventar de aquel flanco al enemigo, ganaron las cumbres que dominan Molins del Rey del lado de Santa Creu, amenazándole, lo mismo que en el pueblo, en sus líneas de comunicacion con Barcelona y el ejército.

---

la República, formando las legiones extranjeras al mando de los Condes de Pannatier y de Caldagués, nobles franceses tambien y emigrados como ellos.

La victoria de los españoles en esta parte fué, pues, completa y, contra los cálculos de los generales franceses, importantísima. Habian intentado una diversion séria y se encontraron con un resultado inesperado y casi decisivo. Si el golpe de sus tropas hubiera combatido por aquel lado ó Bessiéres empleado mayor energía, el efecto habria sido el contrario y el triunfo de los franceses completo.

Dice Cabanes en su excelente trabajo sobre aquella campaña: «Se cree con fundamento que la intencion del general Duhesme era forzar la linea dèl Llobregat y saquear el Panadés, lo que sin duda hubiera conseguido sin la resistencia que encontró en el puente de Molins de Rey, la que desbarató sus ideas, é hizo inútil la ventaja que habia conseguido en Samboy; de suerte que por la tarde tuvo que abandonar este punto y retirarse á Barcelona, dejando inutilizada la artillería que tomó por la mañana.»

Efectivamente, por más que Milossewitz se hallara en posesion perfecta y tranquila del campamento de San Boy, no podia continuar al Panadés miéntras los españoles mantuviesen sus puestos de Molins de Rey y de las montañas que cubren la márgen derecha del Llobregat y flanquean y dominan el camino que dirije á aquel rico territorio. Nosotros, sin embargo, no damos tanto alcance á los proyectos del general Duhesme, pues que sabria ya que precisamente iba reuniéndose por aquella parte la masa más considerable del ejército español con el marqués del Palacio, á su cabeza, y la Junta del Principado y los elementos necesarios, así materiales como morales, para darle consistencia con qué resistir la invasion. Los france-

ses hubieran hallado, internados en la tierra de donde hacia poco habia sido tan ejecutivamente rechazado el general Chabran, una oposicion que mal podrian vencer cuando Bessiéres no lograba sobreponerse á unos pocos patriotas que le hacian frente en Molins y Pallejá.

La verdad es, en nuestro concepto, la que declara el mismo Duhesme en el párrafo que ya hemos trascrito de su libro; que su resolucion de combatir el 2 de Setiembre obedecia á *la imperiosa necesidad de levantar el espíritu del soldado con un triunfo* despues de los desastres de Gerona y de su retirada á la capital del Principado. Vacani piensa, por un lado, que el proyecto de Duhesme *era el de* desembarazar *el frente de la division italiana de la vecindad inmediata de los españoles* que la acosaban de contínuo y ponian en alarma al ejército todos los dias. Esto, repetimos, es lo exacto; y la sangre vertida el 2 de Setiembre en las márgenes del Llobregat, no pudo ser más estéril para la causa francesa.

Ese mismo Vacani dice al terminar la corta descripcion que hace de aquel combate: «Así que este »hecho de armas que ha costado á los dos partidos »pérdidas considerables, tuvo fin con volver las »cosas al estado en que ántes se hallaban y con re»velar que el encarnizamiento más duro animaria »siempre á ambos en el ejercicio de esta guerra na»cional.»

Las pérdidas fueron, con efecto, importantes en uno y otro de los campos. En el de los españoles consistieron en 15 muertos, 41 heridos, de los que tres eran oficiales, 9 prisioneros y 182 extraviados. En el

de los franceses fueron muchas más, como que tuvieron que ganar á pecho descubierto el campamento de San Boy y pasar dos veces el puente de Molins y una el vado de Pallejá, y áun cuando se ocultase el número, pues Duhesme sólo confiesa el de 15 entre muertos y heridos, la muerte del capitan Milanesi y de los tenientes Novili, Depetrís y Bruyére, revela que debió ser muy superior, segun tambien lo demostraron los muchos carros que se vieron entrar en Barcelona aquella tarde, cargados de heridos y estropeados en el combate.

Para conocer el resultado, no hay más que consultar la obra, tantas veces citada, del P. Ferrer, en que recuerda que el dia 4 se veian todas las vecinas montañas de Collzerola y Horta, cubiertas de migueletes y tropa que agitaban sus vistosas banderas de mil colores.

No contribuyó poco á ese resultado la accion del coronel Milans en el Besós. Miéntras Duhesme, con el grueso de sus fuerzas, peleaba en el Llobregat, el arrojado catalán descendió de las alturas de Moncada y de tal manera fué acosando al comandante Latour en el llano de San Andrés, que llegó á acorralarlo en el fuerte Pío, infundiendo, con eso, grande alarma en la guarnicion de Barcelona. Tuvo que salir el general Lechí con dos batallones italianos y, en union con los soldados de Latour, tomó, á su vez, la ofensiva y á las pocas horas volvia cada cual á sus antiguas posiciones sin accidente alguno notable ni pérdidas de importancia. Pero aquella diversion advirtió á los franceses para en adelante de que era expuesto el operar á distancias considerables; y, por el pronto,

contribuyó á la retirada que por la tarde verificaron con sus acostumbrados trofeos de *sábanas, faxas, gallinas, pavos, sartenes y cuanto pudieron pillar* (1).

Se reduce á la defensiva.

Ya para entónces tenia Duhesme noticia de la organizacion, que se estaba llevando á cabo en Perpignan, del 7.° cuerpo de ejército francés á las órdenes del general Gouvion Saint-Cyr. Y por lo mismo que suponia, y con fundamento, que los resultados que pudiera dar en su favor no se tocarian sino muy adelante, por la lentitud que siempre acompaña á la reunion de cuerpos de tan distintas y remotas procedencias como sabia que iban acudiendo al Rosellon, y por las operaciones á que tendrian que atender ántes de llegar á la vista de Barcelona, se decidió á limitar su accion á la puramente defensiva del sostenimiento de la plaza y de los puntos más próximos del llano, de donde pudiera sacar los víveres necesarios para mantener á sus tropas y á los habitantes que aún permanecian en ciudad tan considerable y populosa.

Medidas que toma en la plaza.

Cuidaba de desembarazarla de bocas, en su concepto, inútiles; pero, áun así, nunca dejarian de, por su número, exigir una prevision y una economía muy grandes. Y decimos bocas, en su concepto, inútiles, porque las circunstancias en que se hallaba el general Duhesme hacian variar esa opinion de la generalmente formada para las ocasiones de un sitio, en que se llaman útiles las de los capaces de una accion militar eficaz, y tanto más inútiles las que mayor rega-

(1) El P. Ferrer y los periódicos de Cataluña.

lo y abundancia representan. Aun siendo la fuerza del ejército de su mando escasa para tantas atenciones como las que estaba llamada á cubrir, bastábale para su propósito, una vez reducido al de la defensa, si en Barcelona no existieran elementos, unos perturbadores del órden que siempre es necesario en una plaza sitiada y, otros, de esos que deberia explotar contra los intereses y la voluntad de ellos. Entre los primeros podian contarse el batallon de guardias walonas y algunos más oficiales y soldados cuya fuga habia impedido la vigilancia francesa, las autoridades mismas que Duhesme creia deber mantener en Barcelona para no quitar á esta ciudad importante su carácter de española sujeta á la nueva dinastía implantada en la Península, y entre los segundos, la parte acomodada de la poblacion, la ménos propia para los trabajos de un sitio y para el combate, pero la única de que podria sacar los recursos necesarios para sostenerse en situacion tan aislada y comprometida. Así es, que ponia todo su empeño en arrojar de Barcelona toda la gente menesterosa y hasta llegó á estimular la desercion de los militares españoles; y tomó tales precauciones para impedir la de las personas pudientes, que rayaron en tiranía abrumadora é insoportable.

No contribuyó poco á ello la resistencia pasiva que comenzó, por entónces, á oponer el conde de Ezpeleta, poniéndose en el caso de ser arrestado y sustituido por el Teniente general D. Galcerán de Villalva, á quien tambien fué preciso conminar con los efectos del bando para el estado de sitio, como á otros varios que se proponian rehusar los cargos de que

fueron investidos (1). La fuga, además, de los miembros de una junta formada para atender á la provision de víveres de la ciudad y principalmente á la de los necesarios para el ejército francés, dejó expedita la accion de la policía que, al decir del mismo Duhesme, «llegó á ser lo que debia en las grandes ciudades, es »decir, el centinela del gobierno, el apoyo de la se»guridad general, y el terror de los conspiradores y »de los descontentos.» Principiaron las requisiciones y los atropellos; y, así, pudieron los franceses, apoderándose de los depósitos de trigos y arrebatando á los particulares las existencias que reservaban para sus familias y allegados, asegurar el pan de la tropa para tres ó cuatro meses. Otro tanto hicieron para proveerse de vino y carne; y como estos géneros eran mucho más difíciles de adquirir, las vejaciones se aumentaron, llegando á ser insufribles, como las exacciones de metálico para atender á un presupuesto que sólo en ese punto de los mantenimientos, ascendia á dos millones de reales mensuales.

(1) Artículo 7.° del bando: «Toda dimision por los funcionarios »que se dexan indicados, y en general por los miembros que com»ponen las diferentes autoridades del país, no será admitida, y si »reputada como un acto de mala voluntad. La persona que per»sistirá en una semejante demanda, será considerada como perju»dicial, arrestada y conducida en rehenes á Francia en la primera »ocasion.»

Blanch, siguiendo al P. Ferrer, describe así el arresto de Ezpeleta: «A las ocho y media de la mañana del 15 de Setiembre, un »piquete de caballería, atravesando la plaza de Palacio, avanzó has»ta frente la Aduana, en cuyo punto, revolviendo precipitadamen»te sobre su izquierda, se metió al galope por la puerta posterior »del Palacio real, morada entónces del Capitan general de Catalu»ña. Un jefe del Estado Mayor francés subió á entregar á Ezpeleta »la siguiente órden:» Y estampa la en que le destituia del mando por rehusar el reconocimiento de Duhesme, declarándose así en estado de rebelion contra la autoridad del Emperador.

Villalva se fugó poco despues al campo de los españoles.

A pesar, con todo, de la resolucion que Duhesme habia formado de limitar sus operaciones á la defensa de Barcelona y de su llano, hubo, temiendo el hambre, de recurrir á extenderlas hácia los valles más próximos y feraces, no sin escármiento tal en la primera de ellas, que le hiciese desistir de otra semejante en mucho tiempo. No la cita en sus Memorias sino muy de pasada, y esto prueba, aunque pretenda otra cosa el *Boletin* publicado á propósito de ella en el ejército francés, la derrota que sufrió el de su mando en aquella ocasion. Pareció presentársele ésta el 10 de Octubre en que, creyendo que las fuerzas de Caldagués no abandonarian las orillas del Llobregat, dirigió Duhesme las suyas sobre el campamento de San Jerónimo de la Murtra, donde se hallaba el coronel Milans sin las necesarias, desgraciadamènte, para resistir ataque tan repentino y violento. El 11 continuaron los franceses á Granollers que, como todos los pueblos del tránsito, fué saqueado, despues de aventar á sus pocos defensores que les dejaron dos piezas de artillería y algunas armas portátiles; y el 12 se situaban en San Culgát del Vallés poniéndose las dos columnas, en que iban, á las órdenes del general Milossewitz que llevaba el mando de una de ellas. Accion de San Culgat.

Al tener Caldagués noticia de aquella expedicion por el Baile de Caldas de Mombuy, que se la dió inmediatamente, reunió á los jefes de sus tropas; y, aprobado su plan, levantó el campo en tres columnas con un total de 3.150 infantes, 220 caballos y 6 piezas de campaña, presentándose cuatro horas despues ante los 4.000 enemigos que descansaban en San Culgat, aunque con todas las precauciones militares que son

de presumir en semejantes casos. La primera columna española recibió la órden de avanzar á la ermita de Santo Domingo, á unos 300 pasos de la poblacion; estableciendo las dos piezas que la acompañaban á vanguardia de aquel edificio, apoyadas por 30 zapadores inmediatamente y, despues, por las demás tropas de la columna, segun iban llegando.

Puesto en alarma el campo francés, su jefe Milossewitz dirigió parte de sus fuerzas por las viñas que cubren la falda de la altura en que asienta la ermita, con la órden de que la ganaran cuando observasen que otra columna de todas armas impedia la accion de la española en favor de su artillería y, mejor aún, si la derrotaba en el hondo y estrecho camino por donde la veian correrse con Caldagués á su cabeza. Otra fuerza, tambien considerable, ocupó el cementerio de San Culgat y una hera inmediata, cubriéndose con sus tápias y lindes; y el batallon de Vélites reales formó delante del pueblo, apoyada su derecha por 80 caballos, tambien italianos, que mandaba el comandante Lorenzi.

La actividad de Milossewitz no fué, sin embargo, tanta que impidiese á Caldagués el establecer el total de su primera columna en reserva de las piezas y de los zapadores de la ermita, y áun formar, de una parte de ella, otra pequeña, suficiente, sin embargo, para tomar la ofensiva en la ocasion que se creyera más propicia. Componíanla 150 guardias walonas y dos compañías del regimiento de Soria que, al ver Caldagués que el enemigo rompia la marcha hácia la ermita é intentaba, además, cortarle de las columnas sucesivas que aún estaban en camino, recibieron la

órden de emprender el ataque del cementerio para, á su vez, amenazar las comunicaciones de los imperiales con Moncada y la carretera de Granollers á Barcelona.

En este tiempo asomó al campo de batalla la segunda columna española, cuyo jefe, el comandante D. Juan O'Donovan, apresuraba la marcha para cubrir el flanco derecho de la primera, que veia amenazado.

Aun frustrado su primer intento de aislar á Caldagués, Milossewitz atacó casi simultáneamente la batería española y la columna que la protegia. No pudo ésta resistir el primer ímpetu de los imperiales y hubo de retirarse á unos pinares próximos; pero cuando ya estaba á punto de desordenarse y las piezas de la ermita al de perderse, Caldagués lanzó á la carga sus 200 húsares españoles, ocultos hasta entónces en una sinuosidad del terreno. Ejecutáronla con tal fiereza, tan á fondo, los húsares, que, minutos despues, la caballería enemiga estaba completamente derrotada, despues de herido y hecho prisionero su jefe, y los Vélites, aunque resistiendo algunos valerosamente, se veian obligados á retirarse, no sin muchas bajas y en gran desórden. Los walones y Soria desalojaban, por su parte, á los granaderos del cementerio; y O'Donovan, no satisfecho con resistir á la columna que se dirigia á cortar la de Caldagués, la derrotaba y perseguia hasta separarla del resto del ejército imperial y del camino de Moncada, su línea natural de retirada.

Desde entónces quedó decidida la accion en favor de los españoles, que ocuparon San Culgat, apode-

rándose allí de muchos de los fugitivos y de todos sus ranchos. Y no paró en eso su victoria, sino que la prosiguieron hasta la noche, empujando la derecha francesa hácia Moncada, y la izquierda hácia los altos de San Pedro Mártir, único camino de salvacion que encontró en su vencimiento.

Ocho muertos, 36 heridos y 12 extraviados con 10 caballos muertos y 11 heridos, que los partes franceses hicieron subir á 1.800 bajas, son las que costó á los españoles victoria tan completa, contando los italianos hasta 5 oficiales y 300 soldados entre muertos, heridos y prisioneros, segun sé egregio historiador en España (1).

Aquella fué la última expedicion importante á que se arriesgó Duhesme despues de la accion del 2 de Setiembre en el Llobregat; porque si el 27 de Octubre se vieron los españoles que hacian frente á San Andrés asaltados por las tropas de Devaux y del mayor Aquino que los obligaron á retirarse por el pronto,

(1) Vacani da esas cifras, y dá para las bajas de los españoles la de 150, entre las cuales la de Loy, jefe de los húsares, herido efectivamente en el combate. En cambio la *Gaceta* del Principado atribuye á los imperiales 600 bajas. Vacani, al describir la accion de los Vélites, dice. «Los vélites formaron entónces por su sola y »espontánea inspiracion, una masa cerrada al mando de su intré»pido comandante Cotti; y no hubo metralla, fusilería ni carga de »infantes y de caballos que lograsen arrancarlos del sitio en que se »hallaban. Ni fué sino la necesidad de acercarse á las tropas fugi»tivas que volvian á entrar en órden á lo léjos, y la de ocupar la »carretera de Barcelona, la que obligó, por fin, á aquella imper»turbable cohorte á abandonar el puesto y, despues de la herida »del capitan Çrovi y de otros héroes, dirigirse paso á paso, en bue»na retirada bajo la proteccion de los capitanes Bianchi y Bolog»nini hácia los collados de Moncada, sin que los cuerpos españoles »que la seguian á las órdenes del coronel O'Donovan, supieran »romperla ni causarla ulteriores y más sensibles pérdidas.

O'Donovan iba por otro lado, persiguiendo la izquierda francesa hácia San Pedro Mártir.

el toque de somatén y el espectáculo de los montañeses coronando las alturas próximas, hicieron comprender á los imperiales otra nueva desgracia como la de San Culgat, por lo que retrocedieron á sus posiciones de Barcelona, al hacerlo tambien el general Schwarz, encargado de contener á los de Caldagués por la parte opuesta del llano.

Elogio de Caldagués.

Caldagués no se separó un sólo instante de las márgenes del Llobregat, como habia hecho el 10; pero es porque sabia perfectamente que la expedicion de Devaux no alcanzaba las proporciones que la anterior de Milossewitz, pues, por las tropas de Schwarz que veia á su frente, calculaba las que podrian operar sobre el Besos, contra sus compañeros de armas. Sólo ante el temor de una invasion de los franceses en el Vallés, podian los españoles abandonar el Llobregat que, desguarnecido, dejaria el paso libre hácia Villafranca, donde se estaba operando la concentracion de los refuerzos creados en Cataluña ó que llegaban de fuera, concentracion que convenia mucho no fuese disuelta ó interrumpida.

Caldagués se mostró en aquella campaña tan hábil, que Cabanes, actor tambien en ella, dice al encomiar su conducta: «Cuantas operaciones emprendió »el Conde de Caldagués, otras tantas tuvieron el más »feliz éxito. Gerona, el Llobregat y San Culgat, serán »para siempre testigos de su gloria. Mas estas venta»jas y triunfos no fueron debidos á la casualidad, como »muchos imaginaron; fueron hijos de la experiencia »y conocimientos de aquel sábio general, del entu»siasmo y valor que con su ejemplo comunicaba á »las tropas, de la disciplina que habia introducido en

«su division, y sobre todo, de la confianza que inspi»raba á los que le tenian por jefe.»

La excelencia en Caldagués era el espíritu de órden que á todo imprimia, teniendo su pequeño ejército en disciplina tan severa que todo él parecia formado de tropas regulares y veteranas, segun logró asimilar á las pocas que de esta clase mandaba los tercios de Migueletes y Voluntarios que constituian el mayor número.

Y si algo faltaba para que se comprendiese por todos la conveniencia de esa disciplina y de lo levantado del espíritu que crean el compañerismo y el orgullo de cuerpo, los húsares españoles fueron á demostrarlo en la accion de San Culgat, no sólo llenando las esperanzas que todo Cataluña abrigaba al desembarcar ellos en Tarragona, sino produciendo en el ejército una emulacion tan útil como honrosa.

Negociaciones de los barceloneses.

Aquella accion brillante y el conocimiento de que iban á tomar tierra, además, otras tropas tambien veteranas procedentes de Portugal y Andalucía, infundieron en la Junta del Principado y en el cuartel general, establecidos en Villafranca, la confianza de que muy pronto podria acometerse la tan deseada empresa de arrojar á los franceses de Barcelona.

Parece, tambien, que el marqués del Palacio mantenia relaciones secretas con algunos de los patriotas más caracterizados de la capital, de quienes esperaba le ayudarian en los momentos más oportunos con una accion tanto más eficaz cuanto que iba á desplegarse entre los mismos sitiados, inutilizando ó debilitando, al ménos, la suya en las murallas de la plaza, ya que no en la ciudadela y el castillo. Reuníanse armas se-

cretamente en las casas de los conjurados; y, no sin algun fundamento, los generales Duhesme y Lechí publicaban bandos contra los que recorrian las calles de noche sin faroles y *haciendo* música, y contra los que andaban con armas prohibidas alardeando de su patriotismo y propósitos de venganza. No debieron ocultarse, con efecto, á la penetracion de los franceses aquellos manejos, porque inopinadamente emprendieron el artillado, hasta entónces desatendido, de algunos puntos de la muralla de tierra, como los baluartes y rebellines de las puertas de San Antonio y Nueva, que el 18 de aquel mes de Octubre se ponian en estado completo de defensa. Era visible la alarma en la guarnicion francesa; y su causa no era ni podia ser otra en aquellos dias, que la noticia ó la sospecha de que se fraguaba en la ciudad algun complot que comprometiera la conservacion de la plaza en sus manos.

El marqués del Palacio en un «Manifiesto» que despues hizo público al explicar su conducta en las Córtes, cuando fué elegido para el Consejo de Regencia, estampa el párrafo siguiente que acredita sus gestiones sobre ese punto en la época primera de su mando en Cataluña.

«Así es, dice, que á mediados de Octubre tenia ya »en su poder (el Marqués) un convenio hecho por es»crito en 21 artículos con los buenos españoles bar»celoneses, firmado de N. Ferrer, que estaba con el »Marqués de inteligencia reservada sobre el modo de »ayudarle á entrar en la plaza. Ya habia desplegado »mucho ántes las más activas diligencias hasta Lis»boa para recoger con los auxilios de ésta, tropas,

»armas, artillería, soldados de caballería con montu»ras, municiones, víveres y dinero, y á más iba á »llegar la caballería tan deseada del regimiento de »Húsares españoles, que estaba en Mallorca, y le ha»bian hecho desear cruelisímamente. Llegó, pues, el »26 de dicho mes de Octubre, quando ya habian arri»bado tropas y refuerzos á Tarragona, y convocó á »sus Generales y Mayores Generales de todas armas »á un Consejo de Guerra en la casa de Revella, no »léjos de la Cruz de Ordal, donde con un exacto plano »topográfico, puntualísimos estados de fuerzas y po»siciones enemigas al rededor de Barcelona, y los del »dia, de su exército les manifestó el plan de ataque »combinado con la inteligencia interior de sus confi»dentes, que debian apoderarse de la puerta del An»gel, y abrirla quando vieran en el bario de Jesús »sus columnas (1).

**Toma el mando el general Vives.**

El Consejo aprobó el plan, al que tambien dió su asentimiento el general Villalba que por aquellos dias se habia presentado en Villafranca; y ya se ponia el Marqués en marcha para Tarragona á fin de completar los preparativos necesarios para llevarlo á ejecucion el 1.° ó el 2 de Noviembre, cuando recibió la noticia de que se aproximaba el general Vives, á quien dos dias despues entregó el mando para, segun se le prevenia de órden de la Junta Central, ir á componer parte de la general militar del reino.

**Organizacion del ejército.**

Y aquí empieza una época nueva para el ejército de Cataluña. Con los refuerzos que le llegaban de las

(1) Véanse en el apéndice núm. 8 los pormenores de la conspiracion de los Barceloneses en aquellos dias, segun los apunta el P. Ferrer.

Baleares, Portugal, Aragon y Andalucía, comenzó por recibir una organizacion diferente y hasta nombre distinto, conociéndosele, en adelante, con el de «Ejército de la Derecha,» segun ya expusimos al principiar la historia de esta segunda campaña. No todos los refuerzos que se le dirigian, pisaban ya el Principado, pues que los de Andalucía, al mando del general Reding, verificaban entónces su marcha por Valencia, y los de Aragon no habian pasado aún de Lérida esperando la construccion de su vestuario y el completo de su armamento. Pero, urgiendo á Vives el emprender las operaciones contra Barcelona, para ganarla ántes de que Gonvion Saint-Cyr llegase á socorrerla, adelantó la organizacion proyectada con las fuerzas que tenia á la mano y estableció su cuartel general en Martorell para ir á cada momento estrechando á los enemigos en la ocupacion de aquella plaza sin cuyo dominio serian infructuosos cuantos esfuerzos desplegase en favor de la causa nacional. Así pudieron reunirse 19.551 infantes, 780 caballos y 204 artilleros con 17 piezas de campaña, pero, como vulgarmente se dice, en el papel, pues que, descontando los enfermos y el número crecido y siempre incierto de bajas en los cuerpos de operaciones, se reducia el de los útiles á unos 17.000 hombres, y los que debian atacar la plaza de Barcelona al de poco más de 12.000 infantes, 600 caballos y la artillería indicada.

Organizáronse en cuatro divisiones á las órdenes de los generales Conde de Caldagués y D. Gregorio Laguna y de los Coroneles D. Gaspar Gomez de la Serna y D. Francisco Milans, segun su número res-

pectivo; en una vanguardia mandada por el brigadier D. Mariano Alvarez que ya operaba en el Ampurdan, y una reserva que regiria el general en jefe ó uno de los mayores generales, el mariscal de campo D. Jayme García Conde, que lo era de la infantería, y el de su mismo empleo D. Cárlos Whitte, de la caballería (1).

Plan de operaciones contra Barcelona

El 6 de Noviembre se encontraba ya Vives en Martorell y reunia en Consejo de guerra á los generales puestos á sus órdenes para estudiar el plan de las operaciones que inmediatamente habian de ejecutarse. El que se fijó consistia en ue elq general Laguna y el coronl eMilans, combinando sus movimientos desde sus respectivas posiciones de Horta y San Jerónimo, se reuniesen frente á Fuerte Pío é intimáran desde allí la rendicion al general Duhesme. La division La Serna, saliendo de San Culgát y despues de arrojar á los enemios Sde Sarriá y Gracia, formaria tambien junto á la torre de la Vireyna, con el doble fin de amenazar á la plaza y de impedir la retirada de los tranceses del fuerte de San Pedro Mártir. Con el de ocupar Sans, para iguales objetos, atacaria, á su vez, la division del conde de Caldagués la casa fuerte y batería de Rosás en la carretera de Madrid; dividiéndose, para ello, en dos secciones que, envolviéndola y despues de ganada, se reunirian en el mencionado pueblo, muy próximo ya á Barcelona. El general White, por fin, á la cabeza de la reserva, pasaria el Llobregat por un puente de carros que los

(1) Véase el apéndice núm. 9, que contiene el estado general de aquel ejército.

ingenieros establecerian junto á Cornellá; y, una vez en la márgen izquierda, buscaria el cortar la retirada á los enemigos que empujase el Conde por el llano del Hospitalet.

Dictadas las órdenes, y cuando en la tarde del 7 los generales, que se habian trasladado á sus cantones, ejecutaban los movimientos preparatorios, y la reserva pasaba del cuartel general al campo de San-Boy, cambió el tiempo y por la noche empezó á caer lluvia tan copiosa y con tales apariencias de duradera, que el general en jefe estuvo para aplazar la operacion, temeroso de no poderla llevar á cabo felizmente. Estaban, sin embargo, los acantonamientos tan distantes que no era posible avisar oportunamente á sus jefes, y temia Vives, aún más que el fracaso general de su proyecto, el compromiso en que podria verse cualquiera de las divisiones, y con especialidad las del Besós, si no iban sostenidas por las demás en su movimiento ya inevitable.

Los resultados debian corresponder á lo erróneo del plan y á las condiciones en que se ejecutaba.

Pensar en el recobro de Barcelona con el poco numeroso ejército con que se acometia, sin artillería de sitio ni material alguno de los necesarios para operacion tan formal y larga, era una de esas ilusiones temerarias á que no debe entregarse un general, siquier sea en obedecimiento á la opinion de las muchedumbres, tan desarcetada generalmente como fascinadora y brillante. Todo lo que podria conseguirse, áun venciendo, seria encerrar el ejército de Duhesme en el recinto de la plaza y sus dos fortalezas de la Ciudadela y Monjuich. Y si suponiendo más; las inte-

ligencias con los habitantes de la ciudad llegaban á ser tan valiosas y la accion de éstos, lo que no era de esperar, tan eficaz que se lograra penetrar en el cuerpo de la plaza, lo en que se traduciria tan inverosímil victoria seria en la destruccion del caserío y la ruina de sus moradores. Porque no es de suponer que á la ocupacion de la ciudad sucediera inmediatamente la de la ciudadela, dotada de una guarnicion numerosísima, pues que se retiraria á ella la mayor parte de las tropas francesas, bien provista de todo lo necesario para una defensa larga y útil. Cuantas relaciones existen de aquellos sucesos, hacen ver el cuidado que Duhesme habia tenido en abastecerla superabundantemente, como á reducto en que esperaba salvar el honor de las armas cuyo mando se le tenia confiado. Los enérgicos bandos que tanto él como Lechí dictaban cada dia, á que dieron una publicidad tan terrorífica por su aparato como por el fondo de aquellas órdenes verdaderamente draconianas, hacian tambien augurar un fracaso completo á la conspiracion que dentro de la ciudad pudiera elaborarse. Habia, pues, que desechar toda esperanza de brecha ó portillo francos al paso de los soldados de Vives cuando, venciendo á los franceses en el llano y los fuertes exteriores de Barcelona, se presentaran al pié de aquel muro robusto, cubierto de una artillería numerosa y con una guarnicion tanto más fuerte cuanto más fuera concentrándose en el recinto y á la mano de sus jefes y generales.

La disposicion, además, para el ataque ofrecia dificultades que la menor contrariedad pondria de manifiesto. Y no es que un accidente climatológico,

como el que por desgracia sobrevino, las creara, sino que el número de los atacantes, muy corto relativamente á la vastísima zona en que debian de operar, debilitarian su accion haciéndola ineficaz en todas partes y, en alguna, hasta comprometida. Los franceses maniobrarian reunidos y pudiendo, al apoyo de reducto tan seguro como el de la plaza y sus fuertes, operar en la direccion más acertada y contra la columna cuyo vencimiento pudiera darles resultado más decisivo. Las columnas españolas necesitarian por el contrario, combinar sus movimientos con un órden y una oportunidad del todo indispensables para su mútuo apoyo, pues aisladas, ni áun reserva podrian procurarse por esa falta de número que acabamos de señalar y la extension dada á su mision respectiva.

El éxito era, por todo eso, muy problemático, aún para los más optimistas; y sólo los interesados en la liberacion de Barcelona por razones de familia y de fortuna, podrian forjarse la ilusion de un triunfo inmediato y decisivo. Los generales no debieron abrigarla ni un momento.

Entretanto, el general Gouvion Saint-Cyr organizaba su ejército y se disponia á penetrar en Cataluña sin que se le opusiera más que una corta division española, la de vanguardia, compuesta, segun ya hemos indicado, de unos 4.000 soldados y otros tantos migueletes, encargados unos y otros, además, de guardar las plazas de Rosas, Gerona y Hostalrich. No calculaba el general Vives que donde debia decidirse la suerte de Barcelona, era en el Fluviá, impidiendo el socorro de aquella plaza, no al pié de

unos muros, impenetrables para él con los medios exíguos puestos á su disposicion. Vencido Saint-Cyr, Barcelona habria de rendirse más tarde ó más temprano, nunca en época demasiado remota que diese lugar á una reorganizacion nueva de los ejércitos franceses. Si aquel general no hallaba obstáculos que le detuviesen en su marcha, llegaria siempre á tiempo de salvar á sus compatriotas de la ciudadela y Monjuich, áun cuando el ímpetu de los soldados españoles ó la abnegacion heróica de los habitantes obligasen á Duhesme á abandonar el cuerpo de la plaza.

Y no es que, por eso, echemos sobre el general Vives todo el peso de la equivocacion que padeció al elegir el objetivo de sus operaciones; no somos de los que, como el distinguido historiador Sr. Cabanes, le acusen de un error que no quiere atribuir del mismo modo al márqués del Palacio, de quien fué amigo y admirador constante y que sin embargo, lo declara paladinamente en su manifiesto; no: lo atribuimos, mejor que á Vives, á los que conociendo perfectamente la situacion del Principado, cuyos intereses eran los suyos propios, le pintaban como fácil y pronta una empresa cuyo éxito produciria la independencia de casi todo el territorio catalán, impenetrable despues, en sentir suyo, á todas las fuerzas del Imperio. Aquella era una época de transacciones entre la ciencia militar y la opinion pública, acreditada ésta por resultados tan sorprendentes como inesperados, tan felices como inverosímiles. Los generales se veian rodeados, desde el instante en que tomaban el mando, de un número infinito de personas, si legas

en las cosas de la milicia, influyentes en las muchedumbres y hasta en una gran parte de las tropas, irregulares muchas, sin disciplina y con todo el ímpetu del orgullo y de la ignorancia. Repeler un proyecto tan favorable á los intereses particulares de aquella córte constituida en consejo áulico, ó simpática á las masas que la apoyaban, era tanto como despojarse de la autoridad ó comprometer la existencia misma del que debia ejercerla. Aun con opiniones opuestas, habia, pues, que ceder en la mayor parte de los casos, á la de los que, constituidos en Junta Suprema, abrogándose autoridad inapelable como apoyada en el sufragio de sus conciudadanos, y recurriendo en todo caso á la fuerza de quienes los sostenian, eran los verdaderos jefes de la resistencia del país contra la opresion extranjera.

De todos modos, hay que reconocer que el general Vives no se mostró previsor en aquella ocasion ni hábil en las disposiciones tomadas para el trance de una batalla que debia esperar fuese sumamente ruda y obstinada, tratándose del honor y de la existencia del ejército francés.

El tiempo, ya lo hemos dicho, cambió en la noche del 7, lo cual no era de extrañar en Noviembre, y fué, á la vez que causa del entorpecimiento que sufrieron las operaciones al dia siguiente, pretexto para disculpar el fracaso, tambien, de ellas (1).

(1) «Toda esta noche, dice el P. Ferrer, ha sido muy tempes»tuosa, oyendose (cosa harto rara en tiempo frio) dos horrorosos »truenos, que parece han indicado el estrepitoso dia que se nos »esperaba.» Y prosigue luégo al contar sus impresiones del dia 8: »... A más de llover á cántaros, una espesísima niebla cubre toda »la llanura; por eso no se logra ver de la funcion, sino lo que dexa »claro el soplo del viento ó debilidad de la niebla.»

Accion del 8 de Noviembre.

A pesar de tamaña contrariedad, no faltaron el celo y la diligencia en los generales del ejército de Cataluña. Caldagués fué el primero á quien se vió avanzar por la carretera general, rechazando las avanzadas imperiales sobre la posicion de la casa de Rosás, que fué asaltada tan pronto como vista, puede decirse, por una de las dos columnas en que fraccionó su division. La otra secundó perfectamente aquel ataque y, como la primera, se puso á la vista de la Cruz cubierta, donde fueron concentrándose los enemigos que, lo mismo que de las Esplugas, se retiraban de Sarriá y el Hospitalet, temerosos de verse flanqueados por su izquierda, donde descubrian, aunque muy de léjos, la division de reserva que se dirigia á cortarles el camino de su retirada.

Habia sido imposible conseguirlo, porque la crecida del Llobregat entorpeció por largo tiempo el paso del puente de carros establecido frente á San Boy; y, áun cuando, puesto en la orilla izquierda, el general White desalojó á los italianos de Cornellá y el Hospitalet, al llegar Caldagués á Sans y verse sin apoyo en su derecha, hubo de retroceder hasta la casa de Rosás ante las fuerzas imponentes con que salian de Barcelona, primero Lechí con los vélites, dos piezas y la caballería, y Duhesme, despues, con más numerosas y fuertes reservas.

La division La Serna, aunque con retardo por el mal tiempo y el terreno áspero que tenia que atravesar, cayó con su fuerza y la del coronel Arzú, que acudió desde Valldoreix, sobre Sarriá y Gracia, dejando á su espalda bloqueado el reducto de San Pedro Mártir y sin sufrir más que algunas descargas de fu-

silería de los enemigos que, como los del camino de Molins de Rey, fueron tambien retirándose al abrigo de la plaza.

La tarea más penosa tocó aquel dia á las divisiones 2.ª y 4.ª del ejército. Milans no pudo vadear el Besós hasta mediodia, y Laguna tuvo que detenerse á que terminase el paso del rio su colega para, despues, avanzar con él á San Adrian, San Andrés y Horta. La accion allí fué sumamente viva: los granaderos provinciales atacaron San Andrés con la mayor energía, arrojando á los franceses del general Goullus del pueblo que, á pesar de una brillante carga á la bayoneta y de la ejecutada poco despues por la caballería del tantas veces citado comandante Desvaux, quedó en poder de los nuestros, sin que la aparicion de una fuerte reserva enemiga alcanzase á más que á que pudieran sostenerse todas sus tropas en una posicion, *más concentrada*, dice el parte francés, *detrás de San Andrés*, hasta dos dias más tarde.

Pero, áun adelantadas todas las divisiones españolas hasta casi los muros de Barcelona, la distancia que siempre habria de separarlas en zona tan extensa, la niebla que cubria el llano y la accion incesante del enemigo, las tenian sin la comunicacion necesaria en operaciones que, para dar resultado, habrian de ser simultáneas. El general en jefe que desde San Boy, donde nunca debió establecer su cuartel general, se habia trasladado al Hospitalet, ignoraba, por igual razon, la de la distancia, la suerte de las divisiones de su izquierda, cuyo fuego no oia tampoco, estorbándoselo el que hacia la de Caldagués, acometida por Duhesme con el grueso de sus fuerzas; Barcelona no

daba señal de ayudar á los españoles en la empresa, encerrados, por el contrario, los habitantes en sus casas, sin más accion que la de su curiosidad desde los terrados más altos (1); y no se veia por fin, medio de avanzar más ni áun de sostenerse, falto el ejército de artillería, para lo primero, y de reservas suficientes, para lo segundo. No quedaba, pues, otro recurso que el de retirarse á las posiciones de donde se habia partido, y así lo ordenó el general Vives á las tres divisiones más próximas que lo hicieron con el mayor órden y sin contratiempo alguno. Los franceses estaban sumamente recelosos, y el escarmiento de San Andrés los mantuvo concentrados, sin atreverse á acosar demasiado á los nuestros. Lo que hicieron fué seguir pausadamente el movimiento y prepararse á rachazar á Laguna y Milans de San Andrés, pero sin conseguirlo hasta el dia 10, en que se retiraron á San Culgat y el Besós las divisiones españolas, *por adivinacion,* como dice Cabanes, *de la voluntad de su general en jefe,* no sin que los granaderos provinciales y los migueletes de Milans causaran muy graves pérdidas á sus enemigos.

---

(1) Dice el P. Ferrer: «Toda la ciudad está en un pavoroso si»lencio, pues todo el vecindario tiene cerradas las puertas de sus »casas en fuerza del terminante Bando que Lechi acaba de publi»car, y es del tenor siguiente: «BANDO. *Manda S. E. el General de »Division Lechi, Comandante superior de las Armas en esta ciudad: »Que todos sus habitantes cierren las puertas de las casas: que las »personas que precisamente deban salir de ellas vayan solas; y se »previene, que hallándose tres personas que vayan juntas, se dispa»rará por la tropa contra ellas. Barcelona 8 de Noviembre de 1808.*— »Firmado.—*Lechi, Comandante superior.*» No atreviéndose los bar»celoneses á salir de sus casas por no incurrir en la indignacion »de aquel bárbaro Gobernador, suben á los terrados y torres de las »mismas para divisar á escondidas algun tanto, la general accion.»

Y ¿por qué habian de esperar otra cosa Palacio y Vives?

Es difícil averiguar las bajas de los beligerantes en la accion del 8 por lo contradictorio de las aserciones de unos y otros en ese punto; pero no fueron de importancia á pesar de la grande extension que se dió al combate, pudiendo sólo fijarse las de los españoles, que ascendieron al número de 7 muertos, 28 heridos y 12 extraviados que, detalladamente y por cuerpos, señalan los partes oficiales (1).

Aquel fracaso, que se atribuyó al tiempo cuando era inevitable áun con el más sereno, no hizo variar de opinion al general Vives. Antes, por el contrario, debió fortificársela; pues, procurándose la cooperacion de la escuadra inglesa, que vigilaba las aguas de Barcelona, y reforzado el ejército de su mando con algunas de las tropas que seguian al general Reding, creyó hacedera la empresa que continuaban pintándole como fácil los barceloneses de su cuartel general y las confidencias de los que dentro de la plaza se hacian la ilusion de conspirar con fortuna. Las fragatas de Lord Cochrane desmontaron la batería de la linterna y mataron algunos artilleros, lo que nada sig-

(1) En el francés se encuentran varias contradicciones y, entre ellas, la siguiente: «Nuestra pérdida ha sido de 10 muertos y 45 »heridos; la del enemigo es más considerable, y le hemos hecho »de 30 á 40 prisioneros.»

Y á renglon seguido añade: «Veinticinco volteadores del 7.°, que »con un oficial fueron cortados en San Andrés y tuvieron que »rendir las armas, fueron degollados despues del combate, de una »manera la más atroz.»

Duhesme, en sus Memorias, no menciona este hecho y, por el contrario, pinta la retirada de los suyos en San Andrés como una maniobra hábil y feliz. Dice así: «El general Duhesme maniobró; »dejó ganar terreno á la izquierda del enemigo y dirigió todas las »fuerzas sobre su derecha donde estaba M. Vives...» Luego no hay tal cortadura ni degüello semejante, sino un combate en regla, y lo que trata el general francés es de disimular su descalabro en la parte de San Andrés.

nificaba para la suerte de Barcelona; y los barceloneses hubieron de satisfacerse con demostrar su alegría ante aquel espectáculo que presenciaron desde sus azoteas y terrados (1.) A eso se redujo la cooperacion que el ejército podia esperar de los patriotas de la plaza que si abrigaban los mejores deseos, hubieron de comprender su impotencia ante enemigos, sin necesidad de respeto alguno ni consideracion á nadie en la delicada é importante mision que se les habia encomendado.

Accion del 26. Pero llegaron los primeros refuerzos de la division de Andalucía y, sobre todo, su general Reding, aclamado en todos los pueblos del tránsito, desde Bailén y Granada á Valencia y Tarragona; y Vives, considerando ya fácil la empresa de, á lo ménos, reducir la ocupacion francesa á sólo el casco de Barcelona, perseveró en su idea de otra batalla como la del 8, de un éxito, sin embargo, seguro y decisivo entónces. Todavía se entretuvo en variar la organizacion de su ejército, si bien desistió luégo de la dada á las divisiones agregando á ellas los regimientos de Baza, Yliberia y Palma, de infantería, y el de húsares reales de Granada, recien llegados con más de 4.500 plazas y 670 caballos, por comprender la conveniencia de no aumentar excesivamente el número de las unidades orgánicas para mejor dirigirlas y manejarlas.

La disposicion del combate que iba á verificarse el 26 de aquel mismo mes de Noviembre, fué la que

(1) El ataque de los ingleses tuvo lugar en las noches de los dias 14 y 15 de Noviembre, no en la del 19 como dice Cabanes, por equivocacion, sin duda, que, siguiéndole, padecen tambien Schépeler y otros historiadores de aquellos sucesos.

se habia seguido en el del 8; con algun mayor órden, sin embargo; con más armonía en las operaciones que simultáneamente debian emprenderse desde todos los cantones, y con la ventaja, sobre todo, de tiempo más sereno y apacible.

Así tuvo éxito, tambien, más favorable; áun cuando, al retirarse los franceses al recinto de la plaza empujados de todas partes por los nuestros, comprendiendo la mala situacion en que iban á quedar de encerrarse en las fortalezas, hicieron un esfuerzo supremo que les proporcionó la ocupacion de una zona exterior de más de 2.000 metros de rádio en derredor de Barcelona. El fuerte de San Pedro Mártir se rindió el 27; y las tropas españolas pudieron establecer el bloqueo riguroso de la plaza, única aspiracion ya de Vives al tocar de cerca las dificultades que se le oponian y reconocer la falta de sus recursos de todo género para un sitio regular y de resultados inmediatos. Duhesme se habia preparado á resistirlo artillando las cortinas, los baluartes y medias lunas descuidados hasta dias ántes, echando de Barcelona muchos de sus habitantes por considerarlos enemigos temibles ó bocas inútiles y abasteciendo de toda clase de víveres y forrajes las tropas de la guarnicion por varios meses, muchos más de los que se consideraba tardaria en llegar el ejército de socorro del general Saint-Cyr (1).

(1) Hizo tambien desarmar á los guardias Walonas que aún quedaban en la plaza, alojando á los oficiales en el edificio de la Aduana y á los soldados en el de la Capitania general, próximos los dos á la Ciudadela y bajo sus fuegos. No se dejó en los conventos más que los frailes necesarios para el culto, echando los demás de la plaza por creerlos capaces de una accion que en un momento dado pudiera comprometer la seguridad de la plaza.

El mismo Duhesme lo dice así en sus Memorias.

Resistencia de Vives en sus operaciones contra Barcelona.

La lucha quedó, así, reducida á una série de combates parciales en que los sitiados procuraban sorprender las posiciones españolas que se iban constituyendo en derredor de Barcelona desde la desembocadura del Llobregat hasta la del Besós, por un vastísimo anfiteatro formado de campamentos en órden muy parecido, segun dice Vacani, al del ejército del mariscal Tessé en la última y decisiva jornada de la guerra de Sucesion. Las salidas de los imperiales no tuvieron nunca el resultado que ellos buscaban. A pesar de haber desplegado en ellas los italianos un valor y una insistencia que les dió gran crédito entre sus aliados los franceses, los españoles mantuvieron sus puestos, ayudándose las distintas divisiones con resistir las unas el empuje de los soldados de Duhesme, restablecido ya de la grave enfermedad que le habia impedido asistir á la funcion del 26, y con maniobrar, las otras, para cortarles la retirada ó amenazar al ménos sus flancos y comunicaciones. Todo lo que pudo conseguir el enemigo, fué extenderse por su derecha hasta San Martin de Provensals y San Andrés, que los Migueletes de Milans abandonaron voluntariamente, y el establecerse en dos pequeños campos que formó en la Cruz cubierta y los polvorines de las faldas de Monjuich, resguardándolos con tres baterías, armadas de tres piezas de distintos calibres cada una.

Estas posiciones eran para la plaza un gran desahogo, pues que alejaban de ella el fuego de los sitiadores, áun cuando, como era probable, llevasen luégo piezas de artillería de grueso calibre con que ofenderla; y eran además una amenaza constante

para los españoles en su línea de contravalacion, como reductos de que podrian con toda seguridad partir los enemigos en sus salidas y algaradas. Así se que el general Vives se propuso inutilizarlas, ya que se hacia casi imposible su ocupacion de una manera permanente por hallarse al alcance de los baluartes de la plaza y de Monjuich que harian converjer sus fuegos sobre ellas; proyecto, por lo mismo, infructuoso, lo mismo que el de clavar la artillería que en ellos encontrara, muy fácil de reponer, pues que la plaza, por sus condiciones en el sistema militar de la Nacion, abundaba en toda clase de material del arma.

Fijóse para la empresa la noche del 4 al 5 de Diciembre, oscura, pero tranquila y silenciosa, para que, sorprendiendo los presidios de las posiciones que iban á atacarse, se burlara, además, el fuego de las fortalezas que las protegian hasta la madrugada, momento en que se consideraba terminaria felizmente la operacion. Y, con efecto, la que, al decir despues del general Vives, constituia su principal objeto, la expulsion del enemigo de San Andrés y San Martin, emprendida para cortarle los víveres por aquella parte, se verificó bajo la direccion inmediata del general Laguna y de Milans que ahuyentaron á los franceses de Chabrán hasta el Clot y Fuerte Pío sin gran dificultad ni pérdidas importantes. El conde de Caldagués dirigió, al mismo tiempo, sobre la batería de la Cruz-cubierta las compañías de granaderos de Borbon, Almería, Saboya y de los suizos de Wimpffen, que apoyadas por 600 hombres de dos de aquellos mismos cuerpos y 150 húsares, llevó al asalto el coronel D. Juan Creagh y Lacy, ya citado en esta historia al

tratarse de la batalla de Bailén. Y, estuviese ó no descuidado el servicio de la trinchera por las fatigas del dia y la falta de víveres, como asegura alguno de los historiadores imperiales, lo cierto es que nuestros granaderos ganaron el reducto, clavaron su artillería y, despues de ejercer en su presidio una gran mortandad, lo arrojaron hasta el *glacis* de Barcelona, á donde no hubiera llegado si el coronel La Serna, no perdiéndose en las sinuosidades del terreno que tenia que recorrer desde su campo, hubiese acudido oportunamente á interponérsele en el camino de su retirada. Por su lado, el general Reding hizo asaltar las baterías de los polvorines, logrando sorprender tambien á los que las guarnecian, «dispersándolos, »dice Vacani, y echando por tierra y clavando sus pie»zas.» «En vano, continúa, varios oficiales se pusie»ron por medio para recoger inmediatamente los fu»gitivos: quién corria hácia el fuerte (Monjuich), »quién se precipitaba al llano para acogerse á la pla»za, quién, finalmente, en la oscuridad de la noche, »incierto del camino que debia seguir, elegia aquel, »precisamente, que habia de llevarle á su segura »pérdida.»

Pero amanecía ya; la guarnicion de Barcelona asomaba por las puertas de la plaza con sus generales Lechí y Duhesme á la cabeza; tronaba en los baluartes y en Monjuich la artillería en apoyo de los fuertes atacados, cuya ocupacion permanente ya hemos dicho que era casi imposible, y los asaltantes, acabada la obra que se habian propuesto, fueron, orgullosos de su hazaña, retirándose lentamente á sus campamentos. Los enemigos, especialmente los ita-

lianos con su batallon de vélites en cabeza, fueron acosando á los nuestros en su movimiento retrógrado, pero con más circunspeccion que la que en sus relaciones han pretendido manifestar y sin causarles sino bajas insignificantes, producidas, la mayor parte, en los rudos combates que les fué necesario sostener al asaltar las baterías (1).

Conseguido el objeto principal, que era el de ocupar los pueblos de San Andrés y San Martin, tan irreflexivamente abandonados, y alcanzado tambien el de distraer aquel movimiento con el asalto glorioso y afortunado que acabamos de recordar, el general Vi-

(1) Como no nos gusta mutilar los conceptos de los cronistas enemigos, vamos á continuar la relacion de Vacani que en los párrafos anteriores dejamos comenzada. «En tal desórden, dice, que »aumentaba segun iban unos y otros los soldados cerciorándose »de su fuga y de la superior fuerza del enemigo en los dos puntos »atacados, salió aceleradamente de la plaza el general Lechí con el »batallon de vélites y con un escuadron de coraceros franceses se »reunió al capitan Serbelloni que, al frente de un grupo de jinetes »italianos, tenia á raya á los españoles; recogió en masa á aquellos »valientes, les habló de la gloria adquirida y de la mancha que »caeria sobre el nombre italiano si abandonaban al enemigo las »posiciones perdidas y los dirigió resueltamente á la victoria. No »sostuvo el enemigo la vista de aquella columna inexpugnable sin »llenarse de terror y entregarse á una retirada precipitada despues »de haber sufrido algun fuego de fusilería y de metralla: el reducto fué reconquistado por asalto; las piezas fueron rehabilitadas »para el fuego; la obra, en suma, reparada y completada en parte »por las manos mismas de los que la habian tan rápidamente readquirido. Picados en su honor, de igual modo, los soldados dispersos del 5.° regimiento y anhelantes por reparar la vergüenza »de la fuga con un ataque no inferior al de los vélites, se rehicieron á la voz imperiosa de su coronel Foresti y, formados en dos »columnas sobre la pendiente de Monjuich, se precipitaron á los »atrincheramientos de los *polvorines* y dieron muerte en ellos á »cuantos españoles se obstinaron en prolongar su accion y su defensa.»

Ya hemos dicho la razon, ni podia ser otra, de retirarse los españoles que nunca pensaron en mantener los fuertes; pero no queremos se nos diga que ocultamos en las descripciones de los enemigos lo que pueda mortificarnos. Si fueran exactas, tambien lo diríamos.

ves, siempre en la idea de apoderarse de Barcelona y miéntras hacia llegar el tren de sitio necesario, estableció frente al reducto de la Cruz-cubierta una batería de cinco piezas de á 24 que recibió en aquellos dias. La batería era perfectamente inútil, y, sin otras razones, lo demuestra la de que, áun apagados los fuegos del reducto, nunca fué ocupado; impidiéndolo, como ántes hemos dicho, el estar bajo el fuego de la plaza cuyas baterías lo hubieran cubierto materialmente de hierro. Así se estuvo, sin embargo, actuando la española, con gran crédito, por cierto, del capitan de artillería que la mandaba, Sr. Saenz de Tejada, hasta que nuevos sucesos que vamos á narrar ahora mismo, obligaron á retirarla para que no cayesen sus piezas en poder de las tropas del general Saint-Cyr.

Tenia Vives, desde la llegada de Reding, un ejército de cerca de 25.000 hombres á sus órdenes, y, como se vé, satisfacíase con resultado tan pequeño y efímero como el de mantener á los franceses encerrados en una fortaleza, para él, inexpugnable, miéntras los dejaba libres para arrebatarle otra plaza no poco importante y para abrirse al interior del país un paso que sólo él podría impedirles, pero por distinto camino y diferentes procedimientos que los que habia seguido y practicado. Gastaba un tiempo precioso en objeto imposible de alcanzar y lo perdia en el que más le importaba y habria de presentársele más fácil. Las operaciones de un sitio, como el imprescindible para la conquista de Barcelona desde que debió Vives comprender la inaccion forzosa de los habitantes de la ciudad, exigian, áun prometiéndose el éxito, medios, que le faltaban, y tiempo, repetimos, que

el enemigo aprovecharia para estorbarlas. No convenia, de otro lado, gastar la energía y el entusiasmo de los considerables refuerzos que le llegaban de Andalucía en una empresa como la de Barcelona: los vencedores de Bailén hallarian mejor empleo en la frontera, contrarrestando los proyectos de un general á quien no le era dado operar sino en campo abierto, como su colega Dupont tan ejecutivamente derrotado por ellos.

No era el mejor sistema el de las batallas campales con soldados, despues de todo, visoños en su mayor número, y ante enemigos tan hábiles y expertos; pero, dedicándose á una guerra defensiva, no dividiéndose sino reuniendo, por el contrario, todos sus recursos para un sólo objetivo, y eligiendo posiciones entre las mil excelentes que le ofrecia el suelo quebradísimo de Cataluña, hubiera podido repeler á los únicos capaces de salvar á Barcelona; conquistándola, así, méjor, léjos de sus murallas y en combate más igual. Es verdad que esta plaza quedaria, entre tanto, libre y su guarnicion podria ejercer en los campos inmediatos correrías y atropellos á su alvedrío; pero ni esto era nuevo ni alcanzarian sino al rádio ordinario con sólo situar en la derecha del Llobregat un cuerpo de tropas, insignificante en la totalidad del ejército, suficiente, con todo, para contener á un enemigo cuya ausencia de Barcelona no dejaria tambien de comprometerle grandemente (1).

(1) El mismo Sain-Cyr en su «Diario de las operaciones del ejército de Cataluña en 1808 y 1809,» dice: «... Teniendo (España) »los medios para hacerla fracasar (la agresion principal), no debia »pensar en el sitio de Barcelona próxima á caer por falta de víve- »res, sino que era necesario impedir el que fuese socorrida, y su-

En la série desastrosa de operaciones que vamos á describir, veremos cómo el general Vives, por dedilidad de carácter ante los impacientes que sólo pensaban en volver á sus casas y los que, sin conocimientos militares, no veian más gloria ni mayores resultados que los de la ocupacion de Barcelona, fué amontonando errores hasta, con ellos, producir la ruina del Principado que estaba encargado de salvar de las depredaciones y hasta de la presencia de sus enemigos. El, que conocia la fontera pues que en ella habia adquirido sus glorias más brillantes en la guerra de la República; él, que debia saber las recientes hazañas de los catalanes al volver Duhesme de sus dos fracasadas empresas contra Gerona, ¿cómo desconfiaba de sus dotes y cómo de la energía de las fuerzas puestas á sus órdenes para acometer la que habia de procurarle mayores resultados, la destruccion del ejército de Saint-Cyr, de quien dependia el decisivo de la campaña?

**Gouvion Saint-Cyr.** Hacia mucho tiempo que el ilustre general francés se estaba preparando para penetrar en Cataluña, como que habia llegado á Perpignán á fines de Agosto y puéstose inmediatamente á organizar el 7.° cuerpo del grande ejército destinado á la nueva invasion de España. Era Saint-Cyr hombre de carácter difícil, más propio, de consiguiente, para mandar solo que para armonizar sus operaciones con las de colegas

»poniendo que el objeto del ejército español fuese el solo de re»conquistar la capital de la provincia, lo cual era realmente una »gran ventaja para él, lo conveniente era dejar ante la plaza un »cuerpo de tropas igual en fuerza á la de la guarnicion y reunir el »resto en Gerona y sobre el Ter, formando allí la base de sus ope»raciones...»

suyos ú obedecer sus órdenes, pues ni le gustaba secundar planes de otro ni que le arrebatasen un átomo de la gloria que creia pertenecerle. Tenia celos hasta del mismo Napoleon creyendo en él propósitos de desacreditarle, y recibió el mando del ejército de Cataluña con la preocupacion de que se le daba para perderle, elevando la categoría de la empresa que se le confiaba á la más difícil en aquella segunda campaña de que el Emperador tomaba por lo mismo, la parte, á su parecer, más capaz de proporcionarle triunfos gloriosos y, sobre todo, fáciles.

«Si Napoleon, decia en su Memorias, hubiera querido hacer una conquista sólida, debiera haber comenzado por la de Cataluña; allí es donde debia emplear la mayor parte de sus fuerza. Prefirió entrar por el país más abierto, el más fácil, para llegar pronto á Madrid; creyó que, dueño de la capital, dictaria en ella la paz como lo habia hecho en Viena, etc.»

De acuerdo nosotros con él en cuanto á la poca importancia de Madrid en aquella guerra, segun ya lo manifestamos en el tomo anterior, creemos, sin embargo, que, dadas las circunstancias de entónces, las localidades en que el ejército francés sufrió los reveses más importantes de su primera campaña y las posiciones á que se acogió al retirarse con el Intruso, el mismo Saint-Cyr no hubiera tomado otra direccion ni diferentes disposiciones que las que, en ménos de un mes, llevaron á Napoleon al corazon de la monarquía española. Pero esas ideas del, por otro lado, sábio y hábil é insigne general Saint-Cyr, revelan, con otras varias, que la índole de este escrito nos veda po-

ner aquí de manifiesto, las pequeñeces á que se entrega un espíritu envidioso, siquiera sea, lo repetiremos con Thiers, «el del primero de los militares de su »tiempo para la guerra metódica, excepcion hecha, »por supuesto, del Emperador Napoleon, libre de toda »comparacion con los generales de su siglo.»

Este le habia dejado toda su libertad de accion á punto de no señalarle sino un sólo objetivo en sus operaciones, el de conservarle Barcelona, cuyo recobro suponia despues el empleo de 80.000 hombres (1). Napoleon conocia á Saint-Cyr y si no le llevaba á su lado, es necesario reconocer que le confiaba la mision en que pudiera serle más útil, sin que, por lo mismo, pudiera nadie escatimarle una gloria, tanto mayor cuanto que iba á operar solo y en condiciones y país realmente excepcionales.

Organizacion del Cuerpo de Ejército de su mando

Al tomar el mando, halló en Perpignan unos cuantos batallones desorganizados, sin instruccion, con poco armamento y malo, en un estado, por fin, de desnudez tan espantosa que, segun se lee en las Memorias del ilustre general, no podia fijarse la vista en aquellos hombres, y le fué necesario alojarlos en puntos distantes de toda comunicacion para sustrarlos á la conmiseracion pública. Observó tambien en aquellas tropas un abatimiento profundo; reducidas en su número, como además se hallaban, más que por resultado de los combates á que habian asistido, por la desercion á que, como extranjeras en gran parte, se habian entregado y por los sufrimientos de todo género que les producia la lucha en un país que creian

(1) Conferencia de Saint-Cyr con Napoleon, á su paso por Paris.

no tener igual por su extructura y el carácter belicoso é independiente de sus habitantes.

Pero la condicion sobresaliente de Saint-Cyr era la de organizador; y, en espera de las tropas que debian llegarle de Italia, se puso á preparar con los escasísimos recursos del departamento, pues no recibia ninguno del gobierno, la constitucion y el pié de campaña de su cuerpo de ejército, para, en el más breve plazo, dar comienzo á las operaciones.

Además de la division Reille, que los combates, las fatigas y la desercion habian reducido á poco más de 4.000 hombres, encargados, hasta entónces, de guardar la fortaleza de Figueras y las comunicaciones con Francia, pudo ya contar á mediados de Setiembre, con la division Pino que llegó de Italia con 13.280 hombres, de los que 1.336 eran de caballería y 354 artilleros con varias piezas de campaña; y poco despues, ó al mismo tiempo, llegaron tambien al Rosellon las divisiones Souham y Chabot con un efectivo de 8 á 9.000 hombres de todas armas, elevando el ejército á un total de más de 24.000 infantes y 2.000 caballos con sus correspondientes trenes y dotaciones de artillería (1).

Su plan de campaña.

A pesar de lo apremiante de las órdenes que á

(1) Es absolutamente imposible formar un estado de fuerza de la que constituia el 7.° cuerpo francés. En el Diario de su general en jefe, se llama la atencion de los lectores á los apéndices ó justificantes números 9 y 10, cuya falta en el lugar que les corresponderia se subsana dirigiendo al final de la obra donde tampoco se hallan. Ni áun fija Saint-Cyr el total de la fuerza de su mando, como tampoco la detallan los demás historiadores franceses. Vacani lo hace con la fuerza de la division Pino, y por eso hemos podido nosotros especificarla; pero ni áun el estado señala de la division Chabot, á pesar de ser tambien napolitanas las tropas que la componian.

cada momento recibia, mezcladas, no pocas veces con graves cargos por su sistema de acantonamientos en la frontera, el general Saint-Cyr se decidió, al emprender las operaciones, á comenzarlas por el sitio de la plaza de Rosas. Creia él que, miéntras los ingleses fueran dueños de la magnífica rada que aquella fortaleza proteje, seria peligrosísima la marcha al interior de Cataluña, para la que le era imposible trasportar la cantidad necesaria de víveres y municiones estando el camino interceptado por las plazas de Gerona y Hostalrich. Detenerse en la conquista de ellas, era poner en gran riesgo la liberacion de Barcelona; y, áun ocupadas en un espacio de tiempo relativamente corto, no dispensaba su conquista de la de Rosas, de donde un cuerpo de tropas, desembarcado por los ingleses, podia comprometer la campaña impidiendo el abastecimiento de aquellos fuertes con mucha mayor facilidad que el de Figueras que, áun estando tan próxima á Francia, ofrecia grandes obstáculos. Cada convoy de los que con frecuencia era necesario dirigir á aquella plaza, cuya guarnicion no podia vivir sobre el país así por hallarse completamente esquilmado hasta una distancia considerable como por la hostilidad constante que sobre ella ejercian los enemigos; cada convoy, repetimos, costaba un combate sangriento y pérdidas de importancia. Los llevados el 23, 25 y 28 de Setiembre, y el del 18 de Octubre, además de, por lo frecuentes, revelar lo escaso de los víveres que conducian y lo apremiante de las ne cesidades de aquel presidio, habian costado no pocos sacrificios. El del 25, sobre todo, dió lugar á una accion sumamente reñida en que, áun rechaza-

dos los soldados españoles de La Wallette por el superior número de los de Mazzuchelli y Reille que por uno y otro lado asaltaron sus posiciones junto al puente de Campmany, pusieron, volviendo sobre la retaguardia francesa, en gravísimo apuro á uno de sus regimientos, el 2.° ligero, que se hubiera perdido por entero sin la presencia del general Pino que, al saberlo, acudió desde la Junquera con las fuerzas que le habian quedado á la mano, «sacándolo, dice Vacani, »del mal paso en que lo habian puesto los que, poco »ántes, habian sido batidos de frente y se les suponia »inhábiles para la ofensiva.»

Los primeros pasos de Saint-Cyr hicieron creer sus proyectos muy distintos de los que en realidad abrigaba el hábil general francés. Dirigiendo el tren de sitio, dispuesto durante su permanencia en Perpignán, hácia Figueras, indujo al error de que se proponia usarlo contra Gerona, empresa tanto más verosímil cuanto que, interpuesta en el camino de Barcelona, parecia natural la expugnacion de tan importante fortaleza para acometerlo con la grave *impedimenta* que siempre acompaña á un ejército numeroso en país enemigo (1). Pero el 6 de Diciembre, una vez establecido en Figueras el cuartel general, las divisiones Pino y Reille se presentaron al frente de Rosas á cuyo bloqueo procedieron inmediatamente, haciendo el 7 entrar en la plaza á las tropas acantonadas en las inmediaciones y á los campesinos que

Principia las operaciones.

(1) Dice Vacani: «Los españoles tenian cuidado de alejar todo »del camino, esconderlo en las aldeas y mantener seguro en los »montes ó en la plaza de Rosas cuanto pudiese servir al abasteci- »miento del enemigo.»

el gobernador de la plaza habia hecho salir de ella el dia ántes.

Sitio de Rosas.

No fué, con todo, sin una obstinada resistencia que, ayudada por las tropas de la guarnicion y los buques ingleses fondeados en la rada, costó bastantes bajas á los imperiales, á pesar de que la division italiana, que iba extendiéndose por la izquierda de la línea del bloqueo, procuró abrigarse del fuego en las sinuosidades del montuoso terreno que forma el golfo por su parte septentrional.

Descripcion de la plaza y sus defensas.

Rosas, poblacion entónces de unos 1.500 habitantes, fundada en el entrante más septentrional del anchuroso y abrigado golfo á que dió su nombre desde el establecimiento de la primera colonia griega en nuestras costas, tenia dos fortalezas que la guarnecian por mar y tierra. De este lado existia la llamada Ciudadela, obra construida en 1543 por el ingeniero Pizano, pentágono abaluartado, de altura considerable, foso poco profundo y con su escarpa y contraescarpa fuertemente revestidas de mampostería. Para suplir la falta de obras exteriores, se habia construido uno como doble recinto que cubriese el interior hasta la altura conveniente y sirviera tambien para, con la suya de cinco á seis metros por la campaña, aumentar la profundidad, ya hemos dicho que pequeña, del foso. Consistia ese recinto exterior en una série de contraguardias y medias lunas adosadas á la contraescarpa y ligadas entre sí por rastrillos en los puntos en que tocaban al foso interior, dirigiendo sus salientes, unos en la prolongacion de las capitales de los baluartes, y otros en direcciones que impidieran la enfilada desde los accidentes del terreno, no poco va

riado, que circuye y atalaya por aquella parte la fortaleza. No tenia foso y, á fin de neutralizar esa falta é impedir el asalto, se habia cortado el *glacis,* dejando á descubierto un muro de la altura arriba mencionada, de unos seis metros de espesor, el mismo del recinto principal, y revestido de piedra, losa y cantería. En el frente que da al mar, la cortina y los flancos de los baluartes que la limitan carecian de foso y, en vez del segundo recinto, tenia una cortadura que la proporcionaba un doble flanco cubriendo la única poterna que daba entrada á la plaza y servia para su comunicacion con las obras exteriores. La iglesia, capaz de alojar unos 500 hombres, y los almacenes de pólvora eran las solas obras construidas á prueba en la fortaleza. Los demás edificios habian sido arruinados en el sitio de 1794 á 1795, ó en la explosion de un almacen de pólvora cuando la fortaleza se hallaba ya en poder de los franceses.

Como la poblacion ha carecido siempre de recinto, tendida, cual se halla, á la orilla del mar y formando una calle larguísima cortada por un ancho arroyo que desciende del promontorio que termina en los cabos Nafeo y de Creus, se habia construido antiguamente y para cerrar sus entradas por la parte de tierra y entre la ciudadela y la montaña, un atrincheramiento apoyado, por un lado, en aquella fortaleza y, por el opuesto, en un reducto, tambien de campaña que, en la izquierda del arroyo mencionado y sobre una suave colina, cubria el extremo oriental de la villa. Y como era demasiado largo el atrincheramiento y se extendia en línea recta, se habia cortado á media distancia por un rediente que flanquea-

se las dos como cortinas en que quedaba dividido.

Para la defensa de la parte de bahia comprendida entre la poblacion y el saliente oriental de la montaña y que, por su abrigo de los vientos y fondo considerable junto á la orilla, se llama *El puerto*, áun careciendo de muelles ú otras obras para tal destino, existia un fuerte bautizado con el nombre de la Trinidad pero llevando tambien el de Poncella y aún el de Boton de Rosas que generalmente le daban los franceses. Sus ruinas existen en una roca de 66 metros de elevacion sobre el mar, que la montaña de Puig Rom domina muy de cerca; y revelan todavía su antigua forma, la de una estrella de cuatro puntas con muros robustos, cimentados en la roca misma y de unos 18 á 20 metros de altura. Como su principal objeto era el de defender el puerto, las baterías estaban dirigidas hácia la bahía; y por la parte opuesta, la que pudiéramos llamar la gola, estaba cubierta de los fuegos de la montaña por un muro, que la servia de espaldon, y un rediente que obstruia la única puerta del fuerte. Era susceptible de recibir en sus baterías hasta nueve piezas de grueso calibre; tenia abrigos y almacenes á prueba para una guarnicion de 150 hombres, cisternas y cuanto es necesario para un largo asedio; y, por lo fijante de los fuegos enemigos próximos, la dificultad del arrastre de la artillería hasta los puntos convenientes para la batería de brecha, y sus condiciones todas, podia considerarse como la mejor defensa de Rosas y de su magnífica rada.

En la parte baja de la roca en que asienta el fuerte de la Trinidad, y para procurarse fuegos rasantes

sobre la bahía, se hallaba construida, de antiguo tambien, una espaciosa batería, capaz de hasta doce piezas de grueso calibre y con su gola cerrada por un muro aspillerado, al que estaban unidos dos pequeños edificios con destino á cuarteles para la guarnicion.

Todas las defensas de Rosas estaban en un estado lamentable de abandono desde la guerra de la República; y apénas si, al estallar la de la Independencia, se habian hecho algunos reparos, limpiando los fosos, cerrando las brechas abiertas por las voladuras practicadas por los franceses en 1795 y construyendo algun espaldon que otro para impedir las enfiladas que la experiencia habia demostrado ser más temibles.

¡Qué de estrañar esto cuando, como se ha hecho observar, se habia tenido en estado semejante de abandono la plaza de Gerona, de tanta importancia en el único camino carretero de Francia á Barcelona!

El terreno en que se halla establecido este sistema defensivo de la poblacion y la bahía de Rosas, es muy desigual.

Del lado de Occidente, por donde se hallan abiertas las principales comunicaciones con el interior del país, es pantanoso é insalubre, sumamente impropio para el establecimiento de un campo de donde partan las operaciones del sitio. Del septentrional y á alguna distancia de la ciudadela, se alzan colinas suaves en un principio y de altura considerable despues, cubiertas en parte de arbolado y viñedo, muy propias, sin embargo, para desde ellas hacer arrancar los trabajos que puedan conducir al ataque

de la fortaleza. Del oriental, ya lo hemos dicho, se ven ramales tras ramales, cada vez más elevados y abruptos, ir formando el gran promontorio que con el inmediato del cabo de Cervera, señala la terminacion del Pirineo en una vasta península donde asientan varios pueblos como los de Cadaqués, Selva de Mar y Llanzá, con puertecillos abiertos en las sinuosidades asperísimas del monte, cortadas como á pico por un mar proceloso que hace más y más apreciable el abrigado y tranquilo seno de la bahía de Rosas.

Por esta ligerísima reseña se puede calcular que la mejor defensa de Rosas, estaba en la del promontorio que cubre la plaza por su lado oriental; y debiéranse haber rehabilitado las obras de campaña construidas á fines del siglo anterior en Puig-Room para impedir el ataque de la villa, ya que sólo estaba resguardada por un atrincheramiento, débil ya de por sí y abandonado entónces, pero que no podia ocuparse por el enemigo miéntras los españoles permaneciesen en aquella altura, tan propia para su defensa como para la del fuerte de la Trinidad.

La guarnicion, compuesta hasta el principio del sitio de escasísima fuerza, constaba, despues, de unos 3.000 hombres, pocos de tropas de línea, los más, voluntarios y migueletes del país; y la mandaba el coronel D. Pedro O'Daly, muy acreditado, como teniente coronel de Ultonia, en los anteriores sitios de Gerona, quien, á fuerza de actividad y ayudado por el ingeniero Lemaur y el Capitan de artillería D. Cárlos Espinosa, habia conseguido, además de la recomposicion de las obras más urgentes, montar 58 piezas de

todos calibres en los muros de la plaza y sus fuertes (1).

Los sitiadores contaban con una fuerza de 13.604 infantes, 1.328 caballos, 458 artilleros con un tren abundante de sitio y 211 zapadores, así como un numeroso Estado Mayor de todas armas, todo á las órdenes del general de division conde de Reille, tantas veces citado en esta historia (2).

Primeras operaciones.

Ya hemos dicho que el 7 quedaba Rosas bloqueada, pero no tan estrechamente que la guarnicion se viese sin más comunicaciones que las del mar. Las lluvias torrenciales que comenzaron á descargar en todo el país aquel dia, impidieron el trasporte del tren y de los convoyes necesarios para el establecimiento del sitio; y los voluntarios de Clarós, como endurecidos en las fatigas, avezados á las inclemencias del clima en aquellas alturas y conocedores de sus más recónditos accidentes, mantuvieron una lucha encarnizada contra los sitiadores al extenderse éstos por las localidades inmediatas. Cuatro compañías del 2.° ligero italiano que habian sido destacadas á Selva de Mar y Llanza para vigilar aquel lado de los montes y de la costa é impedir cualquier ataque ó desembarco sobre la retaguardia francesa, se vieron tan comprometidas en esa lucha de guerrillas que inmediatamente entablaron tambien los catalanes del campo con el capitan de Migueletes D. Narciso Coderch, aunque septuagenario y achacoso, á su cabeza, que fué preciso auxiliarlas

(1) Véase el Apéndice núm. 10.
(2) Vease el Apéndice núm. 11.

con tres batallones que no lograron, sin embargo, evitar que dos de ellas cayeran prisioneras. Los miqueletes establecidos en la montaña y un destacamento inglés que desembarcó cerca de Llanza, atacaron con tal vigor al capitan Piantanida, que mandaba las compañías italianas, que, al llegar los refuerzos, no pudieron ya impedir su desgracia. (1)

Entre tanto, la guarnicion de Rosas habia hecho una salida en que tambien tomó parte un destacamento inglés mandado por el conocido West, capitan del navío anclado en la bahía; batiéndose tan gallardamente los voluntarios de Clarós y soldados y marineros británicos que, áun teniendo, como es de presumir, que recogerse á sus fuertes y embarcaciones, mantuvieron á raya y escarmentaron á los cuerpos imperiales que luchaban por ocupar las al-

(1) El general Saint-Cyr, como represalias de la pérdida de aquellas dos compañías, hizo prender un número de campesinos igual al de los italianos y los envió en calidad de prisioneros á Francia. Este procedimiento, muy humano en concepto de su autor y de los historiadores franceses que lo comparan con el incendio de los pueblos á que se entregaban generalmente sus compatriotas en tales casos, es de lo más arbitrario que se puede imaginar. ¿Qué dirian si en la brillante campaña de 1814, por cada prusiano que hacian prisionero los soldados de Napoleon se hubiera Blucher llevado un paisano francés á la derecha del Rhin? Es un sistema inaudito, como tal, é irrita verdaderamente al verlo preconizado como humanitario. Schépeler dice á propósito. «El mariscal Saint-»Cyr llama á la presa de sus 180 hombres, accion insidiosa de los »aldeanos, entre quienes hizo coger, por venganza, otros tantos y »los envió á Francia; lo cual era, á decir suyo, más humano que »el incendiar las aldeas. ¿No pensaba en el martirio del alma, lar-»go y destructor que experimentarian los desterrados, cuyas fami-»lias quedaban, de seguro, expuestas á perecer de hambre y de »miseria? Y, sin embargo, en la desgraciada España, todavía era »uno de los generales más humanos.»

Sain-Cyr dice que así habia contenido la desercion de los italianos que se iban á los españoles á bandadas.

querías y posiciones más propias para establecerse en derredor de la plaza.

Si la lluvia influyó, más que otra cosa, en la retirada de los sitiados la tarde del dia 8, impidió, á su vez, en los siguientes, el establecimiento de los puestos franceses y, sobre todo, el comienzo de los trabajos de sitio. El Ampurdán era una basta laguna y los caminos que lo cruzan se hallaban completamente impracticables, lo mismo que para el material de la artillería, para los hombres, muchos de los que perecieron en los torrentes que, por ejemplo, hubo de vadear el 6.° regimiento italiano al incorporarse á su division. Así es que, fuera de resistir el choque diario de los miqueletes de Claró s en sus salidas y el de los partidarios que desde las montañas no cesaban de acosar á los sitiadores, no hicieron éstos hasta el 15 sino practicar reconocimientos, tanto sobre la poblacion, á cuyas primeras casas habian llegado el 7 en uno de sus avances, como sobre el fuerte de la Trinidad, hácia el que ocupaban tambien el tiempo en practicar un camino por donde conducir la artillería para batirlo.

Asalto al fuerte de la Trinidad.

Impacientes, sin embargo, por ejecutar una empresa que les compensara el retraso que les producia la inclemencia del tiempo, trataron de, por un ataque brusco, apoderarse del fuerte de la Trinidad que aseguraba á los ingleses la posesion de la bahía y podia batir de flanco y, en algun caso, de revés, los trabajos que se ideaban para la toma de la ciudadela. El ataque fué, con efecto, ejecutado el dia 15 con la mayor energía por las compañías de preferencia del 2.° regimiento ligero italiano á las órde-

nes del comandante Lange, despues de haber fingido las del 6.°, recientemente llegado al campamento, asaltar la poblacion por su lado oriental. Los soldados de Lange llegaron en su primer asalto al rastrillo, del que fueron rechazados por la guarnicion del fuerte, retirándose á Puig Room para volver con más fúria todavía y ser de nuevo batidos con muy grandes y graves pérdidas (1).

Trabajos de sitio.

Aquel fracaso hizo pensar en la necesidad de un ataque detenido y metódico; y el general Sanson que, como ingeniero, dirigia las operaciones del sitio, práctico, además, en el de Rosas por haber tambien dirigido el de 1794 y levantado las baterías de brecha contra aquel mismo fuerte, señaló ahora en la falda de Puig Room el punto en que habrian de establecerse las nuevas.

El terreno estaba ya bastante seco y pudo pensarse tambien en dar comienzo á los trabajos de sitio contra la ciudadela y el cuerpo de la poblacion. Por seguir la marcha de los ejecutados en la guerra de la República, tuvieron principio en una eminencia opuesta al frente septentrional de la ciudadela, altura distante unos 600 metros de la fortaleza y desde la que se descubrian hasta 12 ó 15 piés del revestimiento de los muros. Se creia que las baterías de

---

(1) Dice Belmas: «Llegaron en gran número al pié de las murallas; pero buscaron allí en vano una brecha que asaltar, una abertura ó un resalte de la roca que pudiera favorecer la escalada. »Abrumados por el fuego del enemigo y por las granadas que arrojaba sobre ellos, se vieron obligados á retirarse, despues de experimentar una pérdida muy grande.»

En el último asalto, llegaron hasta el segundo rastrillo, junto al que dejaron muertos un oficial y varios gastadores que se adelantaron para romperlo.

brecha que allí se estableciesen y una de morteros que bombardeara la plaza desde el terreno bajo y pantanoso, inmediato al camino de Figueras, bastarian para imponer á los sitiados y obligarlos á rendirse ó á embarcarse.

Asi es que, en la noche del 18 al 19 del referido mes de Noviembre, 1.000 infantes y una compañía de zapadores abrian la primera paralela en la mencionada altura, en cuya extremidad derecha se construyó una batería de seis morteros, cuyos fuegos fueron apagados al dia siguiente por los de la ciudadela y los buques ingleses que lograron volar el repuesto de pólvora en ella establecido.

Reparada la batería durante la noche y rompiendo el fuego la mañana siguiente, en que las de Puig Room comenzaron tambien el suyo contra el fuerte de la Trinidad, lograron los franceses obligar á la escuadrilla á alejarse un poco de su habitual fondeadero y proteger la prolongacion de la paralela hasta el terreno inundado, en el que establecieron otra batería de seis piezas de grueso calibre, destinadas á tirar de rebote sobre la cara derecha del baluarte izquierdo del frente atacado. **Se rompe el fuego.**

Ni el bombardeo, áun siendo contínuo de dia y noche, ni el fuego de las baterías de cañones contra los muros de la fortaleza principal, que el general Sanson creia bastante eficaz para producir la rendicion de la plaza, servian más que para enardecer á los sitiados que no cesaban un punto én sus salidas con la ayuda de los guerrilleros acampados en los montes próximos.

Resolvió, pues, el general Reille, por consejo **Siguen los**

trabajos. de aquel experto ingeniero, extender la línea de contravalacion por su izquierda para abrazar el otro baluarte del frente que se habia propuesto combatir; y en las noches del 21 y del 22, á pesar de la falta de trabajadores y del fuego incesante de la plaza, pudo terminar la trinchera y construir una nueva batería de 4 piezas de á 24 que, con otra de 3 obuses levantada en la anterior paralela, batiese en todas direcciones y con la mayor energía el baluarte mencionado.

Salida infructuosa de los del fuerte.

El espectáculo de aquellas baterías provocó naturalmente la idea de una salida vigorosa que fué el primero en aconsejar el capitan Bennet, comandante del navio La Renommée de la marina británica que acababa de relevar al Excellent en aquella estacion. En la ciudadela se redujo la accion de los sitiados á un vivo cañoneo, particularmente contra la batería baja del camino de Figueras, de la que se temian los mayores estragos por entónces. La salida se realizó por el castillo de la Trinidad, desembarcando una columna inglesa de 300 á 400 hombres que con el mayor ímpetu se lanzaron á la conquista de las baterías levantadas para abrir brecha en el fuerte. Pero, siendo ágria la subida, habiendo de marchar largo rato á pecho descubierto, y estando bien prevenidos los imperiales, la columna hubo de retirarse sin conseguir su objeto y con pérdidas de consideracion.

Sin ofrecer un peligro inmediato, pues que áun, en el mal estado en que se hallaban las fortificaciones de la plaza, no se resentian todavía ni mostraban brecha alguna ni era de esperar por el momento,

segun la distancia á que se hallaban las baterías enemigas, se podia observar, sin embargo, que no tardaria mucho á caer Rosas en poder de los franceses.

Sólo un socorro poderoso por cualquiera de los dos caminos, de mar ó tierra, podria librarla de tamaño riesgo. El desembarco de una fuerte division, trasportada por los buques ingleses desde Tarragona ó el llano mismo de Barcelona en que se encontraba el cuerpo del ejército español, produciria en Rosas una ó más salidas que difícilmente resistirian los sitiadores, no poco apurados por la inclemencia del tiempo y la hostilidad constante de las guerrillas. La presencia en el Fluviá de una gran parte de ese mismo ejército que bloqueaba inútilmente á Barcelona, hubiera tambien atraido á la márgen izquierda de aquel rio la totalidad del que mandaba el general Saint-Cyr, quien, para dar una batalla decisiva, hubiera tenido que levantar el sitio de Rosas. De los dos modos podia libertarse una plaza cuya importancia era el primero en reconocer el general enemigo; y, áun comprometiendo mucho los españoles en una lucha campal para obtener tal objeto, aquel dia ú otro, se haria ella inevitable, y valia más provocarla oportunamente que no despues de perdida la mejor y más fructuosa ocasion.

En el primero de los caminos señalados, el del socorro de Rosas introduciéndolo en la fortaleza misma, parece que no se pensó nunca, pues, siendo á todas luces fácil, se dejó á los defensores completamente aislados, segun hemos de ver más adelante. En el segundo, se redujo la accion auxiliar á la de

un reconocimiento que, áun resultando feliz, no hubiera sido eficaz para nada importante.

Accion del Fluviá.

Lo acometió el dia 24 la division de vanguardia, fuerte, segun ya dijimos, de unos 4.500 infantes y 100 caballos, voluntarios, en su parte más considerable, de los tercios catalanes y que apénas si habian recibido el bautismo de sangre en las últimas escaramuzas de la guerra. Con tan poca fuerza era inútil arriesgarse á la empresa en que sólo podia pensar el general Vives que disponia de la totalidad de las tropas que operaban en Cataluña; así es que el brigadier D. Mariano Alvarez, que mandaba las de la division de vanguardia, explicó perfectamente la razon de aquel movimiento en el preámbulo de su parte: «Tanto para distraer, decia, las fuerzas de los »enemigos que sitian la plaza de Rosas, como para »tener una prueba de que los cuerpos visoños se »presentan con valor y bizarría al frente del enemi»go, y al mismo tiempo reconocer su verdadera po»sicion y fuerza en la orilla izquierda del Fluviá que »forma el cordon de su línea y averiguar si real»mente tenian baterías ocultas en los pueblos de »Pontós y Armadás que cubriesen el camino real de »Figueras, como me habian dicho con toda seguri»dad varios paisanos, determiné pasar yo mismo á »reconocerlos anticipadamente..., etc., etc.»

La tarea, como puede calcularse, era perfectamente inútil. Aun conseguido el objeto, no conducia á nada sin la presencia, á retaguardia, de un cuerpo numeroso que, aprovechando las noticias que pudiera proporcionarle la vanguardia, arrollase la division Souham, establecida en la izquierda del Fluviá, y

produjera la reconcentracion del ejército francés y el levantamiento consiguiente del sitio de Rosas. ¿Qué importaba el conocimiento de las fuerzas y de las baterías de los franceses, si no habia de emprenderse una accion formal para destruirlas y salvar el Principado de la invasion que lo amenazaba?

Se ha criticado la manera de operar en aquella ocasion del brigadier Alvarez, tanteando, puede decirse, en todos los puntos de la línea enemiga; y tendrian razon sus impugnadores, de haberse llevado él por objeto el de batir á Souham, no el de reconocer sus posiciones.

Hizo pasar el Fluviá por su derecha y frente á San Miguel á unos 350 voluntarios de Valencia y de Gerona que reconociesen el campamento que tenian los franceses en Santo Tomás; por Areñs, á 600 hombres del tercio de Tarragona que flanqueasen el ala izquierda del cuerpo enemigo situado en Armadás, miéntras él desde Báscara, punto el más central de la línea española, la reconocia de frente y por la parte de Pontós. En la izquierda, mandó que una compañía de aquel mismo tercio y los somatenes del Dr. Rovira, entretuviesen la derecha francesa establecida en Navata, para que, llamada la atencion por todas partes, pudieran, áun siendo tan pequeñas las columnas destacadas, reconocer los puestos enemigos.

El Capitan Roig, que regia la de la derecha, logró sorprender una gran guardia francesa y la pasó á cuchillo; pero despues encontró fuerzas muy superiores á las que calculaba, y hubo de retirarse, no sin sostener un combate, si corto, rudo y sangrien-

to. El Coronel Lebrun, con los de Tarragona, se dejó llevar demasiado de su ardor y, persiguiendo al enemigo, se halló tambien con fuerzas triplicadas que le obligaron á retirarse, siendo al poco tiempo hecho prisionero con algunos otros y el sargento mayor del tercio, entre ellos. El Comandante de Borbon D. Enrique Drivivier, que pasó el Fluviá por la izquierda de Báscara con los granaderos de su batallon y 100 tiradores de Gerona, desalojó á los enemigos de las primeras posiciones en que estaban; y, apoyado por su coronel, el baron de Hinx, y otros que pasaron el rio por el mismo Báscara, hubiera llevado adelante sus esfuerzos sin la fuga de su guía y sin el temor á una emboscada que sus jefes comprendieron se les armaba al avanzar hácia Pontós y Armadás, donde se hallaba el núcleo de las fuerzas enemigas. Rovirá, por fin, llenó su cometido distrayendo á las apostadas en Navata hasta recibir la órden de volver á sus anteriores posiciones.

Por allí creyeron despues algunos que debió hacerse un esfuerzo grande, del que suponen se habria alcanzado desalojar al enemigo de sus cantones de la izquierda del Fluviá, no empleando las fuerzas en tanteos de que era imposible sacar fruto. Pero, no habiéndolas en la vanguardia española suficientes para arrollar la division Souham, más numerosa indudablemente y bien establecida, se hubiera dado una accion tanto más comprometedora cuanto que, reunidas en la orilla opuesta de un rio bastante caudaloso, su desgracia hubiera llegado á hacerse fatal y decisiva. «Esta accion, dice con justicia el general »Gouvion Saint-Cyr en sus Memorias, debió enseñar

»á los españoles que no era con su vanguardia con »la que podrian hacer levantar el sitio de Rosas, sino »que les seria necesario presentar en el terreno »donde habia aquella combatido los batallones ántes »mencionados, esto es, todo el ejército que tan in»útilmente tenian empleado en el sitio de una ciu»dad populosa, falta de provisiones y próxima á ca»pitular á ménos de recibir pronto socorro (1).»

A pesar de eso, aún se logró dar alguna esperanza á los sitiados de Rosas y tuvieron los franceses que sacar de entre los sitiadores una parte de la division Pino que reforzara la de Souham en el Fluviá, lo que hace presumir el resultado que se hubiera obtenido con la sola presencia del ejército español en la márgen derecha de aquel rio. Es verdad que ese refuerzo debió ser consecuencia de la incorporacion á la vanguardia española de la division del marqués de Lazan, quien tomó el mando, como superior jerárquico de Alvarez, para las operaciones sucesivas en aquella parte de Cataluña.

La noche del dia de la accion del Fluviá, los italianos del primer regimiento ocupaban el reducto de la extrema derecha del atrincheramiento exterior de la poblacion en Rosas; prolongando despues hasta él la primera paralela con que dijimos ántes se proponian abrazar el baluarte de San Andrés, objetivo, por entónces, del fuego y de los ataques de los sitiadores. Con eso y con apoderarse tambien de las primeras casas de la poblacion de aquel lado, se re- Continúa el sitio de Rosas

(1) Belmás hace esta misma reflexion con casi idénticas palabras, lo que prueba que las ha sacado de la obra de Saint-Cyr.

velaba un cambio notable en los proyectos del general Sanson, tan vacilante en sus opiniones polémicas que no habia dirigido ni un sólo ramal á vanguardia de la paralela, como si no descubriera el verdadero punto de ataque despues de la experiencia de 1794 y de siete dias que ahora llevaba de trinchera abierta. La impaciencia era grande; el ataque de los españoles en el Fluviá descubria, ya que no otra cosa, pensamientos de sostener el espíritu en los sitiados de Rosas; ignorábase á punto fijo la situacion de Duhesme y se sucedian los despachos del mayor genegeneral de Napoleon para que no se dilatase más la jornada á Barcelona. Pero como Saint-Cyr se resistia, y con razon, á, por emprender inmediatamente la marcha, levantar el sitio cuyo término feliz impediria todo ataque formal por sus espaldas, no cesaba en sus instancias á Reille para que adelantase en lo posible las operaciones cuya direccion se le habia encomendado, y áun le envió los dos generales Kirgener y Ruty, de ingenieros y artillería, para que fijasen el plan que pudiera producir resultados más prontos y eficaces.

**Cambian de plan los sitiadores.**

Por más que las últimas providencias de Sanson indicasen, como hemos dicho, un cambio importante en la direccion del sitio, aquellos generales lo hicieron más radical todavía y, aprobándola en cuanto á la que se daba á los trabajos de trinchera y aprovechando los ejecutados en los dias anteriores más próximos, cambiaron el objetivo, abandonando el ataque del frente N. E. por el perfectamente oriental de la plaza, y el del baluarte de San Andrés por el de Santa María, en el extremo derecho de la que podríamos

llamar base del pentágono, apoyada en la orilla del mar.

Todo lo que fuera ligar los trabajos de ataque de la ciudadela con los del .fuerte de la Trinidad, era provechoso, debiéndose temer á cada momento un desembarco; serian aquellos más fáciles apoyados en el pueblo, cuyos edificios consentirian la aproximacion inmediata á la plaza; y en el baluarte citado de Santa María, se observaba una obra reciente de toneles rellenos de tierra que, destruida con facilidad, dejaria á descubierto una brecha antiguamente abierta por la explosion de un repuesto de pólvora. Ataque del pueblo.

Adoptado este plan, era dé primera necesidad aprovechar el viejo atrincheramiento exterior y, con ese fin, apoderarse inmediatamente del pueblo. Si el correrse por el foso de aquel y llegar al rediente que promediaba su excesiva longitud se presentaba, sin embargo, fácil, áun flanqueado como estaba desde la plaza, era muy difícil y peligroso el ataque de las casas en que se habia fortificado una parte considerable de la guarnicion, así para su defensa como para desahogo de la que presidiaba la ciudadela, azotada constantemente por las bombas enemigas. Pero los italianos del primero ligero y del sexto de línea cargaron la noche del 26 al 27 con tal ímpetu que, á pesar de una resistencia verdaderamente desesperada de los españoles, que preferian morir á rendirse, hubieron éstos de ceder el campo, logrando tan sólo muy pocos acogerse á la fortaleza.

A la mañana siguiente, y despues de un fuego muy violento de la escuadra y de los baluartes, hicieron los sitiados una salida para recuperar la po-

blacion, sin resultado, con todo, por las posiciones que ya los italianos tenian ocupadas y habian atrincherado en las primeras casas, muy inmediatas al muro que hacia veces de *glacis* y de camino cubierto en el recinto exterior de la ciudadela.

Ya desde entónces se hizo muy fácil la tarea de los sitiadores, caminando á cubierto en sus aproches y con toda seguridad en el establecimiento de las baterías. Entre la poblacion y el rediente de atrincheramiento se abrió la noche del 27 una segunda paralela que se perfeccionó el 28, al mismo tiempo que por fuera se adelantaba una batería para batir de rebote la cara derecha del baluarte de Santiago en el nuevo frente atacado, y se construia en la orilla del mar un rediente para dos piezas de á 12, destinadas á impedir la comunicacion de los ingleses con la fortaleza.

**Intimacion á la plaza.**

Entónces se consideró que era oportuna una nueva intimacion al gobernador de la plaza para que la rindiese: urgia, de parte de los sitiadores, la ocupacion de un punto sin el que era imposible emprender la marcha á Barcelona donde el general Duhesme podia encontrarse en el mayor apuro, y se creia que, convencidos los sitiados de la inutilidad de sus esfuerzos y viéndose abandonados del ejército y sin comunicacion con los ingleses, se avendrian á una capitulacion que, despues de todo, no podia retardarse sino por contados dias. Pero el coronel O'Daly rechazó la intimacion por atentatoria á su honor, puesto que las murallas estaban intactas y la guarnicion en el mejor espíritu, más animada aún por un pequeño refuerzo de soldados de Borbon, enviado por Alvarez y

que los ingleses habian desembarcado valiéndose de la oscuridad de la noche. Fué, pues, necesario á los imperiales continuar en sus trabajos de aproche y en el establecimiento de nuevas baterías.

El 29 por la noche se levantó una para siete piezas de grueso calibre y tres obuses en la paralela abierta el dia anterior; y á izquierda y derecha del rediente se construyó tambien otra para seis morteros; aquella, con el objeto de abrir brecha en el baluarte de Santa María, y ésta con el de apagar los fuegos del de Santiago y continuar el bombardeo sobre los edificios interiores. Y no se descubria aún por el horizonte la siguiente aurora cuando se terminaba, además, un poco á retaguardia de aquellas, otra nueva batería de 4 piezas de á 24 ó 16, destinada á batir directamente las cañoneras del frente atacado. Tan acertadas eran todas estas disposiciones, que la ciudadela quedó completamente bloqueada; retirándose los buques ingleses á mayor distancia y abandonando sus chalupas el proyecto de embarcar los enfermos y heridos españoles, intentado la mañana del 30; con lo que y con un reconocimiento ejecutado por Souham en las orillas del Fluviá, del que resultó la seguridad de que no se turbaria la marcha del sitio, pudieron Saint-Cyr y Reille abrigar la esperanza fundadísima de un desenlace inmediato.

**Baterías de brecha.**

A los ingleses no les quedaba más recurso que el de mantener el fuerte de la Trinidad, en que Lord Crochane se metió con un refuerzo de 80 marineros; y á los españoles abandonados de todos, salvar su honor, comprometido por la impericia de otros, no por su falta de decision y valentía.

Segundo asalto del fuerte de la Trinidad.

El Comandante Cometti, que habia ocupado la noche del 24 el reducto extremo del atrincheramiento y la villa despues, recibió tambien el 30 la órden de asaltar el fuerte de la Trinidad, en el que se creia descubrir una brecha abierta por el fuego, nunca interrumpido, de las dos baterías de la montaña próxima. Los italianos del 1.° ligero y un destacamento de artillería y de ingenieros, que los ecompañaba para los trabajos de su respectivo instituto, llegaron al foso, donde perdieron más de 40 hombres y uno de sus más brillantes capitanes; y viendo que no habia tal brecha y que el desmoronamiento del parapeto que la hacia suponer estaba cubierto por la habilidad del sitiado, huyeron apresuradamente á refugiarse en su campo, sembrando el camino de muertos y de heridos.

Salida de la plaza.

Estaba visto que no bastaria el valor para rendir la plaza y que era necesaria una gran constancia y resignarse á gastar tiempo, por mucho que importara el acortarlo y por precioso que se considerase para otros objetos. Hubo, pues, que continuar en la construccion de nuevas baterías en la orilla del mar que cerraran por completo la comunicacion de los ingleses con la plaza, y de seguir en los trabajos de aproche para ir apretando el cerco y preparar el asalto de la brecha el dia de su apertura. Trataba, naturalmente, de estorbarlos el Coronel O'Daly: y en la noche del 2 de Diciembre hizo salir de la plaza 500 hombres que, á favor del ruido de las olas y de la oscuridad de la noche, pudieron recorrer, inadvertidos de los escuchas franceses, el foso entre la poterna del lado del Norte y el pié del baluarte de San Andrés, y, esca-

lando la contraescarpa, lanzarse unos por el atrincheramiento de la villa hasta coger de revés las baterías inmediatas, miéntras los demás las acometian de frente. El avance fué tan decidido y tan rudo el ataque y simultáneo, que los trabajadores y las guardias de las baterías, sin intentar siquiera resistirlo, abandonaron las obras, entregándose á la fuga y esparciendo la alarma en la poblacion y el campo. Los sitiados se dieron entónces á la destruccion de las baterías, desmoronando los parapetos, rompiendo las esplanadas y las cureñas, y clavando en primer lugar las piezas; con lo que los italianos fugitivos, avergonzados del abandono en que habian dejado á sus oficiales y con el ayuda de un batallon del 1.° ligero que guarnecia el pueblo, pudieron rehacerse y, volviendo por su honor, recuperar sus anteriores posiciones. Defendiéronlas valientemente los españoles hasta perecer muchos, empeñados en acabar cumplidamente su obra de destruccion; retirándose á la plaza los demás, no sin dificultad y graves pérdidas (1).

Quedaba todavía mucha parte de la noche que los sitiadores aprovecharon en reparar los desperfectos causados por los españoles, así como en construir una pequeña obra al pié del fuerte de la Trinidad á fin de

(1) Mientras Belmás dice que los de la salida eran 500 y Vacani que 800, el general Sanson, en su diario oficial, apunta la cifra de 1.500. Tan conformes como en esto se hallan en cuanto al número de bajas sufridas por los sitiadores, pues que Belmás concede la de 13 muertos y 19 heridos, y Sanson la de 20, entre muertos y heridos, tan sólo. En cambio los dos consideran grande la pérdida de los españoles, elevándola Belmás á 45 muertos. Es natural: nuestros compatriotas resistieron la carga de los italianos, en tanto que éstos se entregaron á la fuga sin esperarlos siquiera en sus baterías.

aislarlo de la marina. Así pudieron el 4, al apuntar el dia, romper el fuego con 25 piezas montadas en sus cuatro baterías más próximas, tirando, las de una, de rebote sobre las caras de los baluartes del frente atacado; las de otra, de frente contra la cortina; las de la de brecha, para abrirla en la cara del baluarte de Santa María, y los morteros, finalmente, para anular toda defensa, lo mismo en los muros que en el interior de la fortaleza.

Era obra de poco tiempo el abrir brecha, puesto que, como hemos dicho ántes, se hallaba la antigua cerrada con pipas de madera rellenas de tierra, trabajo perfectamente visible para los más legos y sabido de los ingenieros franceses desde sus primeros reconocimientos. Demasiado se confirmarian en su opinion al ver cómo se deshacia aquel trozo de la cara del baluarte nuevamente recompuesto; y, comprendiendo que se aproximaba la hora del asalto, trabajaron durante el fuego del 4 y la noche siguiente para acercarse al recinto exterior, reunir los medios necesarios para el coronamiento del camino cubierto y minar la contraescarpa para el paso del foso y el asalto.

Capitulacion.

No se ocultaban al gobernador de Rosas esos trabajos; y, creyéndose incapaz de contrarestarlos áun con un fuego que sus mismos enemigos dicen fué violentísimo; viéndose con escasos víveres y en incomunicacion absoluta con las naves inglesas á las que no podia trasportar, por otro lado, ni áun los heridos y enfermos que llenaban el hospital y las demás habitaciones de la ciudadela, y sin esperanza, por fin, alguna de socorro, decidió buscar en una ca-

pitulacion honrosa la salud de los soldados que le quedaban, pocos, para salir airosos en su empeño, pero muchos para ser sometidos á condiciones que á cada punto se irian haciendo más duras. «Al apuntar »el dia (5 de Diciembre), dice Belmás, nuestras ba»terías volvieron á romper el fuego con nueva acti»vidad; pero el enemigo lo contestó débilmente. La »plaza se hallaba en el mayor apuro; la brecha era »practicable y la cabeza de nuestras trincheras se »hallaba ya muy próxima á la contraescarpa. La »guarnicion no esperaba socorro alguno, ni tenia »tampoco abrigo en que sustraerse al bombardeo que »la abrumaba; se veia disminuida por un gran núme»ro de enfermos y de heridos; y los víveres, en fin, »iban ya á faltarle. En tal extremidad, el gobernador »O'Daly envió, á las ocho de la noche, un parla»mentario para capitular. Pedia se le permitiese in»corporarse al ejército del general Vives que blo»queaba á Barcelona, ó retirarse con sus tropas á »otro punto de España, prometiendo no volver á to»mar las armas contra la Francia. Habiéndosele re»husado esas condiciones, se decidió á rendirse pri»sionero de guerra con su guarnicion.» (1)

(1) Hé aquí la capitulacion.

Artículo 1.°—Se pide: «La plaza de Rosas y Fuerte de la Trini»dad, se entregará á las Armas francesas en el estado que se halla »actualmente, entregando las municiones y víveres con inventario »nombrando de una y otra parte oficiales á este efecto.»—Respuesta.—«La Guarnicion de la plaza de Rosas y fuerte de la Trinidad »entregarán dichas Plazas en el dia de hoy á las Tropas de S. M. el »Emperador y Rey de Italia y sus aliados.»

Art. 2.°—Se pide: «La Guarnicion quedará libre con los honores »de la guerra, y los señores oficiales conservarán sus armas, y todo »lo que les pertenece, sin excepcion de personas ni de Nacion.—Respuesta.—«Estas dos plazas rendirán las armas sobre el glásis, y

Era muy distinta entónces la situacion de Rosas de la en que se habia hallado en 1795, por lo que no es de extrañar la diferencia que en una y otra defensa hallará quien las compare. La plaza estaba, durante el primero de aquellos dos sitios, en buen estado respecto á sus fortificaciones, y en comunicacion siempre expedita con la escuadra que, como española, tenia mayor obligacion é interés superior al de la inglesa de socorrer á sus compatriotas y de procurarles todo, refuerzos, municiones y víveres. Aun cuando la guarnicion se negó en todas ocasiones á ser relevada, resistiendo las instancias que se la hicieron en setenta dias què duró el sitio, sus bajas por muertos, heridos ó enfermos fueron reemplazadas con cuerpos que las naves del almirante Gravina mantenian en la rada, solicitando tomar parte en los combates que diariamente sostenian sus camaradas de tierra. El valor de las tropas rayó tan alto, que los mismos franceses, para ponderar el de las suyas, di-

---

»serán conducidas prisioneras de guerra á Francia; los oficiales y »soldados conservarán todo lo que les pertenece.»

Art. 3.°—Se pide:—«Para el trasporte de la guarnicion hasta la »escuadra y para preparar todo lo necesario en las embarcaciones, »se nombrará un oficial de la guarnicion española, y en caso que la »guarnicion se retire por tierra, será provista de víveres para dos »dias de los almacenes de la Plaza, y será escoltada por un oficial »francés.»

Art. 4.°—Se pide:—«Serán comprendidos en estos artículos to»dos los indivíduos de la guarnicion.»

Art. 5.°—Se pide:—«Despues de la entrega de la Plaza, el Gober»nador podrá enviar un oficial de su guarnicion al Quartel General »español del General Vives para dar parte de lo ocurrido.»

Respuesta á los tres últimos artículos:—«Inmediatamente des»pues de firmada la presente capitulacion se entregará una puerta »de cada plaza á la disposicion de la custodia de una compañía de »Guardias.»—Siguen las firmas. (Del Diario existente en el Ministerio de la Guerra.)

cen que aquel fué uno de los sitios más trabajosos de que haga mencion la historia; que los dos partidos rivalizaron en celo, en valentía y en abnegacion, pudiéndose considerar el hecho como de los más brillantes de la guerra para las dos naciones; y que de un lado y otro se ofrecieron rasgos y señales de todos los géneros de heroismo (1). Pero la guarnicion de Rosas en 1795, áun siendo hostilizada por fuerzas enemigas muy superiores en número á las que en 1808 mandaba el general Reille, y con un material de artillería inmensamente mayor; áun habiendo perdido en los últimos dias del sitio el fuerte de la Trinidad, arruinado por el fuego incesante de 32 piezas de gran calibre, y visto derrumbarse los parapetos de la ciudadela y abiertas brechas por que cabia dar un asalto general; á pesar de todo eso y de las muchas bajas que sufrió y de las pocas esperanzas que prometia la campaña en las orillas del Fluviá, conservaba libre el camino de la retirada que le mantuvo siempre expedito el patriotismo de nuestros marinos, lo cual la inspiraria un grandísimo aliento y una confianza ilimitada. Hasta era para aquellos soldados, todos veteranos, garantía segura y motivo de emulacion y de confianza, la autoridad de sus jefes, todos tambien de superior graduacion, además de acreditados en la campaña presente como en las pasadas de Gibraltar, Orán y América, por actos dignos de memoria eterna, muchos de los que ellos habian presenciado. El general Izquierdo, su gobernador, acababa de distinguirse brillantemente en Tolon; el

(1) Victoires, Conquêttes,., etc.

brigadier Taranco, conocido en España y el extranjero por sus vastos conocimientos, era el héroe de la batería de la Sangre en el Boulou; el coronel Alonso, veterano de Orán, Argel, Movila y Panzacola, se habia tambien distinguido en Bellegarde y en la retirada de la frontera dias ántes del sitio, y los comandantes de artillería é ingenieros Figueras y Lleopart pasaban en el ejército por tan sábios y hábiles como expertos y valientes.

En tales condiciones, ¿qué de extrañar la admiracion que produjo tal hazaña, la que, dirigiéndose á Rosas, hacia exclamar á uno de sus cronistas aquel mismo año: «Adoraremos tu memoria: tu nombre »grabado mejor que en el bronce, en nuestros cora»zones, elevará nuestro espíritu, alimentará nuestro »carácter, reunirá nuestros sentimientos, conservará »nuestro valor, nuestra firmeza, nuestra magnani»midad, el amor generoso de la gloria por la Reli»gion, por el Rey y por la Pátria?» (1)

Era muy distinta la situacion de los defensores de Rosas en el sitio de 1808. La fortaleza habia quedado en el mayor abandono desde la época del anterior: la reparacion de sus muros databa de dias ántes de dirigirse á ellos el ejército de Gouvion Saint-Cyr y habia sido, por consiguiente, tan incompleta como rápida y superficial. Las provisiones eran escasas, lo mismo las de guerra que las de boca, confiándose en que la escuadra inglesa atenderia á todo, á pro-

---

(1) F. Sebastian de Jesús Nazareno, en su discurso apologético titulado. «Carácter español. Elogio del valor inmortal de la guarnicion de la plaza de Rosas... Barcelona MDCCXCV.

curar material de artillería, municiones, víveres, refuerzos, en fin, de todo género. Si la española habia atendido en 1795 á cuanto pudiera ocurrir y necesitarse en Rosas, desde la evacuacion de los enfermos y heridos y sus reemplazos, hasta abrigar en sus naves la guarnicion entera el dia en que abandonó la fortaleza, sin que la arredraran los temporales ni el fuego del sin número de cañones de á 36 y 24 y de los morteros que los franceses habian establecido para alejarlas, ¿qué no debia esperarse de los buques y marinos británicos tan orgullosos de su supremacía en todos los mares? Y, sin embargo, no sólo comenzaron desde los principios del sitio á tomar distancia en la bahía, sino que abandonaron la tarea de aliviar la plaza del cuidado de los enfermos y heridos que el bombardeo contínuo de los enemigos y la falta de edificios á prueba aumentaban en proporciones aterradoras, y concluyeron por mantenerse en una absoluta incomunicacion. La única que guardaron hasta el último momento, fué la del fuerte de la Trinidad que tanto les importaba por tomar sus soldados parte en el presidio y mandarlos uno de sus capitanes (1).

---

(1) Ya hemos dicho que era Lord Cochrane quien dijo despues que los ingleses no habian cumplido del todo con su deber, pues que pudieron, á lo ménos, salvar la guarnicion como en 1795 lo habian hecho los marinos españoles; confesion tanto más sincera cuanto que él fué, puede decirse, el héroe del fuerte de la Trinidad.

Gouvion Saint-Cyr dice por su lado: «Era posible á los ingleses »de dia, y fácil, sobre todo, de noche, el embarcar la guarnicion y »trasportarla en pocas horas á la derecha del Fluviá, dejando tan »sólo un pequeño destacamento para entregar la fortaleza, como »se habia hecho en Febrero de 1795, cuando una escuadra espa»ñola ocupaba la bahía. No habíamos nunca esperado coger á la »vista y al alcance de la artillería de la escuadra, una guarnicion »de cerca de 3.000 hombres.»

La guarnicion era en 1808 tan numerosa como en 1794; pero no recibió sino un pequeño refuerzo en la noche del 27 de Noviembre. Era, además, sumamente heterogénea compuesta, como estaba, de algunos cuerpos veteranos y milicias del país, voluntarios ó miqueletes sin organizacion regular ni instruccion apropiada. Su jefe acababa de acreditarse como valiente y entendido en los sitios puestos á Gerona por Duhesme; pero su graduacion de coronel, y ésta recientemente adquirida dentro de un regimiento extranjero, le quitaba autoridad para con las tropas y, sobre todo, para con los aliados, cuya cooperacion habia de importar tanto en las condiciones especialísimas de aquella plaza. Debióse, con todo, al coronel O'Daly, presente siempre en los mayores peligros y en los trances más difíciles, el órden que presidió á todo durante los veintinueve dias que duró el sitio, y la energía que desplegaron sus subordinados, tan excepcional, si no tan afortunada, como la de los soldados del general Izquierdo. Puso de su parte cuanto cabia para retardar las operaciones del enemigo y obtener los refuerzos ó el socorro que pudieran enviarle sus jefes del ejército; y no es fácil señalar en su conducta errores ó faltas cuya comision ejerciera influencia importante en la marcha y el resultado del sitio. Porque no puede achacársele ni el estado inerme de la plaza, debido á la incuria de los gobernantes del Principado, á quienes el ingeniero Sr. Lemaur acudió varias veces con sus reclamaciones, ni la parsimonia que usó en las salidas, ineficaces si no se hacian con fuerzas numerosas y frescas. La responsabilidad de eso pesaba sobre otros que el gobernador de una pla-

za, dotado de tan corta autoridad por su empleo en un ejército, lleno, como siempre, de altas é importantes jerarquías militares. La salvacion de Rosas debia venir del campamento español de Barcelona cuyas fuerzas, una gran parte al ménos de ellas, de reunirse á la vanguardia el 24 de Noviembre, con su sola presencia en el Fluviá, hubieran obligado á los de Saint-Cyr á reconcentrarse y á levantar apresuradamente el sitio de aquella plaza. No bastaban las de la division Lazan que llegaron, además, tarde para tomar parte en la accion del 24: hubieran sido necesarios 8.000 hombres más que sobraban en el bloqueo de la capital; y, ante ellos, Souham se habria retirado á Figueras ó Saint-Cyr, Reille, Pino, cuantos franceses habian invadido Cataluña se hubieran apresurado á sostener á aquel general, colega suyo, tan comprometido y hasta sin víveres en sus posiciones avanzadas.

No nos cansaremos de repetirlo; el error de Vives no tiene otra disculpa que las exigencias y la ignorancia de los barceloneses acogidos á su campo, y esa es inadmisible.

Así, Rosas, desconocida en su grandísima importancia ántes del sitio y durante su defensa, tenia que caer en pocos dias para que revelasen la excelencia de su posicion y la necesidad de su mantenimiento la marcha del ejército francés al interior del Principado, la liberacion de Barcelona y las victorias sucesivas.

A la capitulacion de la ciudadela de Rosas, siguió inmediatamente el abandono del fuerte de la Trinidad que Lord Cochrane hizo volar, dando fuego al polvorin

despues de haber embarcado su tropa y la española de la guarnicion en botes enviados por la escuadra. Y aquellas mismas naves á quienes arredraba en los últimos dias del sitio el acercarse á la plaza para alivio de los defensores, los cañonearon al salir de ella prisioneros de guerra; ignorándose hasta ahora si por desprecio á ellos ó por irritacion, como se inclinan á creer los historiadores franceses, ó si por descargar sus iras sobre los enemigos áun cuando en aquel momento anduvieran confundidos en la playa con los aliados de la Gran Bretaña (1).

Pasaron á Francia en calidad de prisioneros de guerra 2.705 entre jefes, oficiales y tropa, quedando, además, en Rosas cerca de 300 heridos: el número de las piezas de artillería cogidas fué de 58, y considerable el de los proyectiles de todos calibres. En cuanto á municiones de boca, no hallaron los franceses ninguna; y á eso, al estado de la brecha y á la incomunicacion con los ingleses, hay que atribuir el que se rindiera O'Daly ántes de haber resistido ningun asalto (2).

**Marcha de Saint-Cyr á Barcelona.**

Ya no tenia Saint-Cyr por qué vacilar en sus pro-

---

(1) «Han tirado contra la plaza, dice el general Rey, jefe de »E. M. de Saint-Cyr, al comprender que se rendia; pero la gran »distancia á que se encontraban les ha impedido alcanzar la orilla »con sus bombas y balas: oficiales y soldados están furiosos contra »los ingleses y no vuelven en sí del efecto que les ha producido la »deslealtad de los insulares.»

Saint-Cyr dice que tiraron cuando los españoles desfilaban por la playa.

Thiers da el fuerte de la Trinidad ganado ántes del 3 por sus compatriotas.

(2) Véase el apéndice núm. 12, que contiene el despacho del general Rey, jefe de E. M. de Saint-Cyr, sobre la capitulacion de Rosas y el estado del material encontrado en la plaza.

yectos; y, reuniendo en un cuerpo los de su ejercito entero, emprendió la marcha á Barcelona, á que no habia momento en que no le instase con las más apremiantes órdenes el mariscal Berthier. La caballería que habia quedado en Francia por falta de forrajes; los convoyes de víveres absolutamente necesarios para la marcha; los cuerpos empleados en el sitio de Rosas, y el cuartel general, por fin, se hallaban el dia 8 en la orilla izquierda del Fluviá, componiendo un total do 26 batallones y nueve escuadrones con 15.000 bayonetas y 1.500 sables, como dice aquel general en sus Memorias (1). La division Reille continuaria en el Ampurdan, encargada de guardar las fortalezas de Rosas y Figueras, de mantener las comunicaciones con el Imperio y retirar á la segunda de aquellas plazas la artillería de campaña del ejército cuando su general la abandonase considerándola como un estorbo para los proyectos que abrigaba, muy distintos de los que se le suponian.

Porque la noticia de lo de Rosas, no creida en un principio por sospecharse de su orígen, produjo en el campo español de Barcelona las más contradictorias opiniones. Si fué unánime la de que Saint-Cyr tomaria inmediatamente el camino de la capital, unos creian que habria de detenerse en él para la conquista de Gerona, sin la que consideraban excesivamente temeraria su empresa, y otros que lo tendrian muy pronto á su vista sin detenerse en parte alguna. Es-

(1) Se le olvidan 1.000 artilleros que le acompañaban con el ganado y atalajes necesarios para las piezas que pensaba hacer retirar á Figueras en el momento oportuno.

tos, que eran los ménos, hallándose el general en jefe rodeado de personas, en su mayor número, sin conocimiento alguno del arte de la guerra y con el interés de regresar á sus hogares de Barcelona, eran, sin embargo, los que acertaban.

Los avisos del general Duhesme hacian saber á Saint-Cyr la situacion difícil en que ya se hallaba con bloqueo tan rigoroso, como el que sufria, por mar y tierra; las órdenes de Napoleon no consentian ya disculpa á retardo alguno en el comienzo de las operaciones; y, de emprenderlas metódicamente y por el único camino existente para la artillería y los convoyes, se encontraria con obstáculos que no le seria dado vencer en el corto espacio de tiempo que le quedaba para salvar á su colega de Barcelona. En ese camino se hallaban la plaza de Gerona, que Duhesme no habia podido tomar en ninguna de sus dos embestidas, y Hostalrich, castillo que exigia tambien un sitio en regla, colocado en situacion ineludible, si no tomaba el ejército la direccion de la costa por una carretera cortada en cien puntos y amenazada en otros tantos del fuego de las fuerzas sutiles de los ingleses que la vigilaban constantemente. El detenerse en cualquiera de aquellas dos empresas era hacer inútiles tantos sacrificios como representaban la defensa de Barcelona, por un lado, y la conquista de Rosas por otro; era tanto como perder la campaña. Y Saint-Cyr, inspirándose en la alta y difícil mision á que estaba llamado, y cediendo á los impulsos de su ánimo levantado, de su orgullo y de sus ambiciones de glorias, al de su envidia misma que le hacia sospechar de la que se imaginaba roer el corazon del Emperador, adoptó el par-

tido más arriesgado, pero el más honroso tambien, el de sin artillería, con muy pocas municiones y víveres para cuatro dias, eludir el paso de aquellas plazas, atropellar el de los rios y montañas que encontrara y abrirse paso, costase lo que costase, hasta salvar á sus camaradas de Barcelona.

Nosotros no recordamos en la historia empresa parecida superior en dificultades, más preñada de peligros ni más sábia y felizmente ejecutada, si no es la de nuestro Gran Capitan en Italia cuando hizo aquella marcha admirable de Nicastro á Melfi para salvar á D. Fernando, que le llamaba desde Nápoles, de las manos de sus mortales enemigos los ranceses y barones partidarios de la casa de Anjou. Más de 40 leguas le separaban del monarca siciliano en cuyo auxilio habia sido enviado, y las recorrió en muy pocos dias, atravesando rios y montes de muy difícil tránsito, apoderándose de castillos y plazas que pasaban por muy fuertes cuando la artillería era incapaz de hacer los estragos que más tarde en las murallas, y arrollando, lo mismo que las muchedumbres del país que le interceptaban el camino, los ejércitos regulares enemigos que operaban en campo raso para arrollarle y las guarniciones que se defendian para detenerle. Pero el menor retraso significaba, lo mismo que una derrota, la desgracia de D. Fernando á quien era preciso sacar de la mala situacion en que se hallaba frente á frente del Duque de Montpensier y los soldados de la Francia; y fué conquistada Cosenza en el tercero de los asaltos que se le dieron en un sólo dia y muerto en Layno, Alberto de San Severino, con una nube de sus oficiales y soldados; fueron ven-

cidos los montes y los rios que defendian los habitantes más belicosos del *Reyno*, y abrieron sus puertas al diestro y afortunado Gonzalo de Córdova sin número de ciudades y castillos, hasta el de Atella, con cuya expugnacion acabó la campaña.

Pues bien; si no en iguales proporciones, la empresa de Saint-Cyr entrañaba parecido pensamiento, dificultades semejantes, peligros idénticos y obtuvo el mismo resultado. No escatimaremos ni un átomo al mérito de aquella rápida y feliz campaña en que se manifestó tan hábil y tan enérgico el general francés; pero sí diremos, con un historiador aleman, que no parece sino que era el mismo Saint-Cyr y no Vives quien mandaba á los españoles, segun se mostraron de perezosos y torpes. Ocasion más propicia que la que entónces se presentó á nuestro compatriota para alcanzar una victoria parecida á la de Bailén, es difícil, si no imposible, se ofrezca á general ninguno por afortunado que sea. El ejército francés iba á encontrarse con una division española á sus espaldas, reforzada con la recientemente llegada de la de Aragon y una nube de miqueletes y somatenes sumamente útiles desde que tuvieran un apoyo tan seguro como el de las montañas vecinas y base tan sólida para sus operaciones como aquellos mismos montes y las plazas de Gerona y Hostalrich. A su frente hallaria accidentes del terreno que, ocupado por algunas de las fuerzas del campo de Barcelona que Vives hubiera adelantado al primer rumor de la caida de Rosas, le hubieran detenido hasta la llegada á ellos del grueso del ejército español. Y conseguido aquel primer resultado, tan probable de mostrar los

españoles alguna diligencia y energía, los franceses, sin artillería, con municiones para uno ó dos combates á lo más, y víveres para cuatro dias, en un país todo él en armas contra ellos y atacados por todas partes, hubieran tenido que sucumbir, como los de Dupont, víctimas de la temeridad de su jefe. «Por esa »razon, dice el historiador Schépeler, acabado de ci»tar, la marcha de Saint-Cyr á Barcelona es uno de »los hechos de armas más atrevidos de aquella guer»ra; pero allí, añade, donde no hay general que se »oponga, todo es fortuna.»

Ya hemos dicho que Saint-Cyr se hallaba el 8 junto al Fluviá que cruzó el 9 con sus tropas, rechazando hasta la derecha del Ter la avanzadas españolas que vigilaban los pasos de aquel rio. Al dia siguiente y desde Mediñá, donde tenia su cuartel general, comenzó á maniobrar simulando la intencion de sitiar á Gerona, con la única, sin embargo, de entretener á Vives para que, en la esperanza de verle detenido por muchos dias ante aquella plaza, perseverase en su quimérica empresa de la conquista de Barcelona. Y, con efecto, miéntras el general francés, despues de pasar el 10 representando una farsa de que nunca debieron hacerse juguetes Alvarez y Bazán, recogidos en Gerona, despedia el 11 su artilllería á Figueras y tomaba el camino de La Bisbal, en el campo español de Barcelona se perdian todos esos dias en *una total y deplorable inaccion*, como dice uno de los oficiales de E. M. del ejército, en el abatimiento más grande por la noticia, ya induvitable de la caida de Rosas, la de las derrotas de nuestros compatriotas en las márgenes del Ebro, y la pérdida

Se dirije á La Bisbal.

de toda ilusion respecto á la obra restauradora en que se habian malgastado tanto tiempo y esfuerzos tan generosos.

Consejo de guerra en el campo español.

Celebróse un consejo de guerra, ese recurso de los carácteres débiles y de las inteligencias oscuras, y, como en casi todos, se tomó un temperamento medio, el de por atender á las dos empresas, la de seguir con el sitio de Barcelona y rechazar á Saint-Cyr, dividir el ejército que así se presentaria débil en ambas. En vano el conde de Caldagués clamó por que, dejándose en una posicion elegida por lo fuerte y estratégica un cuerpo de 4.000 hombres para contener á los sitiados de la capital, se marchase decididamente con el grueso de las tropas, con todas las restantes del ejército, al encuentro de Saint-Cyr, para combatirle en cualquiera de las varias posiciones que habria de vencer en su camino. Con el pretesto de que Lazán consideraba como escasas las fuerzas francesas que avanzaban, como si fuera Saint-Cyr á emprender marcha tan arriesgada con un destacamento, la mayoría del consejo y, con ella, Vives, decidieron que Milans, con cuatro tercios de los que mandaba, se situara en Coll-Sacreu en el camino de la costa para ir conteniendo al enemigo en su marcha, miéntras Lazán lo acosaria sin cesar por todos lados, atacándole enérgicamente cuando lo viera en accion con otras fuerzas españolas; que el general Reding se dirigiese á Granollers con su division de 4.000 hombres escasos para cerrar el camino del interior, y que el resto del ejército continuara al frente de Barcelona. Pero las noticias que llegaban eran á cada momento más y más alarman-

tes; haciendo conocer la inesperada direccion que iba dando á sus operaciones el general francés, las maneras hábiles con que iba burlando el encuentro de los españoles y evitando el fuego de los buques ingleses de la costa y el de las plazas situadas en su camino, los progresos, en fin, que hacia y su proximidad al objetivo de su marcha. Vives, con ésto, hubo de resolverse á avanzar por su parte en apoyo de Milans y de Reding; y el 15 abandonó el llano de Barcelona para unirse en Granollers al general suizo, su teniente en aquella nueva campaña, tan desgraciada como breve.

De modo que hacia cinco dias que Saint-Cyr, tomando el camino de La Bisbal, habia revelado su proyecto y los recursos con que contaba para ejecutarlo, cuando se decidia á moverse su rival para contrariarlo con los suyos que, siendo muy superiores, haria se le opusieran en proporciones numéricas y en una diseminacion que constituirian una inmensa y torpe inferioridad. Lazán tenia á sus órdenes unos 6.000 hombres con los somatenes de los pueblos próximos á Gerona; Milans, cuatro tercios y los voluntarios que iba encontrando en su camino, en total unos 3.000; Reding y Vives reunian en Granollers sobre 8.000 con alguna, aunque poca, artillería; quedando el resto de cerca de 12.000 hombres al frente de Barcelona. No se pensaba en formar con todas aquellas fuerzas una ó dos masas, á lo más, con que ofrecer á Saint-Cyr una gran batalla en terreno elegido y propio para darla; que si se hubiera hecho con la diligencia á que la ocasion provocaba, aquel general se hubiera encontrado como Dupont

en Andalucía, entre dos cuerpos, el uno de 16.000 hombres á su frente, decidido á disputarle el paso á Barcelona, y otro de 9.000 por sus espaldas y flancos, cerrándole todo camino de evasion ó retirada. Nada de eso se hizo, sin embargo: las fuerzas españolas operaron en una diseminacion lamentable; tan torpe como perezoso fué el impulso que recibieron de su jefe, indeciso en circunstancias que exigian la más activa energía (1).

Sigue Saint-Cyr á Hostalrich.

Saint-Cyr, una vez en La Bisbal, abandonó tambien los carros en que habia cargado los víveres y municiones que sacara el dia anterior de Pardiñá y, distribuyendo á las tropas raciones para cuatro jornadas y cincuenta cartuchos por plazas, y cargando en mulos del país 150.000 más como único repuesto, emprendió el 12 su marcha para Castel D'Aro. En el camino encontró á los miquelètes de Clarós que trataron de disputarle la posicion de Calonge en que habian practicado varias cortaduras y volado alguno de los puentes que debian pasar los franceses; pero

(1) Cabanes dice: «Las fuerzas con que podia contar (Vives) en »el dia de la accion de Llinás, ó lo que es lo mismo, desde que lle»garon al exército las divisiones de Aragon y de Granada, eran se»gun un cálculo aproximativo, las siguientes:

| DIVISIONES. | INFANTERÍA. | CABALLERÍA. |
|---|---|---|
| Lazán | 7.022 | 266 |
| Milans | 3.320 | » |
| Vives | 4.150 | 240 |
| Reding | 3.800 | 380 |
| Caldagués | 11.225 | 720 |
| Guarniciones de Gerona, Hostalrich y la perdida en Rosas | 5.780 | » |
| *Total* | 34.297 | 1.606 |

ni su número ni su instruccion, eran para detener á la division Pino que iba en vanguardia y los arrolló en un abrir y cerrar de ojos. Tambien al pasar por la marina junto á Palamós, tuvo que sufrir el ejército francés los disparos de algunas cañoneras inglesas apostadas á corta distancia del camino, sin otro resultado, con todo, que el de retardar la marcha del enemigo que no pudo llegar al término de la jornada hasta las diez de la noche.

El 13 por la tarde estaban los imperiales en Vidreras, conseguido su primer y, quizás, más importante objeto, el de haber dejado á retaguardia la division Lazán que pernoctaba aquel mismo dia en Casá de la Selva á donde se habia trasladado desde Gerona, desengañado aquel general de que no era Gerona el objetivo del enemigo, segun creia en sus primeros pasos.

El camino, despues, dirije rectamente al Tordera; y Saint-Cyr lo halló, con la alegría que puede figurarse, libre de enemigos que, de ocupar la orilla derecha, hubieran logrado, como él decia luégo, que consumiera todas sus municiones. Así es que, aunque con gran trabajo, pudo la division italiana abrirse paso hasta Masanet y Martorell, flanqueada por la francesa de Souham que fué cubriéndola por Silo y las Mallorquinas de los ataques de Lazán, que habia alcanzado á la retaguardia desde las primeras horas del dia.

Si entónces se hubiera presentado Vives con la mayor parte de las tropas de su mando en el Tordera, la posicion de Saint-Cyr habria sido una de las más difíciles en que pudiera encontrarse general

alguno. Apoyado el éjército español en el Tordera, con un flanco sobre Hostalrich y el otro en el mar; sin terreno abierto, el enemigo, en que valerse de sus condiciones maniobreras y acosado en su retaguardia y lados por la division Lazán, los miqueletes de Clarós y todos los somatenes de las inmediaciones; buscando, en fin, un paso por donde alcanzar el camino de Barcelona que le cerraba la fortaleza que tenia á la vista, imposible parece que lograra salvarse de una derrota que sus mismos subordinados creian inevitable.

Su estrella, siempre feliz, le sacó de aquel apuro. Vives continuaba entre el Llobregat y el Besós; Lazán y Clarós fueron rechazados, como no podian ménos de serlo; y el sendero y los pasos que los oficiales de E. M. no pudieron encontrar fuera del alcance de la metralla y la fusilería de Hostalrich, se mostraba á los ojos de Saint-Cyr á las dos horas de buscarlos siguiendo las indicaciones que le habia hecho en Perpignan un pastor práctico en aquel terreno (1).

El 15 muy temprano, las tropas, á la desfilada,

---

(1) «Se empleó, dice en sus Memorias, lo que quedaba de dia »en buscar un camino que, dando la vuelta á Hostalrich á mayor »distancia que el alcance de la metralla y del fusil, se uniese al »camino de Barcelona á espaldas de aquella fortaleza. Cuantos con»trabandistas habia el general en jefe consultado en Perpignan, le »habian expuesto que no existia: un sólo hombre que habia guar»dado ovejas en aquel sitio, le aseguró lo contrario, y por aquella »afirmacion de uno sólo, negada por tantos otros, se decidió á pa»sar por allí mejor que por la orilla del mar donde hubiera hallado »muchos más obstáculos que vencer.»

Y hace en seguida una ligera descripcion de los que encontró Duhesme en su retirada de Gerona, en que, como saben nuestros lectores, tuvo que quemar los carruajes y echar la artillería al mar.

y los caballos, de mano, salvaron el áspero terreno que cruzaba el tan buscado sendero, saludadas por el cañon de Hostalrich, que no hizo efecto alguno, y sólo al ganar la carretera de Barcelona tuvieron que resistir un ataque de la guarnicion y de los somatenes de las inmediaciones que no les costó ni trabajo ni sangre apénas rechazar. En todo apuro, tenian los infantes espacio por donde alejarse, puesto que el sendero se halla al N. de Hostalrich sobre la derecha del rio Santa Coloma y en la falda de las montañas que desde el nevado Monseny descienden al Tordera, sobre cuyas aguas se eleva el castillo como atalaya de todo aquel valle tan pintoresco y fértil. A las pocas horas recorria el ejército francés la carretera general, si hostigado en su derecha por las guerrillas españolas que lo iban flanqueando, libre en su izquierda por la proximidad del Tordera y al frente, sobre todo, por la ausencia de Reding, de Vives y de cuantos pudieran oponérsele de un modo eficaz y decisivo. Sólo en San Celoni y en el desfiladero de Trentapasos, tuvo que detenerse unos momentos, pero nada más, porque el Coronel Miláns, que le salió al paso, tenia muy poca fuerza para que no la arrollara la division Pino, esguazando una parte de ella el Tordera y, desembarazado el puente, lanzándose el resto á dar una formal batalla que los miqueletes, sin apoyo alguno á su retaguardina, no estaban en disposicion de recibir. Muy pronto despues quedó salvado el desfiladero á pesar tambien de las cortaduras ejecutadas en él y de oponerse á ello los jefes imperiales que pretendian pernoctar junto al puente de San Celoni. Su general en jefe hi-

Combate en San Celoni y Trentapasos.

zo, muy sábiamente, continuar la marcha y, aunque á más de las diez de la noche, estableció el vivac al S. de Trentapasos, en el valle ya del Besós, dominando una parte del Vallés y á la vista, puede decirse, de aquella importantísima plaza de Barcelona cuyo bloqueo iba á levantar. Su diligencia produjo, quizas, á Saint-Cyr el éxito que obtuvo al dia siguiente, comprometido, de otro modo, áun con lo hábil y enérgico de la marcha que hasta allí llevaba ejecutada; porque, de encontrar á Vives y Reding en Trentapasos en lugar de en Cardedeu, habia la diferencia de muchas probabilidades en pró ó en contra del resultado que buscaba; siendo la primera de aquellas posiciones, como divisoria entre el Tordera y el Besós y por lo accidentado y selvático del terreno, mucho más favorable para los españoles que la segunda.

Batalla de Llinás ó Cardedeu.

Hemos dicho que Vives abandonó el 15 su campo de Barcelona. En Granollers halló al general Reding que observaba al enemigo en la línea de aquella poblacion á la de Mataró, temiendo hiciese algun cambio en la direccion que llevaba. Y teniendo ya conocimiento del avance de Saint-Cyr, del combate de San Celoni y la ocupacion de Trentapasos por las tropas francesas, cuyas fogatas podia ver, salió de Granollers con las suyas á las doce de aquella noche, dirigiéndose á Cardedeu por el camino de Llinás y mandando las de Reding á la Roca, posicion que resultaria muy atrasada sobre su derecha, pero á caballo, como la de Llinás, sobre la carretera general y observando, á la vez, las avenidas de Mataró y los montes que allí forman la costa. Los entorpe-

cimientos que siempre produce la noche, sobre todo en Diciembre; el trasporte de la artillería; el movimiento de los caballos y de una parte de las fuerzas que componian el ejército, ó visoña ó de somatenes, hicieron que Vives no llegara á Cardedeu hasta las seis de la mañana del 16, y que Reding, teniendo que recorrer dos lados del triángulo miéntras su jefe el tercero, llegara tarde á la línea de batalla que sus errores anteriores, la pereza de sus movimientos y su mala estrella obligarian al general en jefe á ocupar en la triste jornada de aquel dia.

Así resultó que en vez de una batalla en posicion elegida de antemano, preparada convenientemente y con fuerzas bastantes en sus accidentes más notables para una defensa obstinada y feliz, se diera una de encuentro en que puede decirse que el sorprendido no fué el general francés en su movimiento arrebatado desde el Fluviá y el Tordera, sino el español que debia tenerla prevista ocho dias ántes, desde el en que supo la rendicion de Rosas. Al punto de amanecer y junto á las primeras casas de Llinás, encontráronse las avanzadas de uno y otro ejército; las de la division Pino, que acababa de ponerse en marcha y descendia de los altos de Trentapasos, formada en una sola columna segun se le habia prevenido, y las españolas que, á la vista del enemigo, se replegaron á las faldas de las eminencias en que asienta Cardedeu de donde hacia muy poco habian salido.

**Formacion de los españoles**

Al acercarse los franceses, apareció la línea española formada en una série de alturas que cierran el tortuoso camino que aquellos tomaban, deprimién-

dose por la derecha hasta el hondo lecho del Nogent afluente, el más abundoso de aguas, del Besós, y alzándose, por el contrario, hácia la izquierda en direccion del Monseny como ramales suyos que son, aunque distantes ya y relativamente humildes. A la derecha del camino, segun se sale de Cardedeu, y despues de cruzar una pequeña llanura que limita un bosque de pinos, se eleva, sombreada en parte por ellos, una loma en que nace un barranco que despues se une al llamado de la Roca que sigue el camino en todas sus sinuosidades hasta el llano de Llinás, entre otras dos alturas adelantadas á la anterior y que dominan todo el terreno llano que precede á esta poblacion.

La presencia de los franceses hizo que Vives formara sus tropas en la loma, situando el grueso de ellas en dos líneas; la primera avanzada sobre el barranco para mejor dominar las avenidas, y la segunda en la parte culminante. Y suponiendo que allí tendria lugar el choque más rudo, sólo destacó á su izquierda el somatén de Vich considerándolo como suficiente para mantener aquella ala con el fuego de sus dispersas secciones. Quizás le induciria tambien á no adelantarse más, la consideracion de que, habiendo dirigido á la Roca la division Reding, quedaria demasiado atrasada, de seguir él avanzando, y no llegaria aquella oportunamente al campo de batalla. De las siete piezas de artillería que llevaba, estableció dos en la izquierda enfilando una parte del camino, la en que, ya próximos los franceses, habrian de presentarse ante la posicion española al alcance de la metralla. Repartiéronse otras tres piezas

en el centro para batir el terreno que mediaba entre el camino y el Monget, el ménos accidentado; y las dos restantes quedaron á retaguardia entre los dos batallones de la derecha de los cuatro de segunda línea. Vives se situó en una eminencia que dominaba el espacio ocupado por su fuerza y junto al pueblo de Villalva, en el camino de Barcelona, con un escuadron de su caballería, la que obtuvo su puesto en los flancos de la primera línea á la izquierda de aquella misma vía, ocupada, ínterin se tomaban estas disposiciones, por los italianos de Pino, deseosos de adelantarse á sus aliados en la lucha de que esperaban llevarse, ellos sólos, la gloria de aquel dia.

Maniobras de la division Pino.

Tenia el general italiano la órden terminante de su jefe, de formar las tropas en una sola columna, como acababa de hacerlo éste con las de las otras dos divisiones de Souham y Chabót. Tan firme estaba Saint-Cyr en este propósito que, al dirigirle Pino uno de sus ayudantes para anunciarle la presencia del enemigo y pedirle instrucciones, le envió esta respuesta que traducimos íntegra porque revela el plan completo del ilustre general francés, adoptado desde que emprendió su, tan hábil como arriesgada, marcha.

«Repita V. al general Pino que el cuerpo de ejér»cito debe combatir en el mismo órden en que se en»cuentra y tal cual lo he hecho formar esta mañana: no »tenemos ni tiempo ni medios de tomar nuevas dis»posiciones para batir á los españoles; el terreno es»tá tan cubierto, tan lleno de bosques, que necesita»ríamos tres horas, por lo ménos, para reconocer las »posiciones del enemigo y ántes de dos puede estar

»aquí el marqués de Lazán y atacarnos por retaguar»dia miéntras seamos asaltados en nuestra izquier»da por la division Milans que ayer combatimos y »que, al anochecer, quedó tan próxima á nosotros. »No tenemos un minuto que perder: es necesario pa»sar por encima de las tropas que están frente á nos»otros, sea el que quiera su número, único recurso »que nos queda en la posicion en que nos hallamos. »Estamos sin pan y casi sin municiones, no quedán»donos más que las espadas y las bayonetas, únicas »armas que restan á nuestra disposicion y las solas »de que debemos hoy hacer uso. El enemigo tiene »una artillería bien montada que le proporcionará al»guna ventaja, tanto mayor cuanto que hará fuego »mucho tiempo con la seguridad de que no tenemos »con qué responderle; razon superior para aumentar »la rapidez en nuestro ataque. Recordad al general »Pino que evite el menor tanteo, y le prohibo que »despliegue un sólo batallon. A pesar de lo fuerte de »la posicion del enemigo es necesario atacarla en co»lumna, cortar su línea por el centro, aplastar aquel »punto con la reunion de todos nuestros medios, de »todos nuestros esfuerzos, y eso con tal celeridad, que »no le dé tiempo para resistir la carga; es preciso ba»tirlo sin cambiar el órden en que estamos ni áun »para hacer prisioneros en gran número, pues que »nuestro objeto principal, el único, es el de llegar »esta noche lo más cerca posible de Barcelona y ha»cer levantar el sitio anunciando nuestra llegada con »las hogueras del campamento.»

Es una órden, ésta, en que no se sabe qué admirar más, si la elevacion de miras y lo hábil del pro-

yecto que entraña, ó la elegancia y propiedad verdaderamente clásicas de la forma en que está expuesta. Aun sin el realce de la victoria, ella sola bastaria para acreditar á su autor de general tan sábio como hábil y digno de la fortuna más brillante.

No necesita tampoco comentario alguno para que se comprenda el pensamiento entero de Saint-Cyr en aquella breve campaña que, en concepto de los imparciales, lo elevó al primer rango entre los tenientes de Napoleon.

Pero contra las prescripciones anteriormente recibidas y ántes sin duda, de que le llegaran las nuevas de aquella órden, el general Pino, al ver formado á su frente el ejército español, comenzó á maniobrar para combatirlo. Acababa de llegar al campo de Vives la division Reding y tomaba puesto en unos cerros que forman la márgen izquierda del Mongent, en comunicacion, sin embargo, con el terreno de la derecha en la que, con los húsares españoles, estableció algunos de sus batallones, siguiendo la direccion de la línea general de batalla. Y, sea por el temor de verse flanqueado en su marcha con formacion tan peligrosa como la de una sola columna, sea por impulso militar que le moviese á combatir segun los preceptos del arte, el general Pino desplegó la division en sus dos alas para contener las del enemigo, miéntras se dirigia al centro para alcanzar el resultado que buscaba su jefe en una sola y rápida maniobra. La brigada Mazzucchelli se movió por la izquierda con el 2.° ligero y el 4.° de línea en cabeza, á fin de romper por allí la línea española y facilitar, de todos modos, el ataque central que, á su vez,

haria posible el de aquel lado, y el derecho, al que se dirigió el general Fontane con algunos batallones de los de su mando. Creia Pino imposible romper á los españoles en un sólo punto, al que acudirian inmediatamente, flanqueando por uno y otro lado la columna única en que se le mandaba atacar, encajada en un camino estrecho, tortuoso y enfilado, en los sitios más peligrosos, por la artillería enemiga. Pero pronto hubo de tocar los resultados de su falta de obediencia á las órdenes terminantes de Saint-Cyr; porque, al avanzar el 2.° ligero en dos columnas y ántes de hacer su despliegue y romper el fuego, les salieron al encuentro los húsares españoles que en varias y brillantes y afortunadas cargas, los desbarataron completamente matando muchos de sus soldados y haciendo más prisioneros y, entre ellos, al comandante Bozzolini, uno de sus jefes más hábiles. Y no hubiera parado allí la derrota sin la intervencion del 4.° de línea italiano que, viendo tan mal parados á sus compatriotas, recogió á los fugitivos en sus filas y logró contener á los húsares con su vivo fuego y su masa imponente.

Es rechazado por los españoles.

No era mejor la suerte de la columna que el general Fontane habia dirigido sobre la izquierda española; y el comandante Cometti y su batallon hubieran tambien perecido, de no acogerse al 7.° de línea que hizo Pino avanzar en su auxilio y en el de dos compañías, tambien italianas, que, animadas con haber hecho cejar á los voluntarios de Vich, se habian temerariamente adelantado y se hallaban á punto de verse envueltas y, de consiguiente, en el mayor peligro.

Tal era la situacion de la vanguardia imperial cuando llegó el general Saint-Cyr al campo de batalla, en que, como dice muy bien en sus Memorias, «vió con pena el cambio de sus disposiciones, que »exigiria otras obligándole á varios ataques en vez »de uno sólo, é iba, de consiguiente, á debilitarle, á »disminuir sus probabilidades de éxito y hacerle, »por fin, perder un tiempo precioso y comprometer »un fuego de fusilería que no podria sostener sino »cortos instantes por falta de cartuchos.»

Providencias de Saint-Cyr.

Pero como á Saint-Cyr no le faltaban nunca expedientes para salir de cualquier apuro, pronto, abandonando un proyecto que el ardor del general Pino habia desconcertado, reformó la línea de batalla y, al apoyo de la division Souham que le seguia de cerca, hizo avanzar de nuevo la italiana que ya entónces pudo operar entera con sus sostenes y reservas. Aun así, la brigada Mazzucchelli continuó hostilizada y como oprimida entre el centro, dirigido por Vives, y la derecha, en que Reding, adelantando á cada paso sobre la márgen del Mogent, amenazaba flanquearla; pero, á su vez, la division Souham, cambió de frente y atacó en varias columnas las posiciones de donde el general suizo amenazaba acabar con los italianos.

Su victoria.

Ya entónces nada pudo resistir á una accion tan hábil y enérgicamente dirigida. La izquierda española cedió á los batallones de Fontane que, inmediatamente despues, atacaron tambien el centro que cerraba el camino de Cardedeu; y, dando con la victoria que se iba iniciando en toda la línea, el paso necesario á la caballería italiana, pudo ésta desple-

gar la energía á que la impulsaban el revés de los infantes, sus compatriotas, y la pérdida de sus ilusiones de vencer solos, sin la cooperacion de sus aliados (1). Los húsares españoles fueron rechazados en las cargas que el coronel Ibarrola no cesaba de dirigir, siempre á la cabeza de sus escuadrones; la infantería no pudo resistir á los ataques de flanco que, rota la línea, amenazaban destrüirla; las piezas caian, una trás otra, en poder de los ginetes imperiales, cada vez más enardecidos con el triunfo, y los mismos generales españoles tenian que acogerse á la única ala que resistia, la derecha, donde formaban los vencedores de Bailén, el recuerdo de cuya victoria los obligaba y comprometia más y más á no ceder su terreno fácilmente.

A tal punto se mantuvo Reding en sus posiciones, que hubiera, en ellas, caido en poder de los enemigos, cuando ya abandonaban el campo Vives y los que le seguian de más cerca, sin la serenidad de ánimo que le era característica y le permitió no retirarse hasta el último momento, en que, ya confundido con sus adversarios, hubo de recurrir á la velocidad de su caballo para salvarse.

En el indescriptible desórden que se produjo en el ejército, Vives fué á parar á la marina donde se embarcó para tomar tierra en la derecha del Llobregat; sus batallones se desbandaron hácia Granollers y San Culgat, donde sólo se presentaron en formacion

---

(1) Seguimos en esta relacion de la batalla de Cardedeu las de Vacani y Saint-Cyr con preferencia á la de Cabanes, porque el historiador español no da la importancia que efectivamente tuvo al fracaso de Pino en sus primeros momentos.

y en un órden verdaderamente admirable los húsares españoles con su bravo coronel á la cabeza, una seccion de artillería con dos piezas que salvó el teniente del arma D. Domingo Ulzúrrum y algunos cuerpos de infantería que hicieran el servicio de su escolta. Allí tambien compareció al poco tiempo el general Reding que, acudiendo desde Monmaló, se hizo cargo de las pocas tropas que quedaban del destrozado ejército de Cataluña para trasladarlas á Molins de Rey, donde las volveremos á ver combatir con igual entusiasmo y patriótico empeño que si fueran vencedoras.

Habian perdido no pocos de los valientes que las formaban y sobre unos 1.500 prisioneros, el brigadier Gamboa entre ellos, casi toda la artillería y dos banderas, las esperanzas todas que fundaban en la reconquista de Barcelona, con la que tenian ya el Principado por libre para siempre de la dominacion extranjera; mas no por eso dejarian de pelear nuevamente y hacer rostro á aquel mismo general de cuya habilidad militar acababan de recibir pruebas tan rudas (1).

El vencedor, aunque castigado duramente por el vivo y certero fuego de nuestra artillería y los primeros triunfos de los húsares, continuó su marcha, campando por la noche junto al Besós la division Pino, que anunció á Duhesme su proximidad

(1) No se tienen detalles oficiales de la accion de Cardedeu, llamada tambien de Llinás, ni de las bajas sufridas por nuestro ejército, porque la dispersion de los jefes impidió se diesen al E. M. los partes circunstanciados. «¡Cuantos militares, dice Cabanes, dig»nos del mayor elogio perecerian en aquel aciago dia sin que sea »posible trasmitir sus apellidos á la posteridad!!!»

por medio de grandes hogueras, en Mollet y Caldas las otras dos divisiones, y muy á retaguardia las del general Chabot para contener, por un lado, á Milans que llegó al campo de batalla al terminar ésta, y, por otro, al marqués de Lazán que hubo de satisfacerse con arrebatar al enemigo varios rezagados y merodeadores y algun ganado del que iba en su marcha recogiendo.

**Llega á Barcelona y se reune á Duhesme.**

Al dia siguiente, 17, se presentó el 7.° cuerpo francés á las puertas de Barcelona, sin que, con gran sorpresa suya y de su general, apareciesen las tropas de la plaza ni Duhesme á recibirlo; con lo que y con las contestaciones que hubieron de establecerse entre los dos jefes sobre la oportunidad de la llegada del uno y el tranquilo, casi frio, continente del otro que hasta llegó á negar la expedicion de su despacho manifestando la urgencia del socorro, se estableció una no pequeña rivalidad entre los mismos que tanta armonía necesitaban (1).

No habia, sin embargo, Duhesme permanecido en una inaccion completa. Si no la empleó en ayudar directamente á Saint-Cyr saliendo á su encuentro

(1) Dice Saint-Cyr en su Diario: «Una hora despues de haber »tomado posicion el cuerpo de ejército, la izquierda en Barcelona »y la derecha en direccion de Valvidrera, se vió llegar á Duhesme »con parte de sus oficiales de Estado Mayor; cuando los demás y »un gran número de sus tropas andaban ya por nuestro campa»mento abrazando á sus compatriotas y amigos, y felicitándose »mútuamente de sus triunfos y de su liberacion.»

«El general en jefe, manifestando á Duhesme en aquella entre»vista cuán satisfecho estaba de haber llegado á tiempo para li»brarle, aquel general le respondió que era todavía dueño de todos »los puestos de la ciudad; y á la observacion de que debian estar »concluyéndosele sus víveres, añadió que no, que aún tenía para »más de seis semanas. Y sin embargo, le dijo el general en jefe,

para coger al ejército español entre dos fuegos ó completar la victoria de su colega en Cardedeu, no, por eso, merece las censuras que le dirige. Era imposible hacerlo teniendo á su frente á Caldagués: lo factible y lo único á que debia atender Duhesme en su posicion era á rechazar al Conde ó, al ménos, entretener sus fuerzas que tantos resultados hubieran podido dar con Vives ó Reding. Y en prueba de que no podia hacer más, bastará decir que fué rechazado ejecutivamente en la salida que verificó en la mañana del 16 con todas sus fuerzas, áun cuando sin resultados para los nuestros que, con la noticia, por la tarde, de lo de Cardedeu y de la presencia de Saint-Cyr en el Besós, levantaron su campo del frente de Barcelona, abandonando en Sarriá sus bien provistos almacenes de víveres y municiones.

Consideraciones sobre aquella campaña.

Así acabó aquella primera parte de la campaña de Cataluña en los últimos meses de 1808, tan torpe y desgraciada como hábil habia sido y feliz en el anterior verano.

Todos sus fatales y tristes resultados se deben al empeño de apoderarse de Barcelona, sin considerar

»habeis escrito al mayor general que no teníais más que hasta fin »de Diciembre; que si no se llegaba para esa época en vuestro so»corro la ciudad de Barcelona y sus defensores estaban perdidos. »Y el mayor general ha estado para hacerme levantar el sitio de »Rosas para tener mayor seguridad de que yo lle aria para el mo»mento que le indicábais; y ha expuesto mis tropas á su destruc»cion total que no han evitado sino por uno de esos favores de la »fortuna con que no se puede contar sino muy rara vez en la guer»ra. No recuerdo, contestó, haber escrito eso. El general en jefe, »entónces, sacando de su bolsillo la carta que le habia enviado el »mayor general para estimularle más y darle priesa, se la puso, »por toda respuesta, en sus manos.»

Duhesme no dice ni una sola palabra de esto en sus Memorias.

sus dificultades ni comprender el error en que se fundaba. Lo hemos dicho ántes y hay que repetirlo siempre que de ello se trate; ni era de esperar la conquista de Barcelona con los medios disponibles en el campo de los españoles, ni allí tampoco estaba el porvenir militar del Principado en aquellas circunstancias. Era necesario estar muy preocupado para no verlo en el vencimiento del cuerpo de ejército del general Saint-Cyr, que, de lograrse, impediria la nueva invasion en Cataluña y, con él, caería Barcelona, falta de recursos para seguir la defensa y sin esperanza alguna ya de socorros.

Y no se acuda, para apoyar los planes de Palacio y Vives, al manoseado argumento de la cooperacion de los barceloneses, si débil cuando mandaba el primero de aquellos generales, absurdo ya cuando el segundo se presentó á las puertas de la plaza. La vigilancia que provocaron las sospechas de que se tramaba en la ciudad algun movimiento contra la dominacion francesa, no era nada para la que naturalmente exigiria la presencia de los sitiadores en las eminencias y los pueblos próximos, ni el rigor aplicado ántes al sostenimiento del órden, para el que, sin excitacion siquiera de la autoridad superior, habrian de ejercer unas tropas que peleaban sin cesar y no siempre con fortuna. Si á eso se añade que no bien dirigia Vives una comunicacion, no ya á los habitantes de quienes pronto dejó de esperar una accion enérgica y salvadora, sino á algun mal español de los que se habian puesto al servicio del Intruso, ó alguno de los generales que por no ser francés creeria desafecto al Emperador, venal ó traidor, esa co-

municacion pasaba á las manos de Duhesme como lo demuestran sus despachos oficiales, se comprenderá cómo, ignorándolo él, servia á los propósitos y á las conveniencias del enemigo dándole el tiempo que necesitaba para ser socorrido por sus compatriotas de Francia y el Ampurdan. Y ese tiempo era tanto más apreciable cuanto más lo utilizaria un general tan hábil como el que mandaba en jefe el 7.° cuerpo francés, si receloso para entrar en campaña con los exíguos y desorganizados medios puestos á su disposicion y miéntras no apurase demasiado la necesidad de Barcelona, resuelto, enérgico, hasta temerario cuando lo exigiesen el servicio de su país y la satisfaccion, en él tan imperiosa, de su honor y de su orgullo de soldado valeroso y de caudillo ilustre entre los más insignes de sus colegas.

Nada, con efecto, puede compararse en la historia de la guerra de la Independencia con la accion del general Saint-Cyr en aquella campaña. Y si, para disminuir su mérito, puede aquí repetirse la expresion de Schépeler, la de que *allí donde no hay general que se oponga, todo es fortuna,* es innegable, por otro lado, que no es fácil encontrar en la memoria el recuerdo de iniciativa más sábia si no lo remonta uno á aquella campaña sorprendente de Italia, dirigida, como ántes hemos dicho, por el primer hombre de guerra de los tiempos del renacimiento del arte militar de Europa.

Ya comprendemos que, dueño de Barcelona, podria Vives desafiar las iras y la habilidad del general francés dentro de los muros de plaza tan fuerte y tan abundantemente provista de todo lo necesario

para una resistencia feliz y dilatada. No se nos oculta que si se intentaba su sitio, para el que se ofrecian toda clase de obstáculos en la falta de fuerza y más aún en la de material conveniente, al vigor de la defensa, segun suelen hacerla los españoles, habria que añadir el de los ataques exteriores por los innumerables voluntarios que vomitaria Cataluña sobre los sitiadores cuyas comunicaciones y convoyes cortarian inmediatamente, acosándolos, además, sin cesar y privándolos de todo descanso y tranquilidad en sus operaciones. Pero, ante eventualidad tan manifiesta y ante riesgo tan inminente, no se descuidaria tampoco el Emperador que, triunfante en las demás regiones invadidas de la Península, dispondria de fuerzas más que sobradas para acudir en apoyo de las de Cataluña, si cortas entónces, consideradas como suficientes en tanto que Duhesme lograra mantenerse en Barcelona. Y no hay que hacerse ilusiones, y esto lo sabian perfectamente Napoleon y Saint-Cyr; si era factible que cayese en poder de los españoles el cuerpo de la plaza de Barcelona por su grande extension para las fuerzas que la guarnecian ó por la dificultad de mantener un vecindario tan numeroso, nunca, ó por lo ménos en mucho tiempo, faltarian fuerzas, víveres, municiones, recursos, en fin, de todo género, para conservar la ciudadela y Monjuich, cuyos dueños lo serian de la ciudad tan pronto como asomasen por Moncada los socorros necesarios.

Lo que era, pues, de absoluta precision para dominar Barcelona y sus fuertes con ella, era impedir la llegada de los socorros al Besós; y, para esó,

avanzar á su encuentro é inutizarlos para mucho tiempo; que, en él, caerian por tierra sin un sólo cañonazo las esperanzas, el valor y las armas de los sitiados.

No hay general que haya recibido un consejo más sano que el del conde de Caldagués al tener conocimiento de la rendicion de Rosas. De seguirlo Vives, pero con la actividad y la energía que exige la guerra en todas sus gestiones, ¿qué de sitios no hubiera hallado donde ejercer su accion en trayecto tan largo y lleno de accidentes favorables para la defensa como tuvo que recorrer su enemigo en los varios dias de su tortuosa y difícil marcha? Aun prescindiendo de la necesidad de salvar á Rosas, satisfecha, en nuestro concepto, con presentar una parte considerable del ejército en la cuenca del Fluviá; áun disculpando la inaccion de Vives al saberse la rendicion de aquella plaza con suponerle en la idea de que no avanzaria Saint-Cyr sin ántes ocupar á Gerona y Hostalrich, tuvo el general español los dias 12, 13, 14 y 15 para adelantarse al encuentro de su enemigo. Y, en vez de la posicion de Cardedeu, mal y poco sólidamente ocupada á la vista ya de la vanguardia imperial, hubiera hallado la magnífica del Tordera apoyada en el mar y un fuerte, en tal ocasion, inconquistable; la de Trentapasos donde era imposible fuese arrollado, de establecerse en ella regularmente, y áun en otras, por fin, donde combatir con ventaja á un enemigo sin artillería y casi sin municiones ni víveres (1).

(1) Al final de la obra de Cabanes, se encuentran unas «Obser-

despues de lo de Tudela.

tan valientemente, dijimos, se habian portado en los últimos trances de la batalla. El general Palafóx se habia embarcado en el Canal con el deseo de terminar las defensas, inacabadàs aún, que hacia tiempo se preparaban; no llegasen inmediatamente los restos de aquel desgraciado ejército y, trás de ellos, sus victoriosos é incansables enemigos. Y tan diligente anduvo y tan enérgico y acertado mostróse en la junta, que á los pocos momentos de su llegada convocó, de los ingenieros, arquitectos y alarifes de la ciudad, que, á la mañana siguiente, no habia un sólo obrero que no trabajase en las fortificaciones ya empezadas ó en las que allí se idearon para escarmentar de nuevo, á ser posible, á los ensoberbecidos imperiales, anhelantes por vengar su anterior vencimiento.

Tan pronto como se extendió por Zaragoza la noticia de lo de Tudela, presumida con la vuelta de Palafóx y confirmada con el espectáculo, al dia siguiente, de tantos fugitivos como se iban presentando, dispersos, sin armas y en el mayor desórden, alborotóse, como era de esperar, el pueblo; agrupándose en las plazas y calles y apostrofando, lo mismo que á los enemigos, á los que, en su espíritu de provincialismo, acusaba de envidiosos de las glorias zaragozanas, de desleales y hasta de traidores á la causa nacional. Pero no, por eso, encontró el desmayo puerta por donde penetrar en aquellos heróicos pechos; y los dias 24 y 25, miéntras Palafóx visitaba las baterías acalorando con su presencia y acento á los trabajadores para que no descansasen hasta acabarlas, se sacaban los franceses presos de

la Aljafería para ser trasladados á Tortosa (1), no los maltratara el paisanaje que acababa de insultar á sus mujeres al llevarles la comida, y, segun iban llegando, se alojaban y establecian en las casas de Torrero las tropas valencianas y murcianas de la division Saint-March. Con la experiencia del anterior asedio se comprendió el daño que hacia á la defensa el magnífico arbolado que forma la riqueza y la galanura de la campiña zaragozana; y se empezaron á cortar ó á rozar los álamos y chopos de los paseos, los olivos de las márgenes del Huerva y del Ebro, y hasta los frutales de las Torres que por su situacion pudieran perjudicar en el sistema de fortificaciones planteado. Planteado y nada más; por que, á pesar del tiempo trascurrido desde el levantamiento del primer sitio, y áun debiéndose presumir que Napoleon se propondria tomar venganza de un ultraje como el de la derrota de sus ejércitos, la incuria de las autoridades y la jactancia de los habitantes, habian descuidado la construccion completa y acabada de las obras que se considerasen necesarias para un nuevo é inevitable choque. Creíase por casi todos, segun ya hemos hecho observar, que los ejércitos franceses serian rechazados al Norte del Pirineo, y

(1) Condujo á los franceses y sus familias á Tortosa el brigadier D. Antonio Torres, asistido por un Padre Agustino descalzo, elemento necesario entónces para toda ocasion de órden, y el Capitan D. Mariano Cerezo, tantas veces citado en la historia del primer sitio, con sus dos compañías de la parroquia de San Pablo.

Lo humano y generoso del pueblo corria aquí parejas con lo enérgico y hábil de Palafóx que ponia en boca de sus paisanos las palabras siguientes: «Los zaragozanos saben matar franceses armados en los campos del honor, pero no desarmados, y cuya muerte no puede ni conducir al bien de la pátria, ni aumentar nuestro renombre de nobles y valerosos.»

que si no caia prisionero el mismo Napoleon en una batalla, escarmentaria, por lo ménos, para siempre de habérselas con nuestros arrogantes compatriotas.

Así, el 24 de Noviembre, se hallaban las obras de fortificacion muy atrasadas y, segun vemos en un autógrafo del general Palafóx, fueron trazadas en la noche anterior algunas que en aquel dia tuvieron comienzo, terminándose varios despues á fuerza de energía y vigilancia. La proximidad de los franceses y el celo de los alcaldes de barrio, repartidos por los suyos respectivos, lograron alguna mayor actividad; y las obras de la muralla del campo del Sepulcro y las de un reducto avanzado que se levantó á su frente y al de la casa Misericordia consideradas como las más urgentes por el recuerdo del sitio anterior, recibieron un impulso satisfactorio para los que de un momento á otro debian creerse á las manos con el enemigo.

De los distintos proyectos que se habian presentado al retirarse los franceses en Agosto, los unos eran demasiado extensos, abrazando el de un gran campo atrincherado en Torrero que rechazaban la consideracion de la falta de tiempo, la necesidad de un presidio muy numeroso y la calidad inferior del que debia suponerse en aquellos tiempos del levantamiento nacional. Teníanse otros por excesivamente reducidos, circunscritos al sólo perímetro de la ciudad, muy á gusto de los voluntarios zaragozanos, de los *defensores*, como entónces se les llamaba, pero repugnados de los ingenieros militares por insuficientes y débiles. De entre esos diversos pare-

ceres, habia por fin surgido el sistema defensivo que al cabo prevaleció y que vamos á describir.

Fortificaciones de la plaza.

En Torrero y coronando la eminencia de Buenavista, se construyó un atrincheramiento de poco relieve, revestido de ladrillos cocidos al sol, abierto por la gola, y capaz de recibir cuatro piezas. Este fuerte cubria con sus fuegos todo el espacio que recorre el canal entre el puente de América, que se cortó y se reforzó además con una gran batería, y el acueducto del barranco de la Muerte, cuyo arco de paso fué obstruido con una gruesa barricada. Cubria las exclusas que se hallan en la extrema derecha de aquella vasta extension del canal, una obra que hacia el oficio de cabeza de puente; y el de la Muela, mucho más distante por el mismo flanco, se puso en defensa con una batería que tambien enfilaba su principal avenída, la carretera, y ejercia su accion sobre una gran parte de las márgenes del canal.

A eso habia quedado reducido el pensamiento del campo atrincherado que tantas veces, despues se ha visto en proyecto, pero nunca en vías de ejecucion, considerándose, por unos, como ineficaz para la defensa de Zaragoza, y como indispensable, por otros, si ha de atenderse á mantener exenta de enemigos la derecha del Ebro en su region central. Ya sabemos por qué no se llevó á efecto, y no hemos de entrar ahora en observaciones, más oportunas en una discusion científica de geografía militar, que en la histórica que exclusivamente nos ocupa.

La fortificacion de la ciudad consistia en un recinto irregular que conservaba en casi todos sus lados la direccion y, á veces, el trazado mismo de las

anteriores tapias, excepto en el campo del Sepulcro, donde ya hemos dicho se levantaron construcciones nuevas, exigidas por la experiencia del asedio anterior. El fuerte de San José, la cabeza de puente en el del Huerva y la Aljafería, servian de obras exteriores destinadas á tener alejado por algun tiempo del recinto al enemigo; pues que flanqueaban las dos grandes caras á que habrian de dirigirse sus ataques.

El convento de San José, cerca ya de la confluencia del Huerva y el Ebro, edificio sólido y de forma rectangular con lados de 120 y 80 metros respectivamente, fué aislado del campo que le rodea por un foso ancho y profundo, en cuya contra-escarpa se construyó un camino cubierto, espacioso y cerrado con fuertes empalizadas. Recibió, además, doce piezas de artillería y fueron aspillerados sus muros; con lo que San José resultó ser la obra exterior de más importancia quizás de la plaza, para cuya comunicacion servia la cabeza del puente inmediato, en forma de tenaza con sus brazos defendidos por un camino cubierto en la orilla izquierda del Huerva, batido á revés desde las aspilleras y baterías del recinto principal.

La cabeza de puente en el del Huerva que da paso al camino de Santa Engracia á Torrero, constituia un fuerte de grande importancia, así por la de sus obras como por su posicion privilegiada en el saliente que allí forma la ciudad, punto de ataque, segun digimos en la relacion del primer sitio, el más propio y señalado, aunque de léjos, por el Emperador á sus generales. Era un reducto circuido

de un ancho foso que daba por sus dos extremos al Huerva, armado de ocho piezas y al que se puso en su entrada la siguiente inscripcion: *«Reducto de la »Vírgen del Pilar, inconquistable por tan sagrado »nombre. ¡Zaragozanos, morir por la Vírgen del »Pilar ó vencer!»*

El castillo de la Aljafería, cuya descripcion anterior nos la evita ahora, fué reforzado con un camino cubierto, ó doble caponera, que lo ligaba al cuerpo de la plaza, pudiéndose, así, acalorar su defensa con los relevos de su guarnicion y su constante aprovisionamiento.

En cuanto al recinto, propiamente dicho, de la ciudad, todo el mundo comprenderá que en tan corto tiempo y en semejantes circunstancias no se podria trasformar el antiguo que señalaban las miserables tápias de Zaragoza en el robusto y bien flanqueado de una verdadera plaza de guerra. Accesible Zaragoza por todas partes y de todas las exteriores dominada, eran necesarios, además de una gran habilidad, grandes recursos de brazos y materiales, y años enteros tambien para establecer dentro de su zona defensiva un sistema de fortificacion que satisficiese á las exigencias del arte con tales, tan expertos y poderosos enemigos. Habia sido preciso sujetarse á muy estrechos límites, á recursos sumamente exíguos y á la voluntad, entónces incontrastable, de quienes creian que los mejores baluartes y la mayor pericia estaban en los pechos y en el instinto guerrero de los defensores.

Siguiendo el mismo órden que en la designacion de los fuertes exteriores, observaremos que

el primer saliente del recinto tocaba casi á la desembocadura del Huerva, en su orilla izquierda, cerrando el arrabal llamado de *las Tenerias*. Lo formaba un gran reducto de bastante relieve, con foso que tocaba al Ebro, y bien artillado: lo mismo servia para impedir el flanqueo y los aproches á San José y defender la plaza por aquel ángulo, bastante retirado en lo más bajo y, por consiguiente, más caudaloso del Huerva, como para evitar el ataque del arrabal en la izquierda del Ebro y el paso de éste por barcas ó por puente de campaña que se intentase echar en ocasion alguna favorable al sitiador.

Desde allí arrancaba un gran arco de círculo de tápias y casas aspilleradas, en que, además, se habia establecido la batería de Puerta-Quemada, cubriendo de fuegos todo el espacio entre el Molino de aceite, avanzado á su izquierda en la del Huerva y el puente de San José, cuya cabeza y caminos de comunicacion con la plaza tomaba, segun ya hemos dicho, de revés, siendo su mejor y más valiosa defensa. A esa batería, que tambien llevaba el nombre de Palafóx, seguia la del Jardin Botánico en el ángulo entrante que allí forma la ciudad; batería que, con la de Santa Engracia en el saliente próximo ya al puente del Huerva, dominaba todo el terreno descubierto de la izquierda de este rio que le servia de foso, observado de cerca por el Molino de Goicochea, las tápias del Botánico y los escarpados en que van como encajonadas sus aguas. La memoria del primer sitio, las ruinas de aquel admirable convento, tan venerando, como por sus antiguas tradiciones, por la reciente lucha de que habia sido

principal teatro, y la importancia polémica de su situacion, hicieron de Santa Engracia la fortaleza más esmeradamente cuidada del recinto, comunicándola á vanguardia con el fuerte del Pilar por medio de una doble trinchera, cuyos brazos, no flanqueados, se habian minado en los puntos de mayor peligro.

En el puente del Huerva comenzaba el terreno despejado, por todas partes accesible, en que habian tenido lugar las acciones y atáques tan valientemente rechazados en el primer sitio por los zaragozanos ántes de que, por órden de Napoleon, se hiciese á Santa Engracia blanco de las baterías más fuertes y objetivo de los asaltos más rudos de los franceses. Esa naturaleza del terreno, uniforme en casi toda su vasta extension hasta el canal y las alturas de la Bernardona, y la tala que se estaba verificando del magnífico arbolado que la adornaba, exigian un frente de fortificacion tanto más estudiado cuanto que, siendo dilatadísimo entre el mencionado puente y la Aljafería, habria de interrumpirse con obras que lo flanqueasen de una manera satisfactoriamente eficaz. Por fortuna, convidaban á ello tambien los conventos de Trinitarios y de San Agustin, algo adelantados en el campo, tantas veces citado, del Sepulcro. El de la Trinidad fué aspillerado y circuido de una batería abaluartada sin foso; por no haber tiempo para excabarlo, pero que flanqueaba la puerta del Cármen en el ángulo entrante que, frente á ella, formaban el recinto nuevo y la antigua tápia, haciéndolo muy peligroso y necesitado de un foso ancho y profundo que, á fuerza de celo, se lo-

gró abrir á la vista ya del enemigo. En la cortina que unia la Trinidad con San Agustin y la inmediata puerta del Portillo, hubo necesidad de construir una batería circular que cortase su inmensa longitud de unos 600 metros, imposible si no de proteger con fuegos de flanco que impidieran los aproches del sitiador. Cerráronse las puertas del Portillo y de Sancho con obras circulares de tierra y revestidas de ladrillos ó adobes como todo el frente en que se hallaban, terminado y provisto de artillería en dias muy posteriores á los en que nos ha cogido la descripcion de las defensas de Zaragoza en su segundo sitio.

Ya sabemos, y bien puede observarse en el plano (1), que la puerta de Sancho está próxima al Ebro, cuya orilla derecha forman ya desde allí, ó muy poco más abajo, los murallones que contienen á las aguas y las impiden su acceso á la ciudad, algo elevada, tambien, sobre la superficie de ellas, áun en las grandes avenidas. En aquel espacio no eran, pues, necesarias, obras de fortificacion, inabordable como se presentaba; y su única comunicacion con la orilla izquierda del Ebro, el puente de piedra, daba al Arrabal, uno de los puntos más cuidadosamente fortificados.

Salen del Arrabal cinco caminos que merecen especial atencion; el de Juslibol, algo separado de la márgen del Ebro y remontando su corriente; el llamado de Francia por dirigir al Pirineo que nos separaba de ella; dos que van á cruzar el Gállego para

(1) Véase el Atlas del Depósito de la Guerra.

dirigirse tambien al alto Aragon por Huesca y Barbastro, y el de Barcelona que sigue por algun espacio la orilla del Ebro pero en sentido contrario al de Juslibol y despues se encumbra por Bujaraloz y Candásnos á buscar el paso del Segre en Lérida.

El primero de esos caminos, el de Juslibol, como próximo al rio, estaba á descubierto desde la ciudad y batido por la batería de la puerta de Sancho y el malecon y las casas que dan al paseo de ronda á derecha é izquierda de la puerta de San Ildefonso. Al de Francia se le habia hecho una gran cortadura defendida por una batería, bastante avanzada para barrer con sus fuegos toda la llanura del frente; y á su retaguardia, y obstruyéndolo tambien, se construyó otra, así como á su izquierda se levantó un gran reducto que con ella cerraba el extremo septentrional del Arrabal, batia las anchurosas balsas que impiden el acceso por la parte occidental y cogia de flanco el camino contiguo de Juslibol. El de los vados del Gállego, que conduce á Huesca, estaba del mismo modo interceptado por otra batería, apoyada la gola en uno de los varios canales de riego que fertilizan aquel llano, lo mismo que el próximo de Villamayor. Esos dos fuertes tenian á su espalda el convento de Jesús que, puesto en estado de defensa, cubria, al mismo tiempo, la carretera de Barcelona. Y á un lado y otro de los fuertes y, sobre todo, á su retaguárdia se habian escalonado trincheras y trincheras en combinacion con los edificios próximos, formando un sistema de puestos destacados que era necesario tomar uno por uno para llegar al cuerpo del Arrabal, cubierto de un asalto por fosos, tápias

y casas aspilleradas y áun con artillería que lo harian muy difícil y sangriento. Los conventos de San Lázaro y de Altabás, sobre todo, constituian dos excelentes reductos de seguridad, tanto más útiles cuanto que impedian al enemigo el acceso al puente de piedra, por el que ellos, á su vez, comunicaban con Zaragoza.

El total de las fortificaciones de una y otra orilla, sumaba un desarrollo de más de 3.000 metros de parapeto en el recinto y las obras exteriores; y como escaseaban el tiempo y los brazos, hubo de hacerse de tierra que, por lo seca y poco consistente, necesitó revestirse por las dos caras con malos ladrillos ó adobes, segun ya hemos dicho.

El teniente coronel de ingenieros D. Manuel Caballero que, con San Génis, presidió á la construccion de aquellas obras, disculpa sus defectos y estado con los siguientes párrafos, que entresacamos de su interesante relato de la «Defensa de Zaragoza.» (1)

«Se comenzó, dice, á trabajar en Setiembre; el »20 de Diciembre fué atacada la plaza, y en aquellos »tres meses, la recoleccion en el campo disminuyó »frecuentemente el número de los trabajadores. Si »el convento de Jesús no fué demolido, es porque »no hubo tiempo para ello; si Torrero no llegó á ser »una fortaleza importante, es que tambien faltó el »tiempo; si nuestros reductos, nuestras cabezas de »puente no estaban perfectamente construidos, eran

(1) Los traducimos del francés, á cuyo idioma trasladó M. L. V. Anglivici de la Beaumelle la obra de Caballero, cuyo manuscrito debió éste facilitarle en 1815.

»á lo ménos bastante fuertes para que no pudiera »apoderarse de ellos un enemigo audáz á viva fuer»za y para que se viese obligado á poner el sitio en »regla á aquellas obras que no tenian, sin embargo, »más consistencia que si fueran de campaña. Me pa»rece que para haber obligado á los que despues to»maron á Tarragona y Tortosa á atacar nuestras »obras con tanta circunspeccion como el recinto de »esas plazas, se necesitaba que se emplearan en su »trazado y su disposicion *tanto arte como trabajo* »(1). Hay todavía una consideracion que debo hacer »valer, y es la diferente posicion en que nos en»contrábamos de la en que están los oficiales de in»genieros, encargados de construir una plaza de »nuevo para el gobierno. En este último caso son »árbitros de todo, del conjunto y de los detalles. Los »ingenieros de Zaragoza, por el contrario, se veian »con frecuencia obligados á ceder á la opinion de »jefes que, con todo el valor necesario para defen»der bien un puesto, no tenian los conocimientos »precisos para juzgar de su construccion. Como »sucede muchas veces que se tiene por el más há»bil al artillero que hace más disparos por minuto, »sin pensar en la importancia de las punterías, así »en la fortificacion se aprecia tambien más un foso »profundo, un parapeto elevado y empalizadas bien »agudas, que una desenfilada y un flanqueo infini-

---

(1) Se refiere á una censura del general Rogniat, que dice en su relacion del sitio de Zaragoza, que «las obras de defensa estaban »ejecutadas con más trabajo que arte.»

Tambien dice que «los franceses tomaron á Zaragoza á favor »de combinaciones del arte que ignoraban sus adversarios.»

»tamente más esenciales. Los que nos daban, á veces un poco tumultuariamente, sus consejos, y sus »consejos valian por órdenes, eran los mismos que de»bian guardar las obras. Lo principal en toda guer»ra y sobre todo en la que nosotros sosteníamos, es »el aumentar la confianza del soldado y de sus je»fes, y era buen modo de hacerlo el de construir á »su gusto las obras de fortificacion que habrian ellos »de defender. En cambio, durante todo el sitio, no »se observó un sólo signo de sospecha ni de des»contento contra el cuerpo de ingenieros, y éste con»servó hasta el fin la confianza que necesitaba para »sus trabajos. El señor general Rogniat dice que *los »habitantes, entusiasmados con el resultado del pri»mer sitio, ponian sobre todo su confianza en la »guerra de casas.* Esta preocupacion, que en aque»llas circunstancias se debia tomar en cuenta, obli»gó á concentrar las defensas é impidió el que no »se les diera más importancia de la que queria dar»les el pueblo que, como el bravo Chamilly, encon»traba siempre que el enemigo se ponia demasiado »léjos, y esperaba á que entrase en la ciudad para »que estuviese más al alcance de sus balas. La au»toridad por sí sola no basta para conducir á los »hombres; es preciso deferir á sus ideas y, con fre»cuencia, á sus preocupaciones. En España y, por »lo que yo he oido decir, en muchos otros países »tambien, hay aficionados á la artillería que dispa»ran con cañones de á 24 á hombres sólos situados »al mayor alcance, aunque los del oficio les hagan »presente que son balas y pólvora perdidas las em»pleadas en hacerlo; pues lo mismo hay aficionados

»en fortificacion, á quienes si se les propone hacer »una mesa, responden con la mayor cordura que no »son carpinteros, y pretenden, sin embargo, dirigir »reductos, por mucho más difíciles que éstos sean »de hacer y ellos no sean ingenieros. Yo creo que »en tales circunstancias, hay que compadecer á los »que se ven obligados á obedecer en lugar de criti- »carlos, y me lisonjeo de que el señor general Rog- »niat acabará por ser de mi misma opinion.»

«Tales eran, añade en otra parte, las obras que, »si el coronel San Génis hubiera dispuesto de más »tiempo y medios, hubiesen indudablemente sido »mejores, pero que, tales como eran, formaban una »*masa imponente de trabajos inmensos,* á cuyo am- »paro la inmortal ciudad de Zaragoza sostuvo seten- »ta dias de trinchera abierta y cuarenta y uno de »bombardeo contínuo, á pesar de las sábias combi- »naciones de los generales Lacoste, Dedon, del co- »ronel Rogniat y tantos otros de los mejores oficia- »les de ingenieros y artillería que habia en Euro- »pa, secundados por tropas valientes y mandadas »por los mariscales Moncey, Mortier, duque de »Abrantes y en fin, por el mariscal duque de Mon- »tebello, uno de los más ilustres compañeros de Na- »poleon.»

La destruccion de las casas y torres hasta la distancia de 700 metros del recinto; las talas de árboles y la disposicion de algunas de las cercas de aquellos mismos edificios dejadas en pié, daban mayor amplitud al acertado sistema de barricadas para las calles y de reparos y obstáculos para las casas.

Belmás dice: «Tales eran las defensas regulares

»y exteriores de Zaragoza; mas por la práctica del »primer sitio, los habitantes habian aprendido que »la guerra de casas les ofrecia un sistema de resis»tencia mucho más poderoso. Sacrificando toda con»veniencia personal, toda idea de propiedad, entre»garon por entero á los azares de la guerra sus bie»nes, sus casas, sus personas; y mezclándose con »las tropas regulares y los campesinos, no formaron »con ellos sino una sola y fuerte guarnicion en la »vasta fortaleza en que quedó Zaragoza convertida. »Las calles que daban al Coso fueron interceptadas »por barricadas guarnecidas de artillería; la mayor »parte de las puertas y ventanas de las casas fue»ron tapiadas; las fachadas, aspilleradas, y las pare»des interiores y medianeras, abiertas para facilitar »las comunicaciones. Cada edificio, cada casa, llegó »á ser, de ese modo, una ciudadela y el espesor de »las murallas de Zaragoza debia medirse por el es»pacio entero que cubria la ciudad.»

Su armamento y guarnicion.

La artillería era abundante, habiendo de añadirse á la de campaña, que habia hecho servicio, segun ya dijimos, en el primer sitio, la de grueso calibre cogida á los franceses al retirarse en Agosto anterior, y alguna de la arrojada por ellos al canal (1). Consistia toda en 160 piezas, de las que 8 eran tambien morteros de á 10 y de á 12 que no pudieron, sin embargo, utilizarse, sino como pedreros,

(1) Las piezas cogidas á los franceses fueron 53; 29 cañones de varios calibres, 7 obuses, 9 culebrinas y 8 morteros. Tambien dejaron afustes de bronce y de madera para los morteros y bastantes municiones que tenian de respeto en Torrero y áun en barcos surtos en el canal.

por falta de bombas. Las municiones abundaban tambien, de las cogidas, sobre todo, al enemigo; y en cuanto á la pólvora, se decidió fabricarla diariamente segun las necesidades del servicio, no sucediera lo que en el mes de Junio con la voladura del Seminario (1). Se recibieron, además, en la plaza, cantidades considerables de pólvora que Villafeliche envió de su fábrica en muchos carros que, con otros cargados de fusiles procedentes del ejército de Cataluña, penetraron el dia 25 en Zaragoza, á la sazon que se inundaba de las tropas, así de infantería como de caballería, que se retiraban de Tudela (2).

Eran tantas, con efecto, las fuerzas concentradas aquellos dias en Zaragoza, que su recuento ha producido en la discusion histórica del segundo sitio, la importantísima de si no hubiera sido más útil la accion de ellas en distintas condiciones á las de encerradas en un recinto tan limitado como el de aquella plaza. A las del ejército de Reserva que militaba á las órdenes de Palafóx, se unieron, para la defensa de Zaragoza, las valencianas y de Múrcia, arrastradas por la simpatía de orígen de la antigua

(1) Caballero dice en su interesante libro: «El accidente que »tuvo lugar durante el primer sitio con la explosion del almacen »de pólvora, decidió á precaverse de otro igual haciendo cada dia »la pólvora necesaria á las necesidades del momento. El General »Carnot ha propuesto despues el mismo procedimiento en su tra»tado de la defensa de las plazas para evitar el riesgo, siempre in»minente, de un suceso que puede arrastrar consigo la destruc»cion de una ciudad ó la de sus defensas. Zaragoza era en otro »tiempo el depósito y fábrica de refino de todas las salitrerías del »reino de Aragon; la inmensa provision que allí habia, nos procu»ró el medio de asegurarnos las ventajas que resultan de tal mé»todo.»

(2) Así lo dice Casamayor en su manuscrito, tantas veces citado.

division política de la Península y por su admiracion á las recientes y ruidosas hazañas de los aragoneses. Esta union producia una masa de tropas muy considerable y capaz, por su organizacion y disciplina relativas, de una accion, relativamente tambien, eficaz en campo abierto y en operaciones esencialmente tácticas. Y cómo habia otras que, áun sin esas condiciones, presentaban la de ser tan útiles ó más dentro de la ciudad, como lo habia demostrado el éxito del sitio anterior; de ahí la duda, de ahí la discusion sobre la conveniencia ó no de haberlas encerrado todas, ó de situar las regimentadas é instruidas en posiciones exteriores y en circunstancias propias de un ejército de observacion y de socorro para Zaragoza. Las salidas de una guarnicion, por numerosa que sea, no ofrecen la eficacia que los ataques por retaguardia de los sitiadores, la interceptacion de sus comunicaciones y, la más importante aún, de sus convoyes; y sube de punto esta última ventaja si la habilidad ó la energía de los generales hacen precisas en el sitiador precauciones extraordinarias, ya que siempre son indispensables ante un ejército de socorro animando y dando vigor á la defensa.

Militarmente, pues, considerada cuestion tan árdua, las opiniones se inclinan á tener por un error trascendental, la clausura de tantas tropas en el recinto, no excesivamente dilatado, de una plaza. Si se observa, con todo el espíritu de esas mismas tropas inspirándose en sus triunfos de Valencia y Zaragoza y en el reciente descalabro de Tudela, así como en la memoria de sus anteriores reveses en

campo abierto, lo mismo en las márgenes del Cabriel y del Túria que en las del Ebro, habrá que disculpar el afan que tenian por dar muestra de su valor, de su constancia y hasta de su habilidad ingénita, allí donde pudieran neutralizar la adquirida por sus enemigos en sus innumerables campañas. El resultado fué tan importante y tan glorioso que, no pudiéndose comprender mayor habida consideracion á las condiciones de aquella guerra y, sobre todo, á las de la campaña, hay que convenir en que no se hizo por parte de Palafóx y de los generales subordinados suyos sino seguir los caminos de la prevision y de la prudencia que les sugeria el conocimiento de sus compatriotas y de la situacion política y militar del país.

El número total de los defensores de Zaragoza llegó, al reunirse las fuerzas del ejército y las levantadas en la ciudad y su provincia, al de 32.421 oficiales y soldados. En su designacion, ajustada aquí á estados que, por su orígen, no admiten duda ni controversia alguna, están conformes los más formales y verídicos de los historiadores, así nacionales como extranjeros (1). Los que pueden pasar por más enterados, los testigos presenciales, los actores

(1) Thiers supone que eran de 40 á 45.000 los defensores de Zaragoza; *Victoires et Conquetes*, que de 35 á 40.000 y 15.000 campesinos y áun alguno de los habitantes de la ciudad; Belmás, que 1.240 oficiales y 31.181 soldados (a); Schépeler, que 35.000 y con los paisanos 40.000, áun cuando podia calcularse que las tropas, muchas de ellas de nueva creacion, sumaban unos 27.000 infantes y 1.400 caballos; Daudebard de Férussac, que 50.000 entre solda-

(a) V. el Apéndice núm. 14 con el estado de fuerza que Belmás estampa en su obra.

de más autoridad en aquel drama sangriento y glorioso, dan, además, el detalle de aquellas fuerzas, si no en el número, por no haber tenido á la mano los estados oficiales, sí en su organizacion y sus armas ó institutos y servicios.

La artillería contaba unos 1.500 hombres entre los que pertenecian al ejército y los paisanos que, por sus aficiones ó aptitud, se consideraban útiles en las baterías que hemos dicho cubrian la ciudad. Mandábala el general D. Luis Villaba, teniendo á sus órdenes varios oficiales, no muchos, pero sí acreditados por sus servicios anteriores, y otros que fueron agregados al arma en vista de las exigencias, cada dia crecientes del servicio.

No eran muchos tampoco los oficiales de ingenieros cuyos nombres irán apareciendo en la relacion presente, pero estaban mandados por el coronel San Génis, á quien daban grande autoridad, como hombre de ciencia y de patriotismo, sus servicios en el sitio anterior, con tan brillante éxito coronados. Con los paisanos hábiles y los que, habiendo trabajado en las obras del canal, tenian costumbre de las que podian ofrecer alguna semejanza con las de fortificacion, se formó un cuerpo de unos 800 zapadores que fué de grande utilidad. Entre sus

---

dos y paisanos; igual número daba el *Moniteur*, añadiendo: «Tous »les grades de généraux, d'officiers et de sous-officiers étaient »remplis par des moines.»

Nuestras cifras corresponden al estado primero del Apéndice núm. 13, copiado de la obra del Sr. Alcaide; con él verá el lector el formado en vista de los documentos existentes en el archivo del duque de Zaragoza, para el que ha sido preciso reconocer y compulsar los innumerables documentos de que se compone tan rica coleccion, inapreciable por su interés histórico.

oficiales, se contaban arquitectos y maestros de obras que dejaron muy bien puesto su nombre en las funciones de guerra sucesivas; y á la vista tenemos un precioso plano de aquel sitio, levantado y minuciosa y hábilmente dibujado por D. Vicente Gomban, uno de los heróicos caudillos de los zapadores, paisano y voluntario como la mayor parte de ellos.

La infantería estaba organizada en cuatro divisiones, que mandaban, segun su numeracion respectiva, los brigadieres D. Fernando Butron, D. Diego Fiballer, D. José Manso, y el mariscal de Campo don Felipe Saint-March; y se organizó otra compuesta de todos los rezagos y dispersos del ejército del Centro que, no pudiendo reunirse á sus cuerpos, acudieron á Zaragoza al abrigo de los valencianos y murcianos que habian operado con ellos en la campaña de Tudela y componian un total de 4.054 indivíduos de tropa y 137 jefes y oficiales.

Pero, además, habia en Zaragoza una multitud de voluntarios; los unos, formando ya cuerpos con nombre, organizacion, siquier imperfecta, jefes y oficiales, y otros que preferian pelear sueltos y á su capricho, pero que, poco á poco y durante el sitio, recibieron, como los primeros, destino fijo en batallones y compañías de creacion apropiada á las circunstancias, cada dia más difíciles, que se iban sucediendo. Elevóse el número de los cuerpos, entre regulares y los de leva reciente, al que parece fabuloso de increible, si no constase de una manera auténtica é incontestable, como podrá verse sucesivamente en este relato.

A las órdenes de Butron, jefe de la primera de las divisiones que acabamos de enumerar, estaba la caballería, compuesta de tres regimientos, los húsares de Olivenza y de Fernando VII y los dragones de Numancia, y de los cuerpos francos que, segun las necesidades del servicio y la posibilidad de su organizacion, fueron creándose durante el sitio (1).

Hasta fuerzas de marina tuvo la guarnicion de Zaragoza. Los oficiales de la armada que servian en los cuerpos murcianos que se formaron en Cartagena al iniciarse el levantamiento nacional, constituyeron con los marineros, alistados tambien en aquellos, una escuadrilla de lanchas cañoneras que, áun cuando microscópica, prestó en las aguas del Ebro servicios que no dejaron de ofrecer una importancia relativa.

Recursos. La Administracion militar, por fin, dirigida por el intendente D. Mariano Dominguez, se componia de trece empleados del ramo y no pocos paisanos que se ofrecieron á ese servicio segun sus oficios ú ocupaciones habituales. Su tarea no fué, en verdad, difícil, porque con fondos que, destinados al ejército, fueron conducidos á Zaragoza y los que llevaban en sus cajas los regimientos de línea, se formó uno considerable que, no pagándose los sueldos, bastó y áun sobró para las atenciones más urgentes é ineludibles del sitio á que se atendia diariamente y con la mayor regularidad (2).

En cuanto á provisiones, podia contarse con las

(1) Véase el mismo apéndice número 3.
(2) El dia de la capitulacion aún habia en caja sumas de importancia que pasaron á manos de los franceses.

necesarias para un largo asédio en condiciones regulares. La cosecha anterior, recogida al alejarse los franceses; la prevision de muchos de los habitantes de la ciudad para el caso de otro sitio que era realmente de temer; y el cuidado de trasportar á la ciudad cuantos víveres se hallaron en los pueblos inmediatos desde que se tuvo noticia de lo de Tudela, á más del que tenian los conventos de conservar bien repletos sus almacenes y depósitos, produjeron una cantidad de granos y de caldos que, de haberse reducido la poblacion á las proporciones ordinarias de tales situaciones, hubiera sobrado para todas las necesidades.

Tales eran los medios con que contaba Zaragoza al acercarse los franceses en los últimos dias de 1808 á ponerla sitio por segunda vez. Que eran suficientes para las atenciones que estaban llamados á satisfacer, no hay para qué negarlo: empleados de distinta manera, ya lo hemos dicho ántes, hubieran, acaso, producido mayor fruto; pero, de todos modos, tan útil fué el alcanzado, que sólo elogios caben en una pluma española para los que con tanto celo y valor supieron emplearlos.

El general Palafóx, secundado por los tenientes generales D. Juan Butler y D. Juan O'Neille, asumió en su autoridad la omnímoda que era indispensable en situacion tan crítica, guardando en sus manos, además del mando y la direccion de las armas que como capitan general le competia, el gobierno civil, en el que tuvo por auxiliares las personas más influyentes de la ciudad. La confianza que habia inspirado al pueblo no tenia superior si-

no en la mediacion de aquella imágen sacrosanta del Pilar, protectora de Zaragoza, á cuyos piés iba diariamente á prosternarse toda la poblacion, tan segura de obtener su valioso amparo que, en vez de huir de los horrores, más que probables del sitio, crecia con los habitantes de los lugares y caseríos próximos, aumentando así la aglomeracion, ya excesiva, que el ejército y todo su séquito causaban, preñada de riesgos de una naturaleza cien veces más comprometedora que las armas de los enemigos. Por grande que fuese el ascendiente que tenia Palafóx sobre sus paisanos, no era, sin embargo, lo bastante para imponerse á ellos en un tiempo en que la autoridad vivia por lo general de transacciones, y no pudo estorbarse aquella aglomeracion de que indispensablemente habian de nacer la necesidad y la peste, causas determinantes, en primer lugar, de la catástrofe de Zaragoza.

Que influian, como acabamos de indicar, en el gobierno de la ciudad personas ajenas á las funciones administrativas de la misma, cual dicen escritores extranjeros, es cierto, ciertísimo, por las razones mismas que acabamos de exponer respecto á la poblacion allí acumulada. Ni tenia nada de extraño en hombre que tan sérias preocupaciones debia abrigar respecto á los asuntos militares, ni sucedió en las proporciones que se dan á la intervencion del padre Basilio, del cura Sas, tantas veces citados en la historia del primer sitio; de Bistron y Cañedo, ayudante el primero, y secretario el segundo de Palafóx, y del tio Jorge, por fin,. y otros caudillos populares, apegados al General por entusiasmo pa-

triótico ó por admiracion á su valor y á su fortuna.

Los franceses se habian detenido en su marcha victoriosa desde Tudela, así para no dar respiro á las tropas de Castaños, que no cesaron de acosar hasta Bubierca, como para ir reuniendo medios en personal y material con que acometer una empresa como el sitio de Zaragoza, de que tan escarmentados habian salido en la campaña anterior. Erales necesario esperar la accion, que suponian inmediata y eficaz, del mariscal Ney sobre el flanco del ejército español del Centro, cuya retaguardia iba tambien empujando el general Maurice-Mathieu, y la reunion de tanto y tanto destacamento, sobre todo de caballería, como habian lanzado sobre los fugitivos dispersos en todas direcciones. El mariscal Lannes habia tenido que dejar el mando, recrudecidos los dolores que le produjera su caida del caballo al entrar en España; Maurice-Mathieu se creyó necesario en Calatayud para observar á Castaños, de cuya persecucion desistió desde el duro escarmiento de Bubierca; Lefebvre-Desnoëttes, extraviado en su marcha por entre el Ebro, el canal y las montañas próximas, habia tenido que retroceder para reunirse al ejército, y todas estas causas y la necesidad de preparativos proporcionados á la importancia de la empresa que iba á acometerse, habian retraido al mariscal Moncey, que tomó el mando, de la idea de avanzar inmediatamente á Zaragoza. Avanzan los franceses.

Ney, que, con el tiempo torpemente empleado en Soria, habia perdido el precioso que necesitaba para alcanzar á Castaños, acreció su error continuando su marcha á Agreda y Mallen y áun adelantándose en

el camino de Zaragoza á Moncey, que hubo de seguir aquel movimiento, empujado tambien por las órdenes del Emperador á quien disgustaban su inaccion y parsimonia. Unidos los dos mariscales, y con fuerzas más que suficientes para ahuyentar de su ánimo todo temor á un revés, siguieron el 30 de Noviembre á Zaragoza, á cuya vista comenzaron á dictar disposiciones, así para el bloqueo del arrabal, que debia formalizar la division Dessolles, de Ney, como para reconocer Torrero, base, que se presuponia, de los futuros ataques en la derecha del Ebro.

**Retroceden á Alagon.** Pero ántes de que estos pensamientos pasaran de proyectos, hubieron de abandonarse para más adelante. Una nueva órden privó á Moncey de la cooperacion del 6.° cuerpo que hubo de levantar el campo para continuar la persecucion de Castaños, su primitivo y exclusivo objeto.

Ney, en consecuencia, abandonó las márgenes del Ebro el 1.° de Diciembre con todas las tropas del cuerpo de ejército de su mando, los lanceros polacos, y la division Maurice-Mathieu, situada, cual dijimos, en Calatayud; y el mariscal Moncey, á quien sólo quedaban dos divisiones de infantería y una brigada de caballería, no considerándose bastante fuerte, como dice Belmás, para permanecer al frente, de Zaragoza, se retiró el 2 á Alagon. Pero la estancia de los franceses á la vista de la ciudad heróica no habia sido lo tranquila que aparece en la relacion del historiador francés que acabamos de citar. Lefebvre-Desnoëttes, al ocupar con sus jinetes la altura de San Lamberto y trabajando por impedir la total ruina del convento que trataron de incendiar los

zaragozanos, fué el dia 30 objetivo de varios y repetidos ataques en que perdió cuatro soldados y parte, aunque pequeña, de sus equipajes. Hácia la Muela hubo otro choque, en que los españoles de Torrero, reforzados con 2.000 hombres que Palafóx hizo salir de Zaragoza, y los de la Casa blanca, en cuyo auxilio mandó otros tantos, rechazaron con su fuego una gran masa de caballería enemiga que recorria la línea, desde Valdespartana á la segunda de aquellas posiciones, haciéndola retirarse al llamado Paso del ganado, donde permaneció toda aquella noche del 30. El 1.° de Diciembre, en fin, hubo tambien fuego en Torrero, en la Casa blanca y en las inmediaciones de San Lamberto, que seguia ardiendo á pesar de lo que para ocuparlo trabajaba el enemigo; y en todas partes fué rechazado éste con pérdidas hasta que se retiró á las alturas de su retaguardia, abandonadas despues, segun ya hemos dicho, para acogerse de nuevo á Alagon. (1)

La retirada de los franceses sirvió á los zaragozanos para mejorar su organizacion militar, robustecer sus fortificaciones, proseguir tranquilamente la ruina de las Torres y la tala de los arbolados, proveer la ciudad más y más de vituallas y armamento, y trasladar á pueblos lejanos los archivos y oficinas que encerraran objetos preciosos ó sirvieran á fines ajenos al de la guerra. Las tropas se acuartelaron de una manera ya estable en edificios del

(1) Esto fué, segun el *Moniteur*, para dejar libres las comunicaciones de Zaragoza con el resto de la Península, á fin de que los sitiados tuvieran conocimiento de las derrotas sufridas por los ejércitos españoles.

Estado ó en conventos cuyas comunidades buscaron otros asilos; salieron muchas monjas para monasterios distantes; los presos, exceptuando al conde de Fuentes y algun otro, fueron llevados á Monzon; la contaduría de Ejército y de rentas con parte de la Tesorería pasaron á Calanda, á donde se trasladó igualmente el Tribunal de la Inquisicion; y, por fin, salió de la ciudad bastante gente, ancianos, mujeres y niños, que sólo servirian para aumentar la confusion, disminuir los víveres y ser cebo á las alarmas y, lo que era peor, á las enfermedades.

Los franceses habian pasado á la izquierda del Ebro por la barca de Torres y, al retirarse, andaban por el Castellar y Zuera, con lo que fué preciso observarlos cuidadosamente. Estableciéronse, pues, avanzadas y áun cuerpos de observacion y de vigilancia por aquel lado, y se decidió aumentar las defensas hácia los Molinos y Cogullada, destruyendo las arboledas intermedias, entre las que fué al suelo la magnífica de Macanaz, uno de los paseos más amenos de Zaragoza.

Palafóx atendia á todo; lo mismo á que no faltaran las subsistencias en condiciones regulares imponiéndose, para ello, á los expendedores y fabricantes, á conservar el órden en la ciudad, para lo que necesitaba tanta energía como tacto, sabido el carácter de los aragoneses, y á hacer no decayera el espíritu público con tanto trabajo como tuvieron que imponerse los defensores en la construccion de baterías y de las obras interiores de fortificacion. En todas partes halló, para eso, la mejor voluntad. En el Arrabal se llevó hasta la exagera-

cion, haciéndose preciso enviar allí obreros asalariados para que descansaran á ratos los vecinos; y los curas, los frailes y las mujeres rivalizaban en la ciudad para los trabajos de cartuchería, trasporte de los ranchos á los fuertes, y cuidado de los enfermos en los hospitales. El éxito del primer sitio habia producido tal sobreexcitacion en los zaragozanos, que les hacia temer para aquel segundo la pérdida de una gloria que, por lo mismo, pretendian monopolizar para sí con exclucion de los demás soldados del ejército, paisanos ó forasteros (1).

No tenemos que esforzarnos mucho para dar á nuestros lectores idea del espectáculo que presentaria Zaragoza al ver que los soldados de Napoleon, un ejército entero como el que se presentaba á su frente en 30 de Noviembre, desaparecian dos dias despues temerosos, al parecer, de una empresa de que ya otra vez habian salido tan escarmentados. Ni los defensores conocian la causa de aquella retirada, ni, áun sabiéndola, se la hubieran explicado por la marcha de Ney, sino por el pavor que ellos infundian.

---

(1) A ese espíritu arrogante, sin embargo, debia mezclarse una dósis no pequeña de desórden y de indisciplina, puesto que fué necesario publicar un bando en que se amenazaba con rigor á los que gritasen: «¡Qué vienen los coraceros!» «¡Que nos cortan!» Y esto, ¡contrasentido no raro en tales casos! el dia 1.° de Diciembre, el mismo en que dos oficiales de caballería habian avanzado sólos contra un grupo de jinetes franceses y batídose con gran valor y fortuna.

Sobre el estado de los ánimos en Zaragoza tenemos que llamar la atencion de nuestros lectores hácia la obra del general Baron Lejeune, copiando dos párrafos y dos notas de ella en que se pinta *á la francesa* el entusiasmo de los curas y de las mujeres en aquella ocasion.

Véase el apéndice núm. 15.

El siguiente apunte, de un diario varias veces citado, el de D. Francisco Casamayor, dará á conocer mejor que cuanto nosotros pudiéramos decir, cómo trascurrieron en Zaragoza aquellos dias, hasta el 20 de Diciembre en que se presentaron de nuevo los franceses.

«Dia 6.—Muy por la mañana se tuvo noticia de »haber ausentado los franceses hasta más allá de »Épila, y colocado su cuartel general en la villa de »Gallur, aunque algunos se habian tirado por Taus»te hasta Exea de los Caballeros, la que habian sa»queado, y áun querian exigirles 250 onzas de oro, »y en su consecuencia, se mandó ir tropa para con»tenerlos. Se trajeron dos caballos con sillas de dos »franceses muertos en la Muela, cuyo lugar é igle»sia habian robado, y al mismo tiempo se pasaron »muchos Polacos á nuestro exército. Con motivo de »haberse venido algunas tropas del exército del »Centro á esta guarnicion, salió del Reino de Ara»gon una próclama animándolos á tomar partido »en nuestra defensa. Por la tarde recibió nuestro ge»neral un Porta con la noticia de haber preso, de ór»den de la Junta central, al general Castaños en la »ciudad de Sigüenza con su obispo D. Pedro Inocen»cio Bejarano y otros personajes, por sospechosos, en »la desgraciada accion de nuestras tropas en Tude»la. No se cesó un instante dia y noche en el ade»lantamiento de las fortificaciones y baterías, y se »dieron órdenes, las más activas, para el abasto del »pan en los hornos, y que no faltase ni á la tropa »ni al vecindario. Por la noche se presentaron á »S. E. muchos vecinos de los lugares de más arriba

»de Alagon, que habian estado doce dias en los »montes huyendo del enemigo, entre ellos el vica»rio de Cabañas, á quien nada le dexaron ni de la »Iglesia, ni suyo, habiendo quemado todas las puer»tas y ventanas de dichos lugares.»

«Dia 7.—Este dia se supo que los franceses de »Alagon habian cometido mil maldades en dicha vi»lla y lugares inmediatos, quemándolo todo, no per»donando ni iglesias, ni casas algunas, executando »lo mismo en varios lugares del partido de las cinco »villas. Se dió órden de que para el mejor cuidado »de las baterías inmediatas á la ciudad asistieran »de dia y de noche un eclesiástico y un religioso, lo »que se verificó ya en este dia: se cogieron algunos »prisioneros de las avanzadas que tiene el enemigo »en Utebo y las Casetas, y se adelantó muchísimo en »las baterías y fortificaciones, colocándose otra nue»va encima del puente del camino de Madrid, pasada »la Casa blanca, haciendo cortar todos los olivares »que miran desde dicha batería á derecha é izquier»da, é igualmente echar toda la agua del Canal Im»perial al Jalon por más arriba de las obras de Gri»son, para impedir nos bajen artillería por dicho »cáuce, ni bombas como el otro sitio, escarmenta»dos del daño que con ellas nos causaron. Esta tarde »salió S. E. á caballo á dar vuelta por las baterías y »fortificaciones.»

Sin embargo, no bastaba, en nuestro concepto al ménos, tanto aparato puramente defensivo, ni la introduccion de los recursos que sin cesar llegaban á la ciudad, en armas y víveres, llevados de Tarragona ó recogidos en las comarcas vecinas, para cir-

cunstancias como las por que atravesaba España en aquellos dias. Los prisioneros franceses, conducidos por los patriotas aragoneses ya un dia ya otro, pocos en uno, muchos y de calidad en varios, estaban revelando, con su presencia en Zaragoza, que convenia alguna mayor iniciativa en el ejército que sus murallas encerraban, para alargar la tregua que, por falta de tropas ó por error en sus cálculos, la concedian desde el 2 de Diciembre los generales franceses.

Ocasion de establecer un ejército de socorro.

¿Por qué, pues, no aprovechaban ocasion tan propicia los españoles?

No nos lo hemos podido explicar nunca.

Habia en Zaragoza sobre 30.000 hombres de todas armas, de los que 20.000, al ménos, ofrecian garantías de poder mantener el campo gallardamente, teniendo, como tenian, aseguradas sus espaldas con una ya mediana plaza, tal era el estado de sus fortificaciones y el valor de sus guardadores. Aun suponiendo fuesen rechazados, y en eso no nos hacémos ilusiones, ninguna consecueneia trascendental podia producir su vencimiento, ni para ellos ni para Zaragoza; para ellos, porque no causaria la pérdida de su moral, que esa es precisamente la excelencia del soldado español, y para Zaragoza, porque estaba bien probado, así en Junio como en Noviembre de aquel mismo año, que los reveses no influian ni mucho ni poco, en la energía y la constancia de la defensa.

Merecía, pues, la pena de ensayar un movimiento contra los franceses, cuando se retiraban á Alagon y Gallur; no ofreciéndoles una batalla cam-

pal, si se creia aventurado, pero sí una série de operaciones ofensivas sobre el flanco derecho ó la retaguardia contra su reposo, al ménos, y la comodidad de sus comunicaciones. Mucho nos equivocamos si á los dos dias de haberse alejado Ney de su colega el mariscal Moncey, no hubiera éste tenido que continuar su retirada á Tudela en expectativa de refuerzos y del material de sitio. No se hubiera tampoco confeccionado parte de éste, el de ingenieros, como se hizo, y muy tranquilamente, en Alagon; ni los destacamentos enviados á los pueblos inmediatos de las dos orillas del Ebro en busca de víveres y dinero, habrian podido cometer los atropellos y exacciones que, en algunos, castigaron los habitantes con patriotismo inimitable. Se estaba en muy distinto caso que el del primer sitio: habia en Zaragoza tropas regulares y no escasas; no era de temer una reaccion tal en los franceses que pudieran entrar en la ciudad confundidos con los expedicionarios; y si en Julio se habian esperado resultados beneficiosos de la operacion sobre Épila, mucho mayores debian esperarse en Diciembre. Una série de ataques simultáneos ó sucesivos contra los cantones franceses del camino de Tudela, en columnas más ó ménos importantes y en proporcion á las fuerzas que pudiera oponerlas el mariscal Moncey, hubieran producido la concentracion del enemigo; y, siendo temeraria á vanguardia, la habria verificado donde, por la fortaleza de la posicion y sus comunicaciones con Pamplona y Francia, se creyese en seguridad y tranquilo.

Eso era ya una gran ventaja; y lo era mayor aún

el que la incorporacion del cuerpo de ejército del mariscal Mortier al de Moncey se verificase á mayor distancia, y que el arranque del material de sitio para su destino fuese de Tudela y no de Alagon, á las puertas mismas, puede decirse, de Zaragoza.

Y hé aquí uno de los argumentos más favorables al establecimiento de una gran parte, al ménos, de las tropas fuera de la plaza, para mantener libres sus comunicaciones todo el tiempo posible y atacar á todas horas los puestos y las líneas del enemigo, funciones las más importantes de un ejército de socorro. No son pocos los que han criticado á Palafóx el negarse á ello, y tendrian fuerza sus censuras si una parte de los mismos no hubieran reprobado á la vez las salidas que se hicieron durante el primer sitio.

Volveremos á decirlo en muestra de imparcialidad y á pesar de las opiniones que acabamos de emitir; por algo abrigarian entónces las opuestas Palafóx y los generales sus subordinados, por la prudencia, indudablemente, y la prevision que les sugeria el conocimiento de sus compatriotas y del estado del país.

Habrán visto nuestros lectores en los párrafos copiados del diario de Casamayor, que se habia publicado una proclama animando á tomar parte en la defensa de Zaragoza á los dispersos del ejército del Centro.

«Aragon, decia, está destinado por la suerte á »ser el objeto de las águilas francesas..... Nobles »soldados españoles: aquí teneis el campo del ho»nor. ¿Qué es para vosotros, para vuestro honor,

»para vuestra gloria, andar vagando sin auxilio ni »domicilio, sin uso de vuestras acertadas armas, »que ya se acreditaron noblemente en defensa de »vuestra pátria y nuestro rey Fernando VII.....? Ve»nid á ocupar los puestos de los que con nosotros »se presentaron en el fuego el dia 23 de Noviem»bre, y por fortuna murieron llenos de honor; aho»ra que ocupan más alto empleo, y disfrutan del »más digno premio; ahora que sus puestos están cu»biertos de polvo y luto; venid á ocuparlos y sereis »dichosos como nosotros. Vengaremos, sí, los ultra»jes hechos á la pátria, y colocaremos nuestras es»padas en el ara de la inmortalidad.»

Si á esta exhortacion se añaden las dirigidas al ejército de Reserva, dias ántes, y á los voluntarios de Zaragoza; lo frecuente de las revistas y hasta el cuidado que se ponia en inspirar á todos confianza, se comprenderá que no debia ser muy grande la que tuviesen los generales en las tropas para una accion enérgica, uniforme, de eficacia probable en campo abierto y marchando al enemigo. No dejaron, sin embargo, de hacerse algunos destacamentos, cuyo mayor número fué cortado por la caballería enemiga, apostada en observacion de la plaza y para impedir los forrajes á que aquellos salian (1).

A favor de esa inercia, irremediable ó inhábil, los franceses se mantuvieron tranquilos en Alagon; **Avanzan de nuevo los franceses.**

(1) Defensa de Zaragoza, por Caballero.
No pocas de aquellas expediciones dieron fruto, llevando á Zaragoza granos y legumbres, y, en algunas, bastante número de prisioneros que, primero, se encerraba en la Aljafería y se remitian despues á Monzon ó Lérida. Así lo dicen Alcaide, Casamayor y otros varios cronistas, testigos presenciales.

y los generales Dedon y Lacoste, de artillería é ingenieros, pudieron preparar el material respectivo de sus armas, necesario para las operaciones del sitio. Entre tanto el Mariscal Moncey iba reuniendo, algo á retaguardia, los cuerpos que la persecucion de los españoles de Tudela, el reconocimiento del país y las exacciones, hechas ya reglamentarias entre los franceses, por los pueblos, tenian dispersos y ocupados. Pero, sobre todo, esperaba la incorporacion del 5.° cuerpo de ejército que, en su marcha á Victoria y Búrgos, habia recibido la órden de dirigirse á Zaragoza, á cuya vista lo suponia Napoleon el 17 de Diciembre con las divisiones Gazan, Suchet y la brigada de caballería ligera que lo componian (1).

Tropas y material para el sitio.

Cuando Moncey volvió á presentarse al frente de Zaragoza, que fué el 20, el ejército francés destinado á las operaciones del sitio constaba de unos 35.000 hombres en dos cuerpos; el 3.°, á las órdenes de aquel mariscal, y el 5.°, á las de Mortier. El de Moncey se componia de tres divisiones, las de los generales Morlot, Grandjean y Musnier con 14 á 15.000 infantes; una brigada de caballería, la del general Wathier, con unos 2.000 caballos, y siete compañías de artillería. El de Mortier, duque de Trevisa, tenia dos divisiones, las de los generales Suchet y Gazan con 16 á 17.000 infantes, una brigada de caballería, la del general Delaage, siete com-

---

(1) «Pero la brigada que manda el general Lorge debe dirigirse á Búrgos, donde esperará nuevas órdenes. Hacedme saber, escribia Napoleon á Berthier el 8, cuándo llegará allí.» Correspondencia de Napoleon; despacho núm. 14.539.

pañías de artillería, una de obreros, una de pontoneros y otra de zapadores. El tren de sitio, además, llevaba consigo seis compañías de artillería, una de pontoneros y otra de obreros, 40 oficiales de ingenieros, ocho compañías de zapadores y tres de minadores.

El total de aquellas fuerzas ascendia á unos 47.600 hombres; y si bien un número considerable de ellos estaba léjos del cuartel general, destinado á los destacamentos necesarios para mantener las comunicaciones y procurar víveres, ó yaciendo en los hospitales, puede calcularse en los 35.000, ántes expresados, el de los presentes en banderas, útiles para las operaciones del sitio (1).

El 3.er cuerpo fué destinado á la ejecucion de todos los trabajos que se iban á emprender en la derecha del Ebro, para lo que siguieron desde sus cantones el camino de ese mismo lado del canal; la division Suchet, del 5.°, tomó entre el canal y el Ebro á proteger las operaciones por aquella parte; y la del general Gazan, pasando aquel rio al frente de Tauste, se dirigió por Zuera á bloquear el Arrabal de Zaragoza para asaltarlo á su tiempo. Seguia, por fin, el movimiento de todas aquellas tropas el tren con 60 piezas de artillería y las municiones correspondientes, unas y otras sacadas de Pamplona. 20.000 útiles para los trabajos del sitio, 100.000 sacos á tierra, 4.000 cestones y un número proporcionado de faginas para las baterías. Los almacenes, fábricas

(1) Véase el apéndice núm. 16, con el estado de fuerza que estampa al final de su relacion el ingeniero Belmás.

de campaña y hospitales quedaron establecidos en Alagon, donde, sin estorbar nunca, ofrecian la misma utilidad que en el campamento.

«La cantidad de artillería destinada al sitio, dice »Caballero, el número de oficiales y de tropas de »ingenieros, eran muy superiores á lo que se habia »empleado en los sitios de las plazas más formida»bles; los franceses no omitian nada para que el »resultado de su segunda empresa fuese más feliz »que el de la primera.» Y nada tiene esto de extraño cuando habia entre los sitiadores un oficial, M. Daudevard de Férussac que despues escribió lo siguiente: «Bien pronto se distinguieron sus muchos »campanarios (de Zaragoza); su vista hizo en nues»tros soldados el efecto que la de las torres de Jeru»salen al ejército santo de Godofredo de Buillon (1). »Habia verdadera impaciencia de entrar en aquella »ciudad que ya nos habia costado tantas tentativas »infructuosas. Pero los *leones del norte* (subrayado »como lo ponemos) avanzaban, y Zaragoza, la arro»gante Zaragoza, debia caer á nuestra aproxima»cion».

Algo ménos, mucho ménos que eso fué; pero la baladronada está revelando la importancia que se daba á la conquista de Zaragoza y el respeto, el pavor, que infundian sus heróicos defensores.

**Posiciones que ocupan.** El 20, repetimos, se presentaron los franceses al frente de Zaragoza, é inmediatamente procedieron á establecerse en posiciones de donde comenzar

(1) Esto lo repite ó lo copia el general Baron Lejeune.

los reconocimientos con que habian de prepararse los primeros ataques.

Mortier con la division Suchet ocupó naturalmente el convento de San Lamberto que encontraba al acercase por el canal y el Ebro, segun ya dijimos. Moncey llegó con el 3.er cuerpo al Huerva, que hizo cruzar á la division Grandjean; dejando, en la márgen derecha la division Morlot, situada en las alturas que dominan el canal por la parte del puente de América y las exclusas de San Cárlos, y, en reserva, la del general Musnier con la artillería y los ingenieros. Los reconocimientos que inmediatamente practicaron los generales franceses produjeron el establecimiento de una batería que contestase á las del puente de la Muela, Buenavista y la Casablanca que, al descubrir al enemigo, rompieron el fuego, y la distribucion de las columnas para el ataque de Torrero que se dejó para la mañana siguiente. Aquella tarde, sin embargo, se realizó uno de los preparativos más importantes, entre los dirigidos á facilitarlo, el de la ocupacion del paso abovedado del Barranco de la Muerte sobre el que corren las aguas del Canal y una de las últimas de sus mágnificas obras. (1)

En el campo español hubo naturalmente grande alarma; se tocó la generala; cada cuerpo se dirigió

---

(1) Belmás dice: «El enemigo habia obstruido el paso y hacia »desde él un fuego sumamente vivo. Para desalojarle de él, nues»tros soldados inventaron el tirar oblícuamente debajo de la bóve»da sin dejarse ver; las balas, rebotando en los piés derechos, al»canzaban á los españoles que, no pudiendo contestar con ventaja, »se vieron obligados á retirarse.»

Discurrir fué; y puede servir de leccion en los ataques de puestos.

á su puesto, y la guarnicion de Torrero pasó toda la noche sobre las armas (1).

Accion del 21 de Diciembre.

El 21 era el dia destinado á una accion que los franceses creyeron seria decisiva y que paró en desgraciada para ellos, en alguno por lo ménos de sus períodos, en el más importante quizás.

Por Torrero todos les fué bien. Las baterías francesas establecidas en la derecha del canal, comenzando el fuego muy temprano, desmontaron luego una pieza de á cuatro de Buenavista é incendiaron el repuesto de municiones de su servicio. La columna del general Habert, desde el paso del Barranco de la Muerte, de que, como acabamos de decir, se habia apoderado la tarde anterior, avanzó resuelta-

(1) En todo suceso que, como el del sitio de Zaragoza, reviste un carácter general y vastas proporciones, los relatos, muchos por el número de los actores, y discordes por lo extenso del teatro de la accion, inspiran dudas que, á veces, se hace muy difícil resolver. Casamayor, en su diario, manifiesta que aquella tarde «juzgando el comandante de la Casa-blanca que la defensa que tenia en »ella, de 4 cañones en el puente del camino de Madrid, no era su»ficiente para tanta gente enemiga como á ella venian, la desam»paró sin hacer fuego, clavando ántes los cañones, la que ocupa»ron inmediatamente los franceses.»

Pero es el caso que nadie más que Casamayor cita ese trance; la posicion de la Casa-blanca y los sucesos del dia siguiente lo desmienten, aunque tácitamente, y el único con que pudiera confundirse es el del puente de la Muela, donde, sin embargo, dice Alcaide, que el brigadier Torres hizo fuego desde la batería á los franceses que por allí aparecieron, quienes se alejaron luego, tomando el camino del cajero del Canal hácia Santa Bárbara y el Pilon de la Leche.

Si la Casa-blanca hubiera sido ocupada la tarde del 20, envueltas, como quedaban, las posiciones salientes de las exclusas, el puente de América y las Almenaras del Pilar y San Antonio, los sucesos del 21 hubieran tenido lugar de muy distinta manera y el puente de América no hubiera sido volado cuando lo fué, al retirarse los españoles definitivamente de Torrero.

Todo induce, pues, á creer que Casamayor padeció una equivocacion al redactar su diario. Ni es la única vez ésta, ni es de extrañar en ocasion de tanto desórden.

mente á situarse en las comunicaciones de Torrero con Zaragoza, miéntras seis piezas de artillería ligera batian el atrincheramiento que cubria lós almacenes y el general Morlot atacaba el puente de América deslizando una de sus columnas por el arco del canal que dá paso al Huerva.

La operacion estaba perfectamente combinada; y, ejecutándose con la precision que era de esperar de tropas tan maniobreras como las francesas de entónces, debia dar resultados decisivos y rápidos. Y, con efecto, la guarnicion de Torrero, viéndose tan rudamente azotada por la artillería enemiga, cogida de flanco y hasta en peligro de hallarse envuelta por las columnas que de todas partes se mostraban, decayó de ánimo y abandonó una posicion que, despues de todo, no tenia ni bien dispuestas ni terminadas sus obras de defensa. Saint-March hizo los mayores esfuerzos para mantener las tropas en sus puestos; hubo alguno de los cuerpos, el 2.° de voluntarios de Aragon, por ejemplo, que ofreció una tenaz resistencia á abandonar el suyo y un continente, despues, muy honroso en la retirada; pero el general, cuantos jefes y oficiales trataban de ayudarle y el batallon aragonés fueron arrollados por la multitud que no estaba para oponerse al número de los enemigos y ménos á la idea de verse cortada de la ciudad, su tan deseado abrigo.

No quedó, pues, otro recurso que el de, al abandonar Torrero, recoger las dos piezas útiles de la batería de Buenavista y romper el puente de América que fué volado á la vista misma de los franceses sin que lograran impedirlo.

Caballero dice al llegar á este punto: «Aunque »aquel bravo oficial (Saint-March) se condujo per»fectamente, quizas, sin la amistad del general en »jefe, hubiera sufrido la suerte del que, en el pri»mer sitio, habia defendido la misma altura tanto »tiempo como él, con ménos fuerza y ménos recursos. »Pero sea de eso lo que fuere, no se sintió mucho »la pérdida de aquella posicion que ni estaba en es»tado de ofrecer una larga resistencia, ni habia sido »guarnecida más que para retardar algunos instan»tes el principio del sitio.»

El general Suchet, desde San Lamberto, avanzó al alto de la Bernardona é intentó, en seguida, ayudar á su colega de la derecha al movimiento envolvente que le veia ejecutar; esperando, además, recoger algun fruto de su victoria en los fugitivos que alcanzara; pero se lo impidieron los accidentes del terreno y la resistencia de los zaragozanos, apostados en ellos y en los setos y las ruinas de la inmediacion.

A las once de la mañana, y con la corta pérdida de unos 20 muertos y 50 heridos, eran los franceses, así, dueños de todas las posiciones de Torrero, y se ponian en disposicion de empreder las operaciones de sitio contra el cuerpo de la ciudad, ó, al ménos, contra sus fuertes exteriores más próximos.

Pero en el mismo dia acometian otro ataque del que esperaban resultados aún más decisivos.

Nos referimos al asalto del Arrabal en que, al contrario de lo que les sucedió en Torrero, recibieron una leccion durísima y un escarmiento, como pocos, á su temeraria arrogancia.

La ocupacion del Arrabal ofrecia á Moncey la doble utilidad de aislar completamente á Zaragoza por la izquierda del Ebro y de imponerse á los defensores con fuegos que, por ser de revés, los harian desmayar de su natural gallardía y de sus esperanzas, tan fundadas, para ellos, desde el éxito del primer sitio. El general Gazan recibió, pues, la órden de simultanear un ataque á viva fuerza del Arrabal con el de Torrero para así hacer más débil la defensa. Pero el reconocimiento, aunque imperfecto, de la posicion, y las condiciones de su situacion al romper la marcha, retardaron tanto la de sus columnas, que era ya la una de la tarde cuando se presentaban ante las obras, puede decirse que todavia en embrion, de aquella parte de la plaza. La arremetida fué, cual de franceses, tan terrible como enérgica. Viendo retirarse á las avanzadas españolas ante los jinetes que el 10.° de húsares llevaba de vanguardia, la division Gazan hizo alto en las eminencias de Juslibol, y reconocidas, aunque ligeramente, las posiciones españolas, rompió despues la marcha con la mayor decision para atacarlas.

Los voluntarios de Huesca, que eran los primeros con quienes iba á encontrarse, mandados por su teniente coronel D. Pedro Villacampa que tantos y tan eminentes servicios habia de prestar en aquella guerra, se retiraron al camino de Barcelona, así por no poder hacerlo á su izquierda á causa de la inundacion que acababa de practicarse con la rotura de una acequía en el soto próximo de Mezquita, como por tener asegurado aquel flanco con ese mismo accidente: y pareciéndole tan superior el número de

los enemigos que ni la fuerza de su mando ni la que cubria el Arrabal bastarian á contrarestar el asalto que ya veia inminente, pidió refuerzos á la plaza; procurando empero con sus movimientos y accion dar tiempo á que llegasen. Los franceses, tropezando con la inundacion, se extendieron por su izquierda hácia el Gállego, donde dieron con el tercer regimiento de Múrcia, que se replegó sobre alguna caballería allí apostada, y con los suizos de Aragon que ocupaban la torre del Arzobispo. El combate no tuvo allí más importancia que la de la toma de este edificio por los franceses que hubieron, por su parte, de dársela grandísima para quitar alguna á la accion posterior de aquella tarde, sumamente desastrosa para ellos (1).

Envalentonado Gazan con aquella primera ventaja, atacó resueltamente las baterías que cortaban los caminos de Francia y de los vados del Gállego, y se apoderó tambien de ellas sin resistencia formal, pues que, con las tropas que momentos ántes campeaban en el llano, se fueron retirando sus guarniciones al que pudiéramos llamar recinto del Arrabal, entre la batería de los Tejares, inmediata á los pantanos inundados, y el convento de Jesús, próximo ya al Ebro en el otro extremo derecho de las fortifica-

(1) El único español que advierte la pérdida de la torre del Arzobispo es Caballero, que dice: «... Por el camino, se defendie»ron (los suizos) con la mayor bravura á las órdenes del coman»dante Fleury. Sin embargo, los franceses consiguieron desalojar»los, matando ó haciendo prisioneros trescientos.»

En cambio es muy rara la relacion francesa en que no se haga mencion de este episodio; y Belmas, Lejeune, Thiers, casi todos, aumentan el número de las víctimas.

Alcaide dice que los suizos, los guardias Walonas y los voluntarios de Aragon reforzando al 3.° de Múrcia «hicieron frente al »enemigo con un fuego muy sostenido.»

ciones: y entónces realmente empezó lo récio y grave de la accion de aquel dia. Deslizándose por entre los árboles, setos y tápias todavia subsistentes, la primera brigada de la division Gazan llegó casi al pié de la batería de los Tejares y la asaltó con el mayor brío. Mandábala el coronel de artillería Don Manuel de Velasco que, dejando aproximar á los franceses hasta el pié mismo del parapeto, los cubrió de hierro y plomo hasta llenar el foso con los cadáveres de los más alentados que la atacaban al arma blanca.

Rechazada tan ejecutivamente, sin esperanza de vencer allí y no pudiendo siquiera sostenerse ante el fuego, cada vez más nutrido, de la batería, la columna francésa se corrió á su izquierda y logró apoderarse de una casa que, junto al camino del Gállego, estaba bastante avanzada para amenazar la comunicacion de aquellas obras con el convento de Jesus.

Terrible debió ser la impresion que causara en los defensores aquella conquista, porque todos convienen en que se introdujo un gran desórden en sus filas y se vió en peligro inminente de caer en poder de los sitiadores toda la orilla izquierda del Ebro. La caballería, sobre todo, que trás el combate del camino del Gállego se mantenia en el Arrabal, debió ser presa de un pánico extraordinario que desgraciadamente trascendió á una parte considerable de los infantes, impeliéndolos á precipitarse hácia el puente. Casamayor tiene que confesar que Palafox hizo pasar por las armas «á un soldado, por no obedecer »las órdenes de su Jefe y afrentar la caballería que

»ya volvia las espaldas al enemigo;» y con Casamayor están virtualmente de acuerdo otros que dan testimonio de aquellos sucesos. En vano los jefes más caracterizados se opusieron á la fuga de su gente; todos fueron arrollados, muertos los unos intentando, con avanzar al enemigo, desvanecer el pánico, arrastrados los demás por los que se precipitaban al puente que, con ofrecer paso tan estrecho, daba mayor pávulo al terror y acrecia el desórden, la algazara y los atropellos de los de retaguardia.

Sólo habia una fuerza que contrarestase aquel ímpetu, que fuera dique para aquella corriente arrebatada que amenazaba con una catástrofe irreparable; y, por fortuna, se presentó en momentos tan críticos. Palafox, que estaba observando el combate desde uno de los torreones del palacio arzobispal que se alza en la márgen del Ebro, corrió á la entrada del puente; y, haciéndose seguir de algunos batallones y una parte de la caballería, estacionada en la plaza de la Seo, se abrió paso por entre los fugitivos, los hizo retroceder al Arrabal y, guarneciendo de nuevo la casi abandonada batería de San Lázaro, lanzó los guardias Walonas y los voluntarios de Huesca hácia la casa cuya ocupacion por el enemigo habia causado tan extraordinaria y tremebunda alarma.

El Arrabal estaba salvado; las tropas volvian tambor batiente al combate; las baterías vomitaban de nuevo hierro y plomo, esparciendo terror y muerte en las filas enemigas que, acobardadas, á su vez, se retiraban un poco ántes de anochecer á su campo de la mañana; y si la caballería hubiera sabido aprove-

char los momentos de la victoria, habria aquella producido resultados materiales de una importancia incalculable entónces. Porque los soldados de Gazan volvieron á Villanueva en situacion de ánimo lastimosísima que sólo puede calcularse por las relaciones posteriores de algunos de sus oficiales. Dice Daudebard de Férussac, que llegó en aquellos momentos al campo francés: «Crucé la aldea de Juslibol »por entre los heridos; habláronme de varios de mis »compañeros que habian sido muertos; no era cierta»mente un buen *debut*, y tuve presentimientos si»niestros...» «Ha habido aquí, dice algo despues, una »gran alarma durante dos ó tres dias, y no se tenian »noticias de la primera division ni del Mariscal; sien»do la inquietud recíproca porque el Mariscal se ha»llaba muy preocupado respecto á nosotros por la in»comunicacion en que estábamos (1).» «Acabamos, »añade más adelante y refiriéndose á dias posterio»res, de extendernos más para campar de nuevo: »nos hemos atrincherado; se han construido baterías »de defensa en el frente de nuestra línea, aprove»chando diques y canales que nos sirvan de parape-

(1) Belmás dice de acuerdo con Daudebard: «El mariscal Mor»tier deseaba ardientemente noticias de aquella division que, ha»llándose aislada en la orilla izquierda, podia verse acometida por »todas las fuerzas del enemigo sin que pudiera socorrérsela; pero »no se encontraba una sola barca en el Ebro cuyas aguas iban muy »altas y agitadas. El capitan de zapadores Henry se ofreció con un »hombre de su compañía á cruzar el rio á nado, y aquellos valien»tes, trás de esfuerzos inauditos, abordaron la orilla opuesta; pero se apoderó de ellos el frio con tal fuerza, que ambos cayeron muer»tos entre los juncos. Allí fueron hallados al dia siguiente, cuando, »para establecer las comunicaciones, se echó un puente volante en »el Ebro frente á Juslibol y agua arriba de la ciudad. El ejército conservó por mucho tiempo el recuerdo de tanta abnegacion......» Era muy justo.

»tos, y cubriendo con sangrías hechas en esos mis»mos canales y hasta una altura de varios piés el »frente de nuestras obras. Desde hace dos ó tres »dias, el terreno, hecho un barrizal espeso, no per»mite al enemigo acercarse sin peligro de hallar la »muerte al pié de nuestras trincheras.»

¿Qué mayor prueba del descalabro sufrido por los franceses en el Arrabal el 21 de Diciembre? Sólo á Mr. Thiers le ocurre ocultarlo ó desfigurarlo á punto de convertirlo en una victoria produciendo el aislamiento absoluto de los defensores en su ciudad. Porque Daudebard, testigo presencial cual ya hemos dicho, lo describe con las palabras siguientes; «Se »ocuparon los puntos destacados y los primeros re»ductos; llegando hasta ponerse bajo el fuego de las »primeras casas del Arrabal y de la segunda línea »que lo circuye. Pero nuevos fosos y nuevos muros »que se necesitaban salvar; la noche que se acerca»ba; el camino que habíamos ya recorrido y el pié »de los primeros reductos cubierto de los cadáveres »de los nuestros; las fuerzas del enemigo que pa»recian considerables; una línea nueva de reductos »de que apoderarse y la masa toda del arrabal, cada »casa del cual, llegaria á ser una fortaleza caso de »que se penetrara en él; todas estas cosas decidieron »al general á abandonar la empresa, con muchísima »prudencia, pues que, de continuarla, la mitad de la »division hubiera, quizás, quedado en el sitio, sin »que se hubiese logrado el objeto. La primera bri»gada habia sufrido horriblemente, el 21, sobre todo. »Lleváronse los heridos á Juslibol, donde se habian »establecido las ambulancias, y todo el mundo fué

»á campar á la posicion en que se habia parado por »la mañana. Se abandonaron así las primeras con»quistas y, al volver del combate, se contaron las »bajas. La jornada nos habia costado 650 soldados »y sargentos, 28 oficiales y dos jefes muertos ó heri»dos (1).»

A los españoles costó unos cien hombres, sin contar los suizos muertos ó aprisionados en la torre de Arzobispo; pero entre esas bajas, las habia de no pequeña importancia, contándose las de jefes como el coronel Cardon, de Fernando VII y el capitan Santa Cruz, muertos, y el teniente coronel y el mayor Torriani y Chasco de aquel mismo regimiento de caballería y otros oficiales, heridos al querer ordenar su tropa á la entrada del puente.

Estas pérdidas, por lamentables que fuesen, y áun la gravísima, cien veces más trascendental, de Torrero, quedaron, sin embargo, como borradas de la imaginacion de los zaragozanos con la victoria del Arrabal, tan gloriosa para sus armas y tan importante para la marcha y prolongacion del sitio. La misma idea del peligro que se habia corrido, el de quedar incomunicada la plaza en el primer dia de su asédio, dió más brillo al resultado de una accion que creian desmoralizaba al enemigo, á punto de obligarle á atrincherarse, y no dentro de líneas de contravalacion que cerrasen el bloqueo intentado en la tarde del 21, sino para su propia seguridad, arredrado,

(1) Es la pérdida que generalmente confiesan los franceses; los españoles la exageran, por su lado, excepto Caballero, que dice haber sido de 900 á 1.000 hombres.

sin duda, por el ímpetu de los defensores en los últimos momentos del combate. (1)

Tal debió ser, con efecto, que todos los cronistas franceses de aquellos sucesos, elogian la conducta prudente de Gazan, al retirarse, ya por el gran número de los enemigos que se le opuso y que á cada instante aumentaba á su frente, ya por lo importante de la bajas que sufrió, ya, finalmente, por el aislamiento en que iba á verse; felicitándose todos, tambien, de que en posicion tal y en estado tan lamentable, no fuese perseguido por los sitiados que le hubieran puesto en grande aprieto.

No tuvo poca culpa de aquel revés el mariscal Moncey, porque, si en vez de satisfacerse con la ocupacion de Torrero, hubiera insistido en el ataque de San José, iniciado tan sólo, ó, mejor aún, extendídose al simulacro siquiera de un avance general en la línea del Huerva, no habrian podido los zaragozanos atender á la defensa del Arrabal con la tranquilidad en que se les dejó desde el mediodia por la derecha del Ebro, la más importante para ellos.

De todas maneras, la jornada del 21 de Diciembre retardó por varios dias las operaciones del sitio, dió lugar á la entrada de nuevos recursos en Zara-

(1) Al recordar los sucesos del dia 27, dice Casamayor: «Este »dia se pasó un muchacho de 11 años á quien hirieron al pasarse, »el cual fué presentado á S. Ex., y examinado, dijo era aleman, y »que sabia cuatro idiomas, y declaró dónde se hallarian 5 cañones »y un obús junto al Ebro que los franceses dejaron *enrronados* en »la tarde del ataque del Arrabal, lo que habiendo salido cierto, le premió S. E. la accion, séñalándole un duro diario y el escudo de »Patricio honrado.» Para que se vea nuestra imparcialidad; áun con ese dato, nos negamos á dar crédito á tal noticia que no hallamos confirmada en ningun otro escrito.

goza y elevó la moral de los defensores para hacerles resistir, como los asaltos del enemigo, los del hambre y de la peste, que muy pronto habrian de cebarse en ellos y en los séres que más caros les eran. (1)

Intimacion de Moncey.

Por desconcertado que el mariscal Moncey quedara con aquel revés, habia de intentar el disimularlo, y deseando, á la vez, ganar tiempo para emprender los trabajos y operaciones de sitio que el resultado de las del dia 21 y la experiencia de la campaña anterior le hacian presumir, dirigió el 22 á las autoridades de Zaragoza un mensaje entre conciliador y severo, poniendo de manifiesto las fuerzas de que disponia, el abandono en que se hallaba la ciudad al haberse rendido Madrid, y la conveniencia de una capitulacion que evitara mayor derramamiento de sangre y las consecuencias de un asalto. (2)

Palafox recibió el pliego en el reducto del Pilar, y por primera contestacion oyó el capitan Labedoyére, que se lo habia llevado desde Torrero, la siguiente, tan elegante como peregrina y patriótica: «¿Capitular? Yo no sé capitular; yo no sé rendirme: despues de muerto, hablaremos de eso.» Y los defensores que le rodeaban, entusiasmados con palabras tan levantadas, y para dar al parlamentario muestra y prenda de su espíritu y decision, respondieron á

(1) Para dar á conocer nuestros lectores algunos detalles importantes del combate del Arrabal, los remitimos al apéndice número 17 en que se dan con los nombres de los defensores que más se distinguieron en él.

(2) En el Apéndice núm. 18, puede verse la comunicacion de Moncey y la respuesta de Palafóx.

una voz: «¡Vencer ó morir! ¡Viva Fernando VII! »¡Viva España!» La contestacion por escrito, si no tan lacónica, fué, del mismo modo, expresiva y enérgica. Decia Palafox al general sitiador que Zaragoza no sabia rendirse y, mucho ménos, teniendo en el número y valor de sus defensores, en la libertad de sus comunicaciones y en sus abundantes recursos, medios para resistir los ataques de que pudiera ser objeto; le hacia algunas reflexiones sobre la fuerza que le prestaban el espíritu de sus subordinados por el honor y la gloria ya adquiridos y el recuerdo de lo hecho en el sitio anterior en condiciones ménos ventajosas; y le exhortaba á no mirar con indiferencia los estragos que iba á causar, con lo que podria conservar la reputacion, que ya tenia, de prudente, y el nombre, que se le daba, de bueno. No concedia, por fin, importancia á la pérdida de Madrid, que consideraba vendida; y manifestaba su extrañeza de que, al dirigirle un parlamento, se hicieran bajar por distintos puntos columnas que podrian más bien creerse encaminadas á practicar un reconocimiento ó un ataque.

Y así era, con efecto, produciendo su vista la salida del fuerte de San José y de otras baterías del recinto y el Arrabal de algunas guerrillas que anduvieron todo aquel dia tiroteándose con los enemigos.

Preparativos del sitio.

Con eso pudieron encubrirse los trabajos que en los dos campos opuestos se estaban verificando; de obras preparatorias para las de sitio en el francés, y de organizacion y de órden en el de los zaragozanos. En Torrero se reunian los materiales para comenzar

la primera paralela que iba á abrirse contra los fuertes avanzados de la plaza; y en ésta se hacia entrar las comunidades de religiosas que tenian sus asilos en las inmediaciones de las puertas, los moradores de las torres más próximas, los obreros que pudieran convenir en las fortificaciones, armas, polvora, cuanto se consideraba necesario entónces y seria imposible introducir despues, cuando, como ya se suponia, quedase cerrado el bloqueo y completa la incomunicacion.

Y así se continuó por varios dias; todos ellos en fuego más ó ménos vivo, segun lo exigian el plan, ya establecido, en unos y otros de los combatientes, en los franceses para ir acercandose á San José por medio de trincheras que los condujesen al establecimiento de las baterías que intentaban, y en Palafóx para robustecer las de Zaragoza, ya con nuevas y más estudiadas formas, ya con despejar el terreno inmediato hasta la mayor distancia posible. No hubo dia en que no se produjera, con eso, algun combate y en que no tronara la artillería española para detener las obras del enemigo, el que, por su lado se mantenia á bastante distancia por la necesidad de preparativos mayores de los que imaginaba ántes, la falta de bastimentos que está demostrado escaseaban sobre manera, y la imprescindible comunicacion que andaba estableciendo entre las dos orillas del Ebro.(1)

(1) Todos los escritoros franceses confiesan la escasez de víveres que se sentia en el campo de sus compatriotas; y los españoles la ponen tambien de manifiesto al llamar la atencion sobre el número considerable de los desertores enemigos, en su mayor parte

El frio era, de otro lado, intensísimo en aquellos dias, los más cortos y rigurosos del año, y no es, por tanto, de extrañar que tantas causas reunidas paralizasen las obras y las operaciones del sitio (1). Y no sin perjuicio grave de los sitiadores que, áun no trabajando más que en el levantamiento de planos, en reconocer minuciosamente las posiciones enemigas y el terreno próximo á ellas, en echar puentes sobre el Huerva para la comunicacion de los distintos cuerpos, en restablecer la navegacion del Canal y las exclusas y los molinos, en nuevas construciones de faginas y cestones, en preparar, por fin, una accion pronta y enérgica, experimentaron pérdidas que un historiador, Mr. Belmas, el más autorizado de ellos, estimaba en tantas como habian sufrido en el asalto de las posiciones de Torrero, y todas por el fuego de la batería de morteros establecida por los zaragozanos en el Jardin botánico. (2)

---

alemanes ó polacos, á quienes llevaba el hambre á encerrarse en una plaza sitiada, sin discurrir que no era la abundancia lo que en ella reinaria ni áun en aquellos primeros momentos. El pan estaba todavía barato, pues que dos libras del de municion, único que se elaboraba para todos, costaban sólo seis cuartos; pero ya la carne se hallaba exclusivamente destinada á los hospitales.

(1) En Zaragoza, áun teniendo naturalmente las tropas mayor abrigo, padecian mucho del frio; y las valencianas y murcianas de la guarnicion llenaban materialmente los hospitales é inspiraban un temor, no infundado, del contagio que, por fin, habia de cebarse en ellas y en todo el vecindario de Zaragoza.

(2) Al fuego de esa batería ó al de otra, tambien de morteros, atribuían los zaragozanos el establecimiento del cuartel general francés en la Cartuja, porque Casamayor dice al llegar al dia 26: «Siguió el mismo cuidado que los dias anteriores, y se tiraron mu»chas bombas desde nuestra baterías con tan feliz suceso que ha»biendo caido una en la fonda de Torrero, mató á 7 oficiales y á »un coronel, haciendo salir de allí al general Moncey, el cual se »retiró á la Iglesia donde habiendo caido otra, le hizo mudar otra »vez su cuartel general á la Cartuja baja.»

Los reconocimientos produjeron un plan que el general Lacoste propuso al mariscal Moncey, consistiendo en tres ataques dirigidos contra los fuertes de San José, del Pilar y la Aljafería. En la derecha del Ebro.

Si se obtenia éxito en el primero, el de la derecha, se proseguiria al recinto de la ciudad, donde ésta presenta el saliente del Molino de aceite y Puerta quemada, fácil de envolver corriéndose hasta el Ebro y obteniendo la cooperacion del general Gazan que repetiria su asalto al Arrabal.

Dueños los franceses en el segundo ataque, el del centro, del reducto del Pilar y del puente del Huerva, continuarian á Santa Engracia, operacion dirigida tambien á apoyar el de la derecha y para la que contaban aún con medios suficientes.

El tercer ataque ó de la izquierda no tenia más objeto que el de poner en alarma la guarnicion de la plaza por aquel lado á fin de estar los fraceses más desembarazados en los otros dos: era lo que con toda propiedad se llama un ataque falso. Fuerzas, al parecer, iguales, el mismo aparato de armas y una accion al principio tan amenazadora por aquel punto como por los demás, debian distraer al enemigo de la defensa de San José y del puente del Huerva, objetivos los más interesantes en la jornada que se preparaba.

Desde el 23 se habian, en efecto, comenzado al abrigo de una batería de obuses que se estableció en Torrero, la trinchera que á lo largo del camino de Valencia debia dirigir á San José desde una distancia de 1.000 metros, un corte, á la de 540 del reducto del Pilar, dando salida á otra trinchera que, como la anterior, iria tambien á parar á las primeras obras

que se construyeran contra aquellos fuertes, y otro corte, en el camino de Alagon y á 400 metros del castillo, para, con un ramal, desembocar á su vez en la paralela abierta en el primer sitio, y no destruida despues.

En la izquierda.

Miéntras se ejecutaban estos trabajos y la artillería reunia su material para armar las baterías futuras en la primera paralela, la division Gazan se atrincheraba, segun ya dijimos, en sus posiciones de Juslibol; buscando, además, el hacer sólida su comunicacion con el ejército, interrunpida alguna vez por las inundaciones del Ebro, y viendo de extenderse despues por su izquierda para cortar los caminos por donde, lo mismo que recibir refuerzos, podian los sitiados retirar las bocas inútiles y áun tropas que creyeran sobrantes para la defensa. Porque renacia entre los defensores la controversia suscitada al principiar el sitio; la de si no seria perniciosa, en vez de útil, la permanencia de tanto ejército en el recinto de una plaza cuyos habitantes sabian sacrificarse al punto de los zaragozanos en aras de su pátria. Llegó á reunirse una junta de que formaron parte los generales O'Neille, Baron de Warsage, Saint-March y Manso, así como varios jefes de cuerpo para discutir la conveniencia de que abandonasen la plaza algunos regimientos de infantería y la caballería toda que se situarian en las inmediaciones como tropas de socorro, dando con su accion inmediata calor á la defensa, en vez de entorpecerla en Zaragoza con su número y gasto de víveres y municiones. El proyecto parecia que iba á llevarse á ejecucion; hasta llegaron las avanzadas cerca del Gállego á favor de la niebla

Junta de Jefes en Zaragoza.

sin ser descubiertas por los destacamentos de Gazan; pero las tropas no se reunian, los jefes repugnaban arrostrar las desconfianzas del pueblo, y con las vacilaciones de unos y otros y la no intervencion oportuna de Palafóx, el proyecto no pasó de tal, pareciendo á sus iniciadores preferible hacer frente á la muerte que á la responsabilidad. Redújose todo á hacer salir por el Ebro al general D. Francisco Palafóx con pliegos para las autoridades de los distritos militares más próximos, á quienes se incitaba en ellos á enviar refuerzos y socorros á Zaragoza (1).

La ocasion resultó ya la última; poco despues la plaza estaba completamente bloqueada; los combates se hacian diarios y en parte decisivos; el fuego y, más aún, el hambre y la peste llenaban los hospitales, y no quedó otro recurso que el de sostener el número mayor posible de combatientes en los muros y las barricadas.

Expedicion de Malibran.

A aquellos dias de comunicacion todavía con los pueblos de la izquierda del Ebro, hay que referir un proyecto que revela hasta dónde alcanzaban el patriotismo y el aliento del ilustre defensor de Zaragoza. Sólo un rastro ligero se hallaba de un plan que, no por haberse frustrado en sus primeros procedimientos, significa ménos lo patriótico del objeto suyo ni los sacrificios que imponia en la mísera si-

(1) Hay una diversidad extraordinaria de datos respecto al dia en que salió de Zaragoza D. Francisco Palafóx.

García Marin dice que fué la noche del 22, é igual dia se señala en «Acontecimientos ocurridos en Aragon de 1808 á 1813.»—Alcaide indica la noche del 25; Casamayor dice que el general salió en posta para Cuenca el 29.

Belmás fija el 24 como fecha de la salida del hermano del ilustre defensor de Zaragoza y lo dirige á Mequinenza.

tuacion de aquellá plaza, abocada á la más espantosa catástrofe.

A fines de aquel mes de Diciembre, fué detenido en la villa de Oliana, un señor, D. Ventura Malibran, que conducia, en direccion á la frontera, tres mulos cargados de oro, plata y chocolate; el oro en dos cajones con 16.122 duros, la plata en cuatro con 6.389 pesos fuertes, y el chocolate en tres con número que se ignora de libras de tal comestible. La justicia de aquella poblacion y su junta de Gobierno dieron aviso á la corregimental de Cervera de una presa que les infundia sospechas por su procedencia, el destino que se la hacia suponer y la direccion que llevaba; y consultados el Capitan general del distrito, D. Teodoro Reding, y el rêpresentante que tenia en Cataluña la Junta Central, D. Tomás Verí, acordaron se soltara al Malibran y se le permitiese continuar su expedicion con todo el cargamento con que habia sido detenido y preso.

En los certificados expedidos despues, consta que Malibran presentó documentos de Palafóx que acreditaban el fin y la legitimidad de la comision que se le habia dado, así como la delicadeza con que la iba ejecutando.

Pero en Coll de Nargó, áun acompañado del doctor D. José Estany y con escolta que se le habia prestado, volvió Malibran á ser detenido por los íncolas de Orgañá, que no sólo le insultaron, sino que estuvieron á punto de asesinarle bárbaramente. Fué necesario que, por nuevas recomendaciones de Palafóx y órdenes repetidas de Reding, se le enviara mayor escolta con un jefe militar, para que el 11 de

Enero llegase Malibran á la Seo de Urgel entre las gentes, siempre amotinadas, pero ya ménos hostiles, de los pueblos del camino. La voz de cargamento tan codiciado se habia, sin embargo, esparcido por el país; la de la comision á que se queria suponer destinada se deslizaba tambien entre muchos; y como no podria ménos de llegar á la frontera, se hizo, más que temerario, imposible, continuar á Puigcerdá y Francia. Malibran lo hizo ver así y entregó los caudales y documentos que llevaba en el archivo de la capitular de la catedral, obteniendo, despues de comunicaciones varias que mediaron con el general Reding, un escrito que le acreditaba de digno de la confianza que en él se habia depositado y de todo desempeño.

Cuál era la comision que se le encomendara, se ha podido averiguar despues de prolijas investigaciones que han llegado á producir cuantos datos eran necesarios para ponerla de manifiesto y hasta la presencia del hijo del héroe de tan peregrina aventura. No podia ser otra la comision que la de sacar al Rey Fernando de su encierro de Valencey, que así lo hacian pensar proyectos anteriores de Palafóx, elaborados en Bayona para la fuga del Rey, palabras sueltas en algunos de sus papeles, tan providencialmente salvados, y el misterio mismo que se guarda en los documentos que acabamos de citar, y que sólo se ha aclarado al presentar el hijo del señor Malibran los documentos que dan testimonio de haberla comenzado á desempeñar su padre (1).

(1) En el apendice núm. 19, puede verse alguno de los más

Pero es verdaderamente notable que se pensara en empresa que otras de la misma índole, que á su tiempo iremos enumerando, probaron cuán difícil seria de acabarse con felicidad y con las ventajas que se esperaban para el éxito de la resistencia gloriosa que, con tanto trabajo y venciendo obstáculos tan poderosos, oponian los españoles á la invasion francesa.

Junot releva al mariscal Moncey.

Así andaban las cosas en Zaragoza hácia el 29 de Diciembre, cuando los sitiadores comenzaron á desarrollar su plan de ataque de la manera en que lo habian concebido y preparado. Coincidió con esa fecha la llegada al campo francés del general Junot, encargado de relevar en el mando al mariscal Moncey, que recibió nuevo destino.

El duque de Abrantes, tan caprichoso siempre y descontentadizo, halló todo muy mal, desde el número y la moral de las tropas, el material reunido para las operaciones del sitio y la administracion, hasta la conducta observada por su predecesor en el mando y por el mariscal Mortier, cuyo cuerpo de ejército, siendo el único fuerte por la cantidad y la calidad de sus soldados, hallaba, al llegar él, dividido y separado en parte de las márgenes del Ebro para atenciones, ni tan importantes ni tan urgentes como las del sitio. En la primera comunicacion que dirigió al mariscal Berthier tres dias despues del de su llegada á Zaragoza, manifestaba ya su descontento por todos esos motivos; acusaba de falsos y hasta de cri-

interesantes en que además se manifestará quién era el Sr. Malibran y cuál su honrosa conducta en aquella ocasion que nadie, efectivamente, podia aprovechar mejor que él.

minales cuantos datos recibiera en contra de sus asertos; y, disculpando el calor de su escrito con su abnegacion para con el Emperador, daba á entender que no serviria allí con gusto si no se le daban 30.000 hombres y una artillería numerosa con que *matar muchos de los soldados* defensores de la plaza, *aplastar* aquella masa inmensa de piedras y *meter la desolacion* en ciudad tan poblada (1).

Apertura de la primera paralela.

A pesar de todo esto y de no haber tenido Junot ni tiempo siquiera para hacer un reconocimiento, la noche del mismo dia de su llegada, 22 de Diciembre, segun ya hemos dicho, comenzó á operar con el vigor que hacia á Napoleon perdonarle sus acostumbradas ligerezas.

El comandante Haxo, tan distinguido ingeniero ya y tan celebrado despues por sus vastos conocimientos, jefe entónces del ataque de la derecha, hizo abrir la primera paralela contra el fuerte de San José á 360 metros de su foso, con un desarrollo de 1.200 y tres comunicaciones que la unian al campamento cómodamente y con toda seguridad.

El capitan Prost abrió á 320 metros del reducto del Pilar un gran trozo de paralela de 140, y en la izquierda del Huerva otro, tambien considerable, que sostuviera por aquel flanco el ataque principal, que era el de la orilla derecha, contra aquella fortificacion y la cabeza del puente.

El capitan Henry, de la misma arma, restableció en una extension de 100 metros la antigua paralela

---

(1) Despacho de 1.º de Enero de 1809, inserto en los documentos justificativos de la relacion de Belmás.

contra el castillo, no inutilizada, segun ya se ha dicho, desde el levantamiento del primer sitio.

Salida del 31 de Diciembre.

Al amanecer del 30, los sitiados descubrieron todas aquellas obras é hicieron caer sobre ellas un diluvio de proyectiles, lo que no impidió que en la noche inmediata se ensanchasen y prolongaran las tres hasta poderse dar por terminadas.

Las salidas que hasta entónces se habian ejecutado, áun con ser tan frecuentes, diarias puede decirse, se dirigian, más que á escarmentar al enemigo y detenerle en la marcha de sus obras, á despejar el terreno próximo á las fortificaciones exteriores de la plaza y limpiarlo del arbolado y las malezas que impidieran la accion del fuego de los defensores. Era urgente el que tomasen otro carácter esas salidas; y el 31 de Diciembre fueron ya dirigidas á inutilizar en lo posible el trabajo de las primeras paralelas del enemigo contra San José, el Pilar y la Aljafería. Si se hubieran verificado como debia, el resultado habria sido muy otro, existiendo en la plaza elementos de fuerza tan poderosos; pero aquel sistema de defensa casi pasiva qua adoptaron los zaragozanos, considerándose impotentes en campo abierto é invencibles en sus tapias y casas, les retrajo siempre de emplear reunidas y en accion simultánea, enérgica y decisiva, las muchas tropas de la guarnicion. Con decir que la salida de la izquierda que dirigia Renovales, consistió en la de 300 hombres que desde las Tenerias fueron llamando la atencion de los enemigos por la orilla del Ebro é izquierda de San José, otros 350 que atacaron por la derecha la paralela enemiga, y 50 más que se destacaron por el centro

para atender á uno y otro flanco, se comprenderá qué resultado podia dar. Es verdad que se llegó á la paralela, que sólo consistia en aquellos momentos, al decir del mismo Renovales, en una trinchera y un parapeto levantado con las tierras de la excavacion para cubrir á los infantes; pero no se pudo seguir adelante, por oponerse á ello tres columnas enemigas que inmediatamente se presentaron á la vista; y ésto, aquel distinguido jefe lo confirma en su parte, por no haberse destinado fuerza mayor y no acudirse á reforzar la empleada que, de otro modo, hubiera podido llegar al mismo Torrero, tal era el brío con que acometieron los soldados, que él mandaba, del presidio de San José (1).

La salida central desde el reducto del Pilar tuvo aún menor importancia. Los defensores ni siquiera llegaron á la paralela; tan escaso era su número para arrollar á la fuerte escolta que apoyaba los trabajos del enemigo.

Donde informó la salida los caractéres de un combate general, aunque siempre en pequeña escala, fué en la derecha, frente al castillo de la Aljafería. Allí tomó el mando el brigadier, tantas veces citado en esta historia, D. Fernando Gomez de Butron, que con los guardias walonas, los suizos de Aragon, Huesca, los granaderos de Palafóx y 100 voluntarios catalanes, en total unos 1.500 infantes, y

---

(1) Dice Renovales: «Y últimamente, señor, si cuando Gonza»lez me pidió refuerzo para seguir adelante hubiese tenido tropa »suficiente, no dude V. E. que acaso nos hubiéramos apoderado »de Torrero, porque estaba el enemigo arredrado al verse acome»tido con el mayor denuedo á la bayoneta.»

sobre 300 caballos de Fuensanta, Rey, Numancia, Olivencia, Fernando VII y algunos húsares aragoneses, acometió la empresa de embestir á los franceses, establecidos en la Bernardona y ocupados en ensanchar y regularizar la paralela abierta seis meses ántes contra aquella antigua fortaleza. El arranque fué enérgico y estuvo bien dirigido desde que, á tiro de pistola ya de las trincheras enemigas, pudo Butron fijar su plan de ataque y medir el impulso necesario. Una pequeña columna, compuesta de los suizos y catalanes, precedida de algunos granaderos de Palafóx en guerrilla, avanzó por el centro amenazando las obras enemigas de la Bernardona, y por la izquierda se corrió otra columna con el resto de los granaderos y los guardias walonas en direccion de la Muela, como para impedir el apoyo que pudiera intentarse á los atacados desde su flanco derecho, extendido hácia la Casa Blanca y Torrero. El ataque principal, mejor dicho, el verdadero, pues que los dos anteriores eran, más que efectivos, simulados y para mantener en jaque á los franceses de la paralela, fué dirigido por la derecha y encomendado á Villacampa con su batallon de Huesca, que debia envolver la izquierda enemiga y, en caso de éxito, coronar la altura, objetivo de la salida (1). Zona tan interesante como era, en la polémica de la plaza, la que forma la márgen derecha del Ebro frente á la Aljafería y á las puertas de Sancho y del Portillo, no podia estar descuidada por los sitiado-

(1) Caballero dice, sin embargo, que los walonas atacaron varias veces con una *impetuosidad extraordinaria*, aunque sin fortuna.

res; así es que, al poco tiempo de emprender Villacampa la marcha y cuando, aumentando el entusiasmo de los suyos con arrollar á los franceses en los setos y tápias medio derruidas de las torres que ocupaban, se creia capaz de concluir felizmente su mision, apareció una fuerte columna francesa seguida de otra de caballería, de las que una parte iba corriéndose por la orilla misma del Ebro como para, á su vez, envolver al batallon de Huesca y estorbarle la retirada. Avisado Butron, y asegurándose del caso con observarlo desde la Aljafería, acudió con los escuadrones de Numancia y Olivenza al terreno del combate, miéntras el tercer batallon de Guardias españolas, saliendo á la carrera de la plaza, se puso en reserva de Huesca que, abrumado por el número, comenzaba á retirarse, pero en buen órden y en actitud imponente.

La carga de los jinetes de Butron no dejó nada que desear; union, órden y energía mayores no podian darse. Así es que, no sólo arrollaron los escuadrones enemigos que se adelantaban á cubrir su infantería, matándoles cerca de 200 de sus soldados, sino que obligaron á los peones á recojerse detrás de una acequia y al abrigo de dos piezas de artillería que, al despejarse su frente, comenzaron á vomitar metralla sobre los enardecidos defensores que sólo se detuvieron ante el infranqueable foso que se les oponia.

Decia Butron en su parte á Palafóx: «Dos violen»tos del enemigo, y la imposibilidad que ofrecia la »segunda acequia, terminaron la matanza; y estos »valientes defensores, con las espadas teñidas de

á sangre hasta la guarnicion, sin haber faltado una »línea al órden, atacaron, cargaron, y volvieron á la »formacion, bien sentidos de que el obstáculo impe»netrable hubiese puesto freno á su denuedo y va»lor.» (1)

No negaremos que dejase Butron de pecar de hiperbólico en su parte, como su Jefe el general Palafóx al conceder por aquella salida una condecoracion, flaqueza militar no sólo disculpable sino habilísima en aquellas circunstancias; pero, compulsados cuantos documentos, así españoles como extranjeros, tenemos á la vista, y son muchos, siempre resulta una accion tan brillante como feliz para los valientes de aquel jefe y de su subalterno el teniente coronel Villacampa.

La retirada ofreció caractéres verdaderamente tácticos, ejecutándose, lo mismo que en la derecha, en el centro y la izquierda por escalones combinados que fué cubriendo siempre la caballería con el mayor órden, sin apresuramiento alguno y al apoyo de los cañones del castillo y de la plaza que contribuyeron poderosamente á contener al enemigo y mantenerlo, por fin, á respetable distancia.

---

(1) Los franceses atribuyen la desgracia de sus jinetes al descuido de un puesto avanzado que no se hallaba á cubierto, cual debia, ante un enemigo vigilante y en acecho siempre de ocasiones, como aquella, favorables; pero, excepto Thiers y algun otro cuya version él prefiere, no ocultan el revés, áun reduciéndolo á proporciones pequeñas y acentuando vivamente su victoria definitiva en aquel como en los demás puntos de la línea.

El imparcial Schépeler dice: «1.500 hombres se adelantaron »de la Aljafería contra el enemigo que, rebasado por su izquierda, »se retiró. Llegáronle refuerzos; la caballería española dió cerca »del Ebro una carga feliz, y todo volvió á Zaragoza.»

Dia de júbilo fué aquel en Zaragoza, entusiasmada con la proeza de sus defensores, extéril, sin embargo, puesto que ningun resultado material produjo, no habiendo sido asaltada ni ménos, por consiguiente, inutilizada la paralela abierta contra el castillo en lo alto de la Bernardona. Otro muy distinto y hasta grandioso hubiera podido obtenerse de haber empleado allí una fuerza capaz de librar una verdadera batalla, cuyo éxito habria sido importante contra una sola y mermada division francesa, que era la situada en aquella zona, con comuniciones muy difíciles y lentas con las demás y, más que lentas, peligrosas, pues que exigian la debilidad, ya que no el abandono, de los trabajos recientemente ejecutados frente al puente del Huerva y San José (1).

Y, ¿quién, por otra parte, puede medir las consecuencias, el alcance de una victoria alcanzada en tal punto y en momentos tan críticos para el ejército invasor? Todas las probabilidades estaban por el triunfo, así calculando el número de los defensores como su situacion completamente asegurada, pues que tenian reservas inmediatas, recursos á la mano, en segunda línea, y el refugio de una ciudad populosa y decidida. El mayor revés no podia alcanzar otras proporciones que las de una retirada de momentos. El triunfo, en cambio, seria decisivo; y quizás Napoleon no entrara en Madrid, y los ingleses, sobre todo, no habrian abandonado el territorio castellano

(1) Schépeler dice: «En la mañana del 31, Palafóx dispuso una »salida con 3.000 hombres (en vez de 15.000) contra todas las pa»ralelas.»

ni su proyecto de cortar las comunicaciones de los enemigos en Búrgos y Somosierra.

Así acabó el año de 1808 para los defensores de Zaragoza, que celebraron la última noche con iluminaciones y los regocijos compatibles con su situacion; creyendo, con la reciente muestra de su valor, bastar éste y su constancia para obtener el resultado mismo del verano, la victoria de sus armas y la salvacion de su ciudad.

Prosiguen sus trabajos los franceses.

Como es de suponer, los franceses prosiguieron en sus trabajos del sitio con mayores precauciones, pero sin la preocupacion que les hubiera inspirado un alarde cual debieron hacer los defensores, aquel y todos los dias, con los medios de que disponian.

Ni siquiera se detuvieron á asegurar sus posiciones anteriores: por el contrario, desembocaron de todas ellas por la noche con ramales de trinchera, dirigidos á avanzar sucesivamente á la línea que despues habrian de constituir en segunda paralela.

En el ataque de la derecha, lo hicieron con tres ramales; el primero hácia el ángulo oriental de San José y en direccion de su capital (1) hasta encontrar la acequia, llamada tambien de San José, que va paralelamente al Huerva á unos 100 metros del convento; el segundo, ó del centro, hácia el ángulo occidental contrapuesto al anterior en el frente meridional del fuerte; y el tercero, de la izquierda, hácia el gran recodo saliente que forma el Huerva entre Santa Engracia y el convento que con aquellos tra-

(1) No sabemos por qué Belmás lo llama septentrional como no sea por copiar á Rogniat que comete el mismo error de orientacion en su diario oficial del sitio.

bajos se trataba de atacar, el tantas veces nombrado de San José.

Tambien en zig-zag como los ramales precedentes, se dirigieron dos en el ataque del centro contra el reducto del Pilar. El de la derecha hubo de abandonarse inmediatamente por que, debiendo cortar á la zapa volante el camino de Torrero, lo impidieron los fuegos de la plaza, muy bien dirigidos á favor de la luna, al decir de los historiadores franceses, y de los fuegos artificiales, segun los nuestros (1).

El de la izquierda hubo de abrirse junto al Huerva, siguiendo la direccion aproximada de la capital, por el ángulo occidental del reducto español. En la orilla opuesta del Huerva no se hizo más que prolongar la paralela unos 100 metros, ligándola más á la de su derecha y al puente establecido para comunicacion de ambas.

En el ataque de la izquierda, frente á la Aljafería, se perfeccionó la paralela, prolongándola unos 40 metros hácia la falda de la Bernardona por la parte del Ebro.

---

(1) Caballero dice textualmente: «Los franceses continuaban »sus trabajos contra el fuerte del Huerva, de San José á Santa En»gracia, con una actividad increible, favorecidos por el tiempo; »pues, que las noches eran oscuras, los dias sin lluvia ni nieve y »todas las mañanas estaba el campo cubierto de una niebla tan es»pesa que los sitiados no podian observar los progresos de las »obras ni apuntar su artillería sino á la mitad del dia. Sin embar»go, el fuego continuaba con la mayor actividad, lanzando por la »noche proyectiles de iluminacion á fin de descubrir los trabajos »del enemigo.»

Y en esto se refiere á los dias anteriores al 4 de Enero; esto es, á los mismos á que Rogniat y Belmás. Nada de extraordinario sería que la noche del 31 de Diciembre, fuese por excepcion clara y, como tal, con luna que precisamente estaba aquel dia para entrar en su fase más expléndida.

La claridad de la luna, segun ya hemos indicado, ó las carcasas y cohetes; la alarma natural en los trabajadores y el frio, impidieron que aquellas trincheras tuvieran la profundidad necesaria, la que se les dió al dia siguiente, 1.° de 1809, en que, además, se labraron, en el ataque del centro y á uno y otro lado de los ramales, las gradas convenientes para, saltando los parapetos, operar ofensivamente contra las salidas que, como era de temer, repetirian los sitiados. En el ataque del centro se continuó la cortadura del camino de Torrero, y se construyeron banquetas para la fusilería en la paralela abierta contra el castillo.

Los zaragozanos emplearon el dia en acabar las obras más avanzadas, contestando con un fuego lento, pero acertado, al vivísimo que hacia el enemigo para apoyar las en que él se ocupaba (1).

Nuevas salidas.

El 2, dia en que Zaragoza celebra la venida de la Vírgen á su venturoso suelo, quisieron los defensores festejarlo tambien con algun hecho de armas que habria de serla naturalmente acepto, como dirigido á alejar á los enemigos de su santa casa. Pero ni en la orilla derecha del Ebro ni en la izquierda, se hicieron las salidas con fuerza suficiente, y fueron, como era de esperar, rechazadas. En la primera, y hácia las once de la mañana, los presidiarios del fuerte de San

(1) Como todas las ocasiones que proporcionaba la lentitud, muchas veces irremediable, en las operaciones ofensivas de un sitio, Palafóx aprovechó el descanso relativo de aquel dia en dictar disposiciones de buen gobierno y administracion para la ciudad y el ejército. Entre otras importantes, la más curiosa quizás en tales circunstancias, se refiere al establecimiento de serenos, dos para cada cuartel, que empezaron á hacer su servicio de vigilancia por la noche con gran contentamiento de los vecinos.

José, aunque en corto número, avanzaron audazmente, así lo dice Belmás, hasta la segunda paralela, donde el muy superior de los enemigos, bien cubiertos y ayudados de su artillería, los hizo retirarse inmediatamente y con pérdidas. En la segunda se trataba de romper el bloqueo que la division Gazan, atrincherándose en las eminencias que dominan los pasos del Gállego é interceptan los caminos de Francia y Cataluña, tenia ya cerrado del todo en la orilla izquierda del Ebro. Nuestra caballería, inadvertida del enemigo, logró vadear el Gállego y áun sorprender algunas partidas que lo vigilaban y que fueron réciamente acuchilladas; pero, al llegar los batallones de voluntarios de Aragon, de Perena, de Valencia y de Guardias españolas al pié de las alturas que, en varias columnas, trataban de conquistar, el fuego de cañon y de fusil con que los recibió la brigada que cubria la izquierda francesa, los obligó á retroceder y, aunque en órden perfecto, acogerse por fin con las dos piezas que llevaban, á sus anteriores puestos de la plaza (1).

Aquel dia precisamente fué uno de los que debieron aprovecharse para hacer un esfuerzo supremo.

(1) La sorpresa de las partidas francesas del Gállego consta en las relaciones de sus compatriotas, no en las de los nuestros, entre los que Alcaide ni menciona la salida. Lejeune dice: «Pero aquel »arranque fué inmediatamente contenido por el fuego de nuestras »trincheras y el de nuestras baterías, y la metralla de Gazan sobre »aquella multitud fué muy mortífera y la obligó al momento á »retirarse.»

El error precisamente estuvo en que no habia tal multitud.

Belmás la declara terminantemente. «El descenso de las aguas »en el Gállego permitió á la caballería española caer de improviso »sobre uno de nuestros puestos avanzados, y acuchillar algunos de »los que lo forman......»

En el anterior habia Mortier abandonado el campamento francés para trasladarse con la division Suchet y el 21 de Cazadores á Calatayud, donde serviria de lazo de union entre los sitiadores de Zaragoza y los de Madrid. Disminuíase el ejército de Junot en cerca de 9.000 hombres y era, además necesario, extender las divisiones del tercer cuerpo, que operaban en la derecha del Ebro, hasta cubrir la posicion que dejaba la de Suchet, posicion de las más importantes, que requeria, por lo mismo, fuerzas respetables y habria de producir, al ser así ocupada, una gran debilidad en las demás del mismo lado del rio. La division Grandjean quedó, como estaba, entre el bajo Ebro y Torrero; la de Musnier ocupó el espacio que media entre Torrero y el Huerva, y la de Morlot se situó entre el Huerva y el Ebro superior. Pero, siendo esta zona última vasta y, segun acabamos de indicar, de suma importancia, y la fuerza de la division muy corta, más aún que la de las demás del cuerpo de ejército, no muy nutrido de ella, fué preciso establecer á su retaguardia reservas que pudieran apoyarla eficazmente en cualquier evento. Y se situó en Monzalbarba el 13.° de coraceros con dos piezas de artillería, y ocuparon Santa Fé dos escuadrones de marcha que, al apoyo de otros tantos reductos armados de dos piezas de campaña cada uno, alguna otra batería y la artillería de la 3.ª division que no operaba todavía, formaron una como línea general de reserva, dispuesta á avanzar cuando se creyese en peligro cualquiera punto de los en que iba á desarrollarse la principal accion de los sitiadores.

Como no quedaban en la derecha del Ebro fuerzas con que acudir al socorro de Gazan, si era atacado vigorosamente en la tambien dilatada extension que debia guardar, el 10.° de húsares y media batería á caballo que dejó Mortier, pasaron el rio y se establecieron en la márgen izquierda, considerándola asegurada con eso y con la esperanza de que llegara Gouvion-Saint-Cyr á establecerse en Lérida y evitase cualquier ataque de los guerrilleros catalanes y del alto Aragon.

Un esfuerzo, pues, supremo, podria haber obtenido resultados de magnitud incalculable, si se toma en cuenta el número de los defensores y la situacion, en aquellos momentos crítica, de los franceses. Pero, al lado de esto, hay que entrar en el estudio y exámen del estado en que se hallaba la parte más activa de la guarnicion de Zaragoza, la única que podia utilizarse para una accion campal, el ejército. Y hemos de confesarlo; ni por su moral para esa clase de empresas, en que se necesita una gran confianza en las propias fuerzas, ni por ese mismo número que se invoca como sobrado para la defensa, se hallaba el ejército de Reserva, que aún seguia llamándose así, en disposicion de batallar con los franceses en campo abierto y formaciones tácticas.

Si subsistia la razon de no formar un ejército de socorro con las tropas del de Reserva encerradas en Zaragoza, razon infundada para nosotros que, de tan léjos, sólo podemos calcular por los preceptos del arte, áun cuando con su base en la memoria de una situacion de tan distintas maneras considerada hasta por los presentes á ella; sí á pesar de opiniones

como las de varios de los generales que las mandaban, aquellas fuerzas, ó por colecticias ó por haber sido recientemente derrotadas, no se encontraban en estado de emprender una operacion ofensiva, siquiera fuese tan corta en su extension y en el tiempo necesario para ejecutarla; el que va escrupulosamente en busca de la verdad tiene que, escudriñando las causas de cada suceso y las de su éxito ó malogro, reconocer que en la guarnicion de Zaragoza, por carácter, entónces ya genial, de los españoles, por la experiencia no remotamente adquirida, el espectáculo que acababan de presentar todos los ejércitos en aquella campaña y su no ilimitada confianza en los generales, existia un fondo de debilidad que lo hacia considerarse capaz tan sólo y hábil para una defensa pasiva, tenaz, eso sí, y heróica hasta el último límite, el á que, con tanta gloria, se habia llegado en el asédio anterior.

El número á cuyo recuento han acudido siempre los detractores de uno y otro país, franceses y españoles, no alcanzaba pocos dias despues la cifra que al acogerse el ejército á los muros de Zaragoza. Lo hemos dicho ántes; el frio hacia estragos en las tropas de Valencia y Múrcia, tan numerosas en aquel ejército; y, luego, la continuacion de los rigores del invierno, la menor cantidad é inferior condicion de los alimentos cuya escasez empezó pronto á sentirse, el continuado servicio, á la intemperie con frecuencia, y las bajas de los combates casi diarios que libraba, tenian para la fecha á que nos vamos refiriendo, sumamente reducida la fuerza de la guarnicion. Al relatar Campomayor los sucesos del dia 7

de Enero dice: «Los enfermos siguieron muriéndose »cada dia más, por cuya causa se mandaron abrir »algunas casas cerradas para colocar en ellas algu»nos enfermos y poder estar con más comodidad y »limpieza, y al mismo tiempo hubo junta del Cole»gio de médicos para acordar las providencias más »saludables, pues cada dia se notaban irse cayendo »muertos por las calles por falta de hospitales, es»pecialmente los soldados valencianos y murcia»nos (1).»

En fin, los estados de fuerza del dia 1.°, y los tenemos todos á la vista, daban la disponible de escasos 20.000 hombres, ascendiendo las bajas al número de 10.612, de los que unos 9.500 lo eran en concepto de enfermos ó heridos. Los demás habian muerto.

El resto de los defensores, voluntarios armados en el calor de la sublevacion ó paisanos sin otras aspiraciones que la de protejer su casa y la ciudad de su nacimiento, no puede tomarse en cuenta sino para calcular que, en los casos de salida del ejército, quedaban asegurados á su espalda la plaza, los cuarteles y depósitos, la base, en fin, de sus operaciones.

Estudiado, pues, todo con estos antecedentes y cuantos datos ofrecen los documentos oficiales y particulares que suministran las historias escritas y los archivos hasta ahora inexplorados, queda el áni-

---

(1) «Siguió, dice el mismo cronista refiriéndose al dia 2, el es»caseo del carnero, no matándose en el rastro de la ciudad sino »vacas, é igualmente en el pan que no se amasaba sino de muni»cion, no siendo ménos escasa la verdura, que toda se vendia á »muy alto precio, y las gallinas llegaron á ir á 24 reales.»

mo indeciso y la opinion en suspenso sobre el acierto ó los errores atribuidos al ilustre defensor de Zaragóza, así respecto á la conveniencia ó no de la formacion del ejército de socorro en el exterior de la plaza, como á la de las salidas en las proporciones en que la ciencia y el arte de la guerra las hubiera dado de no contar sino con sus preceptos generales didácticos.

Establecimiento de la segunda paralela.

No se interrumpian un momento los trabajos de aproche del enemigo, áun intentando los defensores contrarrestarlos con otros que los flanqueasen; pero, frustrado su proyecto con prolongar aquel los suyos y con rechazar los pequeños ataques á que daba lugar la proximidad de las obras de unos y otros, vióse que era imposible impedir el establecimiento de la segunda paralela frente á San José y al reducto del Pilar, objetivos que parecian los predilectos, por el pronto, de los ingenieros franceses. El dia 9, con efecto, podia darse por concluida, y se descubrian ocho baterías artilladas y dispuestas á romper el fuego contra el reducto acabado de mencionar y contra el endeble convento, medio arruinado por el incendio en el sitio anterior y cuyas reparaciones mal podian hacerle resistir ahora los gruesos proyectiles que le iban á ser dirigidos. Más que de defensa servirian sus poco espesas paredes, de peligro para los defensores.

No desconocia Palafóx el en que iban, de un momento á otro, á verse aquellos fuertes avanzados, primeros centinelas del frente más vulnerable de la plaza, del atacado el 4 de Agosto por órden acertadísima del Emperador. Por eso no perdia de vista

las obras que, observaba él, proseguian los franceses con paso seguro, imposible de atajar con la artillería del recinto y la de los mismos fuertes, ni con las trincheras que adelantaba para moderar, al ménos, el avance de las enemigas. El molino de aceite, la batería de Palafóx, la del Jardin Botánico, todas las que protegian la posicion de San José con sus fuegos, lo hacian incesante, de dia y de noche, contra los trabajos de la segunda paralela; Santa Engracia y el Pilar buscaban con los suyos el flanquear los ramales en algunos de sus *zig-zags*; pero todo en vano; el arte iba á cada paso desplegando sus recursos incontrastables, y ni los de la defensa ni el valor de los que la ejecutaban eran suficientes á detener el curso de una operacion, capaz, entónces, de ser prevista y medirse en sus tiempos por dias y áun por horas.

Era, ó lo aparecia, ménos inminente el peligro en el reducto del Pilar, áun siendo atacado con la misma actividad y una marcha puede decirse que paralela, que en el de San José. Las dificultades eran, frente á aquel, mayores para el enemigo, y el dia del asalto no podrian estar tan adelantados los preparativos para darlo con éxito. En frente del castillo andaban aún muy retrasados los trabajos, reducidos al perfeccionamiento y seguridad de la primera paralela; y en el Arrabal, ni áun se habian comenzado los de aproche, limitándose la accion de Gazan á completar el bloqueo de la plaza en la izquierda del Ebro y á vigilar la salida de este rio, por cuyas aguas veia de cuando en cuando escaparse algun bote enemigo. A todo lo más que se arriesgaba era á

adelantar sus posiciones al soto de la Mezquita, que habia tenido que abandonar el 21 del anterior Diciembre, y al paseo de Macanaz, de donde hostilizaba á los defensores en sus baterías y trincheras (1).

**Situacion de Zaragoza á mediados de Enero.**

En aquellos dias y por efecto del frio y las humedades á que estaba de contínuo expuesto, adoleció Palafóx de una fluxion á la boca, tan fuerte que le impedia salir de casa y desplegar, por lo tanto, las cualidades que atesoraba para circunstancias como aquellas. El dia de Reyes no pudo ni áun salir á los balcones de su alojamiento á dar las gracias á las 13 músicas militares de la guarnicion que fueron á obsequiarle con una serenata. Eso sin embargo, no se descuidó el servicio en ningun punto de los atacados, atendiendo á él los demás generales y al de administracion y policía del interior que el baron de Warsage dirigia, cuidando él mismo del establecimiento y arreglo de los hospitales, que ya era necesario constituir hasta en las casas particulares y sirviéndose de las camas y muebles de los que las habian abandonado y de las que producia una cuestacion que, con los alcaldes, iba de tiempo en tiempo haciendo por los barrios de la ciudad.

Ni las privaciones del sitio, ni el temor á las consecuencias que pudieran producir ni, mucho ménos, el que en otros impondria la fuerza del enemigo, causaban impresion en el ánimo de los zaragozanos. Sub-

(1) Tan distinta era la situacion en una y otra orilla del Ebro, que el dia 9 llegaron, en la izquierda, á reunirse las avanzadas francesas con las españolas, junto al rastro del edificio llamado el Estado Eclesiástico, conversaron amigablemente y hasta se detuvieron los que las formaban á fumar y beber unidos largo rato.

sistia el mismo ardor entre ellos que en el primer sitio y la misma confianza, igual resolucion, mayor si cabe, de sepultarse en las ruinas de sus hogares, aquel efecto de espejismo, innato en ellos, que les hacia abultarse sus triunfos, ver en cada paso equívoco de los franceses la resolucion de retirarse, y en cada noticia, la de la proximidad de ejércitos de socorro, aquella fé, últimamente, en la sacratísima Vírgen patrona de la ciudad, que no habia de abandonarlos miéntras su imágen se mantuviese en su inmóvil columna (1). El órden, con eso, se mantenia sin alteracion notable; y los tribunales funcionaban con grande regularidad y con la energía, necesaria, más que nunca, en una ocasion como aquella, en que las pasiones tenian que estar exaltadas, ser la lenidad disculpable y dolorosísima la ejecucion de las penas. Como haciendo alarde de esa regularidad y de la confianza que se tenia de un éxito completo en

---

(1) Entre las anécdotas curiosas que recuerda el baron Lejeune con motivo de la rendicion de Zaragoza, refiere la de un oficial curado, durante el primer sitio, de sus heridas, en la casa de Don Jerónimo Sanchez, cura de La Muela, por el hermano de éste, don Ramon, su mujer é hija. M. Edmond D'..., al ser destinado al segundo sitio, no dejó de preguntar por sus bienhechores, de quienes supo que el cura y su cuñada se habian retirado al monte, y su hermano y sobrina estaban en Zaragoza, donde les habia sorprendido el bloqueo. Parece que el sacerdote, al volver á La Muela, instado por el oficial y con la seguridad de su proteccion, no cesaba de decirle: «No será conquistada Zaragoza, en tanto que la Vírgen »Santa quiera permanecer en su pilar;» y cuando, llevado por Edmundo á la ciudad para que se convenciese de su conquista por los franceses, pudo contemplar el espectáculo de las puertas del templo de la Vírgen abiertas al paso de los enemigos de la pátria que, entre montones de muertos y sobre los escombros, entraban y salian de él, cayó en tierra con las manos juntas y gritando con el acento de la mayor desesperacion: «¡La Madre de Dios nos abandona!» Al inclinarse el jóven oficial hácia él, pugnando por levantarle, vió que habia cesado de vivir.

la defensa, se abrió el 2 de Enero el tribunal de la Real Audiencia con la ceremonia de costumbre y pronunciando el general Palafóx, como Presidente, un discurso, cuyo borrador autógrafo tenemos á la vista, si breve, apropiado tambien al caso y á las circunstancias del momento.

A todo atendia y todo lo abarcaba el célebre defensor de Zaragoza con su celo y su incansable actividad. Los trances militares del sitio, á los más importantes de los cuales se hallaba siempre presente; la administracion del ejército y de la ciudad de que, cuando él nó, cuidaban sus tenientes como hemos hecho ver al referirnos á la de los hospitales; el interrogatorio de los prisioneros y desertores imperiales cuyas revelaciones se traducian en manifiestos á los defensores ó en proclamas que las avanzadas lanzaban á las enemigas; todo, repetimos, salia de su palacio ó recibia sus correcciones ó su sancion (1).

Ataque del 10 de Enero.

Tal era la situacion de las cosas en los dos campos, de sitiadores y sitiados, al amanecer del dia 10

(1) El dia 5 llevaron los paisanos á Zaragoza algunos prisioneros con los que Palafóx dirigió al campo de los enemigos una proclama en seis idiomas, español, francés, latino, aleman, polaco y ruso, convidándolos á pasarse, *en la que*, dice Casamayor, *resplandecia su talento y valor*. La version verdadera es la que dan los demás historiadores del sitio, la de que fueron las avanzadas las que arrojaron la proclama y que estaba escrita en español, francés, italiano, latin, aleman y polaco.

Dice el baron Lejeune: «Estaba escrita en seis lenguas distin»tas, y decia á los de todas las naciones cuyos regimientos seguian »nuestras banderas: *Dalmatas, Italianos, Holandeses, Polacos, Ale»manes, abandonad una guerra que hace vuestro oprobio, etcétera, »etcétera*. Todos se echaron á reir.»

Y sin embargo, decia verdad la proclama, porque, muchos de ellos, si no todos, iban como de reata.

(Véase el apéndice núm. 21.)

de Enero, uno de los más memorables de aquel gloriosísimo episodio de la guerra de la Independencia. Ya le habia sido anunciado á Palafóx por un tránsfuga del dia anterior que, en aquel, iba á verificarse un ataque decisivo; observándose además el paso de tropas enemigas de la orilla izquierda á la derecha del Ebro (1). Y, con efecto, á las seis y media de la mañana y cuando apénas asomaba la aurora por entre las oscuras y húmedas nubes que cubrian el cielo, comenzó á escucharse el estruendo de las piezas, todas de grueso calibre, con que se acababan de artillar las ocho baterías levantadas, segun ya hemos dicho, cóntra los fuertes de San José y del Pilar. Las tres primeras baterías, segun la numeracion que las habian dado los franceses, armadas con doce cañones, dirigieron su accion contra los frentes oriental y occidental del convento y su ángulo del Mediodía, y la cuarta, de morteros, destinada como las anteriores á hundir el templo, hubo de arrojar sus bombas á la ciudad por el temor de que cayese alguna en los ramales de trinchera más avanzados. Las cuatro restantes hacian fuego contra el reducto del Pilar; una directamente para abrir brecha, otras para batir las caras de rebote, y la de morteros para abrumar con sus bombas á los defensores.

Desde un principio pareció dominar el fuego de los sitiadores al de los sitiados, muchas de cuyas piezas fueron desmontadas á poco tiempo, especial-

(1) Tambien dice Renovales en uno de sus partes, que lo habia anunciado á Palafóx, persuadido por el artillado, que observó, de las baterías enemigas.

mente en el frente occidental de San José, donde la piedra misma del edificio, al caer de las paredes, impedia á los artilleros el servicio que sólo podian desempeñar cubriéndose la cabeza con sacos de lana. No eran tan grandes los estragos de los proyectiles enemigos en la cara opuesta; pero en la meridional, en el ángulo, sobre todo, cuya capital habian seguido en sus obras los franceses, se veia por la tarde una brecha, difícil aún para su asalto, pero practicable, al fin, por no tener los defensores dónde cubrirse ni establecerse para resistirlo (1).

Tanto la artillería del fuerte como la de la plaza contestaban con toda la energía que les era dable, mayor naturalmente en las baterías del recinto, donde no habia el peligro ni se hallaban los obstáculos que en San José para hacer las punterías más detenidas y exactas. Así es que, además de causar á los franceses bastantes bajas, maltrataron mucho sus baterías y deshicieron en gran parte las cañoneras abiertas en ellas, desmontando algunas de sus piezas (2). Como es de calcular, la fusilería de los de San José no habia de permanecer en silencio; y la de los guardias españolas y cazadores de Valencia, desde parapetos construidos en los flancos de la fortaleza, y la de los suizos de Aragon desde el interior y

(1) Las relaciones francesas dicen que de las cuatro piezas del frente occidental, hicieron los sitiadores callar tres: las españolas aseguran que no habia más que tres piezas que continuaron su fuego *á pesar de verse los artilleros á cada paso envueltos en ruinas.*

(2) A pesar del silencio que en este punto observa Rogniat, confiesa Belmás que les fueron desmontadas dos piezas de la batería de brecha. Pero, ¿y cómo? «Les essieux, dice, de deux pièces »de 24 s' *etant rompus.*» Por eso, «la brèche ne put être continuée »qu' avec deux pièces de 16.»

sosteniendo á los que hacian fuego en una zanja avanzada unos 30 metros que cubria toda la parte meridional, contribuyeron al fracaso de los proyectos del sitiador en aquel dia.

Para esforzar más su accion, á eso de la una y media del dia, establecieron los franceses otra batería que, á cubierto de la nuestra del molino de aceite por la masa misma del convento, comenzó á batir el frente occidental, ménos conmovido que los otros; cesando en su fuego á las cuatro cuando todo el edificio podia considerarse en ruinas. La proximidad de la noche, pero, más aún, el espectáculo que ofrecia el convento vomitando fuego por todas las caras á pesar de su miserable estado, hizo abandonar la idea del asalto para el dia siguiente, á peligro de, con las reparaciones que se ejecutasen en las baterías y en la brecha, hallar una resistencia más tenaz y dilatada de la que era de presumir en aquellos momentos. En cambio la noche daria tambien á los sitiadores tiempo suficiente para reparar su batería de brecha; la más deteriorada indudablemente, y, reartillada y concentrando el fuego de las demás sobre el convento, pronto se podria proceder al asalto, muy dudoso ántes, cuando ni áun reconocidos estaban los puntos por donde deberia darse (1).

El ataque del centro contra el reducto del Pilar

(1) Renovales dice en su parte: «Mi frente de la derecha apé»nas dejaba maniobrar las (piezas) del frente enemigas, á las que »con sus acertados tiros desmontó dos piezas, y medio arruinó la »primera, distante treinta toesas, con lo que suspendieron por »aquella parte un tanto sus fuegos.»

Esta es la razon de no haberse abierto bien la brecha y de no darse, por tanto, el asalto la tarde del 10.

y puente del Huerva, apénas si merece una ligerísima mencion á los historiadores franceses, ni áun á los españoles, atentos unos y otros á la importantísima operacion sobre el fuerte de San José. Con la misma fúria, sin embargo, que á éste, dirigieron su fuego á las obras del reducto las baterías números 5, 6, 7 y 8: la primera, para abrir brecha; la segunda, para bombardearlo; la tercera, tirando á rebote por la enfilada de las caras oriental y occidental, y la cuarta, sobre la gola y el puente. La distancia á que se hallaban establecidas aquellas baterías y el fuego de las españolas del recinto, secundando eficazmente el del fuerte, impidieron una accion tan enérgica como la que se conseguia en San José, áun con ser el de los franceses igualmente nutrido é intencionado.

Salida de los sitiados.

Viéndose los zaragozanos tan rúdamente atacados, proyectaron alguna diversion que distrajese á los enemigos de su empeño contra San José, sobre todo, que veian á punto de ser asaltado á cada momento.

Embarcaron, para eso, en dos grandes lanchas, barcos de los que navegan por el Ebro, varias piezas de artillería de pequeño calibre y, descubriéndolas al encontrarse por bajo de la desembocadura del Huerva y á la altura de una casa de campo que guarnecian los franceses sobre el escarpe de la orilla derecha, rompieron un fuego de los más vivos, contra el edificio y sus ocupantes (1).

(1) Las relaciones francesas aseguran que era una la lancha y las españolas que eran dos. Se nos figura que fué una tan sólo la que combatió la casa, precisamente la que parecia destinada á operar en la márgen izquierda.

Dirigia la expedicion un oficial de singular bravura, el comandante Ojeto, que hasta se habia propuesto apoderarse de la casa con la fuerza disponible de los 20 hombres que componian la tripulacion de cada lancha, y atraerse así la atencion de los enemigos, empeñados en aquella zona, y al parecer exclusivamente, en la ruina del convento, no lejano, de San José. Pero fué herido gravemente Ojeto; lo fueron tambien varios de los expedicionarios, sobre quienes hacian fuego los franceses á mansalva desde las ventanas de la casa; se veia sumamente difícil la empresa y, á poco que se descuidasen, lo seria aún más el remontar el Ebro, por todo lo cual se volvieron al malecon de la ciudad, en que se habia situado una multitud que aplaudió estrepitosamente la hazaña, ya que no afortunada, gloriosa y oportuna de los expedicionarios.

En el Arrabal, fueron los sitiados los que acometieron; pero con tan escasas fuerzas, que la salida se redujo á un fuego de guerrillas sin importancia ni resultado.

Por la jornada del 10 podia calcularse lo que seria la del dia siguiente, y se pudieron tambien presumir las consecuencias que tendria. Así es que, sin desistir de la resolucion de defender el convento hasta la última extremidad reparando las fortificaciones lo posible y limpiando la brecha, se pensó en salvar todo el material que no sirviera á contrarestar inmediatamente el asalto que se esperaba no se dilataria ya mucho. Y miéntras el capitan de Ingenieros D. Manuel Perez, se afanaba en recomponer las baterías y, más que las baterías, los parapetos, y en

apartar de la brecha los escombros que la hacian practicable, se retiraban ocho de las piezas, entre ellas los pedreros, que tanta utilidad habian prestado, y algunos proyectiles que allí habrian de perderse y en la plaza seguirian haciendo un servicio cada dia más necesario é importante.

**Ataque nocturno.** En esa faena se hallaba la guarnicion que, relevada la que acababa de combatir tan gallardamente, consistia en los voluntarios de Huesca en el lugar de los guardias españolas, el 2.° de Voluntarios de Aragon y algunos walonas y suizos en el de los suizos de Aragon, y el 2.° de voluntarios de Valencia en el de los cazadores, tambien de Valencia, cuando, y era ya media noche, apareció sobre el camino cubierto una fuerza francesa en son de cruzar el foso y entrar en el fuerte.

¿Era aquello un reconocimiento ó un ataque nocturno? Hace suponer lo primero el aserto de los franceses, alguno de quienes afirma que, creyendo el general Laval, jefe de trinchera, que estaria el convento abandonado, envió dos hombres á que se cerciorasen de ello, los que, tomados por una columna de ataque, produjeron un espantoso fuego de fusilería que duró hasta las dos de la mañana (1). Fúndase lo segundo en que, al observar los defensores á los franceses y cómo huian del fuego que inmediatamente se les hizo, salieron en pós de ellos, causándoles algunas bajas en el camino de sus trincheras (2).

(1) Belmás.
(2) Alcaide Ibieca. Renovales dice en su parte oficial. «...Pero »á las once y media de la noche se presentó el enemigo en número

Aquel hecho alentó á los del fuerte para acometer, de su parte, otro de consecuencias que podrian, de tener éxito, ser completamente opuestas. Intentaron asaltar la batería de brecha, distante, como hemos dicho, 30 metros del fuerte; saliendo unos 200 hombres por la izquierda del convento con tal arrojo y decision que, sin el fuego de dos cañones de á 4 que el enemigo habia preventivamente establecido sobre el flanco y que los cubrieron de metralla, hubieran, por lo ménos, estorbado los trabajos de reparacion en que se ocupaban los franceses, y clavado, quizás, su artillería (1).

Precauciones en Zaragoza.

Entretanto reinaban en Zaragoza el desórden y la alarma consiguientes á la accion que se libraba en los fuertes exteriores, pero más aún, al bombardeo que habian estado los franceses ejecutando sobre la infeliz ciudad. Si para la autoridad y los militares todos de la guarnicion el asalto de San José importaba mucho más que los estragos de las bombas, el vecindario se veia atacado en sus propios hogares sin defensa ni venganza posibles. Trasladábanse las gentes de los barrios próximos á los más

»considerable, formado en batalla, á unos veinte pasos del foso, »que sin duda venia á tomar posesion de las ruinas de San José; »mas fueron recibidos con dos descargas de fusilería que los des»ordenaron, y siguió un vivo fuego graneado hasta las dos de la »mañana del dia siguiente 11, que vergonzosamente volvieron á »cubrirse en sus trincheras.»

Casamayor dice á su vez que el ataque de los franceses fué tan violento que, á pesar del fuego de la guarnicion, «lo aguantaron »dos horas, perdiendo mucha gente y quedando bien escarmenta»dos, habiendo llegado á reñir á la bayoneta.» Los escritores de ambos lados que citamos, fueron testigos de vista, y sin embargo, no pueden contradecirse más.

(1) En esto se hallan franceses y españoles de acuerdo.

lejanos de las baterías enemigas; las religiosas de la Enseñanza y de Santa Mónica que habian permanecido en sus conventos durante todo el primer sitio, los abandonaban ahora; y el Ayuntamiento se constituia en sesion permanente para dictar medidas previsoras contra los incendios y tranquilizar á sus administrados, cuyo mayor número, el de los inermes por supuesto, se disputaba el abrigo de su templo predilecto, bajo cuyas bóvedas se creia salvo de todo peligro. Hubo un momento en que se temió por el almacen de San Juan de los Panetes, cuya voladura, áun conteniendo poca pólvora, hubiera producido grandes quebrantos; pero se logró impedir, como se evitó el peligro de no recoger las bombas que no reventaban, haciéndolas llevar al corralon de la casa de la Galera, á cargo de la artillería.

El fuego de los morteros franceses continuó durante toda la noche, si no con la violencia del dia, con la suficiente para impedir el reposo á los zaragozanos, ocupándolos en evitar los incendios que las bombas iniciaban en los edificios. Pero á la mañana siguiente, la del 11, uno de los dias más memorables del sitio, se recrudeció el fuego y no ya con la energía del 10, sino con una mucho mayor, como que no se le respondia de tan cerca por haberse retirado, segun dijimos, parte de la artillería.

Tan violento era el dirigido contra San José, que uno de los defensores decia despues que aquello parecia *un infierno*; tal era el estrépito de los proyectiles al reventar y el de las paredes al derrumbarse sobre los defensores. Las obras de recomposicion de la noche anterior desaparecieron al momento en

aquel fuerte; parapetos, empalizadas, los muros anteriormente elevados, cuanto se distinguia sobre el plano general del terreno, fué reduciéndose á él, y la brecha parecia, al principiar la tarde, completamente practicable.

Asalto de San José.

Antes de las cuatro se habian tomado en la paralela opuesta á San José cuantas disposiciones preventivas exige un asalto. Un batallon de 600 hombres elegidos, segun Belmás, y 300, segun Rogniat, y los minadores y zapadores correspondientes se hallaban formados en la trinchera con el comandante Stahl á su cabeza, miéntras sobre la derecha de la segunda paralela se establecian dos piezas de á 8 para enfilar la prolongacion del camino cubierto del fuerte en su flanco izquierdo (1). La fuerza estaba dividida en tres columnas á las órdenes de otros tantos oficiales de ingenieros; y á las cuatro en punto y dada la señal por el general Grandjean, se lanzaron á la carrera hasta ganar el camino cubierto de San José y asomarse al foso.

Era bastante profundo, pues que media 18 piés de altura, y se hallaba limpia la contraescarpa por no llegar á él los escombros sino en corta cantidad, detenidos en la berma que tenia seis piés de ancha. Fué, pues, necesario hacer uso de las escalas, con

(1) Los franceses llaman *d' élite* á las compañías de preferencia, pero no á los batallones; y como Belmás se refiere á uno de éstos y se sabe la costumbre general en los asaltos, hemos preferido la traduccion de elegidos á la de batallon de preferencia. Lejeune es el que dice que las compañías eran de *voltigeurs*.

Thiers viene casi á darnos la razon, diciendo que se encargó la difícil empresa del ataque á los cazadores y granaderos de los antiguos regimientos 14.° y 44.° de línea con dos batallones (sin duda en reserva) de los Regimientos del Vístula.

las que descendieron al foso las dos columnas de la derecha y el centro; deteniéndose, empero, en él, así por hallar impracticable la brecha, como porque, al correrse al lado izquierdo en busca de salida hácia la gola, hallaron el paso interceptado por un muro de sostenimiento que lo cerraba. La columna de la izquierda, que no descendió al foso, se dió á buscar por dónde salvarlo, dando la vuelta á la fortaleza, con la esperanza de hallar hácia la gola una comunicacion que no debia estar interrumpida cuando habia en el interior españoles que continuaban resistiendo con la mayor energía (1).

Y la encontró, con efecto, en un pequeño puente de tablas que unia el camino cubierto á la pequeña obra que se habia construido en el fuerte para

---

(1) Hay en las relaciones francesas contradicciones que no deben dejarse pasar desatendidas. Belmás, que examinó los datos oficiales y recogió otros muchos en archivos y libros, presenta en su obra una relacion á la que se parece mucho la nuestra, que reune las versiones de uno y otro campo, de españoles y franceses. Pero Rogniat manifiesta en el diario oficial del sitio que, llegadas las columnas á la contraescarpa y viendo la brecha impracticable, se retiraron detrás de la fachada del convento, no flanqueada por los fuegos de la plaza en que habia sido aquella abierta, excepto algunos hombres apostados en el camino cubierto y otros 100 de la columna del centro que, deslizándose por el mismo camino en busca de un paso, lo hallaron por fin, penetrando en la fortaleza *por el puente del foso y la puerta de la gola.*

En la relacion, tambien oficial, de «Victoires et Conquêtes, etc.» no se habla de diferentes columnas, sino de compañías á cuya cabeza iba Stahl, de las que se destacó el capitan de ingenieros Daguenet en busca del paso al convento, segun lo vamos á referir inmediatamente.

Thiers dice que los de Daguenet eran sólo 40 cazadores (sin duda no le siguieron las zapadores de su compañía) y se corrió por el fondo del foso, con lo que tuvo que hacerlos encaramar al puente que hallaron, empresa verdaderamente sobrehumana si el foso tenia 18 piés de profundidad y estaba, como él dice, *cortado á pico, porque las tierras secas y sólidas en España se sostienen sin talud ni revestimiento.*

flanquear la cara ó cortina de la derecha. De allí al patio del edificio y á la puerta de la iglesia no habia sino muy pocos pasos que el capitan Daguenet y los suyos los dieron en un abrir y cerrar de ojos. Pero en ese momento se encontraron expuestos al fuego de la plaza, y ésta se lo dirigia tan terrible que tuvieron que echarse á tierra y desistir de su intento de forzar la puerta. Afortunadamente para ellos, las columnas detenidas frente á la fachada opuesta y poco hostilizadas desde las ruinas del convento, habian ganado la brecha con las escalas, y, despues, el convento mismo, con muerte de unos pocos de sus defensores que no quisieron retirarse al hacerlo los demás.

Las dos piezas situadas, segun hemos dicho, á la derecha de la segunda paralela, cubriendo de metralla á los voluntarios de Aragon y á los walonas y suizos, los habian obligado á retirarse, y los de Huesca tuvieron que hacer otro tanto, azotados por los proyectiles de todas las baterías opuestas á San José y alguna de las que batian el reducto del Pilar, que recibieron órden de secundar el ataque del convento en aquellos momentos críticos. Con la retirada de los flancos, en que veia su apoyo para efectuar la suya cuando fuese preciso, Renovales, «mandó, »como él decia, que su centro, que ocupaba el re»ducto, se retirara con el mayor órden posible, por »las bombas, granadas y balas rasas del enemigo, »que no permitian, sin perder aquella valiente tropa, »sostener más el punto.»

Y como el órden en ese caso consistia en salvar pronto la distancia que media entre el fuerte y la

plaza, y el puente era paso estrecho para tanta gente como la que se retiraba, no tiene nada de extraño lo que tanto vituperan los franceses, el que algunos de los fugitivos vadeasen el Huerva para ganar la ciudad.

La pérdida de los españoles debió ser considerable, expuestos como estuvieron, al fuego vivo y mortífero de todas las baterías hasta la hora del asalto, y se calcula en unos 80 muertos ó heridos y sobre 50 prisioneros, entre los que lo fué D. Juan Arzú, coronel del 2.° de Valencia, por combatir hasta el último instante en los cláustros y ventanas del convento.

No serian muchas las bajas de los franceses en el asalto, pues, como se ha visto, ni la operacion duró largo rato ni se hallaron expuestos al fuego sino muy pocos; pero tampoco pueden fijarse, áun con el exámen de los datos que mayor fé debieran merecernos (1).

De todos modos, bien puede decirse con el baron Lejeune: «El ataque tan enérgico y la defensa tan »tenaz de aquel convento, fueron uno de los hechos »de armas más notables del sitio, y pudimos presen»tir desde entónces los trabajos y la perseverancia »que nos serian necesarios para acabar la conquista »de Zaragoza (2).

(1) El diario oficial da 6 muertos y 10 heridos y el parte del general Grandjean, 3 de los primeros y 60 de los segundos; el comandante Belmás, sin hacer caso de uno ni otro, da 8 y 30 respectivamente y *Victoires, et Conquêtes*, etc., una treintena de hombres fuera de combate. Pero hé aquí que le toca á Thiers hacer *l'enfant terrible* y fija las bajas en 30 muertos y 150 heridos, casi todos de gravedad. En cambio los españoles las hacen elevar á 1.500 nada ménos. No eran tantos los combatientes.

(2) Todos los escritores franceses, áun los que más tratan de

Defensa del reducto del Pilar.

En el reducto del Pilar, no siendo el ataque tan rudo por dirigir los franceses sus mayores esfuerzos contra San José, se sucedieron, sin embargo, peripecias de las que no pueden pasarse por alto en esta relacion histórica, áun cuando no falte quien no haya fijado su atencion en ellas; de los enemigos, por no dar importancia al desaire que allí recibieron sus armas, y, de los españoles, por no presentarlas en toda su deznudez.

Los franceses rompieron el fuego al amanecer del 11 con la misma violencia y las mismas cuatro baterías con que lo habian hecho el dia anterior. Los proyectiles causaron los estragos que eran de esperar; los parapetos y las empalizadas sufrieron mucho, y á las cuatro de la tarde la brecha media sobre 40 metros de los que en más de 12 era practicable. Pero en aquella hora, la más crítica del asalto de San José, ¿se intentó tambien el del reducto del Pilar? No hay más de cierto sino que se desplegó en las obras francesas una energía extraordinaria; sólo, sin embargo, para el fuego, especialmente de la fusilería, tan concentrado y tan vivo que introdujo un gran desórden en la guarnicion del fuerte. Algunos de los defensores comenzaron á abandonarlo; y hubieran seguido su mal ejemplo muchos, si no todos, á no ser por los comandantes Amorós y Marin, gobernador, el primero, del puente inmediato, y jefe, el segundo, de la fuerza de Canfranc, quienes, sable en mano ó improperando con la mayor violencia á los

---

denigrarnos, están conformes con el pensamiento del Baron, su compatriota.

fugitivos, los hicieron volver á sus puestos de honor. En tal conflicto y con el temor de pérdida tan grave como lo seria en aquellos momentos la del reducto, el brigadier D. Antonio Torres y otros varios jefes que lo observaban desde la puerta del Cármen y puntos inmediatos del recinto, acudieron con refuerzos en apoyo de los oficiales que no perdonaban medio para hacerse obedecer de sus subordinados y contestar al fuego de los enemigos. Todo el empeño y las exhortaciones de los que mandaban, se dirigian á imbuir en la tropa la idea de que, si lograban resistir media hora, se salvaria el fuerte, pues que se acercaba apresuradamente la noche, tan diligente en aquella estacion. Y lo consiguieron para honra suya y fortuna de Zaragoza.

No se escapó á la penetracion de los franceses lo que sucedia en el reducto y áun quisieron aprovecharse de la suerte en tan favorable coyuntura; pero al observar inmediatamente la llegada de los refuerzos y comprendiendo ó pareciéndoles, al ménos, que la brecha estaba todavía impracticable, desistieron del asalto, dejándolo para otro dia. No sospecharian las graves pérdidas que habian hecho sufrir á los del reducto, ni las proporciones que llegó á tomar la desercion de los que lo defendian, espectadores de tanto estrago en tan estrecho recinto (1). De otro modo hubieran intentado el ataque que mucho nos engañamos si no obtuviera el exito más completo. Que el pánico no tiene oidos más que para el terror; y si á los efectos del fuego se hubiera unido el ruido del

(1) Fueron 30 los muertos y 80 los heridos.

asalto, difícilmente habrian logrado los jefes españoles contener la fuga, y el fuerte y las obras del puente habrian caido en poder del enemigo (1).

En la ciudad causó la pérdida de San José gran desasosiego, aumentado con creerse que, al perseguir los franceses á los que se retiraban del fuerte, tendrian el pensamiento de, aprovechando la agitacion de los zaragozanos, atacar el recinto y, á serles posible, asaltarlo. Confirmaban esta suposicion el toque de las cajas llamando á las armas por las calles, el de la campana de la Torre nueva señalando un peligro inminente, y el fuego continuado de fusil y de cañon que se hacia en la batería de Palafóx y en las demás próximas á ella. Tan se creyó en el ataque del recinto que, años despues, uno de los defensores, el Sr. Alcaide Ibieca, decia en su obra: «En los prime- Alarma en la ciudad.

(1) Hé aquí la relacion que de este suceso hacia uno de los que tomaron parte más honrosa en él, D. Fernando Marin que, de escribano que era de Canfranc, se constituyó en jefe de las fuerzas de aquel distrito y fué uno de los que acudieron con refuerzos al reducto, obligando, sable en mano, á los defensores que se retiraban, á volver á sus puestos.

«Al dia inmediato, dice, luego que amaneció, redobló el enemigo »con más teson el fuego devorador de todas sus baterías contra »el reducto. Una granada enfiló en la banqueta del parapeto á once »soldados del segundo batallon de voluntarios de Aragon, que »guarnecian el lienzo derecho, y á quienes destrozó haciéndolos »pedazos. La bala de cañon, las granadas de mano, la metralla y la »fusilería enemiga, arrasaban y destruian cuanto se les oponia: de »nada servian los débiles muros del reducto: todo venia á tierra; y »ya no habia más defensa que los desnudos robustos pechos de los »defensores. Cinco veces repitieron los enemigos el asalto, y otras »tantas fueron rechazados y arrojados con gran pérdida. Se contaȝban de 15 á 20 oficiales entre heridos y muertos y todo el ámbito »del fuerte lleno de cadáveres hacinados. Se hicieron prodigios de »valor, y la inexorable parca parecia haber fixado allí su imperio.»

Es de advertir que Marin no se cita en su relacion de aquel suceso, sin duda por modestia. El comandante del reducto es quien lo hace con el elogio que se merecia.

»ros momentos creimos estaban los franceses á las »puertas de la ciudad, pero viendo que la alarma ha»bia sido general, desistieron, contentándose con »ocupar un momento aquellas admirables ruinas:» (las de San José.)

Y á eso se redujeron los franceses, porque, al asomar á la gola del fuerte los soldados de Daguenet y luego cuantos franceses lo ocuparon, comprendieron que lo primero que habia que hacer era asegurar el puesto y cubrirse del fuego de la plaza en el frente que, por mirar á ella, seria en adelante el más azotado, como base, además, de las operaciones futuras.

Y, con efecto, apénas se establecieron en el fuerte cuando se apresuraron á formar un alojamiento sólido en la gola, un paso por el foso de la cara meridional con faginas y sacos á tierra, y una doble caponera que sirviese para la comunicacion del convento con la segunda paralela. En lugar de emprender el ataque de la ciudad, como se supuso en ella, los franceses, no pudiendo romper el puente del Huerva con cuatro bombas que hicieron reventar bajo sus arcos, construyeron una barricada en él; esto es, que, en vez de facilitar el paso, lo inutilizaron.

Al sentimiento de la pérdida de San José, agregábase en Zaragoza el que todos experimentaron por la muerte de tanto valiente como allí y en el Pilar habian perecido, y, en particular, por la del teniente coronel D. Pedro Gasca, de voluntarios de Aragon, y del coronel Arzú, cuya suerte se ignoraba entónces, víctima de su temerario empeño en continuar la resistencia hasta la última extremidad con un puñado de

sus valencianos. Y aunque el comportamiento de todos no habia dejado nada que desear, el de Renovales particularmente, que fué ascendido á brigadier, y el de sus soldados, hasta el de las mujeres, el de Manuela Sancho sobre todo, émula digna de Agustina Zaragoza, tantas desgracias y el vér próximo al enemigo, produjeron, ya que no desánimo, tristeza general, á que no contribuian poco tambien los estragos que la cantidad y calidad de los alimentos y la aglomeracion de enfermos en los hospitales y las casas comenzaban á hacer en la guarnicion y el vecindario (1).

Esto era lo que quizás preocupaba más á los zaragozanos y especialmente á las autoridades, porque las desgracias personales, por sensibles que fuesen, se compensaban con la gloria que producian, envidiable para quienes se ofrecian con gusto en holocausto á la pátria. Algo más importantes fueron las del dia siguiente.

**Muerte de San Génis.**

Al observar desde la batería de Palafóx los trabajos que ejecutaba el enemigo en la gola del fuerte de San José, fué muerto el coronel San Génis, el ingeniero ilustre que, despues de haber tenido parte tan principal en las glorias del primer sitio, habia dirigido, con el acierto que hemos visto, las obras de de-

---

(1) «En aquel combate que, como todos los de Zaragoza, acabó »por cien personales, logró entre tantos héroes distinguirse una al»deana de Plenas de la Sierra, llamada Manuela Sancho, batiéndose »denodadamente hasta recibir una herida, á que sobrevivió con »admiracion de cuantos la vieron, para, calificada por ellos como »una de las heroinas de Zaragoza y galardonada por Palafóx en el »acto con un distintivo honroso, tener más tarde que andar men»digando una pension que la ayudara á sobrellevar su desgracia.» (Nieblas de la Historia pátria.—Las Zaragozanas en 1808.

fensa del segundo (1); y pereció víctima de *las enfermedades del sitio,* como empieza á llamarlas un cronista, el capitan D. José de Suelves y Azlor de Aragon, marqués de Artajona y ayudante de campo del general Palafóx. La primera, por la fuerza que se perdia, y la segunda por lo significativa en circunstancias como las críticas en que iba viéndose Zaragoza, las dos entrañaban un interés que no cabia poner en duda para el porvenir de una plaza, aislada ya por todas partes, sin comunicacion alguna con el resto del país.

**Trabajos en el interior.** No podia escaparse á la penetracion de Palafóx que, muy pronto ya, seria atacado el recinto, trás del cual era necesario preparar defensas con que, sin atenerse á los preceptos generales del arte y siguiendo el ejemplo, mejor, la costumbre de los españoles, tan gallarda y afortunadamente renovada en el primer sitio, continuar la resistencia en las calles y las casas de la ciudad. Mandó, en consecuencia, que los alcaldes de barrio reuniesen cuadrillas de gente para abrir fosos y cortaduras, *relevándose cada cuatro horas,* decia el bando, para que no hubiese detencion en los trabajos.

Inmenso era el sacrificio que se exigia al pueblo de Zaragoza que, por connaturalizado que estuviera con la idea de haber de repetir esfuerzos verdadera-

(1) Dice de él Caballero: «Murió á los 43 años, defendiendo el »país que le habia visto nacer. Habia servido con honor en el cuer»po durante 25 años; habia hecho las campañas de Cataluña y des»pues fué profesor durante diez años en las escuelas militares de »Zamora y Alcalá. Su bondad y sus virtudes le habian valido la »amistad de todos sus camaradas. Sus discípulos le miraban como »á un padre, y sus talentos y su valor le conciliaban la confianza »de sus jefes y el respeto de todos.»

mente sobrehumanos como los que tanta gloria le habian valido, se hallaba ahora en condiciones doblemente desventajosas, privado en absoluto de toda comunicacion aliviadora de su triste estado y con la amenaza constante de un contagio que los ménos preocupados veian ya irremediable y próximo. Pero áun así y todo, la voz de Palafóx fué, como siempre, escuchada; y, aunque con interrupciones que explica muy bien nuestro carácter nacional y el ardiente, sobre todo, de los aragoneses, más aficionados al peligro que al trabajo, se formaron las respectivas cuadrillas para cuantas obras iban señalando los ingenieros militares y áun los paisanos mismos en sus barrios respectivos (1).

Tan previsora era aquella medida, que, al mismo tiempo que se dictaba, se veia justificada. Los de ataque de los franceses.

Con el éxito obtenido en el último ataque, se habia redoblado la actividad de los franceses. Si una de las baterías, ya inútil por ser la que habia abierto brecha en San José, que la cubria la vista de la plaza, no podia, por lo mismo, continuar el fuego, las otras tres no cesaron de hacerlo, aunque naturalmente variando la puntería y dirigiéndola á las baterías de Palafóx que, cada vez con más fúria, batian la gola del convento en que trabajaban los enemigos por establecerse sólidamente. Y ya que no se atrevian á

(1) «Union es la mayor fuerza, decia el bando en su preámbu»lo, y los brazos de todos, la actividad del jornalero, del rico, del »pobre, del religioso, del clérigo, del militar y del paisano, y áun »de las mujeres que en el asédio pasado fueron la envidia de todos »y el ejemplo de los valientes.»

A pesar de esto, hubo, dos dias despues, necesidad de una nueva proclama para que los paisanos acudiesen al trabajo.

hacer esto de dia, se dedicaban á abrir la tercera paralela, sobre la izquierda del convento, ahora derecha suya, y á lo largo del escarpe que allí forma la márgen, tambien derecha, del Huerva. En la noche del 12 al 13, lograron, por fin, cubrirse del fuego de las baterías españolas acabadas de mencionar, tanto en la gola de San José como en la trinchera abierta el dia ántes, que ensancharon lo necesario poniéndola, además, en comunicacion con aquel fuerte y con la segunda paralela. Principiaron tambien los artilleros una batería, que se señaló con el número 9, donde se montaron despues dos piezas de á 24 y dos de á 16, destinada á abrir brecha en el recinto de la plaza y, por el pronto, á hacer callar la de Palafóx que tanto les ofendia con su incesante fuego.

Piérdese el reducto del Pilar.

En el ataque del centro, vista la dificultad de practicar desde sus posiciones una brecha bastante accesible y anchurosa para asaltarla con seguridad de éxito contra unos soldados cuya entereza reconocian ya los franceses como excepcional y digna de todo género de precauciones, siguieron los trabajos de zapa hasta ponerse casi sobre la contraescarpa del reducto del Pilar cuando el fuego de las baterías números 5, 6, 7 y 8 y el de una nueva, la 10, construida la noche del 13 contra la plaza, habian hecho aquel fuerte absolutamente insostenible. Así es que á las ocho de la noche del 15, allanados los parapetos, la brecha abierta, los sitiadores sobre el foso y reducida la guarnicion á unos 40 ó 50 de los sitiados, pues habia sido retirada la anterior con todo el material de artillería, dieron el asalto 200 hombres del 1.° del Vístula y otros tantos zapadores y minadores, carga-

dos de escalas y tablones que no hacian falta para nada, tal estaba el fuerte de desmantelado y derruido. Los españoles, que eran del 2.° batallon de voluntarios de Aragon, despues de dar fuego á un hornillo, que no hizo efecto, en el camino de los invasores, se sostuvieron un rato, el que su capitan D. Mariano Galindo consideró necesario para que se preparara la voladura del puente del Huerva. Y hubieron de sostenerse haciendo uso de las bayonetas, porque, despues de la primera descarga, se hallaron á las manos con los enemigos, que los fueron materialmente empujando hasta la gola del reducto y luego hasta el puente que el coronèl D. Domingo de La Ripa hizo volar cuando vió á los suyos en la orilla izquierda del Huerva. Ya allí los defensores, al abrigo de la tenaza que cerraba el puente y con el apoyo de los refuerzos que de todas partes del recinto acudian para contener al enemigo, éste se dedicó á su establecimiento en el reducto, cubriendo la gola con un fuerte parapeto y formando la comunicacion con la segunda paralela, obra fácil puesto que, como hemos dicho, los ramales del ataque llegaban hasta el mismo foso.

La Ripa, á imitacion de lo que se habia hecho con Renovales, obtuvo el grado de brigadier y la comandancia del primer batallon de Voluntarios de Aragon, vacante por muerte de su jefe Gasca en el convento de San José.

Con aquellas conquistas quedaban los sitiadores dueños de toda la márgen derecha del Huerva. Se hallaban, pues, en disposicion de continuar los planes del Emperador, siempre fijos sobre el saliente de Santa

Plan de ataque al recinto.

Engracia, ó extender las operaciones á otra zona próxima, propia tambien por cualidades semejantes para atacar la plaza. Seguíase así el camino ya conocido topográficamente y por los resultados de Agosto anterior, y se acometia además otro nuevo, de buenas condiciones tambien y en que no pensaba el enemigo al levantar ahora las obras de fortificacion, si bien no absolutamente descuidado é inerme por lo tanto. Los ataques de la izquierda y del Arrabal continuarian, pero flojamente y sólo para llamar la atencion de los sitiados. El de la izquierda exigia la conquista prévia del castillo que, por lo que acababa de suceder en San José y el Pilar, podia calcularse obra de muchos dias: el del Arrabal se consideraba entónces no deber dirigir más que al bloqueo de la plaza en la izquierda del Ebro y á mantener inactiva una parte muy importante de la guarnicion.

Desde el momento de la toma de San José se comprendió en Zaragoza este plan, si no en toda su extension, en la suficiente para disponerse á contrarestarlo si llegaba á ejecutarse. El establecimiento de la paralela en el borde del Huerva, la continuacion de la trinchera con rumbo al Ebro, derecha de los sitiadores, y la inmediata fábrica de la batería número 9, cuyo objeto, si al pronto podia disimularse, quedaba explícitamente revelado al comenzarse las que fueron despues señaladas con los números 11, 12 y 13, pusieron de manifiesto á los ingenieros españoles que el saliente del Molino de Aceite iba á ser el predilecto, quizás, de los puntos de ataque designados por los franceses.

Así se vé en el estudio de aquel asédio que, al observar la construccion de la batería francesa número 11, que habia de batir la española de Palafóx, los defensores montaban algunas piezas detrás del altar mayor de la iglesia de San Agustin y en lo alto del convento de Santa Mónica; que, á la vez, dirigian ramales de trinchera sobre el Huerva, como para oponer nuevas obras avanzadas á las que el enemigo construia en la orilla derecha; y que dos dias despues, al descubrir los sitiadores la batería núm. 12, y el principio de una bajada al rio, reforzaban los nuestros con nuevos trabajos los ya importantes de Palafóx y las Tenerías.

**Brecha en la batería de Palafóx.**

Las baterías 9 y 11 rompieron el 17 temprano un fuego violentísimo contra las de Palafóx, alta y baja, cuya artillería no logró apagar el del enemigo sino por poco tiempo, teniendo, por el contrario, que cesar en el suyo por haberle sido inutilizadas todas sus piezas, excepto un cañon de á 4 que se reservó por si se intentaba el asalto de la brecha que al poco tiempo abrieron los franceses en el muro y que, por la noche, acudió á cerrar con cestones y sacos á tierra una multitud de paisanos, sin temor á la lluvia de preyectiles que caia sobre ellos. «Personas, dice un »testigo presencial, de todas clases, fueron sin dila»cion al paraje indicado, y con la mayor armonía en »medio de un riesgo inminente, emprendieron sus »tareas; unos conducian las espuertas de tierra para »llenar los cestones de mimbres; otros cargaban con »los sacos de arena, quien apisonaba, quien conducia »los materiales y utensilios. Las bombas caian sin »cesar sobre los trabajadores, pero nadie cejó hasta

»que la batería quedó reforzada y cubierta la bre»cha» (1).

Como sucede siempre en los sitios de plazas, todos los dias corrian en Zaragoza rumores sobre aproximacion de ejércitos de socorro, cuya fuerza abultaban el deseo y, más aún, la necesidad y la urgencia de salvar situacion tan violenta y congojosa. Aquellos rumores fueron condensándose hasta convertirse en noticias que confirmó el dia 16 un correo que se introdujo por el Ebro, única vía de comunicacion que con mil precauciones y sumo peligro se encontraba alguna vez abierta á favor de la noche ó de las nieblas, frecuentes en aquel invierno. El correo llevaba pliegos del marqués de Lazan y de las autoridades de Valencia y otras provincias, anunciando los esfuerzos que en todas se hacian por salvar á Zaragoza y pintando el estado de la Nacion con colores mucho más halagüeños que los que realmente merecia la verdad. Cundió la voz al momento por toda la poblacion, la cual, viendo aquellas noticias en la *Gaceta extraordinaria* que Palafóx hizo publicar al efecto, rompió en las demostraciones más estrepitosas de satisfaccion y de contento. Echáronse á vuelo las campanas de todas las iglesias; las baterías hicieron una que los enemigos hubieron de comprender que era salva general por algun suceso próspero que ellos ignoraban; recor-

(1) Alcaide Ibieca, siguiendo el parte del comandante de la batería, D. Diego de Perosa, que señala la pérdida allí del teniente D. Isidro Meseguer y 4 artilleros más muertos y 8 heridos y un capitan, un subteniente y cinco soldados de infantería y un paisano muertos ó heridos tambien.

rieron las calles las músicas de los regimientos; y los voluntarios y los paisanos, la poblacion entera, se entregaron á repetir con sus fusiles, sus cánticos é iluminaciones, las muestras que la autoridad daba del fundamento y certeza de las noticias acabadas de recibir. Así es que, cinco dias despues, retardándose el espectáculo, á cada instante esperado, de las tropas de socorro en las cumbres de los montes que cierran el horizonte de Zaragoza, creyeron los sitiados que seria necesario de su parte un esfuerzo que rompiese la valla que los separaba de sus libertadores y se ideó para el dia 21 una salida por el Arrabal, de que hubo de desistirse, cuando las tropas estaban ya formadas para efectuarla, por conocer que no daria resultado alguno favorable. Y para excusarla, Palafóx publicó al dia siguiente una de aquellas proclamas suyas en que, procurando mantener vivo el espíritu del pueblo, primera necesidad en tales circunstancias, no hallaba ya, para conseguirlo, otro camino que el de halagarle con grandes alabanzas, fáciles de prodigar en aquel caso por merecerlas con sobrada justicia sus paisanos, y la, siempre usada por él, del honor que le proporcionaba el mando de tan heróicos mantenedores del suelo pátrio (1).

La que se hizo efectiva fué la salida de la noche Salida del 23 de Enero.

(1) «No hay más que el valor, les decia en la del 22 de Enero, »para vencer; basta nacer en Zaragoza para ser valiente; basta pe»lear al abrigo de sus muros, que pronto perfeccionareis, para ga»nar el láuro de las inmortalidad; vuestro premio excede á mis »deseos; la confianza con que me honrais sin merecerlo, aumenta »cada dia más mi obligacion en desvelarme por vuestra felicidad; y »siempre leal, siempre fiel al delicado cargo que ejerzo, mi dicha »es sólo agradaros y conservar con entereza la lisonjera memoria »de haber nacido entre vosotros.»

del 23 en que se acometió la de três columnas dirigidas á las obras francesas de los tres ataques generales contra la plaza. La columna de la izquierda logró, cerca del puente de San José, el incendio de la casa de Aguilar, por cuyas ventanas hubo de salvarse la guardia francesa que la ocupaba y que, á su vez, desalojaron luégo los zaragozanos á la vista de los batallones que lanzó contra ellos el general Laval, jefe aquel dia de las trincheras. La columna de la derecha no servia sino para llamar la atencion del enemigo al frente del castillo, y se retiró al hacerlo las demás. La que produjo más récia escaramuza, fué la del centro que pasó el Huerva á derecha é izquierda del puente, recientemente volado, de Santa Engracia. Cien hombres de voluntarios de Aragon, sostenidos por una reserva de su mismo cuerpo y del de walonas, acometieron la empresa de inutilizar la batería núm. 6, cuyos morteros no cesaban de causar estragos en la ciudad. Tan gallardo fué el arranque de aquellos valientes, que, sorprendiendo la guardia de las primeras trincheras, llegaron á la segunda paralela y, en ella, á la batería número 5, donde empezaron por la dispersion de los artilleros que la servian, matando é hiriendo á varios de ellos, y se pusieron luégo á inutilizar las piezas de las que lograron clavar dos cañones de á 12. Pero, como era de presumir y por eso se daban toda la priesa posible, sonó la alarma en el campo francés; y con la reaccion operada en él, los voluntarios aragoneses se vieron tan réciamente acometidos, que hubieron de retirarse ántes de terminar su obra de destruccion y de llègar á la batería núm. 6, obje-

tivo principal de la salida. Más de 30 cayeron en poder de los que tan mal habian sabido, momentos ántes, guardar las obras confiadas á su vigilancia y denuedo (1).

Aquella noche fué, precisamente, la del dia en que tomó el mando del ejército francés el mariscal Lannes, duque de Montebello. Toma el mando de los franceses el mariscal Lannes.

«Hénos aquí, dice el historiador Belmás, en la épo»ca más crítica del sitio.» Y, para probarlo, describe la situacion del ejército sitiador, con todo Aragon en armas, los campamentos franceses rodeados de insurgentes que los reducian al hambre, alarmándolos tambien con las fogatas encendidas en las alturas para entenderse con los sitiados que, así y por medio de otras señales, correspondian con ellos. Los destacamentos franceses necesitaban ejercer la mayor vigilancia para que no fuesen cortadas las comunicaciones y tener alejados todo lo posible á los españoles, que en todas direcciones acudian á formar cuerpos de ejército para el socorro de Zaragoza. El general Watier, desde Fuentes, donde mandaba, habia tenido que avanzar por el camino de Valencia con un batallon de infantería y 700 caballos, consiguiendo

(1) Los diarios franceses del sitio, hablan de dos salidas con pormenores y resultados casi iguales; una el dia 21 á las cuatro de la tarde, mandada en el centro por el capitan Galindo, que cayó prisionero con otros dos oficiales y 32 soldados ántes de llegar á la batería núm. 6, y en la izquierda francesa por otro que no nombran y que con 80 hombres atacó sin resultado la Casa roja en el camino de Calatayud; y otra en la noche del 23 que es la que se acaba de relatar. Los diarios españoles no dicen nada de la primera; por el contrario, señalan el 21 como el dia en que se pensó hacer la salida, que no se efectuó, por el Arrabal, para facilitar la comunicacion con las tropas de socorro que los defensores creian mucho más cerca de lo que efectivamente estaban.

dispersar la vanguardia de un gran cuerpo de voluntarios que habia tenido que retirarse de Hijar que ocuparon inmediatamente los franceses, sacando, como de otras poblaciones próximas, toda clase de mantenimientos. Las noticias que allí recogió Watier, hacian suponer una gran concentracion de españoles en Alcañíz y Mequinenza que, bien provista de fusiles, artillería y toda clase de municiones mandaria D. Francisco Palafóx, á quien debia tambien reunirse pronto otro ejército procedente de Valencia.

La actividad del general Watier no evitaba, sin embargo, la sublevacion de los aragoneses en las inmediaciones del ejército sitiador, al que amenazaban desde la Muela, María y Epila, así como las partidas de Soria se descolgaban sobre Tarazona y Tudela, comarca muy importante, como que en ella podia cortarse á los franceses su comunicacion con Pamplona y Francia. Pero más que todo eso, les preocupaba el estado de la insurreccion en la izquierda del Ebro. Los destacamentos del general Gazan acusaban la presencia de fuerzas muy importantes en Huesca, cuya vanguardia no habian logrado romper un batallon de cazadores y 50 caballos, contra ella dirigidos, ni despues los refuerzos que se les habia enviado del 10.° de húsares, varias compañías de infantería y tres piezas de campaña, con lo que el general francés se mostraba muy alarmado y temiendo verse compelido á levantar el bloqueo de Zaragoza.

Mucho de lo que habia llegado á oidos de los franceses tenia su fundamento, porque es indudable que los aragoneses, como los valencianos, hacian toda

clase de esfuerzos por socorrer á los que tanta gloria estaban adquiriendo en su tenaz y brillante defensa.

Sobre la base de algunos cuadros veteranos, estábase en Cinco Villas organizando un cuerpo bastante numeroso, no tanto, sin embargo, como se les decia á los sitiadores. Con él y los muchos voluntarios que habia reunido en Huesca el coronel Perena, se iba paulatinamente aproximando á Zaragoza para lanzar partidas y destacamentos que hostilizasen sin cesar á los que todos los dias enviaba Gazan en busca de noticias y raciones. Tanto ó más temible era tambien la actitud de los que en Alcañiz, Daroca y Cariñena se levantaban con idéntico objeto, apoyados de cerca por los de Teruel y de más lejos por los que acudirian del reino de Valencia en época muy próxima.

Este movimiento, que se iba rápidamente generalizando, impedia el racionamiento regular de las tropas francesas del sitio, que ni áun el país próximo podian explotar por hallarse tambien cercadas, segun que, con referencia á Belmás, acabamos de decir de las partidas de La Muela, Epila y Soria que les interceptaban todos los caminos hácia el Jalon y alto Ebro, comarcas las más feraces de la provincia.

Las expediciones de Watier y la vigilancia que el general Pujet ejercia en Navarra sobre las Cinco Villas, no servian sino para despejar el terreno por breves momentos. Apénas se retiraban, volvia á cerrárseles, sin haberles producido más que un momentáneo alivio en su situacion, tan precaria ya que no tenian carne para su rancho, el pan era escaso y érales necesario trasportar sus enfermos y heridos á Ala-

gon, donde la falta, tambien, de medicamentos, la infeccion creciente cada dia y la poca comodidad de los hospitales les producian bajas enormes.

Era necesario salir de tal estado, debido, en no pequeña parte, á la impericia de Junot, sin más cualidades militares que las del valor y la actividad, y al alejamiento de Mortier, tan torpemente destacado á Calatayud, donde para nada podia servir con la clase de guerra que en caso habrian de hacer las tropas españolas, ágiles, diligentes, emprendedoras pero incapaces, por entónces al ménos, de acometer en campo abierto á sus terribles enemigos.

Impulso que dá á las operaciones del sitio.

Así es que, ántes de que tomara el mando el mariscal Lannes, llamó á Mortier con toda la division Suchet á Zaragoza y despues le hizo cruzar el Ebro, con la órden de adelantarse por el país de la orilla izquierda hasta dispersar los destacamentos españoles que hostilizaban de cerca al general Gazan. A Watier le mandó avanzar de nuevo por el camino que habia seguido anteriormente hasta conseguir igual resultado que el que se exigia á Mortier, pero por la tierra de Alcañiz, cuartel general del levantamiento que se verificaba por el bajo Ebro en comunicacion con el Maestrazgo y Valencia.

Esto no obstaba para que se apretase aún más el sitio; y, además de hacerse al tercer cuerpo activar las operaciones de que estaba encargado en la derecha del Ebro, se dieron á Gazan instrucciones sumamente enérgicas para no limitar su accion, como hasta entónces, al bloqueo, sino extenderla al ataque del Arrabal, cuya ocupacion se consideraba como de necesidad absoluta, para, con la entrada de sus de-

fensores y habitantes en la plaza, aumentar el desórden que en ella debia reinar y su penuria.

Miéntras el distinguido ingeniero, coronel Dode, se ponia á la obra de atacar las defensas de los zaragozanos en el Arrabal, Mortier se dirigia á despejar de enemigos todo el territorio de la izquierda, empresa nada difícil contando con toda una division, y Watier penetraba en Alcañíz casi sin oposicion, pero ejerciendo una cruel carnicería en los habitantes (1), el mariscal Launes, cuyos sentimientos respecto á Zaragoza haremos ver muy pronto, intentaba el camino de las negociaciones, deseoso de terminar cuanto ántes un sitio cuya prolongacion, no sólo amenguaba la gloria del ejército francés sino que le impedia emprender operaciones más decisivas para la conquista general de la Península.

Escribió, pues, el 24 á Palafóx participándole las noticias que habia recibido de la série de victorias alcanzadas por los franceses en aquellos dias, lo mismo sobre el ejército del Centro, que era el único, en caso, que pudiera acudir al socorro de Zaragoza, que sobre los del marqués de la Romana y de John Moore, última esperanza de los españoles en aquella campaña (2).

---

(1) Thiers dice que Watier entró mezclado con los españoles, forzó todas las barricadas y acuchilló más de 600 de aquellos desgraciados, que ántes supone habitantes de 80 pueblos de la jurisdiccion de Alcañiz. Belmás, los llama aldeanos (paysans).

(2) Aun cuando parezca digresion inútil en el relato de sucesos tan interesantes como los del sitio de Zaragoza, nos vamos á permitir una que pone como de relieve la circunstancia, característica en la guerra, de las proclamas y los mensajes que se cruzan entre sitiadores y sitiados con los distintos fines que son de suponer, pero tan exagerados y falsos en unos como en otros, y vamos á presen-

El extrenò de su mando honraba al Mariscal, lo mismo bajo el punto de vista militar que el de la política. Si activaba las operaciones del sitio oprimiendo á los defensores de la plaza y despejando el campo próximo de los que pudieran acudir á su socorro, cumplia con el deber que impone á los fuertes el espíritu, si humanitario, hábil tambien, de revelar una generosidad que lleva á hacer más breve, económica y fructuosa la empresa acometida. Y áun cuando no

---

tarlos paralelamente; de un lado la *Gaceta extraordinária* que Palafox hizo publicar el 16, y del otro, el mensaje de Lannes del 24 y la contestacion que recibió de su ilustre competidor.

*Decia la Gaceta.*

A cosa de las siete de esta mañana ha llegado á esta ciudad un correo con pliegos para nuestro general de mucha importancia, de casi todas las Provincias de la Monarquía: Por ellos se sabe el estado feliz en que se hallan las cosas de la Nacion á pesar de lo que padece en algunos distritos ocupados por el enemigo, y principalmente en esta capital, sobre la que fijaron, como se ha visto, su furia los franceses con sus mejores fuerzas y el empeño más obstinado: es verdad que el bombardeo inaudito con que intentan amedrentarnos, no ha producido la centésima parte de los estragos que se prometian, siguiendo los edificios de Zaragoza con la misma fortuna que la vez pasada y siendo casi ningunas las personas que han padecido en esta lluvia de granadas y bombas. No es posible satisfacer la curiosidad del pueblo con la brevedad que se desea; pero para su descanso se pone un breve

*Carta de Lannes.*

Cuartel general delante de Zaragoza, 24 de Junio de 1809.—Señor General:—El bien de la humanidad me obliga á intimaros la rendicion de la plaza, ántes de reducirla á cenizas. Ya habeis podido convenceros que tengo cuatro veces más fuerzas de las que necesito para apoderarme de ella por asalto. Voy en dos palabras á presentaros la posicion en que os hallais: el ejército inglés ha sido completamente derrotado; se ha visto en la precision de embarcarse en la Coruña, les hemos cogido toda su artillería, sus equipajes, 7 mil hombres y 3 mil caballos. Las tropas del marqués de la Romana se han rendido con los generales que las mandaban; y la Romana, solo, se ha embarcado con los ingleses. El mariscal Victor ha hecho 18 mil prisioneros de tropas de línea al duque del Infantado, el 13 del actual en Uclés; le ha cogido, además, cuarenta y dos banderas y toda la artillería. Habiais

cupiera en hombre tan distinguido y experto el hacerse ilusiones sobre el resultado de su gestion pacífica, siéndole, como se verá despues, conocidos la historia del primer sitio, el carácter y la situacion comprometidísima de Palafóx y el espíritu, sobre todo, que gobernaba las acciones de todos dentro de Zaragoza, querria con aquel paso y otros sucesivos de la misma índole, proporcionarse la autoridad necesaria para ejercer toda clase, despues, de severidades, y mostrarse hasta cruel para imponerse en las

---

resúmen, reservando lo más detallado á otro dia.

En Cataluña han sido los franceses ahuyentados y batidos varias veces: Reding ha reorganizado el Exército, que consta ya de 60 mil hombres contando con los somatenes ya disciplinados. El Marqués de Lazan ha derrotado diferentes divisiones francesas, ha destruido las fuerzas que tenia en el Ampurdan, y con estos felices sucesos ha entrado en Francia por aquella frontera, llevando el espanto y confusion, enriqueciendo á nuestro exército con los despojos que tan inícuamente nos habian usurpado. Valencia ha concluido de armar las tropas de línea, agregando nuevos cuerpos con destino á nuestro exército, estando ya en marcha una gruesa division de Reding, y otra del Duque del Infantado. Napoleon ha sido destrozado por la Romana y Blaque, que juntos con los ingleses componen el número de 70 mil hombres, y se hallaban á las inmediaciones de Madrid. Mandaba la accion el mismo Bonaparte, el qual, de resultas de este desastre, se halla sitiado en el Paular: tuvieron armado algunos miles de campesinos por la parte de Pina y de Perdiguera, y han sido destrozados por nuestres tropas; muy pocos de ellos se han salvado huyendo á los montes, los demás han sido muertos ó han caido prisioneros. El contenido de esta carta es la pura verdad, Señor General; os lo afirmo como hombre de bien. Si, á pesar de estos hechos, persistís en defender la plaza, os hareis digno de acusaciones muy graves: reflexionad que sus cien mil habitantes serian víctimas de vuestra imprudente obstinacion.»

«El mariscal duque de Montebello, comandante en jefe de Navarra, Aragon y el ejército sitiador de Zaragoza.—Firmado.—Lannes.»

—

La contestacion de Palafóx fué la siguiente:

«Señor General:—El árbitro de los cien mil habitantes que encierra esta ciudad, no es el mariscal Lannes, ni los generales españoles se rinden sin batirse. La conquista de esta ciu-

operaciones sucesivas de la guerra, que ya suponia sangrienta y tenacísima.

La respuesta de Palafóx le descargó, en tal concepto, de la responsabilidad moral que, como en hombre de honor, podria pesar sobre general que, por su misma fama y la elevacion de sus sentimientos, deberia asumirla mayor para la historia; y se dedicó, así, á cubrir la militar de su posicion ante esa misma historia y las órdenes del Emperador.

Y bien pronto pudo conocerse aquella poderosa iniciativa que daba al ilustre mariscal uno de los primeros puestos entre los tenientes de Napoleon.

---

20 mil muertos, entre ellos á Bertier, Ney y otros generales. Sabarí está gravemente herido. Han llegado á Cádiz para nuestro exército 16 millones de duros. Todo el Reino está en armas y varios jefes, los más acreditados, están cerca de esta capital con cuerpos numerosos, y pronto cantaremos la victoria y hallará su merecido un enemigo que no se atreve á presentar á cara descubierta, y emplea los medios más viles y vergonzosos de la cobardía para hacer la guerra sólo con el cañon y la zapa; lo que léjos de intimidar, acredita más la opinion de este exército y Reino.

Se sabe por carta de Tarragona, que el Excmo. Sr. Marqués de Lazan va unido con el general Claròs, y por datos positivos la liga del Norte contra el tirano. En el puente de Almaráz han sido tambien derrotados los franceses completamente. Dios ayuda nuestra causa. Valor, teson, y *¡viva España!*» dad hará mucho honor al señor Mariscal si la ganase á cuerpo descubierto y con la espada, no con bombas y granadas que sólo aterran á los cobardes. Conozco el sistema de guerra que hace la Francia; pero España le enseñará á batirse, y yo con mis soldados sé exactamente las fuerzas que me sitian, y necesito diez veces más para rendirme: sobre las mismas ruinas se hará honor esta ciudad, pero el general de Aragon, que la manda, ni conoce el temor, ni se rinde. La *Gaceta* adjunta responde á la pintura de la situacion en que me hallo —Cuartel general de Zaragoza, 24 de Enero de 1809.—Palafóx.»

La *Gaceta* era la del 16 que acabamos de copiar, y el enviársela prueba que la creia en todas sus partes exacta.

Elegidos, segun ya hemos indicado, por puntos de ataque el Molino de aceite y el recinto que se alzaba á su retaguardia, las obras de aproche á las defensas de la ciudad recibieron un impulso desconocido hasta entónces;, y en la mañana del 26, aparecieron construidas una nueva paralela de 160 metros de extension en la izquierda del Huerva, al frente de la casa, recientemente incendiada, de Aguilar, dos baterías á barbeta á espaldas de la tercera paralela, dirigidas á impedir el fuego que los sitiados de la izquierda del Ebro pudieran hacer de flanco y de revés sobre los nuevos trabajos franceses, y la bajada, por fin, al puente de San José, comenzada dias ántes desde el extremo de la batería núm. 15.

Esto era en el ataque de la derecha; que en el del centro, además de perfeccionar la tercera paralela, se terminó el descenso al ángulo, allí saliente, del Huerva, y se armaron las nuevas baterías, llevando el material de las que el progreso en las operaciones del sitio dejaba ya á mayor distancia que la conveniente para la eficacia del fuego. La noche anterior, esto es, la del 25 al 26, apénas terminada la bajada, se habia echado un puente, tercero ya en los del Huerva, por el que pasaron 100 granaderos del 114.° y un destacamento de zapadores que aspilleraron en seguida la tápia próxima de la huerta de Santa Engracia. Hicieron así, de una defensa enemiga, una propia para mantenerse en la posicion acabada de ocupar con el ayuda de las baterías números 17 y 18, que no cesaron su fuego un momento en todo el tiempo que duró la operacion, costosa, en verdad, pues que sufrieron pérdidas considerables,

pero sumamente útil para sus ulteriores proyectos. Miéntras se llevaba á cabo, se armó tambien la batería núm. 19, muy avanzada sobre Santa Engracia, eficacísima para el asalto de aquella insigne fábrica, reducida desde el primer sitio á un monton informe de ruinas.

En el ataque de la izquierda, como destinado, más que á hacerlo efectivo é importante, á servir de demostracion que pudiera distraer fuerzas de las del sitiado, no se hizo sino prolongar la segunda paralela por sus dos flancos y buscar la comunicacion con el centro por un zig-zag que no se continuó más tarde, como en prueba del corto interés que inspiraban las operaciones de aquel lado de la línea general.

Ataques del 26 y 27 de Enero.

Nos referimos á ese dia 26, porque al amanecer comenzaron el fuego 50 piezas de artillería de todos calibres, montadas en trece baterías, dos de ellas de morteros y una de obuses, todas tres dirigiendo sus proyectiles al casco de la ciudad, como lo habian hecho casi sin interrupcion los dias anteriores. De las demás, la batería núm 14, construida sobre la desembocadura del Huerva, lo dirigió sobre las Tenerías; la 16 batió la Puerta Quemada y San Miguel; la 18 pulverizó, dice Belmás, la batería acasamatada de los españoles en el Jardin Botánico, y al poco tiempo la mayor parte de las piezas de la plaza se vieron reducidas al silencio. Las baterías números 9, 11, 13 y 15 abrieron, además, tres brechas en el recinto; la primera en la terraza alta de Santa Mónica; la segunda en el jardin bajo del mismo convento, cerca del molino de aceite de la ciudad, y la tercera, junto á la bateria de Palafóx. Y como, para preparar

el asalto por aquel lado, precisaba la ocupacion del molino de aceite de Goicoechea, tambien dirigieron sobre él el fuego de la batería núm. 11 que llegó á incendiar el edificio, de que hubieron de retirarse los pocos defensores que lo guarnecian. Las baterías números 19 y 20 contrabatieron la de los Mártires de Santa Engracia y lograron romper el muro del convento y la tápia inmediata de la huerta, pero sin llegar á hacer, ni allí ni en el resto del recinto atacado, las brechas practicables, porque una espesa niebla, que de pronto se extendió por toda aquella zona, impedia á los artilleros franceses distinguir los objetos que se les habia fijado por blancos de sus disparos.

Quedó así para el dia siguiente el ensanche de las brechas y su asalto, al que habria de seguir la entrada en la ciudad, cuyo recinto iba á ser de nuevo manchado por el extranjero, con mayor estrago, sin embargo, y resultados más funestos que la primera vez.

Y, con efecto, apoderados los franceses durante la noche del molino de aceite de Goicoechea que, segun hemos dicho, habian abandonado los nuestros, y allanadas las brechas, la del centro sobre todo, inmediata á aquel edificio y la de la izquierda de Santa Engracia, se vió al ejército entero sitiador en las orillas del Huerva y la llanura de la derecha preparándose á un esfuerzo supremo que lo hiciese dueño para siempre de la plaza, á cuyas puertas estaba hacia tanto tiempo detenido. Eran las once de la mañana cuando Lannes dió la señal; y tres columnas, formadas de antemano en las trincheras, rompieron

inmediatamente la marcha. La establecida en el Molino, compuesta de 300 cazadores y á las órdenes del comandante Stahl, se lanzó á la brecha inmediata de la derecha con un destacamento de zapadores y un ingeniero en cabeza. La voladura de dos hornillos en su camino resultó ineficaz, y los franceses pudieron montar la brecha á pesar de no ofrecer ni la amplitud ni la accesibilidad de las otràs. Pero, en la cresta ya ingenieros y cazadores, llovió sobre ellos tal cantidad de proyectiles desde las casas inmediatas y el claro que los separaba del convento de Santa Mónica, donde los defensores tenian dos ó tres piezas de campaña, que comprendieron por dos tentativas desgraciadas, que á nada más debian aspirar por aquel lado que á formar un pequeño establecimiento en la brecha, y el comandante Haxo lo construyó en un momento, así como la comunicacion necesaria con el Molino de que habia partido la columna. La batería núm. 13, batió la casa de D. Victoriano Gonzalez, que descubria el flanco y la retaguardia de los asaltantes, y se enviaron cuatro compañías que se apoderaran de ella; pero tambien hubieron de retirarse con la pérdida del comandante Brayer, que las mandaba, herido con muchos de sus subordinados, como lo habian sido en là brecha Stahl y un número considerable de los suyos (1).

(1) Decia despues un oficial polaco, el teniente Brandt: «Por fin »el ataque de la casa Gonzalez, al que asistí, fracasó completamen»te. Habiamos llegado á penetrar en el edificio, á pesar de que »apenas era practicable allí tampoco la brecha. Pero al momento »nos vimos asaltados por un fuego infernal que partia á la vez de »la plaza, del piso superior y de todos los ángulos y rincones de la »casa. Se batió la retirada y bien de priesa. El teniente coronel »Beyer, que nos mandaba, fué gravemente herido en la mejilla, y

La segunda columna partió del establecimiento formado en la casa de Aguilar, junto al puente de San José. Encargada de asaltar la brecha abierta junto á la batería de Palafóx, tuvo la fortuna de que, habiéndola precedido en su ataque la primera columna, se dirigió á ésta la atencion toda de los defensores en aquella parte del recinto. La misma mayor dificultad de ganar terreno, desembocando de la brecha de la derecha, contribuyó á reunir allí á los zaragozanos, por ese impulso, sin duda, instintivo de acudir á donde el éxito puede dar ventaja segura, honra y pretexto, principalmente, para abandonar lo de resultados, funestos ó, al ménos, dudosos. Los franceses, pues, á quienes dirigian el capitan Guettemann y un oficial de ingenieros con algunos zapadores, apoyados por el general Habert y las tropas de la primera division del tercer cuerpo de ejército, que tambien servian de reserva á la primera columna, avanzaron sin obstáculo, penetrando, una vez salvada la brecha, en el molino de aceite de la ciudad, del que se hicieron dueños, así como de otra manzana de casas inmediata. Trataron despues de enlazar sus operaciones con los de la brecha asaltada á su derecha y frente al molino de Goicoechea; no lográndolo por la resistencia que les oponian los zaragozanos

Penetran los franceses en Zaragoza.

»el capitan de mi compañía, un tal Matkowski, de Gracovia, tuvo »una pierna rota de bala de cañon y quedó en poder del ene»migo.»

Despues dice que, al tomar la casa, encontraron los polacos once cadáveres de sus camaradas horriblemente mutilados, pero no á Matkowskì que habia sido llevado al hospital, donde murió despues de la capitulacion. Sus compañeros de desgracia estarian mutilados por las balas de cañon, porque no es de suponer que los defensores se mostrasen crueles con los soldados y píos y humanos con los oficiales.

desde los demás edificios y sus avenidas, así como por el fuego de las mismas dos piezas que habian detenido á sus compañeros al encaminarse hácia Santa Mónica. Tampoco pudieron ganar más terreno en la ciudad, porque, al acercarse á una plazuela que existia frente al Molino acabado de ocupar, les detuvo la artillería de una barricada allí construida, obligándoles á atrincherarse, á su vez, en el espacio conquistado y á establecer su comunicacion con la casa de Aguilar por la antigua de los defensores y por un portillo del recinto que observaron cubierto en su parte de fuera con un tambor aspillerado.

La tercera columna dividió su fuerza, la total del primer regimiento del Vístula, en varias otras que debian atacar como en escalones para impedir el desórden á que tan fácilmente se entregan las tropas demasiado numerosas.

Dos compañías, precedidas de algunos zapadores, saliendo del muro que dijimos habian los franceses aspillerado el 26 inmediatamente despues de salvar el Huerva, se corrieron á lo largo de él hasta llegar á la brecha, momento en que rompieron la marcha otras dos compañías apoyadas de cerca por el resto del regimiento. La brecha fué ganada sin oposicion y, con muy poca, otra segunda tápia en que los proyectiles franceses habian abierto un gran boquete, por el que fueron penetrando sucesivamente los asaltantes (1). A pesar del fuego de los defensores de

(1) García Marin dice que la tropa que defendia el frente de la salitrería se hallaba comiendo el rancho. Equivoca, sin embargo, la hora y el dia del asalto, señalando la de entre nueve y diez del 28.

Santa Engracia, no tardó en ser ocupado el convento con lo que la gran batería de los Mártires y las demás defensas quedaron envueltas al tiempo que acometidas por las columnas sucesivas de ataque. Al salir los asaltantes á la plaza de Santa Engracia, su posicion era semejante, por aquella parte, á la del 4 de Agosto del año anterior, con la ventaja de tener á los sitiados distraidos en los otros ataques. Así es que, formada allí por el coronel Rogniat, que dirigia el asalto, una plaza de armas, base de las operaciones sucesivas, fácilmente se apoderó del convento de las Descalzas de San José y, trás él, de la torre del Pino, cuyas defensas subterráneas no hicieron, al estallar, efecto alguno.

Entretanto, veinte carabineros de una compañía del 5.° lijero, se lanzan desde la paralela de la izquierda del Huerva á las trincheras próximas á aquella torre que ven abandonar á los españoles, montan los parapetos y muestran así á un batallon del 115.° de línea, que los observaba desde la márgen derecha, la facilidad de penetrar en la plaza. Síguelos, con efecto, el batallon y llega á hacerse dueño del convento de la Trinidad, en el que necesita, sin embargo, abrigarse para resistir la reaccion que entónces, precisamente, comienza entre los defensores, recobrados de su desfallecimiento de los primeros instantes del asalto. Ruda y sangrienta fué la lucha. Combatíase con verdadera rábia de una y otra parte, y lo hubieran pasado muy mal los franceses del 115.°, á no recibir el general Lacoste, que acudia desde Santa Engracia para hacerlos retirar á espaldas de la puerta del Cármen, el refuerzo de otros dos batallones que obliga-

ron á los defensores á acogerse á las casas y calles más próximas.

Dice Belmás, copiando á Rogniat:

«Todos estos movimientos imprevistos é irreflexi-»vos nos hicieron perder muchos valientes por la es-»téril gloria de arrojar al enemigo de alguna parte »del recinto que hubiera tenido que abandonar, ocu-»pando nosotros á Santa Engracia y sobre todo el »convento de las Capuchinas que estaba avanzado. En »aquel choque, continúa, tuvimos 43 hombres muer-»tos y 135 heridos.»

«Repentinamente, dice á su vez Alcaide, apareció »aquel sitio cubierto de cadáveres: el ruido, la con-»fusion, el humo, presentaban un aspecto entera-»mente lúgubre. En semejante desórden no podia sa-»berse el estado de cosas; por fin se creyó que el »convento estaba abandonado, y ya iban nuestras »tropas á recobrarle, cuando los refuerzos que destacó »con la mayor oportunidad el general Morlot, las con-»tuvieron en medio de su carrera.»

Se vé, pues, que en lo esencial de aquel choque, el último de aquel dia, se hallan conformes los historiadores más fidedignos de uno y otro bando; no separándose tampoco mucho de la verdad el imparcial Schépeler en su relato de la jornada en las inmediaciones de Santa Engracia. «Las campanas de alar-»ma, dice, resonaban con el trueno de la artillería, y »los gritos de los barrios amenazados llamaban á los »defensores á ellos. Las casas próximas á Santa En-»gracia y al convento de los capuchinos se llenaban »de combatientes, cuyo fuego inmediato derribaba á »montones (par monceaux) los enemigos que se ha-

»llaban á descubierto en la cortina. Sin embargo, una »salida para recobrar el convento, últimamente cita»do, de los capuchinos, fué impedida por los batallo»nes franceses que acudieron.»

De ese modo se hicieron los franceses dueños de una parte considerable de Zaragoza: en el ataque de la derecha, del molino de aceite de la ciudad y algunas casas de las más inmediatas; y en el de Santa Engracia, del monasterio, la torre del Pino, la puerta del Cármen y algunos conventos, entre otros, el de Trinitarios, tan réciamente disputado.

A mil observaciones, muy importantes por cierto, se presta la jornada del 27 de Enero que acabamos de narrar sumariamente. Aun sin extendernos, ni mucho ménos, en la relacion de lo que hicieran los defensores para rechazar el asalto, habrá el lector observado la diferencia entre las distintas peripecias de aquel y las que en el del 4 de Agosto anterior constituyen la mayor gloria del pueblo zaragozano. Todos los cronistas de sus hazañosos esfuerzos convienen en que la presencia de tantas tropas en el segundo sitio, amortiguó en parte no pequeña el entusiasmo de que los habitantes de la ciudad habian dado muestras tan gallardas en el primer asédio. Parece como si, sufriendo á disgusto la presencia de ellas y los sacrificios que necesariamente habria de exigir, por ser, como eran, en su mayor número forasteras, se considerase el vecindario exento del servicio que habia prestado y de los peligros que habia corrido cuando la suerte de sus hogares dependia de sus solos esfuerzos. El patriotismo padece de celos como casi todas las pasiones humanas, y se enfria al

temor de no recoger la gloria entera de sus manifestaciones. Y eso sucedió en Zaragoza hasta el momento, sobre todo, en que, invadido el casco de la ciudad, temieron los moradores por objetos para ellos tan venerandos como la propia hacienda y la vida, el honor de mujeres é hijas, el respeto á sus altares, la independencia, en suma, y la libertad de sus personas y conciencias.

Ya hemos indicado cuántos esfuerzos de palabra y de autoridad habia Palafóx necesitado para obligar á los zaragozanos al trabajo de la reparacion de las brechas y de la construccion de barricadas y reparos en los puntos más amenazados del recinto. Habrán observado tambien nuestros lectores que, fuera de algun caso raro y excepcional, el servicio de las trincheras y de las salidas estaba desempeñado por las tropas de la guarnicion que, áun siendo algunas de formacion local en el territorio aragonés, pertenecian en su parte más considerable á lo que habia sido ejército de Reserva, valencianas y murcianas muchas, y del resto de la Península no pocas, como pertenecientes á la organizacion general de las de línea en España. Ni éstas podian guardar el respeto que observan las milicias locales en los pueblos, ni ser consideradas del mismo modo por el vecindario; y si, á esto se añade la circunstancia de su vencimiento en Tudela y de la dispersion en que habian llegado, puede comprenderse que, no antagonismo, porque no cabia en ocasion tan alta, pero sí algo como indiferencia y acaso desprecio, inspirarian los forasteros á aquellos íncolas orgullosos de su reciente y tan alabada hazaña.

Nada pinta mejor el estado de los ánimos en Zaragoza en su segundo sitio, que el cúmulo de órdenes generales y de proclamas de Palafóx para mover el vecindario á unir sus esfuerzos al ejército y dedicar sus horas al trabajo de las fortificaciones. Cuando él mismo cogia la pala ó el azadon, señal inequívoca es de que era necesario ejemplo tan impulsador como el de un Capitan general abandonando las especulaciones más elevadas del gobierno de una plaza sitiada, por el trabajo, puramente material, del zapador ó el jornalero.

Los zaragozanos, hay que reconocerlo, dieron la misma contestacion al ejemplo de Palafóx que á sus órdenes y á sus consejos y proclamas. Fué necesario que viesen á los franceses comenzando á ocupar sus viviendas para renovar las escenas conmovedoras del primer sitio, los combates mortales y cuerpo á cuerpo, la lucha con el hambre y con la peste que los elevaron al rango de los vencidos de Sagunto y de Numancia, de Astapa y Calahorra.

Uno de los que tomaron parte activa en sus penalidades y trabajos, el Sr. Alcaide Ibieca, confiesa que «la mucha tropa que habia en la plaza, hizo que »los paisanos al principio no tomasen una parte tan »enérgica y activa como en el primer sitio.» «Por la «mañana, (del 27) añade, el pueblo estuvo en espec»tativa, y aunque continuaba el fuego, no habia no»ticia puntual del terreno que ocupaban los france»ses.» No parece sino que se trataba de alguna poblacion babilónica para ignorar sus moradores el peligro que corrian dos barrios tan importantes como los atacados por los franceses en Zaragoza.

En las brechas de Palafóx y el Molino de aceite, los defensores eran soldados del batallon voluntarios de Huesca que mandaba su jefe D. Pedro Villacampa, establecido en el convento de Santa Mónica, y los artilleros que esperaron á tirar á 25 metros de distancia para cubrir de metralla á los asaltantes, eran del ejército regular. En Santa Engracia, los 1.200 hombres que guarnecian el monasterio y las baterías inmediatas, eran tambien veteranos ó del ejército organizado en la campaña anterior, y se batieron en un principio con el valor que da la idea del cumplimiento por guía, no con el impulso y la rábia que da la defensa del hogar propio.

Habia, despues, una rivalidad que se ha tratado de ocultar patrióticamente, entre los soldados y paisanos; rivalidad inevitable por ese padecimiento de celos que acabamos de tomar en cuenta y porque Palafóx no podia prescindir de una cierta preferencia hácia sus conciudadanos, fundadores, además, de su brillante reputacion militar. Las tropas, con eso y con los estragos que sufrian por las inclemencias del tiempo, la dureza del servicio y la diferencia y escasez en la alimentacion, disminuian, como de número y de fuerzas, del entusiasmo que ántes sentian por la causa de su patriótico levantamiento; y al cabo de tanto sufrir, sin la esperanza ya del éxito y ante el enemigo que acababa de vencerlas, no brillaban, y el 27 de Enero lo pusieron de manifiesto, por el generoso denuedo de los primeros dias (1).

(1) Dice Schépeler y no sin fundamanto: Palafóx era verdade»ramente todavia el héroe de la ciudad y de los campesinos, áun »que el contacto los hiciese más perspicaces y prudentes. Sin em-

Pero se esparce por Zaragoza la voz de la fortuna de los franceses en sus asaltos; cunde la de que ocupan casas y conventos de donde amenazan abrirse paso al corazon de la ciudad; y se despierta el espíritu público apagado por el mismo sistema, quizás, regular de las nuevas fortificaciones, y renacen aquella energía, mejor dicho, la ira homérica del primer sitio y el anhelo de vengar los anteriores ultrajes, los atropellos que se esperan y las profanaciones que se temen. La campana de la torre nueva va señalando por momentos los progresos del enemigo y el peligro que amenaza; y sus vibraciones arrancan á los zaragozanos de sus casas y abrigos para engolfarse en el dédalo de calles donde se pelea con un encarnizamiento que recuerda el memorable 4 de Agosto, la gloria más pura de su ciudad. Y los franceses, que han salvado el recinto sin oposicion notable, hallando, puede decirse, que desiertas las brechas, van, segun intentan desde ellas y los edificios, inmediatamente despues ocupados, continuar sus conquistas, encontrando nuevas é inesperadas resistencias, pero de las que no se vencen con el valor sólo y la pericia, sino con una constancia y una tenacidad que no saben ellos emplear, por resistirse á su carácter y costumbres militares. En Santa Engracia hallan ya, al invadir el templo, monjes que, con el crucifijo en

Reaccion que se opera en el pueblo.

---

»bargo, no podia aparecer como tal á los soldados, sino al principio del combate; porque, á la larga, no habia proclama que neutralizase la persuasion sensible que operaban las desgracias y la »estrechez á que se veian reducidos en la ciudad. Si esto no era »sino el principio de la lucha para los zaragozanos, parecia ya á los »soldados el de su pérdida indubitable.»

una mano y en la otra un arma homicida, ayudan á los soldados en la defensa; y en la lucha entablada para decidir en poder de quién han de quedar los conventos de la Trinidad y Capuchinos, se mezclan con los soldados de D. Antonio Torres, muchos paisanos, sus mujeres y hasta los niños, que se atraviesan en las calles ó, desde las ventanas, arrojan al invasor todo género de proyectiles, hasta los mas inverosímiles.

A Palafox, que acude á los sitios de peligro, rodean desde su palacio no sólo militares de graduacion, sino que tambien magistrados, sacerdotes y mujeres con fusiles y cananas, anhelantes por rivalizar entre sí y áun con los hombres, en heroismo, sirviendo de estímulo á los pundonorosos y avergonzando á los pusilánimes. La pelea se hizo, así, al momento popular y, por ende, personal, encarnizada, terrible. El baron Lejeune, historiador de aquellos sucesos, fué herido junto á Santa Mónica de un culatazo que le asestó uno de los defensores; y, repuesto del golpe, hubo de retirarse de Santa Engracia más tarde, por haber recibido otro tremendo del rebote de una bala de cañon. Como él, caia por tierra el distinguido ingeniero Segond, á quien derribó un sacerdote parapetado en un monton de escombros; y entre los muertos se halló un fraile con hostias sagradas en la mano, que iba, sin duda, suministrando á los moribundos en lo más récio del combate. De cada ventana se hizo una aspillera, de cada casa un reducto y, de las torres, castillos de donde salia la muerte para todo francés que se aventurase á salir á la calle, á los pátios y huertas inmediatas, á los abrigos

que se formaron en los edificios conquistados en su primer avance.

«Aquí comienza, dice Belmás, una nueva série de »operaciones que caracteriza el sitio de Zaragoza. »Las defensas regulares habian cedido á nuestros »esfuerzos; los muros exteriores estaban destruidos, »pero, al caer, dejaron ver cuál era todavía la fuerza »interior de la ciudad. Resueltos á defender palmo á »palmo el terreno, los españoles habian hecho grandes »cortaduras en las calles y aspillerado las casas. Los »palacios, los conventos y las principales casas ha»bian sido trasformados en verdaderas ciudadelas »que ocupaban guarniciones provistas de armas, de »víveres y municiones. Se comprendia que el ataque »á viva fuerza contra un enemigo que habia tomado »tales disposiciones, seria una temeridad que costase »cara sin que pudiera justificarse con el éxito. Se »resolvió, pues, caminar á cubierto, miéntras fuese »posible, é ir lentamente, pero á golpe seguro, á fin »de no desmoralizar las tropas con pérdidas dema»siado grandes y demasiado repetidas.»

A todo esto y á las consideraciones de la misma índole que expuso Lannes al Emperador en su parte del dia siguiente, y que tanto honor hacen al pueblo zaragozano (1), hay que añadir la de que á nadie po- Su triste situacion.

(1) Decia Lannes: «Jamás he visto el encarnizamiento que des»pliegan nuestros enemigos en la defensa de esta plaza. He visto »mujeres que iban á hacerse matar en la brecha...» «...*En fin, se»ñor, esta es una guerra que horroriza*. Se ha prendido fuego en »este momento en tres ó cuatro puntos de la ciudad, ésta parece »aplastada por las bombas, y, sin embargo, nada intimida á nues»tros enemigos.»

Aún hemos de ofrecer á nuestros lectores algun escrito del duque de Montebello, más elocuente todavía y honroso para los zaragozanos.

dian ocultarse los horrores que ya causaba la peste, lo mismo en los habitantes que en la guarnicion de la ciudad. Era ya tal el número de los contagiados, que seria imposible el fijarlo, y sólo en el ejército cabe el precisarlo por los estados que diariamente pasaban los cuerpos al Capitan general. Encerrada la poblacion en el recinto murado de la ciudad, sobre todo desde que las órdenes de Lannes hicieron comenzar en la izquierda del Ebro el bombardeo que tan furiosamente ejecutaban sus artilleros en la derecha, la mayor parte de las familias se guarecieron, en las cuevas de las casas, donde tomó un incremento horrible la epidemia, ayudada del aire que en ellas se respiraba, cada vez más fétido con las emanaciones de las personas y el humo de las luces y de los hornillos en que se preparaba la comida. Los víveres eran, además, escasos y de mala calidad, careciéndose por completo de verduras y legumbres frescas, de carne y de medicamentos. En los hospitales, no se encontraba tampoco nada de lo necesario, ni áun camas; y los enfermos preferian los portales de las casas ó del mercado, donde algun alma caritativa les daba lo que, un dia despues, le seria necesario. Hasta los conventos se llenaban de los atacados por la peste, y hubo necesidad de hacer despejar el templo del Pilar de los que, arrastrándose á él, querian morir á presencia de la sacratísima imágen de su venerada y milagrosa patrona (1).

(1) Dice Casamayor en su diario: «Es imposible escribir cuanto »en este dia (el 28) ocurrió en tan críticas circunstancias, pues sólo »el aspecto que presentaba la Santa iglesia de Nuestra Señora *del* »*Pilar* no hay pluma que lo describa: allí acudió todo el pueblo á

«La muerte, dice un historiador aleman, se pre»sentaba horrible á los ojos de los aragoneses: pero »ni una queja se escuchaba, ni un murmullo que re»velasen inclinacion alguna á capitular. Todos se so»metian á la voluntad de Dios y á la fortuna; nadie al »enemigo. El peligro, siempre creciente, perdia su »efecto ante la tumba abierta; en vez de espantar, »agriaba.»

Este es el carácter que comenzó á revelar Zaragoza en su segunda defensa desde que, terminando su período regular, polémicamente considerado, el de las operaciones sobre las obras de fortificacion levantadas en el recinto, tocó la vez á la empresa, verdaderamente extraordinaria, de romper la red espesísima que el pueblo, en su patriotismo y en su obstinacion, se propuso ir oponiendo á los invasores.

Las pérdidas de los defensores en aquel dia, habian sido importantes, contándose entre ellas la del general Mory y jefes y oficiales de nota, á más de unos 600 soldados ó paisanos muertos ó heridos; pero no lo eran ménos las de los franceses, aunque las desfiguren aquellos de sus compatriotas que deberian tener más interés en decir la verdad (1).

---

»implorar su divino favor, y al mismo tiempo á refugiarse todo »pobre y desvalido, y aunque hace ya algunos dias que aquel »Santo templo es el comun refugio, en éste se aumentó notable»mente en términos que llegó á ser como la Piscina universal á »donde acudieron todo género de dolientes, hasta irse los enfermos »con sus camas á esperar el alivio de sus dolencias, cuya catástrofe »conmovia la compasion más inexplicable.»

El 29 fué cuando se mandó despejar la iglesia de enfermos y purificarla.

(1) El diario oficial de los Ingenieros señala como bajas en las brechas de la derecha 10 hombres muertos ó heridos, y en la de Santa Engracia y el combate subsiguiente 12 hombres muertos ó

Establecimientos franceses en la ciudad.

En un sitio ordinario, segun la historia de casi todos los tiempos modernos, y atendiendo á los preceptos del arte de la guerra, Zaragoza podia darse por perdida y su autoridad militar considerarse con derecho y hasta en el deber de buscar en un convenio honroso la salvacion de la ciudad y la vida y haciendas de sus heróicos moradores. Pero si, áun despues del combate del 27 en las calles y edificios, podian los sitiadores abrigar alguna esperanza de haber terminado su sangrienta y laboriosa tarea, se la arrebatarian los ataques de que fueron objeto en sus nuevas posiciones la noche de aquel dia funesto y para siempre memorable. Miéntras trabajaban por la derecha en establecer en el molino de Goicoechea dos morteros que despues arrojaron sus proyectiles sobre el convento de Santa Mónica y la batería de su jardin superior, y se atacaba la casa de Gonzalez que, hemos dicho, los cogia de flanco, no sólo eran en ella rechazados con graves pérdidas sino que eran, á su vez, atacados en los edificios mismos que ocupaban dentro de la ciudad desde los pisos altos, que ganaron los defensores corriéndose por las casas inmediatas.

Se habian atrincherado los enemigos en la plaza de Santa Engracia y establecido baterías nuevas ó vuelto contra la plaza las recien ganadas, para lo que

---

heridos, un comandante, un capitan y un teniente de ingenieros heridos, y 10 zapadores y minadores puestos fuera de combate; total 35 bajas. Ya Belmás dá 341, y Thiers que, sin duda comprende en esta ocasion mejor que el diario y Belmás la honra de aquel asalto, las fija en 486 muertos y 593 heridos, añadiendo que estos números son los que constan en los documentos del Depósito de la Guerra.

se trasladaron del ataque del castillo los ingenieros, zapadores y obreros á él destinados; se fortificaba á toda priesa el convento de la Trinidad aspillerando sus muros y cerrando sus puertas y ventanas con sacos á tierra; se abrian comunicaciones por donde protegerse mútuamente los puestos del recinto desde Santa Engracia al Huerva y la puerta del Cármen, y, entre tanto, caian sobre los dos monasterios una nube de paisanos que, si no lograron recobrarlos, hicieron comprender, segun ya indicamos, á los franceses que comenzaba para ellos el período más crítico y peligroso del sitio. No lo extrañarian los soldados del Vístula y muchos otros que habian asistido al primer asédio, pero, por lo mismo, lo temerian más, y así lo anunciaron á sus nuevos camaradas que creian acabado el segundo con la expugnacion del recinto y sus obras más importantes.

Nuevo plan de ataque.

Pero una vez convencidos todos, desde Lannes hasta el último soldado, de que era necesario seguir peleando, y más ya al arma blanca que con las de fuego, tambien el Mariscal y sus tenientes decidieron apelar á la ciencia para rendir con su ayuda aquellos fieros patriotas que no les era dado domeñar con su esfuerzo personal, áun acosados, como los veian, del hambre y de la peste. Comenzó, pues, la guerra subterránea; y la mina sustituyó al cañon, para destruir de un sólo golpe todo un edificio y sepultar en las ruinas á sus bravos defensores sin posibilidad de resistencia é inutilizando su valor.

Trata Palafóx de resistirlo.

Presintiéndola, de su parte, Palafóx, acudió á oponer la accion de sus ingenieros y, sobre todo, la en que más confiaba, la de los habitantes, conocedo-

res, como tales, de los sitios por donde el enemigo intentaria abrirse paso. Y para que no eludiesen servicio tan expuesto, sujetó á los zaragozanos á una organizacion especial, dentro de la que la vigilancia seria exquisita, la obediencia absoluta, y la resolucion de combatir inquebrantable y fructuosa. «Valor y constancia, les dijo en la proclama del »dia 28. Ayer se hubiera desalojado á los franceses »de la ciudad, si hubiérais obedecido ciegamente á »los jefes. Hacedlo hoy y venceremos. Sí, pocas ho»ras de combate, bien sostenido y sin intermision, »bastarian para libertarnos de esa pérfida canalla. »Espero que al momento os decidireis á tan justa »resolucion, pues no hay excusa para lo contrario. »Ea, pues, Zaragozanos, no hay causa alguna que os »excuse; vosotros lo conoceis, y yo espero que no »dejareis las armas, ni os apartareis un momento de »la frente del enemigo hasta acabar con él. Si, con»tra mi justa esperanza, hubiese alguno de los veci»nos y habitantes de esta ciudad que no acudan »prontamente á los puntos ó que los desampare, des»de ahora lo declaro por traidor, y como tal sufrirá »inmediatamente las penas de horca y confiscacion »de bienes. Por lo contrario, cualquiera paisano que »reuna ciento y se presente con ellos haciendo fue»go al enemigo y obedeciendo exactamente á los »jefes militares, obtendrá el grado de capitan; el »que reuna sesenta, el de teniente; y el que treinta »el de alférez, todos en igual caso y con la misma »condicion; y cada uno de los paisanos reunidos será »premiado bien generosamente. Cualquiera que »reuna cincuenta hombres inútiles para las armas,

»pero útiles para los trabajos, y persevere en ellos »con la gente miéntras sea menester y con toda apli»cacion, obtendrá el grado de alférez...»

No satisfecho todavía Palafóx, nombró unos como jefes de barrios á cuyas órdenes habian de servir las partidas por ese procedimiento formadas, jefes que recibieron por distintivo una banda blanca que se haria, ciertamente, bien visible sobre los negros manteos de los nombrados, todos pertenecientes al estado eclesiástico (1).

Imparciales, ante todo, no escaseamos la trasmision á nuestros lectores de dato alguno, por más que aparezcan, entre ellos, de los que revelen las dificultades con que hubo de lucharse en aquel segundo sitio, muy diferente, segun luego demostraremos, del primero, en cuanto á pruebas de la espontaneidad que le caracterizó en la masa general de los defensores.

En el plan de los franceses entraba principalmente el pensamiento de abrirse paso cuanto ántes al Coso y llegar despues, ocupando las Tenerias, á los malecones del Ebro, tanto para unirse á los que atacaban el Arrabal como para, concentrando más y más á los sitiados, poderles asestar mejor los últimos golpes, tremendos ya y decisivos. Debian, pues, operar con preferencia por su derecha, partiendo de la parte del recinto ocupada el dia anterior junto á

Continuan los ataques.

(1) Dignos se hicieron de que pasen á la posteridad sus nombres. Eran D. Antonio Lacasa, D. Manuel Lasartesa, D. Matías Langa, D. Miguel Cuéllar, D. Antonio Bayo, D. Pedro Lasala y D. Policarpo Romea, muy distinguidos todos por su valor, cien veces demostrado, y el favor de que gozaban para con el pueblo.

las brechas de aquel mismo lado, de donde esperaban llegar pronto á la Puerta del Sol, primera y más importante aspiracion suya por el momento. Era, para conseguirlo, indispensable apoderarse de los conventos de Santa Mónica y San Agustin, cuyos cañones les habian impedido avanzar de la brecha primera y, despues, tomarla de revés, cuando fué ganada la de la batería de Palafóx. Pero áun cuando la batería núm. 13 hizo practicable la brecha junto á Santa Mónica, no la pudo ocupar el enemigo los dias 28 y 29 por haber sido rechazados, en la noche del primero, los cazadores encargados de reconocerla, y en el segundo fueron materialmente fusilados unos 100 polacos y zapadores, que intentaron asaltarla, desde una batería de cajónes rellenos de tierra á que Villacampa hizo retirar la del jardin alto de aquel convento.

Trataron los franceses de, á lo ménos, formar un establecimiento sólido sobre la brecha, y tambien tuvieron que desistir de su idea, dedicándose, por fin, á continuar sus trabajos por debajo de tierra, visto que en la superficie no podian, de dia ni de noche, adelantar un sólo paso. No fueron, sin embargo, tan felices por ese camino como esperaban en un principio, pues, inflamados los hornillos, se vió que la diferencia de altura entre el piso de la casita, ántes mencionada, y el exterior hacia imposible el asalto, que no pudo verificarse hasta el 30, en que, escalada la casa y ayudados los franceses desde todos los sitios próximos ocupados anteriormente, se apoderaron del convento de Santa Mónica, que, herido Villacampa, hubo de abandonar su sucesor

en el mando de aquel puesto. Aún se trató de recuperarlo con un ataque de flanco desde las Tenerías; pero, rechazados los españoles, pudieron los sitiadores contar con una línea extensa desde Santa Mónica á las casas inmediatas á Puerta Quemada, que sus zapadores cuidaron de fortificar inmediatamente.

En el centro se continuaba el ataque con el mismo vigor é igual método, resistiéndolo los sitiados con un encarnizamiento á cada punto creciente. Los franceses, apénas establecidos en Santa Engracia, comenzaron á extenderse por las manzanas de casas de las dos aceras de la calle del mismo nombre que el del célebre monasterio. Hubo casa en que, dueños del piso entresuelo, tuvieron que abandonarla por haberlos asaltado los zaragozanos desde los superiores y áun del sótano (1).

En una de la acera izquierda en que iba á repetirse el dia 30 escena igual, ideó el jefe de ingenieros que la ocupaba volarla con cinco ó seis barriles de pólvora que colocó en las cuevas. No sólo la casa sino cuatro ó cinco más de la misma manzana fueron destruidas, sepultando en sus ruinas infinidad de españoles, sin que, por eso, se pudieran establecer en ellas los enemigos ni adelantarse á los edificios

(1) El entónces alférez del 2.° regimiento del Vístula, el ya citado Sr. Brandt, general, despues, del ejército prusiano, dice en sus Memorias, recientemente publicadas. «Era necesario, sobre »todo, vigilar los techos. Aquellos aragoneses con su calzado de »jerga (alpargatas) circulaban por ellos con tanto desembarazo y »tan poco ruido como los gatos, lo que les permitia volver á prac»ticar excursiones inesperadas muy á espaldas de nuestra línea de »operaciones. Era aquella una verdadera guerra aérea de guerri»llas: estábase tranquilamente junto al hogar, en una casa ocupada »hacia dias, y de repente se recibian por una ventana tiros que »parecian venir del cielo.»

contiguos, por haber así quedado á descubierto del fuego que desde ellos se les hacia. «Eso, dice un »ingeniero francés, nos hizo comprender el inconve»niente de emplear demasiada pólvora y, desde »entónces, se midió la carga de los hornillos para »abrir ó conmover las casas de manera que pudieran »cruzarse á cubierto» (1).

**El de la Trinidad por los defensores.**

Aquel dia 30 presenció tambien un ataque terrible en que los defensores intentaron apoderarse del convento de Trinitarios. Comprometia demasiado aquella posicion la defensa de Zaragoza, por su proximidad á la casa de Misericordia y al Portillo, para que los defensores no hiciesen un esfuerzo con el que, por caro que les saliera, pudieran recuperarla. El baron de Warsage se brindó á dirigir á los patriotas que pedian el ataque cuando la artillería del castillo abriese brecha en el muro del convento, y, así que observó que era practicable, lanzó al asalto, mejor que una columna, una nube informe y desordenada de militares y paisanos, á cuya cabeza se pusieron con algunos

(1) El ingeniero Baron Lejeune describe perfectamente el método que su jefe Lacoste adoptó para el ataque. «Desde el momento »dice, en que se habia ocupado una casa, bajaban los minadores á »lo más hondo de la cueva y se ponian á trabajar para abrir un »ramal por debajo de la calle ó de la casa vecina por donde llegar »á la que intentábamos atacar. Se cargaba la mina en seguida con »el mayor silencio y con el cuidado de que la línea de menor »resistencia se encontrase debajo de la casa amenazada. Así que »se verificaba la explosion, los soldados que se tenia allí dispuestos »se lanzaban, á través de la nube de polvo que se producia, á »apoderarse de las ruinas del edificio echado á tierra. Se cubrian »inmediatamente con barricadas para sostenerse allí y esperaban »así la noche. Entónces, protegidos por la obscuridad, llevaban »sacos á tierra, hacian rodar pacas de lana y cuanto podia servirles »para formar espaldones ó manteletes con que hacer nuestras »comunicaciones más seguras al cruzar en las calles de una man»zana á otra.»

oficiales varios sacerdotes y, entre ellos, los heróicos D. Santiago Sas y D. Antonio Lacasa, jefe, el segundo, de uno de los barrios de la ciudad. El avance fué terrible; pero, áun apoyado por el fuego de un gran número de escopeteros, que lo hacian desde los tejados y pisos altos de las casas más inmediatas, resultó ineficaz, y los asaltantes hubieron de dirigirse á la puerta de la iglesia que derribaron á hachazos. Al abrirse aquella, se hallaron, sin embargo, con un grueso espaldon construido por los franceses en el interior y obstruyendo el ingreso, obstáculo que no desanimó á los nuestros y para cuyo allanamiento llevaron á brazo una pieza de artillería de campaña, pero que se les hizo insuperable porque los franceses, consternados en un principio por la violencia del ataque, el ruido ensordecedor de la caida de la puerta, el del fuego dentro del templo y la gritería de todos incluso las mujeres que acompañaban á los asaltantes, recibieron luégo refuerzos con que lograron rechazarlos, causándoles, además, pérdidas muy sensibles en su retirada (1).

Proclamas de Palafóx.

El espectáculo que ofrecieron allí las mujeres llevando refrescos y municiones á los paisanos, alguno de quienes se vió al morir sustituido por su esposa en el combate, inspiró á Palafóx una proclama dirigida á ellas y que lleva la fecha memorable de aquel dia. «Bien pudiera deciros, les manifestaba despues

(1) Allí fué herido el general francés Rostollan y muerto el capitan, ingeniero distinguidísimo, M. Barthelemy con otros varios. Los sitiados perdieron á D. J. Laplaza, algun otro oficial, 30 soldados ó paisanos y un fraile capuchino que ya se habia hecho notable en varias ocasiones de peligro y á quien relevó otro sacerdote en su tarea de dar la extrema-uncion á los moribundos.

»de recordarles las amazonas de los antiguos, que no »es nuevo el valor en vuestro sexo; pero en vosotras, »las de Zaragoza, se halla más actividad que en otra »alguna mujer; reuniros, pues, amables mujeres, no »dejeis sólo á los hombres el láuro y el triunfo. Los »soldados franceses os temerán, y será una ver»güenza para ellos ser vencidos por vosotras. Lle»naos, pues, del noble entusiasmo que me habeis »manifestado y acollónense todos cuantos os vean »salir á la defensa de nuestra ciudad.....»

Al mismo tiempo dirigia otra proclama á los zaragozanos, encaminada á producir entre las distintas parroquias una emulacion de que esperaba actos de temeridad y un esfuerzo general que libertasen á Zaragoza del peligro, ya inminente, de su rendicion. «Esta ciudad, les decia entre otras cosas, tiene parro»quias acreditadas; vamos á ver cuál es la más vale»rosa, y á qué parroquia deberán su salud esta ciu»dad y el Santo Pilar de María. Me lisonjeo, paisanos »mios, de que serán todas, y que en valor se disputa»rán la fama á las mejores tropas del Universo.»

No es, ciertamente, posible hallar recursos más eficaces en un pueblo, que los de esta clase empleados por Palafóx para mantener el espíritu fiero de independencia, la terquedad ya proverbial y el orgullo de esas mismas cualidades de que tanto blasona el de Zaragoza, con el fervor religioso, que tambien le caractériza, hácia la Reina de los Angeles, allí venerada con tan singular devocion. Y cuantas acusaciones se han dirigido al ilustre general por el número y el sentido de sus proclamas, si no hallaran su respuesta en lo difícil y crítico de las circunstancias que las inspi-

raban, la encontrarian en el conocimiento de la índole de aquellos habitantes, sin otro cálculo que el de la satisfaccion de su orgullo ni más pasiones que las nobilísimas de su patriotismo y religiosidad.

Que la ocasion de las últimas alocuciones, sobre todo, era solemne cual no se ha visto otra en los tiempos modernos, lo pregonan tristemente el estado de la ciudad, invadida por sus puntos más peligrosos, el hambre que se padecia, la peste que por dias iba diezmando la guarnicion y el vecindario, la pérdida, en fin, de toda esperanza de otro socorro que el del Altísimo, á cuyos templos acudian cuantos, por debilidad, no podian ofrecer sus pechos á las balas del enemigo. Los cuerpos de la guarnicion estaban ya en cuadro al terminar el año; y áun cuando no lo dijeran los estados de fuerza que presentamos, irrefutables por su autenticidad, bastaria para comprenderlo el saber que el batallon de voluntarios de Huesca que mandaba Villacampa, *apénas tenia oficial ni soldado que no estuviese herido ó contuso* (1).

Al comenzar el año 1809, se podia Zaragoza considerar perdida; y, sin embargo, la guarnicion y el pueblo, áun convencidos de su suerte ya inevitable, continuaban una resistencia á que no contribuirian poco las excitaciones que á cada momento recibian de su primera autoridad, incansable, no puede negarse, en perseguir la idea de una gloria de que, segun las probabilidades que ella misma se buscaba, no deberia disfrutar en vida.

---

(1) Así lo dice Alcaide. En cuanto á la fuerza existente por aquellos dias, véase el apéndice núm. 21.

No tratamos de escribir una monografía sobre los sitios de Zaragoza, donde cupieran los pormenores más minuciosos de tanta y tanta hazaña como se ejecutó de una parte y otra de las beligerantes, porque la historia de las infinitas de que á cada paso y á todas horas fueron dando muestra los soldados que la guarnecian y sus heróicos habitantes, harian la presente obra excepcionalmente desproporcionada á su objeto y hasta enojosa. Tenemos que encerrar á veces en un solo rasgo la leccion instructiva y, sobre todo, propia para caracterizar un período determinado histórico: la que se desprende de la suma de hechos de ese mismo momento, ofrece, sin duda alguna, enseñanza mucho más sólida y duradera, pero no cabe en el cuadro de una relacion general, sintética, como tal, y abreviada.

El trabajo de los franceses se hizo tan metódico que sólo en circunstancias muy excepcionales se apartaron del de minas que, al ver la tenacidad de los sitiados, se habian propuesto para impedir los descalabros que, de otro modo, experimentarian en los combates, siempre personales, que iban á suceder á su entrada en la ciudad. Todo ese trabajo consistia, lo acabamos de decir, en, apoderados de un edificio, minar otro inmediato, volarlo despues sepultando en él á sus defensores, establecerse en sus ruinas y volver á minar y volar el otro más próximo. Las calles se cruzaban por galerías subterráneas ó por dobles caponeras, si no habian de estar dominadas de cerca; y así, invisibles casi siempre y usando tan sólo de la pólvora, se propusieron los franceses avanzar por la ciudad que, si no se entregaba, concluiria por

verse reducida á un monton de escombros, inutilizados el valor y hasta la desesperacion de los defensores. En vano Warsage, Sain-March, Renovales y todos los jefes de la guarnicion avanzaban hácia los invasores provocándolos á combatir en las calles y las ruinas; el enemigo castigaba aquellos alardes con el fuego desde las trincheras con que iba diariamente asegurando sus conquistas ó desde los ramales de mina por donde iba extendiéndose en todas direcciones.

Operaciones en el Arrabal.

Otra cosa era todavía en el Arrabal, donde se habia diferido el ataque por la presencia de las guerrillas de Perena en las inmediaciones del campo francés. Pero, ahuyentadas por Mortier y seguro Gazan de no ser incomodado por ellas con cubrir la division Suchet todas las avenidas del alto Aragon y Cataluña, pudo ya, segun las órdenes que recibió de Lannes, dedicarse á las operaciones del sitio de aquella importantísima zona de la ciudad. El 27 de Enero se hizo dueño de cuántos edificios subsistian entre el Gállego y su línea, y en los sucesivos, hasta el 30, de todas las tápias, malecones y diques cuya ocupacion se hacia necesaria, así para dominar completamente el Ebro, como para partir desde ellos contra las obras de los sitiados. Con el coronel Dode pasaron á la izquierda del Ebro, el dia últimamente citado, dos compañías de artillería, un destacamento de zapadores y veinte piezas de sitio, comenzándose por la noche la primera paralela contra el convento de Jesús, y la construccion de un puente volante, agua arriba de la desembocadura del Gállego, para la comunicacion de los dos campos por bajo de Zaragoza.

La paralela, partiendo del parque de artillería, que se formó junto al camino viejo de Barcelona, se extendia hasta el Ebro en unos 360 metros, á la distancia de 600 de la fábrica á cuyo ataque se destinaba. Lo mismo aquel trabajo que el de los ramales de comunicacion, los de aproche y la segunda paralela, que fueron ejecutándose las noches sucesivas hasta la del 3 de Febrero, no hallaron apénas oposicion en los sitiados, que se satisficieron con algun fuego de fusilería, perfectamente inútil, y muy pocos cañonazos que dispararon desde la batería saliente del recinto á la izquierda de Jesús. La atencion de los zaragozanos estaba fija en la orilla derecha, y así los franceses pudieron avanzar sus líneas de ataque y establecer la batería núm. 23 con seis piezas de á 24 y dos morteros de á 12 pulgadas, sin una baja y con una confianza que duplicaba el tiempo para sus obras.

En la derecha del Ebro.

No siendo aquél tampoco el objetivo principal de los franceses, que esperaban de un momento á otro la rendicion de la plaza, dedicaban todos sus esfuerzos á dar en el interior un golpe tal, que acabase con una resistencia ya increible por lo tenaz y sin esperanza alguna de resultado medianamente próspero. Su conato, lo hemos dicho varias veces, se dirigia á la ocupacion del Coso, al que se veian tan próximos que era, en su concepto, más que probable cada dia verlo dominado, al ménos, desde las casas de la acera del lado que operaban.

Al amanecer del 1.° de Enero de 1809, eran dueños del convento de Santa Mónica, á su derecha, y de las casas que aún se andaban disputando en el ex-

tremo de la calle de Pabostre y esquinas á la de Puerta Quemada, formando, como hemos dicho ántes, una línea, la más peligrosa, ciertamente, para la ciudad. En el centro y desde el Jardin Botánico y Santa Engracia hasta la puerta del Cármen y los Trinitarios, tenian los franceses ocupados varios edificios, en las dos aceras, sobre todo, de la calle de Santa Engracia, por donde se dirigian á conquistar el convento de San Francisco y el Hospital de Gracia, cuya dominacion les daria la del Coso en su parte central.

Habian abandonado todo intento de ataque por la izquierda, y los trabajos ejecutados en la Bernardona no servian, ahora como ántes, más que para mantener la alarma en la Aljafería y las puertas del Portillo y Sancho, á fin de que la fuerza que las guarnecia no fuese empleada en rechazar los ataques de la derecha y el centro. Aun habiendo circunscrito la invasion de la ciudad á estas zonas y la del Arrabal, la distribucion de las tropas francesas tenia que ser sumamente económica para tener una gran parte de ellas disponible contra cualquier ataque exterior. Rogniat hace así esa distribucion: «La débil di»vision Morlot con el regimiento núm. 40 (5.000 »hombres), bloqueaba al enemigo frente al castillo, »desde el Ebro hasta el convento de Trinitarios que »ocupaba con fuerza considerable, y no podia propor»cionar tropa alguna para otro servicio. La division »Gazan (8.000 hombres), estaba encargada de la ori»lla izquierda del Ebro, sosteniendo sus operaciones, »además, contra las guerrillas la division Suchet. »No nos quedaban, pues, para atacar la ciudad más

»que las divisiones Musnier y Grandjean con una »fuerza total de 9.000 hombres. Las tropas hacian el »servicio en la parte invadida de Zaragoza por mi»tad, de manera que jamás podíamos disponer de »más de 4.500 hombres para los trabajos interiores, »para la conservacion de las casas ocupadas y nues»tros contínuos ataques.»

El general Brandt va más adelante en pormenores sobre este punto. «A pesar de todo, dice, las di»visiones Grandjean y Musnier, encargadas del ata»que de la derecha, ganàban insensiblemente terre»no. Pero en los primeros dias de Febrero, su »efectivo se hallaba reducido á unos 10.000 hombres »y perdíamos gente por instantes. Cada dia una ter»cera parte de este efectivo se empleaba en los tra»bajos del sitio; la segunda tercera parte quedaba en »reserva; y la tercera, la que debia descansar, se en»cargaba del servicio del campo y del exterior, sin »contar con las reacciones ofensivas de los sitiados »y las alarmas casi diarias.»

Ataque de San Agustin.

El mes de Febrero debia comenzar para sitiados y sitiadores con rasgos más notables aún que los que hasta entónces daban al drama de Zaragoza un carácter tan aterrador y excepcional. El ataque de San Agustin, en que hasta entónces habian los franceses fracasado, se verificó el dia 1.° con medios y fuerzas verdaderamente irresistibles. Cuando nuestros compatriotas esperaban al enemigo por la brecha abierta en el recinto á que tocaba el convento, la explosion de un hornillo cargado de 200 libras de pólvora le daba acceso fácil á la sacristía, desde la que se trasladaban, sin ser vistos, los granaderos del 44°.

á espaldas del altar mayor, seguidos de cuantos componian la columna de asalto. No es posible describir la escena de que fué teatro aquel templo grandioso. Los zaragozanos subidos al coro y las tribunas, así como desde las puertas y altares, descargaban sobre los asaltantes una lluvia de balas de fusil y de granadas de mano; y el ruido de las detonaciones, repetido cien veces en las bóvedas de la iglesia, la rotura de las maderas, la de los tubos del órgano y los cristales de las ventanas, la extridente gritería, en fin, de los combatientes, daban, con el humo de la pólvora y la sangre, tal carácter de ferocidad al combate que no parecia sino que se disputaba allí el entronizamiento de la barbárie más salvaje sobre todo signo de humanidad y civilizacion. Desalojados los españoles del templo, aún continuó la pelea en los corredores y celdas del convento, en los cláustros y los pátios, á cuya defensa contribuian poderosamente unos cuantos paisanos que desde la torre arrojaban sobre los invasores granadas de mano, sin que les arredrase el aislamiento en que habian quedado y del que les sacó una reaccion enérgica de sus conciudadanos que, viéndolos perdidos, rechazaron á los invasores al interior del edificio que el célebre ingeniero Haxo estaba ya poniendo en estado de defensa (1).

Pero donde la pelea tomó la forma de una accion general, fuera de la subterránea adoptada hasta allí, fué en la calle Quemada, de que en un avance se habian apoderado los franceses miéntras se combatia El de la calle Quemada.

(1) Alcaide dice que, provistos de víveres y municiones, se mantuvieron algunos dias en la torre los paisanos encaramados á ella.

en San Agustin. Al verlos cerca del hospital de huérfanos y casi asomando á la plaza de la Magdalena, resuena el grito de alarma por toda la ciudad; y, como el 4 de Agosto, al llamamiento de unos cuantos patriotas se reunen infinidad de soldados y paisanos en las ruinas del Seminario y calles y encrucijadas próximas, y, guiados por algunos jefes y, segun los historiadores franceses, por el mismo Palafóx, acometen la empresa de recuperar toda la acera de la calle Quemada, por cuyas comunicaciones interiores habian avanzado arrebatadamente los franceses. Miles de hechos particulares, combates personales, casi todos al arma blanca, se entablan de aposento á aposento en todos los pisos y hasta en los sótanos de las casas, miéntras el fuego barre las calles y los tejados en todas direcciones. Pero, al contrario que en San Agustin, los zaragozanos sorprenden á los zapadores incapacitados de cubrir el espacio conquistado y arrollan cuanto francés encuentran, hasta encerrarlos á todos en sus anteriores posiciones de la calle de Pavostre, en la que aún les arrebataron algunas de las casas que ocupaban el dia ántes (1).

Frente á Santa Engracia.

En el frente de Santa Engracia fueron todavía más lamentables para los franceses las pérdidas que experimentaron, áun ganando terreno en sus ataques. En el de la izquierda destruyeron varias casas,

(1) Belmás confiesa 100 bajas en aquel combate, y con ese número se conforma Alcaide. La *Gazette Nationale* no concede más que dos zapadorès muertos y cuatro heridos. Caballero dice: «El »combate fué tan rudo, que en las cuatro casas que los franceses »habian conquistado los dias precedentes y que se vieron obligados »á abandonar, se contaron 80 muertos, de los que sólo 19 eran de »los nuestros.»

sepultando en ellas no pocos de los defensores; pero, apelando éstos á su usual manera de impedir la accion posterior de los atacantes con dar fuego á aquellas mismas casas y á alguna próxima, detuviéronlos en la calle de las Recogidas por varios dias, todos los que duró el incendio. Por la derecha de Santa Engracia se habian apoderado muy de mañana los franceses de dos casas inmediatas al convento de Jerusalen, en las que abrieron un hornillo cuya explosion derribó otras próximas, facilitando la ocupacion de la manzana entera por dos compañías del 1.° del Vístula. Presenciaba la operacion, y áun la dirigia, el general Lacoste que, asomándose á una ventana para animar á los polacos, recibió en la frente un balazo que lo derribó en el suelo para morir pocas horas despues.

Su pérdida fué, puede muy bien decirse, más de lamentar que la de centenares de soldados, y así lo puso de manifiesto el ejército francés al saberla. «Su »lealtad, dice Belmás, su franqueza y su hermosa »alma, al mismo tiempo que su actividad, su valor »brillante y su capacidad militar, le hacian admirar »de todos (1).»

---

(1) En el mismo sentido hablan todos los historiadores, incluso los españoles. Brandt se extiende á más, al paralelo entre Lacoste y su sucesor. «El 1.° de Febrero, dice, la noticia de la muerte del »general de ingenieros Lacoste produjo una consternacion general »áun entre los simples soldados. Era hombre de gran mérito y de »una afabilidad singular, que sabia hacerse á la vez obedecer y »amar. Su sucesor fué el coronel Rogniat, el que tan vivamente »atacó á Napoleon despues de su caida. Este oficial, por otra parte »capaz, no estaba, ni con mucho, tan bien visto de los soldados »como Lacoste. Su fisonomía no tenia nada de simpática; se le encon»traba un aire de suficiencia, que rayaba en despreciativo, para con »sus inferiores.»

La gloria de aquel combate fué para el coronel Fleury, de los suizos de Aragon, que castigó tan rudamente la energía de los polacos, siempre actores en los mil dramas que se representaban en las calles de Zaragoza, aunque no lo atendidos y recompensados que merecian.

Para comprender el efecto que haria aquella jornada en los dos campos, no hay más que fijarse en los documentos que produjo, las órdenes generales de Palafóx y de Lannes. En ésta, el duque de Montebello reiteraba su órden prohibiendo las algaradas en Zaragoza y mandando que, dueñas de una casa, no pasasen las tropas á otra sin establecerse sólidamente en la primera y que, despues de una voladura y de la ocupacion de una ó varias casas, se relevasen los atacantes con los que formáran su reserva. En ese documento se trasluce el disgusto del Mariscal por el mal éxito del rebato á que se habian entregado los invasores en la calle de Puerta Quemada.

Palafóx cantaba victoria por el éxito obtenido aquel dia y el valor demostrado para alcanzarlo; pero dejaba tambien descubrir cómo se sentian ya en la ciudad las necesidades de sitio tan largo y trabajoso. Disponia se socorriese con cinco reales diarios y una racion de vino á los defensores necesitados; y, para juntar fondos con que subvenir á aquel gasto, estimulaba á las personas pudientes á que los adelantasen; entregando él, por su parte, los relojes y la plata labrada que poseia y reduciendo su mesa al rancho ordinario de la tropa. Lo único que se reservaba de sus alhajas era la espada «para vengar, de-

»cia, las injurias que os ha hecho esa infame y »cobarde nacion (1).»

Situacion extrema de Zaragoza.

Si los reveses sufridos de una y otra parte el 1.° de Febrero aumentaban en los franceses el anhelo de acabar pronto una empresa que tan costosa se les iba haciendo, en los defensores hacian comprender lo cruel y sin esperanza de su situacion, acosados, como se veian, de fuera, por el fuego enemigo y, dentro, por el hambre y el contagio que los consumian con insaciable y terrorífica voracidad. No bastaban ya los recursos ordinarios; y aunque habia quien sacrificase su hacienda para aliviar la suerte de los que no tenian ninguna, era que no se hallaba en qué emplearla, sobrando el oro donde se habia acabado el pan y, con él, todo género de comestibles. La poca gente, todavía hábil, tenia, además, que atender á los deberes militares que su patriotismo la imponia, y descuidaba la vigilancia y la guarda y hasta la salud de los objetos y de los intereses más caros de su corazon. Padres que dejaban expirantes mujer ó hijos; hermanos á quienes querian retener á su lado los huérfanos pequeñuelos devorados por la fiebre pestilencial que á todos acometia; sacerdotes que abandonaban su santo ministerio en el templo y los hospitales; las mujeres mismas marchando en mezcla confusa y abigarrada con soldados, curas y frailes, burgeses y campesinos; ese era el espec-

(1) Uno de los documentos más curiosss que tenemos á la vista, es el autógrafo en que se anuncia la remision de aquellos objetos al regente de la Audiencia, encargado de reunir los fondos que se ofreciesen por el vecindario para el fin indicado, y lo reproducimos en el apéndice número 22.

táculo diario, de cada momento, que se ofrecia en las calles y en las plazas como en las barricadas y en los edificios inmediatos á la línea de los invasores. «¿Qué »os daré yo? les decia Palafóx: en vez de las riquezas »que ni tengo, ni deseo, os ofrezco mi corazon, que es »todo vuestro.»

Allí no se vivia ya sino del espíritu; ese sí, cada vez más encendido, más alto, segun la fuerza disminuia, el peligro era mayor y acabábase el resto de esperanza de socorro que hasta entónces se habia conservado. Ya ni pedirlo cabia, pues que una salida por el Ebro, intentada para dar noticia de la apuradísima situacion en que se hallaba la ciudad, habia costado la vida á cinco hombres de los seis que montaban la barca, y el sexto habia tambien perecido pocos dias despues en el pueblo inmediato de Villanueva del Huerva (1).

Pero repetimos que se conservaba el espíritu trasmitido á los modernos zaragozanos con la sangre de aquellos fieros celtíberos, antepasados suyos. Así es que no hubo un sólo combate en los dias siguientes al primero de aquel mes de Febrero en que se mostrara abatido por el vencimiento, irremediable ya en tal disparidad de condiciones militares con el enemigo. Así es que el 2, batiéronse los defensores con la mayor bizarría en las calles inmediatas á Santa Mónica y Puerta Quemada, donde cayeron por tierra cuantos enemigos se aventuraron á presentarse fuera de las minas y, entre ellos, el ingeniero Rogniat,

Combates sucesivos.

---

(1) Belmás dice que eran siete; que tres fueron muertos otros, tres hechos prisioneros y el sétimo se salvó á nado, aunque herido en la cabeza de los golpes de remo que le asestaron los franceses.

aunque herido levemente, y uno de sus más distinguidos subordinados, el teniente Morlet. No fué ménos porfiada la resistencia junto al convento de Jerusalen, en cuya inmediacion, observando los ingenieros franceses que se les contraminaba, cargaron con tal abundancia de pólvora uno de sus hornillos que no sólo destruyó en su explosion los trabajos subterráneos de los sitiados, sino que derribó un sin número de casas, sepultando á muchísimos de los defensores que hacian fuego desde ellas.

Se esperaba de un instante á otro el asalto del convento, rodeado ya de escombros en que se iban los invasores fortificando, y era necesario disponerse á ver cómo, á la manera de una trasformacion escénica, se presentaria abierta una gran brecha y, en ella, alguno de aquellos batallones polacos, ofreciéndose, como siempre al sacrificio impuéstoles por su gratitud al restaurador de la pátria. El ingeniero Simonó y los hermanos Tabuenca, de zapadores, trataron de poner el edificio en estado de defensa construyendo traveses y cortaduras en los cláustros y pasillos, y lo que era, en concepto de todos, más seguro, incendiando cuanta fábrica hubiese inmediata, con lo que se proponian allí, como en todos los puntos atacados, detener á los franceses todo el tiempo que durase el fuego. Pero, victoriosos éstos en la lucha subterránea que no dejaban tambien de sostener los nuestros, y cruzando el dia 3 las ruinas y hasta las llamas que interceptaban su camino, entre las que batallaron réciamente sitiadores y sitiados, entraron unos y otros confundidos en el convento, apoderándose de él los imperiales trás una lucha de las más reñidas, en la

que perecieron el Simonó, acabado de citar, y el capitan D. Mariano Tabuenca, que tanto le asistia en sus trabajos y le acompañaba en sus peligros (1).

Los franceses no cesaban de trabajar por aproximarse al Coso, y los zaragozanos por impedirlo; aquellos con el éxito, por fin, que no habia de negarles su manera de atacar, lento, sin embargo, y no sin contratiempos que iban acabando con su paciencia, que bien la necesitaban en una empresa tan larga y, sobre todo, nueva para ellos. Así es que si Palafóx agotaba su génio inventivo discurriendo estímulos con que animar y hacer más llevadera su desgraciada suerte á los sitiados, no lo escaseaba Lannes para ahogar los síntomas de indisciplina que se iniciaban en las tropas del ejército de su mando. Palafóx imaginaba modos de premiar, y de aquellos que, halagando el carácter altanero de sus compatriotas, produjesen una noble emulacion entre ellos y, con ella, actos que salvasen la ciudad, si cabia ya salvacion para ella. Ideó armar Caballeros á los doce paisanos que más se distinguiesen en el sitio, y proclamó su pensamiento en una órden general del 4 de Febrero con frases que creyó lograrian inflamar al

(1) Para colmo de desdichas, hubo que lamentar aquel dia la ejecucion de un guarda-almacen de la casa en que se conservaban los utensilios que aún no habian recibido destino. Una bomba francesa, al caer en el edificio, puso de manifiesto una porcion de camas, necesarias, ciertamente, en los hospitales, donde se carecia de ellas para tantos y tantos de los muchísimos que los ocupaban; y el pueblo, al descubrirlas, condujo al guarda á la cárcel para darle despues garrote en ella y presentarle al dia siguiente con un cartel infamatorio en una horca levantada en medio del coso.

Decia el cartel con que se le cubrió el pecho: «Por asesino del »género humano, á causa de haber ocultado veinte mil camas.» ¡Qué hubieran querido los zaragozanos sino encontrar tal mina en aquellos dias!

pueblo. «Asignaciones pecuniarias, dice á este pro»pósito Alcaide, amenazas, promesas, todo se apu»raba, y de todo habia que echar mano para reani»mar el espíritu del paisanaje, y sostener una de»fensa que ya excedia los límites regulares y parecia »sobrenatural.» Las murmuraciones que, á su vez, corrian ya por todas las filas del ejército francés, eran en extremo alarmantes para no tomarlas en cuenta; y Lannes tuvo que apelar tambien á arengar á sus subordinados y á, con eso, dar mayor vigor á las operaciones del sitio. «Es necesario esperar refuer»zos, decian los franceses; sin ellos pereceremos »todos.»

Pero nadie pinta mejor que Thiers la situacion del campo de sus compatriotas en este punto; y vamos á traducir sus frases que, áun cuando en el molde de las de Thucidides ó Tito-Libio, por lo atildadas, sirven perfectamente á nuestro objeto. «Nues»tros soldados, dice, ignorando la situacion de Zara»goza, viendo que despues de más de cuarenta dias »de lucha apénas llevaban conquistadas más de dos »ó tres calles, se preguntaban qué vendria á ser de »ellos si era preciso conquistar la ciudad entera por »los mismos procedimientos. *Pereceremos aquí todos,* »decian. *¿Se ha hecho jamás guerra semejante? ¿En* »*qué piensan nuestros jefes? ¿Han olvidado su oficio?* »*¿Por qué no esperar nuevos refuerzos, un nuevo* »*material y enterrar á esos furiosos bajo las bom*»*bas, en vez de hacernos matar uno á uno para* »*tomar algunos sótanos ó un granero? ¿No podria* »*prodigarse nuestra vida con más utilidad para el* »*Emperador, á quien dicen que se le debe, y nos-*

»*otros no rehusamos sacrificársela?* Tal era por las »noches el lenguaje de los vivaques en la mitad de »las divisiones Grandjean y Musnier á que le tocaba »descansar. Lannes los calmaba y los reanimaba con »sus discursos. *Vosotros sufrís, amigos mios,* les »decia; *pero, ¿creís que el enemigo no sufre tambien?* »*Para un hombre que vosotros perdeis, él pierde* »*cuatro. ¿Suponeis que defenderá todas sus calles* »*como ha defendido algunas? Su energía toca á su* »*término, y dentro de pocos dias habreis triunfado* »*y poseereis una ciudad en que pone todas sus espe-* »*ranzas la nacion española. Vamos, amigos,* aña- »dia, *un esfuerzo todavía y os vereis al fin de* »*vuestras penas y de vuestros trabajos.* El heróico »Mariscal, sin embargo, no creia lo que les decia. »General con ellos, pero soldado con el Emperador, »le escribia que ignoraba cuándo acabaria aquel sitio »terrible; que fijar un plazo era imposible, porque »habia casa cuya ocupacion costaba dias.»

¿Cábe mayor elogio de Zaragoza?

Pero á esas arengas añadia el Mariscal órdenes y órdenes á los ingenieros para aumentar las obras subterráneas que siempre recomendaba por lo económicas de sangre y de resultados más seguros. Era necesario dar golpes decisivos para infundir pavor en los sitiados que era imposible resistiesen por más tiempo el doble efecto del fuego y de la peste. Y el dia 6, miéntras en los ataques de la derecha se esforzaban inútilmente los franceses en apoderarse del Hospital de huérfanos, donde era herido el capitan de ingenieros Guéry, y cañoneaban la casa que en el Coso da frente á la calle de San Agustin donde

era tambien herido el capitan Nempde, de la misma arma, se daba fuego en los del centro al grande hornillo establecido por bajo del Hospital general. Dos pequeñas columnas del 114.°, y del 115.° de línea, á las órdenes del comandantes Guillemain, asaltaban inmediatamente las antiguas ruinas de aquel edificio, y minutos despues se hacian tambien dueños de la parte que aún se mantenia en pié y donde la mina había abierto una ancha brecha, perfectamente practicable.

Desde aquel dia aumentaron en proporciones aterradoras los trabajos de mina y zapa de los franceses, en los ataques centrales sobre todo. No cesaban tampoco los sitiados en sus esfuerzos por inutilizar los del enemigo, adelantándose hácia él por contraminas que daban lugar, en ocasiones, á combates personales, tanto más imponentes cuanto que se reñian á fuego y bayoneta en la oscuridad y en la estrechez de las galerías subterráneas de unos ú otros.

Pérdida de San Francisco

Pretendian los franceses pasar del Hospital á San Francisco, y comenzaron tres galerías desde los sótanos de aquel edificio, atravesando la calle de Santa Engracia. Pero cuando ya creian estar cerca, los zaragozanos, que los espiaban, abrieron la comunicacion de sus contraminas y los inundaron de granadas que, apagando con sus explosiones las hachas con que se alumbraban los minadores franceses, obligaron á éstos á retrocedêr. No habian, por eso, de desistir de una empresa que les interesaba tanto acabar; y trás inmensos trabajos, más profundos aún que los anteriores, el ingeniero Breuille llegó á los cimientos del convento y continuaba á colocarse bajo

la torre cuya caida aplastaria una gran parte, si no toda la fábrica, cuando se observó rebasado tambien en su marcha por los sitiados. Era preciso no perder momento y, avisado Rogniat, hizo cargar un hornillo con 3.000 libras de pólvora nada ménos. Y acariciando todavía la idea de asestar un golpe tremendo á la resistencia con darlo lo más sangriento posible, se imaginó un ataque á viva fuerza, á fin de que se agolpase un gran número de zaragozanos al sitio del combate, al convento, por consiguiente, en que debia librarse. Al aspecto de todo un regimiento de infantería y de una nube de zapadores, todos medio ocultos en las ruinas del Hospital, se llenó, con efecto, San Francisco de defensores, tanto militares como paisanos.

La explosion tuvo lugar á las tres de la tarde del 10, y fué, ¿para qué perifrasis? como de 3.000 libras de pólvora. La torre no cayó, pero volaron en pedazos por el aire una gran parte del convento del lado de la entrada principal, y otra, muy importante tambien, del cláustro bajo. No fué eso lo peor, sino que un número considerable de los paisanos que habian acudido á rechazar el asalto y una compañía entera del regimiento de Valencia, allí establecida, quedaron envueltos en las ruinas ó cubriendo las inmediaciones con sus cadáveres ó restos suyos, esqarcidos hasta distancias muy grandes. Hubo más: por una de esas indiscreciones verdaderamente inconcebibles, por el abandono de nuestros compatriotas y el desprecio, en ellos innato, de la vida, no se habian retirado de punto tan peligroso ya los talleres, en él establecidos, de armas y útiles militares, y perecieron, á una

con los defensores, centenares de obreros, muchos con sus mujeres é hijos que los ayudaban ó hacian compañía. El suceso debió ser horrible sobre toda ponderacion.

«Apenas, dice el baron Lejeune, testigo á la vez »y actor en tan singular jornada, habian caido los »escombros en el vasto y profundo embudo ó cráter »que la explosion acababa de abrir y el polvo nos »ocultaba todavía, cuando el coronel Dupeyroux, »(del 115.°) y Valazé, á la cabeza de las tropas, se lan- »zan al convento, persiguen al enemigo á bayone- »tazos, y se apoderan de todo el edificio. Aquel ata- »que fué tan vivo, que Palafóx, suponiendo en el pri- »mer instante que íbamos á avanzar aún más por la »ciudad, puso sobre las armas toda la guarnicion y »formó su caballería en batalla en el Coso y el Mer- »cado nuevo, donde se disponia á acuchillarnos. Es- »perábamos que los españoles se llenaran de espanto »por la conmocion, que hizo temblar á lo léjos todo el »barrio, y por lo enorme de la catástrofe; pero nues- »tro repentino ataque aumentó, por el contrario, su »furor.»

«Defendian palmo á palmo el terreno, y no era »éste bastante espacioso para aquella lucha á todo »trance. Fué necerario perseguirlos y combatir hasta »en los tejados, y vimos á aquellos locos precipitarse »sin vacilar de lo alto de las paredes del edificio, á »ochenta piés de elevacion, ántes que rendirse al »vencedor que les tendia la mano para salvarlos.»

«El coronel conde de Fleury, emigrado francés, »que habia conducido muchos paisanos á los tejados, »penetró con ellos en la torre. A los pocos instantes

»habian hecho en la bóveda de la iglesia agujeros »por donde nos disparaban tan enérgicamente y nos »arrojaban tantas granadas, que fué preciso aban- »donar la iglesia la noche del 10; pero al dia siguiente »volvimos á entrar en ella, y Fleury y los suyos fue- »ron, por fin, echados de lo alto de la torre despues »de haber vendido bien caras sus vidas.»

«Rara vez ha presentado la guerra cuadro más »espantable que el de las ruinas de San Francisco »durante el asalto y áun despues de él. No sólo des- »truyó la explosion la mitad del edificio y los sub- »terráneos en que muchas familias se creian seguras »de las bombas, sino que hizo perecer más de cuatro »cientos obreros ó defensores, entre los cuales des- »apareció una compañía entera de granaderos del »regimiento de Valencia. Los jardines de Fuentes, »todo el suelo de los alrededores y los tejados ofre- »cian un aspecto horrible por la cantidad de restos »humanos de que estaban cubiertos. No se podia dar »un paso sin chocar con miembros desgarrados y pál- »pitantes; y un gran número de manos y de frag- »mentos de brazos separados del tronco, nos indica- »ban la extension de la catástrofe...» Y seguimos copiando otro párrafo para indicar la autoridad que lleva consigo esta descripcion, de que separamos grandes fragmentos para no desnaturalizar la índole de este trabajo tan distante de la monografía que merecen y han obtenido en parte los sitios de Zaragoza. «A fin, continúa Lejeune, de estar en disposi- »cion de dirigir aquel rudo ataque del 10 de Febrero, »Prost y yo nos habíamos situado junto á las tropas »y bajo una puerta abovedada del Hospital. Estuvi-

»mos, sin embargo, expuestos á perecer bajo los »trozos de pared, los maderos y las piedras que caian »sobre el abrigo, demasiado estrecho, que habíamos »escogido. No habíamos pensado sino en acercarnos »al sitio del combate y en ver bien el estrago espan»toso que allí iba á suceder. Este deseo de salir ade»lante en nuestra empresa, sin perder el golpe de »vista del efecto que debia producir, dominaba en »nosotros al temor de ser aplastados; y, sin esperar á »que cayese todo, avanzamos bastante para podernos »dar cuenta de aquella catástrofe extraordinaria.»

«Observándola de tan cerca, aquella explosion no »nos dejó ver sino una masa enorme y confusa en »que la rapidez de la ascension nos impedia distin»guir los objetos separadamente. Pero en el momento »en que llegaba á lo alto de la curva y trazaban la »parábola, su marcha, más lenta, nos permitió dis»tinguir, aunque vagamente, hombres y materiales »que iban á ser precipitados. Casi al momento un es»peso torbellino de polvo y humo nos envolvió de tal »manera, que fué imposible ver y casi respirar. En »ese mismo instante el ruido de la caida sobre los »tejados próximos, fué mucho más violento que el de »la explosion, que habia sido muy sordo. Algunos »segundos despues, comenzó á disiparse ligeramente »y al grito de *hurra, adelante, adelante,* cada uno »se lanzó, baja la cabeza, á su frente, no sabiendo »con seguridad dónde iba y sin poder tomar por guía »más que los fogonazos de los fusiles de los españoles »que tiraban sobre nosotros.»

Todos los historiadores de aquellos sucesos están conformes con Lejeune en lo sustancial de su narra-

cion del asalto de San Francisco, si bien detallando algo más la lucha entablada en la iglesia, entre los franceses, invadiéndola validos de la sorpresa de la explosion y de la violencia y rapidez del ataque, y los españoles escasísimos que no fueron víctimas de la explosion, ocultándose en las capillas y las galerías, desde las que, y la bóveda, hicieron tal fuego que hubo el enemigo de evacuar á las pocas horas el templo. A fin, entónces, de no perder su conquista por entero, los franceses se atrincheraron en el convento con traveses de sacos y tierra y cerrando, sobre todo, las entradas de los corredores que comunicaban con la iglesia por donde podrian volver los españoles al ataque. Lo mismo hicieron en el exterior, ocupando algunas casas que daban al refectorio, y aseguraron un paso, anteriormente abandonado, de la calle de Santa Engracia que azotaba con su metralla un cañon establecido en la entrada del Arco de Cineja. Así el 11 pudieron ocupar definitivamente toda la fábrica de San Francisco, que los sitiados abandonaron, y la de San Diego que quedaba ya á retaguardia de la línea enemiga y sin defensa posible.

La pérdida de San Francisco fué un golpe mortal para la defensa; y desde la torre pudieron los sitiadores observar el estado lastimoso en que se encontraba la ciudad, pues que dominaban toda la parte central y más importante del Coso, áun cuando lo descubrian cortado, como todas las calles inmediatas y las que en él desembocan, de infinidad de traveses y caponeras, así para impedir su tránsito como para la comunicacion de sus aceras. Lo que más les sorprendió, sin embargo, fuera de las horcas que alguno

Espectáculo que presen-

de sus cronistas dice que se veian cargadas de víctimas, el espectáculo que presentaba el pueblo que discurria por las plazas y calles que ellos atalayaban desde lo alto del campanario. Sin la energía que allí y en todos los ataques del dia anterior habian demostrado los defensores, no los hubieran creido los franceses en ánimo de proseguir la defensa; tal era el aspecto de aquella ciudad que bien pudiera tomarse por un cementerio en que se hubiesen amontonado los cadáveres dejando su inhumacion para más adelante. Calles y plazas aparecian obstruidas; y si los defensores las cruzaban con la mayor indiferencia pasando por encima de sus convecinos muertos, como por los escombros de sus arruinadas casas, parecia imposible no los conmoviese tanta lástima como presenciaban en sus propias familias. «Los que, con todo, »dice un francés de los que subieron á la torre de »San Francisco, parecian haber conservado su pri»mer entusiasmo, eran las mujeres y los frailes, se»gun su continente marcial y su andar resuelto por »entre la multitud de los sitiados.»

ta á los franceses Zaragoza.

Contribuia á la resolucion que mostraba Zaragoza en medio de su miseria, el que pudiéramos muy bien llamar martilleo incesante de las proclamas y discursos de Palafóx. En la de aquel dia nefasto del 10, se desata contra los que pudieran, cobardes ó traidores, inspirar al pueblo ideas de sumision y rendimiento; excitándolo él, por el contrario, á otros y supremos esfuerzos para rechazar valientemente la bárbara agresion de que eran objeto. «La pátria os »llama, les decia, hijos de Zaragoza: no irritemos el »auxilio divino de nuestra Santísima Patrona y Ma-

»dre, su santo templo peligra, nuestras vidas apre-»ciables, nuestros hogares, mujeres é hijos penden »de vuestro valor y esfuerzo. ¿Cuál es nuestra obli-»gacion? ¿Cuáles nuestros deberes? ¿Dejarnos arrancar »de nuestras manos lo más precioso de nuestra exis-»tencia por escuchar la mal disimulada intriga que »nos incita á la cobardía, ó resolvernos á defender »nuestras propiedades? Reflexionad, zaragozanos, »volved en vosotros mismos, no consulteis con nadie »sino con vuestro mismo corazon y obligaciones.» Y continuaba luégo: «El que sea patricio, el que sea »buen español, preséntese con su arma, el soldado á »sus puntos, el paisano á los puestos señalados, como »lo acreditásteis en el sitio pasado: y pues sois va-»lientes, en un momento, en pocos instantes, serán »confundidos los enemigos, destruida su intriga, »acreditado vuestro valor, cumplido el voto del ara-»gonés al santo templo del Pilar (voto que no debe »profanarse con la timidez), y libre la ciudad de la »esclavitud vergonzosa en que la ponen algunos »enemigos domésticos, que Dios mismo descubrirá »para su castigo, como ha hecho ya con otros.»

Y se dirá, tan léjos ya de aquella ocasion solemnísima, pero queriéndola aquilatar hasta en su ménos importante peripecia: «¿Qué se habia propuesto Palafóx?»

El honor de las armas estaba ya muy alto, más, mucho más de lo que los preceptos militares aconsejan, de lo que la responsabilidad y la reputacion de los gobernadores de una plaza exigen.

Si fuéramos á creer á ciertos escritores traspirenáicos, diríamos que se dejaba llevar de la corriente

á que le empujaban las oleadas de frailes y fanáticos de que le suponen rodeado. No; el general obedecia á sentimientos más elevados que pueden ser los impuestos, sea por quien quiera. La resistencia que andaba oponiendo en Enero y Febrero de 1809, presentaba los mismos caracteres que la del verano del año anterior, de tan felices y gloriosos resultados; y un giro de la fortuna como el de Bailén podia ahora, como entónces, proporcionárselos iguales.

Ignoraba cuanto sucedia en la Península de una manera indudable, pues que las seguridades que Lannes le daba de la marcha, constantemente victoriosa de los ejércitos franceses, se desmentian con las últimas noticias que recibió, donde se le aseguraba lo contrario. Creeria, pues, en socorros, más ó ménos inmediatos, pero que si llegaban despues de su rendicion, horas ó dias en que, áun sin esperanzas, pudiera continuar resistiendo, marchitarian todos los laureles recogidos ántes á costa de tantos y tan cruentos sacrificios. Inspirábase tambien, ¿para qué negarlo? en aquel espíritu jactancioso, porfiado á la vez y noble, como antigüo, como ingénito en sus paisanos los aragoneses, que les hacia suponer que en su ciudad estaba planteado el árduo problema de la pérdida ó salvacion de España, y que á ellos tocaba la suerte de resolverlo. De su éxito feliz ó desgraciado, tendrian pues, ellos la gloria ó la responsabilidad: y, volvemos á decirlo, de un instante de desfallecimiento, para ellos tan vergonzoso, ó de la tenacidad, tan propia de su carácter, que desplegasen, podrian resultar, ó un baldon eterno, ó la exclusiva del valor y el patriotismo que ellos, de

tiempos muy remotos, creian deber ejercer en nuestra pátria.

En su ignorancia de los sucesos que tenian lugar entretanto pòr toda la region central y el N. O. de España, ¿eran ó no fundadas la pertinacia de Palafóx en resistir y sus esperanzas de éxito, apoyadas en la desproporcion que creia observar entre las fuerzas enemigas y la magnitud de la empresa que se las habia encomendado, prueba en su concepto, de que eran las demás necesarias en otras tan importantes y solemnes ocasiones? (1) Dice Schépeler: «Un so»corro de 10.000 hombres hubiera entónces roto el »bloqueo y probablemente hecho levantar el sitio, si »el alto Aragon hubiese amenazado á Suchet, quien »no se hubiera atrevido á dejar descubierto el ataque »de Gazan. Con que se hubiera tenido cuidado de »conservar municiones, medicinas, alimentos y la »salubridad en la masa general de los sitiados, no »hubiera podido impedirse su salida por el lado de la »Aljafería.»

Y no le faltaban á Palafóx hasta probabilidades de ese socorro, porque, verdadero ó ilusorio, con confianza ó por estratagema, se le ofrecia de fuera, animándole á persistir en su noble propósito.

El error, y grave, del ilustre defensor de Zaragoza estaba, como ya lo hemos hecho observar ántes, en haber conservado dentro del recinto de la ciudad aquella muchedumbre de soldados, fácil, por

(1) En su proclama del 10 decia Palafóx: «Si quereis, no nece»sitais auxilio alguno para vencer á tan poquísimos enemigos como »nos sitian; subid á las torres, tended la vista con vuestros anteojos, »mirad que es vergüenza estemos opromidos por tan pocos cono»ced el engaño, sed verdaderos hijos del Pilar.»

el orígen y naturaleza de una gran parte de ellos; de disolverse con las necesidades de todo género á que iba á verse sometida en otro país que el suyo y en condiciones tan excepcionales.

Situadas las dos terceras partes de tan numerosa guarnicion en la izquierda del Ebro acometiendo todos los dias y fraccionándose al verse objeto de una grande operacion ofensiva de los sitiadores, el bloqueo de Zaragoza hubiera sido imposible y muy distinta la situacion de los defensores que habrian podido recibir vituallas y refuerzos en muchas ocasiones.

Pero ese mismo error y la obcecacion de no usar las tropas de su mando en salidas frecuentes y con masas capaces algun dia de dar un golpe decisivo á cualquiera de las divisiones sitiadoras, esparcidas en perímetro tan vasto como el que necesitaban ocupar, comprometia más y más á Palafóx para, ya que no con la habilidad de una ofensiva incesante y enérgica, conservar, con la obstinacion de la defensa, la gloria alcanzada anteriormente por igual y afortunado procedimiento.

El mismo dia 10 de Febrero, el de la catástrofe de San Francisco, se creia con motivos para seguir extremando la resistencia. En los ataques de la derecha habian fracasado los franceses al asaltar el Jardin Botánico, donde, reforzados los defensores por la tropa y los paisanos que capitaneaban el coronel Leyva y D. José del Rey, mantuvieron aquel puesto, tantas veces y siempre infructuosamente atacado. Tampoco habia logrado el enemigo conquistar toda la manzana de casas comprendida entre las ca-

lles de Alcover y Aljeceros, desde la que hubiera dominado las barricadas inmediatas del Coso y sin cuya ocupacion no queria dar fuego á las minas preparadas contra la Universidad.

No cesando, sin embargo, en sus trabajos de zapa y mina, unas veces rechazado y otras triunfante en los choques que á cada momento tenian lugar, avanzaba en toda la línea con una constancia y un método que prometian resultados, si lentos, seguros en cambio é incontrastables. Y si no bastaban para imponer á aquellos hombres de hierro el diario combatir y el hambre y el contagio en el ya estrecho recinto que les quedaba, iba ese enemigo á arrebatarles muy pronto el único sitio por donde le era dado á la ciudad respirar todavía; el Arrabal, atacado con todos los abundantísimos medios que ya les sobraban á los franceses en la orilla derecha del Ebro.

**Pérdida del convento de Jesús.**

Ya dijimos que el dia 3 tenian los franceses construidas la segunda paralela y la batería núm. 23, (1.ª de la márgen izquierda), sin oposicion casi y sin bajas, por lo lento del fuego que se les hacia desde Jesús y el recinto. Las obras sucesivas de aproche; esto es, la comunicacion con la batería, el perfeccionamiento de la paralela últimamente abierta, y otra batería, la 24 (2.ª de aquel lado), en que se montaron cuatro obuses de á ocho pulgadas, para limpiar de enemigos las dependencias del convento, se hicieron tambien sin obstáculo; y aunque por la noche hubo bastante fuego, los franceses pudieron, á favor de otros dos obuses y un cañon de á 8 establecidos á su derecha, desembocar de la trinchera sobre la casa

del camino de los Herederos, sita en el término meridional de la zona inundada. A la noche siguiente pasaron adelante y lograron, tambien sin combate, construir otra batería de ocho piezas á la izquierda de la mencionada casa, con el objeto de abrir brecha en Jesús y tomar de flanco toda la parte del Arrabal que toca al Ebro por la derecha del puente de piedra.

Ya podia observarse que el ataque se hacia más central de lo que indicaban las primeras obras; y lo confirmó el establecimiento de otra cuarta batería en la derecha, y á vanguardia ya del terreno inundado, cuyo desbordamiento por la rotura de un dique exigió, para contenerlo, un gran trabajo y alguna dilacion. Así es que aumentó el fuego de los defensores que, viendo ya tan cerca al enemigo, echaron por tierra, para descubrirlo mejor y hostilizarlo, todas las tapias que rodeaban el convento, abriendo, en su lugar, un ancho foso que impidiese el acceso al pié de la fábrica principal.

El 8 todo estaba preparado para un ataque en el campo francés; y muy de mañana rompieron simultáneamente el fuego contra Jesús veinte y dos piezas, las montadas en las baterías 23, 24 y 25, las tres primeras de aquella parte. Mal podian resistir las paredes de un convento, por robustas que fuesen; así es que á las diez habia ya abiertas varias brechas en los dos frentes atacados, una de ellas, sobre todo, ancha y practicable. Tratábase, sin embargo, de esperar á la noche para asaltarla, viendo á los defensores aparejados á la resistencia y áun á los frailes firmes allí curioseando las maniobras de los sitiado-

res; pero, presente el Mariscal á los preparativos, dió la señal del ataque y cuatro compañías de cazadores del 28.° y del 130.°, sostenidas por otras tantas de granaderos, se lanzaron á la brecha desde una trinchera abierta la noche anterior á 60 metros ya del convento. La refriega duró sólo minutos, no habiendo realmente en el edificio medios para resistir carga tan violenta, y quedó el éxito por los franceses que, además, se apoderaron de dos piezas que allí habia. Pero, y esto les sucedió frecuentemente, creyeron los sitiadores que su pronta y fácil victoria era efecto del espanto que infundian, y unos cuantos cazadores del 28.° acometieron la empresa de apoderarse del reducto que cubria la derecha de Jesús y desde el que los habian estado ametrallando aquel y todos los dias anteriores. Caro les costó el arrojo; porque los nuestros, dejándolos entrar en la obra, hicieron á casi todos prisioneros, matando á su jefe al emprender la fuga con algunos de ellos (1).

El espectáculo que ofrecia el convento por la noche debió ser horroroso puesto que hacia *crispar los nérvios* á uno de los conquistadores que observó la trasformacion que sufrió edificio tan suntuoso en las pocas horas que mediaron desde la del asalto á la noche. Puertas, ventanas, cuadros, altares con las esculturas más bellas y con los dorados y pinturas más ricas, fueron hechos pedazos por la soldadesca;

(1) Belmás dice que se hicieron con la batería, pero que el fuego de la plaza los obligó á retirarse. Daudevard, que estaba allí, dice textualmente: «No siendo sostenidos; fueron hechos prisioneros; »algunos lograron escapar, con todo, y se vió al oficial luchar y »librarse de las manos del enemigo, y ya estaba fuera de su al»cance cuando un balazo lo tendió muerto.»

y la gran biblioteca, llena de obras interesantes y manuscritos preciosos, desapareció en un momento, presa de las llamas ó del vandalismo extranjero. Y no lo decimos sólo nosotros, los españoles, despojados de tantos y tan ricos tesoros literarios y artísticos en la guerra de la Independencia, sino que ahí está ese mismo oficial francés, M. Daudevard, que dice, al tratar de la biblioteca de Jesus: «Una reflexion que debe causar profunda pena á todo militar »un poco pensador, y no digo un poco instruido, es »el ver que no respetamos nada en la guerra. Si como »aquel califa que hizo quemar la biblioteca de Alejan»dría, nosotros no mandamos semejantes barbarida»des, nuestra indiferencia, á lo ménos, en impedir »el mal en iguales circunstancias, es imperdonable. »Se diria con frecuencia que somos vándalos y que »hacemos la guerra á las ciencias y á las artes. Esta »conducta no se aviene con la reputacion de que »goza nuestra pátria en el siglo presente por los tra»bajos de muchos de nuestros sábios que han hecho »adelantar tanto en diferentes ramos de las ciencias.»

Conquistado el convento de Jesús, trataron los franceses de abrir una comunicacion de sus obras con él; y, no pudiendo conseguirlo durante el dia por lo violento del fuego que los sitiados les hacian desde todas las baterías que la flanqueaban, se dedicaron á establecerse sólidamente en el interior del edificio, manteniéndose en él sobre las armas hasta la mañana siguiente. Y, sin descansar un punto en sus tareas de las trincheras, comenzaron la tercera paralela contra el cuerpo del Arrabal, una segunda comunicacion con el convento, semejante á la abierta la noche anterior,

y otra batería, la 26.ª (4.ª de aquel lado,) para dos piezas de á 12 y dos obuses de 6 pulgadas, que establecieron en la izquierda de sus trabajos y para contrabatir la cabeza ó saliente S. E. de los sitiados. Ni un sólo dia pasó sin que, á pesar del fuego incesante que sufrian, dejasen de prepararse para otro asalto; y el dia 16 podian darse por terminadas la tercera paralela, que se extendia ya hasta el Ebro, y la batería 32 (10.ª del Arrabal) en que y en las demás construidas despues de conquistado el convento de Jesús, se montaron 32 cañones de grueso calibre, 10 obuses y otros tantos morteros para batir en brecha el de San Lázaro y arruinar, si les era posible, el Arrabal entero.

Desercion de los Suizos.

Un suceso grave y de trascendencia entre otras gentes que las de Zaragoza tuvo lugar por entónces en la guarnicion. Los suizos, en quienes el patriotismo no habia de mover á soportar los padecimientos de tal asedio, obedeciendo tan sólo, por las condiciones de su enganche, á la lealtad de su carácter y á los lazos que no podia ménos de apretar la situacion dificilísima en que se veian sus camaradas del ejército, comenzaron á demostrar su cansancio de servicio tan penoso y de las privaciones que experimentaban en la plaza. La desercion se inició en la noche del 10 al 11 de Febrero, y se verificó en pelotones, con algun oficial á su cabeza, previniendo, y esto es lo peor, de su pase á los sitiadores con alguna anticipacion, lo cual revela un proyecto preconcebido y mancomunado en el Cuerpo. No llegaba su adhesion á sufrir tanta miseria, por más que vieran con qué valor sabian soportarla débiles ancianos y hasta las mujeres y los niños.

El descanso relativo que producia á los franceses en el Arrabal la necesidad de preparar un nuevo asalto por los medios que la ciencia aconseja, áun no tratándose de fortificaciones en regla sino de edificios urbanos, reforzados, á lo más, con obras hechas á la ligera y sin condiciones regulares de resistencia, se neutralizaba en la derecha del Ebro con una actividad sin ejemplo, tanto más fácil, sin embargo, cuanto que se empleaba en trabajos sin el peligro de los combates y asaltos á pecho descubierto. «Dad las »órdenes convenientes, decia Lannes en un despa»cho, que luego examinaremos, al duque de Abran»tes, para que se pierda la ménos gente posible en »Zaragoza. No quiero que se tome una sola casa por »asalto: hágasela volar con minas ó fogatas.»

De ese modo toda la série de choques sucesivos en la zona invadida de la ciudad, consistia en voladuras que causaban la muerte de los defensores de cada edificio minado, en el asalto de las ruinas cubiertas de los cadáveres de los que, en caso, debian resistirlo, y en la obra de cubrirse con esas mismas ruinas para continuar en la marcha, de ese modo incontrastable, al corazon de la ciudad y, *aplastándola* tambien, poner término á su hazañosa empresa.

**Sigue la lucha en la derecha del Ebro.**

Tal sistema producia, con ser tan prudente y seguro, pocas ventajas en los ataques del centro; porque, escarmentados los sitiadores con las reacciones ofensivas de los zaragozanos, hasta gastaban tiempo en aislarse y fortificarse, como lo hicieron en San Francisco destruyendo todas las casas inmediatas y atrincherándose en el convento, cuyas puertas y

brechas cerraron con fuertes barricadas de sacos á tierra.

El coronel Leyva, encargado de la defensa de aquel barrio desde la línea del Coso, inmediato á San Francisco, hasta Santa Fé, supo mantenerlo con tal teson que, á pesar de las brechas abiertas en el Noviciado de aquella misma órden monástica y en la casa y jardin de Sástago, y á pesar de los ataques á la batería de la desembocadura del Trenque, conservó todo el espacio confiado á su valor hasta la rendicion de la plaza. Ni las minas, ni las baterías, ni los asaltos sirvieron de nada á los franceses, cuyas acometidas fueron siempre rechazadas con el fuego y las bayonetas de los soldados y paisanos que mandaba aquel valiente jefe.

Donde, entre mil alternativas, ganaban terreno los franceses, era en su derecha. Muy lentamente, con graves pérdidas, unos dias detenidos por el hierro y el plomo de los defensores, otros por los incendios que sin cesar se les oponia, muchos rechazados y perdiendo posiciones ganadas á fuerza de pólvora y de sangre, iban acercándose á la puerta del Sol, meta que se habian propuesto y que, alcanzada, ya lo hemos dicho varias veces, les proporcionaria, sin más ataque directo, el fuerte de las Tenerías, el combinar su accion con los del Arrabal y reducir á los sitiados á su última extremidad. Uno de los dias *malos*, como los llamaba alguno de los sitiadores, fué el del 12 en que, despues de dos enormes voladuras que hicieron poco efecto por haber resultado cortas las galerías de mina, se lanzaron varias columnas de polacos al asalto de la

Universidad. El polvo y el humo les impidieron ver lo inoportuno del asalto y, quedando á descubierto, tuvieron que retroceder á sus abrigos con pérdidas muy considerables (1). Otro tanto les sucedió en el ataque de uno de los traveses que interceptaban el Coso entre las calles de Algeciras y las Arcadas. Cargaron con tanta pólvora la mina que debia derribar la casa intermedia, que destruyeron las en que ellos trabajaban, dejando aquella aislada, y tuvieron que desistir del asalto del través al observar el continente de los defensores. Y no fué ménos infausta la noche inmediata; porque, abierta brecha en la Universidad con un cañon de á 12 establecido en la calle de Alcover, no se atrevieron á asaltarla al descubrir que todas sus avenidas interiores, más altas de lo que presumian, se hallaban obstruidas con barricadas. Fué necesario, de consiguiente, apelar de nuevo á las minas, á la guerra subterránea, la guerra que pudiéramos llamar económica, ya que no le demos el nombre que le daban los zaragozanos.

Anuncios falsos de socorro.

Hubo un momento durante aquellos dias en que apareció justificada la heróica tenacidad de los defensores de Zaragoza, increible sin su evidencia y casi reprobada por los preceptos militares más autorizados. No sólo las señales que se hacian en las torres, que muchos de los mismos sitiados creyeron engañosas, sino que los jefes franceses apostados en observacion de cualquiera novedad que ocurriese en las inmediaciones de la ciudad y su campo, indi-

(1) «Eran los polacos todavía, dice Brandt, los encargados, »como siempre, de las tareas más peligrosas.»

caron la aproximacion de tropas españolas. El general Watier, desde Alcañíz, y Suchet que observaba los caminos del alto Aragon y Cataluña en la izquierda del Ebro, anunciaron que los hermanos de Palafóx habian reunido en Lérida y Mequinenza de diez á quince mil hombres bien armados, cuya vanguardia iba inmediatamente á avanzar desde Fraga. Corria tambien la noticia de que el general Reding, con treinta á cuarenta mil soldados, maniobraba para batir á Saint-Cyr y marchar luégo sobre Zaragoza. Tan probable creyeron los generales franceses el socorro, que el mariscal Lannes hubo de encomendar la prosecucion del sitio al duque de Abrantes y, reuniendo todas las brigadas del 5.° cuerpo de ejército, ménos una de la division Gazan, y el 13.° regimiento de coraceros, se adelantó el 13 de Febrero hasta Villafranca á reconocer el camino de Barcelona. Pero sabiendo allí que los españoles dejaban aquel camino para encumbrarse á los de Barbastro y Huesca, de donde, y de posicion en posicion, podrian caer sobre los sitiadores del Arrabal, retrocedió á Villamayor, no ya para adelantarse á combatirlos sino para esperarlos en posiciones puramente defensivas (1).

(1) Escribia á Junot el 14: «Parece, señor duque, que los ene»migos han salido de Mequinenza para Barbastro y que desde allí »se dirigen á Liciñena.—Vuelvo, pues, con mis tropas á Villa»Mayor, donde los aguardaremos y espero que, si tienen la inso»lencia de presentarse, no escapará ni uno de ellos: todo está dis»puesto al efecto.—Dad las órdenes convenientes para que se »pierda la ménos gente posible en Zaragoza. No quiero que se tome »una sola casa por asalto; hágasela volar con minas ó fogatas.—Se »puede apostar que cuando se tome el Arrabal y hayamos batido »la *canalla* que acude por este lado, se rendirá la ciudad.—Que se »continúe haciendo grandes hornillos y que las minas hagan su »oficio: ese es el medio más seguro de aterrarlos.—Enviadme las

Hé aquí otra de las ocasiones ofrecidas por los franceses para un gran esfuerzo de los sitiados. No se hallaban éstos, sin embargo, en estado de hacerlo. Los enemigos mismos lo reconoçen puesto que Belmás dice en su diario del sitio: «La ciudad seguía »siendo teatro de violentos combates. Un bombardeo »contínuo, las explosiones de las minas, el hundi»miento de los edificios, los gritos de los combatien»tes, el fuego de fusilería en todos los puntos, lle»naban el aire de un ruido espantoso al mismo tiempo »que se veian nubes de polvo y humo cerniéndose »sobre las cabezas de los que peleaban. La epidemia »hacia cada dia mayores extragos, y la guarnicion »estaba reducida á cerca de la mitad.» (2) La ciudad no ofrecia, con efecto, otro espectáculo que el de un vasto cementerio en que cada dia se amontonaban de 600 á 700 cadáveres más de los que, insepultos y putrefactos, formaban ya montañas en las plazas, sobre todo en las inmediatas á los templos y hospitales. La energía, la extraordinaria energía que los vivientes demostraban aún, era porque habian de desplegarla junto á sus casas, al lado de las familias suyas, cuya defensa era el principal impulso á que ya obedecian. Las excitaciones diarias de Palafóx hacian

»noticias que tengais del general Watier.—Yo permaneceré en »Villa-Mayor hasta que todo esto quede terminado. Iré todos los »dias al convento de los Suizos (querrá decir Jesús) para hacer »que se aceleren los trabajos y que se ataque el Arrabal lo ántes »posible.»

¡Canalla! Si los compatriotas de Lannes hubieran demostrado en 1870 la cuarta parte del patriotismo y desapropio de aquella *canalla*, que será la eterna vergüenza del primer Imperio, ¿quién podria hoy sufrirlos?

(2) Aquel dia los estados de fuerza daban de hombres aptos para el servicio ménos de la mitad.

efecto, pero el suficiente tan sólo para esa accion local, donde, á la vista del enemigo, encendíase el ánimo de los defensores hasta hacerlos capaces de, ya que no de las minas, salir vencedores de los enemigos que osaban atacarlos á la luz del dia.

Aún así, la esperanza de romper el círculo de hierro en que se veian perecer, les hizo, á la voz de Palafóx, reunirse en los barrios extremos que tocaban al recinto ó al campo enemigo los dias 14 y 15 en que las señales telegráficas de la torre nueva parecian anunciarles los refuerzos por que tanto suspiraban (1). Pero difícilmente hubieran podido aquellos hombres, sino en el colmo de la desesperacion, abrir paso á las tropas auxiliares ó á los convoyes con que se les hubiera intentado socorrer. Aquella esperanza se desvaneció y Zaragoza hubo de quedar sumida en mayor angustia todavía, aunque no abatida ni dispuesta á conceder á sus enemigos la menor prueba de flaqueza.

No se interrumpe, por eso, la lucha.

Y siguieron la zapa y la mina produciendo sus destructores efectos en la guerra subterránea, como la artillería y el incendio en la entablada al aire libre. Por bajo de tierra, los minadores de uno y otro lado rivalizaban en actividad, los unos para llegar

(1) «Ved ahora, les decia en su proclama del 13, el momento »más feliz para salir del estado de opresion en que os hallais; ha»beis visto el movimiento que ha hecho hoy el enemigo; sin duda, »noticioso de nuestros refuerzos, corre presuroso á su encuentro: »¡cuán debido es ayudar á nuestros hermanos, y cuán fácil nos es, »habiendo dejado tan pocas fuerzas sobre su línea, apoderarnos de »su artillería, deshacer sus obras y salir del estado de apatía en »que nos hallamos! Al toque de campana nos reuniremos, apro»vechando los mejores momentos del dia para conseguir nuestra »empresa, y estad confiados que si os reunís muchos, la Vírgen del »Pilar, nuestra Patrona, nos dará toda buena suerte y felicidad.»

al pié del edificio objetivo de sus ataques, los otros para adelantarse á inutilizar la obra de los enemigos ó hacerla estéril. Al encontrarse, como generalmente sucedia, y al hundirse el terreno que los separaba, las pistolas y los sables resolvian el conflicto, y quedaba la victoria del lado del número y del valor. ¡Cuánta hazaña no ha quedado sumida en el secreto de aquellas luchas tenebrosas, como sus autores, en el pólvo y los escombros de su teatro! A la luz del dia era otra cosa; allí habia más espacio á las expansiones del entusiasmo, á la emulacion en la virtud militar, á la satisfaccion del orgullo y de la gloria. Costaba mucho á los sitiadores el establecer su artillería en los puntos convenientes para batir en brecha ó derribar las casas ocupadas por los sitiados; de tal manera estaban interceptadas las calles con los escombros á que iba reduciéndose la parte atacada de la ciudad, que se hacia necesario trasportar á brazo las piezas y eso con grandes dificultades y peligros. Y así como en las minas la ciencia y los medios estaban del lado de los franceses, á quienes, á pesar de tantas bajas, nunca faltaban oficiales de ingenieros, elegidos en todos sus ejércitos para empresa tan importante, en la de las calles tenian los zaragozanos la ventaja de haber preparado sus trabajos de defensa y la inapreciable de poder establecer su artillería donde más les conviniese para neutralizar la más poderosa de sus enemigos.

Inútil seria el recordar en un escrito como éste los mil accidentes ocurridos en cada calle y hasta en cada casa, disputadas con el mayor encarnizamiento. Con decir que hubo edificio atacado infructuosamente

quince veces, y lo confiesa uno de los sitiadores, se comprenderá, así como la inacabable, la eterna tarea de unos y otros de los beligerantes en aquel sitio, la imposibilidad de describirla con todos sus detalles, en todos sus trabajos y en todos sus resultados.

Por aquellos dias eran tres los puntos á que principalmente se dirigian los franceses; á la ocupacion de la casa del conde de Aranda en las inmediaciones de San Francisco, á la de la Universidad y á la de todo el Arrabal en la orilla izquierda del Ebro. El primero de aquellos objetivos era como preparatorio del establecimiento de seis galerias de mina á través del Coso, cuya explosion simultánea, además de introducir el terror en los defensores, abriria seis comunicaciones á la parte antigua de la ciudad y otras tantas brechas para asaltarla. El segundo facilitaria la conquista de la Puerta del Sol, la del fuerte de las Tenerias y la ocupacion de una parte del pretil del Ebro. El tercero, por fin, lo hemos dicho varias veces y así lo pensaba Lannes, acabaria con la última esperanza de los sitiados, la de poder ser socorridos por sus compatriotas procedentes del alto Aragon y Cataluña.

El dia 18 fué el fijado para hacer un gran esfuerzo, dando con él un golpe decisivo á la resistencia de los zaragozanos.

No pasaba dia sin algun preparativo para él. Minas por todas partes; la zapa cubriendo á los obreros y á los combatientes para acercarse impunemente á las casas ocupadas por los defensores; la artillería ocultándose tambien en los escombros y las tápias, en las que se abrian estrechas troneras por donde, á

mansalva, vomitar la destruccion y la muerte. En el centro los franceses, además de aislarse en San Francisco, seguian extendiendo su accion, como acabamos de decir, por las casas inmediatas á la de Aranda, convertida por los zaragozanos en ciudadela hasta entónces inexpugnable por el valor de sus presidiarios. En la derecha, las calles de Alcover, la Mayor, la de las Arcadas y todas las inmediatas, solitarias generalmente, eran bajo sus pavimentos, arados por la artillería, una red inextricable de pasos y galerías por donde se buscaba camino á las casas, apoyadas las unas en el antiguo y robusto murallon romano que hacia muy difícil su demolicion, y otras en las que forman el Coso, interceptado de traveses y barricadas que lo enfilaban con su artillería. Las voladuras eran de todos los momentos; sucedíanles los pequeños combates en que, más que los fusiles, hacian su oficio las granadas de mano y las bombas arrojadas de cuarto á cuarto ó por las escaleras; pero rara era la ocasion en que el combate no quedara por los sitiados, costando á sus enemigos repetirlo y repetirlo con nuevos y más poderosos elementos. A fuerza de tiempo y de sacrificios, ya dirigiéndose á la Universidad, ya á la Puerta del Sol, bien á las Tenerias; ocultando sus proyectos y su marcha en las cuevas, en las galerías de mina, en un tinglado, por fin, miserable refugio para los vencedores de Jena y de Friedland; tenian ya por cercana la ocupacion de aquellos tres objetivos, los últimos, en su concepto, que tendrian que conquistar.

**Pérdida del Arrabal.**

En el Arrabal era otra cosa: allí guiaban á los sitiadores el arte y la ciencia polémicas, con todas

sus reglas; y ni necesitaban el contínuo combatir en las calles ni tantos sacrificios para llegar á su objeto, la apertura de la 3.ª paralela, la de los ramales ó trincheras de donde habian de partir las columnas de asalto, y la construccion de las baterías de brecha.

Asi es que, el dia 18, estaban terminadas todas las obras y el mariscal Lannes disponia, además de haber hecho construir una trinchera á 200 metros del Arrabal en el camino de Villanueva para cerrar aquella salida á los sitiados, la formacion de una columna que, situada en el camino de Juslibol, la impidiese tambien si en los últimos apuros del asalto la intentaban por aquella parte. La inspeccion de los sitios le hacia, en su talento militar, prever unas precauciones que los sucesos de aquel mismo dia vinieron á justificar (1).

A las ocho de la mañana comenzaron á tronar las cincuenta y dos piezas de las ocho baterías construidas últimamente contra el Arrabal; las de morteros contra aquel barrio, á la vez, y el templo del Pilar, cuyas bóvedas se abrieron por varias partes llenando de escombros el pavimento y de terror á los fieles allí congregados; las demás contra San Lázaro

(1) Tanto se acercó al recinto del Arrabal en su visita á los puestos avanzados, que estuvo muy expuesto á perecer á manos de un tirador español que se habia corrido á los escombros en que se apoyaba la plaza de armas donde daba sus últimas órdenes el Mariscal. «Irritado de tanta audácia, dice Belmás, subió al desvan »del convento de Jesús, donde, haciéndose llevar una docena de »fusiles cargados, se puso él mismo á hacer fuego. Para corresponder á él, los sitiados dirigieron al convento varias granadas, una »de las cuales, entrando por una claraboya, partió en dos pedazos »al capitan de ingenieros Lepot, que estaba cerca del Mariscal.»

Despues de todo, la conducta de Lannes en aquella ocasion, no pasa de ser una cadetada.

y las obras del recinto. Otra, además, la 14 de la orilla derecha, establecida en la desembocadura del Huerva, dirigió su fuego contra el puente á fin de impedir el tránsito de los refuerzos por él. Las tápias que cubrian el convento de San Lázaro aparecieron, al momento, abiertas por cien boquetes que los defensores aprovechaban para troneras, acto de temeridad que sirve á un historiador francés para pintar el encarnizamiento de nuestros compatriotas. Tres horas de cañoneo contra aquellos débiles reparos fueron necesarios para que los abandonasen los sitiados, reconcentrándose en el convento, acribillado tambien de parte á parte por los proyectiles enemigos. A mediodia, por fin, habia cuatro brechas abiertas en el recinto del Arrabal; dos en las casas inmediatas á San Lázaro; una en la iglesia de este convento, y la otra en el de las monjas de Altabás, sobre la acera opuesta del camino de Barcelona (1).

Todas eran practicables y, á una señal dada, las asaltaron tres columnas. Una de éstas, dirigida contra las dos brechas más próximas á Jesús, dividiéndose en dos grupos, las tomó inmediatamente, aunque no sin resistencia. La segunda columna encontró obstáculos para penetrar en la iglesia, tal era el teson con que la defendian los pocos guardias españolas y los voluntarios de Fernando VII que forma-

(1) Dice Belmás que en Altabás, la batería 31 habia batido la puerta de los carros que dá al corral, echándola por el suelo dos veces por haberla levantado y puesto en su lugar los defensores sin temor alguno á los gruesos proyectiles con que la batian, hasta que los franceses apuntaron á los piés derechos y les derribaron, encontrando despues, detrás de ellos, un monton de cadáveres de los que se obstinaban en mantener cerrado aquel boquete.

ban su guarnición; pero, con el ayuda de la primera columna que se deslizó por entre el convento y el Ebro, logró por fin apoderarse del edificio. La tercera ocupó el de Altabás que, perdido San Lázaro, era insostenible so pena de caer sus defensores en poder del enemigo. Y entónces comenzó á representarse en las calles del Arrabal una escena de desolacion imposible de describir. La guarnicion, compuesta de unos tres ó cuatro mil hombres á las órdenes de los generales Manso y Peñafiel, y los habitantes de ambos sexos y de todas edades, sorprendidos de un éxito tan rápido como el alcanzado por los franceses, se dispersan en el Arrabal; unos buscando por el puente el abrigo de la ciudad, y los demás precipitándose á la campiña para ver si lo encontraban por caminos que creerian inobservados del enemigo.

El paso del puente era arriesgadísimo, y lo probaba la desgracia del baron de Warsage que, al ir desde Zaragoza á tomar el mando del Arrabal, fué con otros muchos derribado y muerto por el fuego de la batería núm. 14, cuyos gruesos proyectiles destrozaron en pocos momentos el pretil, dejando á descubierto á los transeuntes. Aun arrostrándolo, se arriesgaron muchos de los fugitivos á pasar á la ciudad; pero los más se salieron al campo por lo que habia sido paseo de Macanaz, en busca de barcas que los trasladasen á la orilla derecha por sitio ménos azotado de la artillería enemiga. Pronto lo observaron los franceses, que no comprendian la corta resistencia que se les habia opuesto; y, enviando un gran golpe de su caballería sobre los fugitivos, los alcanzó inmediatamente, logrando rendir hasta unos

1.500, faltos de municiones y sin esperanza, sobre todo, de salvacion.

Dos mil quinientos prisioneros y 17 piezas de artillería fueron los trofeos de aquel combate que sólo costó á los franceses un centenar de hombres; pero, con ser de una importancia verdaderamente excepcional ese resultado en un sitio en que era tan raro apoderarse de un sólo hombre, poco significaba al compararlo con la inmensa de encerrar á los defensores en círculo tan estrecho como el de la ciudad que, así, quedaba incomunicada de todas partes.

Fija la atencion de los zaragozanos en el ataque del Arrabal, no hicieron por la mañana en derredor de las Tenerías, la resistencia que hubieran opuesto, de no tener lugar simultáneamente suceso tan trascendental como el de la izquierda del Ebro. El enemigo fué extendiéndose por la calle Mayor y la de las Arcadas, rompiendo los muros interiores de las casas y, con granadas y bombas, desalojando á los nuestros de las habitaciones que se preparaban á defender.

No parecia aquello, sin embargo, más que una diversion para tener en jaque á los defensores. A las tres de la tarde, cuando terminaba el combate en el Arrabal y todo Zaragoza parecia sumido en la estupefaccion que habia naturalmente de producir tamaña catástrofe como la que sus habitantes presenciaban desde los malecones y casas de la márgen derecha del rio, dos explosiones sucesivas, cuyo ruido demostró lo que de ellas debia esperarse, hicieron ver que no acabaria la jornada sin nuevos é importantes acontecimientos. La sorpresa impidió

que se acudiera lo pronto que era necesario para rechazar las dos columnas de ataque dirigidas á la ocupacion de la Universidad por los dos boquetes que en sus paredes abrieron las explosiones. Así es que el ataque de los franceses obtuvo completo éxito en aquel edificio, y sólo fracasó al extenderlo á la conquista del convento inmediato de Trinitarios calzados, para cuya defensa llegaron á tiempo los soldados y paisanos que de todas partes acudieron.

Ya que por allí no le era posible avanzar más, el enemigo se dedicó á asegurarse en las posiciones conquistadas contra cualquier asalto nocturno que pudieran intentar los españoles, y á preparar la mina que habria de facilitarles el que intentarian la mañana siguiente.

No fueron tan importantes las operaciones en la zona central, donde los franceses, con más fortuna que los dias anteriores, se hicieron dueños de algunas casas en la calle de Zurradores y Santa Catalina, como de una que formaba parte de la manzana del palacio de Fuentes y á la que pusieron fuego para aislarse, en lo posible, por su izquierda.

Últimos combates.

Aquella noche del 18 de Febrero pasó en preparativos de un lado y otro de los combatientes; animados los imperiales con los triunfos del dia y la observacion de aflojar en su acostumbrada resistencia los sitiados trás la pérdida del Arrabal, como lo habia predicho su experto jefe, y procurando los defensores cerrar las avenidas que habian quedado á descubierto y guarecerse del fuego de que se veian amenazados en los barrios más inmediatos al Ebro. Los franceses, además de preparar la mina contra la

Trinidad en su flanco derecho, se ocuparon en disponer otras en su centro, para continuar la obra de destruccion á cuyo favor avanzaban; trabajos que, en parte, fueron interrumpidos para sofocar el incendio intentado por los zaragozanos en las casas del Coso, próximas á San Francisco, desde la de Sástago hasta la del conde de Fuentes. Tambien hubieron de acudir aquella noche á rechazar un ataque subterráneo, que los defensores dirigieron al convento extramuros de la Trinidad, observado por los escuchas que los ingenieros franceses tenian en los espaciosos y profundos sótanos de aquel edificio, objeto de tantas acometidas en todo el tiempo del sitio.

Y como para todo tenian los franceses recursos en gente y material y sobraban horas en noches tan largas todavía, al romper el dia del 19, no sólo habian apagado el fuego del Coso, á pesar del viento impetuoso que parecia atizarlo, é inutilizado los esfuerzos de nuestros minadores, sino que los suyos hacian tocar á su fin los preparativos contra el convento de Trinitarios, inmediato á la Universidad, y contra el palacio de Aranda que se habian propuesto demoler.

En el primero de aquellos edificios, la explosion abrió una ancha brecha, por donde los enemigos penetraron en la iglesia, que se hizo teatro de la lucha más encarnizada lo mismo que los cláustros y celdas del convento que, al fin, quedaron en poder de los invasores (1). Quisieron despues extenderse por los

(1) Para que se vea con qué precauciones caminaban los franceses en su conquista, vamos á copiar un párrafo de la obra de Belmás, al referirse á aquel dia. «Dos piezas de á 4, dice, de las

lados del convento y de la Universidad; pero la resistencia armada que se les opuso por la derecha y el incendio de las casas próximas á la plaza de la Magdalena por la izquierda, contuvieron su marcha, que sólo continuó por la parte del rio, en que los franceses llegaron á la puerta del Sol, á cuya ocupacion hacia tanto tiempo que aspiraban.

En el centro, una mina cargada con 1.600 libras de pólvora, hizo se derrumbase casi entero el palacio del conde de Aranda, presa al poco tiempo de los enemigos que pudieron atacarlo sin peligro, pues que los que lo guarnecian quedaron sepultados en los escombros desde el momento de la explosion.

**Situacion desesperada.** Si cabia hasta entónces duda sobre el resultado de aquel sitio, llevado hasta la exageracion más temeraria, antigua como los delirios y como los fanatismos patrióticos de las inmediatas Numancia y Calahorra; si era dable alimentar una, aunque remota, esperanza de salvacion en los recursos de los defensores ó en el socorro que pudieran recibir, debieron desvanecerse esperanza y duda, áun para los más optimistas ó ilusos, ante el espectáculo de aquel dia, último de la resistencia de Zaragoza. El sitiador se hallaba á una distancia que en otra plaza no hubiera tardado en salvar sino minutos; caian en el templo del Pilar las bombas lanzadas desde el Arrabal y taladraban sus robustas bóvedas, llevando el

»que una desmontada, fueron abandonadas por el enemigo detrás »de una cortadura en lo alto de la Subida del Sepulcro (inmediata »á la Trinidad); y como no podíamos ir á apoderarnos de ellas, »abrimos unas aspilleras en las casas de la izquierda de aquella »calle para impedir que los sitiados fuesen á retirarlas.»

pavor y la muerte á los fieles que buscaban consuelo á su desgracia al pié de la Sacratísima y milagrosa imágen de la Vírgen en su advocacion favorita de los aragoneses; hacia el contagio estragos que metian espanto en los corazones de mejor temple; no quedaban ya víveres de ninguna clase en la ciudad, ni medicinas, ni municiones tampoco con que resistir un ataque general algo tenaz y sostenido. El número de los defensores mermaba por momentos en proporciones aterradoras; y, aunque no decrecia el valor en ellos y los habia que rechazaban toda idea de sumision y áun de avenencia, la generalidad comprendia ser ya imposible el continuar en tal estado de miseria y desesperacion. ¿Qué pecho no se conmovia á la vista de aquellos soldados, enfermos la mayor parte y abandonando los hospitales, donde ni alimento se les daba ni medicinas, para caer desplomados en las calles? ¿A quién era dado resistir al clamoreo incesante de los heridos ó enfermos tendidos por los portales ó en los arcos, sin asistencia ni un pedazo de pan que ya nadie podia darles? Y ruinas por todas partes y cadáveres insepultos, donde no montones de ellos formando montañas como en algunas iglesias, convertidas en focos de la más repugnante podredumbre: la idea, por fin, de la desolacion y de la muerte en sus más espantosas manifestaciones. «La muerte, dice Alcaide, estaba en»tronizada en el recinto de Zaragoza, é insaciable, »multiplicaba de cada dia más las víctimas. En estos »últimos, continúa, llegaron á perecer de 500 á 700 »en cada uno, y ya no se hallaba quien quisiese ni »conducirlos á los pórticos de los templos, de modo

»que yacian en las casas en medio de otros próximos »á seguir el mismo destino. Las alarmas, tiroteo y »estampidos de las bombas y de los cañones acrecen»taban estos horrores, y no parecia sino que las fu»rias se habian desencadenado para exterminar á »Zaragoza.»

Nadie, sin embargo, hablaba en Zaragoza de rendirse, y al observar la falta ó la escasez de defensores en los puntos atacados, se veia á los mismos enfermos abandonar el lecho ó el rincon en que se abrigaban y acudir al peligro, envueltos en sus mantas, pálidos, con la mirada extraviada, devorados por la fiebre pestilencial, buscando quizás entre las llamas y la metralla muerte más dulce, «su última espe»ranza, como dice un escritor extranjero, en las ba»yonetas enemigas.» La menor señal de desfallecimiento se hubiera tomado por cobardía; y allí no se hallaba uno que la sintiese ni ménos se rebajara, áun sintiéndola, á manifestarla; y una palabra, sospechosa nada más, hubiera significado entre aquellas gentes una traicion que llevaria la de muerte para el que la profiriese.

Palafóx, sin embargo, tenia sobre sí una responsabilidad que un carácter no puede desdeñar; la de la horrible hecatombe que amenazaba á su ciudad natal. Tantos héroes; los que le habian con su valor elevado á la posicion envidiable que ocupaba en el mundo y obtendria en la historia; miles de familias allegadas suyas, queridas de su corazon y respetables por la inmensa desgracia que pesaba sobre ellas, se hallaban al borde de un abismo en cuyo fondo no se veian sino sangre y deshonor, todo género de

venganzas que ejercitaria un enemigo irritado por la resistencia, más que extraordinaria, qué encontraba y por los sacrificios que le habia costado la victoria. Hallábase, además, enfermo mucho tiempo hacia y con los síntomas de una postracion grave que le impediria continuar dirigiendo la defensa; y, ántes de que eso aconteciese, quiso dar una muestra de que no le abrumaban las responsabilidades cuando, áun arrostrándolas contra una opinion exagerada y simpática que hacia acallar las demás, podian ofrecer ventajas tan honrosas como positivas.

Se decidió, pues, el 19 á dirigir á Lannes un mensaje, pidiéndole, con arreglo á su propuesta de 24 de Enero, la suspension de hostilidades por tres dias, en los que saldrian de la plaza algunos Oficiales que pudieran cerciorarse del estado de las cosas en España, y añadiéndole que si de las noticias que le llevaran, resultara la conveniencia de capitular, lo haria con la condicion de que las tropas se incorporasen á los ejércitos españoles, llevándose sus efectos en algunos carros cubiertos. Mensaje á Lannes.

No era fácil que el Mariscal se aviniese á proposiciones como aquellas. Conocia perfectamente el estado de Zaragoza, próxima ya á perecer; no era de esperar la interrupcion del sitio, y si calculaba, por lo pasado, los sacrificios que habrian aún de hacer el ejército de su mando, todo era preferible á pasar por el bochorno de que los apestados y famélicos defensores de una plaza, á cuyo frente estaba hacia dos meses, desfilaran con honores, armas y bagajes ante él, como vencedores, y haciéndole quizás un saludo despreciativo. Así es que el mismo dia

del mensaje contestó á Palafóx con el mayor desabrimiento. Decíale: «General: Acabo de recibir vuestra »carta. Las proposiciones que me dirigís me han »irritado sobremanera. Cuando un hombre de honor »como yo dice una cosa, debe tenerse su palabra por »sagrada: os aseguro que jamás he faltado á ella (1). »Os envio adjuntas las capitulaciones de la Coruña y »del Ferrol. En cuanto á refuerzos, os repito bajo mi »palabra que no debeis esperarlos. Ya no hay ejér»citos en España, todos han sido destruidos: el Rey »ha hecho su entrada en Madrid; todas las ciudades »le han enviado diputaciones y reina en España la »más perfecta tranquilidad. Algunos regimientos »españoles han entrado al servicio del rey José Na»poleon, y las grandes naciones se han unido para »sostenerle. Esta es, general, la pura verdad. Son »demasiado conocidos los sentimientos de la nacion »francesa para que puedan ponerse en duda su leal»tad y su generosidad; y estoy pronto á conceder un »perdon general á todos los habitantes de Zaragoza »y ofrezco respetar sus vidas y haciendas.»

Por ruda que fuera en su forma la contestacion de Lannes, repetimos que no podia ser otra en su espíritu y su fondo. Y que no desanimó á los que con Palafóx buscaban una negociacion que resolviera el árduo problema de salvar á Zaragoza de su total ruina, lo demuestra el que aún se repitió el mensaje, si bien con la misma y fatal suerte por mostrarse

(1) Quizás fuera sin voluntad de hacerlo; pero en su intimacion del 24 de Enero faltaba á la verdad del modo que, disculpándole en parte, hemos puesto de manifiesto al compararla con los despachos y proclamas de Palafóx en aquellos dias.

el Mariscal más desabrido todavía y más exigente que al recibir el primero. En vez de paralizarse los trabajos esperando ya fundadamente la rendicion de la ciudad, recibieron nuevo impulso, como para apoyar la repulsa de Lannes y decidir á los defensores al abandono de toda pretension superior á las naturales en su situacion precaria y desesperada. En la subida del Sepulcro se hizo volar una casa, en que perecieron muchos de los que la defendian, para tomar aquellas dos piezas á que no osaban los franceses aproximarse; junto al palacio de Aranda se formó un establecimiento sólido y, á la izquierda de Santa Engracia, se comenzaron algunas baterías contra edificios importantes del Coso, cuyo paso se acometió tambien con ramales de mina por cinco distintas partes; no se descansó, en fin, un momento para, así en la derecha del Ebro como en el Arrabal, preparar una accion inmediata y definitiva.

Enfermedad de Palafóx.

No necesitaban los franceses más esfuerzos de su parte, porque el cielo fué en su ayuda postrando á Palafóx, á punto de temerse por su vida y tener que trasladársele á habitacion más desahogada y sana que la en que se habia situado al sentir los primeros ataques de la fiebre que, como á tantos otros, le habia invadido hacia tiempo. Erale imposible continuar, así, con el mando; y hubo de resignarlo en una junta presidida por el regente de la Audiencia Don Pedro María Ric, baron de Valdeolivos, grande amigo suyo, casado poco ántes ó despues con la célebre condesa de Bureta, cuyas cualidades de virtud y de energía cristiana y patriótica tuvo él, como todos los zaragozanos, cien ocasiones en que admirar

Junta que le sustituye.

durante los sitios de la ciudad heróica. Fueron nombrados tambien para formar la junta los generales Butler y Saint-March, el duque de Villahermosa, el Intendente y varias otras personas notables del Clero, del Municipio y de entre los paisanos que más se habian distinguido en la defensa (1). Queria Palafóx, sin duda, comprometer el mayor número de las personas influyentes de la ciudad, para que cualquiera determinacion de la junta llevase el peso de una autoridad que nadie pudiera disputar al tratarse de los destinos de una poblacion tan importante por su vecindario y, más que todo, por lo que en aquellos momentos significaba en España para la causa de su independencia.

Capitulacion.

Convocada la Junta, se reunió la noche del 19 y comenzó sus deliberaciones llamando á las dos de la madrugada del 20 á los mayores generales de Infantería y Caballería y á los comandantes de Artillería y de Ingenieros de la plaza. La pintura que cada uno

(1) Hé aquí la lista de cuantos formaron la junta: D. Pedro María Ric, que ya hemos citado y los generales D. Juan Butler, gobernador interino de la plaza por la muerte de Warsage, y Don Felipe Saint-March; el duque de Villa-hermosa; el intendente Don Mariano Dominguez; el oidor D. Santiago Piñuela; los fiscales de lo civil y lo criminal D. José Antonio Larrumbide y D. Pedro Ruiz; los regidores D. Alejandro Borgas, D. Joaquin Gomez, D. Joaquin Ignacio Escala y D. Joaquin Barber; los arcedianos de Zaragoza y de Belchite, D. Pedro Atanasio Pardo y D. Francisco Biruete; el canónigo D. Juan Inurrigarro, el marqués de Fuente-Olivar, el baron de Purroy, los PP. Basilio de Santiago, esculapio, y José de la Consolacion, agustino descalzo, los presbíteros D. Santiago Sas, D. Miguel Marraco y D. Nicolás García, y los propietarios D. Pedro Miguel de Goicoechea, D. Cristóbal Lopez Ucenda, D. José Zamoray, D. Mariano Cerezo, D. Manuel Forces, D. Gregorio Sanchez, D. Domingo Estrada, D. Manuel Irañeta, D. Vicente Alonso, D. Felipe San Clemente y D.. Miguel Dolz.—El general O'Neille habia muerto dias antes.

de estos jefes hizo del estado de las tropas no pudo ser más desconsoladora. El brigadier Peña manifestó que, segun los últimos estados de fuerza, no podia contarse más que unos 2.800 hombres de la infantería del ejército; el conde de Casa Flores dijo que no habia más de 260 caballos para el servicio del arma; el general Villava hizo ver que todas las existencias de pólvora consistían en seis quintales que eran los que podian elavorarse cada treinta horas, y el coronel Zappino, de ingenieros, al describir las fortificaciones, dijo que no existian en situacion de resistir más que la Aljafería y las puertas de Sancho y del Portillo, y aquellas por no haber sido atacadas como las demás de la plaza.

Por mucho que aquellas declaraciones contribuyesen á fijar la opinion en los vocales de la junta, los pareceres anduvieron muy discordes. El deseo era, en todos, el de resistir todavía; en unos por conciencia de su deber, en varios por ambicion de gloria y espíritu de provincialismo, en la mayor parte por no oponerse á la corriente popular que aún arrastraba á la resistencia hasta el aniquilamiento de la ciudad. Contribuia á ella una frase de Palafóx dictada por la ira ó la fiebre al recibir la respuesta del mariscal Lannes, la de que *era preciso que se derramase la última gota de sangre*; frase que el pueblo repetia á las puertas de la casa en que se celebraba la junta y de que se hizo eco en ella el P. Consolacion.

Otro tambien de los que se mostraron más acalorados, fué el general Saint-March, aún cuando manifestando que era imposible resistir un ataque general, si el enemigo lo daba con el ímpetu genial de

sus tropas, pero que, de ceñirse á ataques parciales como los hasta entónces verificados, podria conseguirse, y eso lo ofrecia él, mantener aún la plaza tres ó cuatro dias más.

¿Llegaria en ese tiempo el socorro tantas veces anunciado? La Junta examinó detenidamente ese punto; y por las noticias de cada uno y los partes y despachos que facilitó el secretario de Palafóx, pudieron convencerse los vocales de que saldria ilusoria su esperanza si fiàban en ella para dilatar la capitulacion que todos, por fin, vieron que era inevitable si habian de impedirse los horrores de un asalto.

Pasaban, entre tanto, las horas sin decidir nada la Junta, más que persuadida, impuesta por algunos furiosos que se decian representar la opinion general de los zaragozànos, hasta que á las cuatro de la tarde se resolvió á enviar nuevos emisarios á Lannes pidiendo 24 horas para proponer las condiciones de la capitulacion y preparar en la ciudad los ánimos con los motivos y consideraciones que se habian tenido para dar aquel paso (1).

Lannes exigió que se le presentase la Junta en el término de dos horas, pasadas las cuales mandaria

(1) «Convencida por fin la Junta, dice Alcaide, de que no debia »llevarse la temeridad hasta el frenesí, y que debían salvarse los »tristes restos de unas familias que tanto habian padecido, viendo »que, á pesar de los exhortos, no comparecia gente para la defensa, »y que en todos los partes pedian tropa, municiones y trabajado»res, presentando los puntos en el estado más lastimoso, y casi »enteramente abandonados, envió nuevo parlamento al mariscal »Lannes, solicitando les concediese veinte y cuatro horas de tre»guas para proponerle la capitulacion, y á seguida dispuso que los »lumineros enterasen á sus parroquianos de lo que se trataba y que »trasmitiesen su opinion y modo de pensar para proceder con el »debido acierto.»

romper de nuevo el fuego que habia hecho cesar al recibir el mensaje; y con efecto, si no todos por la premura del tiempo, se trasladaron varios de los vocales á la Casa-blanca, donde los esperaba el Mariscal. Recriminaciones ásperas por lo temerario de la resistencia que se le habia opuesto; cálculos sobre el resultado inmediato de los medios que tenia preparados para asaltar á la mañana siguiente la ciudad ó arrasarla con las minas ya dispuestas; y las amenazas consiguientes á tales argumentos si aún se persistia en una defensa que no podia conducir sino á una catástrofe horrenda; tal fué el discurso del duque de Montebello, mezclado con preguntas sobre algunos de los españoles, presos en la ciudad por sospecharse de sus opiniones políticas.

La suerte estaba echada; y á los junteros no les quedó más que el escuchar resignados cómo el Mariscal iba dictando las condiciones de la capitulacion que firmó el primero y despues ellos, sin que se les atendiese á objecion ni observaciones de ningun género.

La capitulacion decia:

Art. 1.° La guarnicion de Zaragoza saldrá mañana 21, á mediodia, de la ciudad, con sus armas por la puerta del Portillo, y las dejará á cien pasos de dicha puerta.

Art. 2.° Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas, harán juramento de fidelidad á S. M. C. el rey José Napoleon I.

Art. 3.° Todos los oficiales y soldados que habrán prestado el juramento de fidelidad, quedarán en li-

bertad de entrar en el servicio en defensa de S. M. C.

Art. 4.ª Los que de entre ellos no quisieren entrar en el servicio, irán prisioneros de guerra á Francia.

Art. 5.° Todos los habitantes de Zaragoza y los extranjeros, si los hubiere, serán desarmados por los alcaldes, y las armas puestas en la puerta del Portillo el 21 al mediodía.

Art. 6.° Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas del emperador y rey.

Art. 7.° La religion y sus ministros serán respetados, y serán puestas centinelas en las puertas de los principales templos.

Art. 8.° Las tropas francesas ocuparán mañana al mediodía todas las puertas de la ciudad, el castillo y el Coso.

Art. 9.° Toda la artillería y las municiones de toda especie, serán puestas en poder de las tropas de S. M. el emperador y rey, mañana al mediodia.

Art. 10. Todas las cajas militares y civiles (es decir las tesorerías y cajas de regimiento), serán puestas á la disposicion de S. M. C. Todas las administraciones civiles y toda especie de empleados harán juramento de fidelidad á S. M. C.

Art. 11. La justicia se destribuirá del mismo modo, y se hará en nombre de S. M. C. el rey José Napoleon I.—Cuartel general delante de Zaragoza á 20 de Febrero de 1809.

Cambiáronse los ejemplares firmados y todo quedó concluido.

«Enterados los habitantes, dice Alcaide, actor en

»el sitio y testigo de casi todas sus peripecias, de lo »que trataba la Junta, oprimidos de un peso enorme, »tuvieron por fin que sucumbir y recibir la dura ley »que les quiso imponer el vencedor.»

Así cayó Zaragoza; y ofrece su ruina lecciones para todos, para el militar como para el filósofo; no sabiéndose, realmente, en qué fases admirar más aquel sitio, cuya memoria ha pasado á la posteridad como uno de los ejemplos más elocuentes de lo á que pueden alcanzar el valor y el patriotismo en ciertos pueblos, en algunas, aunque contadas, nacionalidades. Ultimas consideraciones.

Porque, si nos remontamos al estudio de las más celebradas por la importancia que hayan podido obtener en los destinos del mundo, no hallaremos, sin embargo, en la historia de ninguna época esos rasgos de fiera, de casi salvaje independencia con que la nacion española ha sellado desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, con su sangre, con el sacrificio de sus intereses más caros, con todo género de abnegaciones ménos la de su honra, único objeto que siempre se ha propuesto incólume en sus desgracias. Y que no es esto una jactancia patriótica, sino idea que obedece á los resultados de un estudio detenido y á observaciones absolutamente imparciales, puede demostrarlo el recuerdo histórico de las resistencias opuestas al extranjero en las naciones más belicosas. En el recuento de las ciudades antiguas resistiendo la invasion ó la ley enemigas, sólo con largos siglos de intervalo, pueden citarse algunas como Troya, Alesia, Jerusalen, que hayan llevado su defensa á límites verdaderamente extraordinarios, pero sin

poder sostener el paralelo con las de Sagunto y Numancia, Astapa, Calahorra y otras varias españolas que, en poco más de una centuria, la ofrecieron al pueblo rey con valor igual y con caracteres de tenacidad, de sufrimiento y de horrores que ni la poesía ha llegado á atribuir á aquellas. En el recuento de las modernas, no cabe entrar en comparaciones de ningun género, porque no se nos citará una sola ciudad ó plaza que la resista con las varias que en la guerra de la Independencia se propusieron emular entre sí y con las ya citadas de la invasion romana.

¿En qué relacion de sitios se leerán conceptos como los estampados por los mismos historiadores enemigos, al conmemorar la resistencia opuesta por las ciudades españolas á los ejércitos que ya nadie se atrevia en Europa á resistir?

El general Brandt que, sirviendo entre los sitiadores, no habia de ser muy admirador nuestro, pero que, no siendo francés, se inspiraria en sentimientos de alguna imparcialidad y justicia, se produce así al recordar el espectáculo que ofrecia Zaragoza, cuando entraron los sitiadores: «La plaza, dice, del Pilar, »ofrecia uno de esos cuadros que no se olvidan ja»más. Estaba llena de mujeres y de niños orando, de »féretros, y de muertos para quienes habian faltado »féretros. En algunos sitios habia hasta veinte atau»des apilados los unos sobre los otros... Uno de ellos, »abierto, encerraba á un anciano revestido de un rico »uniforme blanco con adornos encarnados. Cerca de »él y con el cabello todo suelto, su mujer ó su hija, »señora jóven y de una hermosura notable, rezaba

»con fervor. A veces levantaba con viveza la cabeza, »mirando con ansiedad del lado de la iglesia á ver si »acudia el sacerdote que sin duda esperaba. Pero »los curas no podian dar abasto á todo, áun cuando »oficiasen en gran número y en todos los altares á la »vez. El lúgubre amontonamiento seguia en el portal »y en todos los sitios bajos; el suelo de la nave des»aparecia bajo las negras figuras prosternadas, cu»yos sollozos se mezclaban con las salmodias. Ví »tambien, no léjos del altar mayor, algunos soldados »franceses arrodillados. El humo del incienso y de »los cirios innumerables encendidos, subia lenta»mente á la bóveda agujereada en muchos puntos »por nuestros proyectiles. La calle de Toledo estaba »quizás más siniestra todavía: era el refugio princi»pal de la poblacion, de los barrios invadidos y bom»bardeados. En los arcos yacian mezclados, en con»fusion indescriptible, niños, ancianos, moribundos, »muertos, muebles de toda especie y animales do»mésticos extenuados de hambre. En medio de la »plaza, un monton de cadáveres, la mayor parte en »estado de desnudez completa; y aquí y allá brase»ros en que aquellas pobres gentes hacian cocer su »alimento. La vista, sobre todo, de los chicos, flacos »y con los ojos ardiendo de la fiebre, hacia daño. Fi»guras sombrías, embozadas en sus grandes capas, »hablaban con animacion, callándose, sin embargo »en el momento en que nos acercábamos, y afectan»do no mirarnos. He asistido despues á muchas »escenas de carnicería; he visto el gran reducto de »la Moscowa, uno de los más célebres horrores de »la guerra... en ninguna parte he sentido la emo-

»cion que allí. Y es que el espectáculo de la tortura »es mucho más doloroso que el de la muerte.»

Daudevard de Férussac dice á su vez: «Los pri»meros dias de la toma de Zaragoza, ántes de que »verificase el Mariscal su entrada, era casi imposible »transitar por las calles de la ciudad. Un aire pútrido »é infecto nos sofocaba; las calles estaban cerradas »por los escombros ó las piezas de artillería, obstrui»das por las barricadas y los fosos que las cortaban; »y por todas partes cadáveres de hombres y de »animales. En las puertas de las iglesias, los cuer»pos envueltos en sacos ó pedazos de lienzo es»taban amontonados para enterrarlos; debia creer»se que una peste espantosa habia despoblado la »ciudad. Sus habitantes, los que habian escapado »á los estragos del bombardeo, de las fiebres conta»giosas, flacos, lívidos, á manera de espectros am»bulantes, salian con avidez al campo para en él res»pirar un aire más sano. Las mujeres no se atrevian »á salir; todas las puertas estaban cerradas y no se »abrian sino con miedo. Las casas estaban tan sú»cias, que no pudiendo alojar en ellas á nuestros sol»dados, fué necesario hacerlos vivaquear en las »calles y las plazas.»

El frio Belmás, atento á la narracion, tan sólo, de las operaciones de sitio de nuestras plazas, en que resultó número tan considerable de las que llegaron á ofrecer espectáculos, ya que no iguales, parecidos al de Zaragoza, dice tambien: «La ciudad ofrecia un as»pecto horrible. Respirábase en ella un aire infecto que »ahogaba. El fuego, que aún consumia varios edifi»cios, llenaba la atmósfera con una espesa humareda.

»Los barrios atacados no presentaban sino monto»nes de ruinas mezcladas con cadáveres y restos »humanos esparcidos por ellas. Hasta las casas que »no habian sufrido de las explosiones ó del incendio »estaban acribilladas de aspilleras y de las balas de »cañon ó hundidas por las bombas y granadas; el in»terior aparecia abierto de todas partes por anchas »cortaduras hechas para la comunicacion de los »defensores. En lo alto de algunas paredes que aún »se mantenian en pié, pedazos de techos y de pisos »suspendidos amenazaban aplastar cayendo á los »que andaban por allí cerca. En el Coso, que forma»ba el límite de nuestras conquistas, el suelo estaba »trastornado por el efecto de las minas y de las bom»bas; las puertas y ventanas aparecian tapiadas ó »cerradas con sacos á tierra, colchones ó muebles; »todas las calles próximas estaban obstruidas con »traveses y escombros. La poblacion, retirada á los »barrios ménos expuestos á los ataques, se habia »aglomerado en las cuevas y en los subterráneos »más húmedos, buscando allí un refugio contra las »bombas. Los hospitales habian sido abandonados; y »los enfermos, medio desnudos, vagaban errantes »por la ciudad como sombras lívidas saliendo de las »tumbas y expirando en medio de las calles. La »plaza del Mercado nuevo ofrecia, sobre todo, el »espectáculo más espantoso; un gran número de fa»milias, cuyas casas habian sido invadidas ó arrui»nadas, se habian retirado bajo los arcos: allí, los »viejos, las mujeres, los niños yacian todos mezcla»dos en el empedrado con los moribundos y los »muertos. En aquel sitio de dolores, no se escucha-

»ban sino gritos arrancados por el hambre, por los »sufrimientos y la desesperacion.»

Como esos, podríamos aducir muchos otros datos y documentos elocuentísimos, revelando el estado de Zaragoza al penetrar por sus calles los franceses el 21 de Febrero. Ni podia ser otro á los sesenta y dos dias de un sitio, resistido en condiciones tan desfavorables por una poblacion que, á las poco militares de sus obras defensivas, reunia la de su gran vecindario, aumentado contra las reglas todas del arte y las de la más vulgar prudencia, con la inmigracion de los comarcanos próximos y la entrada de un numeroso ejército, despues de arrollado, sobre todo, y batido en una batalla reciente y decisiva.

Pasaba de 50.000 el número de los muertos, de los que se calculó que la mitad pertenecia á los habitantes de Zaragoza ó á los acogidos á ella, y la ótra á los militares que, á los rigores del hambre y de la epidemia comunes á todos, hubieron de unir los estragos de una lucha incesante y mortífera para la que, como es de suponer, eran los primeros en cumplimiento de su deber y satisfaccion de su honor. Así es que no pasó de 12.000 la cifra de los prisioneros con los hechos en los combates del sitio, especialmente en el último del Arrabal. El resto de la guarnicion hasta el número de 32.421 en que la fijamos habia perecido ó yacia en los hospitales y en las casas que se habian dedicado á igual destino (1).

(1) Los franceses perdieron segun Belmás 3.000 infantes entre muertos y heridos; 1.500 se hallaban en los hospitales, y morian muchos del tifus. Perdieron además 1 oficial de artillería y 18 de tropa, tuvieron 5 oficiales y 30 soldados heridos; y de los ingenie-

La salida de los que lo recibieron pára Francia, por haberse negado á reconocer la autoridad del Intruso, tuvo lugar aquel mismo dia 21 por la puerta del Portillo, desfilando despues en presencia del Mariscal y dejando sus armas al pié de la Aljafería. Ya en Zaragoza, cuando la noticia de la capitulacion cundió entre los defensores, se habia visto á muchos de ellos hacer pedazos sus armas para que no cayesen en poder del enemigo. Así es que no todos aparecieron á la vista de los franceses armados, como tampoco con los uniformes que son el distintivo de las tropas regulares del ejército, pues el Mariscal confundió en una misma suerte á los soldados y á los paisanos, habitantes de Zaragoza y campesinos, que lo habian hostilizado. Ahí está para probarlo, el testimonio de Brandt, cuando describe la salida de los defensores para Francia.

«Al cabo de una hora, dice, apareció la vanguar»dia de aquellos famosos defensores de Zaragoza; »cierto número de jóvenes de 16 á 18 años, sin uni»forme, con mantas pardas y escarapelas encarnadas, »y fumando *nonchalement* sus cigarrillos, que forma»ron frente á nosotros. Inmediatamente vimos llegar »el grueso de la tropa, multitud extrañamente abi»garrada, compuesta de gente de todas edades, de »todas condiciones, algunos con uniforme, la mayor

---

ros hubo 11 oficiales muertos y 16 heridos; con 156 bajas entre los zapadores. Schépeler no se conforma con estas cifras que atribuye con justicia á Rogniat y hace elevar la cifra de las bajas hasta la de 10.000, porque de otro modo, dice, no es pérdida por la cual los mariscales franceses y el ardiente Lannes, perdieran dos meses en un sitio; y podríamos añadir, en el sitio de una ciudad abierta.

»parte en traje de paisano. Allí se veia una curiosa »coleccion de tipos y de trajes populares de las dife»rentes provincias de la Península, aragoneses, na»varros, castellanos, catalanes, andaluces. Los ofi»ciales, montados en mulas ó en burros, no se dis»tinguian de los soldados sino por los tricornios y »sus largas capas. Aquellos hombres fumaban, ha»blaban y parecian completamente indiferentes á su »próxima expatriacion. No todos, sin embargo, esta»ban tan resignados, porque bien pronto vimos llegar »á otros á quienes habian nuestros soldados descu»bierto en las casas en que trataban de esconderse, »y á quienes venian empujando á culatazos. En fin, »el general Morlot, encargado de conducirlos, puso »sus tropas en movimiento, y toda aquella guarnicion »compuesta de ocho ó diez mil hombres, desfiló de»lante de nosotros. Los más tenian un aire tan poco »militar que los nuestros decian en voz alta que no »se debia haber ocupado tanto ni incomodarse por »semejantes canallas. (1)»

La pluma se resiste á proseguir en las consideraciones que se amontonan á la imaginacion recordando el sitio de Zaragoza. Es tal la gloria que cubre aquel famosísimo episodio de la guerra de la Independencia, que cualquiera otra descripcion de las innumerables que ya encierra su historia fatigaria en vez de causar deleite y entusiasmo. A la memoria de los españoles está siempre presente aquel suceso

---

(1) Si valian tan poco, ¿por qué ellos no tomaron la ciudad en su primer empuje? ¿Para qué, entónces, se cubrian tanto y tanto murmuraban de sus jefes, diciendo que se les llevaba al matadero?

que enorgullece á los más excépticos ó indiferentes; y no se escapará en mucho tiempo á la del extranjero para admirar el valor de nuestros padres y respetar el que en iguales circunstancias desplegarian, de seguro, la generacion presente y las venideras.

Pero si tampoco debemos detenernos aquí en la exposicion de los rasgos de habilidad militar y política, ni en la de los errores que entrañó la defensa, pues que se han ido unos y otros advirtiendo en el curso de este capítulo, parece oportuno aunque no sea más que un breve ensayo del paralelo que merecen los dos sitios de Zaragoza; el del verano anterior, con tanta suerte y gloria sostenido, y el en que nos venimos ocupando, no tan afortunado, pero si tan honroso y quizás por sus proporciones más celebrado en las relaciones históricas de aquella guerra. En el archivo inacabable del duque de Zaragoza, hallamos, sin embargo, datos tambien que nos ahorren ese trabajo, y autoridad, para hacerlo, que á nosotros nos falta. Allí existe el borrador autógrafo de una carta que Palafóx debió dirigir á D. Sebastian Miñano, y que encierra la comparacion de uno con otro de los sitios, concisa como todos los escritos de aquel insigne general, pero tan elocuente por sus ideas como importante por su orígen.

«Muy Señor mio, dice: he leido con atencion en »su Diccionario el artículo que Vm. ha creido con»veniente insertar sobre el primero y segundo sitio »de la inmortal Zaragoza, y siento no haya Vm. juz»gado oportuna la prevision de haberme preguntado »sobre algunos extremos que abraza, no ignorando

»que existo aún y que nadie tiene más datos para »rectificar la relacion de los hechos.

»La narrativa del primer sitio está demasiado »concisa, siendo así que para los que tuvimos la »gloria de estar allí, es indudablemente más digna »de extension. En el segundo sitio parece se detiene »Vm. persuadido de ser mayor y más grandioso á los »ojos del militar y del historiador, pero en la reali»dad es todo lo contrario, y aunque en un artículo »cual requiere el objeto de la obra no cabe extenderse »mucho, sin embargo no deben á mi entender quedar»se truncados los hechos, ó pasados en olvido los más »esenciales. En el primer sitio hubo ménos medios »de resistencia, y por tanto fué ésta mayor y de más »mérito: si se quiere realzar el valor de los hijos de »Zaragoza, allí fué su teatro, allí la arena donde se »acrisolaron sus virtudes y nuestra lealtad al Sobe»rano: justo será, por consiguiente, que los hechos »heróicos y acciones arriesgadas que acreditaron »allí estas cualidades, no queden sepultadas en el ol»vido en que las dexa su artículo de Vm. El sitio »primero duró setenta y dos dias desde la investi»dura de la plaza porque á ella siguió con intervalos »el progreso de los trabajos de los sitiadores: por »tanto, si hay lugar á rectificar ó á aumentar lo omi»tido, tendré el mayor placer en suministrar á Vm. los »datos que tenga la bondad de pedirme si gustase »algun dia dirigirse á este objeto.

»El segundo sitio fué todo efecto del arte y de la »prudencia de los sitiadores que hizo brillar la cir»cunspeccion y perseverancia de los sitiados. En »este sentido está el artículo de Vm.; pero hay al-

»gunos errores de hecho que necesariamente pro-
»ducen errores de concepto, tal es, etc., etc. (1).»

Pues ese mismo concepto hemos formado nosotros al comparar sitio con sitio entre los dos de Zaragoza. La defensa en el primero, es eminentemente popular, pues que no cuenta la ciudad sino con muy pocos soldados, sin organizacion alguna, como escapados en su mayor parte de las guarniciones relativamente más próximas. Esos soldados y los oficiales sueltos, que tambien acuden á defender allí la causa nacional, se portan sábia y bizarramente: no brilla en la historia conducta más leal en ningunos otros del mundo. Pero el pueblo zaragozano es verdaderamente el protagonista en aquel drama militar, al que ninguno tampoco ha llegado en interés, accion y desenlace en su género. Las escenas del 4 de Agosto no tienen parecido en los tiempos modernos, y aquellos siete mozos que, regidos por el fraile Santaromana, restablecieron el combate en la Magdalena, no tienen rivales en la antigüedad, áun contando con los espartanos de las Termópilas.

En el segundo sitio, como confiada en primer lugar la defensa á una guarnicion numerosa, el paisanaje se considera exento de los riesgos y las fatigas, miéntras el invasor no pise el suelo sagrado de la ciudad. Ya para entónces, el hambre y la peste han sobrepujado en sus estragos al bombardeo y la

(1) Hasta aquí llega el autógrafo que apénas si tiene algun ligero tachon. Y decia despues un ilustre viajero francés que Palafóx no sabia escribir. Si de personas como el defensor de Zaragoza hablaba así, ¿qué seria de lo que á sus cándidos lectores embocaria sobre los países remotos que visitó en sus largos viajes al rededor del mundo?

lucha, y los militares y los zaragozanos, no en acuerdo perfecto, mermados por la muerte, con sus fuerzas extenuadas y perdida toda esperanza, pelean por el que consideran ya compromiso de honor despues de las hazañas anteriores, y por ese espíritu noble, intransigente y rencoroso de nuestra raza á quien la sangre y la desgracia no hacen sino encender más y más en sus arrogantes y vengativos propósitos.

Que Palafóx fué el alma de las dos defensas, lo prueba, mejor que nada, la historia de las reacciones operadas con su presencia ó sus palabras, ya que la rendicion, al inutilizarlo la fiebre para el mando, se deba al estado ya insostenible de la plaza. Sus salidas en el primer sitio, tan criticadas por sus enemigos, serán siempre hábiles en concepto de los militares imparciales: en el segundo ni tenian objeto, ni eran posibles cuatro dias despues de presentarse los franceses en Torrero y el Arrabal. Otra cosa hubiera sido, y ahí está el error de Palafóx, segun ya hemos dicho, para algunos, si la mayor parte de la guarnicion hubiera salido de Zaragoza para hacer el papel de ejército de socorro.

Por lo demás, la capitulacion le cogió en su lecho, privado de sentido y casi dado por muerto. Al dispertar y salir de su postracion se encontró rodeado de sus enemigos que acudian á conocer y admirar al grande hombre á quien, como militares, atribuian la resistencia que, contra toda esperanza suya y contra toda regla polémica se les habia opuesto. Pero entre ellos apareció uno de los primeros dias el que mandaba interinamente la plaza; y, quedándose á solas con Palafóx, le amenazó de muerte si no firmaba

las órdenes que le presentó escritas para que se entregasen á los franceses todas las plazas de Aragon (1). Como es de suponer, Palafóx se negó á aquella exigencia como á otras varias, con lo que ántes de hallarse convaleciente fué puesto en camino y llevado á Francia, donde, como todo el mundo sabe, recibió en la torre de Vincennes el duro trato que Napoleon fué sucesivamente imponiendo á tantos y tantos valientes defensores de la Independencia española que nunca se avinieron á sometérsele.

La capitulacion fué violada inmediatamente de

(1) Años despues escribia, á su amigo Palafóx el célebre marqués de Pontejos: «Verificada la entrada de los franceses en Zaragoza, al »terminarse el segundo sitio, se hallaba el general Palafóx postrado »en cama y desahuciado ya de los facultativos, sin accion para »moverse ni ménos para ocuparse de nada pues estaba en un con»tinuado delirio y extinguiéndose su vitalidad por momentos, »quando el oficial encargado del gobierno de Zaragoza, que lo fué »en los primeros dias el coronel Plique, entró en su aposento y »hallándole moribundo, hizo salir los que le cuidaban y acompa»ñado sólo de su impudente audácia intimó al exánime general »con una pistola que le puso al pecho, la precision de que firmase »unas órdenes que él trahia dirigidas á mandar entregar las plazas »de Aragon, que ellos no habian podido aún tomar. El general Pa»lafóx sorprendido en medio de su letargo con tan extraña embajada »se negó resueltamente, pero como sus fuerzas le abandonasen »para poder contestar á un insulto tal con las armas en la mano, »desnudó su pecho y dijo al coronel; *pues no sabe respetar Vm. el »decoro que se debe á un prisionero como yo, y sacrifica el honor de »su emperador que estaria sólo en ganar las plazas con valor, tire »Vm. cobarde, que mi situacion no me permite decirle otra cosa sino »que yo no sabré nunca morir sin honra.*—Posteriormente, el terror »de la caida de Zaragoza, valuarte de la libertad de España y »exemplo de la lealtad más acrisolada, y los amaños de que se va»lieron los franceses, lograron rendir algunas de aquellas plazas, »que inicuamente achacaron á esas órdenes supuestas, pero que »nada lograron en suma sino patentizar, y extender más y más el »descrédito de los franceses.» (a).

(a) Las órdenes emanaron de la Junta que sustituyó á Palafóx y tenemos á la vista la original remitida al gobernador de Benasque «para que »inmediatamente se ponga en camino para Zaragoza sin dar lugar á que »se tome otra providencia.» La órden es del 23 de Febrero.

puesta en ejecucion, dejándose llevar los franceses de la ira que les habia producido la resistencia, y Lannes de la idea de imponer con una severidad que creeria saludable. Los defensores que más se habian distinguido y que cometieron la imprudencia de no ocultarse ó tuvieron la desgracia de ser descubiertos, fueron bárbaramente asesinados á bayonetazos y arrojados al Ebro, como el P. Basilio de Santiago (1), el presbítero Sas y varios que no tenian otra mancha para los sacrificadores que su talento, su valor ó el carácter sacerdotal de que estaban revestidos (2).

¿Por qué se encarnizaba de ese modo el hombre

---

(1) Al P. Basilio Bogiero de Santiago, escolapio nacido en Italia pero educado en Zaragoza, atribuian los franceses las proclamas de Palafóx que tanto inflamaban los ánimos de los defensores y, por eso, fué tan inhumanamente sacrificado.

A pesar de esa fama y de ser el P. Basilio maestro de Retórica y regular poeta, los que hayan leido sus composiciones, que despues se publicaron, y las alocuciones que dirigió á los zaragozanos en su nombre, verán que son inferiores en mérito literario á las que llevan el del ínclito general estampado al pié de ellas.

(2) El vizconde de Grouchy acaba de publicar unas cartas de un hermano de su abuela, M. de Maltzeu, teniente de Ingenieros entre los sitiadores de Zaragoza, por las que puede comprenderse cómo se respetó la capitulacion.

Hé aquí algunas de ellas:

«*En el Monte Torrero á 22 de Febrero de* 1809.—Al fin somos dueños de Zaragoza, querida mamá. Zaragoza era la palabra que los fieles servidores de Fernando VII nos echaban siempre como á la cara cuando se les hablaba de los asuntos de España. Hemos entrado en la parte de la ciudad que no teníamos conquistada, despues de ver desfilar más de 20.000 hombres, tanto de tropas regulares como de paisanos. Todas las calles están desiertas y llenas de cadáveres. A la puerta de muchas casas he visto mujeres y niños sin asilo, llorando, cayéndose de hambre, con la muerte pintada en el semblante. Las casas están acribilladas por las bombas. No se

que despues habia de dedicar elogio tan sublime á esos mismos dos religiosos que tan inhumanamente hacia matar unos meses ántes?

Repetimos que el mayor elogio de Zaragoza y de sus defensores lo hacia poco despues el mariscal Lannes, uno de cuyos últimos actos, próximo al sublime de su muerte en Essling, fué en desagravio de los defensores de Zaragoza, por lo que vamos á recordarlo aquí como término de nuestra tarea.

«Es verdad, decia en presencia del célebre Mr. de »Villemain, que he fortificado esta costumbre (la de

---

sabe qué ha sido de los 60.000 habitantes de esta ciudad, una de las más florecientes de España.

»Muchos de nuestros soldados se entregan aquí al pillaje y se enriquecen con sus excesos, sin que las órdenes más severas basten á impedirlo. Por 30 francos me han ofrecido mulas que bien valen 25 luises.

»Esta mañana he visitado el palacio de Palafóx. Este miserable acaba de morir dentro de una cueva, en los brazos de D. Basilio, fraile fanático que merecia mil muertes, pero que ha sido perdonado por conveniencia politica.

»Imposible pintar todo lo horrible del sitio, ni los peligros que hemos corrido. De 35 oficiales de ingenieros que éramos al principio, 27 están fuera de combate, unos por muertos, otros por heridos. Diariamente se subia al asalto por la brecha de algunos edificios, y era raro que uno ú otro de los nuestros no la regase con su sangre. En fin, el cerco de Zaragoza dará materia á la historia.»

«*Dia* 25.—...Te habia anunciado la muerte de Palafóx: no es cierta. Palafóx vive todavía; pero su amigo D. Basilio fué fusilado ayer.

»Aquí nos arruinamos todos; sólo que cuando digo todos, hablo únicamente de los hombres honrados, porque hay pillos que se están hinchando de oro, y que no se avergüenzan de quitar bolsa y caballos á los oficiales españoles prisioneros de guerra. Como no podemos vivir con las malas raciones que nos dan, tenemos que acudir á cantineros, que llevan 24 sueldos por una vela, 7 francos

»comer poco) en España, donde se necesita tan poco »para vivir y se muere tan sin cuidado. Os lo aseguro; »yo no me cuido absolutamente de eso. Se puede »hallar Pultava en todas partes; pero lo que es toda»vía más funesto es tener, no ejércitos que batir, »un pueblo que subyugar, tener que luchar con la »desesperacion.....»

«¡Qué guerra! ¡Qué hombres! Un sitio á cada calle; »una mina bajo cada casa. ¡Verse obligado á matar »á tantos valientes, ó mejor, á tantos furiosos! »Aquella guerra es horrible: se lo he escrito al Em«perador; la victoria da pena.....»

---

por la libra de queso, 8 por la de jamon, 9 por la de azúcar, un franco por botella de vino, 6 sueldos por un pliieguecillo de papel y asi todo. ¡Qué diferencia entre estos precios y el de los muebles y efectos cogidos en Zaragoza! He visto dar por 3 francos espejos de 25 á 30 libras. Los cantineros revenden ahora estos objetos á los desdichados habitantes de la ciudad, de suerte que ganan lo indecible.

»No he visto todavía al general Junot, que está á una legua española del Monte Torrero. Antes venia alguna vez á la trinchera, y por cierto que contínuamente andaba escondiendo la cabeza, y que se mostraba muy inquieto en todas partes. Me extraña, porque se le supone bravo. Hace poco tiempo vino á mi puesto: como yo estaba de servicio, me dirigió varias preguntas y me ordenó que le enseñara nuestras posiciones. Para conducirle á las últimas casas de que éramos dueños, habia que atravesar un patio batido por un campanario enemigo, y en el cual caian más de cincuenta granadas cada hora Advertí al general de este pequeño peligro; le invité á pasar de prisa y eché á andar; pero él se quedó parado y se excusó de seguirme, diciendo que desde allí lo veia todo perfectamente. Por lo demás, es brutal como un granadero y muy altivo con cuantos le rodean. Anteayer atravesó la ciudad á caballo con su Estado Mayor. Sin duda el vino de Burdeos habia abundado en el almuerzo, pues el general iba dando bastonazos á diestro y siniestro para separar á los soldados y suboficiales que le estorbaban el paso.»

«¡Ah; sí! dijo el mariscal Lannes con un acento »incomparable: Italia, es mi juventud, mi nombre, la »pátria de mi fortuna militar. ¡Cuán grandes éramos »entónces, empezando por el general en jefe! ¡Qué »comienzo (debut); lanzarse desde los Alpes en Lom»bardia, para echar de toda la Península cuatro ejér»citos austriacos; despues respetar al Papa que los »habia llamado y devolverle Roma! ¡Cómo me gus»taba tambien la Italia en Junio de 1800, al fin del »siglo que tanta gloria arrojaba sobre el nuevo »abierto para la Francia! ¡Pero hoy es necesario des»plomar las casas sobre sus habitantes; tomar por »asalto los conventos, matar los frailes que disparan »desde lo alto de las ventanas y dispersar á metra»llazos las monjas en las trincheras! Eso es demasiado »para los valientes. Uno dice que es una guerra po»lítica; no lo sé, pero es una guerra inhumana y anti»razonable; porque para conquistar allí una corona, »hay por el pronto que matar allí mismo una nacion »que se defiende, y eso es triste y largo.....»

»¡Son terribles aquellos frailes! Los dos conseje»ros del *marqués* de Palafóx han hecho más que él »en la defensa de Zaragoza, inspirando á aquella »poblacion intrépida que nos ha sido necesario derri»bar á cañonazos como si fueran murallas. ¡Qué ciu»dadanos aquellos dos frailes y tantos otros como yo »he visto animando por todas partes al pueblo con un »crucifijo en la mano! Pero esto no los salvaba de »las balas, y su muerte hacia frecuentemente la de»fensa más encarnizada y el martirio más ostensible. »Es una falta muy grande y un gran mal el ensa»ñarse así con las convicciones de los hombres; es

»una guerra interminable, porque la conciencia está »por encima de la fuerza y no se gasta como ella (1).

(1) *Une conversation sous l' empire*, publicada en la *Revue des deux mondes*, por M. de Villemain en Abril de 1857.

En el calor de los acontecimientos, la Junta Central, primero, y despues las Córtes y el Rey, concedieron á Zaragoza y á sus bravos defensores toda clase de recompensas así honoríficas como remunerativas; tratamiento de *muy noble y muy heróica* á la ciudad, y el de *Excelencia* á su Ayuntamiento; empleos y grados á militares y paisanos; pensiones á las viudas, huérfanos é inutilizados; dispensa de contribuciones por diez años; indemnizacion de perjuicios en las propiedades; acuñacion de medallas, creacion de monumentos, y, entre otras, la concesion de un escudo de honor para cuantos tomaron parte en la defensa.

«Pero, dice Schépeler, llegó la paz y no se creyó en 1814, deber cumplir las promesas que exigia la necesidad de la guerra.»

«¡Todo pasa! continúa el egregio historiador: sobre los escombros de vuestras casas, bravos aragoneses, se levantarán nuevos edificios y el tiempo las echará por tierra del mismo modo: Zaragoza no existirá y la yerba y los matorrales cubrirán sus ruinas. ¡La gloria de vuestras hazañas se cernerá sin embargo, como un espiritu inmortal sobre aquel solar funerario! (a)

(a) Véase el apéndice n.° 23.

# APÉNDICES.

## NÚMERO 1.

El 22 de Noviembre, hallándose el Conde de Alacha, D. Miguel Lilí, en la venta de Codes, cuatro leguas á retaguardia de Nalda, recibió un oficio en que su jefe, el conde de Cartaojal, le avisaba que tenia órden de retirarse á Agreda en observacion de las divisiones de Ney que se dirigian á él por Almazan, por lo que deberia incorporársele con su brigada, tomando el camino de la sierra por hallarse los franceses en Ausejo.

Al amanecer del 23 se puso el Conde en marcha para Villar del Rio, donde entraba á las dos de la tarde. Supo allí que los enemigos ocupaban en fuerza á Soria y que su vanguardia, compuesta de 1.200 caballos y 500 infantes, avanzaba en direccion de Agreda, abandonada, segun le dijeron, por los españoles. Y, suponiendo que Cartaojal se retiraria ante fuerzas tan imponentes y que la exigua suya podria, de encontrarlas en su camino, verse envuelta por ellas, Lilí retrocedió, al amanecer del 24, á Lumbreras y el 25 á Montenegro, pero no sin dar á su jefe aviso oportuno de estos movimientos.

En Montenegro recibió un oficio del 24, manifestándole Cartaojal en él su sentimiento de que, por noticias equivocadas, no se le hubiese incorporado, y diciéndole además que, puesto que no era ya tiempo para hacerlo, operase segun su pericia y su celo. Pero el mismo correo que le llevó el oficio, manifestó á Lilí que, al salir de Agreda, los franceses acometían ya á Cartaojal, quien iba á incorporarse á Castaños por Borja, no sin tener que resistir un choque de los enemigos en las inmediaciones de aquella poblacion durante la noche del 24 al 25.

Lilí se trasladó el 27 á Salas de los Infantes, donde supo el resultado de las batallas de Búrgos y Tudela, así como la marcha de Napoleon á Somosierra. Con esas noticias y la de estar ocupados todos los puentes del Duero, se decidió á situarse en Canales hasta saber de su ejército, permaneciendo al apoyo de la sierra desde el 29 hasta el 4 de Diciembre en que salió hácia Castilla la Nueva Llegó el 5 á Quintanar de la Sierra; el 6 á San Leonardo; cruzó el 7 el Duero por Berlanga y entró el 9 en Atienza. Supo allí los movimientos del ejército del Centro hasta sus posiciones en Torcaz; y, calculando se retiraria á Cuenca, se trasladó el 10 á Güermedes y aquella misma noche á Cifuentes, atravesando la carretera al amanecer del 11 por bajo de Mirabueno, entre Almadrones y Algora, y deslizándose por entre la última division y la retaguardia del enemigo que se dirigian á Calatayud.

Del 11 al 14 cruzó el Tajo y el Guadiela; y, por Salmeron y Albalate de las Nogueras, llegó á Villar de Domingo Garcia, de donde, recibidas ya órdenes del duque del Infantado, pasó el 16 al cuartel general.

Habia andado 90 leguas y esto con muy corta pérdida y la baja de algunos dispersos, presentando, en cambio, 17 franceses prisioneros y, entre ellos, un ingeniero geógrafo, un correo y un sargento de Mamelucos.

El gobierno español premió este servicio con una cruz en que se hizo estampar el lema de *La division de Nalda* en derredor de un círculo en que aparecia el nombre del Soberano. La cinta era blanca con ribetes amarillos.

(Extracto de los papeles del archivo del Sr. Conde de Alacha, conformes con la relacion de *El Conciso*, periódico de aquel tiempo.)

NUMERO 2.

---

Soldados: la patria misma, que os llamó á su defensa, os habla hoy en boca de la Suprema Junta de Gobierno del Reino para recordaros vuestros deberes, y haceros dignos de llevar el nombre Español. En sus amargas quejas no comprehenden al valiente y esforzado, que arrostra con intrepidez los peligros, buscando en ellos la gloria inmortal de haberla salvado: estos bravos guerreros viven en su memoria, en su gratitud y en la admiracion de las generaciones presentes y venideras. Su voz terrible se dirige contra aquellos hombres afeminados, que prefieren la vida cobarde y afrentosa á los riesgos honrosos de las armas: á aquecos hombres, que insensibles al honor, al deber, á la Religion y á la Patria busllan en el crimen la seguridad de su miserable existencia: á aquellos hombres para quienes es indiferente la libertad y la esclavitud, el tener Patria ó no tenerla, el vivir baxo el yugo pesado de un tirano, ó baxo la dominacion dulce de un gobierno paternal: en una palabra, se dirige contra los desertores. Si, con vosotros habla la Patria. Decid, hombres degenerados: ¿no os avergonzais de ser Españoles? ¿No os avergonzais de la distancia inmensa que hay entre vosotros y la bizarra juventud, que cubre sus sienes de laureles en el campo del honor? ¿No os consume el remordimiento de vuestro atroz delito? ¿Qué respondereis á la Patria quando es pida cuenta de lo que habeis hecho por ella? ¿Qué la respondereis quando os diga: Yo me he visto sorprehendida, amenazada de la esclavitud mas vergonzosa, os he llamado para mi defensa, habeis jurado hacerlo, y me habeis abandonado perjuros: Yo he visto amenazada la Religion santa de nuestros padres, aquella religion de amor y caridad, única que puede salvar á los hombres, aquella por la que habeis jurado morir; os he llamado tambien á su socorro, y vosotros habeis perjurado asimismo al Dios Todopoderoso, á quien debeis la vida, los bienes y todos los beneficios que disfrutais á manos llenas. Yo he visto arrastrado con perfidia á un cautiverio horrendo al mejor y mas desgraciado de todos los Monarcas, al virtuoso Fernando VII, he excitado vuestra lealtad, y vosotros, sordos á sus clamores, á vuestro deber y á sus desgracias, no solo le abandonais en el cautiverio, sino que cooperais á que triunfe la perfidia de su enemigo y el nuestro? ¿Qué respondereis á estas reconvenciones severas de la Patria? ¿Os confundis? ¿Llorais vuestro error, vuestra debilidad? ¿Conoceis ahora que vuestro honor, vuestro deber, vuestro interes es el de correr á las armas, y recobrar vuestra opinion perdida, y purgar con un arrepentimiento puro y eficaz el enorme delito que habeis cometido? Decid: quando el enemigo haya sojuzgado la Patria, ¿de qué os servirá haber conservado la vida? ¿No la ireis á perder en los remotos climas para servir á la ambicion del tirano? Vuestros hijos, vuestras mugeres, vuestros padres, vuestros amigos y parientes, aun vuestros mismos bienes ¿no será todo sacrificado al furor y á la rapacidad de los orgullosos vencedores? Y el arrepentimiento tardío de vuestra cobardía, ¿no consumirá vuestra triste existencia? Volved pues de vuestro error, hombres alucinados; todavía es tiempo: todavía la Patria os abre los brazos para perdonaros y reconoceros por hijos: todavía os concede un indulto de un mes para que os presenteis en vuestras banderas; pero desgraciado del que desprecie este último rasgo de su paternal amor. La muerte, y una muerte afrentosa purgará el suelo Español de estos criminales contumaces, de estos hijos espúrios de la Patria, de estos enemigos pasivos de nuestra Religion, de nuestro Rey y de nuestra independencia. Así lo ha resuelto la Suprema Junta de Gobierno del Reyno en el Real nom-

bre de nuestro Rey y Señor D. Fernando VII. Real Palacio de Aranjuez 26 de Noviembre de 1808.

---

Al contemplar la grande obra que el patriotismo y el esfuerzo principiaron en todas las Provincias de España en Mayo de 808 y la naturaleza de una guerra cuyo glorioso término ha de ser restituir su independencia y su Rey, á la nacion ultrajada, ó morir antes que arrastrar la cadena de la esclavitud; parecerá increible que peleando por tan noble causa puedan mancharla con la desercion. Mas por desgracia la Junta Suprema de Gobierno y los buenos Patricios ven con dolor repetido este delito y abandonadas las Banderas de la Patria por Españoles degenerados y viles. Olvidados de todo sentimiento de honor y libertad desamparan los Exércitos, venden á sus compañeros de armas, tal vez calumnian á sus xefes, y aun conspiran contra ellos, pues precisados á disculpar su cobardia no se embarazan en los medios de conseguirlo, y alucinan á los buenos y zelosos vecinos que en sus honrados sentimientos no conciben como puede haber Español que llegue á desertar sin los mas poderosos motivos. Pero la desercion es siempre un delito y en esta guerra mas que en otras, atroz, horrendo, indigno de perdon; es una verdadera traicion á la Patria que no solo se vende por el oro.

La buena causa y las armas Españolas claman por un remedio executivo y que corresponda á lo terrible del mal, y la Junta Suprema Gubernativa del Reyno ha resuelto que todo Desertor, sus cómplices, ó encubridores sean tratados con todo el rigor de las leyes Militares. Y á fin de que no se dilate el castigo ordena y autoriza á los Xefes militares en todos los Pueblos donde los haya, y donde no los hubiere á las Justicias del Reyno para que en el momento que se aprehenda uno ó muchos Desertores, sobre lo cual deberán velar incesantemente, disponga se forme una sumaria breve en crédito del hecho y bien esten confesos ó convictos, sin mas requisito que valerse del dictámen del Asesor, se les imponga la pena de muerte sin la menor demora, y se dé cuenta con el proceso original al Capitan General de la Provincia; siendo Oficial de qualquiera clase y graduacion aunque sea la de General, el que se encontrare sin pasaporte será arrestado inmediatamente, y se dará cuenta con la sumaria que se reciba á la Junta Suprema, á fin de que se les imponga con arreglo á dicha Real Resolucion y á las leyes militares igual pena, de la que ningun individuo del Exercito se considerará exénto.=Los Xefes militares y Justicias que procedieren con indolencia ó contemplacion serán tratados con el rigor que exige materia tan delicada y del modo mas severo; pero las que mostraren el debido celo y energia serán premiadas y atendidas por S. M.

Las Juutas de Gobierno de las Provincias, que tantas pruebas han dado de patriotismo é infatigable celo, cuidarán de circular esta Real Resolucion y velarán sobre su observancia. Truxillo 9. de Diciembre de 1808.

---

NÚMERO 3.

**ESTADO de la fuerza efectiva que salió de Portugal á las órdenes de sir John Moore.**

| ARMAS. | REGIMIENTOS. | JEFES. | TROPA. | TOTALES. |
|---|---|---|---|---|
| Artillería.. | Artillería Real... | Coronel Hardinge........... | 686 | 686 |
| Caballería.. | 18.° ligero de dragones........ | Teniente Coronel Jones....... | 565 | 912 |
| | 3.° idem de la Legion Real Alemana......... | Mayor, Burgwedel.......... | 347 | |
| Infantería.. | 2.° Regimiemto. | Ten. Corl. Ironmonger....... | 616 | 17.745 |
| | 3.° Idem....... | Ten. Corl. Blunt............. | 815 | |
| | 4.° Idem....... | Ten. Corl. Wynch........... | 754 | |
| | 5.° Idem....... | Ten. Corl. Mackenzie........ | 833 | |
| | 6.° Idem....... | Mayor Gordon.............. | 783 | |
| | 9.° Idem....... | Ten. Corl. Cameron.......... | 607 | |
| | 20.° Idem...... | Ten. Corl. Ross............. | 499 | |
| | 28.° Idem...... | Ten. Corl. Belson........... | 750 | |
| | 32.° Idem...... | Ten. Corl. Hinde........... | 756 | |
| | 36.° Idem...... | Ten. Corl. Burne........... | 736 | |
| | 38.° Idem...... | Ten. Corl. Greville.......... | 823 | |
| | 42.° Idem...... | Ten. Corl. Stirling.......... | 880 | |
| | 43.° Idem...... | Ten. Corl. Hull............. | 411 | |
| | 50.° Idem...... | Mayor Napier.............. | 794 | |
| | 52.° Id. (1.er bat.) | Ten. Corl. Barclay.......... | 828 | |
| | 52.° Id. (2.° bat.) | Ten. Corl. Ross............. | 381 | |
| | 71.° Idem...... | Ten. Corl Pack............. | 724 | |
| | 79.° Idem...... | Ten. Corl. Cameron......... | 838 | |
| | 82.° Idem...... | Ten. Corl. Eyre............. | 812 | |
| | 91.° Idem...... | Mayor Douglas.............. | 698 | |
| | 92.° Idem...... | Ten. Corl. Napier........... | 900 | |
| | 95.° Idem...... | Ten. Corl. Beckwith......... | 467 | |
| | Estado Mayor... | Capitan Leicester........... | 61 | |
| | *Legion Real Alemana* | | | |
| | 1.er bat. ligero.. | Ten. Corl. Leonhart......... | 803 | |
| | 2.° Idem, idem.. | Ten. Corl. Halket........... | 855 | |
| | | | | 19.343 |

*Nota.* Hay que deducir el 3.er regimiento, excepto la compañía de granaderos, habiéndose quedado á guardar las comunicaciones con Portugal............................ 715

Total procedente de Portugal.............. 18.628

**ESTADO de la fuerza efectiva que salió de la Coruña á las órdenes de sir David Baird.**

| ARMAS. | REGIMIENTOS. | JEFES. | TROPA. | TOTALES. |
|---|---|---|---|---|
| Artillería.. | Artillería á caballo. | Capitan Downman.......... | 177 | 611 |
| | Artillería Real.... | Capitan Eveleigh............ | 434 | |
| Caballería.. | 7.° de húsares... | Ten. Corl. Vivian........... | 497 | 1.538 |
| | 10.° Idem....... | Ten. Corl. Leigh............ | 514 | |
| | 15.° Idem....... | Ten. Corl. Grant............ | 527 | |
| Infantería. | 1.° F. G. (1.er bat.) | Coronel Anderson........... | 1.300 | 8.573 |
| | Idem (3.er bat.).. | Coronel Cheney............. | 1.027 | |
| | 1.er Reg. (3.er bat) | Mayor Mullers.............. | 597 | |
| | 14.° Id. (2.° bat.). | Ten. Corl. Nichols .......... | 550 | |
| | 23.° Idem...... | Ten. Corl. Wyatt............ | 496 | |
| | 26.° Idem...... | Ten. Corl. Maxvell......... | 745 | |
| | 43.° Idem...... | Ten. Corl. Gifford........... | 817 | |
| | 51.° Idem...... | Ten. Corl. Darling........... | 516 | |
| | 59.° Idem...... | Ten. Corl. Fane............ | 557 | |
| | 76.° Idem...... | Ten. Corl. Symes........... | 654 | |
| | 81.° Idem...... | Mayor Williams............ | 615 | |
| | 95.° Id. (destdo).. | Ten. Corl. Wade............ | 699 | |
| | | | | 10.722 |

| | | |
|---|---|---|
| Total del ejército......... | De la Coruña... | 10.722 |
| | De Portugal.... | 18.628 |
| | Total general...... | 29.350 |

*Nota.* Napier dá un total de 31.580 hombres; pero hay que contar con que en los estados anteriores, sacados de los documentos de Moore, sólo se hallan consignadas las clases de tropa. Además, Napier estampa la baja de 2.275 hombres correspondientes á cuatro batallones dejados en el camino de Portugal y entre Villafrança y Lugo para guardar las comunicaciones. Las piezas de artillería eran 66, de las que 42 formando parte de las divisiones y el resto en reserva.

NÚMERO 4.

—

«Teniendo motivos para creer que los franceses estaban en movimiento sobre Madrid y que no era probable se verificase ningun ataque á nuestros puestos por algun tiempo, me levanté muy temprano la mañana del 4 y llegué á Salamanca hácia el mediodia del dia siguiente. Me decidí á dar este paso, no por mera curiosidad, sino á consecuencia de ciertas cartas que habia recibido de Sir John Moore respecto á la satisfaccion que tendria en consultarle personalmente. Entré en la ciudad lleno de dudas y de preocupacion; y por cierto que no la dejé con esa preocupacion borrada ni con las dudas desvanecidas.»

«Una vez en presencia del General, y trás los cumplimientos de uso en tales ocasiones, nuestra conferencia versó naturalmente sobre el estado actual de las cosas y la posicion del ejército, echando cálculos para su mejor direccion. Entónces me dijo explícitamente Sir John que habia por fin determinado el retirarse. Habia llamado á todos los oficiales generales á la vez, añadió, con el propósito de informarlos de su resolucion con las razones por que lo hacia; pero sin requerirles su opinion ni pedirles su juicio. Entró inmediatamente por extenso, razonando verbalmente como lo habia hecho en sus cartas, en los motivos que le hacian inclinarse del lado más triste de aquella situacion.»

«Habló calurosamente condenando al gobierno español y á la nacion en general, y se extendió sobre la falta de talentos en los generales y sobre lo absurdo de sus operaciones que les habian conducido á ser batidos en detall Expresó su sentimiento sincero de que no hubiesen ellos marchado, como pensaron hacerlo cuando él principió á entrar en el país, á unírsele, y declaró que con una fuerza esparcida todavía y no teniendo sino reliquias de ejércitos vencidos en sus flancos, sólo le quedaba la eleccion del peligro. La resolucion á que habia llegado por fin, no la tomaba sin gran repugnancia; pero la duda de si podria salvar su ejército, situado como lo estaba entónces, ofrecia á su mente una consideracion que se sobreponia á toda otra: y se habia resuelto á retirarse.»

«No podia ménos de afectarme hondamente tal declaracion, y creí que, áun respetuosamente, debia contestar expresando mi sentimiento de que existiera tan fuerte necesidad para medida tal y mi preocupacion por las consecuencias que pudiera tener para la causa. La más ligera indicacion de un movimiento retrógrado que se hiciese en momento como aquel, temia yo que produjera fatal efecto, porque España sucumbiria, sucumbiria Portugal y toda la Europa se veria de nuevo á los piés del enemigo. Entónces, ¿qué seria de Madrid, cuyos habitantes estaban soportando las mayores privaciones con la esperanza, principalmente, de recibir socorro de nosotros, y qué de Castaños y Palafóx y Blake, todos aquellos que en la misma y explícita inteligencia trabajaban por reunir sus dispersas tropas? Es indudable que la opinion del general seria más fundada que la mia; pero yo temia el grave disgusto que su resolucion ocasionaria al pueblo inglés, cuyos verdaderos sentimientos parecian fundarse en el éxito de su empresa y cuya mortificacion con tal desencanto seria grande, en proporcion á las esperanzas con que le habian visto embarcarse para llevarla á cabo. Yo me retiré entónces pero con la penosa conviccion en mi ánimo de que el ejército comenzaria su retirada en el espacio de un dia ó, á lo más, de dos.»

«Los sentimientos dolorosos que me trabajaban, pronto lo conocí, no eran mios solamente; muchos participaban de ellos en el ejército. Hasta el mismo Estado Mayor del General no pudo ocultar su disgusto al saber se adoptaba un pensamiento tan poco satisfactorio. Habiendo llegado por entónces el general Hope,

habia en Salamanca y en sus inmediaciones sobre 20.000 hombres de las tropas británicas, en estado, tanto en cuanto á su equipo como á su disciplina, de oponerse á cualquier fuerza francesa casi doble en númeror El general Baird, con un gran refuerzo, particularmente de caballería, estaba en Astorga, sin obstáculos de ninguna especie en su camino que le impidiesen llegar á los seis dias lo más. Pero si se juzgaba peligroso el esperarsele allí, ¿porqué no marchar hácia él y concentrar las divisiones detrás del Duero, desde donde despues podrían emprenderse las operaciones ofensivas? Cualquier cosa, en fin, era preferible á una retirada que, independientemente de la desgracia que acarrease á las armas inglesas, exponia á Madrid á su destruccion y causaria la aniquilacion de los ejércitos de Castaños y Palafóx. Rara vez hombres, en situacion como la nuestra, se aventuran á hablar tan libremente contra las medidas de su jefe. Pero murmuraciones y reconvenciones eran infructuosas; el dado estaba echado y no podia recogerse ya.»

«En medio de estas discusiones llegaron noticias de la capital que aún sirvieron para producir efecto en el ánimo del General. Representaban á los españoles dispuestos á hundirse en las ruinas de la ciudad y á perecer ántes que entregarse á los franceses. En el corto espacio de cuarenta y ocho horas habian desempedrado las calles y llenado los balcones y tejados de sus casas de piedras para arrojarlas sobre los asaltantes. Habíase abierto una gran trinchera en derredor y por todo el perímetro de la poblacion se habian comenzado varias obras exteriores, y hombres y mujeres de todos rangos y condiciones trabajaban sin cesar para concluirlas. Morla habia reasumido el mando en jefe de la plaza y todos estaban animados de una misma y entusiasta resolucion, la de vencer ó morir. No hay necesidad de añadir que el solo anuncio de estas noticias sirvió para aumentar nuestro disgusto. No satisfechos con expresar su desaprobacion por la retirada, hubo quienes exhibieron planes propios cuya adopcion estaban perfectamente convencidos produciria los resultados más ventajosos. ¿Porqué, decia uno, no marchar á la derecha y esforzarnos por reunirnos á Castaños? Aun cuando suceda lo peor, siempre tendremos expedita la retirada á Cádiz por Sierra-Morena. ¿Por qué no hacer un movimiento de avance á lo ménos, exclamaba otro, ó si no reunirnos á retaguardia del Duero? Esto retardará siquiera las operaciones del enemigo si no logra desconcertarlas. ¿Era de esperar que Bonaparte, habiendo ido tan adelante, quisiera abandonar España hasta establecer en ella su autoridad por completo ó hasta que los recientes levantamientos españoles no quedasen en estado de resistir más derrotas? ¿No habia provincias en que, en el caso de ser dominadas, pudiese el ejército británico operar siempre, dando calor á la causa y siempre capaz de esforzarla? Una fuerza inglesa, ¿no podria en el Norte de España cooperar en la defensiva, ó la misma fuerza, retirándose gradualmente hácia el Sur y reuniendo en su derredor, si era necesario, los restos de los distintos cuerpos españoles, producir inmensas dificultades en el camino del enemigo y dar prodigioso ánimo á nuestros aliados? Todas estas cuestiones eran puestas de manifiesto en el tono que los hombres emplean cuando esos asuntos se ponen á punto de ser desaprobados; y eran contestadas, como á una voz, que era mejor ver sacrificado medio ejército que abandonar así la causa.

NUMERO 5.

—

Al Sr. Mariscal duque de Dalmacia, Comandante del 2.° Cuerpo de ejército, en Saldaña, el V. Condestable, Mayor General.

*Chamartin* 10 *de Diciembre de* 1808.

Señor mariscal, he leido al Emperador vuestra carta del 4 de Diciembre traida por uno de vuestros oficiales y S. M., Sr. Duque, aprueba cuanto habeis hecho. El 8.° regimiento de Dragones, el 22.° de Cazadores, el regimiento del coronel Tascher, el regimiento Hanoveriano, hacen cuatro regimientos que forman dos brigadas á las órdenes de los generales de brigada de Belle y Franceschi: esas dos brigadas de caballería están á vuestras órdenes y podeis hacerlas operar segun os convenga. Piensa el Emperador que con la division Merle, la division Mouton y los cuatro regimientos de caballería no hallareis nada que os pueda resistir.»

«¿Qué teneis què hacer? Haceros dueño de Leon, rechazar al enemigo á Galicia, apoderaros de Benavente y Zamora: no debeis tener ingleses á vuestro frente, porque algunos regimientos han venido al Escorial y á Salamanca y todo hace creer que están en pleno movimiento retrógrado: nuestra vanguardia está hoy en Talavera de la Reina, camino de Badajoz, y estará pronto en esta ciudad. Comprendeis perfectamente que este movimiento (si no lo ha hecho todavía) vá á obligar á los ingleses á correr á Lisboa. En el momento, Sr. Mariscal, en que esteis seguro, como todo lo hace presumir, de que no hay ingleses á vuestro frente, podeis marchar derecho y sin vacilar porque no hay nada entre los españoles que pueda contrarestar á vuestras dos divisiones. Que os hagan calzado y capotes en Leon, Santander y Palencia. S. M. aprueba cuantos pedidos hagais para mejorar vuestro material; podeis, del mismo modo, hacer requisicion de mulas para la artillería y de caballos para remontar la caballería, guardando en eso las formas y cuanto corresponde á una buena administracion. Es posible que tan pronto como la division de Dragones del general Miller llegue á España, os la envie el Emperador; pero no estará en España en ménos de quince dias A la distancia que os encontrais de nosotros, Sr. Duque, no os podeis guiar sino por vuestras propias inspiraciones y ver cuanto os escribo á tanta distancia como una prevencion general.»

«S. M. cree que tomareis cuantas medidas sean convenientes para someter el país entre el Duero, Galicia y Astúrias, guardando, sin embargo y con el mayor esmero, á Santander. El 5.° cuerpo, que manda el mariscal duque de Trevisa, ha recibido la órden de dirigirse á Zaragoza. El 8.° cuerpo, á las órdenes del duque de Abrantes, cuya 1.ª division llegará á Vitoria hácia el 12, vá probablemente á recibir órdenes para reunirse en Búrgos.

«Gabarras y barcos de toda especie, armados de guerra, tienen órden de trasladarse á Santander: hacedlos cargar de las mercancías inglesas que se han apresado, algodon, lana, artillería, y que se les expida para Francia. En fin, tened sometidas Valladolid y Zamora: Valladolid es una gran ciudad y que se ha portado bien, y dicen que seria muy importante la ocupacion de Zamora. En fin, Sr. Duque, el Emperador cree que podeis hacerlo todo desde el momento en que los ingleses se retiren á Lisboa.»

«Cinco divisiones de Castaños, compuestas de las mejores tropas, han sido arrolladas más facilmente aún que arrollásteis el ejército de Andalucía en Búrgos.

Las reliquias del ejército de Castaños van perseguidas por el mariscal Bessiéres que les ha cortado el camino de Extremadura y que las acosa por el de Valencia á varias jornadas al otro lado del Tajo. El Emperador tiene su cuartel general en Chamartin, pequeña aldea á legua y media de Madrid y disfruta de la mejor salud. Madrid está muy tranquilo; las tiendas se hallan abiertas, los teatros han vuelto tambien á abrirse y no parece que las primeras negociaciones se hayan apoyado con 4.000 cañonazos.»

El Príncipe de Neufchatel.—*Mayor general.*

«Mañana os enviaré la proclama y las resoluciones tomadas por el Emperador: en ellas le reconocereis como hecho para mandar todo.»

NÚMERO 6.

**Del Marqués de la Romana á S. E. el general Sir John Moore, comandante general del ejército inglés en España.**

«*Leon* 30 *Noviembre* 1808.

Acabo de recibir la carta de V. E., fecha 28, por la que se sirve informarme de la posicion que ocupa, entré tanto que me mantengo aquí reorganizando este ejército del general Blake, cuya fuga y dispersion no puede atribuirse á otra cosa que á la falta de subsistencias La pérdida sufrida en todos los encuentros habidos desde el 6 ó 7 de Noviembre hasta el 11, no debiendo exceder de unos 1.500 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, espero que en breve nos hallemos en estado de emprender algun movimiento, no aguardando más que el calzado necesario para verificarlo; pues las tropas están en el estado de desnudez más completo que pueda imaginarse; pero su espíritu no está abatido y, dándoles buen alimento, marcharán bien.

Me lisonjeo con la esperanza de que vuestra correspondencia será sostenida y frecuente. Entre tanto, tengo el honor de pasar á sus manos una carta que un aldeano ha interceptado á un ayudante de campo de un general que se halla en Carrion. Si hay verdad en la noticia, es preciso tomar precauciones para operar nuestra reunion ó realizarla lo más pronto posible. Sobre el particulàr no dejaré de avisaros.

Deseo igualmente qué V. E. me escriba en francés, no por falta de entender perfectamente el escrito inglés, sino porque se suele escribir tan de prisa que se escapan las palabras.

Entretanto, tengo el honor, señor general, de saludar cordialmente á V. E. rogándole no dude de los sentimientos de verdadera amistad con que se honra su seguro y afectísimo servidor, *El marqués de la Romaua.*»

---

**Del Marqués de la Romana á Sir John Moore.**

«*Cuartel general, Leon* 11 *Diciembre* 1808.

Señor: Las dos cartas de V. E. de 6 y 8 corrientes me explican la causa de los movimientos retrógrados operados por las divisiones del ejército de su mando; lo cual me parece conveniente y bien fundado.

No me aventuro á contestar á los puntos de sus dos cartas hasta que pueda hacerlo por medio de un oficial, que enviaré mañana al encuentro de V. E. en Zamora. Entre tanto, me preparo para efectuar la tan deseada union con las tropas de V. E.

Tengo el honor, etc.—*El marqués de la Romana.*»

---

**El Marqués de la Romana á Sir John Moore.**

«*Leon* 14 *Diciembre* 1808.

Señor: Los movimientos de avance que está ejecutando el ejército de su mando, me inducen á enviar mi ayudante de campo Sr. O'Niell con esta carta,

la cual informará á V. E. del destino de mi ejército y de mis planes. Tengo ahora 20.000 hombres presentes, que he comenzado á vestir y organizar; pero todavía falta mucho para completar la obra, pues lo ménos los dos tercios hay que vestirlos de piés á cabeza.

Casi todo el ejército carece de mochilas, cartucheras y zapatos; y, á pesar de mis esfuerzos para remediarlo, no he podido conseguir nada por los pocos recursos que ofrece el país.

Espero todos estos artículos de un dia á otro, pero la distancia á que se encuentran retarda la ejecucion de mis órdenes. Si las provincias demostraran más celo, no dudo que el ejército estaria ya dispuesto para operar de concierto con el de V. E.

Esto en cuanto á la situacion de mis tropas: ahora comunicaré á V. E. mis planes.

Si el enemigo no se hallase enfrente de mí, no dudaria un momento de la posibilidad de unir mis fuerzas con las de V. E. y de concertar un ataque decisivo sobre las tropas que cercan á Madrid; pero, segun las noticias más fidedignas, hay una division de 8 á 10.000 hombres, que se extiende desde Sahagun á Almanza, y cuyo objeto, segun puedo juzgar, es el de detener mi ejército y conservar libre la comunicacion con las montañas de Santander. Su posicion se extiende á lo largo del arroyo Cea y ocupa los pueblos de Sahagun, en que apoya la izquierda; el grueso de la division está en Saldaña y sus puestos avanzados en Cea y Almanza, Desde este último punto avanzan sus reconocimientos hasta Pedrosa, á la entrada de Valdeburon, y tratan de molestar mi izquierda. Miéntras dicho cuerpo permanezca en esta posicion, yo no puedo abandonar la mia, tanto por no desamparar ni abandonar esta comarca, donde obtengo abundante suministro de provisiones, cuanto porque no puedo dejar al enemigo el paso libre á Astúrias y que, tomando posesion de este pais, amenace el paso á Galicia.

En cuanto pueda maniobrar, trataré de adelantar mi vanguardia; y al mismo tiempo, Sir David Baird puede avanzar las cabezas de columnas desde Benavente al camino de Palencia. Este movimiento combinado obligará á la division enemiga á retroceder á Reinosa ó quizás hasta Búrgos.

Si podemos librarnos de este obstáculo, creo que no será difícil á V. E. unirse conmigo, así como Sir David Baird. Desearia tener una entrevista con V. E.; y podríamos entónces orillar muchas dificultades. Si puedo verificarlo sin inconvenientes me trasladaré á Terradillas, dando á V. E. oportuno aviso.

Tengo el honor, etc., etc.

*El marqués de la Romana.*

---

**Del Marqués de la Romana á Sir Jhon Moore.**

*Leon 19 Diciembre de 1808.*

Señor: Me apresuro á contestar la suya de ayer fechada en Castronuevo, para explicar á V. E. que si bien pensaba emprender la retirada, fué sólo á consecuencia de las noticias que recibí de Sir David Baird, por que, á no ser por esto, estaba léjos de mi ánimo. He situado los puestos avanzados de manera que pueda verificarse la retirada en buen órden, y si el Cuerpo del general Soult no recibe refuerzos más considerables, nada tengo que temer en mi posicion que es temporal y solamente para reorganizar el ejército.

Desearia cooperar con V. E. en el movimiento que va á emprender sobre Sahagun, y sólo espero saber cuándo se propone V. E. ponerlo en ejecucion para comenzar mi marcha. Dispondré que un cuerpo de tropas ligeras vaya á Guardo, rodeando por las montañas de Leon, miéntras que la parte principal de mis tropas marchará sobre Almanza, y desde allí siguiendo el curso del rio Cea me dirigiré sobre Saldaña, donde el cuerpo de ejército del general Soult deberá hallarse, á ménos, como se dice, que haya cambiado de posicion en los dos últimos dias.

Las noticias son que sólo ha dejado 1.500 hombres en Saldaña y que ha desfilado con el resto hácia Guardo acercándose á las montañas de Santander que confinan con Leon y Astúrias. Despues de todo, no se puede confiar mucho en las noticias de los campesinos, que no son muy precisos en sus observaciones y se confunden además con las contínuas marchas y contramarchas del enemigo.

Tengo el honor de poner en su conocimiento que en el puente y entrada de Sahagun se han levantado barricadas con carros.

Si V. E. ha formado otros planes, espero me informe, en la persuasion de que no tengo otro deseo que el de marchar de acuerdo con V. E. y ayudarle con todas mis fuerzas en sus operaciones. Yo creo que por ahora no debe pensarse en una retirada, sino que debemos tomar el pulso al enemigo y obligarle á retirarse de la capital.

Si V. E. lo encuentra aceptable, podremos tener una entrevista en Benavente y será más fácil concertar un plan de operaciones.

Esta noche he recibido cartas de la Junta fechadas el 13 en Mérida (Extremadura) en las cuales me anuncian que el pueblo de Madrid se sostiene aún, que los franceses han sido rechazados y batidos en su camino hácia Zaragoza, y que los asuntos van bien en Cataluña.

Ruego á V. E. que acepte el homenaje, etc., etc.

*El marqués de la Romana.*

---

**El Marqués de la Romana á Sir John Moore.**

*Leon* 21 *Diciembre* 1808.

Señor: Tuve el honor de escribir á V. E. el 19 del corriente en respuesta á la que se sirvió remitirme por conducto de mi ayudante de campo O'Niell, y no habiendo tenido noticias desde entónces, debo manifestar que deseo tomar parte en el ataque que parece tiene V. E. intencion de dar sobre Saldaña, para que el éxito sea completo. Cuando el enemigo tenga reunidas todas las fuerzas que se hallan diseminadas por los alrededores, contará á lo sumo, segun las noticias más exactas que puedo obtener, de unos 8 á 9.000 infantes, 1.000 caballos y de 8 á 10 piezas de artillería.

Seria de la mayor importancia cercar este Cuerpo y destruirle ántes de su reunion con cualquier otro que Napoleon pueda enviarle de refuerzo. Si V. E. se determina á esta empresa, yo haré un movimiento con 9 á 10.000 hombres de los que están mejor vestidos y armados, pues los restantes están desnudos y mal equipados.

Si V. E. me dá pronta contestacion me pondré en marcha mañana, pero tengo el honor de advertirle que tan pronto como se dé el golpe debo volver á

mis cuarteles de invierno por falta de vestuario y equipo de mis tropas. Sin embargo, habrá tiempo bastante para hablar de esto en nuestra entrevista, así como para combinar el plan de operaciones que hemos de seguir.

Estoy persuadido de que el enemigo no es fuerte y que todos los desastres que hemos presenciado son debidos á la falta de union en las operaciones de nuestras tropas. Hé sido informado por un oficial de ingenieros, el cual me ha devuelto la Junta de Zamora por tener algunas sospechas de su conducta, que el ejército de Palafóx no ha recivido ningun revés, porque el enemigo cede; pero que se ha visto obligado á regresar á Zaragoza en vista de que el ejército de Castaños ha abandonado á Logroño, cosa que no debió haber hecho. Al mismo tiempo me ha dado algunos detalles circunstanciados del ejército francés en Madrid, del Emperador, de la division Junot, y en una palabra noticias que creo muy necesario comunicar á V. E., por lo cual me parece indispensable que tengamos una entrevista.

Tengo el honor etc., *El marqués de la Romana.*»

---

**Del Marqués de la Romana á Sir John Moore.**

«*Leon* 22 *Diciembre* 1808.

Señor: Un confidente que yo habia colocado en el Duero me escribe el 18 del actual que se le asegura que las tropas enemigas situadas en el Escorial se mueven en esta direccion; añade que si la persona que le ha dado esta noticia no llegase el mismo dia, él mismo iria á Villacastin, 12 leguas de Madrid, para observar los caminos que conducen á Zamora y á Segovia.

Me apresuro á dar estos informes á V. E. que juzgará las medidas que deban tomarse.

Tengo el honor etc., *El marqués de la Romana.*»

---

**Del Marqués de la Romana á Sir John Moore.**

«*Mansilla* 23 *Diciembre* 1808 (*á las tres de la tarde*).

Señor: Tengo el honor de informar á V. E. mi llegada aquí con las tropas que intento emplear como auxiliares de su movimiento.

Sólo he podido traer 7.000 infantes, 120 caballos y 8 piezas de artillería. Las tropas están acantonadas en una legua y cuarto alrededor de este pueblo. Los puestos avanzados están hácia Saldaña, excepto un cuerpo que he enviado á Villarmuñio, á tres leguas de Cea.

Espero vuestra contestacion y no empezaré á marchar hasta que V. E. haya comunicado conmigo sus planes é intenciones.

Estimaria una respuesta categórica, con objeto de dar temprano las órdenes.

Tengo el honor, etc., *El marqués de la Romana.*»

Para que se conozca del todo la situacion del marqués de la Romana y la del ejército de su mando, damos á continuacion de este apéndice los estados de fuerza y de hospitalidades correspondientes en el mismo al mes de Diciembre, en que tuvieron lugar las operaciones á que se refiere el presente capítulo.

## EJÉRCITO DE LA IZQUIERDA. 14 DICIEMBRE DE 1808.

**ESTADO** de la fuerza y situacion que tenia dicho Ejército en el expresado dia, formado con presencia de los documentos originales facilitados por el Marqués de la Romana al Depóstio de la Guerra.

| Divisiones..... | DESTINOS. | CUERPOS. | Capitanes........ | Subalternos...... | Sargentos........ | Tambores y músicos........ .. | Cabos y soldados. | TOTAL. | OBSERVACIONES. |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Vanguardia | Leon............ | Regimiento de Zaragoza | 5 | 23 | 34 | 20 | 1.027 | 1.081 | |
| | | Granaderos........... | 2 | 17 | 24 | 7 | 602 | 633 | |
| | | 2.º de Cataluña ...... | 6 | 7 | 7 | 1 | 250 | 258 | |
| | | Voluntarios de Navarra | 5 | 20 | 23 | 24 | 490 | 537 | |
| | | Zapadores. .......... | 1 | 2 | 5 | 1 | 62 | 68 | |
| | | Total......... | 19 | 69 | 93 | 53 | 2.431 | 2.577 | |
| 1.ª | Hospital de Orbigo | Rey................. | 2 | 14 | 25 | 3 | 812 | 840 | |
| | Puente de Orbigo. | Mallorca ............ | 1 | 6 | 14 | 14 | 430 | 458 | |
| | Villarejo......... | Hibernia............. | 7 | 17 | 37 | 9 | 748 | 794 | |
| | San Felix........ | Tuy................. | 2 | 6 | 4 | 8 | 143 | 155 | |
| | Gualtaxes........ | Mondoñedo.......... | » | 7 | 9 | 6 | 222 | 237 | |
| | Veguellina y Villares de Orbigo... | Tiradores............ | » | 4 | 6 | 1 | 227 | 234 | |
| | | Tropas de Extremadura | 9 | 18 | 17 | 8 | 461 | 486 | |
| | | Total......... | 21 | 72 | 112 | 49 | 3.043 | 3.204 | |

| | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 2.ª | Mansilla | Leon | 1 | 12 | 16 | 4 | 743 | 763 |
| | Mansilla | Navarra | 3 | 23 | 39 | 35 | 1.034 | 1.108 |
| | Mansilla | Galicia | 2 | 16 | 29 | 15 | 622 | 666 |
| | Sandoval | Idem 3 er batallon | 4 | 11 | 15 | 11 | 316 | 342 |
| | Ardon | Pontevedra | 2 | 11 | 16 | 12 | 384 | 412 |
| | Mansilla | Betanzos | » | 5 | 5 | 2 | 164 | 171 |
| | Villamoros | Segovia | 3 | 9 | 14 | 4 | 309 | 327 |
| | De marcha | Victoria | 7 | 17 | 29 | 15 | 477 | 521 |
| | | Total | 22 | 104 | 163 | 98 | 4.049 | 4.310 |
| 3.ª | Santa Olaja, Eslonza y Villamoros | Sevilla | 6 | 34 | 45 | 27 | 953 | 1.025 |
| | Villa de Sabariego | Monterey | » | 5 | 8 | 1 | 162 | 174 |
| | Villa de Sabariego | Compostela | 1 | 6 | 12 | 12 | 410 | 434 |
| | Villarmon | Salamanca | 4 | 4 | 17 | 5 | 552 | 574 |
| | San Miguel de Escalada | Voluntarios de Gerona | 3 | 5 | 16 | 16 | 200 | 232 |
| | Villarente, Villafañe y Palazuelo | Zapadores | » | 1 | 2 | » | 59 | 61 |
| | Villarente, Villafañe y Palazuelo | Marina | 12 | 12 | 36 | 15 | 1.052 | 1.103 |
| | | Total | 26 | 67 | 136 | 79 | 3.328 | 3.603 |
| 4.ª | Benavides | Principe | 7 | 21 | 33 | 32 | 518 | 583 |
| | Benavides | Tiradores de Toledo | » | 1 | 1 | 1 | 43 | 45 |
| | Benavides | Idem de Aragon | 1 | 1 | 2 | 1 | 65 | 68 |
| | Benavides | Leon | » | » | » | » | » | » |
| | Benavides | Lugo | 1 | 5 | 7 | 12 | 300 | 319 |
| | Benavides | Santiago | 3 | 10 | 16 | 8 | 408 | 432 |
| | Benavides | Barbastro | 5 | 9 | 18 | 7 | 427 | 452 |
| | | Total | 17 | 47 | 77 | 61 | 1.761 | 1.899 |

| Divisiones..... | DESTINOS. | CUERPOS. | Capitanes........ | Subalternos...... | Sargentos........ | Tambores y músicos.......... | Cabos y soldados. | TOTAL. | OBSERVACIONES. |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 3.ª | Leon............ | Zamora.............. | 2 | 30 | 50 | 11 | 1.294 | 1.385 | |
| | | Princesa............. | 8 | 32 | 44 | 30 | 1.355 | 1.429 | |
| | | 1.º de Cataluña........ | 12 | 15 | 26 | 26 | 547 | 599 | |
| | | 1.º de Barcelona...... | 5 | 18 | 30 | 14 | 705 | 749 | |
| | | Zapadores........... | » | 1 | 4 | 1 | 52 | 57 | |
| | | TOTAL......... | 27 | 96 | 154 | 112 | 3.953 | 4.219 | |
| Reserva. | Leon ............ | Granad.s provinciales.. | 10 | 17 | 38 | 28 | 677 | 743 | |
| | | Idem del Ejército...... | 2 | 14 | 29 | 11 | 397 | 428 | |
| | | Volunt.os de la Corona | 4 | 23 | 39 | 37 | 1.081 | 1.157 | |
| | | Regt.º del General.... | 6 | 7 | 29 | 4 | 553 | 586 | |
| | | Compañía Nacional.... | 1 | 3 | 4 | 1 | 406 | 411 | |
| | | TOTAL......... | 23 | 64 | 130 | 81 | 2.814 | 3.025 | |

RESUMEN.

| | Capitanes | Subalternos | Sargentos | Tambores y músicos | Cabos y soldados | TOTAL |
|---|---|---|---|---|---|---|
| Vanguardia........................ | 19 | 69 | 93 | 53 | 2.431 | 2.577 |
| 1.ª.................................. | 21 | 72 | 112 | 49 | 3.043 | 3.204 |
| 2.ª.................................. | 22 | 104 | 163 | 98 | 4.049 | 4.310 |
| 3.ª.................................. | 26 | 67 | 136 | 79 | 3.388 | 3.603 |
| 4.ª.................................. | 17 | 47 | 77 | 61 | 1.761 | 1.899 |
| 5.ª.................................. | 27 | 96 | 154 | 112 | 3.953 | 4.219 |
| Reserva............................ | 23 | 64 | 130 | 81 | 2.814 | 3.025 |
| TOTAL GENERAL.............. | 155 | 519 | 865 | 523 | 21.439 | 22.837 |

# EJÉRCITO DE GALICIA (DE LA IZQUIERDA.)

**ESTADO de su fuerza hoy dia de la fecha, rebajados enfermos y asistentes de los señores Oficiales. (Copiado de los documentos facilitados por el Marqués de la Romana.)**

| DIVISIONES. | CAPITANES Y SUBALTERNOS. | TROPA. | | TOTAL. |
|---|---|---|---|---|
| | | Veterana. | Reclutas. | |
| Vanguardia.............. | 80 | 1.220 | 848 | 2.068 |
| Primera................. | 44 | 732 | 514 | 1.246 |
| Segunda................. | 103 | 1.452 | 1.724 | 3.176 |
| Tercera................. | 70 | 993 | 1.850 | 2.843 |
| Cuarta.................. | 113 | 2.954 | 211 | 3.165 |
| Quinta.................. | 70 | 2.629 | 499 | 3.128 |
| TOTAL GENERAL... | 480 | 9.980 | 5.646 | 15.626 |

Cuartel general de Leon, 4 de Diciembre de 1808.—Manuel Tabre.

# HOSPITALES MILITARES DE SAN ANTONIO ABAD Y CASA DE LOS GUZMANES.

## EJÉRCITO DE LA IZQUIERDA.

**ESTADO que manifiesta los enfermos existentes en estos Hospitales, con expresion de entradas, salidas, muertos y existentes hoy dia de la fecha.**

| REGIMIENTOS. | HOSPITALES. | | | | | | | TOTAL. |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | Entradas.... | Salidas...... | Existentes... | Entradas.... | Salidas...... | Muertos...... | Existentes... | |
| Inmemorial del Rey........ | » | » | » | 3 | » | » | 42 | 42 |
| Príncipe.................. | » | » | » | 13 | » | » | 26 | 26 |
| Navarra................... | » | » | » | 1 | » | » | 69 | 69 |
| Toledo.................... | » | » | » | » | 1 | » | 11 | 11 |
| Aragon.................... | » | » | » | » | » | » | 17 | 17 |
| Sevilla................... | » | » | » | » | » | » | 128 | 128 |
| Zaragoza.................. | » | » | » | » | » | » | 116 | 116 |
| Mallorca.................. | » | » | » | » | » | » | 22 | 22 |
| Corona.................... | » | » | » | 4 | » | » | 38 | 38 |
| Infantería de Marina......... | » | » | 1 | » | 1 | » | 76 | 76 |
| Idem de Leon.............. | » | » | » | » | » | » | 18 | 18 |
| Voluntarios de Galicia....... | » | » | » | » | » | » | 25 | 25 |
| Ibernia................... | » | » | » | » | » | » | 76 | 76 |
| Literarios................ | » | » | » | » | » | » | 5 | 5 |
| Provincial de Santander..... | » | » | » | » | » | » | 21 | 21 |
| Granaderos provinciales..... | » | » | » | 14 | » | » | 53 | 53 |
| Infantería del General...... | » | » | » | 4 | » | » | 39 | 39 |
| Voluntarios de Navarra...... | » | » | » | » | » | » | 10 | 10 |
| Provincial de Leon......... | » | » | » | » | » | » | » | » |
| Idem de Segovia........... | » | » | 1 | 1 | » | » | 6 | 6 |
| Compostela................ | » | » | » | 1 | 1 | » | 15 | 15 |
| Mondoñedo................ | » | » | » | » | 1 | » | 3 | 3 |
| Voluntarios de Gerona....... | » | » | » | » | » | » | 6 | 6 |
| Idem de Barbastro.......... | » | » | » | » | » | » | 7 | 7 |
| Provincial de Tuy.......... | » | » | » | » | » | » | 8 | 8 |
| Zapadores y minadores..... | » | » | » | » | » | » | 1 | 1 |
| *Suma y sigue......* | » | » | 2 | 41 | 4 | » | 838 | 838 |

| REGIMIENTOS. | HOSPITALES. | | | | | | | TOTAL. |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | Entradas.... | Salidas....... | Existentes.... | Entradas..... | Salidas...... | Muertos...... | Existentes.... | |
| *Suma anterior...* | » | » | 2 | 41 | 4 | » | 838 | 838 |
| Guardias nacionales de Galicia | » | » | » | 5 | » | » | 1 | 1 |
| Artillería de tierra.......... | » | » | » | » | » | » | 12 | 12 |
| Voluntarios de Leon......... | » | » | » | 1 | » | » | 19 | 19 |
| Provincial de Pontevedra.... | » | » | » | 4 | 1 | » | 24 | 24 |
| Lugo.................... | » | » | » | » | » | » | 1 | 1 |
| Buenos-Aires............... | » | » | » | » | 2 | » | 26 | 26 |
| Batallon del Bierzo......... | » | » | » | » | » | » | 2 | 2 |
| Artillería de Marina........ | » | » | » | » | » | » | 16 | 16 |
| Monterey.................. | » | » | » | » | » | » | 10 | 10 |
| Betanzos.................. | » | » | » | » | » | » | 5 | 5 |
| Quintos de Orense.......... | » | » | » | » | » | » | 1 | 1 |
| Conscriptos de Lugo........ | » | » | » | » | » | » | 4 | 4 |
| 1.° de Cataluña............. | » | » | » | 2 | » | » | 25 | 25 |
| Zamora.................. | » | » | 1 | » | 2 | » | 57 | 57 |
| 1.° de Barcelona............ | » | » | » | 6 | » | » | 37 | 37 |
| Princesa.................. | » | » | » | » | » | » | 49 | 49 |
| Voluntarios de Castilla...... | » | » | » | » | » | » | 1 | 1 |
| Idem de Barcelona.......... | » | » | » | » | » | » | 9 | 9 |
| 1.° de Catalanes............ | » | » | » | » | » | » | 10 | 10 |
| 2.° de idem ............... | » | » | » | » | » | » | 1 | 1 |
| Idem de Aragon............ | » | » | » | » | » | » | 1 | 1 |
| Caballería de la Reina....... | » | » | » | » | » | » | 1 | 1 |
| Idem del Infante........... | » | » | » | » | » | » | 1 | 1 |
| Salamanca................ | » | » | » | » | » | » | 37 | 37 |
| Dragones de Almansa........ | » | » | » | » | » | » | 5 | 5 |
| Victoria.................. | » | » | » | » | » | » | 31 | 31 |
| TOTAL...... | » | » | 3 | 59 | 10 | » | 1.218 | 1.218 |

Leon, Diciembre 7 de 1808.—Luis de Azparren.

## NUMERO 7.

«Las circunstancias que acompañaron al golpe fatal que privó al ejército de su valiente jefe el general Sir John Moore, son de tal naturaleza, tan interesantes, que deben hacerse públicas para admiracion de sus conciudadanos. Pero creo además que las pruebas de fortaleza y de heroismo de que fuí testigo, pueden alcanzar otro resultado; el de proporcionar algun consuelo á sus parientes y amigos »

«En este concepto tengo yo una gran satisfaccion en confiar al papel, accediendo á vuestro deseo, la relacion siguiente.»

«Habia yo recibido la órden del general en jefe de mandar que avanzase un batallon de guardias, del que se decia al mismo tiempo haber desalojado al enemigo de una gran casa con huerta situada en el lado opuesto del valle; y me encontraba dando detalles al general de la situacion del batallon, tocándose nuestros caballos, en el momento mismo en que una bala de cañon de una bateria enemiga le llevó el hombro izquierdo y parte del cuello, dejando el brazo colgando de la carne.»

«La violencia del golpe lo arrojó del caballo y de espaldas. Ni un músculo de su rostro se alteró, con eso, ni un solo suspiro reveló la menor sensacion de dolor en él.»

«Eché pié á tierra y, tomándole la mano, apretó él la mia fuertemente, dirigiendo los ojos con ansiedad hácia el regimiento número 42.° que peleaba con grande energía; y su continente expresó una gran satisfaccion al decirle yo que el regimiento avanzaba.» «Ayudado de un soldado del 42.° se le separó á unas pocas yardas á retaguardia y al abrigo de una tapia.»

«El coronel Graham Balgowan y el capitan Woodford llegaron á ese tiempo; y, comprendiendo la gravedad de la herida de Sir John, partieron inmediatamente en busca de un cirujano.»

«La sangre corria en abundancia, siendo inútil el cuidado de detenerla con mi pañuelo, por el sitio de la herida.»

«Sir John asintió á que se le llevase á retaguardia en una manta. Al levantarle, con ese objeto, la espada pendiente del costado herido le tocó al brazo y resultó enredada entre sus piernas. Comprendí la dificultad que eso ofrecia y la desenganché en el acto de su cintura, á lo que él dijo en su tono y modo ordinarios y con voz muy perceptible.» *Está bien como está. Prefiero que salga conmigo del campo de batalla.*»

«Conozco que seria impropio de mi pluma el aventurarme aquí á expresar la admiracion de que aún me siento penetrado al recordar fielmente esta circunstancia del vigor invencible y de la delicadeza militar de aquel grande hombre.»

«Fué llevado por seis hombres del 42.° y de los Guardias, sosteniéndole con mi pañuelo en una postura cómoda.»

«Observando la resolucion y compostura de sus facciones, aún abrigué la esperanza de que podria equivocarme en mis temores de que la herida fuese mortal y noté que lo esperaba él cuando el cirujano le hizo la cura de la herida, lo cual verificó ante nosotros volviéndola despues á cubrir. Entónces volvió Sir John la cabeza y, mirando con la mayor serenidad la herida por algunos segundos, dijo:» *Hardinge, veo que es imposible.*»

Deseaba yo acompañarle cuando le retiraban, pero me dijo: *No vengais conmigo.—Id á decir al general Hope que estoy herido y me trasladan á retaguardia.*»

«Un sargento del 42.° y dos hileras de las de reserva, para el caso de un accidente, recibieron la órden de conducir al bravo general á la Coruña; y yo me apresuré á ver al general Hope.»

«Tengo el honor de ser, etc., etc.—H. Hardinge.»

---

«El coronel Anderson, el amigo y compañero de armas por veintiun años de Sir John Moore, escribió la mañana siguiente, cuando todavía estaban frescas todas las circunstancias del suceso, la relacion siguiente:»

«Encontré al general la tarde del 16, cuando le llevaban en una manta y con pañuelos. Me conoció inmediatamente aunque era ya bastante oscuro; me apretó la mano y dijo: «*Anderson, no me dejeis.*»

«Habló al cirujano que examinaba la herida, pero en tal situacion no pudo decir sino muy poco.»

«Despues de un rato se mostró muy anhelante por hablar conmigo; y á intervalos fué diciciendo lo que sigue: *Anderson*; *sabeis que siempre he deseado morir así*. Entónces preguntó: *¿Han sido batidos los franceses?* y lo repitió á cuantos conocia segun iban llegando. «*Espero que el pueblo inglés quedará satisfecho.—Espero que mis compatriotas me harán justicia.—Anderson, vereis á mis amigos en cuanto podais—decidles—todo.—Ved tambien á mi madre.* Aquí le faltó del todo la voz y pareció sumamente agitado —*Hope, Hope.—Tengo mucho que decirle—pero no puedo más.—¿Están bien el coronel Graham—y todos mis Ayudantes de Campo?* (Anderson hizo seña de que no se le dijese que el capitan Burrard, uno de sus Ayudantes, habia sido herido en la accion).—*He hecho mi testamento y recordado á mis criados.—Colborne tiene el testamento y todos mis papeles.*»

«El mayor Colborne penetró entónces en la habitacion. Le habló muy amistosamente y despues me dijo: *Anderson, os recuerdo que vayais, y decidle* (á Hoppe) *que le suplico y espero que dé al mayor Colborne una Tenencia Coronela.—Ha estado mucho tiempo conmigo y le tengo por merecedor de ella.* Entónces preguntó al mayor Colborne *si habian sido batidos los franceses*; y, habiéndole contestado que en todas partes, dijo: *Es una gran satisfaccion para mí el saber que han sido batidos los franceses —¿Está Paget en la habitacion?* Diciéndole que no, dijo: *Dadle mis recuerdos.—Al general Paget me refiero.—Es un buen camarada.—Me siento fuerte.—Temo que voy á estar mucho tiempo muriendo —Es una gran incomodidad.—Es una gran pena.—Todo lo que dice Francisco está bien.—Tengo en él la mayor confianza.*»

«Dió las gracias al cirujano por su trabajo. Los capitanes Percy y Stanhope, dos de sus ayudantes de campo, entraron entónces en el cuarto. Habló á los dos tiernamente y preguntó á Percy *si todos sus ayudantes estaban buenos.*

»Despues de un corto intervalo, dijo: *Stanhope, mis recuerdos á vuestra hermana.* Apretó mi mano contra su cuerpo y pocos minutos despues moria sin agitacion alguna.

»Estas fueron, sílaba por sílaba, las que pronunció, tal como las pude recoger; excepto preguntas incidentales que hizo al ser colocado en posturas más cómodas.

*P. Anderson, Teniente Coronel.*»

## NUMERO 8.

«Los Colegios y gremios de Barcelona representados por sus Comisionados, son los que llevan adelante tan arriesgada como vidriosa empresa. Subamos á su origen.»

«Estaban en inobservancia en 1807 muchas de las ordenanzas gremiales de los antiquísimos Gremios y Colegios de Barcelona, y al intento de cortar de raíz la causa de los daños que de aquella dimanaban, se eligieron quatro Comisionados, á saber, D. Francisco Plá, Texedor de Velos, D. Agustin Roca, Impresor, Don Magin Closas (que despues fué empleado por los franceses y su partidario), y otro celoso Español que no quiere se publique su nombre.»

«Estos quatro Comisionados, llorando vivamente al ver la felonía con que en Febrero de 1808 se apoderaron de los fuertes de Barcelona las tropas del Emperador Napoleon, oyeron con sumo gusto las instancias que por parte de los individuos de los Colegios y Gremios se hizo luego, de que á la representacion á S. M. de las inobservancias gremiales arriba dichas, añadieran con toda viveza la infelicidad que resultaba á Barcelona de su ocupacion por las tropas de aquel que se jactaba de íntimo aliado.»

«No tuvo lugar la representacion á S. M. por haber con la demás Real Familia caido inocentemente en el lazo que le habia preparado en Bayona aquel intrigante Emperador. Tamaña alevosía enardeció los ánimos de los dichos Comisionados, y se avivaba más con el soplo contínuo y abrasado que salía de los pechos de los que les dieron la comision. Empezaron desde luego á discurrir el modo como podrían librarse de tan importunos huéspedes convertidos en enemigos. Su espíritu estaba decidido á arrojarlos de Barcelona á toda costa, pero la eleccion de los medios era harto embarazosa. Consultáronlo con el Caballero Gobernador de la misma Plaza Don Cárlos De Witte, de cuyo patriotismo y fidelidad al legítimo Monarca tenian manifiestas pruebas. Recibiólos con amor, y oyólos con especial complacencia, pues tambien tenia sondeado el fondo de su patriotismo. Desde aquella hora De Witte siempre se entendió con los Comisionados, y de acuerdo con los expresados Don Ramon María Sala, arreglaron con tanto sigilo como prudencia las operaciones para la empresa, prestando empero todos de antemano el juramento de no descubrir nada de lo que se trataria en lo sucesivo en defensa de la Religion, del Rey y de la Patria, aunque se viesen en próximo peligro de muerte.»

«Comunicaron la extension de sus designios con el Excmo. Señor Marqués de Villel, á quien hallaron muy propenso á secundar los planes de redencion de su amada Patria Barcelona, y si bien se fugó de la misma en el mes de Julio, segun diximos, pero no dexaba por esto de desear ardientemente que se acelerase el feliz momento en que aquella se verificase, y como no dudaba de su patriotismo la dicha Junta, de ahí es que las dos primeras comisiones que hizo la misma fuera de Barcelona á dos de sus individuos, la primera fue al Teniente Coronel Don Francisco Milans del Bosch, y al Comandante inglés de las fuerzas que habia á la vista de Barcelona; y la otra, á dicho Excmo. Señor Marqués, pero esta no tuvo efecto por haberse partido ya para la Junta Central del Reyno que debia convocarse en Aranjuez.»

«Frustrada dicha comision, se acordó luego que D. Francisco Plá (otro de sus Comisionados) se avocase con el Capitan General Español Marqués del Palacio, que á la sazon se hallaba en Villafranca, donde tenia el Quartel General. Mani-

festó S. E. quan gratos le eran los desvelos y patriotismo acendrado de los Barceloneses, representado por aquella Junta, y mandó que luego se entablase con la misma una comision confidencial, en tanto que él resolvia lo que debia practicarse.»

«A fin de activar más tan importante obra se acordó, que el Señor Gobernador De Witte y el Señor Don Ramon María Sala, saliesen de Barcelona agregando á la Junta que permanecia en esta Capital, al Teniente Coronel Don Ramon Milans, hermano de Don Francisco, que tan bizarramente trabajaba en la parte del Besós, habiendo préviamente prestado el juramento mencionado.»

«Presentáronse dichos dos Señores De Witte y Sala al General Marqués del Palacio, junto con Don Francisco Xavier Olea y Carrazco, Regente de la Real Audiencia de Cataluña, fugado de Barcelona, como se dixo, pero las noticias de la próxima entrada de refuerzos franceses agüó los proyectos por aquel entonces, y como despues haya sobrevenido la llegada del nuevo General Don Juan Miguel de Vives, nada se ha adelantado en el negocio, esperando activarlo luego que este haya evacuado las primeras é indispensables operaciones que son anexas al arribo (1).»

(1) «Esta es la primera Junta que hubo en esta Capital entre las infinitas que despues se celebraron hasta la salida de los franceses de ella: y como que el Sr. De Witte quedó de General de Division del Exército Español, y el Sr. Sala fué promovido á Auditor de Guerra del mismo, llegaron los proyectos de dicha Junta al grado de perfeccion que se manifestará en su lugar.»

NÚMERO 9.

**Estado general aproximativo que manifiesta la fuerza del Exército de Cataluña, en 5 de Noviembre de 1808, con expresion de sus Jefes, de sus divisiones y del destino de cada una de estas.**

## PLANA MAYOR GENERAL.

General en jefe, el teniente general D. Juan Miguel de Vives.

Mayor general de infantería, el mariscal de campo D. Jayme García Conde. Comandante de Artillería, el coronel D Juan de Ara.

Intendente, el comisario ordenador D. Andrés Ibañez. Vicario general, el Canónigo de Barcelona D. Agustin Fiveller. Auditor de guerra, el abogado de los Reales consejos, D. Ramon María Sala. Aposentador general, el capitan D. Ramon Sans.

Quartel maestre general, el coronel D. Antonio Casanovas.

Mayor general de caballería, el mariscal de campo D. Cárlos Witte. Comandante de Ingenieros, el coronel D. Antonio Casanovas.

## VANGUARDIA.

*En el Ampurdan.*

PLANA MAYOR.

El brigadier D. Mariano Alvarez, comandante.
El coronel D. José Lebrun, segundo comandante.
El teniente coronel graduado D. Joaquin Orelly, mayor de brigada.

| CUERPOS. | FUERZA. | | |
|---|---|---|---|
| | Infantería. | Caballería. | Artillería. |
| Ultonia | 300 | » | » |
| Borbon | 500 | » | » |
| 2.º de Barcelona | 1.000 | » | » |
| Wimpffen | 400 | » | » |
| 1.er Tercio de Gerona | 900 | » | » |
| 2.º Idem | 400 | » | » |
| Tercio de Igualada | 400 | » | » |
| Tercio de Cervera | 400 | » | » |
| 1.er Tercio de Tarragona | 800 | » | » |
| Tropas de Clarós ó Tercio de Figueras | 400 | » | » |
| Húsares de San Narciso | » | 100 | » |
| Total | 5.500 | 100 | » |

NOTA. Habia aún en esta division otros tercios y somatenes con los que su fuerza pasaba de 6.000 hombres, pero debia mantener las guarniciones de Gerona.

## PRIMERA DIVISION.

*En el Llobregat.*

PLANA MAYOR.

El mariscal de campo Conde de Caldagués, comandante.
El teniente coronel D. Josef Aloy, mayor de brigada.

| CUERPOS. | FUERZA. Infantería. | Caballería. | Artillería. |
|---|---|---|---|
| Reales Guardias Walonas | 314 | » | » |
| Zapadores | 50 | » | » |
| Soria | 780 | » | » |
| Borbon | 151 | » | » |
| 2.º de Saboya | 1.734 | » | » |
| Suizos de Wimpffen | 270 | » | » |
| Tercio de Tortosa | 984 | » | » |
| Compañías de Igualada y Cervera | 245 | » | » |
| Húsares Españoles | » | 220 | » |
| Cazadores de Cataluña | » | 180 | » |
| Artillería, 6 piezas | » | » | 70 |
| TOTAL | 4.528 | 400 | 70 |

## SEGUNDA DIVISION.

*En Horts.*

PLANA MAYOR.

El mariscal de campo D. Gregorio Laguna, comandante.
El coronel D. Josef Deswalls, mayor de brigada.

| CUERPOS. | FUERZA. Infantería. | Caballería. | Artillería. |
|---|---|---|---|
| Voluntarios de Zaragoza | 450 | » | » |
| Zapadores | 30 | » | » |
| Granaderos provinciales de Castilla la Vieja | 972 | » | » |
| Idem de Castilla la Nueva | 924 | » | » |
| Húsares españoles | » | 200 | » |
| Artillería, 7 piezas | » | » | 84 |
| TOTAL | 2.076 | 200 | 84 |

## TERCERA DIVISION.

*En San Culgat.*

PLANA MAYOR.

El coronel D. Gaspar Gomez de la Serna, comandante.
El capitan D. Clemente Torrent, mayor de brigada.

| CUERPOS. | FUERZA. | | |
|---|---|---|---|
| | Infantería. | Caballería. | Artillería. |
| Granada | 961 | » | » |
| 2.° Tercio de Tarragona | 922 | » | » |
| Division de Arzu | 325 | » | » |
| Compañías sueltas | 250 | » | » |
| TOTAL | 2.458 | » | » |

## CUARTA DIVISION.

*En San Gerónimo de la Murtra.*

PLANA MAYOR.

El coronel D. Francisco Milans, comandante.
El teniente coronel D. Pablo Lago, mayor de brigada.

| CUERPOS. | FUERZA. | | |
|---|---|---|---|
| | Infantería. | Caballería. | Artillería. |
| 1.er Tercio de Lérida | 872 | » | » |
| 1.er Idem de Vich | 976 | » | » |
| 1.or Idem de Manresa | 937 | » | » |
| Tercio de Vallés | 925 | » | » |
| TOTAL | 3.710 | » | » |

# RESERVA.

*En el cuartel general.*

PLANA MAYOR.

El General en jefe ó uno de los mayores generales.

| CUERPOS. | FUERZA. Infantería. | Caballería. | Artillería. |
|---|---|---|---|
| Reales Guardias españolas | 60 | » | » |
| Zapadores | 20 | » | » |
| Granaderos de Soria | 188 | » | » |
| Granaderos de Wimpffen | 169 | » | » |
| Guardia del General | 340 | » | » |
| Húsares Españoles | » | 80 | » |
| Artillería, 4 piezas | » | » | 50 |
| TOTAL | 777 | 80 | 50 |

# RESÚMEN.

| DIVISIONES. | Infantería. | Caballería. | Artillería. | TOTAL |
|---|---|---|---|---|
| Vanguardia | 6.000 | 100 | » | 6.100 |
| Primera division | 4.523 | 400 | 70 | 4.998 |
| Segunda division | 2.076 | 200 | 84 | 2.360 |
| Tercera division | 2.460 | » | » | 2.460 |
| Cuarta division | 3.710 | » | » | 3.710 |
| Reserva | 777 | 80 | 50 | 907 |
| TOTAL GENERAL | 19.551 | 780 | 204 | 20.435 |

NOTA. La 3.ª Division hacia, en cierto modo, parte de la 1.ª y la 4.ª de la 2.ª

OTRA. De esta fuerza deben rebajarse los asistentes, quarteleros y algunos pocos enfermos (1).

(1) Este es el estado que el Sr. Cabanes pone por apéndice en su obra.

## NÚMERO 10.

## PLAZA DE ROSAS.

**ESTADO que manifiesta la fuerza con que se halla la guarnicion de esta plaza, hoy dia de la fecha, con expresion de los Cuerpos de que se compone, la que se remite en este mismo dia prisionera de guerra al Ejército francés del mando del General Reylle, que la ha sitiado.**

| CUERPOS. | Coroneles | Ayudantes mayores | Capellanes | Capitanes | Tenientes | Subtenientes | Cirujanos | Sargentos | Tambores | Cabos | Soldados | TOTALES |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Ultonia | » | » | » | 2 | » | 6 | » | 10 | 4 | 29 | 75 | 118 |
| Artillería | » | » | » | 1 | 1 | 3 | » | 4 | 3 | 7 | 83 | 97 |
| Comp.ª fixa de Rosas | » | » | » | 1 | 1 | » | » | 1 | 1 | 10 | 55 | 67 |
| Borbon | 1 | 1 | 1 | 4 | 8 | 6 | 1 | 14 | 9 | 49 | 324 | 396 |
| 2.º de Barcelona | 1 | 2 | 1 | 6 | 5 | 8 | » | 18 | 8 | 11 | 559 | 626 |
| Volunt.os de Lérida | » | » | » | 3 | 5 | 1 | » | 19 | 6 | 27 | 199 | 260 |
| Idem de Igualada | » | » | » | 3 | 2 | 1 | 1 | 15 | 5 | 26 | 423 | 469 |
| Idem de Berga | » | » | » | 2 | 1 | 1 | » | 5 | 1 | 13 | 124 | 143 |
| Idem de Figueras | » | » | » | » | » | » | » | 4 | » | 5 | 120 | 129 |
| Suizos de Wimpffen | » | » | » | 1 | » | 1 | » | 4 | 1 | 8 | 48 | 61 |
| TOTALES | 2 | 3 | 2 | 23 | 23 | 27 | 2 | 94 | 38 | 215 | 2.010 | 2.366 |

## ESTADO MAYOR DE LA PLAZA.

| | | |
|---|---|---|
| Gobernador, el Coronel | D. Pedro O'Daly | P. |
| Sargento mayor, el Capitan y Ayudante mayor de la compañía fixa, interino. | D. Josef Benito | P. |
| Ayudante | D. Pedro Moles | Enfermo. |
| Coronel de Ingenieros | D. Manuel Lemaur | P. |
| Teniente Coronel de id | D. Josef Torras Pellicer | P. |
| Ayudante de la plaza, el Teniente de Igualada, interino | D. Dalmacio Turon | P. |
| Otro idem, de id., interino | D. Domingo Puig | P. |
| Capellan, interino | F. D. Josef Bés | P. |
| Comisario de guerra, interino | D. Cayetano Bonafós | P. |
| Guarda almacen, interino | D. Josef Berges | P. |
| Gobernador del castillo de la Trinidad, agregado á la plaza, el Cap. de fragata | D. Juan Picardos | P. |

NOTA. En este estado van incluidos todos los enfermos y heridos que existen en la plaza.

(Este estado es del dia de la capitulacion y del diario Oficial que, en copia, existe en el expediente del sitio en el Ministerio de la Guerra.)

**RELACION que manifiesta el número de señores Oficiales y tropa que ha tenido cada Cuerpo durante el sitio de Rosas, de muertos, heridos, contusos, prisioneros y extraviados.**

| | OFICIALES. | | | | TROPA. | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | Muertos...... | Heridos...... | Contusos..... | Prisioneros.. | Muertos...... | Heridos...... | Contusos..... | Prisioneros.. | Extraviados.. |
| Ultonia.................... | » | 2 | » | » | 4 | 17 | 4 | » | 3 |
| Real Cuerpo de Artillería..... | » | 1 | » | » | 6 | 12 | » | » | » |
| Idem de Ingenieros.......... | » | » | 1 | » | » | » | » | » | » |
| Compañía fixa de Rosas...... | » | 1 | » | » | 3 | 19 | 4 | 3 | » |
| Borbon.................... | » | » | » | » | 5 | 20 | 3 | » | 5 |
| 2.º de Barcelona.......... | » | 2 | » | » | 34 | 54 | 3 | 16 | 23 |
| Voluntarios de Lérida........ | 2 | 3 | » | 5 | 72 | 32 | » | 46 | 224 |
| Idem de Igualada........... | » | 1 | 1 | » | 25 | 79 | 8 | 10 | 247 |
| Idem de Berga............. | » | » | » | » | 3 | 8 | 4 | » | 56 |
| Suizos de Wimpffen......... | » | » | » | » | 5 | 6 | 2 | » | 18 |
| Tercio de Figueras.......... | » | 3 | » | » | 6 | 51 | » | 14 | » |
| Ingleses................... | 1 | » | » | » | 4 | 17 | » | » | » |
| TOTALES.......... | 3 | 13 | 2 | 5 | 167 | 315 | 28 | 89 | 576 |

NOTA. Se ignora el número de paisanos que han sido muertos, heridos y prisioneros en la villa. Ha habido varios muertos, heridos y contusos de somatenes, Maestranza y de otros ramos que se ignoran su número y paradero.

Confiesan los enemigos que su pérdida pasa de 2.000 hombres con tres oficiales y 140 soldados prisioneros.

(Este estado es de la misma fecha y procedencia que el anterior.)

NÚMERO 11

**ESTADO de las tropas empleadas en el sitio de Rosas.**

## ESTADO MAYOR.

El Conde de Reille, general de division, ayudante de campo del Emperador, comandante en jefe de las tropas del sitio.

Requin, ayudante comandante, jefe de Estado Mayor.

### INFANTERÍA Y CABALLERÍA.

**1.ª Division, general Reille.**

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| 1.ª Brigada, general Joba | 23.º ligero | 1 batallon | 442 hombres. | |
| | 16.º de línea | 1 » | 605 » | |
| | 5.ª legion de reserva | 1 » | 625 » | |
| | Cazadores de montañas | 1 » | 564 » | |
| | Valaisanos | 1 » | 211 » | |
| | 28.º de Cazadores á caballo | Destacamento | 9 » | 9 cab.ˢ |
| | Gendarmes | » | 82 » | 82 » |
| 2.ª Brigada, general Guillot | 2.º de línea | 1 batallon | 461 » | |
| | 56.º id. | 1 » | 643 » | |
| | 113.º id. | 1 » | 746 » | |
| | 2.º de Cazadores napolitanos | 2 escuadrones | 224 » | 196 » |

**Division italiana, general Pino.**

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| 1.ª Brigada, general Mazzuchelli | 2.º ligero | 2 batallones | 1.497 » | |
| | 4.º de línea | 2 » | 1.788 » | |
| 2.ª Brigada, general Fontane | Cazadores reales | 2 escuadrones | 559 » | 535 » |
| | 7.º de dragones de Napoleon | 2 » | 523 » | 506 » |
| 3.ª Brigada, general Balabio | 1.º ligero | 2 batallones | 1.469 » | |
| | 6.º de línea | 2 » | 1.955 » | |
| | 7.º id. | 1 » | 618 » | |
| | Vélites reales | Destacamento | 122 » | |
| | 5.º de línea | » | 461 » | |
| **Total** | | | 13.604 homb.ˢ | 1.328 cab.ˢ |

ARTILLERÍA.

## ESTADO MAYOR.

Demarçay, coronel, comandante de la artillería.
Laurent, jefe de batallon.
Clément, jefe de escuadron italiano.

**Tropas.**

| | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|
| Artillería á pié.... | 4.° regimiento | 10.ª compañía | 94 | hombres. | |
| | Italianos..... | 1 compañía | 89 | » | |
| Artillería á caballo. | 2.° regimiento | 7.ª compañía | 51 | » | 54 caballos. |
| | Italianos..... | 1 compañía | 81 | » | 78 » |
| Tren............. | Italianos..... | 2 compañías | 143 | » | 245 » |
| | | *Total*......... | 458 | hombres. | 377 caballos. |

INGENIEROS.

## ESTADO MAYOR.

El conde Sanson, general de division, comandante general de Ingenieros.
Ribes, coronel, jefe del Estado Mayor.
Dianous, coronel.
Théviotte, jefe de batallon, ayudante de campo del general Sanson.
Tournadre (el mayor), capitan, mayor de trinchera.
Fretille, capitan.
Clerc-Binarville, idem.
Soleirol, idem.
Bourgoin, idem.
Barrin, idem, ayudante de campo del mariscal Masséna.
Rougieri, capitan italiano.
Lafitte, teniente.
Morlaincourt (Teodoro), idem.
Boyer, idem.
Madron, ayudante.

**Tropas.**

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| Zapadores. | 2.° bat.on, 7.ª comp.ª | Salleton, capitan (herido). Sarbourg, teniente..... | 2 oficiales, | 68 hombres. |
| | 3.er bat.on, 2.ª comp.ª | Poulain, capitan...... Euzenate, teniente...... | 2 » | 59 » |
| | Italianos, 7.ª comp.ª | Ronzelli, teniente...... Alieto, idem... | 2 » | 84 » |
| | | *Total*......... | 6 ofic.s | 211 hombres. |

## NUMERO 12.

### Carta del general Rey, Jefe de Estado Mayor del 7.° Cuerpo, al Ministro de la Guerra.

*«Palau 5 de Diciembre de 1808, por la noche.*

«Serenisimo señor.: Tengo el honor de anunciar á V. E. que la plaza de Rosas ha capitulado hoy 5 de Diciembre á mediodía; quedando la guarnicion de cerca de 2.000 y pico de hombres (1) prisionera de guerra. El Gobernador no se ha rendido hasta despues de abierta brecha. Los ingleses, serenísimo señor, se han conducido en esta ocasion como de costumbre; en lugar de proteger la plaza con su escuadra, compuesta de dos navíos de 74, una fragata, tres grandes corbetas y dos ó tres bombarderos, han huido al ver llegar á cierta distancia de ellos algunas bombas ó balas de cañon.»

«Se han hallado en la plaza 35 magnificas piezas de bronce de á 24, morteros, obuses, en todo 59 piezas, 50.000 bombas ó balas y cuatro ó cinco mil quintales de polvora. No se conoce todavía el inventario de los almacenes de víveres» (2)

«Los ingleses que defendian el Boton, lo han abandonado volándolo durante la capitulacion; hasta han disparado contra la plaza, al comprender que se rendia; pero la gran distancia á que se encontraban de la costa ha impedido el que alcanzaran á ella sus proyectiles. Con eso están furiosos oficiales y soldados contra los ingleses y no pueden darse cuenta de la deslealtad de esos insulares.»

«El ejército, en todas ocasiones, ha mostrado el mayor valor y una gran abnegacion á nuestro augusto Emperador: S. E., el general en jefe le ha hecho ver toda su satisfaccion.»

«Adjunta, Serenísimo señor, vá copia de la capitulacíon.»

«Dignaos aceptar bondadosamente el homenaje de mi más profundo respeto.—Firmado: Rey.»

**Piezas halladas en Rosas.**

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| Piezas de artillería... | Cañones... | de bronce.. | de á 22........... | 35 |
| | | | de á 16........... | 3 |
| | | | de á 4........... | 6 |
| | | de hierro.. | de á 24........... | 3 |
| | Obuses................. | | de á 8........... | 1 |
| | | | de á 6........... | 2 |
| | Morteros............... | | de á 12 pulgadas... | 6 |
| | | | de á 9 idem...... | 2 |
| | | | TOTAL DE PIEZAS............... | 58 |

Habia la proporcionada cantidad de proyectiles de todos calibres, abundante material de montages y pólvora más que suficiente.

(1) Segun el parte del general Saint-Cyr, 2.705.
(2) Se sabe que no se halló ninguno.

**ESTADO de fuerza del Ejército organizado ó reunido en Aragon desde Mayo de 1808 hasta Febrero de 1809, por los documentos existentes en el archivo del Excmo. Sr. Duque de Zaragoza.**

Los nombres de los Jefes son á veces los de aquellos que firman los documentos de revista ó raciones, etc., como las fechas de creacion las de los datos más antiguos. La fuerza es la máxima que tuvieron los Cuerpos en la campaña ó en su organizacion. Algunos la aumentaron con recluta durante el sitio.

| CUERPOS. | JEFES. | CREACION | FUERZA | OBSERVACIONES. |
|---|---|---|---|---|
| INFANTERIA. | | | | |
| Albalate (Comp.ª de)........ | D. Estevan Asta........ | 29 St. 08 | » | No existen más datos. |
| Alcañiz (B.on cazad.s de).... | D. N. Mac Creagh...... D. Vicente Bustamante. D. José White......... | 4 Fb. 09 | » | Operó en tierra de Alcañiz. |
| Alcoberro (Comp.ª de)...... | D. Antonio Alcoberro... | Jn. 08 | » | Operó hácia Tudela. |
| Alcubierre (Comp.ª de)...... | D. Miguel Torres Solanot | Ag. 08 | » | Aparece aquel mes en Jesús. |
| Africa (Regt.º inf.ª de)...... | » | » | 41 | Esta partida se halló en el 2.º sitio. |
| Alicante (Regt.º volunt.os de) | Cor. D. Antonio Camps. | » | 726 | Idem el 16 Febrero tenia 419 plazas. |
| América (Regt.º de)......... | D. Antonio Gutierrez... | » | 631 | Idem el 15 Dbre. 148 homb. disponibles. |
| Aragon (Regt.º inf.ª lig.ª voluntarios de)............ | D. Fermin Romeo...... | Nv. 08 | 1.277 | Antes se llamó 2.º por correlacion al del Ejército permanente. (2.º sitio.) |
| Aragon 1.er B.on (Volunt.os inf.ª lig.ª de)............ | D. Pedro Gasca........ | St. 08 | 1.215 | Idem el 15 Feb. 100 homb. disponibles. |
| Idem 2.º (Idem, id., id.).... | D. Francisco Cornel.... D. Luis Amat.......... D. Manuel Fernandez de Olarte........... | Jl. 08 | 1.275 | En 4 Enero se creó un Regimiento de dos Batallones de á 6 compañías. |
| Aragon. (B.on volunt.os de reserva del General.)........ | D. José Cucalon....... | Jl. 08 | 899 | Perteneció á la division Lazán. |
| Aragoneses (volunt.os 1.er tercio).................... | D. Manuel Viana...... D. José de Ortega..... | 1.º Jn. 08 | 744 | (2.º sitio.) |

| CUERPOS. | JEFES. | CREACION. | FUERZA. | OBSERVACIONES. |
|---|---|---|---|---|
| Aragoneses (volunt.os 2.° tercio) | D. Francisco de Páula Zapata | 1.° Jn. 08 | 490 | En 1.° Dic. se refundió en el B.on ligero del Portillo (2.° sitio.) |
| Idem (id. 3.er tercio) | D. Vicente Jimenez<br>D. Alonso Escovedo | Jn. 08 | 562 | Perteneció á la division Lazán. |
| Idem (id. 4.° tercio) | D. Sancho Salazar | Jn. 08 | 863 | (2.° sitio.) |
| Idem (id. 5.° tercio) | D. Juan Blancas<br>D. Pedro Hernandez | Jn. 08 | 670 | El 1.° Dic. se refundió en el B.on del Portillo. |
| Idem (id. 6.° tercio) | » | Jl. 08 | » | |
| Idem (id. 7.° tercio) | » | Jl. 08 | » | De éstos no hay más que listas de Oficiales; pero no llegaron á formarse. |
| Idem (id. 8.° tercio) | » | Jl. 08 | » | |
| Avila (Regt.° provincial de) | D. Diego de Vera | » | 277 | Agregada la partida de 43 soldados y 5 tambores á otros cuerpos, se le dieron luego plazas á instruir. |
| Bailén (Regt.° de) | » | » | 12 | No hay más datos de esta partida. (2.° sitio.) |
| Barbastro (B.on de) | » | » | » | En Junio 1808 habia en Calatayud una partida de recluta que el 3 ó el 4 fué á Zaragoza. |
| Barbastro (tercio de) (20 compañías) | D. Salvador Campos | Ag. 08 | 1.022 | En Noviembre tenia 17 compañías. Se fundió en el B.on ligero de Torrero. Lo organizó D. José San Génis, gobernador de Barbastro. |
| Benasque (Comp.as de) | D. Eustaquio Viand | 1.° St. 08 | » | De Benasque se pedian artilleros. |
| Berrabén (Comp.a de) | Domingo Berrabén | Ag. 08 | » | Era de rematados y se les indultó para que sirviesen. |
| Bielsa (Comp.a del canton de) | D. José Bernad | Oc. 08 | » | Operaba en el canton de Bielsa. |
| Borbon (Regt.° inf.a lig.a, voluntarios de) | B.r Conde de Romrré | 29 My. 08 | 728 | De la division valenciana. El 17 de Febrero tenia 19 hombres disponibles. |
| Búrgos (Regt.° provincial de) | » | » | 8 | En el mismo estado de la A. M. aparece otro cuerpo llamado Búrgos con la fuerza que se marca. |
| Búrgos | » | » | 66 | |
| Calatayud (1.er B.on lig.° de) | D. Joaquin Garcés | 1.° Jn. 08 | 783 | Disperso en Zaragoza, Villafeliche y Calatayud, se reunió en Zaragoza para el sitio. |

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| Campo Mayor (B.on inf.ª lig.ª) | Lo era un sargento..... | » | 61 | De resulta en Daroca, fue llamada esta partida y acudió á Zaragoza para los sitios. |
| Cárlos (Regt.° de línea Real del infante D.).......... | D. Teodoro Galvez Cañero............ | » | 1.014 | En 1.° Enero, tenia 535 enfermos de pútridas. |
| Cármen (B.on lig.° del)...... | D. Joaquin García...... | 1.° Jn. 08 | 771 | En Feb.° tenia 149 hombres disponibles. |
| Carmona.................. | » | » | 40 | La partida tenia esa fuerza el 15 Dic. |
| Cartagena (Voluntarios de)... | » | » | 142 | Algunos pasaron á Caballería. |
| Castilla (Regt.° inf.ª voluntarios de)................. | D. Antonio Lechuga Reynoso..........; D. Tomás de Cires..... | 1.° Jn. 08 | 624 | El 16 Febrero tenia 158 hombres disponibles. |
| Catalanes (Compa.ª de)...... | » | » | » | Fué de Cervera y Lérida en Agosto con artillería. |
| Cataluña (1.er B.on de cazd.s voluntarios de)........... | D. Félix Más.......... | 4 Oc. 08 | 625 | El 16 Feb. tenia 57 hombres disponibles. |
| Cerezo (B.on de Mariano).... | D. Mariano Cerezo..... | Dc. 08 | 1.022 | El 17 Diciembre se refunde en «Fieles Zaragozanos.» |
| Céuta (Partida del Regt.° de). | » | » | 6 | No existen más datos. |
| Chelva (B.on de volunt.os de) | D. Francisco Martinez.. | » | 789 | El 16 Feb. tenia 77 hombres disponibles. |
| Contrabandistas (Comp.ª suelta de).................. | D. Zacarias Ortega..... | » | » | Operaba en tierra de Calatayud. |
| Daroca (Tercio de).......... | » | » | 479 | Perteneció á la division Lazán. |
| Daroca (2.° tercio de)....... | D. Lorenzo Lassierra... | » | 99 | Era la 3.ª comp.ª que asistió al 2.° sitio. |
| Doyle (B.on de tiradores de). | D. Juan O'Ryan y Maimó............; D. Antonio Egoaguirre (agregado).......; D. Miguel Eraso (agregado)........... | Dc. 08 | 779 | El 1.° Enero estaba en Jaca con la tropa toda enferma. |
| España (Partida de tirad.es de) | » | » | 25 | Nó existen más datos. |
| Etruria (Regt.° inf.ª de)..... | » | » | » | El 28 Nov. se pedia el pase de 7 hombres de esta partida á Caballería. |
| Extremadura (Regt.° inf.ª de). | D. Domingo de la Ripa.; D. Bartolomé Luis Solano............ | » | 1.357 | El 14 Feb. tenia 85 hombres disponibles. |
| Felipe de Xátiva (Comp.ª de la ciudad de San)......... | D. José Soler.......... | » | 71 | » |
| Fernando VII (Regt.° inf.ª de) | D. Pablo Casaus....... | 30 My. 08 (en Alcalá de H)... | 714 | Perteneció á la division Lazán. |

| CUERPOS. | JEFES. | CREACION. | FUERZA. | OBSERVACIONES. |
|---|---|---|---|---|
| Fernando VII (B.on cazadores de) | D. Manuel Cerveró | » | 500 | El 18 En. tenia 91 hombres disponibles. |
| Fernando VII de Aragon (B.on cazadores de) | D. Pedro Lavarra | Ag. 08 | 800 | El 15 Feb tenia 53 hombres disponibles. |
| Fernando VII de Valencia (cazadores de) | » | » | 633 | No hay más que un estado de la A. M. |
| Fieles Zaragozanos (Reg.° inf.ª de) | D. Manuel Ena | 1.° En. 09 | 520 | Se fundieron en él el B.on de Zerezo y la compañía de Ibor. Estuvo siempre en la Aljafería. |
| Florida-blanca (B.on de) | D. Francisco Marin Castaño | 1.° Ag. 08 | 352 | El 9 En. tenía 72 hombres disponibles. |
| Fraga (Comp.ª de) | D. Ramon Rubio, presbitero | » | » | El 14 de Agosto estaba en Zaragoza. Era de los solteros de Fraga. |
| Fusileros de Aragon (1.er B.on de) | D. Antonio Torres | 1.° Jn. 08 | 1.799 | Se refundieron los dos en uno al mando del D. Antonio, teniendo por T. C. al D. Gerónimo. |
| Fusileros de Aragon (2.° B.on de) | D. Gerónimo Torres | 1.° Jn. 08 | 1.591 | |
| Gastadores (B.on de) | El de Ingenieros | Oc. 08 | 838 | Debió depender del comandante de Ingenieros, pues firma las órdenes San Génis. |
| Guadix (Partida del provincial de) | » | » | 31 | No hay más datos. |
| Guardias Españolas (3.er B.on) | D. Francisco de Páula Bañuelos | Jn. 08 | 849 | El 15 Feb. tenia 255 homb. disponibles. |
| Huesca (1.er tercio de voluntarios de) | D. Felipe Perena | Jl. 08 | 1.412 | El 13 Feb. tenia 62 hombres disponibles. |
| Huesca (2.° tercio de voluntarios de) | D. Felipe Perena | 1.° Jl. 08 | » | Al crearse se hacen grandes elogios de la conducta del 1.° en Zaragoza. |
| Huesca (3.er tercio de voluntarios de) | D. Felipe Perena | 1.° Fb. 09 | » | No llegó á organizarse y no existe más que lista de oficiales, como del 2.° |
| Jaca (Compañía de) | D. Fernado García Martín | 15 Jn. 08 | 983 | En Oct. se llama «1.er Tercio de Jaca.» y voluntarios del general. |
| | D. Pedro Ena | » | » | |
| Madrid (Partida de voluntarios 1.° de) | D. Agustín Catalán | » | 31 | Era del ejército del Centro. |

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| Monzon (Compañía de)...... | D. Francisco Zazurca... | Jl. 08 | » | En Julio aparecen 2 compañías en Zaragoza. |
| Múrcia (Regt.º provincial de) | D. Bartolomé Amorós... | » | 632 | El 16 Feb. tenia 51 hombres disponibles. |
| Múrcia (1.er B.on voluntarios tiradores de)............. | D. Manuel de Leyba... | » | 843 | El 16 Feb. tenia 45 hombres disponibles. |
| Múrcia (2.º B.on tiradores de) | D. Francisco Nuñez.... | » | 124 | El 16 Feb. tenia 11 hombres disponibles. |
| Murcia (1.er Regt.º voluntarios de)................. | D. Manuel Melgarejo... | » | 1.272 | El 16 Feb. tenia 124 homb. disponibles. |
| Múrcia (2.º Regt.º voluntarios de).................... | D. Mariano de Peñafiel. | » | 1.196 | El 17 Feb. tenia 121 homb. disponibles. |
| Múrcia (3.er Regt.º voluntarios de)................. | D. Francisco Trujillo y Salas............ | » | 1.151 | El 16 Feb. tenia 120 homb. disponibles. |
| Múrcia (5.º Regt.º voluntarios de)...................... | D. Antonio Perez de Chuecos......... | 25 Jl. 08 | 1.077 | El 15 Feb. tenia 95 hombres disponibles. |
| Navarra (B.on de fusileros voluntarios de)............ | D. Miguel Eraso....... | » | 634 | Hay confusion entre este B.on y el de Doyle. En un estado se dice que en Noviembre tenia 292 hombres. |
| Navas de Tolosa (Partida de). | » | » | 11 | No hay más datos. |
| Nuñez (Compañías de Tiradores de)................. | D. Pedro Martinez..... | » | 122 | No hay más datos. |
| Ordenes Militares (Partida de). | » | » | 81 | Este Cuerpo era de los de Bailén. |
| Orihuela (Regt.º volunt.s de). | D. Raimundo Girona... | » | 734 | El 16 Feb. tenía 10 hombres, únicos disponibles en la calle de las Arcadas. |
| Osera (B.on de la Reunion de). | D. Antonio Guerrero... | St. 08 | 13 comp.s | Debió operar en su distrito. |
| Palafox (Regt.º línea Granaderos de)................. | D. Francisco Marcó del Pont............ | 13 St. 08 | 1.086 | El 15 Feb. tenia 261 homb. disponibles. |
| Pardos de Aragon (Comp.ª de) | D. Juan Pedrosa....... | 4 Jn. 08 | 123 | Operaba en Torres de Berrellen y Pedrola |
| Párias (Comp.ª de)......... | » | Jl. 08 | » | Estuvo con Marcó del Pont en el Portillo. |
| Peñas de San Pedro (Voluntarios de)................. | D. Pedro de la Mota... | » | 641 | En 1.º Diciembre se crearon las compañías de cazadores 7.ª y 8.ª |
| Portillo (B.on ligero del)..... | D. José Escobar....... D. Agustin Dublaisel... | 1.º Dc. 08 | 917 | Se formó con los 2.º y 5.º Tercios de voluntarios Aragoneses. |
| Rentas de Aragon (Resguardo de)..................... | D. Vicente Martinez... | » | 100 | En el reducto del Pilar y Puerta del Cármen. |
| Rematados (Compañía de los) | D. Julian Dominguez Nieto............ | Jl. 08 | » | El 12 Julio «destruida la compañía por mano del enemigo» solo se salvaron 22 hombres. |

| CUERPOS. | JEFES. | CREACION. | FUERZA. | OBSERVACIONES. |
|---|---|---|---|---|
| Reunion (B.on de la)........ | » | » | 1.241 | Perteneció á la division Lazán. |
| Reunion de Aragon (Regt.° infanteria de).............. | D. Alonso Valdés...... | 14 Dc. 08 | 1.130 | El 15 Feb. tenia 64 hombres disponibles. |
| Reino de Aragon (B.on gastadores del) ............... | D. Juan Hernandez.... | » | 723 | En Noviembre todo su vestuario consistía en 8 capotes para los centinelas. |
| Reinoso (Destacamento de).. | » | Jl. 08 | » | Se le cita para con Marcó del Pont cubrir la línea de la Misericordia á Santo Domingo. |
| Ricla (Compañia de)......... | D. Francisco de Páula Perpiñan........ | 9 Jn. 08 | » | Se formó en el distrito de Calatayud. |
| Ronda Mayor (Compañia de). | En un estado de la A. M., consta esta compañía sin fuerza y con una estrella al costado por divisa. | | | |
| Saboya (1.er Regt.° inft.ª de) | D. Diego de Vega...... | » | 454 | El 16 Feb. tenía 30 hombres disponibles. |
| Salvatierra, Urries, Navardun, Gordun y Arres...... | D. José Manuel Estévez. | Jn. 08 | 119 | La lista en Junio está firmada en Zaragoza. |
| Segorve (B.on cazadores de).. | Fray D. Firmo Valdés.. | 14 Jn. 08 | 441 | Aparece tambien llamándose «B.on de inf.ª lig.ª del campo Segorvino.» En Feb. 26 hombres disponibles. |
| Sevilla (Partida de voluntarios de)................. | El 15 de Diciembre tenia....... | | 26 | No hay más datos. |
| Soria (Regt.° provincial de).. | D. Domingo Lagareta... D. José Echenique..... | » | 215 | El 5 Feb. tenía 26 hombres disponibles. |
| Suizo de Aragon (Regt.°).... | D. Sancho Salazar..... D. Estévan Fleury..... | St. 08 | 666 | Se formó de Suizos de Wimpffen, y de desertores alemanes y portugueses. En Feb., 44 hombres disponibes. |
| Tauste (Compañías de)...... | D. Joaquin Fernandez.. D. Juan Mediavilla..... | Jn. 08 | » | Se formó en el alto Aragon. Una al ménos se halló en el 1.er sitio. El resto en el Pirineo. |
| Teruel (2.° tercio de voluntarios de)................ | D. Juan Antonio Assin.. | Jn. 08 | 1.829 | En Nov. tenia 6 fusiles y 62 escopetas. Operó en Teruel sobre las comunicaciones de los franceses. |
| Tiradores aragoneses (Compañía de voluntarios de)...... | D. Gregorio Reinoso.... | St. 08 | 67 | En la Aljafería. Tenia 12 fusiles inútiles. |
| Toro (Partida del provincial de) | » | » | 10 | Esto consta de un Estado de la A. M. |

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| Torrero (B.on lig.º de)...... | D. José de San Genis... | 13 Nv. 08 | 1.022 | Se organizó con las comp.s de Barbastro. El 15 Feb. tenia 63 hombres disponibles. |
| Túria (Regt.º de línea de).... | D. Vicente Gonzalez Moreno............ D. Manuel Gonzalez Moreno (T. C.)....... | » | 903 | El 16 Feb. tenia 39 hombres inútiles. |
| Valencia (Regt.º cazadores voluntarios de)............. | D. José Miranda....... | » | 548 | El 16 Feb. tenia 13 hombres disponibles. |
| Valencia (Regt.º inf.ª de).... | D. Jacinto de Taboada.. | » | 438 | El 7 Dic. consistia sólo en una partida. |
| Valencia (Regt.º de línea 2.º de)...................... | D. Antonio Pinillos..... D. Felipe Arssu........ | 27 My. 08 | 957 | El 16 Feb. tenia 68 hombres útiles. |
| Walonas de Aragon (B.on Reales Guardias.)............ | D. Luis Garro......... | Jl. 08 | 528. | Se formó de portugueses, franceses, italianos, alemanes y polacos desertores. |
| Ibor (Comp.ª de D. Jorge)... | D. Jorge Ibor......... | » | » | Se la llamaba tambien «Compañía del Arrabal.» Nuncá pasó revista, no presentándose nadie á ella. En Dic. se fundió en «Fieles Zaragozanos.» |
| Zaragoza (1.er B.on lig.º de).. | D. José Obispo........ D. Fernando Pascual... | 1.º Jn 08 | 1.009 | En Oct. no tenian más que fusiles inútiles, calzoncillos, y la camisa puesta. El 17 Feb. 87 hombres útiles. |
| Zaragoza (2.º B.on lig.º de).. | D. Sancho Salazar..... D. Joaquin García..... D. Plácido Gomez...... | 1.º Jn. 08 | 664 | Se llamó tambien «B.on del Cármen.» En él se refundió el «Tercio de Jóvenes» ó de la Vírgen del Pilar. El 16 Feb. tenia 92 hombres útiles. |
| Zaragoza (1.er B.on de voluntarios de)............... | D. José de Ortega...... | » | 607 | Perteneció á la division Lazán. |
| **CABALLERIA.** | | | | |
| Almogavares (Cuerpo de).... | No llegó á organizarse «por las circunstáncias del dia». Los alistados en Enero volvieron á sus Cuerpos. La mayor parte era del Batallon del Portillo. | | | |
| Aragon (Cab.ª reunida de)... | D. Cárlos Vega........ | Jn. 08 | 147 106 cab.s | Se formó de 9 cuerpos, casi todos de línea. |
| Borbon (Cab.ª de).......... | En Febrero de 1809 aparecen en un estado de raciones 20 hombres sanos. | | | |
| Fernando VII (Regt.º cazadores de).................. | D. Cayetano Torriani... | Jn. 08 | 418 355 cab.s | El 31 Dic. aparecen 11 compañías con 130 cazadores que se hallaron en el Portillo. |

| CUERPOS. | JEFES. | CREACION. | FUERZA. | OBSERVACIONES. |
|---|---|---|---|---|
| Fernando VII de Calatayud (Caballeria de)............ | En un estado de Diciembre de la A. M., aparece, pero sin fuerza, con una estrella por distintivo. | | | |
| Carabineros Reales........... | En un estado de raciones de Febrero, aparecen 16 hombres sanos. | | | |
| Fuen-Santa (Cuerpo de Caballeria de la).............. | D. Domingo Vasallo.... | » | 208<br>168 cab.s | El 9 Feb. tenia 69 hombres enfermos. |
| Lusitania.................. | En un estado de raciones de Febrero, aparecen 12 hombres sanos. | | | |
| Nobles Infanzones (Cuerpo de Cab.a).................. | D. Julian Perez de Cañas | Dc. 08 | » | Tambien se les llamó en una órden Compañía de Almojabares (sic). |
| Numancia (Regt.o de Dragones de).................. | D. Gaspar Alvarez de Sotomayor.......... | » | 403<br>416 cab.s | En 20 Febrero tenia 320 hombres sanos y 50 enfermos. |
| Olivenza (Regt.o cazadores de) | D. Joaquin Marin...... | » | 472<br>143 cab.s | Se decia «Destacamento del Regimiento.» |
| Palafóx (Regt.o húsares de).. | D. Juan Lartigue...... | Dc. 08 | 348<br>346 cab.s | Se formó con indivíduos de infantería que querian servir en Caballería. |
| Pavía (Dragones de)........ | En un estado de raciones de 20 Febrero, aparecen 11 hombres sanos. | | | |
| Prevoste (Comp.a del)...... | D. Luis Hortega....... | Dc. 08 | » | Hortega era Sargento de Lusitania. |
| Prevostes (Comp.a del Ejército de Aragon)............ | D. Angel Boyo......... | Nv. 08 | 65<br>25 cab.s | Decia Boggiero que débia organizarse con paisanos montados con su capellan y verdugo, corriendo el país. |
| Rey (Dragones de).......... | D. Pedro Castillo......<br>D. Francisco Ferrer....<br>D. Fernando Sada...... | » | 396<br>363 cab.s | El 7 Febrero tenia 145 dragones y 138 caballos. |
| Reina (Dragones de la)....... | En un estado de raciones de 20 Febrero, aparecen 34 hombres sanos. | | | |
| Santiago (Caballería de)..... | En un estado de raciones de 20 Febrero, aparecen 60 hombres sanos. | | | |
| Tejas (Caballería de)........ | En el estado de raciones de 20 Febrero, aparecen 40 hombres sanos y 6 enfermos. | | | |
| ARTILLERIA. | | | | |
| Batallon de Artillería del Ejército de Aragon............ | D. JuanC ónsul........ | » | 700 | Una compañía era de á caballo y está incluida en esta fuerza la de la Real Maestranza. Tenia además agregada cinco compañías de Granaderos de Marina.<br>El 20 de Febrero tenia 133 sanos de á pie y 32 de la volante. |

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| Compañía volante de Zaragoza y Cataluña.............. | En ese mismo estado aparecen 50 hombres. (¿Serian de los del convoy del 1.er sitio?) | | | |
| INGENIEROS. | | | | |
| Real Cuerpo de Ingenieros... | D. Antonio San Genis.. | » | » | » |
| Regimiento Real de Zapadores Minadores de Valencia..... | D. Francisco Xaramillo. | » | 268 | Habia, además, paisanos agregados |

Per fin en el citado estado de 20 de Febrero de 1809, aparecen:

| | |
|---|---|
| Sanos.............................. | 11.105 |
| Enfermos........................... | 8.158 |
| Paisanos........................... | 757 |
| TOTAL.......... | 20.020 |

A muchas consideraciones da lugar el precedente estado de fuerza del ejército levantado ó reunido en Aragon para los dos célebres sitios de Zaragoza en 1808 y 1809. Suple á muchas de ellas el estudio de la columna de «Observaciones,» en que pueden calcularse la clase de fuerza que componia aquel Ejército y los estragos que en ella hizo el segundo sitio.

No es fácil fijar la fuerza total por falta de datos, natural en un estado como en el que se halló Aragon en su levantamiento, primero, y trás derrota tan completa como la de Tudela despues. Puede, sin embargo, y suponiendo de 60 hombres cada compañía de las que no tienen señalada fuerza, considerarse la total, de Mayo de 1808 á Febrero de 1809, de 55.000 hombres de infantería, así soldados de línea de los ejércitos del Centro y de Reserva, como de cuerpos nuevamente creados en Valencia y de éstos y de paisanos en Aragon.

En la caballería es aún más difícil el cálculo, pero así tambien puede considerarse que la fuerza ascendería á unos 2.400 hombres y 2.000 caballos. El componerse casi toda de destacamentos de los cuerpos dispersos en Tudela, pues en el primer sitio sólo aparecen los Dragones del Rey, hace más dado á errores el cálculo, áun suministrando mucha luz el estado de raciones de 20 de Febrero.

A la Artillería no pueden atribuírsele más de 800 hombres, pues los agregados al servicio de la misma en las baterías pertenecian á cuerpos en que se hallan incluidos.

Con eso y con señalar 400 hombres á los ingenieros, se puede hacer el resúmen siguiente:

| | | |
|---|---|---|
| Infantería............... | 55.000 hombres. | |
| Caballería............... | 2.400 » | 2.000 caballos. |
| Artillería............... | 800 » | » » |
| Ingenieros............... | 400 » | » » |
| TOTAL GENERAL.... | 58.600 hombres. | 2.000 caballos. |

Ahora queda por fijar la fuerza que asistió al segundo sitio, objeto principal del estudio histórico á que se refiere el capítulo III de este volúmen, operacion, si no fácil tampoco, no tan dada á errores contando con este mismo estado, sobre todo, y la obra tan apreciable del Sr. Alcaide é Ibieca.

Entre los estados de este historiador y el anterior existen grandes diferencias. Consta en ellos la existencia en Zaragoza de algunos cuerpos que no se enumeran en éste, tales como los cazadores de Cuenca, una compañía de «Descubridores de montaña,» la 3.ª division de Granaderos Provinciales de Andalucía, Regimiento de infantería Tarragona y el 3.° de Valencia, Húsares de Aragon desmontados y Húsares Españoles.

No se citan, en cambio, los cuerpos y destacamentos ó, por mejor decir, partidas de Africa, América, Voluntarios Aragoneses del 1.er tercio, Bailén, Berraben, Búrgos, Carmona, Cartagena, Céuta, España, Etrúria, San Felipe de Xátiva, Regimiento infántería de Fernando VII, Guadix, Madrid, Navas de Tolosa, Ordenes Militares, Tiradores de Nuñez; Rentas de Aragon, Rematados, Reinoso, Sevilla y Toro, que se hallaron en el segundo sitio. Tampoco se citan varios de caballería.

En la fuerza hay tambien diferencias de consideracion, pero no son de extrañar por que los estados de Alcaide señalan la de un dia dado, y el nuestro revela la máxima que tuvieron ántes del sitio ó en todo el tiempo que duró. Y como en ese espacio mediaron la batalla de Tudela y la dispersion que causó tamaño desastre, nada hay de particular en que nuestro estado dé mayor fuerza. Lo hemos formado así para que nunca se diga que para mayor gloria de nuestros compatriotas hemos disminuido la cifra de su fuerza.

De todas maneras resultaria que los cuerpos que asistieron á la defensa del segundo sitio tenian, ántes de lo de Tudela y en el apogeo de su fuerza, la de 45.000 infantes y 2.000 caballos, y que no andamos descaminados al fijar el total que señalamos en el texto del capítulo.

NÚMERO 14.

**Estado de la situacion de las tropas de línea que componian la guarnicion de Zaragoza el 1.° de Enero de 1809, extracto de la relacion española de D. Agustin Ibieca.**

Don José Palafóx, capitan general, comandante en jefe.
Don Juan Butler, teniente general.
Don Juan O'Neille, id.
Don Luis Gonzaga de Villaba, mariscal de campo, comandante de artillería.
Don Manuel de Peñas, brigadier, inspector de infantería.
El Conde de Casa-Flores, brigadier, inspector de Caballería.
Don Antonio Torres, brigadier.
Don Juan Figueroa, id.
Don Mariano Peñafleld, id.
Don Gerónimo Moreno, id.
Don Manuel Velasco, id.
Don Bartolomé Luis Solano, id.
Don Juan San-Génis, coronel.

INFANTERIA.

*1.ª Division, brigadier D. Fernando Butron.*

| | Presentes. | Efectivo |
|---|---|---|
| Guardias walonas | 450 | 530 |
| Regimiento de Estremadura | 390 | 610 |
| Regimiento de granaderos de Palafóx | 752 | 1.005 |
| Regimiento de fusileros del Reyno | 1.291 | 1.571 |
| Regimiento del Infante D Cárlos | 534 | 1.014 |
| Batallon ligero del Cármen | 661 | 771 |
| Batallon ligero del Portillo | 594 | 834 |
| Batallon ligero de Torrero | 485 | 720 |
| Batallon ligero de Calatayud | 881 | 967 |
| 1.er Batallon ligero de Zaragoza | 566 | 680 |
| 2.° Idem, id | 546 | 666 |
| 1.er Batallon de cazadores catalanes | 465 | 625 |
| 2.° Batallon de voluntarios de Aragon | 1.060 | 1.200 |
| *2.ª Division, brigadier D. Diego Fiballer.* | | |
| Batallon de guardias reales españolas | 676 | 898 |
| 2.° Regimiento de Valencia | 726 | 954 |
| 1.er Batallon de voluntarios de Aragon | 970 | 1.183 |
| Batallon de voluntarios de Doyle (falta el estado de situacion) | » | » |
| *Suma y sigue....* | 11.047 | 14.228 |

3.ª *Division, brigadier D. José Manso.*

| | Presentes. | Efectivo. |
|---|---|---|
| *Suma anterior*..... | 11.047 | 14.228 |
| Batallon de cazadores de Fernando VII, (Aragon)....... | 345 | 545 |
| Regimiento de fieles Zaragozanos, (falta el estado de situacion)................................... | » | » |
| Regimiento de montañeses de San Pedro.............. | 241 | 591 |
| 1.er Batallon de voluntarios de Huesca................ | 973 | 1.274 |
| 1.er Batallon de tiradores de Múrcia.................. | 343 | 750 |
| Batallon de Florida-Blanca.......................... | 229 | 352 |
| 1.er Regimiento de infantería de Múrcia.............. | 631 | 1 272 |
| 2.° Regimiento, id.................................. | 477 | 1.159 |
| 3.er Regimiento, id................................. | 438 | 1.098 |
| Suizos de Aragon.................................... | 361 | 496 |
| Regimiento de la reunion de Aragon................. | 699 | 1 079 |

4.ª *Division, mariscal de campo D. Felipe Saint-March.*

| | | |
|---|---|---|
| Voluntarios de Borbon.............................. | 317 | 436 |
| Voluntarios de Castilla............................ | 292 | 542 |
| Voluntarios de Chelva.............................. | 529 | 789 |
| Voluntarios de Alicante............................ | » | » |
| Regimiento de Turia................................ | 483 | 903 |
| Cazadores de Fernando VII (de Valencia)............ | 190 | 304 |
| Batallon de Segorbe................................ | 313 | 412 |
| Provincial de Soria................................ | 130 | 172 |
| Regimiento de Alicante............................. | 309 | 730 |
| 5.° Regimiento de Múrcia........................... | 423 | 1·040 |
| 2.° Batallon de tiradores de Múrcia................ | 91 | 131 |
| 3.er Regimiento de Valencia, (falta el estado de situacion). | » | » |

*Tropas refugiadas del Ejército de Andalucía.*

| | | |
|---|---|---|
| Regimiento de Savoya............................... | 105 | 347 |
| Voluntarios de Orihuela............................ | 315 | 731 |
| Cazadores de Valencia.............................. | 275 | 505 |
| Regimiento provincial de Múrcia.................... | 426 | 633 |
| 1.er Regimiento de Valencia (1).................... | » | » |
| Regimiento de América.............................. | » | » |
| Destacamento del regimiento de Africa.............. | » | » |
| Destacamento del regimiento provincial de Búrgos...... | » | » |
| Destacamento del regimiento de Navas de Tolosa....... | » | » |
| Destacamento del regimiento de Baylén.............. | » | » |
| *Suma y sigue*..... | 19.982 | 30.522 |

(1) Una parte de las tropas de este regimiento y de los regimientos siguientes, fué destacada para el servicio de la artillería y de ingenieros. Sus estados de situacion faltan. En la última quincena del mes de Diciembre de 1808, el efectivo total de estas tropas era de 4.191 hombres.

| | Presentes. | Efectivo. |
|---|---|---|
| *Suma anterior* | 19.982 | 30.522 |
| Destacamento del 5.º regimiento de Sevilla | » | » |
| Destacamento del regimiento de Campo-Mayor | » | » |
| Destacamento del regimiento provincial de Cádiz | » | » |
| Destacamento del regimiento provincial de Búrgos | » | » |
| Destacamento del regimiento de Avila | » | » |
| Compañia de tiradores de San Felipe | » | » |
| Compañia de voluntarios de Cartagena | » | » |
| Destacamento de cazadores de Cuenca | » | » |
| *Total* | 19.982 | 30.522 |

CABALLERIA.

| | | |
|---|---|---|
| Dragones del Rey | » | » |
| Dragones de Numancia (desmontados hácia la conclusion del sitio y enviados á la defensa de la calle de Quemada) | » | » |
| Caballería de Fuensanta | » | » |
| Húsares de Palafóx | » | » |
| Húsares de Aragon (desmontados hácia la conclusion del sitio y empleados en la defensa de la calle de Pabostre). | | |
| Cazadores de Olivenza | » | » |
| Caballería de Fernando VII | » | » |
| Carabineros reales | » | » |
| *El total de estos cuerpos es como de unos* | 2.000 | » |

ARTILLERIA.

(Faltan los estados)

INGENIEROS.

| | | |
|---|---|---|
| Un batallon de Zapadores de Aragon<br>Zapadores de Valencia<br>Zapadores de Calatayud | 800 | » |
| (La mayor parte de estos cuerpos fueron formados de los obreros que habian trabajado en el canal de Aragon.) | | |
| Habia en la plaza trece oficiales de ingenieros. | | |

RECAPITULACION.

| | | |
|---|---|---|
| Infantería | 19.982 | 30.522 |
| Caballería | 2.000 | » |
| Artillería | 1.800 | » |
| Ingenieros | 800 | » |
| Un batallon de voluntarios de Doyle 600<br>Regimiento de fieles Zaragozanos 900<br>3.er Regimiento de Valencia 900 | 2.400 | » |
| Destacamentos del Ejército de Andalucía, segun el estado de situacion del mes de Diciembre | 4.191 | » |
| *El total general* | 31.173 | » |

## NUMERO 15.

«Cada familia, dice el baron Lejeune, abandonaba para el servicio del sitio cuanto podia ser útil á la defensa comun. No se habia visto nunca á los hombres sacrificar con tan buena voluntad su propiedad Los sacerdotes, con sus sermones, con procesiones y falsos milagros excitaban el amor á la independencia hasta el frenesí. Prometian al pueblo la palma del martirio y lo exaltaban hasta el fanatismo más furioso. Le representaban el trastorno que habian sufrido sus iglesias en el sitio anterior como la injuria más criminal que se hubiera hecho á la religion. Y, entregándose con aquellas exterioridades al ódio que nos profesaban por haber vendido en Francia los bienes de nuestras iglesias y con el recelo de que fuéramos á hacer lo mismo allí, nos señalaban al pueblo como enemigos de la religion que era necesario exterminar.» (1)

«Los frailes, sobre todo, ejercian sobre sus compatriotas la influencia más hostil contra nosotros. El pueblo español, en general, respeta mucho esas órdenes religiosas que se reclutan en las clases más pobres. En ellas colocan á sus hijos para, en caso de necesidad, tener quien los proteja contra el despotismo de la Inquisicion. Los frailes de las órdenes mendicantes conservan un poco más las buenas costumbres. Son casi todos ignorantes y groseros como el pueblo; viven en la intimidad más estrecha con él y con frecuencia dan el sobrante de su comida á parientes indolentes y demasiado perezosos para procurarse otros medios de subsistencia. Sobre las mujeres es sobre quienes ejercen estos frailes su mayor crédito y sobre su espíritu emplean más fácilmente su despótico imperio. Excitaban entónces en ellas las pasiones más fogosas para prepararlas á defender por segunda vez la Iglesia, la patría y la libertad, y para alcanzar ese fin las recordaban todos los grandes ejemplos de ese genero que proporciona la antigüedad.»

«Las mujeres de Zaragoza, animadas así, se organizaron en compañías y se dividieron los distintos barrios de la ciudad que debian de defender. La tarea que les fué señalada era la de llevar víveres, municiones y socorros á los combatientes; la de cuidar á los heridos en los hospitales, hacer cartuchos y suplir á los hombres lo posible en el combate y allí donde lo consintieran sus fuerzas.»

«La jóven y bella condesa de Burida, (Bureta); de una de las primeras familias del país, y de un gran carácter, restablecida apénas y descansando de las fatigas del primer sitio, se puso por segunda vez á la cabeza de las mujeres y les dió constantemente el ejemplo de una actividad extraordinaria y de la abnegacion más valerosa. El recuerdo de sus hechos de armas anteriores era para todas las demás mujeres un estímulo de émulacion, y cada una de ellas quería imitar su

---

(1) Nota del autor.—«Sabremos hacer por España, decian, lo que hicieron por Francia, el obispo Gauzlin, muerto en la brecha, durante el sitio de París, en 885, y su sobrino el abad d'Ebole, de fuerza tan prodigiosa que atravesaba los enemigos con su javalina y gritaba despues arrojándolos al fuego: *Asádlos* que ya están ensartados.

El valiente arzobispo Juan de Craon que hizo levantar el sitio de Reims, en 1359, y Felipe de Gamache, abad de San Pharon de Meaux que defendió á Compiegne con valor tan extraordinario en 1430, y aquel sacerdote que fue muerto en Marsella por una bala de cañon diciendo misa en 1724; y tantos otros sacerdotes y prelados en Rodas, Malta, en España, pero particularmente los de Barcelona en 1713, á quienes igualaremos en valor.»

¡Y despues dirán los franceses que el clero español es ignorante!

**heroismo, admirando sus virtudes y su piedad. Reunidas en grupos á las órdenes de aquella valiente amazona, las mujeres de Zaragoza juraron tambien perecer con sus hijos ántes que rendirse. (1)**

---

(1) «Nota del autor.» «Se comparaba á la condesa Burida con la de Monfort, aquella extraordinaria heroina de Bretaña que batió á Cárlos de Blois, rechazó los asaltos de la brecha é hizo levantar el sitio de Hennebon en 1341. Se elevaba su valor á la altura del de Juana de Arco, inspirada por la santa religion y que fué tambien secundada por las mujeres de Orleans en 1428: se hacia ver cuán superior era Ana Burida á Juana Hachettc ó Juana Forurquet, que hizo levantar el sitio de Bauvais en 1489. *Vuestra fama*, se decia á aquellas guerreras, *sobrepujará á la de las mujeres de la antigüedad: hareis más todavia que hicieron las niñas y las mujeres de Harlein, cuando, reunidas en compañías bajo la direccion de la célebre Kennawa, rechazaron á los españoles en* 1573. *No tendreis ménos valor que la mujer de Asdrubal en Cartago, aquella ciudad antigua aliada de los españoles antepasados vuestros. Las mujeres de Cartago dieron su pelo para hacer cuerdas para los arcos que debian emplearse contra los romanos; pero vosotras no os vereis reducidas á esa extremidad*, las decian los sacerdotes animándolas, *porque rechazareis á los franceses que huirán ánte vosotras como en el primer sitio, y hareis por la santisima María Nuestra Señora del Pilar más de lo que hicieron por una falsa religion las hijas y las mujeres de los hugonotes de la pequeña ciudad de Livron en el Delfinado en* 1574. *Despues que con la espada y la lanza rechazaron los asaltos dados á sus murallas, fueron á hilar sus ruecas en la brecha en señal de desprecio hácia los sitiadores y con nuevas hazañas hicieron levantar el sitio de la ciudad. Y aquella mujer de Tolosa que en* 1217 *libertó su ciudad natal matando de una pedrada, que lanzó de lo alto de los muros, al conde de Montfort de Muret, general de los sitiadores, etc., etc.*»

¡Qué erudion tan exhuberante para puesta en boca de los frailes españoles, y todo con el sólo objeto, á lo visto, de decirnos que tambien abundaban en Francia las mujeres capaces de hacer lo que las Zaragozanas!

NÚMERO 16.

**ESTADO de fuerza de las tropas francesas, empleadas en el segundo sitio de Zaragoza.**

ESTADO MAYOR.

El Mariscal Lannes, duque de Montebello, comandante en jefe de los cuerpos 2.° y 3.°
Frére, general de division, jefe del Estado Mayor general.
Dumolard, ayudante comandante, segundo jefe del Estado Mayor.

## TERCER CUERPO.

Junot, duque de Abrantes, general de division, comandante del tercer cuerpo.
Harispe, general de brigada, jefe del Estado Mayor.

## INFANTERÍA.

1.ª Division, general Grandjean.

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| En el cuartel general | 70.° de línea........... | 1 batallon. | 407 | hombres. |
| | 2.° ligero.............. | Destacam.° | 100 | » |
| 1.ª Brigada, general Habert...... | 14.° de línea........... | 4 batall.es | 2.122 | » |
| | 2.° del Vístula.......... | 2 » | 1.225 | » |
| 2.ª Brigada, general Laval....... | 44.° de linea........... | 3 » | 1.754 | » |
| | 3.° del Vístula.......... | 2 » | 1.138 | » |

2.ª Division, general Musnier.

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| 1.ª Brigada, general Brun..... | 114.° de línea.......... | 4. » | 2.235 | » |
| | 1.° del Vístula.......... | 2 » | 1.163 | » |
| 2.ª Brigada, general Razont...... | 115.° de línea.......... | 4 » | 2.206 | » |

3.ª Division, general Morlot.

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| 1.ª Brigada, general Rostolland | 5.° ligero.............. | 2 » | 1.244 | » |
| | 116.° de línea.......... | 2 » | 878 | » |

*Suma y sigue....* 14.472 hombres.

| | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|
| | | *Suma anterior...* | 14.472 | hombres. | |
| 2.ª Brigada, general Augerau.... | 117.° de línea........ | 4 batall.es | 1.532 | » | |
| 3.ª Brigada, general Bujet....... | 121.° de línea........ | 4 » | 2.187 | » | |
| | 2.ª legion de reserva... | 4 » | 2.507 | » | |

CABALLERÍA.

| | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| Brigada, general Watier...... | 4.° de húsares.... | 4 Escuadrones. | 573 | » | 585 | cab.s |
| | 13.° de coraceros.. | 4 » | 336 | » | 379 | » |
| | 1.er regimt.° provisional de húsares | Destacamento. | 309 | » | 230 | » |
| | 2.° y 10.° de húsares | Destacamentos. | 113 | » | 119 | » |
| | Caballería de marcha, dragones y cazadores....... | Destacamento. | 396 | » | 394 | » |
| | Gendarmería..... | » | 27 | » | 29 | » |
| | Lanceros polacos.. | » | 21 | » | 22 | » |
| | | TOTAL...... | 22.473 | homb.s | 1.758 | cab.s |

*Nota.* La legion de reserva, de 2.500 hombres y 1.800 del 121.° de línea, estuvieron, durante el sitio, destacados en Alagon y Tudela para cubrir las comunicaciones. Además, el general Watier fué enviado á Alcañíz con 1.100 infantes y 700 caballos. No le quedaron, pues, al tercer cuerpo, para el sitio, sino cerca de 16.500 hombres.»

De modo, decimos nosotros, que entre los defensores no deberian contarse los empleados en los puntos no atacados, que naturalmente fueron muchos.

## QUINTO CUERPO.

### ESTADO MAYOR.

El Mariscal Mortier, duque de Trevisa, comandante del 5.° cuerpo.
Daultanne, general de division, jefe del Estado Mayor.
Dambouski, ayudante comandante, 2.° jefe del Estado Mayor.

INFANTERÍA.

1.ª Division, general Suchet.

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| 1.ª Brigada, general Dumoustier...... | 17.° ligero....... | 3 batallones. | 2.302 | hombres. |
| | 34.° de línea..... | 4 » | 2.590 | » |
| | 40.° idem........ | 3 » | 2.246 | » |
| | | *Suma y sigue....* | 7.138 | hombres. |

# INGENIEROS.

## ESTADO MAYOR

El conde Lacoste, general de brigada, ayudante de campo del emperador, comandante de ingenieros del sitio (muerto).

Rogniat, coronel, segundo jefe, (herido).

Breuille, mayor, director de las minas.

Valazé, jefe de batallon, jefe del Estado Mayor y 37 oficiales más, de los que 7 fueron muertos en el sitio y 9 heridos.

### Tropas.

| | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Minadores | | 7.ª compañía | 3 | oficiales | 70 | hombres | 5 | caballos. |
| | | 8.ª compañía | 4 | » | 84 | » | 1 | » |
| | | 9.ª compañía | 3 | » | 74 | » | 10 | » |
| Zapadores | 1.er batallon | 6.ª comp.ª | 2 | » | 89 | » | » | » |
| | | 7.ª comp.ª | 2 | » | 90 | » | 7 | » |
| | 2.º batallon | 1.ª comp.ª | 3 | » | 90 | » | 14 | » |
| | | 3.ª comp.ª | 3 | » | 91 | » | 8 | » |
| | | 4.ª comp.ª | 3 | » | 85 | » | 4 | » |
| | 3.er batallon | 2.ª comp.ª | 3 | » | 103 | » | 5 | » |
| | | 4.ª comp.ª | 2 | » | 103 | » | 4 | » |
| | | 6.ª comp.ª | 2 | » | 108 | » | 11 | » |
| | | Total | 30 | oficiales | 987 | hombres | 69 | caballos |

## QUINTO CUERPO

## ESTADO MAYOR.

Dode, coronel, comandante de ingenieros del 5.º cuerpo y del ataque del Arrabal.

Larcher-Chamont, jefe de batallon, jefe del Estado Mayor, y 6 oficiales más, de los que un muerto y un herido.

### Tropas.

Zapadores... 2.º batallon.. 5.ª compañía.. 3 oficiales 62 hombres 7 caballos.

Belmas estampa los nombres de todos los oficiales y entre ellos aparecen 3 muertos y 5 heridos. De modo que el cuerpo de ingenieros tuvo 12 de los primeros y 16 de los segundos en el sitio.

## NUMERO 17.

Luego que amaneció el dia 21, tuvo aviso dicho comandante del teniente coronel don Pedro Villacampa, sargento mayor de voluntarios de Huesca, de dejarse ver los enemigos en número considerable por la espalda de san Gregorio, con cuya noticia le envió órden de defender aquel punto todo lo posible; y que en caso de ser cargado de fuerzas muy superiores, se replegase sobre el camino de Barcelona, por estar inundados los de nuestra izquierda. Así lo ejecutó el referido jefe, conteniendo al enemigo, y dando lugar á que llegasen los refuerzos. Habiendo sido atacado á este mismo tiempo el coronel Trujillo en el puente de Gallego, y desplegándose con el mayor órden, se situó en el mismo camino de Barcelona, donde estaban colocados dos cañones violentos y toda la caballería; y dispuso que el regimiento suizo de Aragon, dejando cien hombres en la torre del Arzobispo, saliese á sostener las tropas que venian en retirada; y con el mismo objeto mandó que saliesen el batallon de Guardias walonas y el primero de voluntarios de Aragon, con órden de cargar sobre el enemigo si se presentaba oportunidad para ello: todos estos encargos desempeñaron con bizarría los citados cuerpos, haciendo un fuego muy sostenido.

Luego que conoció nuestro experto comandante que el verdadero ataque se dirigía contra la izquierda y centro de nuestra línea, dió las disposiciones convenientes para envolver el flanco izquierdo del enemigo, y pasó al reducto de los Tejares, punto del verdadero ataque, que guarnecian los cazadores voluntarios de Cataluña y cien suizos de Aragon; encargando la defensa de aquel punto á toda costa al coronel don Manuel de Velasco, por la gran confianza que tenia en su pericia y valor. Desde allí se dirigió á la bateria del Rastro, cuyo mando se confirió al coronel del segundo batallon de Múrcia, don Mariano Peñafiel, y lo desempeñó con la mayor inteligencia y bizarría.

Los enemigos dieron diferentes ataques á nuestra izquierda, señaladamente contra la batería del Rastro; pero habiendo sido infructuosos, hubieron de retirarse vergonzosamente, dejando burlados todos sus esfuerzos. El heroismo con que se defendieron las baterías de la izquierda y centro sorprendió al enemigo: pues habiendo sido atacada la primera por una columna que llegó hasta cerca del parapeto, fué tal el acierto con que dirigió la artillería el coronel don Manuel de Velasco, el espíritu y serenidad con que los gefes, oficiales y tropa, los cazadores de Cataluña, destacamentos suizos, y el primero de Múrcia resistieron el impetuoso avance, que destrozaron su columna, dejando el campo cubierto de cadáveres, y más de dos mil fusiles por digno trofeo del vencimiento, en cuya demanda murieron gloriosamente el capitan don José de Santa Cruz y el subteniente don Estéban Jimenez.

La batería del Rastro, mandada por don Mariano Peñafiel, y su artillería dirigida por el valeroso capitan graduado de coronel don Angel Salcedo, se defendió con una firmeza y esfuerzo imponderable: dejando el campo inmediato sembrado de cadáveres enemigos, y en este número el comandante de su columna, que fué muerto de un fusilazo por el teniente del segundo de Murcia don Julian Gonzalez. Así caminaba la defensa de ambas baterías, en las cuales se obraban prodigios de valor, cuando se introdujo algun desórden y confusion, sin que se pudiese atinar con la verdadera causa de este accidente; pero cesó de todo punto con la presencia del general, que con sus acertadas providencias y enérgicas persuasiones, redujo prontamente los esfuerzos de la defensa á su primitivo estado.

Guarnecia la batería del centro el primer batallon del segundo de Múrcia, que se distinguió por su valor; siendo acreedor á iguales alavanzas la parte del segundo de Valencia, que con su coronel don Felipe Arsú, vino á reforzar este punto.

Son igualmente dignas de todo elogio la primera y tercera compañía de zapadores de Valencia, que sirvieron la artillería, y el capitan de la primera don Francisco Lopez, el cual substituyó en el manejo de ella al oficial don José Saleta, que fué muerto en el combate; y finalmente, varias partidas de voluntarios de Aragon, del tercio de Huesca, walones y otros cuerpos que, despues de haber peleado bizarramente en el campo, se refugiaron á ella.

Es tambien muy digno de consideracion el mérito que contrajeron el coronel don Manuel Melgarejo y su teniente coronel don Diego Lacarta, porque habiéndose esparcido voces de que el enemigo habia penetrado la línea, y por consiguiente hallarse cortados, mantuvieron su batería con la mayor firmeza, resueltos á morir ántes que desampararla. En la batería de San Lázaro se distinguieron en sumo grado el sargento mayor don Jacobo Dutrus con el segundo batallon del segundo de Múrcia, y el de la misma clase don José de Latorre, del batallon de Chelva; y don Francisco Trujillo con su tercer regimiento de Múrcia añadió nuevos méritos á los que ya se habia granjeado.

Por ultimo, es excusado todo encarecimiento en representar el heroismo, pericia y singular esfuerzo de los oficiales de artillería, los cuales en las defensas de las baterías elevaron á muy altos quilates el gran renombre y clarísima fama de este nobilísimo cuerpo; dejándonos mucho que compadecer la pérdida de don José Saleta y don Juan Pusterla.

Entre los que adquirieron inmortal gloria en aquella accion memorable, cuenta con distincion dicho señor comandante al mayor general de su division y teniente coronel marqués de la Cañada-Ibañez; al teniente coronel don Tomás de Cires, comandante anterior del arrabal, el que, segun las noticias que nos han llegado, añadió nuevos timbres á su valor y perecia militar; al teniente de cazadores de Olivencia don Ignacio Landasurí, que hizo las veces de mayor general de caballería con aprobacion de S. E.; al capitan de ingenieros don Blas Gil; á los ayudantes de dicho comandante el teniente coronel don Juan Uriarte, y al capitan don Joaquin Aguileta; como tambien al ayudante del mayor general de infantería don Juan Eugenio de Salinas, subteniente de cazadores de Orihuela.

NÚMERO 18.

El pliego se reducia á una carta concebida en estos términos: «El mariscal Moncey al excelentísimo señor capitan general de las tropas españolas, y á los magistrados de la ciudad de Zaragoza.—Señores: La ciudad de Zaragoza se halla sitiada por todas partes, y no tiene ya comunicacion alguna. Por tanto, podemos emplear contra la plaza todos los medios de destruccion que permite el derecho de la guerra. Sobrada sangre se ha derramado, y hartos males nos cercan y combaten. La quinta division del grande ejército, á las órdenes del señor mariscal Mortier, duque de Treviso, y la que yo mando, amenazan los muros. La villa de Madrid ha capitulado, y de este modo se ha preservado de los infortunios que le hubiera acarreado una resistencia más prolongada Señores: la ciudad de Zaragoza confia en el valor de sus vecinos; pero imposibitada de superar los medios y esfuerzos que el arte de la guerra vá á reunir contra ella si dá lugar á que se haga uso de ellos, será inevitable su destruccion total. El señor mariscal Mortier y yo, creemos que Vmds. tomarán en consideracion lo que tengo la honra de exponerles, y que convendrán con nosotros en el mismo modo de opinar. El contener la efusion de sangre, y preservar á la hermosa Zaragoza, tan estimable por su poblacion, riquezas y comercio, de las desgracias de un sitio, y de las terribles consecuencias que podrán resultar, seria el camino para grangearse el amor y bendiciones de los pueblos que dependen de Vmds. Procuren Vmds. atraer á sus ciudadanos á las máximas y sentimientos de la paz y quietud, que por mi parte aseguro á Vmds. todo cuanto puede ser compatible con mi corazon, mi obligacion, y con las facultades que me ha dado S. M. el Emperador, Yo envío á Vmds. este despacho con un parlamento, y les propongo que nombren comisarios para tratar con los que yo nombraré á este efecto. Quedo de Vmds. con la mayor consideracion —Señores:—El mariscal Moncey.—Cuartel general de Torrero 22 de diciembre de 1808.» A la que contestó Palafox lo siguiente: «El general en gefe del ejército de reserva responde de la plaza de Zaragoza. Esta hermosa ciudad no sabe rendirse. El señor mariscal del imperio observará todas las leyes de la guerra, y medirá sus fuerzas conmigo. Yo estoy en comunicacion con todas partes de la Península, y nada me falta. Sesenta mil hombres resueltos á batirse no conocen más premios que el honor, ni yo que los mando. Tengo esta honra, que no la cambio por todos los imperios. S. E. el mariscal Moncey se llenará de gloria si, observando las nobles leyes de la guerra, me bate: no será ménos la mia si me defiendo. Lo que digo á V. E. es que mi tropa se batirá con honor, y que desconozco los medios de la opresion, que aborrecieron los antiguos mariscales de Francia Nada le importa un sitio á quien sabe morir con honor, y más cuando ya conozco sus efectos en sesenta y un dia que duró la vez pasada: si no supe rendirme entónces con ménos fuerza, no debe V. E. esperarlo ahora cuando tengo más que todos los ejércitos que me rodean. La sangre española vertida nos cubre de gloria al paso que es ignominioso para las armas francesas haberla vertido inocente. El señor mariscal del imperio sabrá que el entusiasmo de once millones de habitantes no se apaga con opresion, y que el que quiere ser libre lo es. No trato de verter la sangre de los que dependen de mi gobierno; pero no hay uno que no la pierda gustoso por defender su pátria. Ayer las tropas francesas dejaron á nuestras puertas bastantes testimonios de esta verdad: no hemos perdido un hombre; y creo poder estar yo más en proporcion de hablar al señor mariscal de rendicion si no quiere perder todo su ejército en los muros de esta plaza. La prudencia, que le es tan característica, y que le dá el renombre de

bueno, no podrá mirar con indiferencia estos estragos, y más cuando ni la guerra, ni los españoles los causan ni autorizan. Si Madrid capituló, Madrid habrá sido vendido, y no puedo creerlo; pero Madrid no es más que un pueblo; y no hay razon para que éste ceda. Sólo advierto al señor mariscal que cuando se envía un parlamento no se hacen bajar dos columnas por distintos puntos, pues se ha estado á pique de romper el fuego, creyendo ser un reconocimiento, más que un parlamento. Tengo el honor de contestar á S. E. el mariscal Moncey con toda atencion en el único lenguaje que conozco, y asegurarle mis más sagrados deberes. Cuartel general de Zaragoza 22 de diciembre de 1808.—El general Palafox.»

---

NUMERO 19.

«D. Francisco Tadeo Calomarde, Oficial mayor de la Secretaría del despacho »universal de Indias, Secretario de S. M. con exercicio de decretos, Caballero de »la Real y distinguida órden Española de Cárlos III, del consejo de S. M. y Se- »cretario general de la Real órden Americana de Isabel la Católica.»

«Certifico que D. Ventura Malibran, Intendente de provincia, comisario or- »denadòr de los Reales Ejércitos y Administrador de Puigcerdá, fué comisionado »en el año de mil setecientos ochenta y ocho por el Virrey de Santa Fé quando »apenas habia cumplido veinte años de edad, para ir á las provincias del Choco »para acopiar la Platina y remitirla á Cartagena. Lo que verificó á su costa y »sin recompensa alguna.»

«Que en el mismo año se le confirió la expedicion de los negros que se des- »tinaron á las referidas provincias, la que igualmente verificó á su costa y sin »remuneracion, como lo acredita el oficio del Virrey de aquel Reyno, su fecha seis »de Abril de mil setecientos ochenta y ocho, en el que se vé el acierto y desin- »terés con que desempeñó ambas comisiones.»

«Que en el año de mil setecientos nobenta y cuatro, prefiriendo los intereses »del Real servicio á los propios, tomando aquéllos y dejando éstos, embarcados »en la Balandra de la Real factoría (que consistian en seiscientos quintales de »café), se dirigió á Puerto-Rico desde Santo Domingo con pliegos interesantes »para aquella Isla, en cuyo intermedio le apresaron los enemigos el cargamento »que tenia embarcado.»

«Que en el mismo año salvó de naufragio la Urca de S. M. Santa Librada, »socorriéndola con su buque en la situacion de haber barado el primero que se »salvó, al paso que el suyo quedó muy maltratado por los abordages que sufrió »de la Urca, á impulsos de la fuerte marejada; lo compuso á su costa y lo abi- »litó en términos capaces de conducir las Pólvoras y demás pertrechos de Guerra »que se remitieron de Puerto-Rico á Santo Domingo sin recibir el menor esti- »pendio ni ayuda de costa por esta delicada é importante expedicion, como lo »era en tiempo de Guerra.»

«Que en el año próximo de mil setecientos nobenta y siete, viniendo de »América en la fragata de S. M. Santa Elena, tomó á su cargo la direccion de un »cañon, á cuyo lado recibió dos heridas en la pierna y pié izquierdo, sin que »éstas le hiciesen abandonar su puesto, en cuyo estado fué hecho prisionero por »un navío y una fragata inglesa; y además de la total pérdida de sus equipajes, »sufrió la de ciento setenta y siete mil reales que trahia bajo partida de registro, »quedando reducido al estado que es consiguiente á esta desgracia.»

«Que en mil setecientos nobenta y ocho, satisfecho S. M. de sus particulares »méritos distinguidos servicios y graves pérdidas experimentadas en utilidad de »su Real persona, se dignó nombrarle Teniente Gobernador y Oficial Real de la »provincia del Citará en el Chocó, que dèsempeñó hasta fin del año de mil »ochocientos y seis que regresó con licencia á España, donde los ha continuado, »y para que el expresado Malibran haga constar estos servicios donde le com- »benga, le doy la presente á su instancia, firmada de mi mano y señalada con el »sello secreto de dicha secretaría universal de Indias. En Palacio á doce de Abril »de mil ochocientos quince.—*Francisco Tadeo de Calomarde.*»

Aunque de fecha anterior, existe otro certificado que adelanta más y donde ya aparece la comision á que se refiere este escrito, si no tan explícita como la que estamparémos despues, lo suficiente para confirmar la opinion ántes emitida

sobre el destino de los fondos sacados de Zaragoza en la difícil y crítica situacion del principio de su segundo sitio. Hélo aquí:

»D. Joséf de Texada y Ruiz, Oficial mayor de la Secretaría del despacho universal de Indias, Secretario del Rey con exercicio de decretos del Consejo de »S. M. y Regidor honorario de la Heróica é Imperial villa y córte de Madrid, »certifico que por los libros, asientos y minutas que paran en los archivos de la »referida Secretaria universal, consta que D. Ventura Malibran desempeñó en el »Virreynato de Santa Fé varias comisiones acerca del descubrimiento, afirmacion »y laboreo de la Platina, muy importantes al Real servicio, en premio de las »cuales se dió órden de S. M. al Virrey D. Pedro Mendinueta para que le colocase »como merecia, y que lo ejecutó nombrándole Oficial Real del Citará en el Chocó, »cuyo empleo desempeñó seis años con el mayor celo y exactitud hasta que en »el de 1806 se restituyó á España, en donde hizo muy señalados servicios, por »los que fué recompensado con los honores de Comisario Ordenador de los Reales »Exércitos; que habiendo emprehendido en la guerra última el sacar de Valençay »á nuestro amado soberano, siguiendo esta importantísima y delicada empresa »con la anuencia y consentimiento del gobierno y el auxilio de nuestros Gene»rales, como consta de sus certificaciones, fué premiado su heróico valor y celo »por la Junta central en 28 de Diciembre de 1810, con los honores de Intendente »de provincia y el sueldo de 24.000 rs., como acredita el Real decreto y título »de su nombramiento; y finalmente, que calificados y aprobados todos sus rele»vantes méritos y servicios, se sirvió S. M. conferirle la administracion de la »aduana de Puigcerdá en el principado de Cataluña, á peticion suya, para que »descansase de sus anteriores fatigas, como todo resulta más extensamente de »los expedientes que se han tenido á la vista y á los que en caso necesario me »refiero; y para que conste donde convenga, doy á pedimento de la parte la pre»sente, firmada de mi mano, autorizada y sellada con el sello secreto de la refe»rida Secretaria en Palacio á diez y ocho de Marzo de mil ochocientos quince.— »Como secretario del Rey Nuestro Señor, *Joséf de Tejada y Ruiz.*»

El documento, sin embargo, que revela, no sólo el cometido confiado al celo de Malibran, sino los pasos dados anteriormente por él y la parte que tomaron en su preparacion y se disponian, al parecer, á tomar en adelante ilustres pernajes que ni mencionados se hallaban todavía en estas páginas, es el que facilitó á Malibran el general Palafóx á poco de haber éste vuelto á España de su estrecho encierro en la torre de Vincennes. En él se descubre, de un modo concluyente ya, el misterio en que, sin el feliz encuentro del hijo del Sr. Malibran, hubiera permanecido envuelto un servicio tan importante y meritorio. Dice así:

«D. José Rebolledo de Palafóx, Melci, Bermudez de Castro, Eril, Bardaxi, Bor»ja, Moncayo, Figueroa de Velasco, Osorio, Espes, Gurrea, Urries y Marta, etc. »Caballero de la ínclita órden de San Juan de Jerusalen, Comendador de Mon»tachuelos en la de Calatrava, Regidor perpétuo de la M. N. M. L. I. C. y H. villa »de Madrid, Académico honorario de la Real Academia de Valencia y de la de No»bles y Bellas Artes de Zaragoza, Capitan general de los Reales Exércitos y del Rey»no de Aragon, Presidente de su Real Audiencia, etc., etc., etc.—Certifico: Que »D. Ventura Malibran fué llamado por el señor Conde de Montijo para conducir »á París pliegos á manos al Excmo. señor Duque de San Cárlos con el objeto de »formar un plan relativo á proporcionar la libertad á nuestro amado Soberano, »la que habiéndola evacuado pasó á Valençay, y acordó con el señor Conde de la »Campaña los medios para realizarlo, y habiéndoseme presentado en Zaragoza,

»y comunicado el proyecto, le auxilié con cuantos medios juzgué oportunos para »su pronto y buen éxito, entregándole para el efecto quarenta y un mil duros »que busqué en veinte horas, con cuya cantidad me dijo habia suficiente, y em»barcándose con ella por el Ebro, y llegado á Lerida fué detenido por el pueblo »y la Junta, que viéndolo con una crecida cantidad de dinero hácia la frontera »en unas circunstancias tan críticas, é ignorando el alto objeto á que iba desti»nado, le creyeron espía; y á no ser por el general Doile, que se hallaba en dicha »ciudad, y garantizó á la Junta y pueblo de su conducta y persona, su suerte »hubiese sido desgraciada, pudiendo lograr, por mediacion de dicho general, »continuar su viaje, hasta que fué detenido y preso segunda vez en Oliana, su»friendo mil vejaciones, siendo por fin sentenciado á muerte, por cuya razon y »la de no ser víctima de la barbarie popular se vió en la necesidad de descubrir »á las cabezas de motin su proyecto; por cuyos incidentes, y el de hallarse el »pueblo de Oliana inmediato á la frontera, le manifestó el Conde de la Campaña »convenia suspender por entónces proyecto tan interesante por el estrépito que »había causado; y habiendo hecho dicho Malibran las gestiones convenientes »para el reintegro de los quarenta y un mil duros, dejando su honor á cubierto, »pasó á la Seo de Urgel á suplicar á la Junta, autoridad inmediata, se hiciese »cargo de dicha cantidad, de la que precedido el exacto recuento, hizo la más »escrupulosa entrega, cuyos hechos me constan. Y para que pueda acreditar »donde le convenga, y á su solicitud, doy la presente en Madrid á veinte y dos »de Julio de mil ochocientos catorce.—*Joséf de Palafóx y Melci.*»

---

## NÚMERO 20.

HÉ AQUÍ LA VERSION CASTELLANA DE LA PROCLAMA.

«Ya es tiempo que conozcais vuestra verdadera situacion. Las victorias que conseguisteis en el norte fueron empezadas por la desolacion de las familias, la pérdida de vuestros bienes y acrecentamiento de cuantiosas rentas que se han apropiado los que nada tenían, y acabaron por el engaño y la perfidia: estas victórias os habrán alucinado, hasta que el inaudito arrojo de vuestro emperador, viendo perdidas ya en España más de setenta mil almas en los últimos meses de este año pasado, os quitó del norte, donde érais más precisos para conservar sus decantadas victorias y sostener los tratados de Tilsit; pero en España teneis la escuela de la verdad: aquí venís á costa de grandes sacrificios á ver rasgado el velo de la iniquidad con que os tiranizan: aquí, donde el oro no hace fuerza, donde la intriga no es apoyada por los verdaderos españoles, todo lo teneis que esperar de vuestro esfuerzo. Considerad, pues, que para once millones de combatientes no vale la táctica, ni el valor más acreditado para resistir á la imponderable fuerza que os oponemos. Ninguna accion en España os ha sido ventajosa: la menor victoria os ha costado arroyos de sangre: y al cabo, ¿qué habeis conseguido? Desolar los pueblos, matar impunemente los desgraciados indefensos, robar los templos y aterrar las mujeres; excesos que envilecen el nombre francés, crímenes que hacen ignominioso vuestro honor, y con lo que os haceis aborrecibles á todo el continente. La heróica defensa de Zaragoza, las acciones de Bailén, el memorable dia dos de mayo, la defensa de Valencia, los progresos del ejército de reserva en Navarra, y lo caro que os costó la funcion de Tudela, en donde no pudo la intriga hacer más en favor vuestro; el escarmiento que os han dado los pueblos de la ribera del Jalon, y el último suceso que á los muros de Zaragoza habeis experimentado el dia 21 de diciembre, os hace conocer cuán fallidos han sido los cálculos de vuestro emperador, y que su capricho acabará con todos vosotros ántes de lograr su desatinado empeño. Franceses: esta es vuestra verdadera situacion: internados en una provincia enemiga del emperador, y no de vosotros, os veis sacrificados al capricho y á la ambicion; pudiendo ser tan felices como ella si abandonáseis una causa tan injusta como la que seguis, empleando vuestro bizarro valor en defender vuestras propiedades, adquiriendo nuevas glorias y láuros más distinguidos en otro objeto de guerra más noble que el que seguís. Italianos, polacos, alemanes: vuestra pátria os llama, vuestras familias os esperan; venid, que, abandonando una guerra que es vuestro oprobio, este gobierno noble y generoso os conducirá á vuestros hogares, si con una noble confianza os acogeis bajo su alta proteccion: sereis recibidos como amigos, socorridos y auxiliados como permite el carácter de esta valiente nacion, tan grande en castigar como en perdonar á los que la ofenden. Desechad de vosotros el nécio error en que os tienen de que vuestros prisioneros son maltratados, cuando ya algunos de ellos están disfrutando en sus casas de sus comodidades, y vosotros, si os pasais como ellos, lograreis beneficios: abrid los ojos; ya sabeis que en España no hay cobardes; elegid lo que querais.»

NÚMERO 21.

**ESTADO de la fuerza disponible y efectiva de todas armas de la guarnicion de la plaza de Zaragoza en 4 de Febrero de 1809.**

| DESTINO DE LOS REGIMIENTOS. | CUERPOS. | Tropa disponible...... | Bajas........ | Total........ | Tropa disponible...... | Bajas........ | Total........ |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | INFANTERIA. | | | | | | |
| | Guardias Walonas....... | 162 | 192 | 354 | | | |
| | Voluntarios de Aragon... | 623 | 536 | 1.159 | | | |
| | 1.er B.on Volunt.s de id.. | 295 | 705 | 1.000 | | | |
| | 2.º Regt.º de Valencia... | 91 | 592 | 683 | | | |
| | 1.er Batallon de Voluntarios de Huesca...... | 621 | 507 | 1.128 | | | |
| | Suizos de Aragon....... | 279 | 185 | 464 | | | |
| | Cazadores de Fernando VII de Valencia.......... | 49 | 176 | 225 | | | |
| | Idem de Segorve ....... | 45 | 304 | 349 | | | |
| | Voluntarios de Borbon... | 25 | 300 | 325 | | | |
| | 5.º Regt.º de Múrcia.... | 145 | 593 | 738 | | | |
| | Cazadores catalanes...... | 101 | 384 | 485 | | | |
| | Idem de Valencia....... | 107 | 243 | 350 | | | |
| En la ciudad, acuartelados y al vivac...... | Provincial de Sória..... Regimiento de Saboya... | 104 | 231 | 335 | 6.073 | 9.804 | 15877 |
| | Voluntarios de Castilla... | 121 | 318 | 438 | | | |
| | Granaderos de Palafóx... | 474 | 422 | 896 | | | |
| | Fusileros de id.......... | 742 | 676 | 1.418 | | | |
| | Regt.º de Extremadura... | 182 | 294 | 476 | | | |
| | Id. del infante D. Cárlos. | 215 | 549 | 764 | | | |
| | 3.er Batallon ligero de Zaragoza.............. | 142 | 462 | 604 | | | |
| | Segundo id............. | 244 | 341 | 585 | | | |
| | Batallon ligero del Cármen................ | 363 | 295 | 658 | | | |
| | Idem de Portillo........ | 357 | 348 | 705 | | | |
| | Idem de Torrero........ | 188 | 169 | 357 | | | |
| | Idem de Calatayud...... | 334 | 486 | 820 | | | |
| | Voluntarios de Oribuela.. | 65 | 496 | 561 | | | |

| DESTINO DE LOS REGIMIENTOS. | CUERPOS. | Tropa disponible...... | Bajas........ | Total........ | Tropa disponible..... | Bajas........ | Total........ |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | INFANTERIA. | | | | | | |
| En el Arrabal. | Guardias españolas ..... | 153 | 393 | 846 | 2.133 | 5.874 | 8.007 |
| | Voluntarios de Castilla... | 367 | 175 | 542 | | | |
| | 1.er Regt.º de Múrcia.... | 113 | 456 | 569 | | | |
| | 2.º id................. | 114 | 602 | 716 | | | |
| | 3.º id., de id............ | 141 | 659 | 800 | | | |
| | Regt.º de la Reunion.... | 160 | 558 | 718 | | | |
| | Cazadores de Fernando VII de Aragon............ | 102 | 331 | 433 | | | |
| | Regimiento del Turia.... | 68 | 621 | 689 | | | |
| | Batallon de Chelva...... | 160 | 432 | 592 | | | |
| | 1.º Tiradores de Múrcia.. | 31 | 493 | 524 | | | |
| | 2.º de id.............. | 15 | 84 | 99 | | | |
| | Regimiento de Alicante.. | 41 | 448 | 489 | | | |
| | Voluntarios de id....... | 368 | 622 | 990 | | | |
| Tropas en el Castillo. | Provinciales de Múrcia... | 84 | 349 | 433 | 289 | 664 | 953 |
| | Fieles zaragozanos....... | 205 | 315 | 520 | | | |

## RESÚMEN GENERAL.

| *Destinos que ocupan las tropas.* | FUERZA TOTAL. Disponible. | Bajas. | Total. |
|---|---|---|---|
| En la ciudad, acuartelados y al vivac........ | 6.073 | 9.804 | 15.877 |
| En el arrabal.............................. | 2.133 | 5.874 | 8.007 |
| En el castillo............................. | 289 | 664 | 953 |
| TOTAL GENERAL.......... | 8.495 | 16.342 | 24.837 |

*Nota.*—De los 16.342 hombres que aparecen de baja, habia 13.737 enfermos y heridos.

PLANA MAYOR.

| | |
|---|---|
| *Capitan general de la Provincia y general en gefe......................* | El Teniente general D José de Palofóx y Melci. |
| *Tenientes generales empleados........* | D. Juan Butler.<br>D. Juan O-neille. |
| *Mayor general de infantería..........* | El brigadier D. Manuel Peñas. |

NÚMERO 22.

—

«Mi querido Primo:—Ahí te envio veinte mil reales vellon que un digno patricio me ha dado para alivio y socorro de las necesidades. Igualmente un criado mio te lleva mis cubiertos de plata y mis dos reloxes, único valor que tengo, excepto un sable de plata que por ser arma no te lo envío. Vamos bien y si quieren los paisanos, Torrero es hoy nuestro.—Adios.—¡Viva la Virgen del Pilar! Tu primo, Pepe.—A Consuelo un abrazo y tu procura sudar.»

NÚMERO 23.

**Alocucion de la junta central suprema gubernativa del reino, y decreto de la misma á nombre del Rey N. S. á favor de los defensores de Zaragoza.**

ESPAÑOLES: La única gracia que pidió Zaragoza á nuestro infeliz monarca, cuando en Vitoria la excitó á que usase de su beneficencia real, fué la de ser la primera ciudad que se sacrificase en su defensa. No necesitais vosotros, no necesita la Europa que se recuerde este rasgo generoso, para añadir motivos de interés y admiracion en favor de aquel insigne pueblo. Pero al ver consumado el grande sacrificio en las aras de la lealtad y de la pátria, el espíritu se engrandece contemplando la terrible y admirable carrera que ya desde entónces se abria Zaragoza á la inmortalidad y á la gloria.

Eran pasados más de dos meses de un sitio el más encarnizado y cruel: casi todos los edificios estaban destruidos, y los demás minados: apurados los víveres, las municiones consumidas: más de diez y seis mil enfermos luchaban con una epidemia mortal y aguda que arrebataba al sepulcro centenares de ellos al dia: la guarnicion se veia reducida á ménos de una sexta parte: el general moribundo del contagio: muerto de él O-neille, su segundo: Saint-Marc, en quien á falta de los dos habia recaido el mando, ya tambien doliente y postrado por la fiebre; tanto era necesario, españoles, para que Zaragoza cediese al rigor del destino, y se dejase ocupar del enemigo. Verificóse la rendicion el dia 20 del pasado á las condiciones mismas con que han entrado los franceses en otros pueblos, bien que cumplidas como lo acredita la experiencia. Así han podido ocupar aquel glorioso recinto, escombrado todo de casas y templos deshechos, y poblado solamente de muertos y moribundos; donde cada calle, cada ruina, cada pared, cada piedra está diciendo mudamente á los que la contemplan: *Id, y decid á mi rey que Zaragoza, fiel á su palabra, se ha sacrificado gustosa por mantenerse leal.*

Una série de acontecimientos tan tristes como notorios ha frustado todos los esfuerzos que se han hecho para socorrerla: pero la imaginacion de todos los buenos, fijada siempre en su suerte, acompañaba á sus defensores en los peligros, se agitaba con ellos en los combates, los compadecia en sus privaciones y fatigas, y los seguia en todas las terribles vicisitudes de la fortuna; y cuando por fin les han faltado fuerzas para seguir una resistencia que ellos han prolongado más allá de lo creible, la nueva de su desastre ha entristecido el corazon de tal modo, que en el primer momento del dolor se ha creido ver apagada de una vez la antorcha de la libertad, y derribada la columna de la independencia.

Mas todavía, españoles, está Zaragoza en pié, y vive para la imitacion y el ejemplo; vive todavía para el espíritu público que en tan heróicos esfuerzos estará siempre bebiendo lecciones de valor y constancia. Porque, ¿cuál es el español que, preciándose de tal, quiera ser ménos que los valientes zaragozanos, y no sellar la libertad proclamada de su pátria y la fé prometida á su rey á costa de los mismos riesgos y de las mismas fatigas? Atérrense de ellos en buen hora los viles egoistas ó los hombres sin valor: mas no se aterrarán los otros pueblos aragoneses que están prontos á imitar y á conquistar su capital; no los firmes y leales patriotas que ven en aquel pueblo sublime un modelo que seguir, una venganza que tomar, el único camino de vencer. Cuarenta mil franceses que han perecido delante de la frágil tápia que defendía á Zaragoza hacen llorar á la

Francia el estéril y efímero triunfo que acaba de conseguir, y manifiestan á España que tres pueblos de igual teson y resistencia salvarán la pátria y desconcertarán á los tiranos. Nace el valor del valor, y cuando los infelices que allí han sufrido y las víctimas que allí han muerto oigan que sus conciudadanos siguiéndoles en el sendero de la gloria les han aventajado en la fortuna, entónces bendecirán mil veces su suerte, aunque rigurosa, y contemplarán gozosos nuestros triunfos.

La Europa, considerando tódas las circunstancias de este acontecimiento singular, midiendo los medios de defensa con los de la agresion, y comparando la resistencia que ha hecho Zaragoza á los devastadores del mundo, con la que les hicieron hasta aquí las plazas de primer órden, decidirá á quién corresponde la palma del valor, y si son los vencidos los que la han arrancado á los vencedores. Andará el tiempo y vendrán los dias en que, sosegada la agitacion funesta con que ahora el génio de la iniquidad está atormentando la tierra, los amigos de la virtud y de la lealtad vengan á las orillas del Ebro á visitar estas ruinas magestuosas, y contemplándolas con admiracion y con envidia: «Aquí fué, dirán, aquel pueblo que en los siglos modernos realizó ó más bien superó los prodigios antiguos de consagracion y constancia, apenas creidos en la historia: sin tener un regimiento, sin más defensa que una débil pared, sin otros recursos que su esfuerzo, osó el primero provocar las iras del tirano, y por dos veces contuvo el ímpetu de sus legiones vencedoras: la rendicion de esta plaza abierta y sin defensa costó á la Francia más sangre, más lágrimas y más muertes que la conquista de reinos enteros: no fué el valor francés quien la rindió: un contagio mortífero y general postró las fuerzas de sus defensores, y los enemigos, al entrar en ella triunfaron de unos pocos enfermos moribundos; más no conquistaron ciudadanos ni vencieron á guerreros.»

Estas consideraciones de mérito, de gloria y de entusiasmo público, han movido á la Junta Suprema gubernativa del reino á expedir el decreto siguiente:

### REAL DECRETO DE S. M.

Considerando el rey nuestro señor don Fernando VII, y á su real nombre la Junta Suprema gubernativa del reino, que los servicios hechos á la pátria deben regularse más por el valor y por los sacrificios que por el éxito, el cual muchas veces depende de la fortuna; atendiendo á que Zaragoza no sólo no era inexpugnable, sino que, considerada por principios militares, ni era defendible siquiera, y sin embargo ha hecho una defensa cual no se cuenta de plaza algúna en el mundo, por fortificada que haya estado, á que los honores y recompensas que se concedan á un pueblo tan benemérito de la pátria, son para los que han perecido el justo premio debido á su valor y á su martirio: á los que han quedado un motivo de consuelo y un auxilio necesario para moderar el rigor de su infortunio, y á los demás un estímlo poderoso para que sigan su ejemplo; conóciendo que Zaragoza, presente siempre en la memoria de los españoles, será un manantial perenne de acciones heróicas y virtudes cívicas, que son las que han de salvar al estado en la borrasca que le atormenta, apreciando como es debido la gloria singular que resulta á la nacion española de la defensa admirable que ha hecho aquella ciudad, tan preciosa á los ojos de la virtud y del patriotismo, como la más insigne victoria; y queriendo, en fin, dar en señal de la alta estimacion en que tiene á Zaragoza y sus habitantes, un testimonio tan singular y grandioso, como el mérito sobre que recae, se ha servido decretar lo que sigue:

1.° Que Zaragoza, sus habitantes y guarnicion sean tenidos por beneméritos de la pátria en un grado heróico y eminente.

2.° Que luego que el digno y bizarro capitan general de Aragon sea restituido á la libertad, para lo cual no se omitirá medio ninguno, la Junta, á nombre de la nacion, le dé aquella recompensa que sea más digna de su constancia invencible, y de su vehemente patriotismo..

3.° Que se conceda un grado á todos los oficiales que se han hallado en el sitio, y á los soldados se les considere con la graduacion y sueldo de sargentos.

4.° Que todos los defensores de Zaragoza, sus vecinos y sus descendientes, gocen de la nobleza personal.

5.° Que á las viudas y huérfanos de los que hubieren perecido en la defensa, se les conceda por el Estado una pension proporcionada á su clase y circunstancias.

6.° Que el haberse hallado dentro de la plaza, durante el sitio, sea un mérito para ser atendido en las pretensiones.

7.° Que Zaragoza sea libre de todas contribuciones por diez años, contados desde el dia en que se haga la paz.

8.° Que desde aquella época se empiecen á reedificar sus edificios públicos, á costa del Estado, con toda magnificencia.

9.° Que en su plaza se erija un monumento para memoria perpétua del valor de sus habitantes y de su gloriosa defensa.

10. Que en las de todas las capitales del reino se ponga desde ahora una inscripcion que contenga las circunstancias más heróicas de los dos sitios que ha sufrido Zaragoza.

11. Que se acuñe una medalla en su honor como testimonio de gratitud nacional, por tan eminente servicio.

12. Que á cualquiera ciudad de España que resista con la misma constancia un sitio igualmente porfiado y tenaz, se la concedan los mismos honores y prerogativas.

13. Que se excite á los poetas y oradores españoles á ejercitar sus talentos en un asunto tan sublime, y se ofrezca á nombre de la nacion, un premio de una medalla de oro y cien doblones al que presente el mejor poema, y otro igual al que escriba el discurso más bien trabajado sobre este sitio inmortal; llevándose por objeto en una y otra obra, no sólo recomendar á la memoria y admiracion del siglo presente y de la posteridad el valor, la constancia y patriotismo de Zaragoza, sino inflamar con la mayor vehemencia el entusiasmo nacional, y llenar los corazones españoles del mismo amor á la libertad, y del mismo horror á la tiranía.

Tendreislo entendido y dispondreis lo conveniente á su cumplimiento.—El marqués de Astorga, vicepresidente.—Real Alcázar de Sevilla 9 de Marzo de 1809.—A D. Martin de Garay.

DECRETO DE LAS CÓRTES GENERALES Y EXTRAORDINARIAS REUNIDAS EN CÁDIZ.

Las Córtes generales y extraordinarias, queriendo dispensar su soberana proteccion, y premiar, como es justo, á los beneméritos eclesiásticos, militares y paisanos defensores de la Pátria, que en las apuradas circunstancias de los sitios de sus plazas han arrostrado con valor y heroicidad todos los horrores que son consiguientes, luchando al mismo tiempo con los enemigos, con el hambre, con la epidemia y demás miserias, decretan: 1.° Que quedando en su fuerza y vigor

los decretos de S. M. acerca de economía, sean preferidos para los destinos, en igualdad de méritos y circunstancias, los defensores de Zaragoza, Gerona, Ciudad-Rodrigo, Astorga y demás comprendidos en los Reales decretos de 9 de Marso de 1809 y 3 de Enero de 1810, y en el de S. M. de 30 de Junio del presente año, con tal que consten de una manera indudable sus servicios, patriotismo, aptitud, y que obraron activamente en aquellas heróicas defensas. 2.° Que el Consejo de Regencia recomiende á las Cámaras de Castilla é Indias que sin faltar á la leyes de éstas, atiendan en las consultas de obispados, prebendas de América y empleos civiles de la nacion, á dichos ilustres defensores, segun sus conocimientos, virtudes y carrera. 3.° Que haga igual recomendacion á los muy reverendos arzobispos, reverendos obispos, cabildos eclesiásticos, universidades, etc , para que, en igualdad de conocimientos, segun su carrera y demás prendas morales, los prefieran para las prebendas de oficio, las que tienen aneja cura de almas, las cátedras, etc. Lo tendrá entendido el Consejo de Regencia, y dispondrá lo necesario á su cumplimiento, haciéndolo imprimir, publicar y circular. Dado en Cádiz, á 22 de Agosto de 1811.—Juan José Güereña, presidente.—Antonio Oliveros, diputado secretario.—José de Cea, diputado secretario.—Al Consejo de Regencia.

Y deseando la Junta superior de Aragon que tan particulares consideraciones del supremo Gobierno lleguen á noticia de los leales habitantes de esta capital, y de sus heróicos defensores, ha resuelto que se publiquen nuevamente. Zaragoza 20 de Julio de 1813.—Salvador Campillo.—Valentin Solanot.—Mateo Cortes.

Concuerdan con sus originales, de que certifico.—Eusebio Jimenez, secretario.

---

*Real órden comunicada por el Ministro de la Guerra concediendo el distintivo de una cruz á los defensores de Zaragoza.*

Queriendo el Rey dar á los valientes defensores de Zaragoza, en el segundo sitio que sufrió aquella plaza, una nueva prueba del aprecio que le merecen, y condescendiendo con la instancia que le ha presentado V. E. como capitan general del reino de Aragon, y otros jefes y oficiales que concurrieron á sus órdenes á la mencionada defensa, se ha servido S. M. conceder á todos los generales, jefes y oficiales que se hallaron en ella, el distintivo de una cruz en la casaca al lado izquierdo del pecho, pendiente de una cinta pajiza con las cuatro barras de Aragon de color encarnado, compuesta de corona mural y cuatro brazos semejantes á la de San Juan, con la diferencia de ser estos de color de sangre, y de que las extremidades no formen dos puntos agudos, sino un plano en línea recta, estando ocupado el centro de esta cruz, que será un óvalo blanco, por una imagen de María Santísima bajo el título del *Pilar*, circulada de una rama de laurel con la inscripcion al reverso: *El Rey á los defensores de Zaragoza*; todo conforme al modelo que incluyo á V. E. Y para evitar los abusos que podrian introducirse en las pretensiones á esta gracia, confundiéndose los verdaderamente acreedores con los que no lo sean, ha resuelto S. M. que para solicitarla, se le dirijan las instancias por conducto de los respectivos jefes, acompañadas solamente de una certificacion que dará V. E. á cada uno, en que acredite haberse hallado y asistido con las armas en la mano al referido segundo sitio en clase de oficiales precisamente; á fin de que, en vista de esta prueba, que no podrá suplirse con otro documento por autorizado que sea, se le expida por mí la corres-

pondiente cédula, sin la cual celarán los jefes, bajo la más séria responsabilidad, que ninguno use de semejante distincion; y quiere tambien S. M. que, con objeto de que V. E. pueda proceder en la expedicion de aquellas certificaciones con el acierto que conviene, forme una junta á sus órdenes compuesta de tres jefes que se hubiesen hallado en el sitio, si pudiese ser, los cuales contribuyan á enterarle, por indagaciones públicas ó privadas, de la verdad de las pruebas que se le presentaren para pedir las referidas certificaciones; en el concepto de que los que se hallan en la Península han de promover sus instancias en el término de cuatro meses, contados desde esta fecha, y de dos años los que existan en países de Ultramar, pasados los cuales no se dará curso por motivo alguno á sus solicitudes.—De Real órden de S. M. lo traslado á V. E. para su noticia y gobierno.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Palacio 30 de Agosto de 1814.

---

*Real órden comunicada por el ministerio de la Guerra, haciendo extensiva la gracia concedida en la anterior á los soldados y habitantes de Zaragoza.*

Al capitan general del reino de Aragon D. José Palafóx, digo con esta fecha lo que sigue: «He dado cuenta al Rey de cuanto V. E. manifiesta en su papel de 4 del actual, relativo á hacerse extensiva la gracia concedida á los generales, jefes y oficiales por el segundo sitio de Zaragoza á los soldados y habitantes de aquella ciudad; y S. M. queriendo dar repetidas pruebas de cuán satisfecho está de los servicios y heróicos esfuerzos de todos aquellos valientes defensores que cumplieron completamente con los deberes de morir ántes que rendirse al tirano usurpador, y dar á todos una señal de su reconocimiento por unas acciones tan gloriosas cuán dignas de premio; ha tenido á bien ampliar la Real órden de 30 de Agosto último (que fué relativa sólo á los generales, jefes y oficiales), mandando que todos los soldados que hubieren contribuido á la defensa de Zaragoza en su segundo sitio, gocen igualmente del distintivo concedido á los oficiales, con la diferencia de ser de inferior calidad por no gravarles en sus cortos haberes; y que los particulares que en aquella memorable defensa se hubiesen distinguido en alguna accion extraordinaria personal, ó hubiesen recibido alguna herida, disfruten de la cruz que se señala á esta última clase, procediéndose en esto con las mismas formalidades que señala la referida Real órden de 30 de Agosto último.»—De órden de S. M. lo traslado á V. para su noticia y gobierno. Dios guarde á V. muchos años. Palacio 12 de Setiembre de 1814.

*Circular del Ministerio de la Guerra.*

«Convencido el Rey nuestro señor del singular mérito contraido por los valientes guerreros que con tanto valor y bizarría defendieron la ciudad de Zaragoza en su primer sitio; y deseando darles un testimonio público del aprecio que le merecen unos servicios cuya memoria servirá de gloria eterna á la nacion española, y de oprobio á las huestes del tirano de la Francia, se ha dignado S. M. conceder, á peticion del capitan general de los ejércitos don José Palafóx, y del teniente general marqués de Lazan, una nueva cruz de distincion á todos los indivíduos militares que con las armas en la mano contribuyeron á la expresada defensa de la ciudad de Zaragoza en su primer sitio, la cual será igual á la que disfrutan los del segundo, con la diferencia de que el esmalte de las aspas sea blanco, su centro rojo, y en lugar de la corona mural corona olímpica. Y

queriendo S. M. al mismo tiempo disminuir los gastos que indispensablemente ocasionarian á los indivíduos que se hallaron en los dos sitios, por tener que usar dos cruces diferentes, ha tenido á bien elegir una particular para los comprendidos en este caso, la cual se compondrá de un círculo ovalado con esmalte azul celeste, y en su centro la efigie de nuestra Señora del Pilar, con dos palmas enlazadas; del mismo centro saldrán cuatro aspas iguales esmaltadas de blanco y rojo, y en cada uno de los ángulos de ellas una flor de lis, teniendo sobrepuesta al aspa inferior una corona olímpica, y en la superior una mural: sobre el aspa superior habrá una corona real de oro, y de ésta saldrá un anillo para llevar la cruz pendiente del ojal de la casaca con cinta celeste con cuatro filetes á los extremos, interpolando los colores rojo y amarillo.

Los que se hallen con derecho á esta nueva condecoracion, dirigirán sus instancias por conducto de sus jefes respectivos á los inspectores del arma de que dependan, quienes, con su informe, las remitirán al ministerio de mi cargo; en el concepto de que deberán verificarlo en el término de dos meses los existentes en la Península, y de seis los de fuera de ella; pues, finalizado este término, no se dará curso á ninguna instancia de esta naturaleza.—De real órden lo aviso á V. para su conocimiento y efectos correspondientes.»—Dios guarde á V. muchos años.—Palacio 25 de Marzo de 1817.

*Circular del Ministerio de la Guerra.*

«Al capitan general de los reales ejércitos don José Palafóx y Melci, digo con fecha 4 de Mayo actual (1817) lo que sigue: Deseando el Rey nuestro señor dar un público testimonio del particular aprecio que le merecen los servicios hechos durante su cautiverio por los habitantes de la inmortal Zaragoza, y especialmente los que contrajeron en su primera memorable defensa, se ha servido S. M. condescendiendo con las solicitudes de V. E. como capitan general que fué de aquel reino, y del actual marqués de Lazan, hacer extensiva á todos los particulares que, con las armas en la mano, contribuyeron á inmortalizar la referida defensa, el mismo distintivo que con igual motivo se dignó señalar á los indivíduos militares por su Real órden de 25 de Marzo próximo pasado; en el supuesto de que los particulares que estuvieren anteriormente condecorados con la cruz dispensada á sus defensores en el segundo sitio, y obtuviesen la del primero, deberán usar el mismo distintivo que se ha señalado para los militares en igual caso: con el fin de evitar abusos en la pretension y uso de la referida condecoracion, quiere S. M. que los particulares que se consideren con derecho á ella, lo expongan y justifiquen ante la Junta que se deberá formar á las inmediatas órdenes del capitan general marqués de Lazan, á quien dirigirán todos sus solicitudes en el término de dos meses, contados desde esta fecha; bien entendido de que no tendrá efecto ninguna que carezca de este requisito.

Nota. La cruz del primer sitio debe ser igual á la que disfrutaron los del segundo, con la diferencia de que el esmalte de las aspas sea blanco, y con granadas de oro en las puntas ó extremos, su centro rojo, y en lugar de la corona mural, corona olímpica; y la que usarán los comprendidos en ambos sitios se compondrá de un círculo ovalado con esmalte azul celeste, y en su centro la efigie de Nuestra Señora del Pilar con dos palmas enlazadas, y al reverso: *El Rey á los defensores de Zaragoza en su 1.° y 2.° sitio*: del mismo centro saldrán cuatro aspas iguales esmaltadas de blanco y rojo, en cada uno de los ángulos entrantes una flor de lis, y granadas de oro en sus extremos, teniendo sobrepuesta en el aspa inferior una corona olímpica, y en la superior una mural; sobre el aspa superior habrá una corona real de oro, de la cual saldrá un anillo para llevarla

pendiente del ojal de la casaca, con cinta celeste, con cuatro filetes á los extremos, interpolando los colores negro y amarillo.

Por Real órden de 28 de Julio de 1815, se designan los premios á que son acreedores los tambores, pífanos y clarines que se hallaron en el segundo sitio de Zaragoza, y no fueron comprendidos en el decreto de 9 de Marzo de 1809.

Por otra de 16 de Agosto de 1817, se considera á doña María Rubio, viuda, y madre del subteniente D. Pablo Angelis de Vargas, muerto en el segundo sitio de la plaza de Zaragoza, y á las demás madres y viudas que se hallaren en igual caso, comprendidas en el artículo 1.° del Real decreto de 28 de Octubre de 1811, con el propio derecho á la pension en el monte-pio militar determinado por Real órden de 24 de Mayo de 1809, que las viudas cuyos maridos fallecieron en funcion de guerra.

Por Real órden de 19 de Octubre de 1817, se declara el haber que corresponde y deben disfrutar todos y cada uno de los individuos militares que se hallaron en las defensas de las plazas de Zaragoza y Gerona, que por tal circunstancia gozarán el sueldo y grado de sargentos segundos.

---

*Exposicion que dirigió á S. M. el ayuntamiento de Zaragoza, solicitando la revalidacion del Real decreto dado por la Suprema Junta Central el* 9 *de Marzo de* 1809 (1).

Señor: Los individuos componentes el vuestro ayuntamiento de la ínclita é inmortal Zaragoza que suscriben, elevan su voz al trono, con el fin de que V. M. dirija una paternal mirada sobre el más leal de todos los pueblos de esta heróica monarquía.

El dia 24 de Mayo de 1808, poseidos los zaragozanos del más exaltado patriotismo, gritaron venganza, y empuñando todos el acero juraron derramar hasta la última gota de sangre por sostener los derechos de V. M. Lo habian así ofrecido por medio de vuestro ayuntamiento, que tuvo el honor de dirigir estos votos á V. M. cuando le excitó en Vitoria á que usase de su real beneficencia; y se hallaban ya del todo impacientes por realizar su promesa. Llegó en breve el momento de aproximarse las huestes guerreras, y al nombre augusto de Fernando, despreciando riesgos y atropellando peligros, salieron á medir sus fuerzas en el campo del honor. Sin aprestos, casi sin tropas, y sin más baluarte que sus pechos, contuvieron valientes los ejércitos vencedores á la vista de sus puertas, y les hicieron retroceder vergonzosamente. Cayeron las águilas monstruosas al impulso de unos brazos que no habian manejado sino la esteva, y este primer acontecimiento confundió al tirano, y excitó la admiracion de toda la Europa.

Sin embargo, estos sucesos no eran sino preludio de mayores prodigios. Reunidos todos los furores bélicos contra una ciudad abierta y rodeada de tápias débiles, volaba en torno suyo la muerte, siempre ansiosa de nuevas víctimas. Venian los reputados invencibles con no vista arrogancia á vengar tamaños descalabros, y no consiguieron sino estrellarse miserablemente una y mil veces contra los desaliñados parapetos que levantaron nuestros campesinos. Cada dia

---

(1) Esta exposicion la formó el cronista (Sr. Alcayde Ibieca) siendo asesor del excelentísimo ayuntamiento.

se daba un choque, y cada choque era un triunfo. El sin par memorable 4 de Agosto puso el colmo á las heroicidades de vuestros fieles zaragozanos. Espectador el mundo entero de la lid más sangrienta que presentan los fastos de la historia, quedó absorto cuando la fama divulgó los hechos asombrosos de aquella célebre jornada. Allí fué el ver de lo que es capaz un pueblo que ama de veras á su Rey; allí se desplegó el sagrado fuego de la más acendrada lealtad sobre las aras del patriotismo.

Confundida la perfidia, levantó sus reales, y dejó este suelo empapado de su sangre fétida y malvada. Los zaragozanos entonaron el himno de la victoria, y se prepararon á repetir iguales escenas y á renovar sus sacrificios.

Triste y dolorido es traer á la memoria aquellos dias lúgubres en que el averno abortó todas las furias para aniquilar á Zaragoza; pero sólo así podrá formarse alguna idea del mérito que sus habitantes tienen contraido.

Rodeado este débil recinto de ejércitos numerosos, y arrasada su hermosa campiña, comenzaron los ataques más furibundos y sangrientos que pueden concebirse. Miles de bombas y de todo género de proyectiles redujeron á polvo sus más suntuosos edificios. Internados los enemigos en la ciudad, cada casa era un fuerte, cada estancia un campo de batalla. Ora perseguidores, ora perseguidos, viéndose sin seguridad ni apoyo, comenzó la guerra subterránea, guerra de cobardes y ominosa; pero guerra que ocasionó estragos sobremanera terribles.

Horrendas explosiones esparcian por el aire miembros mutilados, techos y vigas. Momentáneamente desaparecian los edificios, y en su lugar se presentaba una montaña de escombros, de cuyo centro salian los tristes ayes de los patriotas que lanzaban el último suspiro. ¡Ah, señor! estos desastres no hubiesen agoviado el impertérrito valor de los zaragozanos, si la triste y mortífera epidemia no hubiera tendido sus fúnebres alas sobre este desgraciado suelo. ¡Qué cuadro el de aquellos aciagos momentos! Tendidos por las plazas los enfermos; hacinados los cadáveres indistintamente, llorando el hijo la pérdida del padre, el esposo la de su esposa, escuálidos y faltos de lo necesario los honrados vecinos, de una parte las voces de alarma, de otra el horrendo estampido de la artillería.... ¡qué imaginacion podrá formar idea de tanto cúmulo de miserias!

Zaragoza sucumbió por fin al enorme peso de un contagio, pero fué dejándo bien escarmentado el furor de sus enemigos. Por todos los ángulos de la Europa resuenan sus gloriosas proezas, y no hay quien no admire una defensa tan singular y tan sobre toda ponderacion. Sin embargo, con tantos títulos todavía no se ha atrevido á presentarlos, y llena de modestia ha guardado hasta el dia un profundo silencio.

V. M. ha visto las respetables ruinas, y expresó no se borrarian tan fácilmente de su memoria: ellas están publicando el heroismo más sublime. ¿Y deberá quedar éste sin la debida recompensa? No es creible, habiéndonos concedido el cielo un soberano tan amante de sus pueblos. Pero, ¿y que ha de solicitar Zaragoza?

Cuando más recientes estaban los sucesos que quedan indicados; cuando los españoles llegaron á creer que su suerte dependia de la de Zaragoza; cuando se trataba de excitar igual entusiasmo en todas las provincias, la Junta Central desplegó sus bondades en nombre de V. M., y expidió un decreto digno del nombre español y de la sabiduría del Congreso. Este monumento no debe yacer en la oscuridad, aunque las circunstancias no permitan realizar, por el pronto, todos sus extremos. A nombre de Fernando VII, que gemia en la más dura opresion, se prometió á los zaragozanos lo que se creyó capaz de indemnizar, en lo posible, sus grandes é inapreciables sacrificios; y ahora que tenemos la extraordinaria dicha de ver á V. M. posesionado del trono de sus mayores, no encuentra este vuestro ayuntamiento cosa más digna que excitarle á que se consolide la obra.

Si; nos parece oir ya á V. M. que prorrumpe lleno de ternura: «¿qué no he de hacer por mis zaragozanos, hijos de predileccion, que tanto han sufrido en esta guerra de portentos? El mayor esmalte de mi corazon es su lealtad: ¡dichoso yo que tengo afianzado el trono sobre el amor de mis pueblos!»

Si, señor; Zaragoza dejará de ser y se convertirá en cenizas ántes que consentir aseste contra él ningun osado sus ambiciosas miras. Las pruebas que tiene dadas son el mejor garante de sus promesas; y confiado este ayuntamiento en que S. M. se halla poseido de los mejores sentimientos á favor de sus habitantes:

A V. M. rendidamente suplica se digne revalidar y confirmar el Real decreto dado por la Suprema Junta Central el 9 de Marzo de 1809, en señal de la alta estimacion á que se hizo acreedor este heróico pueblo; y designar á este vuestro ayuntamiento, su representante, aquella distincion y tratamiento que sea del agrado de V. M., como se lisonjea conseguirlo de su soberana beneficencia.—Siguen las firmas.

*El decreto de concesion se anunció en esta forma*:

«El corregidor; regidores, diputados y síndico procurador general componentes el excelentísimo ayuntamiento de esta muy noble y muy heróica ciudad de Zaragoza.

Hacemos saber: Que habiendo sólicitado de S. M. se dignase premiar á esta capital con aquellas distinciones de que la creyera merecedora por los sacrificios sufridos en sus dos memorables asedios, ha tenido á bien recompensarlos concediéndole las gracias siguientes:

1.° El tratamiento de *muy noble* y *muy heróica* á dicha ciudad de Zaragoza.

2.° El de *excelencia* á su Ayuntamiento.

3.° La nobleza rigurosamente personal á todos aquéllos que se hallaron en Zaragoza en cualquiera de los dos asedios.

4.° La rebaja ó exencion de la cuarta parte de tributos anualmente y por espacio de cuarenta años.

Todo lo que, para noticia y satisfaccion de sus habitantes y demás personas á quienes comprenda, mandamos publicar en Zaragoza á 1.° de Febrero de 1820. José Blanco Gonzalez.—Por Zaragoza, Grogorio Ligero, secretario.»

# ÍNDICE DEL TOMO IV.

Páginas.

# OBRAS DEL AUTOR.

**Geografía histórico-militar de España y Portugal**; obra premiada con medalla de 2.ª clase en el *Congreso internacional de Ciencias geográficas de 1875, en París*. Edicion de 1880. (Un tomo en 8.º)

**Descripcion y Mapas de Marruecos**, con algunas consideraciones sobre la importancia de la ocupacion militar de una parte de este imperio. (Un tomo en 8.º)

Está escrita en colaboracion con D. Francisco Coello, autor del *Atlas de España y sus posesiones de Ultramar*.

**Agenda militar**: Recopilacion de cuantos datos y conocimientos pueden ser necesarios á los Oficiales de todas armas en el servicio de campaña. (Un tomo en 12.º)

**Un soldado español de veinte siglos**. Relacion verídica. (Un tomo en 4.º)

**Discurso leido ante la Real Academia de la Historia**, en la recepcion pública celebrada el dia 12 de Mayo de 1872, sobre la expedición del Marqués de la Romana al Norte de Europa.

**Nieblas de la Historia pátria**.—Contienen. El tamborcillo de San Pedor.—Una intentona ignorada contra Gibraltar.—La mision del Marqués de Iranda en 1795.—El Alcalde de Montellano.—Las Zaragozanas en 1808.—El Marqués de Torrecuso.—Un proyecto estupendo.—El Alcalde de Otívar. Mahon. (Tres tomos en 8.º)

**Discurso en elogio del Teniente General D. Mariano Alvarez de Castro**, leido ante la Real Academia de la Historia el dia 9 de Mayo de 1880.

**Fernando VII en Valençay. Tentativas encaminadas á procurar su libertad.**

